







# BOLETIN

DE LA

## ACADEMIA PANAMEÑA

DE LA

## HISTORIA



Año V - No. 12

ENERO DE 1937

---

PANAMA - 1937  
Imprenta Nacional  
Req. 6292



# SUMARIO

Academia Panameña de la Historia.—Junta de Gobierno.....	VII
Academia Panameña de la Historia.—Académicos de Número	XI
Academia Panameña de la Historia.—Académicos Correspondientes.....	XV
Advertencia, por Juan Antonio Susto, Secretario perpetuo de la Academia.....	XIX
Testamento de Pizarro.—Documento encontrado por el historiador peruano, Raúl Porras Barrenechea.....	3
El Convento de los Agustinos Recoletos, por Samuel Lewis, Miembro correspondiente de la Academia de la Historia de Madrid, y Miembro de Número de la Academia Panameña de la Historia.....	11
Un Arzobispo Panameño, por Juan Antonio Susto, Miembro correspondiente de la Academia de la Historia de Madrid, y Secretario Perpetuo de la Academia Panameña de la Historia.....	29
Los Feos de Venezuela y los de Panamá, por Héctor Conte Bermúdez, Miembro correspondiente de la Academia de la Historia de Madrid y Miembro de Número de la Academia Panameña de la Historia.....	37
Diplomacia Panameña en el Siglo XIX, por Ernesto J. Castellero R., Miembro correspondiente de la Academia de la Historia de Madrid y Miembro de Número de la Academia Panameña de la Historia.....	57
Un Patrimonio Comunal, por el Licenciado Isidro A. Beluche	81
La "Orden de Vasco Núñez de Balboa".....	127





ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA  
JUNTA DE GOBIERNO



# **ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA**

(CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA DE  
MADRID)

FUNDADA EL 16 DE MAYO DE 1921

## **JUNTA DE GOBIERNO**

Director: ..... Doctor OCTAVIO MENDEZ PEREIRA  
(1937)

Secretario Perpetuo: ..... Don JUAN ANTONIO SUSTO

Censor: ..... Don NICOLAS VICTORIA JAEN  
(1937)

Anticuario Perpetuo: ..... Don HECTOR CONTE BERMUDEZ

Bibliotecario Perpetuo: .... Doctor JOSE de la CRUZ HERRERA

Tesorero: ..... Don SAMUEL LEWIS  
(1937)





ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA  
ACADEMICOS DE NUMERO



## ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA

(CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA DE  
MADRID)

FUNDADA EL 16 DE MAYO EL 1921

### ACADEMICOS DE NUMERO

Dr. Ricardo J. ALFARO.	10, Nov., 1921. (*)
Prof. Enrique J. ARCE.	10, Nov., 1921. (*)
Dn. Antonio BURGOS.	10, Nov., 1921. (*)
Dr. Octavio MENDEZ PEREIRA.	10, Nov., 1921. (*)
Dn. Juan Bautista SOSA.	10, Nov., 1921. (*)
Dn. Guillermo ANDREVE.	20, Nov., 1931. (*)
Dr. Juan Demóstenes AROSEMENA.	20, Nov., 1931. (*)
Prof. Catalino ARROCHA GRAELL.	20, Nov., 1931. (*)
Dn. Héctor CONTE BERMUDEZ.	20, Nov., 1931. (*)
Dr. Narciso GARAY.	20, Nov., 1931. (*)
Dr. José de la Cruz HERRERA.	20, Nov., 1931. (*)
Dn. Samuel LEWIS.	20, Nov., 1931. (*)
Dn. Ernesto J. NICOLAU.	20, Nov., 1931. (*)
Bach. Juan Antonio SUSTO.	20, Nov., 1931. (*)
Prof. Nicolás VICTORIA JAEN.	20, Nov., 1931. (*)
Dn. Manuel María ALBA C.	11, Mar., 1932. (*)
Prof. Ernesto J. CASTILLERO R.	11, Mar., 1932. (*)
Ldo. Ismael ORTEGA B.	11, Mar., 1932. (*)

---

(\*) Fecha de aceptación como miembro correspondiente, por la Academia de la Historia de Madrid.





ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA  
ACADEMICOS CORRESPONDIENTES



## ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA

(CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA DE  
MADRID)

FUNDADA EL 16 DE MAYO DE 1921

### ACADEMICOS CORRESPONDIENTES

- 1.—Reverendo Padre Celestino MANGADO (España) 1933.
- 2.—Don Rubén PEREZ KANTULE (Panamá) 1933.
- 3.—Don Enrique D. TOVAR y R. (Perú) 1933.
- 4.—Don Antonio IRAIZOZ (Cuba) 1933.
- 5.—Don José Edgardo LEFEVRE (Panamá) 1933.
- 6.—Don Miguel PAEZ FORMOSO (Uruguay) 1934.
- 7.—Doctor Diego CARBONELL (Venezuela) 1934.
- 8.—Don Roberto BOTERO SALDARRIAGA (Bogotá-Colombia) 1935.
- 9.—Doctor Roberto CORTAZAR (Bogotá-Colombia) 1935.
- 10.—Doctor Eduardo POSADA (Bogotá - Colombia) 1935.
- 11.—Don Raimundo RIVAS (Bogotá-Colombia) 1935.
- 12.—Don Nicolás GARCIA SAMUDIO (Bogotá - Colombia) 1935.
- 13.—Don Luis Augusto CUERVO (Bogotá - Colombia) 1935.
- 14.—Don Gabriel PORRAS TROCONIS (Cartagena-Colombia) 1935.

XVI BOLETIN DE LA ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA

- 15.—Don Fidel J. PEREZ CALVO (Cartagena-Colombia) 1935.
- 16.—Don Gabriel F. PORRAS (Cartagena - Colombia) 1935.
- 17.—Don Donaldo BOSSA HERAZO (Cartagena - Colombia) 1935.
- 18.—Doctor José M. BONIS (Cartagena - Colombia) 1935.
- 19.—Don Gustavo ARBOLEDA (Cali-Colombia) 1935.
- 20.—Don Demetrio GARCIA VASQUEZ (Cali-Colombia) 1935.
- 21.—Doctor Nicolás RAMOS HIDALGO (Cali-Colombia) 1935.
- 22.—Doctor José Ignacio VERNAZA (Cali-Colombia) 1935.
- 23.—Don Luis Enrique NAVAS PRADA (Bucaramanga-Colombia) 1935.
- 24.—Señorita Margarita DIAZ OTERO (Bucaramanga-Colombia) 1935.
- 25.—Don Alfonso HERNANDEZ CATA (Cuba) 1935.
- 26.—Don Salvador CALDERON RAMIREZ (Nicaragua) 1935.
- 27.—Don Magin PONS (Uruguay) 1935.
- 28.—Don Melchor LASSO DE LA VEGA (Panamá) 1935.
- 29.—Doctor Enrique de GANDIA (Argentina) 1935.
- 30.—Doctor Julio C. TELLO (Perú) 1936.



# ADVERTENCIA

**Por**

**JUAN ANTONIO SUSTO**

(Miembro correspondiente de la Academia de la Historia de Madrid y Secretario Perpetuo de la Academia Panameña de la Historia).



# BOLETIN DE LA ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA

Director: JUAN ANTONIO SUSTO.

Toda correspondencia deberá dirigirse al Secretario Perpetuo de la Academia Panameña de la Historia.  
Apartado 973.—Panamá, República de Panamá.

Año V

Panamá, Enero de 1937

Núm. 12

*“El testamento de Francisco Pizarro” otorgado en Lima el 5 de Junio de 1537, acaba de ser publicado en París por el historiador peruano don Raúl Porras Barrenechea, quien lo halló hace poco en el Archivo General de Indias de Sevilla.*

*Publicamos para conocimiento de nuestros lectores una breve reseña del citado testamento, que nos fue proporcionada por el digno representante del Perú en este país, don Enrique García Bedoya.*

\* \* \*

*Don Samuel Lewis, nuestro colega en la Academia de la Historia, da por terminada la discusión que en este mismo “BOLETIN” ha venido sosteniendo con el Rev. Padre Fr. Marcelino Ganuza, sobre la ubicación que en la antigua ciudad de Panamá tuviera el Convento de la Orden de San Agustín.*

*“El Convento de los Agustinos Recoletos.—Mi Ultimo Capítulo” es el título del citado trabajo, que nosotros ofrecemos a nuestros historiadores por ser un tema de suyo importante.*

\* \* \*

*De nuestra obra en preparación “Panameños de la Epoca Colonial” hemos sacado para darlo a la luz pública el esbozo biográfico de nuestro paisano el Dr. Francisco Javier de Luna y Victoria y Castro, el único panameño que llegó a ser nombrado Arzobispo.*

*El Dr. Luna y Victoria fue el fundador de nuestra primera Universidad y nosotros lanzamos la idea de que su re-*

*trato sea colocado en la Universidad Nacional, inaugurada hace poco.*

\* \* \*

*“Los Feos de Venezuela y los Feos de Panamá” es un nuevo aporte a la historia patria que nos brinda don Héctor Conte Bermúdez, quien desde las riveras del Zárati, y carente de fuentes documentales, nos envía a pesar de ello, los trabajos meritorios y de aliento que publica, con satisfacción este “Boletín”.*

\* \* \*

*El Profesor don Ernesto J. Castillero R., conocido por sus publicaciones anteriores, llenas de erudición y a quien se debe el conocimiento y divulgación de nuestra historia contemporánea, aparece de nuevo en este número, con “Diplomacia Panameña en el Siglo XIX”, cuyo primer capítulo “La misión de Don Pedro de Obarrio” damos a conocer, para continuar su publicación en los Boletines siguientes.*

\* \* \*

*Un joven, miembro del Magisterio Nacional, de la Sociedad Bolivariana y de otras asociaciones culturales, el Licenciado Isidro A. Beluche, en “Un patrimonio comunal” defiende con razones de peso los derechos que tiene el pueblo de La Chorrera sobre las tierras que le fueron donadas hace un par de siglos.*

\* \* \*

*La Asamblea Nacional de Panamá por medio de la Ley 27 de 28 de Enero de 1937 ha creado la primera Condecoración Nacional, con el nombre de “Orden de Vasco Núñez de Balboa”.*

*Publicamos la mencionada Ley, cuyo Consejo de la Orden, está compuesta en su totalidad por miembros de la Academia Panameña de la Historia.*

*Panamá, Enero de 1937.*

# TESTAMENTO DE PIZARRO

Documento encontrado por el historiador peruano

RAUL PORRAS BARRENECHEA



El testamento de Francisco Pizarro, descubridor y conquistador del Perú, otorgado en Lima en 1537, acaba de ser descubierto y publicado por primera vez, después de cuatro siglos, por el historiador peruano don Raúl Porras Barrenechea, catedrático de Historia del Perú en la Universidad de San Marcos de Lima y actual delegado de su país ante la Liga de Naciones.

El hallazgo fué hecho por el señor Porras en el Archivo de Indias de Sevilla, innumerablemente rastreado en lo que se refiere a la historia de la colonización española por eruditos de la valía de José Toribio Medina, Torres de Mendoza, Luis Ulloa, Jiménez de la Espada, Levillier y otros. Tampoco lo conocieron los principales biógrafos de Pizarro e historiadores de la Conquista del Perú como Prescott, Helps, Quintana y otros.

El señor Porras, que prepara un libro documental e interpretativo sobre la figura de Pizarro, a base de una vasta documentación inédita, halló dicho testamento de más de ochenta páginas manuscritas en letra procesal del siglo XVI, en un antiguo pleito seguido en esa época ante el Consejo de Indias.

No obstante la importancia de este documento histórico y biográfico, había permanecido hasta ahora oculto. Los testamentos de Cortés, de Balalcázar, de Almagro, de Valdivia—los principales Capitanes de la Conquista—eran ya conocidos pero el de Pizarro se había resistido a la búsqueda. Su hallazgo era necesario para completar la silueta histórica del descubridor y conquistador de casi toda la América del Sur.

En la publicación que acaba de hacerse en París, en un folleto de ochenta páginas, con prólogo y notas, se define la importancia del hallazgo y las contribuciones históricas que aporta. Estas fueron reconocidas por la Academia de la Historia de Madrid a la que el documento fué presentado en el mes de Abril último y la que reconoció su carácter de inédito, previo informe de los señores Altamira y Altolaguirre.

El testamento fué otorgado en Lima el 5 de Junio de 1537 ante el escribano Cristóbal de Figueroa. Pizarro reposaba entonces por primera vez de sus fatigas de veinte años. Había fundado Lima y, en unión de una hija del Inka Huayna Capac, engendrado dos hijos que prolongarían su estirpe. Almagro había partido a la conquista de Chile y la formidable insurrección indígena de Manco Inka amenaza Lima y el Cusco. Este es el momento en que el Conquistador, cumplidos los cincuenta y ocho años, piensa en dictar sus disposiciones póstumas.

Cuatro años después de otorgado este testamento, cerrado y sellado, Pizarro es asesinado en su Palacio el 26 de Junio de 1541. Dos semanas más tarde, el 14 de Julio, ensangrentada aún la plaza de la ciudad por los desbordes almagristas, se realiza en el Cabildo de Lima una impresionante ceremonia. Una mujer vestida de luto —doña Inés Muñoz, cuñada de Pizarro y alma de temple heroico— concurre al Cabildo llevando de la mano a un niño de seis años Gonzalo Pizarro y Yupanqui, hijo del Conquistador y de doña Inés Yupanqui Huaylas, heredero por línea paterna del Marquesado de la Gobernación del Perú, y por la materna “hijo del Sol” y de la raza imperial de los Inkas del Cusco. En su presencia y ante un grupo fiel y emocionado de amigos y compañeros de aventura de Pizarro, se abre el pliego cerrado y se lee la última voluntad de in-



signe capitán. El Alcalde almagrista garantiza la autenticidad de las firmas y del documento y este se protocoliza para la historia.

El testamento destaca principalmente la profunda religiosidad del conquistador. Como buen extremeño, declara su devoción a la Virgen María, “de quien siempre he sido muy devoto” y “a quien he tenido y tengo por señora y abogada de todos mis hechos”. En honor suyo ordena erigir una iglesia en Trujillo de España, su ciudad natal, y que se copie al final de su testamento el himno Ave María Stella. Copiosas cláusulas están dedicadas a delinear con minuciosidad complaciente los detalles de la iglesia de la Concepción en Trujillo que ordenaba erigir en la plaza cerca de las casas que fueron de su padre don Gonzalo Pizarro y bajo cuyo ábside, decorado con los osos y los pinos de los Pizarro, quería que reposasen juntos, no obstante su unión ilícita, su padre el hidalgo capitán y su madre la rústica criada del Monasterio de Coria. El celo descriptivo sobre los detalles interiores de la Iglesia llega hasta el extremo de determinar el número y el color de los ornamentos y el de los vasos sagrados, desfile de dalmáticas de raso, incensarios, vinajeras y navetas en que se deleita el conquistador haciendo pensar más que en una niñez gozada al aire libre y al cuidado de los cerdos, en una etapa infantil transcurrida en la penumbra de una sacristía.

La obsesión ultraterrena gana el ánimo del conquistador. Ordena misas, novenas, plegarias y limosnas por el descanso de su alma, el de sus padres y hermanos, amigos y enemigos, y aún por los indios cristianos que le acompañaron en su empresa. No obstante su regionalismo profundo, consciente de su grandeza de fundador, quiere que sus restos reposen en Lima, la capital de su Dorado descubierto. Ordena que sus restos se entierren al pié de las gradas del Altar Mayor y que sobre su tumbá se ostenten, bordadas sobre terciopelo, las armas de sus mayores y la

cruz de Santiago. Este es acaso uno de los pocos anhelos póstumos del Conquistador que se ha cumplido: la iglesia metropolitana de Lima conserva hoy en una capilla decorada de azulejos, en los que resalta el escudo montañés de los Pizarro, la momia reseca del Conquistador.

No un descastado sin hogar y sin afectos, como le ha pintado la crónica contemporánea despiadada, sino un tierno padre de familia y un espíritu sacudido por la piedad filial, se descubre el conquistador del Perú en su última voluntad. Distribuye sus bienes entre sus dos hijos hasta entonces habidos, Francisca y Gonzalo, y a éste, por ser varón, hace heredero del marquesado, fortuna, capellanías y gobernación del Perú. En un rasgo de ternura paterna conmovedora el conquistador, que no supo leer y apenas sabía firmar y sufrió siempre las torturas de esta deficiencia, ordena que a sus hijos se les enseñe a leer y a escribir y que su hijo Gonzalo "sea docto en gramática y latín". Otras mandas y legados acreditan el afecto de Pizarro por sus hermanos, principalmente por Hernando el legítimo, por sus parientes maternos, criados, indios y esclavos. En las diligencias de apertura del testamento se constata que Pizarro tenía en 1541 cuatro hijos: Francisca, Gonzalo, Francisco y Juan. De este último nadie había hablado.

Otra revelación psicológica que trae el testamento es lo referente a los sentimientos de Pizarro hacia Almagro, su socio en el descubrimiento del Perú, y más tarde su rival ambicioso. Contra lo que comunmente los historiadores, la generosidad y buena fé de Pizarro hacia Almagro, no obstante las deslealtades de éste, resplandece en este documento de suprema y definitiva sinceridad. Ordena partir "hermanablemente" sus bienes con Almagro, pagar todas sus deudas como a él le parezca y recomienda a sus hijos y hermanos que respeten a su viejo compañero como si fuera él mismo.

Entre los Consejeros de más influencia cerca de Pizarro aparece, según propia confesión del testador, el Licenciado don Gaspar de Espinosa, el célebre Juez de residencia de Panamá que intervino en la condenación de Vasco Núñez de Balboa. Se destacan también, el Capellán García Díaz Arias, Obispo de Quito; el trujillano Francisco de Chávez, asesinado junto con Pizarro, el secretario Antonio Picado, privado funesto y frívolo, y otros personajes peruanos y extremeños. De todos ellos se hace, en las notas del folleto, evocación biográfica a base de documentos inéditos del archivo de Indias.

El espíritu del Conquistador que resurge de este testamento y de otros muchos documentos inéditos que informarán el próximo libro del autor, es absolutamente diverso del que han divulgado las historias, a partir de la famosa obra sobre la conquista del Perú de Prescott.

Diciembre, 1936.



# EL CONVENTO DE LOS AGUSTINOS RECOLETOS

Por

SAMUEL LEWIS

(Miembro correspondiente de la Academia de la Historia  
de Madrid y Miembro de Número de la Academia  
Panameña de la Historia).



# Dr. Francisco Javier de Luna Victoria y Castro



(Cuadro existente en la Catedral de P.



Nació en Panamá el 2 de Dic. de  
Murió en Trujillo el 11 de Marzo de



Fundador de la Universidad de San  
de Panamá (1749)

Obispo de Panamá (1751-1759)

Obispo de Trujillo (1759-1777)

Arzobispo de Chuquisaca, en Cha  
(1777)

(Murió antes de posesionarse)





## MI ULTIMO CAPITULO

Estoy profundamente arrepentido de haber impugnado los conceptos del Reverendo Padre Marcelino Ganuza, relativos a la ubicación, en Panamá la Vieja, del Convento de los Agustinos Recoletos, publicados por el ilustre sacerdote, en el Boletín de la Academia Panameña de la Historia, Año II, N° 7.

No fue mi propósito turbar la meditación silenciosa y serena del claustro con el oleaje encrespado de una discusión, ni mucho menos, imponer al venerable hijo de San Agustín la ruda labor de trastear empolvados volúmenes y crónicas viejas para buscar, como desenlace, un triunfo a mi favor. Quise entonces, igual que ahora, aportar el insignificante concurso de mis escasas luces al esclarecimiento de un punto interesante de nuestra historia.

Me siento, naturalmente, anodado por el hiperbólico manojo floral con que me obsequia tan admirado y respetable contendor, veterano en lides de esta índole, manojo de flores, al parecer, más artificiales que de aquellas con que la naturaleza se engalana para solaz y deleite de los humanos. Pero, sean de una u otra calidad, a fuer de hijo de este pueblo, en el cual es virtud el ser agradecido, me siento obligado a tributarle mi sincera y sólida gratitud por su exuberante gentileza.

Expresé en mi artículo motivo de la réplica del virtuoso Ministro del Señor, inserto en el N° 11 del mismo Boletín: "El Reverendo Padre Ganuza abraza la tesis sostenida por el malogrado y nunca bien sentido historiador

istmeño, don Juan B. Sosa, consistente en afirmar que las ruinas, tenidas desde tiempo inmemorial por las de Ermita de Santa Ana, son, en realidad, las del Convento de San José, de la Recolección Agustiniiana.”

Es esta una conclusión que el señor Sosa mantiene con razonamientos, por lo tanto constituye, en riguroso lenguaje, tesis del difunto historiador y amigo. El distinguido miembro de la, para mí, muy apreciada comunidad religiosa, la abraza, es decir, la admite, la acepta y sigue como suposición de algo posible o imposible, para derivar de ella consecuencia determinada. No hay error o irreverencia en mi expresión. Evidentemente fue tesis del primero o hipótesis del segundo, pero tal circunstancia no priva de legitimidad a mi aserto.

#### LA UBICACION

La controversia suscitada nace, de la ubicación definitiva asignada, por uno y otro, a la casa y convento de hospedaje de los Agustinos Descalzos, en la antigua ciudad, y objeto de la solicitud formulada por el Reverendo Padre Fray Vicente Mallol a fines de 1612.

Demostré, con vista de las relaciones oficiales, de las crónicas religiosas y de pruebas materiales irrecusables, que el asiento final del referido convento fue la huerta donada por el Capitán Lorenzo de Roa, sita en la cuarta manzana septentrional de la calle de la Empedrada.

El ilustre agustino sostiene que el sitio ocupado, finalmente, es el que correspondía a una casa alquilada, con posterioridad a la fundación.

El citado documento relativo a la solicitud del Reverendo Padre Fray Vicente Mallol, aceptado como genuino por las partes, dice: “. . . habiendo representado a esta ciudad y Cabildo esta necesidad y a otras personas particulares movidas del ejemplo que los dichos religiosos de

nuestra Recolección han dado y da; con el celo sólo, que en este se pretende quiere emprender la dicha fundación de religiosos de nuestra Recolección, para lo cual ofrece muy grandes limosnas, especialmente el Capitán Lorenzo de Roa, el cual desde luego da un sitio y huerta de mucho valor junto a la ciudad, de grande comodidad para el efecto . . .”

Y más adelante: “A Vuestra Señoría pido y suplico sea servicio, como Gobernador y Capitán General de este reino, dar licencia, para que se haga la dicha fundación y se funde este convento casa de nuestra Recolección en el dicho sitio y huerta del Capitán Lorenzo de Roa . . .”

La petición del Reverendo Padre Fray Vicente Mallol mereció magnífica acogida, como lo revela el acta siguiente:

“En la ciudad de Panamá a veinte días del mes de Diciembre de mil seiscientos y doce años ante su Señoría del Sr. don Francisco Valverdi y Mercado, Gobernador y capitán general del Reino de Tierra Firme, Presidente de la Real Audiencia y Chancillería que reside en esta ciudad, se leyó esta petición que le presentó el Padre Maestro Fray Vicente Mallol; fue despachada y otorgada en los mismos términos, forma y cláusula y extipulaciones expresadas por el Padre Mallol en la misma.”

Conceptuaba el Reverendo Padre Ganuza, en su primer artículo que: “Tornando la vista al Expediente de la fundación, vemos que para los últimos días del mes de Diciembre de 1612 estaban ya evacuadas las diligencias y cumplidos cuantos requisitos exigía la ley para la fundación del convento. Y es de presumir que, dados el celo, la urgencia y el anhelo general de la ciudad de que se ejecutara cuanto antes la bendición de la primera piedra y comienzo de la fábrica de la iglesia y convento llevóse a cabo en breve, a más tardar en el mes de Enero de 1613, con

toda la solemnidad y esplendor que imponían las circunstancias del caso y con las ceremonias y ritos que la Iglesia prescribe en esas funciones.”

Es un hecho indiscutible, por todos convenido, que la casa y convento de hospedaje se fundó en el sitio y huerta donada por el Capitán Lorenzo de Roa.

Lo corrobora, además, el siguiente pasaje de las crónicas religiosas: “crecía el edificio con estos socorros, cuando impensadamente cayó en tierra la capilla mayor de la reciente iglesia. Ignorancia fue del artífice, añaden, y también debió ser orden del cielo, que de estos que juzgamos acasos, hace medios para los fines que tiene prevenidos la Divina Providencia.”

Tan doloroso accidente dió margen a un cambio de sitio.

Siguen las crónicas de la Orden: “Mucho sintieron los religiosos fundadores la ruína del edificio; y tomaron consejo en su aflicción de alquilar una casa *junto* a la ciudad, mientras lo caído se reparaba.”

Y luego: “amanecieron una mañana con el Santísimo Sacramento en la casa referida. Sintióse la mudanza y condenáronle algunos Ministros, dándole nombre de atrevimiento . . .”

Así, pues, los Agustinos Descalzos quedaron instalados en la casa alquilada, mientras se reparaba lo caído.

No resultó de poca monta el descontento provocado por la traslación del Convento a la casa mencionada. Se lee en “Panamá la Vieja” de don Juan B. Sosa, página 68: “En Junio 24 de 1615 la Audiencia de Panamá informó sobre el particular, pidiendo al mismo tiempo “que se favorezca y se les ayude a los religiosos de la Orden para llevar adelante la obra”; pero el sitio escogido par ésta dió ocasión a un pleito de contradicción con la Catedral y la

sentencia que profirió el mismo Tribunal de la Real Audiencia fue adverso a los Agustinos, quienes en 1620 tuvieron que demoler las partes del edificio levantadas ya . . .”

Unas líneas más adelante, página 69: “Ya los hemos visto enredados en un pleito con el clero secular sostenido por el Fiscal de la Audiencia, don Pedro de la Cueva, relativo al solar sobre el cual intentaron levantar el convento, contra la voluntad de su fundador y sin licencia de Su Majestad y del Cabildo Ordinario.”

Como consecuencia del desahucio judicial, dicen las crónicas religiosas al referirse al pleito de contradicción: “. . . y dieron su Decreto, (los Ministros) para que luego se volviesen los religiosos al primer lugar. Obedecieron la rigurosa orden, que lo era en aquella ocasión . . .”

Desde principios del año de 1615, por lo menos, hasta 1620, la Orden Agustina estuvo en la casa alquilada: unos cinco años. Por virtud de la sentencia, decreto u orden de la Real Audiencia, volvió al sitio primitivo: la huerta donada por el Capitán Lorenzo de Roa.

#### RETORNO AL SITIO DE LA CASA ALQUILADA

A este respecto el Reverendo Padre Ganuza se expresa así:

“Como anillo al dedo viene aquí de “post nubila, Phoebus”, pasó la tempestad y reaccionó la opinión de la ciudad en favor de los afligidos Recoletos. Porque con los temblores referidos (mayo de 1621) conmovióse terriblemente la ciudad, y guiados por sus acendrados sentimientos de piedad y religión en su aflicción y arrepentimiento, no sólo se volvieron a Dios e hicieron penitencia para implorar de El su misericordia y perdón, y los librase de tan espantoso azote, sino que también lo atribuyeron a castigo

del cielo por la injusticia y excesivo rigor en lo hecho contra los Agustinos (alude al pleito con la Catedral). Así fué que, cesado que hubo el azote y calamidad, hicieron los vecinos tantas diligencias en pro de nuestros religiosos, desplegaron tal actividad y empeño para que se restituyeran al lugar de donde habían sido expulsados, que no cesaron hasta no verlo cumplido, según lo refiere nuestro cronista por estas palabras: "Reconocióse el castigo del cielo, y rogaron con instancia a los religiosos que se volviesen al segundo sitio (el de la casa alquilada junto a la ciudad), y cesó la calamidad, creciendo la estimación de los nuevos vecinos (moradores). Supieron granjearse la voluntad de todos con el austero ejemplar modo de vida, no obstante el mal temperamento del país". Testimonio valioso e interesante y que tanta luz arroja en el asunto, y que sin él difícilmente se explicarían los hechos que siguieron; más con su auxilio desaparece toda dificultad . . ."

No satisfecho con esta afirmación, en el resumen agrega: b) Que más tarde, cuando reaccionó en su favor la opinión de la ciudad a causa de los temblores, sucedidos el año de 1621, tornaron a la misma casa y sitio, que antes habían ocupado y alquilado, a solicitud y empeño de los vecinos que no cesaron hasta no verlos instalados en ella, pero no transitoria, sino definitivamente."

Califica, el sabio sacerdote y respetado amigo, de "rigurosa, que lo era en aquella ocasión" la sentencia de desahucio proferida contra la comunidad religiosa, por la más alta corte de la comarca: la Real Audiencia de Panamá. Su revocatoria debió proceder del mismo tribunal, revestida de solemnidades iguales a las que se exhibieron al notificarla en 1620. Las gestiones, las diligencias y los empeños desplegados por los vecinos, que no cesaron hasta lograr tan anhelado y precioso fruto, necesariamente constaron en actuación escrita.

Documentación tan valiosa, reivindicatoria del buen nombre de la Descalsez, en mala hora tiznada por el empecimiento, si se quiere, de un Ministro, no había de faltar, dada su inmensa trascendencia, en los copiosos archivos de la Orden Agustiniiana.

Sin embargo, tan esenciales documentos no se mencionan en absoluto, ni en las crónicas religiosas, ni en las relaciones oficiales que tratan sobre la materia.

Lejos, muy lejos de mi, dudar de la aseveración del cronista invocado, de que “cesó la calamidad, creciendo la estimación de los nuevos vecinos (moradores). Supieron (los Descalzos) granjearse la voluntad de todos con el austero ejemplar modo de vida, no obstante el mal temperamento del país.”

Empero, el señor don Juan B. Sosa, a quien el Rev. Padre Ganuza concede indiscutible autoridad, que yo comparto sin reservas, en lo referente a la historia del Istmo, dice en su obra “Panamá la Vieja página 69: “Sujetos los frailes de San José a la primacía de la Orden en Santa Fe, la distancia y la escasez de medios de comunicación con la casa matriz les permitió cierta independencia en sus procedimientos que temprano los llevó a dificultades con el gobierno eclesiástico y el civil de la colonia. Ya los hemos vistos enredados en un pleito con el clero secular sostenido por el Fiscal de la Audiencia, don Pedro de la Cueva, relativo al solar sobre el cual intentaron levantar el convento, contra la voluntad de su fundador y sin licencia de S. M. y del Cabildo Ordinario. En 1636 habían llegado a tal extremo las disputas que los religiosos, excitados por su principal, Fray Francisco de la Resurrección, mantenían con el Obispo Fray Cristóbal Martínez de Salas, que el Gobernador Enrique Henríquez de Sotomayor, intervino en el asunto, arrestó a los frailes y los envió a España, procedimiento que mereció la aprobación real. Tie-

ne en esto explicación lo efímero de la existencia del Hospicio Convento que estableció en 1635 el Padre Fray Cristóbal de San Diego en Portobelo; que la Audiencia no sustentara el propósito de esos frailes de establecer un convento en la Villa de los Santos, etc.”.

Si “en 1636 habían llegado a tal extremo las disputas que los religiosos mantenían con el Obispo Fray Cristóbal Martínez de Salas, que el Gobernador, Enrique Henríquez de Sotomayor, intervino en el asunto, arrestó a los frailes y los envió a España”, forzoso es convenir en que esas desavenencias venían de tiempo atrás. Y si a esto se agrega que el Obispo Fray Cristóbal Martínez de Salas entró a gobernar la Diócesis, según la “Reseña Histórica” del Ilustrísimo señor doctor don Guillermo Rojas y Arrieta, en 1625”, cuatro años apenas después del terremoto de 1621 que trajo señalado cambio en la opinión de la ciudad, éste, que pudo existir, no fue de larga duración, especialmente al medir la intensidad de la lucha sostenida, entre los religiosos y las autoridades eclesiásticas y civiles, por el cartabón del señor Sosa, al tenor de la página 69 de la obra citada, esto es, que la expulsión de los Agustinos a España, hace “suponer el regreso de la comunidad al Istmo después de la muerte del Gobernador Henríquez, ocurrida a principio de 1639”.

Aun estirando la benevolencia al máximo de posibilidad, hay que confesar que, aparentemente, no era esta atmósfera muy propicia para lograr la revocación de sentencia de tal alcance, emanada del augusto tribunal, que era la Real Audiencia.

Así, pues, sobre este punto que asume cariz de hecho por probar, y en ausencia de la documentación auténtica pertinente, contestaré con la expresión del “leguleyo” que soy: “Ni lo afirmo, ni lo niego, porque no me consta”.



## LA CASA ALQUILADA

La casa alquilada donde residieron los Agustinos después de la sentencia, decreto u orden judicial de 1620, no ha merecido, de mi parte, los honores del debate porque, estimando esa ocupación como transitoria, poco interés me inspiraba. Más, al insistir el Reverendo Padre Ganuza en definir su localización, por ser ella prueba perentoria y determinante del sitio definitivo donde se edificó la casa y convento de hospedaje y se mantuvo hasta la destrucción de la ciudad en 1671, ha de ser ya objeto de estudio.

La pieza de resistencia, que presenta como argumento formidable, es la frase de don Juan Requejo Salcedo, tomada de la Relación Histórica de 1640: "Porque el compañero parece se mostró arrepentido del suceso, (alude a la procesión) y aun se mostró a informar sobre cierto pleito de contradicción que la iglesia tenía con el convento de San José por la traslación que habían hecho *cerca de una ermita de la Catedral.*"

Esto hace necesario localizar las ermitas.

## ERMITAS

La relación histórica de 1607 menciona dos ermitas, únicas existentes a la sazón: la de Santa Ana y la de San Cristóbal.

La de 1610, que sólo enumera éstas, determina matemáticamente, la ubicación de la primera cuando dice, tomando por punto de referencia la Plaza Mayor: "Sale de la misma plaza la Calle de Santo Domingo, de trescientos setenta y ocho pasos; esta misma calle se extiende otros ciento cincuenta pasos y acaba en una huerta en el arrabal, donde empieza un vacío de setenta pasos y de allí sale otra calle de seiscientos cincuenta y seis pasos que acaba en un puente de madera. Tiene al principio a la derecha ocho casas, a la otra cuatro, y *una ermita de Santa Ana.*"

Cuando el Reverendo Padre Fray Vicente Mallol hacía, en 1612, la solicitud para la fundación de la casa y convento de hospedaje se hallaba esta ermita, dentro de los límites de la ciudad o en el arrabal de la misma.

Indica mi distinguido contendor "la insinuación o noticia de un amigo que complete esos datos; que de las ruinas de Santa Ana para adentro del norte y cerca del río y entre el bosque hay unas ruinas en que pocos se fijan, y que pudieran ser las del convento de San José".

Con perdón del acusioso amigo, me permito recordarle que al norte de la Ermita de Santa Ana se encuentra el río Gallinero, ahora Río Abajo y allende éste la quinta veraniega del doctor Chanis, la Lechería del recordado padre de este caballero, los terrenos de la Tropical Radio, al este; y al oeste, los potreros de la Lechería Santa Elena, áreas, que vistos los objetos a que se les destina están limpias, despojadas de todo bosque, por tanto, incapaces de esconder ruina alguna. Existen sí, al sureste unas de importancia, ocultas en la maleza, en las cercanías del puerto, sea, dentro del barrio comercial de la ciudad. De poca utilidad, pues, resulta la insinuación o noticia del buen amigo para reforzar los empeños del Reverendo sacerdote.

La situación de la Ermita de San Cristóbal no está determinada, en las relaciones históricas, en cuanto a la distancia que la separa de la Plaza Mayor, como la de Santa Ana, pero en el Punto 9º del informe del Padre Fray Juan de Fonsseca sobre el terremoto de 1621, se lee: "Está a tiro largo de la ciudad un cerrillo a cuya cumbre hay un pequeño espacio y en él una ermita pobre de San Cristóbal. . . ." y en el Punto 5º, Número de remesones . . . como se salió al campo muchísima gente aquella noche a poblar las huertas, estancias y hatos que en los alrededores de la ciudad había, no atreviéndose a entrar bajo de te-

chados; y otros, que les parecía estar más seguros, se subieron a dormir al cerrillo de San Cristóbal, que estará un tiro de arcabuz de la ciudad, poco más.”

La distancia a la villa, era sin duda poca, pero su posición en la cumbre del cerro de igual nombre, elimina toda posibilidad de encontrarse en la proximidad de los dos ríos Gallinero y Algorrobo que corren por la comarca.

Finalmente, en la solicitud del Reverendo Padre Fray Vicente Mallol, de 1612, entre las limosnas con que cuenta para la fundación, se lee: “. . . y así mismo el Reverendísimo Señor don Fray Agustín de Carvajal, Obispo de esta ciudad, alentando tan santa obra, ha aplicado, para aceite y vino cien ducados de renta, manda pía que se había hecho a la *ermita* de Santa Bárbara y San Cristóbal, *la cual*, por haberse caído y arruinado, Su Señoría ha tenido por bien, persiguiendo su intento en la obra pía y mejorado el lugar, hacer traslación y nueva fundación de la dicha ermita en las dos capillas laterales de la dicha iglesia, el Cabildo y ciudad, tomando bajo su protección la dicha fundación por la parte que les toca y como patrón de la dicha ermita y de la manda de cien pesos de renta, no sólo han consentido y consienten la dicha traslación y nueva fundación de la ermita, sino que para el dicho efecto aplican y dan todas las limosnas que los vecinos de esta ciudad tienen mandadas para la dicha fábrica.”

Está fuera de toda posibilidad entender la porción del documento transcrito como aludiendo a dos ermitas distintas, una de Santa Bárbara y otra de San Cristóbal. El recto interpretar indica que se refiere a una sola bajo la advocación de la mencionada santa y del susodicho santo. Así lo demuestra el singular “ermita” empleado y lo confirma el pronombre relativo “la cual” usado en la misma frase. En vista de su destrucción y ruina el Señor Obis-

po, el Cabildo y ciudad, transfirieron la renta a la iglesia de San José, en proyecto, siempre y cuando, se trasladara a sus dos capillas laterales la ermita en cuestión.

Las relaciones históricas de 1607 y 1610, se ha visto, enumeran, como existente en la antigua ciudad, la de San Cristóbal, y en 1621, época del terremoto, aparece también, según lo informa el Padre Fray Juan de Fonsseca. Lógicamente se deduce que su ruina y caída debió acontecer entre los años de 1610 y 1621 y que no habiéndose terminado el templo de San José en el sitio y huerta, obsequio del Capitán Lorenzo de Roa, y demolido el que se intentó construir cerca de una ermita de la Catedral, en obedecimiento al decreto de la Real Audiencia, no era posible transferirla a las capillas laterales de la iglesia del convento de los Agustinos Recoletos, conforme a lo pactado.

En esta ermita algunas reparaciones probablemente se realizaron en el interregno, para que siguiera prestando servicio, justificando de esa manera el calificativo de “ermita pobre” que le dá el Padre Fray Juan de Fonsseca, en 1621.

Admito que la casa alquilada estuviera *cerca de una ermita de la catedral*, pero no que la casa y convento de hospedaje cuya fundación solicitó el Reverendo Padre Fray Vicente Mallol, se hubiera levantado allí definitivamente, porque las informaciones que sobre éste se encuentran en las crónicas religiosas no concuerdan con paraje alguno semejante a los que presentan las ermitas.

Santa Ana, hallándose en los límites extremos de la ciudad o en pleno arrabal de la misma, no permite que se la considere “como sitio solitario apartado de la población”, en concordancia con los estatutos de la orden, ni “junto a la ciudad”, ni “cerca de la ciudad”.

San Cristóbal, situada en la cumbre del cerrillo de igual nombre, lejos, muy lejos, de los ríos Gallinero y Algarrobo, hace imposible la aseveración del Padre Fray Alonso de la Magdalena “de mejorar el sitio de este convento, apartándole de la vecindad de las aguas, que le hacían enfermizo y peligroso, *por la inundación del río que junto a él pasa*”.

Concediéndole vida a Santa Bárbara, como ermita independiente de la de San Cristóbal, tampoco haría buena la hipótesis, porque autorizada su fundación por el Señor Obispo Fray Agustín de Carvajal y consentido ésta por el Cabildo y ciudad, como reza la petición, mal podía surgir el pleito de contradicción cuyo fundamento, según el señor Sosa, fue el intento de levantar el convento, en un solar de la catedral, “contra la voluntad de su fundador y sin licencia de Su Majestad y del Cabildo Ordinario”.

### CONSEJA, SI; TRADICION, NO

“Si escuchamos a nuestro insigne contendor, escribe el Padre Ganuza, dícenos que su localización corresponde y es preciso adjudicar a las ruinas que la “conseja popular” (yo diría la tradición panameña), atribuye al de las Monjas de la Concepción en la Calle de la Empedrada”.

Me ratifico en tal aseveración.

Ahora, quiero manifestar al ilustre contendor, toda mi gratitud por su fina corrección, pero tal vez no sería aventurado tacharla de improcedente. “*Conseja*”, es cuento, fábula, patraña, etc. “*Tradición*”, noticia de un hecho antiguo transmitido de padres a hijos, al correr del tiempo y sucederse generaciones.

La tradición, precisamente, señala como de San José las ruinas de la Calle de la Empedrada, que como tales he venido sosteniendo. La tradición, en este caso, concuerda

con la historia. Lo inverso, es producto de la conseja, que a la luz de la historia y al calor de la tradición, resulta cuento, fábula, patraña.

Tras larga y tediosa excursión por libros viejos, hecha en ratos de descanso, he encontrado que por primera vez se adjudican a las Monjas de la Concepción las ruinas pertenecientes a San José, en la obra intitulada "Le Canal de Panama" por Lucien Napoleon Bonaparte Wyse, 1886, página 41. Es una litografía de la capilla mayor de la iglesia de San José con la siguiente leyenda: "Ruines de l'église de las Monjas, au Vieux Panama".

El eminente ingeniero francés sin duda prestó oído al rumor anónimo.

Revítese, en cambio, el artículo "Panamá La Vieja" por J. D. Thompson, inserto en "Proceedings Naval Institute" de los Estados Unidos de Norte América (1933) y se encontrará un plano de la ciudad con la siguiente inscripción: "Compilado de muchas fuentes inclusive el plano de Cristóbal de Roda de 1609". Allí se ve, en la acera septentrional de la Calle de la Empedrada el convento de las Monjas de la Concepción, marcado con el N° 8; figura con el N° 7, en la misma acerca de la misma calle, separado de aquél por una cuadra, el Convento de San José. La posición de los dos conventos puede identificarse en cualquier momento sobre el terreno, siguiendo el referido plano, porque al sur del Convento de las Monjas de la Concepción precisamente, se halla el Hospital de San Juan de Dios marcado con el N° 9 y al sur, exactamente, del convento de San José, una cuadra de ninguna importancia, sin duda, porque carece de numeración.

Una visita a este sector de la ciudad pondrá en evidencia la certeza de lo indicado en el plano.

Marcado acierto me asistió, pues, en llamar "conseja" lo que no es tradición y mucho menos historia.

## REMATE

Aun cuando para ciertos criterios, respetables, carezco de los altos quilates del “caballero que hace profesión de hidalguía y generosidad”<sup>2</sup> acopio los escasos remanentes que he logrado salvar de tan doloroso naufragio, con el fin de repudiar el cargo de haber provocado esta polémica. Jamás cometí la imprudencia de sacar de su austera reclusión, para imponerle “esfuerzo de abnegación y sacrificio”, a quien “la avanzada edad y los achaques han hecho de su persona un verdadero valetudinario”.

Puede mi ilustre contendor, Reverendo Padre Marcelino Ganuza, seguir machacando, machacando sin tregua y con brazo herculino, en el convencimiento de que mi voz no turbará el beatífico ambiente de su celda, tan propicia a la meditación y a la plegaria, y seguro, también, de que el irrevocable silencio que voluntariamente me impongo, no ha de atribuirse a mengua en mi veneración por la Orden a que con honra pertenece, ni a desdén para con el distinguido sacerdote que ocupará, en todo instante, el alto sitio que le he designado, de tiempo atrás, en mi respeto y consideración.





# UN ARZOBISPO PANAMEÑO

Por

JUAN ANTONIO SUSTO

(Miembro correspondiente de la Academia de la Historia de Madrid y Secretario Perpetuo de la Academia Panameña de la Historia).



## EL DR. FRANCISCO JAVIER DE LUNA Y VICTORIA Y CASTRO

---

En la muy noble y muy leal ciudad de Panamá, nació el día 2 de Diciembre del año de 1695, el doctor Francisco Javier de Luna y Victoria y Castro, del matrimonio del Capitán don Manuel de Luna y Victoria y de doña Rosa Gordillo y Castro, vecinos que fueron de la ciudad de Natá de los Caballeros, ambos españoles y de distinguido nacimiento.

Sirvió en la milicia en la clase de soldado y desde muy temprana edad abrazó la carrera eclesiástica. En el Colegio Seminario recibió sus títulos que fueron en verdad muy merecidos. Sus servicios religiosos los prestó en la Iglesia Catedral de Panamá, en donde desempeñó los cargos de Colector del Obispado y luego Mayordomo de la fábrica de la Iglesia Catedral, debiéndose en gran parte el adelantamiento de la construcción de ella, gracias a su desinterés y a su celosa vigilancia.

La falta de maestros para la instrucción de la juventud que se experimentaba en la ciudad de Panamá fue lo que impulsó al doctor Francisco Javier de Luna y Victoria a ocurrir a la Audiencia de Panamá, expresando estar pronto a fundar con sus propios bienes tres Cátedras: de Filosofía, de Teología Moral y de Escolástica, en el Colegio de la Compañía de Jesús, donde podían los estudiantes obtener los grados de Bachiller, Maestro y Doctor según los privilegios de la Compañía de Jesús, conforme a la Bula del Papa Pío IV, de 29 de Agosto de 1561.. Según esta

Bula concedía a la Compañía el privilegio de que en los lugares en donde no existiera Universidad pudiesen sus estudiantes graduarse de Bachiller, Licenciado, Maestro y Doctor; por el Rector del Colegio, donde se leyere Fisología y Teología.

Este mismo privilegio fue confirmado, con algunas ampliaciones, por el Papa Gregorio XIII, en su Bula de 7 de Mayo de 1758, y a ambas Bulas se le dió el pase para su uso en el Consejo de Indias, el 5 de Septiembre de 1620.

De la información hecha por la Audiencia de Panamá, se desprendió la notoria y evidente la necesidad y conveniencia de esta fundación para los naturales de Panamá, pues estos carecían de la necesaria instrucción para el estado sacerdotal o se hallaban precisados para adquirirlos, el tener que pasar a las Universidades de Lima, Santa Fé o Quito, con crecidos gastos, que no podían soportar la mayoría de los habitantes del Istmo.

El Fiscal de su Majestad el Rey, el 5 de Diciembre de 1748 y luego el 6 de Febrero de 1749, pidió a su Majestad la confirmación de la licencia, cosa que fue aprobada por el Real Consejo de Indias el 11 de Febrero de 1749. El 3 de Junio de 1749 por el Real Decreto, dado en Aranjuez, se concedió licencia a fin de fundar tres Cátedras en el Colegio de la Compañía de Jesús de la ciudad de Panamá, con la facultad de dar grados. Abiertos los estudios fue nombrado Rector el Padre Hernando de Caveró, enviado especialmente de Quito.

De una carta de 8 de Octubre de 1745, del Obispo de Panamá, doctor Juan de Castañeda, tomamos estas palabras, refiriéndose al doctor Luna y Victoria: "Es de una ejemplar vida, manifestándolo en notables ejercicios, es padre común de pobres, no saliendo de su casa ninguno sin consuelo; benefactor de las Iglesias . . ."

Del año de 1743 al de 1749, época ésta en que ejerció las funciones de Obispo el Doctor Juan de Castañeda — quien fue un gran admirador y amigo del doctor Luna y Victoria— hasta el año de 1751 estuvo vacante la silla episcopal de Panamá. Entre los años de 1750 al de 1751 fueron nombrados para ocupar la mitra los doctores Felipe Manrique de Lara, Juan Bautista Taborga y Durana y Fray Valentín Morán.

Entre los años comprendidos entre 1749 al de 1751, el doctor Francisco Javier Luna y Victoria desempeñó su ministerio espiritual en la ciudad de Cartagena de Indias, como Tesorero de esa Iglesia Catedral. Antes de partir para esa ciudad, en la suya, con celo y piedad alivió a las Religiosas de la Concepción y desempeñó, con mérito sin igual, el honroso empleo de Visitador General de la Provincia del Darién.

En Cartagena de Indias estaba el Dr. Luna y Victoria, cuando lo sorprendió el recibo de las ejecutoriales para el Obispado de Panamá, firmadas el 30 de Junio de 1751, habiendo sido presentado por su Majestad el Rey de España para ese puesto a su Santidad el Papa el 26 de Marzo de ese mismo año.

Tomó posesión de su Obispado el 15 de Agosto de 1751, y al igual que cuando fue Colector y Mayordomo de la Catedral de Panamá, continuó trabajando con tesón y de manera infatigable por la terminación de la Iglesia, que no pudo ver terminada debido a su traslado a la ciudad de Trujillo (Perú). El nuevo prelado hizo a su costa la obra terminal de la Catedral, la enriqueció con alhajas y ornamentos valiosos y la dotó de campanas. Aunque fue trasladado a Trujillo (1759) siguió costeando los trabajos hasta que se concluyó el edificio el 3 de Diciembre de 1760, como consta en la inscripción que ostentó éste en la fachada principal.

El 10 de Marzo de 1759 salió el Dr. Luna y Victoria de la ciudad de Panamá, rumbo a la de Trujillo a cuya iglesia fue promovido como Obispo, desde el 26 de Enero de 1758. Tomó posesión en su nombre el Deán D. Carlos de Lozada el 22 de Abril de 1759 y el Dr. Luna y Victoria personalmente el 17 de Junio de ese mismo año.

No pudiendo asistir al Sexto Concilio Limense que reunió el Arzobispo Don Diego Antonio Parada en el año de 1772, concurrió con poder suyo el Deán de Panamá, Dr. Don Justo López Murillo.

Se dedicó a reedificar los templos de Santa Rosa, Santa Ana y San Lorenzo de la ciudad de Trujillo. En 1763 sancionó el arancel eclesiástico. Hubo quejas contra este Obispo por su proceder en la provisión de beneficios; y el Rey Carlos III le requirió en 1766 y 1767 para que atendiese a los patricios beneméritos, y mandó se le devolviesen las nóminas para que también se sujetara a las leyes y cánones.

Después de varios años de labor eficiente en tierra extraña, murió el doctor Francisco Javier de Luna y Victoria y Castro, el 11 de Marzo de 1777, a la avanzada edad de 82 años, estando electo para el Arzobispado de Chuquisaca, en la Audiencia de Charcas.

Su cuerpo fue sepultado en la Iglesia de la Compañía de Jesús y trasladado a la Catedral, y de ésta al panteón general que se estrenó el 2 de Diciembre de 1831. Su corazón se encuentra en la Vice-Parroquia de San Lorenzo, que dejó acabada y con particulares adornos. En el año de 1869 se llevó otra vez el cadáver de este Obispo a la Iglesia Catedral de Trujillo.

---

Véase: *Juan Antonio Susto*: "Panameños de la Epoca Colonial en el Archivo General de Indias de Sevilla" (Estrella de Panamá, de 11 de Diciembre de 1930); *Enrique J. Arce y Juan B. Sosa*: "Compendio de His-

toria de Panamá" Tomo I, página 300, edición de 1934; *Manuel de Mendiburu*: "Diccionario Histórico-Biográfico del Perú", Tomo VII, página 120, edición de 1933; *Archivo General de Indias de Sevilla*: Estante, 69, Cajón 4, Legajo 51; Estante 69, Cajón 5, Legajo 2; Estante 69, Cajón 6, Legajos 68 y 69 y Estante 115, Cajón 6, Legajos 8 y 18; *José Toribio Medina*: "La Imprenta en Lima", Tomo III, páginas 17 y 130, *Pedro José Vilchez*: "Nomenclatura de los señores Obispos de Trujillo"; *Alcedo*: "Diccionario histórico y geográfico", Tomo IV; *Hipólito Unánue*: "Guía política, eclesiástica y militar del Virreinato del Perú para el año de 1795"; *Jorge Juan y Antonio de Ulloa*: "Relación histórica del viaje a la América Meridional" y *José Toribio Polo*: "Apuntes sobre Trujillo y sus Obispos" (Publicado este trabajo en los "Documentos Literarios del Perú" de Odriozola, Tomo X, página 327 a 370.)





# LOS FEOS DE VENEZUELA Y LOS DE PANAMA

Por

HECTOR CONTE BERMUDEZ

(Miembro correspondiente de la Academia de la Historia  
de Madrid y Miembro de Número de la Academia  
Panameña de la Historia).



A don *Isaac Fernández Vieta* y a doña *Antonia Arosemena de D'Acosta*, nietos de doña Natividad y de doña Isabel Feo, respectivamente.

“Consolémonos, oh hermanos en Esopo, conque no somos frutas de la horca y conque a despecho de nuestra anti-gentileza no hemos sido tan cortos que no hayamos hecho verter lágrimas y perder el juicio en este mundo loco, donde los bonitos se suelen quedar con un palmo de narices, mientras los pícaros feos no acaban de hartarse de felicidad, ya que aquellos no tienen estos ojos que se van como balas negras al corazón de los enemigos y como globos de fuego celeste al de las mujeres amadas.”

Así, con esas frases consoladoras, exclamaba en los *Siete Tratados* el escritor inmortal. Mas si nos apartáramos, con todo, de la índole histórica de este artículo, no encontraríamos por dónde comenzar, ni sabríamos cuándo remataríamos la tarea, si nos pusiésemos siquiera a dar nombres de las personas *feas* que existen en estas dos repúblicas hermanas.

Al hablar ahora de los FEOS de Venezuela y de los de Panamá, queremos rendir un homenaje de admiración a dos damas venezolanas —doña NATIVIDAD FEO y doña ISABEL FEO— a quienes la tempestuosa guerra de independencia arrojó un día a nuestras inclementes playas del Atlántico, y después de sufrir por su patria las mayores penalidades que puede dar una vida atormentada, se radicaron al fin en tierra panameña y dejaron en ella honorable, larga y ramificada descendencia.

Hijas de don Domingo Fernández Feo y de doña María de la Concepción Ceijas, eran ellas oriundas de Caracas, en la antigua Capitanía General de Venezuela. Como muchas mujeres venezolanas de temple heroico, tomaron parte, con familiares suyos, en las actividades revolucionarias de 1812. Inesperados acontecimientos llevaron, en esa época, el desconcierto en las filas republicanas. La dolorosa capitulación de San Mateo—fruto de la desconfianza en el propio éxito y de la excesiva credulidad en los enemigos— entregó a los pueblos a la desolación y a la muerte. Don Francisco de Miranda, en hora infortunada, olvidó las filudas garras de don Domingo de Monteverde, y así quedó bien pronto la naciente República cubierta con túnica de duelo. “La sangre, el martirio y las lágrimas”, dice un historiador, se extendieron por todo el vasto territorio. Las persecuciones a las familias patriotas no respetaban edad, sexo, condiciones, ni personales merecimientos. Cárceles, cadenas, patíbulos, crímenes horrendos, parecían cosas sencillas y naturales. El empeño realista era exterminar a los que suspiraban por su patria. Los hombres se veían obligados a huir a los campos a formar guerrillas para defenderse; las mujeres y los niños buscaban en los montes inseguro refugio y los que podían emigrar del país en frágiles esquifes, se acercaban a las costas para que los vientos y las ondas los llevaran a su antojo —como a Ulises— de playa en playa.

Así salieron fugitivos de Venezuela, en esa época sombría, los tres hermanos don JOSE MARIA, DOÑA NATIVIDAD y DOÑA ISABEL FEO, sus parientes doña Flora y doña Josefa Ceijas, y muchos otros emigrados más. Con los ojos exaltados por los sufrimientos y la angustia, encontraron refugio un día dentro de los muros sagrados de la plaza patriota de Cartagena de Indias. El pabellón de la República les sirvió allí para enjugar sus lágrimas.

DOÑA NATIVIDAD era soltera, blanca, de ojos azules, pequeña estatura y cabello negro largo, que le llegaba muy abajo de la cintura. DOÑA ISABEL era también blanca y de azules ojos, de regular estatura y estaba casada con el señor Juan Padrón. (1) Mas su marido, aguerrido militar, formaba parte de las guerrillas revolucionarias que después de la capitulación de Miranda quedaron en Venezuela peleando por lo más amado. Al ausentarse, entre ella y su esposo se abrió el abismo. El vendabal, en forma inesperada y trágica, los separó para siempre. DON RAMON FEO, hermano de estas dos sufridas damas, tenía un puesto, con su cuñado, en las toldas patricias. La familia toda quedó, en semejante forma, dispersa. En la patria lejana, ensangrentada y doliente, dejaron sus bienes de fortuna a merced de los compañeros de Zuazola y de Yañez. El cuadro era aterrador, y en torno suyo solo podían mirar el espectro huesoso de la muerte. En Cartagena respiraban siquiera el aire de libertad, aunque sin poder regresar a la tierra de sus amores y sin tener comunicación alguna con su deudos ausentes. Mas de pronto, ante los ojos atónitos de la ciudad gloriosa de don Blas de Lezo, se presentó la escuadra *pacificadora* de don Pablo Morillo.

El 17 de Agosto de 1815 comenzó el bloqueo, y terminó, después de ciento once días de horroso asedio, el 6 de Diciembre. Allí soportaron las señoras FEOS los rigores de ese sitio heroico, que don Lino de Pombo pintó con pluma conmovedora: "Cuando se estableció el bloqueo por mar y tierra —dice don Lino— dejando cerrada toda vía de socorro, la ciudad se hallaba desprovista de lo necesario para el mantenimiento por más dos meses de las diez y ocho o

---

(1) Don Juan Padrón era hermano del venezolano don Matías Padrón, Teniente de Fragata, que comandó la goleta republicana de guerra, *General Bermúdez*.

diez y nueve mil personas concentradas en ella, y pronto hubo que matar, salar y embarilar caballos y burros en calidad de reserva para último recurso alimenticio . . . Ya no quedaban esperanzas de salvación en lo humano y cada hora traía consigo nuevas angustias, nuevos padecimientos. En las noches de mar serena, las lanchas cañoneras de la escuadra se aproximaban enfrente de la cortina de LA MERCED y bombardeaban con poco riesgo el recinto principal. El progreso de los estragos del hambre era en sumo grado aflictivo; pereciendo unos por falta de alimentos o postración de fuerzas, otros por las enfermedades consiguientes a la mala calidad de la triste ración que se proporcionaban, y prolongando otros su miserable existencia, escuálidos, hebetados y con hinchazón progresiva en las piernas. Carnes y harinas podridas, bacalao rancio, caballos y burros en detestable salmuera, perros, ratas, cueros, eran el recurso de la generalidad desvalida; y escasas dosis de arroz con camarones secos y chocolate, era el de las familias acomodadas que habían salvado algo de las pesquisas domiciliarias. Los extranjeros dedicados a la especulación del corso, conservaban tal cual depósito oculto de víveres, y los beneficiaban sin misericordia, haciéndose en cambio dueños de las prendas de oro y piedras preciosas que existían en la ciudad . . . A miles ascendía ya el número de los muertos y ni aun era posible dar sepultura a los muchos cadáveres esparcidos en casas y calles, cuya pronta putrefacción envenenaba el ambiente, cuando por el Jefe Militar General Bermúdez, se resolvió, al principiar Diciembre, la evacuación de la plaza y de todas sus mal guarnecidas defensas, emigrando a todo trance por la mar.”

Por su parte, don Juan García del Río, en su bellísima *Página de oro de la historia de Cartagena*, relata la situación de los sitiados, así:

“ . . . Ya se habían comido todos los caballos, mulas, burros, perros, gatos y cueros que había en la plaza, lo mismo que cuantas yerbas podían haber a las manos, por insalubres que fueran. Solo cinco pequeños buques habían podido entrar con algunos víveres después de cerrado el bloqueo, pues hasta los vientos les eran contrarios; auxilio demasiado pequeño para una población tan numerosa. El hambre y sus compañera inseparable la peste, se llevaban diariamente al sepulcro gran número de personas, y por todas partes no se veía otra cosa que hombres pálidos, mujeres extenuadas y seres expirantes. Muchas veces, al recorrer las guardias, los oficiales encontraban los centinelas que habían expirado en su puesto. El terror estaba pintado sobre todos los semblantes.”

Era, pues, imposible que la plaza de Cartagena hubiera podido resistir más. Con la orden de evacuarla, se entregaba la vida a la fortuna. Era el tétrico *sálvase quien pueda*, que se oye siempre en las horas trágicas. Solo quedaban, a la verdad, tres caminos a tomar: morir de hambre o de peste; morir al filo de las cuchillas de Morillo o de don Francisco Tomás Morales; o pasar peleando, en botes sin defensas, entre la escuadra enemiga y arrojarle a las contingencias del mar.

La escuadrilla republicana del Comandante Luis Aury estaba en la bahía. Pero en siete goletas mal armadas, en seis embarcaciones menores y en otras tantas mercantes, era imposible acomodar el crecido número de personas resueltas a emigrar. En la playa quedó abandonada, a merced de las crueldades de Morales, gran parte de la emigración. ¿Cómo pudo lanzarse a la mar, esa gente fugitiva que se metió en los buques? Veámoslo:

“El enemigo, que observaba los movimientos de los buques republicanos, había establecido cuatro baterías de una y otra parte de la bahía, con piezas de grueso calibre

que cruzaban sus fuegos; fuera de esto, veinte y dos lanchas y bombarderas con cañones de igual calibre se formaron en el canal para estorbar la salida. Mas, animada la emigración por muy fuertes sentimientos, y conduciendo a sus mujeres, a sus hijos y lo más precioso que tenía, resolvió vencer o morir; así continuaron los patriotas su rumbo, rechazando a las fuerzas sutiles enemigas que pretendían abordar algunos buques, de cuyo intento desistieron, viendo la determinación con que se les atacaba, hasta obligarlas a refugiarse bajo los fuegos de sus baterías. Estas fueron igualmente franqueadas, aunque con varios daños de los buques y algunos emigrados muertos y heridos." . . . " A media noche, habiendo refrescado el viento, *la escuadrilla se hizo a la vela sin concierto alguno, pues el Comandante Aury no fijó a ningún buque un plan de señales para su reconocimiento. Así atravesó por medio de la escuadra española, mucha parte de la cual se había reunido ya a barlovento de las islas del Rosario. Entre las tres y cuatro de la mañana se levantó un temporal que hizo tomar a cada buque diferente rumbo, según las circunstancias de su marcha y el estado de su aparejo, quedando solo tres reunidos con la goleta CONSTITUCION, en que iba el Estado Mayor y algunos Magistrados.*" (2).

Tales acontecimientos tuvieron lugar en los días 5 y 6 de Diciembre de 1815. DON JOSE MARIA FEO, y sus hermanas DOÑA NATIVIDAD y DOÑA ISABEL, sus parientes doña Flora y doña Josefa Ceijas, y cincuenta y nueve pasajeros más, salieron a bordo de la goleta mercante AMERICANA, corriendo los riesgos de la emigración. La oscuridad de la noche, el mar de leva a causa del temporal y la fuerza de los vientos contrarios, dispersaron las naves de la flotilla en el océano, y perdieron el rumbo. El Comandante Aury, que buscaba las costas de Jamaica, por



ser las más cercanas, tocó de paso en ellas y se vió forzado a seguir a Haytí, llegando al puerto de Los Cayos, con siete buques menos, a los treinta días de haber salido de Cartagena. (3).

Nadie podía dar noticia exacta del rumbo que tomaron los buques que se aventuraron a correr las graves consecuencias de la travesía. Las informaciones del desastre se supieron después. El faluchito *Emboscada*, fue apresado al salir del puerto; *El Gran Sultán*, zozobró al llegar a los Cayos, en Haytí, pereciendo todos sus tripulantes, a excepción de don Gerónimo Tinoco; la goleta *General Bermúdez*, recibió dos balazos a la salida y llena de agua y hecha ya una balsa, logró arribar así a la ensenada de Cochino, en la Isla de Cuba; de ciento cuarenta y siete personas que llevaba a bordo, perecieron ciento treinta, y solo llegaron a tierra diez y siete sobrevivientes; la *Estrella* y la *Concepción*, fueron a dar a las bocas del río Atrato, en donde murieron muchos emigrados y los otros quedaron prisioneros; el corsario *Cometa*, que mandaba el infame extranjero Michael, en el cual iban don Juan de Dios Amador, el doctor Revollo, el Coronel Narváez y muchos otros, arribó a la isla de *Providencia*. A las costas del Istmo de Panamá llegaron tres buques de la

- 
- (3) La flotilla republicana, que comandaba don Luis Aury, se componía de las siguientes goletas de guerra:

*Constitución*, *Estrella*, *General Bermúdez*, *Republicana*, *Presidente*, y los pailebots cañoneros *Ejecutivo* y *Fogoso*. Las balandras de guerra *Micomicona* y *Concepción*; y los buques mercantes *Gobernador*, *Amador*, *Dos amigos*, *Americana* y el *Gran Sultán*, ocho bongos armados en guerra y dos falúas.

La escuadra española que mandaba en jefe don Pascual Enrile y su Mayor don Rafael Santibáñez, constaba de cuarenta buques entre fragatas y transportes, y los siguientes buques de guerra, que venían a formar la segunda línea de circunvalación de la bahía:

*Atocha*, *Diamante*, *Diana*, *Jasón*, *Centinela*, *Florida Blanca*, *Tritón*, *Celoso*, *Perla*, *Ifigenia* y doce *Místicos* bombarderos y cañoneros.

flotilla: el corsario *Presidente*, fue a dar al archipiélago de las Mulatas, (Islas de San Blas) y allí quedó expuesto a su captura; la goleta *Gobernador*, quedó varada sobre una roca, a inmediaciones de Chagres, en la noche del 10 de Diciembre y fue allí apresada por la corbeta española *La Flecha*; (4) y la goleta mercante *Americana*, que encalló en las bocas del río Caimito, en la costa norte de la Provincia de Veragua. Capturada ésta por la fragata *Cazadora*, se hizo desembarcar a los sesenta y cuatro emigrados que estaban a bordo, de los cuales unos murieron en el *Mineral* de hambre y de sufrimientos; otros quedaron enfermos y prisioneros allí mismo y en *Santa Fé*, y los veinte y ocho que estaban con mejor salud, fueron trasbordados a la *Cazadora*, para remitirlos, como se hizo, a las cárceles de Panamá.

En aquellas aflictivas circunstancias, doña Natividad y doña Isabel Feo tuvieron todavía una tortura mayor. Vieron morir de hambre, en el *Mineral* de Veragua, a su hermano don JOSE MARIA, que desde Caracas había venido acompañándolas en todos sus infortunios, y a su pariente doña Josefa Ceijas, lo mismo que a diez infelices más.

- 
- (4) La goleta republicana *Gobernador*, fue apresada por la corbeta española *La Flecha*, cerca de Chagres, cuando encalló entre las rocas. En la travesía de Cartagena a las bocas del río Coclé, murió a bordo el Coronel José Sata y Bussi, que, como representante del General Miranda, firmó en 1812 el Convenio de San Mateo. En la playa de Coclé murieron de hambre doña Ana Pombo de Lecuna y el Capitán venezolano Juan Gual. Allí fueron apresados don Lino de Pombo, Santiago Lecuna, María Amador de Pombo, Esteban de Pombo Amador, Sebastián de Pombo Amador, Dámiso de Pombo Amador, Fernando de Pombo Amador, Josefa de Pombo de Fierro, Josefa Latoison de Pombo, Miguel Díaz Granados, Domingo Díaz Granados, José María García de Toledo, Juan Antonio Hernández, José María Flores y otros, los cuales, después de ser conducidos a Portobelo y encerrados en un inmundó calabozo, fueron remitidos a Cartagena en la goleta española *San Miguel*.

En Santiago de Veragua se encontraba de Comandante Militar, don Pedro Domínguez, quien lleno de alborozo por la captura que había hecho la fragata *Cazadora*, se apresuró a informar al Capitán General del Nuevo Reino de Granada, don Francisco de Montalvo, el fausto suceso para las armas reales, en la siguiente forma:

“Señor Capitán General: Para el superior conocimiento de U. S. incluyo la lista general de todos los insurgentes que condujo a la costa de Veragua la goleta AMERICANA, que fugó de ésa el cinco de Diciembre del año próximo pasado, *con separación de los que siguen conmigo a Panamá en la fragata CAZADORA, de los que han quedado por enfermos en Santa Fé y el Mineral de Veragua, y de los que en este mismo punto han fallecido*, con distinción igualmente del lugar de su nacimiento y empleos que han obtenido en el Gobierno revolucionario, según consta de las declaraciones que al efecto he tomado, y seré el portador de ellas en caso de que haya buque en Portobelo que haga viaje a esa plaza.

Dios guarde a U. S. muchos años. Santiago de Veragua, y Enero 31 de 1816. PEDRO DOMINGUEZ. Señor Capitán General del Nuevo Reino de Granada.” (5).

- (5) LISTA que manifiesta los nombres, patria y empleos de los individuos que la goleta AMERICANA ha desembarcado en la costa de Veragua, con distinción de los muertos, los que son conducidos en la fragata CAZADORA, y los que quedan aún en el pueblo de Santa Fe y Mineral, por enfermos.

#### SIGUEN EN LA FRAGATA CAZADORA

Nombres	Patria	Empleos
Fr. Francisco Mosquera.	Puerto Rico	Capellán de las tropas de los <del>Generales Miranda</del> y Bolívar.
Don Andrés Laguna	Santa Marta.	Capitán.
Don Manuel Cala.	La Guaira.	Teniente.
Don Santos de la Hoz.	Sitio Nuevo.	Teniente de caballería.

Entre los prisioneros que el Comandante Militar Domínguez condujo a Panamá, por no haber buque en Portobelo que los llevara a Cartagena, figuraban DOÑA NATIVIDAD y DOÑA ISABEL FEO, doña Flora Ceijas, y el fraile Francisco Mosquera, que había sido Capellán de las tropas de Miranda y Bolívar. Ya no iban allí don José María Feo ni doña Josefa Ceijas, porque, como dijimos anteriormente, habían quedado muertos en el *Mineral de Veragua*.

Nombres	Patria	Empleos
Don Nicolás García.	Caracas.	Teniente de Dragones.
Don José Manuel Gordo.	Santa Marta.	Subteniente de Artillería.
Don José Manuel Navarro.	Cartagena.	Subteniente del Bon. Cartagena.
Don Gilberto Sarmiento.	Socorro.	Subteniente del Bon. Cauca.
Don Rito González.	Caracas.	Subteniente del Bon. Unión.
Pedro Soto.	Caracas.	Sargento segundo.
Manuel Raga.	Guaduas	Soldado.
José María Palencia.	Victoria, Caracas.	Soldado.
Juan Rivas.	La Guaira.	Soldado.
Cenón Blanco.	Caracas.	Soldado.
Ramón Ranjel.	Guaduas	Soldado.
Pedro Rojas.	Coro.	Soldado.
Vicente Tafur.	Arjona (Cartagena).	Marinero.
Ignacio Solano.	Flamenco, (Cartagena).	Marinero.
Manuel Muñoz.	Mompox, (Cartagena).	Marinero.
José Ramón Ceballos.	Paracote, (Caracas).	Clarín.
Eusebio Rosales.	Tocuyo, (Caracas).	Cirujano.
Narciso Galán.	La Habana.	Comerciante.
Antonio Delgado.	Caracas.	Panadero.
Doña FLORA CEIJAS	CARACAS.	
Doña TERESA ASGUE	CARACAS.	
Doña ISABEL FEO	CARACAS.	
Doña NATIVIDAD FEO	CARACAS.	
Doña Josefa Samuel.	Carora, en Caracas.	

Al fin, después de sufrir inauditos vejámenes en calabozos y en bóvedas de Panamá; fueron puestas en libertad, entre Febrero y Marzo de 1816 estas abnegadas mujeres. Entonces se les dispensó algunas atenciones por los jefes militares de la plaza y también por particulares que tuvieron compasión de ellas. En su desamparo, tuvo doña Natividad oportunidad de casarse, y seis meses después de su llegada a Panamá, resolvió contraer matrimonio con el

## MUERTOS EN EL MINERAL

Nombres	Patria	Empleos
Don Francisco Gogorza.	Trujillo.	Subteniente de Caballería.
Miguel Ruiz.	Caracas.	Soldado.
Bruno Gámez.	Caracas.	Soldado.
N. Marín.	Caracas.	Soldado.
Vicente González.	Santa Fé.	Soldado.
DON JOSE MARIA FEO.	CARACAS.	
Don Francisco Travieso.		
Pedro León Caldera.	Caracas.	Cirujano.
Don José Pava.	Cartagena.	
Otro cuyo nombre se ignora.		
DON A JOSEFA CEI- JAS.	CARACAS.	
Doña Juana María Blanco.	Guaduas.	

SON 12.

## ENFERMOS EN SANTA FE

Nombres	Patria	Empleos
Don José Ignacio Valenzuela.	Caracas.	
María Pastora Ranjel.	Caracas.	
María de Jesús Ruiz.	Caracas.	

SON 3.

joven panameño señor Juan Francisco Fernández, como se ve de la siguiente partida, que personalmente hemos copiado en el archivo de la Iglesia de La Merced:

## ENFERMOS EN EL MINERAL

Nombres	Patria	Empleos
Don N. Pava.	Del Reino de Santa Fe.	Capitán.
Don Basilio Montás.	Maracaibo.	Teniente de Dragones.
Don Antonio Muñoz Té-var.	Caracas.	Teniente Ayudante.
Guis Padilla.	Europeo.	Teniente del Bon. Barlovento.
Don José Aparicio.	Cartagena.	Subteniente.
Juan José Navarro.	San Carlos, Caracas.	Sargento de Caballería.
Estanislao Mendoza.	Caracas.	Cabo de Artillería.
Matías Mendoza.	Calabozo, (Caracas).	Soldado.
Miguel Castillo.	Caracas.	Soldado.
Miguel Zapata	Barinas.	Soldado.
Víctor.	Del Reino de Santa Fe.	Soldado.
Gregorio Ballesteros		Soldado
José de los Santos Hurtado		Soldado
Don Juan Pava.	Cartagena.	Soldado.
Doña Petronila.	Cartagena.	Soldado.
Doña Francisca.	Cartagena.	Sirvienta.
Salvadora.	Cartagena.	Sirvienta.
Casimira.		Sirvienta
Encarnación, (con dos hijos).		
Manuel, (cuyo apellido se ignora).		
Pedro, (cuyo apellido se ignora).		

SON 21.

Santiago de Veragua, y Enero 31 de 1816.

PEDRO DOMINGUEZ

(Corrales. Documentos para la historia de Cartagena. Tomo II.—  
Pág. 293.)

“Nº 3. En la ciudad de Panamá, en diez y ocho de Septiembre del año de mil ochocientos diez y seis, yo Dn. Manuel José Calvo, Cura Rector del Sagrario de esta Santa Iglesia Catedral, desposé por palabras de presente, que hacen verdadero matrimonio, según el orden de nuestra Santa Madre Iglesia, a Dn. Juan Francisco Fernández, natural de esta ciudad, hijo natural de Da. Teresa de Osorio, con Da. MARIA DE LA NATIVIDAD FERNANDEZ FEO, natural de la ciudad de Caracas, hija legítima de Dn. Domingo Fernández Feo y Da. María de la Concepción Ceijas. No habiendo resultado impedimento de sus consentimientos, dispensadas por el señor Gobernador del Obispado las tres proclamas, siendo testigos Dn. José María Moreno, Dn. Luis Maciá y Dn. Juan Bautista Justiniano. Y para que conste, lo firmo. MANUEL JOSE CALVO.”

No era entonces la ciudad de Panamá propicia para la tranquilidad de espíritu que anhelaban doña Natividad y su hermana, por lo cual don Juan Francisco dispuso radicar el hogar que acababa de fundar, en la ciudad de Penonomé.

Doña Isabel, que desde 1812, en que salió de Venezuela, no tuvo comunicación con su esposo don Juan Padrón, y que en Cartagena le dieron noticias de que había muerto en la campaña, creyéndose viuda, convino en casarse en Penonomé con don Manuel de la Guardia, de las principales familias de la localidad, verificándose el matrimonio en 1820.

Tenía ya doña Isabel su primera hija, cuando un nuevo e inesperado suceso vino a aumentar la muy larga serie de sufrimientos de su accidentada vida. Una carta de su primer esposo don Juan Padrón, escrita en 1824 en Valencia, dando muchas vueltas por las dificultades naturales de las comunicaciones de entonces, llegó por fin a manos de doña Isabel y de doña Natividad. “Oficiales que pasan por Panamá, —decía— me dan noticias vagas de que ustedes están vivas en un pueblo del interior del Istmo de Pa-

namá. La revolución me ha dejado imposibilitado para moverme, y ustedes que han sido empujadas por los acontecimientos hasta ese lugar, tampoco podrán venir. Si acaso es cierto que están vivas, escribanme para contarles lo que he sufrido y lo que ha pasado por acá. Siquiera tendremos ese consuelo en lo que nos falta de vida."

La sorpresa que recibieron las dos hermanas Feos, fue terrible. Doña Isabel, que se creía viuda cuando se dispuso a contraer nuevo matrimonio con don Manuel de la Guardia, casi se muere de angustia y de pesar. Más fuerte doña Natividad, quiso ser ella quien debía responder al primer esposo de su hermana. Doña Isabel no tenía alientos para tanto.

En efecto, doña Natividad mandó a Panamá una carta, a fin de que cuando pasara por allí algún oficial para Venezuela, le fuera entregada con encargo de hacerla conducir a Valencia. Pero dos o tres años después, una segunda carta de Padrón llegó averiguando si las dos hermanas estaban vivas todavía y que, a ser cierto, esperaba la respuesta de su correspondencia. Nunca tuvieron más noticias uno y otra. La muerte puso fin a esas trágicas vidas.

En su matrimonio con don Juan Francisco Fernández, doña Natividad tuvo los siguientes hijos: Pacífico, Josefa de la Trinidad, José Rafael, Juan Francisco de los Reyes, Manuel, Felipe, Isaac, Demetrio y Amalia Fernández Feo.

Doña Isabel, en el suyo con don Manuel de la Guardia, sólo tuvo dos: doña Antonia y don Elías de la Guardia Feo.

De la primera existen aún cuatro nietos: doña Concepción Fernández Jaén, doña Josefa Fernández de Grimaldo, don Néstor Fernández Jaén y don Isaac Fernández Vieto. De la segunda, tres: don Fermín Arosemena Guar-



dia, doña Elida Arosemena de Fernández y doña Antonia Arosemena de D'Acosta. Todos son personas distinguidas de la sociedad.

De don RAMON FEO, hermano que había quedado combatiendo en los campos de Venezuela en 1812, como dijimos al principio, solo vino a tener noticia doña Natividad, por una carta suya, fechada en Valencia el 20 de Marzo de 1838, dirigida a sus dos hermanas, cuando, ya para entonces doña Isabel tenía ocho años de muerta, como se ve de la siguiente partida de defunción:

“En la parroquia de San Juan Bautista de Penonomé, a los catorce días del mes de Enero del año de mil ochocientos treinta, yo, Manuel de Jesús Carrizo, Cura propio de ella, dí sepultura al difunto cuerpo de la señora ISABEL FEO, de Caracas, mujer legítima del señor JUAN PADRON. Recibió todos los Santos Sacramentos. *No testó, ni supe que tuviera de qué,* con Cruz Alta, etc. Y porque conste, lo firmo.

MANUEL DE JESUS CARRIZO.”

(Archivo parroquial de Penonomé. Libro de entierros. Año 1830).

La sentida carta de don RAMON FEO a sus citadas hermanas, a que nos estamos refiriendo, y que conservan los descendientes de ellas, dice así:

“Valencia, 20 de Marzo de 1838.

Queridas hermanas:

Ahora que se proporciona el dirigirles ésta con el Capitán Narvarte, que es (está roto) ese territorio, me lleno de regocijo al tomar la pluma para dirigirles cuatro letras; pues en el espacio de *catorce años* no he tenido la menor noticia de ustedes, aunque les he dirigido varias cartas y de ninguna he tenido contestación, ignorando si ha consistido en que no han llegado a sus manos, y a veces calculo que ya ustedes no existirán.

Contéstlenme por el correo, ya que la suerte ha querido separarnos para siempre, sin ser muertos. Con los trastornos políticos que ha habido en este territorio, he tenido mil re-

veses, los que comunicaré a ustedes cuando tenga su contestación; sin embargo, les diré que llegué al extremo de tomar una hacha para cortar leña para poderme mantener. Ahora me encuentro de Portero o Aguacil de la Corte, para poder sustentar mi vida, pues estoy cargado de familia, que se compone de mujer y siete hijos, cinco varones y dos hembras, siendo la última de un año. No dejen de contestarme, que lo deseo con ansias para saber de ustedes, y como ignoro su existencia no escribo más largo, pues quisiera decirles tanto, que, no tengo palabras con qué explicarme.

Pónganme a las órdenes de sus esposos y mis afectos cariñosos a sus niñitos y manden a su hermano que verdaderamente las estima y que tendrá en la memoria hasta la muerte.

JOSE RAMON FERNANDEZ FEO.”

Siete años más tarde, en 1845, escribía de nuevo don Ramón a doña Natividad, averiguando por ella y por su otra hermana, pues a pesar de que les escribía, nunca recibía una respuesta. A esa fecha, no sabía siquiera que doña Isabel había muerto quince años atrás. La deficiencia en las comunicaciones de aquella época daban ese resultado.

“Valencia, 7 de Noviembre de 1845.

Señora

Natividad Fernández Feo de Fernández.

Penonomé.

Mi querida hermana:

Hace algún tiempo que experimento una cruda pena por no saber de tí y del estado de la familia, y también me acompaña la incertidumbre de si existen ustedes en este o en el otro mundo. Esta desconsoladora idea me tiene inquieto, pues aunque cansado de escribirte largo repetidas veces, siempre he visto burladas mis esperanzas; esto es porque no logro saber de tí.

Esta carta la dirijo por conducto del señor Gerónimo Tinoco Zabaleta, persona de influencias y de relaciones, por lo cual

no dudo que llegue a tus manos. El señor Zabaleta me dió noticias de tí el año de 24, que es la última que he recibido, aunque de entonces a acá no he desperdiciado medios para conseguirlo.

Natividad, cuando me contestes ésta, si es que no se extra-  
vía, esperó me des noticias de mi hermana Isabel y del resto  
de la familia; pues desde el año de 24, como dejo dicho, no he  
tenido la más mínima noticia; así, considera que yo vivo con  
muy poca tranquilidad, por lo que espero que tu carta sea  
circunstanciada, ya que por la inmensa distancia que nos se-  
para, nuestra correspondencia no puede ser continuada, como  
lo deseo.

Recibe expresiones de toda la familia, con especialidad de  
Mariana, que así se llama mi esposa, y tanto ella como tus  
sobrinos se quedarán con los deseos de conocerlas, pero es una  
cosa irremediable para ellos. Yo, por ahora, no tengo mayor  
novedad, si no es la vejez, y ya experimento el agobiador peso  
de los años.

Dámele memorias a mi hermana Isabel y demás familia y  
tú recibe el fraternal cariño de tu hermano que te desea fe-  
licidad y que te ama con el corazón.

“RAMON FEO.” (6).

Después de la fecha de la carta anterior, doña Nativi-  
dad Feo vivió veintisiete años más. Pero esa fue la última  
que ella recibió de su familia de Venezuela, y que puso fin  
a la correspondencia intermitente que aparecía a largas  
distancias entre los dos hermanos, pasado ya el torbellino  
de la devastadora revolución de independencia. Muertos  
o desaparecidos todos sus compañeros de infortunio, lejos  
de su patria y de los afectos más caros, quedó doña Nativi-

---

(6) Aunque doña Natividad, doña Isabel, don José María y don Ramón  
eran hijos legítimos de don Domingo Fernández Feo y de doña María  
de la Concepción Ceijas, caprichosamente firmaban a veces con el se-  
gundo apellido del padre. Así consta en muchos documentos. Eso  
era frecuente en aquella época. El Coronel don José Antonio Miró,  
por ejemplo, era hijo de don Gregorio Gómez Miró, y firmaba con el  
segundo apellido del padre.

dad entre nosotros como única sobreviviente de una época de martirio y de gloria. Cargada de años y de merecimientos, rodeada de una numerosa descendencia, el 18 de Febrero de 1872 se durmió en la paz del Señor aquella mujer fuerte, que junto con su hermana doña-Isabel y por amor a la libertad de su patria perdió bienes de fortuna, conoció los estragos de la miseria y del hambre, sufrió persecuciones en la contienda armada, vió morir a los suyos entre los enemigos en playas extranjeras e inclementes, sintió las angustias de los náufragos y de los presidiarios, y con valor estoico soportó en sí misma los más duros golpes del dolor humano. (7) .

Noviembre, 1936.

- 
- (7) La partida de defunción de doña Natividad Feo, dice así: "Número 5.—En la parroquia de San Juan Bautista de Penonomé, a diez y ocho de Enero de mil ochocientos setenta y dos, yo el Presbítero Juan Bautista Sobenes, Cura interino de esta Santa Iglesia, di eclesiástica sepultura al cadáver de NATIVIDAD FEO, viuda de Juan Francisco Fernández, e hija legítima de Domingo Feo y Concepción Ceijas, oriundos de Venezuela, y residente aquella en ésta; fue administrado el Santo Sacramento de la Extremaunción. Y porque conste, lo firmo.

JUAN BAUTISTA SOBENES.

(Archivo de la Iglesia de Penonomé. Libro de defunciones. Año 1872).

# DIPLOMACIA PANAMEÑA EN EL SIGLO XIX

Por

ERNESTO J. CASTILLERO R.

(Miembro correspondiente de la Academia de la Historia  
de Madrid y Miembro de Número de la Academia  
Panameña de la Historia).



*Introducción.—I—La Misión de Don Pedro de Obarrio.—II—La Misión de Mr. Guillermo Radcliff.—III—El Incidente del Rey Mosquito.*

## INTRODUCCION

Solucionado por medio de una adhesión espontánea el primer intento de separación del Istmo de la República de Nueva Granada (Colombia) en 1830, de suyo hecho fue protagonista el General José Domingo Espinar, panameño de nacimiento, quien en la guerra de emancipación americana había ascendido por sus dotes intelectuales y de militar hasta la alta posición de Secretario General del Libertador, el territorio panameño continuó haciendo parte de la nación granadina, a la cual se había agregado voluntariamente al obtener su libertad del dominio español en 1821. Mas, instigado por consejeros a quienes inspiraba únicamente una pasión desordenada que no era posible satisfacer sino en medio del caos que con su actitud querían sembrar, el Coronel Juan Eligio Alzuru, militar venezolano que incidentalmente y como resultado de la separación del poder de Espinar se puso al frente del gobierno del Istmo, provocó poco después (1831), otro movimiento seccionista de las Provincias istmeñas.

“Desgraciadamente, observa el Dr. Ricardo J. Alfaro, (1) la vida emancipada del Istmo en 1831 fue efímera porque, como dijo el ilustre publicista Justo Arosemena, la

---

(1) Vida del General Tomás Herrera, Ricardo J. Alfaro—Barcelona, 1909.

revolución tenía en el propio seno un germen de muerte desde en que ella hubo necesidad de conferir en derecho el mando militar al mismo que lo tenía de hecho; y Alzuru que pudo haber hecho grandes bienes a Panamá, se dejó arrastrar por pasiones que lo llevaron cuesta abajo al abismo de la tiranía más horrenda” . . .

Correspondió a un ilustre istmeño hacer abortar esta nueva revolución y redimir a su patria de la oprobiosa dictadura del tirano extranjero. Fue éste el entonces Coronel Tomás Herrera, nacido en Panamá, quien había alcanzado sus galones combatiendo dentro de las filas patriotas en los campos libertarios de la América del Sur. Con fuerzas leales del gobierno nacional, Herrera, recién llegado al Istmo y secundado por el Coronel José de Fábrega y el Coronel José Antonio Miró, istmeños también y próceres como él de la independencia americana, dió la batalla de la Albina en los alrededores de Panamá a las tropas rebeldes comandada por Alzuru. En esta acción fue vencido el dictador extranjero. Prisionero en el combate, fue fusilado éste el 29 de agosto de 1831 con varios de sus principales secuaces, como escarmiento merecido por sus crueldades durante su efímero gobierno.

Pero es el caso que la acción independentista de Alzura había tenido la aquiescencia del pueblo panameño. Connotados hombres del Istmo, comprendiendo el error que significaba para la felicidad del terruño su unión a la Nueva Granada, aspiraron a la separación, y si cooperaron a la extinción del promotor de ésta en 1831, fue para deshacerse de su persona, no para extinguir la idea. En efecto, desde que se formó la nación granadina y Panamá unió sus destinos a ella, cayeron en cuenta los panameños de su error. Los políticos bogotanos no comprendieron la ideología de los Istmeños y desconocieron los intereses de esta tierra. Por eso se sucedieron muy cerca desde antes de cumplirse una década de unión, dos revoluciones separa-



tistas que se frustraron por la falta de una cabeza directriz serena, y principalmente por la carencia en Panamá de fuerzas para resistir la obra de conquista que emprendería indudablemente la Nueva Granada. “Sordamente, anota con propiedad el Dr. Alfaro, se manifestaba la inquietud y la agitación en Panamá, que era medio indudablemente favorable al desarrollo de los gérmenes de aversión hacia Nueva Granada. Gran número de istmeños notables continuaban manifestando su desagrado e impaciencia contra el centralismo que entonces imperaba en la nación, sistema que por la rigidez de sus procedimientos era una valla infranqueable tanto para el progreso del Istmo como para el desarrollo de su comercio e industria. En Panamá y Veraguas, todos, cual más cual menos, lamentaban que en Bogotá no se preocupasen del Departamento más importante de la Nueva Granada sino únicamente para dominarlo, sin que casi nunca prestara el Gobierno Nacional la más ligera atención a las urgentes reformas que pedían los istmeños, únicos llamados a conocer las necesidades del país”. (2)

El Coronel Tomás Herrera, cuyos lauros fueron legítimamente ganados en las épicas gestas del Sur al lado de Sucre y de Bolívar; que había recibido del gobierno de la Gran Colombia títulos y cargos en correspondencia a sus servicios patrióticos a la causa de la libertad; cuya vida rectilínea no se había apartado de los severos dictados del honor; que sentía por el terruño de su nacimiento sincero afecto y cuya felicidad anhelaba como legítimo panameño, ante la convicción de la precaria suerte que corría el Istmo con su vinculación política a la madre patria, decidió prestar su cooperación a las aspiraciones generales de sus co-terráneos y llevar a cabo la liberación del terruño sin sacrificar en la empresa la noble finalidad que inspiraba los

---

(2) Alfaro, obra citada.

sentimientos de los patriotas panameños. Sabía que los dos intentos de emancipación precedentes en el fondo estaban ampliamente justificados; conocía que a raíz del ajusticiamiento de Alzuru los elementos connotados de Panamá urdían una nueva separación; y no le era desconocido el desacuerdo entre éstos, cuya opinión, siguiendo la de los caudillos, difería en la realización final de sus planes. Efectivamente, un grupo de ciudadanos, con Don Mariano Arosemena a la cabeza consideraba la necesidad de la separación, no para formar del Istmo un Estado independiente porque dudaba de las fuerzas que pudieran tener para mantenerse así, sino para adherirse al Ecuador. Otro, bajo la influencia de Don José de Obaldía, creía de mejor conveniencia organizar una “República Anseática del Istmo” bajo la protección de la Gran Bretaña y los Estados Unidos.

Herrera no simpatizó con uno ni otro proyecto. Antes bien en cumplimiento del deber de lealtad al gobierno nacional, castigó con el patíbulo a los que se precipitaron en una sedición tendiente a efectuar la anexión de Panamá al Ecuador. El abrigaba en su cerebro la idea de conducir a la pequeña patria hacia la realización del desideratum político y administrativo por los medios honorables que las circunstancias le hicieran adoptar.

No transcurrieron muchos años sin que la ocasión se presentara propicia a sus proyectos. Y fue cuando en 1839 estalló en Nueva Granada una revolución que tuvo sus orígenes en un conflicto religioso iniciado en Pasto.

La guerra, acicatada por el fanatismo, fue “feroz e implacable”. La nación se hundió en los abismos de la muerte y la destrucción, de cuyo espantoso caos quisieron salvar su territorio los istmeños, penetrados de la alta misión que la Providencia tenía señalada a esta garganta del suelo americano. “El Istmo, afirmaba el Coronel

Herrera en su Mensaje al Congreso panameño, debe al movimiento mercantil del mundo civilizado los servicios para que lo ha destinado el Ser Supremo, acercando entre sí a los Océanos y abatiendo en él la alta cordillera de los Andes”.

Fue un movimiento unánime de los panameño. El 18 de Noviembre de 1840 se reunió una Asamblea popular que creó el ESTADO LIBRE DEL ISTMO y constituyó el gobierno nacional. El Coronel Herrera, alma del movimiento, fue seleccionado como Presidente de la nueva entidad y a él le correspondió la función administrativa, asesorado por dos Secretarios de Estado: Don José Agustín Arango en el Departamento de Interior, Guerra y Marina, y Don Mariano Arosemena en el de Hacienda y Relaciones Exteriores.

Como no es nuestra intención historiar los acontecimientos generales de este interesante lapso de nuestra vida política, después de los anteriores y sintéticos antecedentes necesarios para la mejor comprensión de los sucesos que hacen el tema de esta crónica histórica, entramos en materia.

---

## I.—LA MISIÓN DE DON PEDRO DE OBARRIO

Dos problemas trascendentales tenía que resolver el nuevo Gobierno, de señalado interés ambos para Panamá. El de la seguridad interior y el del reconocimiento exterior. El primero fue diestramente acometido y felizmente ejecutado, gracias a las dotes de estadista del Presidente y la cooperación eficiente de su Secretario, Sr. Arango. El país se organizó rápidamente y la normalidad y el trabajo caracterizaron la administración nacional.

El segundo fue emprendido con habilidad diplomática por el Secretario de Relaciones Exteriores, Sr. Arosemena, quien hubo de contemplar a su vez dos otros aspectos

particulares de mucho interés para el nuevo Estado: el del arreglo de sus límites y la buena amistad de la nación vecina, Costa Rica; y el de la neutralización de su territorio (necesidad apremiante que se derivaba de su situación), sobre bases de seguridad firme mediante el reconocimiento de su independencia por las naciones más poderosas de la tierra. Para lograr lo primero, la Cancillería panameña acreditó ante el Gobierno de Costa Rica, entonces presidido por Don Braulio Carrillo, con el carácter de Agente Confidencial, a Don Pedro de Obarrio, quien provisto de los poderes necesarios se trasladó a San José, capital de la República de Costa Rica, en Septiembre de 1841, (3) el 13 de

- (3) Consideramos de sumo interés histórico la publicación de la documentación que a continuación se inserta, toda relacionada con el suceso diplomático que narramos, conservando su ortografía original. Es nuestro deber declarar que los documentos oficiales que en esta crónica damos a conocer, nos han sido galantemente suministrados por el Director General de los Archivos Nacionales de Costa Rica, el historiador Don Ricardo Fernández Guardia, por cuyo cumplimiento le estamos muy agradecidos.

#### ESTADO DEL ISTMO

Secretaría de Hacienda y Relaciones Exteriores.

Sección del Exterior.

Panamá a 3 de Julio de 1841.

Sr. Seco. de Estado del despo. de Relacs.

Esteriores de Costa Rica

El infrascrito Secs. del despo. de relaciones exteriores del Estado del Istmo, tiene el honor de dirigirse al Sr. Seco. de Estado en el mismo departamento del Estado de Costa-Rica pa. acompañarle dos ejemplares de la Constitución sancionada por los diputados del pueblo reunidos en Convención y mandada cumplir por el encargado del Gbno.

Con tal plausible motivo, ha recibido orden el infrascrito para instruir debidamente al Sr. Seco. de Estado a quien se dirige, de los deseos que animan a S. E. el Presidente del Istmo para q. se ensanchen las relaciones de amistad y Comercio que ligan a ambos países, y que podran cultivarse en adelante con mayores ventajas recíprocas a virtud de las leyes protectoras del tráfico marítimo y de la navegación por vapor sobre costas de ambos oceanos, q. se han dictado despues de la transformación política del Istmo.

cuyo mismo mes se acordó por la Cámara Consultiva coscense autorizar al Ejecutivo para recibirlo oficialmente, lo cual se hizo a seguimiento de esta autorización.

---

Aprovecha el infrascrito esta oportunidad para presentar al Sr. Secretario de Estado del despo. de relaciones exteriores de Costa-Rica, las setuiridades de su atto. aprecio y distinguida consideración con que és

Su mui

Atento Servidor—

(f) *Mo. Arosemena*—Con rúbrica.

---

#### ESTADO DEL ISTMO

#### SECRETARIA DE HACIENDA I RELACIONES STERIORES.

Sección del Exterior.

Panama a 23 de julio de 1841.

Sor. Secreto. de Estado del despo. de

Relacs. de Costa-Rica.

En tres del mes que cursa, tuvo el infrascrito, el atto honor de dirijirse al Sor. Secreto. del despacho de RRs. de Costa-Rica, acompañándole la Constitución del nuevo Estado del Istmo, i espresándole el deso vehemente de su Gobo. de estender las relaciones de amistad i comercio, que ligan a entrambos paises i que cada día conviene mas se estrechen.

De presente el infrascrito se propone llamar la atención del honorable Ser. Secreto, a quién se dirige, hacia la esposición adjunta, por la que S. E. el presidente del Estado ha instruído al Gobo. de Bogotá, de las causas que han obligado al Istmo a proclamar su independencia de la Nueva-Granada. En este documento los hechos están referidos con tal ecsactitud i pureza, que no pueden desconocerse las razones de justicia i conveniencia, que han conducido a los Ystmefios a colocar a, su patria en el rango de los pueblos libres. Es por esto que el infrascrito ha recibido orden de transmitir del Gobo. del honorable Sor. Secreto. de Estado con quien se comunica al intento.

Con este motivo el que suscribe renueva al honorable Sor. Secreto. del despacho de relaciones exteriores de Costa-Rica las protestas de aprecio, i distinguida consideración del que es su

Mui atento servidor

(f) *Mo. Arosemena*—Con rúbrica.

---

En la conferencia habida con el Jefe del Estado el 21 del propio mes y año, el diplomático panameño abordó la cuestión de su visita, que sintetizó en tres puntos esenciales. He aquí el Acta levantada con motivo de esa conversación:

“San José, Septiembre 21 de 1921.

El señor Pedro Obarrio representante del Gobno. del Estado del Istmo reunido en conferencia con el Gefe Supmo. de Costa-rica ha hecho las proposiciones siguientes:

1ª Pide que este Estado reconosca la independencia del de Ystmo, y se relacione directamente con él.

2ª Que en consecuencia, se establezca un correo de tierra por parte de Costa-rica hasta David,—a donde llega el de la Capital del Ystmo; ofreciendo costearlo por mitad el Gobno. del Ystmo con el de Costa-rica.

3ª Que al presente, o cuando las relaciones mercantiles lo exijan, se autorise un Consul general del Estº. de Costa-rica en el del Ystmo, y de este en el de Costa-rica.

---

#### ESTADO DEL ISTMO

#### SECRETARIA DE HACIENDA Y RELACIONES STERIORES.

Sección de R.E.

Panamá a 9 de Ag.to de 1841.

Señor Pedro de Obarrio

S.E. el presid.te del Estado se ha servido nombrar a U. de agente confidencial del Gobo. del Ystmo certa del de Costa-rica con el objeto harto importante de iniciar las relaciones internacionales, que demanda la posicion de entrambos paises y las relaciones de comercio, que están llamados a cultivar. Para el desempeño del delicado cargo. que S. E. ha confiado al patriotismo de U., me ha autorizado para estender las instrucciones que son adjuntas, cuya observancia la mas exacta recomiendo a U.

Al comunicarle el nombramiento de agente confidencial a que he aludido, debo espresarle a nombre del Gob.o la confianza q.e abriga de los fructuosos resultados de esta misión.

Con sentimientos de aprecio soy de U.

muy atento

obsecuente servidor.

(f) *Mo. Arosemena*—Con rúbrica.

---

*El Gefe Supmo de Costa-rica manifestó al señor Embiado del Ystmo, que para acordar sobre los puntos antecedentes, debía reunir la Cama Consultiva y discutirlos con ella; pero que en todo caso deberia sugetarse a otro avenimiento particular el reconocimiento de limites territoriales de uno y otro Estado, por que en la presente organización del Ystmo se encuentran comprendidas las posesiones de Bocas del Toro en el mar Atlántico; y esta era una cuestión pendiente con la Nueva Granada, por estar reconocidos los límites de Costa Rica hasta el escudo de Veraguas, en los tratados que Centro América y Colombia celebraron en la ciudad de Bogotá a 15 de Marzo de 1825, ratificados y cangeados en 17 de junio de 1826.*

#### ESTADO DEL ISTMO

##### SECRETARIA DE HACIENDA Y RELACIONES STERIORES.

Sección de Relacions. Esteriors. Panamá a 23 de agosto de 1841.

Señor Secretario de Estado en el despacho de

Relaciones Esteriors. de Costa-Rica—

El infrascrito tiene la honra de informar al Sor. Secretario de Estado de R. Esteriores del Gbno. de Costa-rica de orden de S. E. el Presidente del Estado del Ystmo, haber sido nombrado Agente Confidencial cerca de ese Estado el Señor Pedro de Obarrio, quién vá instruido competentemente pa. iniciar ciertos arreglos convenientes a entrambos países.

Reitera el infrascrito con este motivo los sentim.tos de distinguida consideración con que és del Señor Secretario de R. Esteriores del Gobierno de Costa-rica, su mui atento.

Servidor,

(f) *Mo. Arosemena*—Con rúbrica.

N 55.

(Al margen un sello que dice: Despacho del Gobo.—Estado de C. R.)

S. José Sete, 13 de 1841.

Sr. Secreto. de la Camara Consultiva

Acompaño a U. las comunicaciones que se han recibido del Gobno. del Istmo, fechadas en 3 y 43 de Julio y 23 de Agosto pp.dos; y como en la última se anuncia la misión de un Agente confidencial de aquel

*Se suspendió la conferencia, para continuarla el día de mañana, y firmen el Sor. Embiado del Gobno. del Ystmo y el Gefe de Costarica.*

(f) CARRILLO—Con Rúbrica. (f) PEDRO DE OBARRIO—Con rúbrica.

S. José Septe. 22 de 1841.

*Pase a la Com.n que conosió de los anteced.tes que despa- del momto.*

(f) SANCHO—Con rúbrica."

La opinión de la Cámara Consultiva fue la siguiente:  
"CAMARA CONSULTIVA.

*La Comisión q. nombrasteis en vuestra ant.or reunión extraordinaria p.a q. conociese de los documentos q.*

---

Gono. cerca de este, el Gefe Supmo., para obrar de acuerdo con la Camara, en punto de recibir a este embiado y negociar con él, se sirvió convocarla, espidiendo en 11 del corriente las estaciones a los Señores Consejeros.

Sirvase U. dar cuenta a la Camara con los recados que acompañan a la presente, acusandome el recibo que corresponde.

Me suscribo su atto. Servidor.

(f) Manuel A. Bonilla.—Con rúbrica

---

S. José Sepre. 13 de 1841.

A una Comn.compuesta de los Sres. Concejeros Villaseñor y Sancho.

Cámara Consultiva.

La comisión a cuyo conocimiento pasasteis los antecedentes adjuntos, se ha impuesto en ellos de la misión de un agente confidencial cerca de este Gobo. acordada pr. el de Istmo; y como la recepción de este alto funcionario deba hacerse con Vuestra axuencia, opino q' lo acordeis así en consecuencia con lo dispuesto en el 1º atribución 2º del art. 5º del decreto de 8 de Marzo último.

San Jose Setiembre 13 de 1841.

(f) Villaseñor—Con Rubrica (f) S. Sancho—Con rúbrica.

---



*acreditaban la misión de un Agente Confidencial del Gobno. del Ystmo cerca del de Costa-Rica, ha visto las proposiciones q. ha hecho este, y la manifestación del Gefe de Estado al anunciado Agente consecuente a dichas p<sup>ro</sup>posiciones; y en consecuencia opina: que se autorize al Gbno. p.a q. celebre con el predicho Agente las estipulaciones convenientes si lo tubiese a bien sin necesidad de oír el voto de la Cámara, a menos que, el Agente le haga sucesivam.te diversas proposiciones, en cuyo caso las trasmitirá a vuestro conocim.to*

San Jose Setre. 13 de 1841.

Tomada en consideración el anterior dictámen, la Cámara, aprobando se sirvió acordar, lo siguiente.

“Habiendo manifestado el Ejecutivo q. p.r las comunicaciones del Gobno. del Ystmo las cuales ha acompañado de 3 y 23 de Julio y 23 de Agosto, aquella seccion de la Nueva Granada se ha constituido en Estado Soberano e independiente, y con tal caracter ha autorizado un Agente Confidencial cerca de Costa-Rica, se acuerda: recibirlo con las consideraciones debidas; y examinados sus Poderes, estando en buena y debida forma se entre en conferencias con él acordanse oportunamente las estipulaciones q. convengan con lo q. se concluye la acta, mandando se devuelva el espediente relativo al Despacho del Spmo. Gobno.

(f) Sancho—Con rúbrica.  
Srio.

---

## ESTADO DEL YSTMO

Sec.a de hacienda y Relaciones Exteriores

De orden del Presidente del Estado se libra el presente pasaporte al señor Pedro de Obarrio nombrado Agente confidencial p. el Gobierno del Istmo cerca del Estado de Costa-rica. Por tanto se encarga a las autoridades del territorio no le pongan obstáculo de ninguna clase en el tránsito, y se ruega a las que no lo sean que le otorguen toda la protección y miramientos que dho. Agente necesite, seguras de la reciprosidad en igual caso.

Panamá 26 de Agosto de 1841.

(f) Mo. Arosemena—Con rúbrica.

---

*Este es su sentir,—vos resolvéis lo mas acertado—.*

*San José Setiembre 22 de 1841.*

*Cámara Consultiva*

(f) V. VILLASEÑOR.—*Con rúbrica.* (f) SANCHO.—*Con rúbrica.*

*S. José Spbre. 22 de 1481*

*Aprobado en la misma sesión se acordó devolver este Esped.te al Desp.o del S. Gob.o*

(f) SANCHO—*Con rúbrica*

Del contexto se desprende que entre el Jefe del Estado de Costa Rica y el diplomático panameño no hubo otras conferencias que la Cámara Consultiva costarricense, consultada al día siguiente de la primera entrevista y cuya

---

(Al margen hay un sello)

(Al margen un sello que dice: Cam.a Consulta.a—De Costa-Rica)

Num.o 21

Sr. Minitro. gral.

Por acuerdo de la Cámara consultiva tengo el honor de dirigir a U. el espediente comprensivo de las comunicaciones del Gob.o Ystmo de 3 y 23 de Julio y 23 de Agosto último relativas primeras a haberse constituido aquella fracción de la Nueva Granada en Estado Soberano, e independiente; y la última misión de un Agente Confidencial cerca de Costa-rica.

A continuación de la de U. q. las acompaña se servirá leer el dictamen de la Comisión q. conoció de estos antecedentes, y lo q. en virtud tuvo a bien acordar la misma Cámara.

Sírvase ponerle todo en conocto, del Geje i permitir q. me reproduzca de U. Atto. Servidor.

S.n José Set.re 13 de 1841.

(f) *Felix Sancho*  
*Con rúbrica*

---

Acta se ha trascrito, aprobó en todas sus partes las sugerencias del Ejecutivo sobre el contenido del Tratado que el Agente Confidencial del Istmo proponía celebrar.

Y sin esperar nuevas consideraciones ni discutir artículos, como si un apuro extraordinario acicateara a ambos funcionarios, el mismo día 22 fue acordado y suscrito el siguiente **Convenio**:

---

Ajencia del Ystmo

Al Sor. Ministro General.

San José Septiembre 16 de 1841—

Sor.

Embiado por mi Gobierno serca de este Estado, con el caracter que manifiesta el documento autentico que tengo el honor de acompañar a Ud. para que se sirba ponerlo en conocimiento de S.E. el Sor. Jefe Superior, espero en consecuencia se digne V.S. participarme el dia, lugar, y ora, en que tenga lugar el objeto de mi comición.

Con sentimientos de la mas alta consideración y respeto se pronuncia de V.S.

muy atento  
y obseq.te serv.r

(f) *Pedro de Obarrio*—Con rúbrica

---

San José setiembre diesisiete de mil ochocientos cuarenta y uno.

Visto el nombram.to dado en 9 de Agosto próximo anterior al Señor Pedro de Obarrio, por su Excelencia el Presidente del Est.o del Ystmo, de agente confidencial cerca del Gbno. de Costa-rica; aunque no se encuentra estendido en la forma usada, y que dá caracter pública a las personas encargadas de negocios, siendo el objeto confidencial y para iniciar las relaciones internacionales de los países, se reconoce al referido Sr. Pedro de Obarrio, agente confidencial del Gbno. del Estado del Ystmo, serca del de Costa-rica. Póngase p.r cabeza expresada nombram.to, y comuníquese su reconocim.to al mismo Señor Obarrio, sirviendo esta comunic.on de cange en forma de poderes—

(f) *Carrillo*—Con rúbrica  
De Sp. orden

(f) *Manuel A. Bonilla*  
Con rúbrica

---

*“Los señores Licenciado Braulio Carrillo Geje Supmo. del Estado de Costa Rica, y Pedro Obarrio autorizado especialmente p.r el Gobno. del Est.o del Ystmo: para abrir las relaciones de amistad y Comercio, que bien cultivadas, deben algún dia hacer la felicidad de los dos Estados, que por su vecindad y posesión topográfica en el globo, son llamados a figurar entre los Pueblos cultos, se han convenido en los puntos siguientes:*

*1º El Estado de Costa-rica reconoce la independencia del Ystmo de la República de Nueva Granada; y como a Estado Soberano q. se rige a sí mismo, entablará y sostendrá con él sus relaciones de amistad y comercio.*

*2º En consecuencia se establecerá un correo de tierra, que comunique mensualmente a los dos Estados; y él debe salir de la capital de Costa-rica en los dia dies, y llegar hasta el Pueblo de David primero fronterizo del Estado del Ystmo: el será costado por los dos Gobiernos.*

---

(Al margen un sello: Cam.a Consult.a. De Costa-Rica)

N 22

**S. Mintro gral.**

Tomadas en consideración las proposiciones hechas al Gobno. Spmo. p.r el Embiado del Ystmo, la Cámara se sirvió pasarlas a la Comisión q. conoció de los antecedentes, la que del mom.to dio su dictamen constante en el expediente q. acompaño a U. en razón de haber sido conforme el voto de la misma Cámara al de la Comisión.

Quiera U., S. M., ponerlo en conocimiento del Geje Spmo. p.a los fines a q. se contraé.

S. José Set.re 22 de 1841.

(f) *F. Sancho*  
Con rúbrica.

---

3º *Así el Gobno. de Costa-Rica como el del Ystmo, pueden autorizar, cuando convenga a su respectivo comercio, un Consul general, reciprocamente.*

4º *El Estado de Costa-rica reserca su derecho, para reclamar del Esto. del Ystmo, las posesiones de Boca-toro en el mar Atlántico que el Gbno. de la Nueva Granada había ocupado traspasando la línea divisoria constituida en el escudo de Veraguas.*

5º *El presente convenio tendrá todo su efecto desde el dia en que se reciban en el Despo. de relaciones del gobierno de Costa-rica la aceptación del Gobno. del Ystmo: al efecto se estipulan sesenta dias contados desde esta fecha, debiéndose comunicar con expreso que venga al Pueblo de Térraba, primero fronterizo de Esto. de Costa-rica.*

*Los infrascritos firmados de un tenor, autorizados p.r el Ministro de relaciones de Costa-rica, y sellados con el sello de este Esto. en la ciudad de San José a veintidos de septiembre de mil ochocientos cuarentaiuno.*

(f) *BRAULIO CARRILLO*—Con rúbrica.

(f) *PEDRO DE OBARRIO*—Con rúbrica.

*El Srio. gral., (f) MANUAL A. BONILLA.*—Con rúbrica.

*Aquí el gran sello. Estado de Costa Rica."*

En conocimiento la Cancillería panameña del contenido del Convenio, celebrado entre su Agente y el Gobierno de la vecina República, lo aceptó en todas sus partes a pesar de que en él, por el artículo 4º se aceptaba en principio la cesión de parte muy importante de nuestro territorio, esto es, la hoy Provincia de Bocas del Toro con su bella Laguna de Chiriquí, codicia de muchas potencias europeas,

entre ellas Inglaterra, que para esta misma época intentó arrebatársela dolorosamente al Istmo, como luego se verá. Pero disposiciones constitucionales del Estado impieron al Gobierno panameño impartir su aprobación legal al tratado sin consultar la opinión de la Asamblea Nacional, cuya reunión en sesiones extraordinarias fué decretada para mediados de noviembre. El plazo par ala iniciación de las sesiones legislativas no correspondía al especificado en el artículo 5º del Convenio para la aprobación de éste y ello obligó al Secretario Arosemena a oficiars a la Cancillería costarricense pidiendo una prórroga, como se verá en el siguiente oficio:

"C. Dbre. 16

#### ESTADO DEL ISTMO.

#### SECRETARIA DE HACIENDA I RELACIONES ESTER- TERRIORES.

Panamá a 11 de octubre de 1841

Sección de Rs. Estes.

Sor. Seco. de Estado del despacho  
de Relacs. Eses. de Costa Rica.

Señor

Ha presentado en esta Seca. de relaciones exteriores el Sr. Pedro Obarrio el convenio que celebró con el Jefe Supremo de ese Estado el 22 de Sete. último, en virtud de las instrucciones que recibió al intento. Muy grato ha sido pa. S. E. el Presidente del Ystmo ver ya fijadas las bases de su pacto soberano de amistad y comercio entre dos países, llamados p. su vesindad a estender las relaciones con que estaban ligados. Pero siente al mismo tiempo S. E. no poder dar inmediata ratificación al tratado, por cuanto la Constitución no lo permite, como V. S. Señor, observará p. los artos. 46 y 47, sin que proseda la aprovaación del Congreso al cual habrá de reunirse el 18 de noviembre próximo.

Me hallo autorizado en consecuencia p.a solisitar del Gobno de V. S., Señor, la prórroga de los 60 dias designados por el arto. 5º del convenio p.a la aseptación y ratificación p. el tiempo correspondiente para llenar los requisitos constitucionales; así como para anunciar desde ahora q. la reclamación de las Bocas del Toro, a q' se refiere el arto. 4º, será contestada satisfactoriamente de parte de mi Gobno., y q. en la conferencia que se tenga a este respecto, guardará el P. E. los principios de derecho internacional y los que tiene establecidos la civilisación.

Sírvase V. S. aseptar los sentimientos de distinguido aprecio con que soy de V. S.

Su muy atento obsecuente

Servidor

(f) Mo. AROSEMENA—Con rúbrica

“Dice. 16—

Se contestará, prorrogando el término por parte de este Gbno. a seis meses desde la fecha de la estipulación.”

El mismo dia 11 de octubre en que el Canciller del Istmo pedía al de Costa Rica la consideración de la prórroga necesaria para la reunión del Congreso en sesiones extraordinarias a fin de que discutiera y aprobara el Convenio Carrillo-Obarrio, el Coronel Tomás Herrera, Presidente del Estado, expedía el decreto de convocatoria. Lástima es que con las agitaciones de nuestras constantes revoluciones y el poco aprecio que se hizo antaño de los archivos no se guarden las actas y diarios de los debates, si los hubo, donde podamos conocer los argumentos expuestos por nuestros legisladores del siglo pasado al debatir casos de tanta trascendencia para el país. Lo único que nos ha quedado, y esto procedente de los Archivos Nacionales de Costa Rica, como atrás se dijo, son los documentos que hacen parte de este relato.

El acto legislativo del Congreso panameño para la aprobación del tratado reza así:

**"EL CONGRESO DEL ESTADO DEL ISTMO**

*Convocado i reunido extraordinariamente por decreto ejecutivo de 11 octubre, i habiendo considerado el tratado de amistad, navegación y comercio celebrado p.r el P. Ejecutivo con el Estado de Costa-rica.*

**DECRETA**

*Arto. 1º Se aprueba en todas sus partes el tratado de amistad, navegación i comercio celebrado con el Estado de Costa-rica.*

*Arto. 2º El P. Ejecutivo podrá nombrar, cuando lo considere convneiente, un agente diplomático para el arreglo de la Comprensión de límites territoriales de ambos Estados.*

*Dado en Penª a nueve de Dice. de mil ochos.tos cuarenta i uno—*

*El Presidente RAMON VALLARINO.*

*El Seco. J., ANGEL SANTOS.*

*Panª Dice. 9 de 1841. Ejecútese i publíquese. TOMAS HERRERA.*

*Por S. E. el Presid.te del Estado—El Seco. de heda. y Rs. Esteriores, MARIANO AROSEMENA."*

El 10 de Diciembre por medio de un Decreto el Presidente del Estado promulgó el Tratado y ordenó su ejecución, haciendo así de éste un instrumento legal de toda fuerza en el Istmo. El Decreto presidencial es del tenor siguiente:

**"TOMAS HERRERA**

**Presidente del Estado del Ystmo**

Por cuanto entre el Estado del istmo y el de Costa-rica se incluyó y formó en la Ciudad de Sn. Je. el día veinte i dos de septiembre de mil ochos.tos cuarenta i uno, pr. medio de funcionarios autorizados al efecto, un tratado de amistad i comercio, cuyo tenor a la letra es como sigue:



Los SS. licenciado Braulio Carrillo Jefe Sprmo. del Estado de Costa-rica, y Pedro Obarrio autorizado especialmte por el Gobierno del Estado del Ystmo: pa. abrir las relaciones de amistad i Como qe. bien cultivadas, deben algún día hacer la felicidad de los Estados, que por vecindad y posición topográfica en el globo, son llamados a figurar entre los pueblos cultos, se han convenido en los puntos sigtes.

1º El Estado de Costa-rica reconoce la independa. del Ystmo, de la Repca. de la N. Granada; y como a Estado Soberano que se rige así mismo, entablará y sostendrá con él relaciones de amistad y comercio.

2º En consecuencia se establecerá un correo de tierra, que comunique mensualmte. a los dos Estados; y él debe salir de la Capital de Costa-rica en los dias dies, y llegar hasta el pueblo de David, primero fronterizo del Estado del Ystmo: él será costeadó por los dos Gobiernos.

3º Así el Gobno. de Costa-rica, como el del Istmo, pueden autorizar cuando convenga a su respectivo comercio, un Cónsul jeneral, reciprocamente.

4º El Estado de Costa-rica reserva su derecho pa. reclamar del Estado del Ystmo las poseciones de Boca-Toro en el Mar Atlántico, qe. el Gobno. de la Nueva Granada había ocupado, transpasando la línea divisoria constituida en el Escudo de Veraguas.

5º El presente convenio tendrá todo su efecto el día en que se reciban en el Despo. de Relaciones del Gobno. de Costa-rica, la aceptación i ratificacn. del Gobno. del Ystmo: al efecto se estipulan sesenta dias contados desde esta fha. debiéndose comunicar con espreso que venga al pueblo de Térraba, primero fronterizo del Estado de Costa-rica.

Los infrascritos firman dos de un tenor autorizados por el Ministro de Relaciones de Costa-rica, y sellados con el Sello de este Estado en la ciudad de San José a veintidos de Setiembre de mil ochos. cuarenta i uno. Pedro de Obarrio.—Hai un sello. —Braulio Carrillo. —El Seco. Jral. Manuel A. Bonilla.

Por tanto, i habiendo recibido el suprahdo. tratado la aprobación del Congreso de Estado en nueve de Diciembre de mil ochos. tos cuarentiuno conforme a la atribucn. 15º de la Constitución, y en ejercicio de la facultad 11º del arto. 77

de la misma Constitución, he ratificado el tratado referido, y dispuesto se publique i circule, a fin de que el tenga desde hoy fuerza de lei en el Ystmo, i sea fiel i religiosamente cumplido.

Dado, firmado de mi mano, sellado con el sello del Estado, y refrendado por el Seco. de hacda. y Relaciones Esteriores, en Panq a dies de Diciembre de mil ochostos. cuarenta y uno. —Tomás Herrera. —Hai un sello. —Por S. E. el Presidente del Estado. El Secreto. de hacda. y Relaciones Esteriores. Mariano Arosemena." (4)

#### "ESTADO DEL ISTMO

#### SECRETARIA DE HACIENDA I RELACIONES ESTERIORES.

Panamá a 11 de Dic.e de 1841.

Sección de R.s E.s

Al H.e Señor Sec.o de Relaciones  
Esteriores del Est.o de Costa-rica.

Tengo la satisfacción de dirigirme a VS. H. p.a acompañarle copias auténticas, del acto legislativo que aprueba el tratado de amistad i Com.o celebrado entre el Istmo y Costa-rica, y del decreto de ejecución. Por esos documentos verá VS. que el supradicho tratado es una lei del Estado; i haciéndose mi Gobierno un deber de cumplirlo puntualmente; cuenta con que por parte del de VS. será igualmente observado.

Sírvase V.S. H. acusarme recibo de esta comunicacón, y aceptar las protestas de consideración y aprecio con que soi de VS. H.e Atento

Obseq.te Servidor

(f) Mo. AROSEMENA  
Con rábrica."

Recibido que fue en Costa Rica el Tratado Carrillo-Obarrio ratificado y promulgado por las autoridades legales del Istmo, el ciudadano Jefe del Estado lo ratificó a su vez mediante el siguiente Decreto:

- (4) El día 11 de diciembre el Secretario Arosemena comunicó a la Cancillería costarricense la ratificación del pacto en la siguiente nota:

## “GEFE SUPMO. del ESTO. DE COSTA-RICA

Estando ratificado por S. E. el Presidente de Esto. del Ystmo, dentro del término de la prórroga que al efecto fue solicitada, un tratado de amistad y comercio concluido y firmado entre aquel Estado y el de Costa-rica en la ciudad de San José a 22 de setiembre del año pasado 1841, previas las formalidades establecidas en la frac.n 2q 1º art. 5º del decreto de bases y garantías.

## DECRETA:

Artículo único.—Se guardará y cumplirá desde hoy, como lei del Estado, el siguiente tratado. Los señores Licenciado Braulio Carrillo Gefe Supremo del Estado de Costa-rica, y Pedro Obarrio autorizado especialmente por el Gobno. del Estado del Ystmo: para abrir las relaciones de amistad y comercio que bien cultivadas, deben algun dia hacer la felicidad de los dos Estados, que por su vecindad y posición topográfica en el globo, son llamados a figurar entre los Pueblos cultos, se han convenido en los puntos siguientes:—1º El Estado de Costa-rica reconoce la independencia del Ystmo, de la República de Nueva Granada; y como a Estado Soberano que se rige a sí mismo, entablará y sostendrá con él sus relaciones de amistad y comercio.—2º En consecuencia se establecerá un correo de tierra que comunique mensualmente a los dos Estados; y él debe salir de la Capital de Costa-rica en los dias dies y llegar hasta el Pueblo de David primero fronterizo del Estado de Ystmo: el será costado por los dos gobierno.—3º Así el Gobierno de Costa-rica, como el del Ystmo, pueden autorizar, cuando convenga a su respectivo comercio, un Consul general, reciprocamente.—4º El Estado de Costa-rica reserva su derecho, pa. reclamar del Estado del Ystmo las poseciones de Bocatoro en el mar Atlántico, q.e el Gbno. de la Nueva Granada había ocupado, traspasando la linea divosoria constituida en el Escudo de Veraguas.—5º El presente Convenio tendrá todo su efecto, desde el día en que se reciban en el despacho de relaciones del Gbno. de Costa-rica la aceptación y ratificación del Gbno, del Ystmo: al afecto se estipulan sesenta dias contados desde esta fha. debiéndose comunicar con expreso que venga al pueblo de Terraba, primero fronterizo del Estado de Costa-rica. —Los infrascritos

tos firman dos de un tenor, autorizados por el Ministro de relaciones de Costa-rica, y sellados con el sello de este Estado, en la ciudad de San José, a veintidos de setiembre de mil ochocientos cuarenta i uno.—Braulfo Carrillo.—Pedro de Obarrio.—El Secretario general.—Manuel Bonilla.—(L.S.).

Dado en la ciudad de San Jos éa veintiocho de Enero de mil ochocientos cuarentidos.

(f) BRAULIO CARRILLO —Con rúbrica

El Srio Gral,

(f) MANUEL A. BONILLA

Con rúbrica."

Mucho debió tardar el Correo de Gabinete que condujo al vecino país los documentos oficiales despachados de la capital istmeña porque la sanción por parte del Ejecutivo de Costa Rica del Tratado a que nos venimos refiriendo se hizo cuando hacía justamente veintiocho días que Panamá había renunciado a su independencia y se había anexionado nuevamente a la Nueva Granada, acto que fue ejecutado por el Coronel Tomás Herrera, Presidente del Estado, el 31 de diciembre de 1841. El goce de la libertad por el Istmo había durado solamente un año, un mes y veinte días!

(Continuará)

# UN PATRIMONIO COMUNAL

Por el Ldo.

ISIDRO A. BELUCHE



## —PROLOGO—

*El Licenciado Isidro A. Beluche, con esta trascendental obra, bien documentada y ordenada, ha venido a llenar un vacío muy sentido desde muchos años ha, para los habitantes del Municipio de La Chorrera que han venido luchando con fé inquebrantable por sostener una ADMINISTRACION SOCIALIZADA del suelo adquirido por los primitivos pobladores, mediante compra a la dueña de la hacienda "El Caimito", vecinos éstos, quienes avisoraron en un momento de gracia, el futuro de la comarca. Y, una necesidad para aquellos que aspiran a continuar el mismo sistema de administración para los terrenos denominados "El Coco" y "Laguna" que la municipalidad ha obtenido por compra.*

*Quizá los COMUNEROS primero, y los MUNICIPES, después, tuvieron la concepción filosófica de: "que los hombres somos meros usufructuarios de la naturaleza, y en especialidad del suelo" idea ésta que talvez tuvo su origen, en la falta de tierras libres para el cultivo en las vecindades de los poblados.*

*Indudablemente que el honor que me ha discernido el señor Beluche, de prologar su valioso trabajo; como chorrerano, obliga mi agradecimiento. Pero el pueblo agricultor de La Chorrera queda compulsado a mayor gratitud con el autor, chorrerano de corazón; pues él viene a respaldar los intereses de la comunidad chorrerana, ilustrando a*

*los defensores de los TERRENOS DEL PUEBLO y a los defendidos, quienes se benefician con la integridad y administración socializada de dichos terrenos.*

*Mantener indefinidamente ese sistema de administración de los terrenos de La Chorrera, ya comunales o municipales, como un bien de la posteridad, es un deber indeclinable de todo chorrerano de mentalidad amplia y espíritu altruista, pues para las generaciones futuras constituye ésto un gesto previsor de incalculable valor. A estos buenos ciudadanos que anteponen su comodidad y condición social del momento por conservar incólume el PATRIMONIO COMUNAL de una sección del Distrito, y el BIEN MUNICIPAL de la ótra, va dedicada esta obra, para que la estudien, para que conozcan a ciencia cierta su condición de usufructuarios actuales, y para que la dejen como un legado sagrado a las generaciones del porvenir; para que permanezcan siempre alerta, siempre en guardia, siempre en defensa de la administración socializada agraria de los inmuebles especificados; y, para que no dejen decaer sus espíritus ante los que adversando ese principio de administración agraria, continúan en su incòmprensión o en su tendencia latifundista, llamándoles "ignorantes, retrógrados o brutos" cosas que han estado diciendo de quienes decenios atrás han defendido con valor el suelo COMUNAL Y EL MUNICIPAL que en este folleto están delimitados. Además deben procurar como un medio eficaz de defensa, llevar a los Cabildos del futuro a ciudadanos de carácter firme, conscientes y sostenedores de estos ideales.*

NARCISO A. AYALA E.

La Chorrera, Noviembre, 33.



## ANTECEDENTES HISTORICOS

La época.—Los partícipes.—La compra-venta de los terrenos.—Títulos y linderos

Carecemos por ahora de informes, sobre la fundación de La Chorrera y de la época en que se efectuó; pero es de suponer que en tiempos de la conquista, las tierras en que hoy está ubicada la cabecera, formaran parte de la encomienda de alguno de los españoles venidos a estas tierras americanas en busca de fortuna.

Luego, es fácil suponerlo, que los descendientes o sucesores del encomendero formaran en dicho fundo una hacienda, la cual pasó después a poder de Doña María Bautista, quien la vendió en doscientos pesos sencillos a los residentes y arrendatarios de dichas tierras, personas que avecindándose constituyeron el pueblo de La Chorrera.

La operación de compra-venta que traspasó la propiedad de dichos terrenos, ocurrió seguramente entre los años de 1767 a 1776, lapso en el cual vivió en la Ciudad de Panamá el Dr. Joaquín Cabrejo, a quien según relato de los tigos, se le entregó el dinero recogido por suscripción entre los vecinos, para cancelar el valor del bien que se adquirió, con el encargo de hacer llegar dicha suma a poder de Doña María Bautista.

El Dr. Cabrejo fue hombre de mucha influencia en el Istmo, cuya gobernación ejerció intermitentemente durante los años antes mencionados, y fue él quien ejecutó en

Panamá el Real Decreto de 27 de Febrero de 1767, por el cual S. M. el Rey D. Carlos III ordenaba expulsar de España y todos sus dominios a la compañía de Jesús.

Según se desprende de documentos fechados en 1813 y que son posteriores a la época en que se efectuó la compra-venta, tenemos que hasta el mencionado año, los terrenos adquiridos por los vecinos de La Chorrera carecían de títulos legales, pues, en el mencionado año el Procurador General del Distrito, señor Julián Gutiérrez, dirigió al Alcalde Constitucional del Pueblo: D. Baltazar José de Nevera, un oficio por medio del cual le solicitaba que abriera una investigación con el fin de legalizar la propiedad de los terrenos pertenecientes a los habitantes del lugar, para lo cual, le decía: "Reciba información jurada de todos los vecinos antiguos, para que expongan relativamente no sólo acerca de la certidumbre de la compra, sí también de la cantidad de su valor."

En el año de 1813, cuando se promovió la investigación tendiente a determinar la propiedad del fundo chorrerano, era gobernador del Istmo, el Coronel Carlos Meyner; también residía entonces aquí el Brigadier Benito Pérez, Virrey de la Nueva Granada, obligado por la fuerza de los acontecimientos a fijar transitoriamente la capital del Virreinato en la ciudad de Panamá, a causa de que los patriotas que por entonces luchaban por la emancipación americana se habían posesionado de la ciudad de Santa Fé de Bogotá, capital de la Nueva Granada, lo mismo que del resto del país.

El Brigadier Pérez había establecido su cuartel general en el Istmo y desde aquí dirigía la lucha para conservar el poder español en el territorio de su jurisdicción, y con ese fin había hecho de nuestra capital un depósito de armas y municiones para las tropas que aquí eran equipadas y lanzadas a la reconquista del terreno ganado por las fuerzas libertadoras.

Fue entonces cuando se organizaron en el Istmo dos cuerpos expedicionarios: el uno de cuatrocientas plazas y bajo el comando del Coronel Juan de Andrete marchó a Quito, en tanto que el otro, a cargo del Sargento Mayor José de Fábrega, natural del Istmo, pero decidido realista, se internó por el Chocó y llegó hasta Barbacoas, combatiendo en todo su recorrido por afianzar el dominio español en América, sin pensar su Jefe que pocos años después sería por efecto de las circunstancias el primer gobernador del Istmo independiente.

He aquí a grandes rasgos trazado un bosquejo de la situación política de la Capitanía General de Tierra Firme en el año de 1813, y entonces, pues, se apreciará el sentido previsor del Procurador Gutiérrez, al pedir al Alcalde que entablara las diligencias conducentes a legalizar la propiedad de las tierras comunales de La Chorrera.

Para dar curso al pedimento del Procurador, el Alcalde Nevera hizo comparecer ante sí a los señores: Valentín Meneses, Blas Rodríguez, Mateo del Barrio, Polo del Castillo, José Vergara y Manuel Trinidad Sevillano, quienes fueron examinados y luego de jurar por "Dios Nuestro Señor y una señal de cruz", declararon que sabían por referencia de sus padres, que los terrenos ocupados por la cabecera del distrito habían sido adquiridos por suscripción popular, mediante compra que se le hizo a la propietaria anterior señora doña María Bautista, quien los había vendido por doscientos pesos sencillos, que fueron recaudados y guardados por el señor Chepillo del Barrio, tesorero del comité que se formó con tal fin, integrado además del mencionado señor, por Eugenio Pérez y los hermanos Pablo y Eusebio Sanromán; y que ese dinero fue pasado al Dr. Joaquín Cabrejo, residente en la ciudad de Panamá, con el fin de que lo hiciera llegar a poder de la vendedora doña María Bautista.

Interrogados los testigos sobre los linderos de la tierra adquirida, manifestaron que era toda la antigua hacienda del "Caimito", cuyos límites, según declaración de Valentín Meneses eran los siguientes: "Desde el paso de Perequeté Chiquito pendían las tierras hasta coger a Martín Sánchez, y por toda su ribera abajo hasta la boca de la quebrada de la Puente y por ésta aguas arriba hasta mirar el Caimito donde hace sus cabeceras; y que del dicho Perequeté Chiquito hasta los Cerros."

Concluídas las diligencias, fueron pasados los documentos por el Alcalde a poder del Procurador Distritorial, pero no fue sino hasta el año 1839, es decir, después de nuestra secesión de España, cuando el Consejo Municipal examinando los documentos, encontró su absoluta y perfecta corrección, por lo cual los aprobó en todas sus partes.

No obstante la forma clara, precisa e indubitable de los límites de las tierras comunales de La Chorrera, el año 1852 surgió una controversia con don Manuel Meléndez, quien en 22 de Noviembre de 1852 demandó ante el Juez del Circuito de Panamá, amparo en la propiedad de la hacienda las "Tranquillas" o la "Mitra", pues decía él que algunos vecinos de La Chorrera lo molestaban en su posesión, y con el fin de subsanar esas dificultades, pidió que la autoridad demarcara y amojonara los linderos entre su finca y las tierras comunales del distrito, colindantes con su propiedad, las cuales eran ocupadas a la sazón por Luis Lasso y Manuel Lobé.

Para atender la petición de Meléndez, el Juez dió comienzo a las diligencias del caso, pero habiendo sido creado el Estado Soberano de Panamá en esa época y por ende reformada la nomenclatura de los tribunales y su competencia, el asunto pasó a conocimiento de la Corte Suprema del Estado que dictó la sentencia número 69 de Agosto 26 de 1867, por la cual resolvió que Meléndez no tenía motivo para quejarse, pues no era cierto que nadie hubiera tras-

pasado los límites de su hacienda las “Tranquillas”, y señaló como linderos entre esa hacienda y las tierras comunales de La Chorrera, los siguientes: “Una línea recta desde la piedra Mitra hasta el río Martín Sánchez, en dirección al sitio que llaman los Palos Jobos o Bobos.”

En 1880 surgió un nuevo pleito, cuando en 17 de Julio el señor José Gobi como apoderado de Manuel Escala, presentó ante la Corte Superior del Estado: “Formal demanda de deslinde y amojanamiento de la hacienda nombrada la “Mitra”, por el lado que ésta da con los terrenos del Distrito de La Chorrera.

Cuatro años después el Tribunal dictó sentencia y resolvió fijar como límites entre la Mitra y las “tierras comunales”, “Las que declaró este Tribunal en su sentencia de 26 de Agosto de 1867, que fueron los hasta los Palos Bobos, y a partir de este punto siga hasta la Mata del Buho y de allí una línea a la montaña de Occidente, que tenga el Oeste como punto cardinal.”

Tenemos, pues, que desde hace más de un siglo se ha determinado en forma clara la propiedad comunal de las tierras en que está ubicada la Cabecera del Distrito de La Chorrera, y que desde mucho tiempo atrás de 1813 ya los vecinos usufructuaban como propietarios, las dichas tierras, sin que nunca hubiera sido puesto en duda su pleno dominio.

He aquí, un patrimonio ancestral del cual deben cuidar los vecinos de La Chorrera y transmitirlo a sus descendientes, si no aumentado, al menos en la misma forma que lo recibieron de sus antepasados y sin permitir que sea cercenado por nadie, bajo ningún pretexto.

*Las tierras* donde está ubicada la cabecera del Distrito de La Chorrera son comunales y por lo tanto, el Concejo no puede enajenarlas, venderlas ni adjudicarlas.

## LAS TIERRAS DE LA CHORRERA SON COMUNALES

*La propiedad comunal y sus características.—La compra, los títulos y los propietarios.—Los bienes municipales en nuestra legislación.—El propietario y sus bienes: manejo y venta.—La propiedad del suelo en la economía moderna.*

## LA PROPIEDAD COMUNAL Y SUS CARACTERISTICAS

Hasta el presente son varios los términos que se han empleado, tanto por particulares como por Tribunales, para designar los terrenos que en el siglo XVIII fueron comprados por los vecinos del pueblo de La Chorrera, mediante suscripción levantada entre ellos; en ocasiones se les denominan del Distrito, en otras del Municipio, y en muy raros casos se les da el nombre más cerca de lo cierto: terrenos de los vecinos.

Esto constituye una falta de entendimiento de la clase de propiedad que es la analizada en el presente estudio. Es necesario, pues, señalar el error y corregirlo, con el fin de impedir el uso de un término equivocado cuyo empleo, constituyendo una aceptación tácita de lo significado por él, despojaría del bien a los legítimos dueños.

Aun es tiempo de evitar graves y dolorosos sucesos que podrían acontecer si el error continuara sin corregirse: sería tardío hacerlo después, cuando los chorreranos se vieran despojados de sus tierras y se encontraran sin solares para sus casas por haber perdido la heredad; entonces sólo tendrían el recurso de lamentarse y llorar la felicidad preterita, como hacen los judíos ante el Muro de las Lamentaciones y como cuenta la Historia que hizo Boabdil cuando perdió a Granada.

Hay que defender como hombres nuestro derecho, debe ser el lema de todos quienes como los chorreranos pueden

ser víctimas de un despojo, pero como quiera que en el mundo de hoy es necesario defender el derecho con la razón, se hace indispensable, pues, que los vecinos de La Chorrera estén documentados para que conozcan y puedan argüir incontrovertiblemente la propiedad de sus bienes.

La denominación que corresponde a las tierras compradas por los vecinos de La Chorrera es la de *comunales*, debido a la forma como fueron adquiridas, y siendo ello así, no pueden considerarse como propiedad del municipio, entidad ésta que no tomó parte activa en la compra de las tierras mencionadas.

Para aclarar conceptos, veamos lo que entienden por tierras comunales los tratadistas del Derecho.

Ahrens, en su “Derecho Natural”, clasificando la propiedad dice: “Propiedad común o colectiva, en que el dominio y el disfrute son de un modo total, de los miembros de la comunidad, de manera que sólo para ellos existe y para todos igualmente; pero tampoco de modo que pueda cada individuo disponer de ella a su antojo, sino a beneficio de la serie de ellos que van formando, en la sucesión de los tiempos, la comunidad misma. “(Citado por Altamira en su “Historia de la Propiedad Comunal”).

Veamos lo que dice el propio D. Rafael Altamira, al hablar de la propiedad: “En la comunal, son *todos* los miembros que forman la comunidad, indivisamente: de modo que aparecen como necesaria dos condiciones para que exista una propiedad de este género: 1ª Que lo poseído (la cosa) subsista en el grupo, percibiéndose sólo sus utilidades, sin destruirlo o enajenarlo. 2ª Que el uso y disfrute sea de los individuos que componen el grupo de cada vez en el tiempo, considerados singuli; pero no de la persona social (como en los bienes de propios). Hay, pues, dos sujetos: en primer lugar, el grupo que mantiene su personalidad y su valor constantemente mientras es tal grupo,

aunque se renueven sus miembros por el transcurso natural de las generaciones o por otras circunstancias, y en el que radica lo que llamarían algunos la propiedad nuda o el dominio directo, que *imposibilita a sus componentes para enajenar y disponer por sí del fondo de la propiedad*; y en segundo lugar, los individuos que forman en cada momento el grupo y que perciben las utilidades de la propiedad a él referida con un mismo derecho sobre todo, aunque no siempre matemáticamente igual, sino proporcionado a sus necesidades . . . .”

(Historia de la propiedad Comunal.—Madrid, 1929. Editorial CIAP.)

#### LA COMPRA, LOS TITULOS Y LOS PROPIETARIOS

En nuestra relación histórica, hemos dicho la forma en que se obtuvo el título legal de estas tierras por parte de los moradores de ellas. Allí encontramos que todos los testigos, cuyas declaraciones sirven de base a los títulos de propiedad, y quienes concurrieron ante el Alcalde de entonces a prestar la declaración pedida por el Procurador del Distrito, estuvieron acordes en manifestar que la hacienda del “Caimito” fue comprada a doña María Bautista en doscientos pesos sencillos, reunidos por contribución voluntaria de los vecinos del lugar.

El municipio no participó en esa compra. Para sostener ésto nos basamos en las declaraciones de los testigos y en el hecho de que fue un comité de particulares el encargado de recibir las donaciones que se recogieron para la compra del fundo.

Si los terrenos hubieran sido comprados por el Municipio, no habrían sido los señores Chepillo del Barrio, Eugenio Pérez, Pablo y Eusebio Sanromán, los encargados de recaudar y guardar el dinero para la compra, sino el **Tesorero Municipal**.



Como quiera que las tierras no fueron compradas por el municipio, no son ni pueden ser municipales, y puesto que ellas fueron adquiridas por los vecinos y para uso de todos, pertenecen al común y por lo tanto son comunales. Para probar este aserto fijémonos que en las diligencias efectuadas en 1813 para determinar la propiedad y límites de las tierras, las autoridades que conocieron del asunto hablan de tierras pertenecientes al común.

Allí, es decir, en las declaraciones de los testigos y la investigación de los funcionarios municipales se manifiesta claramente que se trata de bienes diferentes a los del municipio, desde luego que la expresión: "bienes comunales" no es sinónima de "bienes municipales."

#### LOS BIENES MUNICIPALES EN NUESTRA LEGISLACION

Nuestro Código Administrativo, artículo 723, dice: "Pertenecen a los Municipios los bienes, derechos y acciones que por cualquier título pertenecieron a los Distritos Municipales; los bienes mostrencos o vacantes que se hallen ahora y después dentro de sus límites; y también los bienes de personas que hayan muerto o murieren sin dejar herederos testamentarios o ab-intestato.

Los edificios, puentes y demás obras, cuya construcción se haya hecho con los fondos del Municipio; las rentas o productos que rindan los bienes mencionados, y

Los demás que adquieran por mandato de la ley o por cualquier otro título".

El Código Civil, artículo 333, dice: "Son bienes de uso público, en los Municipios, los caminos vecinales, las plazas, calles, puentes y aguas públicas, los paseos y las obras públicas de servicio general costeadas por los mismos municipios".

La ley, pues, enumera los bienes municipales en forma clara, es más, especifica que pertenecen a los municipios los bienes “*que por cualquier título pertenecieren a los Distritos Municipales*”.

Ya hemos demostrado que en los títulos de propiedad de las tierras comunales de La Chorrera se determina claramente que ellas fueron compradas por suscripción popular, lo cual hace recaer la propiedad en los que aportaron su contingente pecuniario para la adquisición, y habiéndose comprado para uso del *común* tenemos, pues, que la propiedad de dichas tierras debe regirse por lo establecido en el Título VI, del Código Civil, relativo a la “Comunidad de Bienes”, siendo el Municipio un mero *fiduciario* y sin que pueda salirse del deseo de los compradores, quienes adquirieron las tierras para el uso pro-indiviso de todos los habitantes de la población.

#### EL PROPIETARIO Y SUS BIENES, VENTA Y MANEJO

El Código Administrativo, artículo 691, ordinal 16, hablando de las atribuciones de los Concejos dice: “Reglamentar, sin contrariarlas las disposiciones de este Código y las del Código Fiscal, el uso, la venta y adjudicación de los terrenos de propiedad municipal y de los cedidos para uso común de los habitantes del Distrito”.

*Se desprende de este artículo que el Municipio de La Chorrera no puede ordenar, autorizar, ni mucho menos reglamentar la adjudicación de las tierras comunales, puesto que ellas no están clasificadas entre los terrenos de que pueden disponer los Concejos.*

Hay más, si las tierras fueran municipales, tampoco podría adjudicarlas el Ayuntamiento, sino únicamente para los fines señalados en el Código Fiscal, Título IV, Capítu-

lo III, artículo 242: “Los terrenos baldíos nacionales que a la vigencia de la presente ley se encuentren libres sólo podrán ser adjudicados en forma de arriendo, así . . .” Es decir, que no podrían ser cedidas a perpetuidad sino en arriendo, y eso siempre y cuando que fueran nacionales, pues, los bienes municipales deben ser empleados siempre para uso del distrito.

Si las tierras municipales no son destinadas al uso general pasan a ser propiedad de la nación (Código Civil, artículo 332). Si las tierras de La Chorrera fueran municipales y dejaran de ser de uso público, la única razón que permitiría adjudicarlas, las convertiría de hecho en tierras nacionales; pero ni aún así podrían adjudicarse sin probar antes que fueran baldías, lo cual sería imposible demostrar, puesto que: “Son tierras baldías nacionales todas las que componen el territorio de la República con excepción de las que en cualquiera época hayan sido legítimamente apropiadas y de las que pertenecen hoy a personas naturales o jurídicas en virtud de justo título” (Código Fiscal, artículo 229).

Como quiera que los vecinos de La Chorrera tienen *justo título* de sus tierras, ellas no son baldías y por lo tanto son inadjudicables por cualquier lado que se mire la cuestión, tal como lo hemos demostrado en los párrafos inmediatamente precedentes.

El artículo 337 del Código Civil, define el derecho de propiedad así: “La propiedad es el derecho de gozar y disponer de una cosa, sin más limitaciones que las establecidas por la ley”.

Como quiera que las tierras de La Chorrera son del común, están incluidas en la reglamentación estatuida en el Título VI del mismo Código. Allí se dispone, artículo 400: “Hay comunidad cuando la propiedad de una cosa o de un derecho pertenece pro-indiviso a varias personas”.

Nadie podrá dudar que las tierras chorreranas fueron compradas por los vecinos en conjunto y que por lo tanto tienen la condición de pertenecer indivisiblemente a todos.

Como quiera que cuando fue adquirida dicha propiedad no se acordó nada para regular su manejo ni su uso, tenemos que aquella debe gobernarse por lo dispuesto en el Código Civil, en lo relativo a la *Comunidad de bienes*, allí se dispone, artículo 405: "Ninguno de los condueños podrá, sin consentimiento de los demás, hacer alteraciones en la cosa común, aunque de ellas pudieran resultar ventajas para todos".

Las tierras chorreranas son de todos los vecinos, tal como consta en los títulos de propiedad de las mismas y como lo hemos demostrado ya. por lo tanto, el Consejo Municipal, no es ni siquiera condueño, desde el momento en que no contribuyó para la compra de ellas, y en caso que tal cosa hubiera efectuado apenas sería un conpropietario y tampoco podría disponer de los bienes sin consentimiento de los demás.

Pero volvemos a repetir, el hecho de existir una cabecera de distrito en unas tierras que tienen la condición de bienes comunes de los vecinos, no hace recaer la propiedad de ese fundo en el municipio, y no siendo propiedad de tal entidad, el Concejo está impedido para disponer de ellas, pues, es lógico y reconocido, que sólo el propietario es el facultado para determinar el uso de sus bienes.

#### LA PROPIEDAD DEL SUELO EN LA ECONOMIA MODERNA

Los nuevos sistemas económicos preconizan que la tierra sea patrimonio de todos, y reglamentan el uso de ella en forma tal que se beneficie con su propiedad el mayor número de personas.

La tierra para los que la trabajan, es uno de los gritos de combate. Muchos gobiernos, el nuestro entre ellos, deseando satisfacer este anhelo han comprado tierras para distribuirlas en pequeñas parcelas a los agricultores pobres.

Estas nuevas tendencias se han manifestado desde la última mitad del siglo XIX para acá y su adopción sólo ha sido lograda, donde existe, después de costosas luchas en que no pocas vidas han sido sacrificadas en holocausto a la Justicia y al Bien Colectivos.

Las luchas sociales se han señalado siempre por el antagonismo entre los poseedores y los desposeídos, y uno de los bienes que más han originado estas divergencias es la tierra. En Rusia y en España, países eminentemente agrarios, ha sido la conquista de la tierra por los agricultores uno de los objetivos de sus respectivas revoluciones.

En América, especialmente las naciones del Caribe, ha ocurrido todo lo contrario de Europa; allá las masas campesinas han luchado por la socialización de la propiedad de la tierra, en tanto que en nuestro continente, los gobiernos, débiles unos, inescrupulosos otros, han entregado nuestros países a las garras de lo que se llama el Imperialismo.

Las riquezas naturales de estos países han pasado a manos extrañas. Después de nuestras luchas para emanciparnos de España, hemos caído en un nuevo coloniaje, que nos ha convertido, desde el punto de vista económico, en meras dependencias de las naciones imperialistas.

En Panamá, por ejemplo, y así en los demás países, los partidarios de tal estado de cosas alegan que hemos recibido beneficios, pero la realidad demuestra que tal aseveración es falsa si se equiparan el bien y el mal causados

por la penetración del capital extranjero sin ajustarse a un plan debidamente preparado, para que realmente beneficie al país.

Tanto aquí, como en los demás países centroamericanos, hay empresas extranjeras que han monopolizado los grandes cultivos y las fuentes de energía, ya en forma directa, o mediante el concurso de los nacionales ambiciosos, por lo cual en varias de estas naciones, los legisladores se han ocupado en dictar leyes que corrijan y eviten estos males.

Panamá, también tiene que ver la manera de atar las manos de los explotadores que están dentro y de evitar que vengan nuevos. Los imperialistas no son creadores de progreso, sino que se aprovechan de él, por lo cual no hay que estar tan deseosos de darles facilidades.

Panamá y sus pueblos progresarán indefectiblemente: La Chorrera no escapará al mandato de ese imperativo y es mejor que demore un poco ese adelanto, antes que caer en la esclavitud económica.

El momento actual es de prueba y los chorreranos deben mantenerse alerta y defender *su patrimonio comunal*, cuya existencia y organización es de lo mejor que se puede desear; y ello es tan cierto que ahora es cuando los países más adelantados de Europa han venido a organizarse en forma semejante.

Para terminar, volvemos a decir que las tierras chorreranas son de la comunidad y por lo tanto el Concejo está incapacitado para enajenarlas, venderlas o adjudicarlas, ni siquiera sometiendo su decisión a un referendun, pues, el carácter de bien comunal que tienen, hace recaer la propiedad de ellas no sólo en los actuales habitantes del lugar, sino en los pasados y en los venideros.

## DOCUMENTOS

*Que constituyen el título de propiedad de la Municipalidad de La Chorrera, sobre el terreno en que está situada la Cabecera de dicho Distrito.*

(TOMADOS DE LA "GACETA OFICIAL", NUMEROS 146, 147 Y 148 DE AGOSTO 21, 22 Y 24 DE 1905.—EDITOR DE LA "GACETA", SR. DEMETRIO H. BRID).

## ACUERDO N° 4

(DE 10 DE FEBRERO DE 1905)

Derogatorio del Acuerdo N° 10 de 1904, referente a reglamentar el uso de los terrenos de propiedad del Municipio; y autorizando el gasto que demande la adquisición de los títulos que acreditan la propiedad y extensión de dichos terrenos.

*El Consejo Municipal del Distrito de La Chorrera*  
en uso de sus facultades y atribuciones legales,

## CONSIDERANDO:

1° Que es de pública notoriedad que el terreno en que está situada la cabecera del Distrito, las sabanas y bosques que la circuyen y las aguas que los cruzan, han sido y son del uso común de los habitantes domiciliados, residentes y transeúntes desde antes de 1813, por cuanto en fecha más remota adquirieron los moradores de este Distrito el lote de terreno (sesión de la hacienda "El Caimito") que describe una información de varios testigos tenidos por idóneos de los más viejos de 1813, por compra hecha a la dueña de la mencionada hacienda, doña María Bautista, en doscientos pesos;

2° Que las declaraciones de los testigos reunidos en 1813, constituyen el título de propiedad del terreno com-

---

Nota: Estos documentos han sido compulsados, por el autor de este trabajo, con los originales que se conservan en los Archivos Nacionales, previo permiso especial del Director de ellos, Sr. D. Juan Antonio Susto.

prado por los moradores chorreranos, para el uso del común, y contienen los linderos y demarcaciones descritos en dicha información;

3º Que como a mediados del siglo XIX hubo un litigio entre D. Manuel Meléndez que se quiso apropiiar los terrenos de este Municipio que se personó como parte opositora; el demandante Meléndez fue vencido, y el Municipio favorecido por sentencia inapenable de la Corte Suprema del Estado Soberano de Panamá, la que tuvo por fehaciente la prueba testimonial de 1813, y desechó las pruebas de Meléndez, es conveniente que en el archivo de este Concejo se custodie copia legalizada de la dicha información de 1813, de los documentos que adujo el Municipio, estimados como fehacientes en el pleito aludido en la sentencia absolutoria que profirió la Corte, para que sirvan de testimonio de la propiedad de los terrenos Municipales;

4º Que por la pérdida de los documentos de este Concejo hay que reponer siquiera estos títulos,

#### ACUERDA:

Artículo 1º Hágase el gasto del Tesoro Municipal, que demande la adquisición de los documentos que acreditan el título de propiedad de los terrenos del uso del común de este Distrito en copia legalizada y registrada. Este gasto se pagará de preferencia, y la partida que se asigna se tendrá como incluida en el Presupuesto de Gastos vigente.

Artículo 2º El Concejo constituirá apoderado en un abogado de la Capital para que consiga las copias de los documentos públicos o auténticos que complementen el título de la compra de los terrenos Municipales de este Distrito. El contrato con el apoderado lo celebrará el Personero, bajo las instrucciones del Concejo, en cuanto al



pago del encargo confiado al apoderado, y al plazo de cumplir su cometido, y obligaciones que contraen los contratantes.

Artículo 3º Prohíbese desde la sanción de este Acuerdo, disponer en manera alguna de los terrenos del Municipio, en conformidad con las disposiciones del Acuerdo N° 10 de 1904, de 17 de Agosto, sobre reglamentación y uso de los terrenos del común del Distrito, sino en conformidad con lo que dispone el Código de Policía. Queda derogado por el presente, el Acuerdo N° 10 de 1904 citado.

Dado en La Chorrera, en el Salón de las sesiones del Municipio, a los 10 días del mes de Febrero de 1905.

El Presidente,

NARCISO AYALA.

El Secretario,

*Francisco V. Carrasco.*

---

Alcaldía Municipal.—Chorrera, Febrero 13 de 1905.

Aprobado.

Publíquese y cúmplase.

El Alcalde,

J. AGUEDO CASTILLO.

El Secretario,

F. JIMENEZ.

---

### LA INVESTIGACION DE 1813

Señor Alcalde Constitucional: -

El Procurador General hace a usted presente que este Pueblo carece de documento calificativo para aseverar las tierras propias que tiene compradas de su peculio y en favor del común y aunque la inmemorial posesión que goza,

es un probatorio título de derecho que le favorece, sin embargo este Ministerio intenta poner de cubierto de toda duda la posesión de terreno que le corresponde en virtud de compra real que con generalidad se divulga y se ejecute comunalmente, y para verificarlo en términos legales suplico a usted en justicia reciba información jurada de todos los vecinos antiguos, para que expongan relativamente, no sólo acerca de la certidumbre de la compra, si también la cantidad de su valor y términos de su declaración con audiencia y citación de todos los hacendados que gozan de la misma, para de este modo documentar un ramo que al paso que es interesante al comunal, aleja toda dubiedad para el derecho de su uso y dominio, cuyas diligencias practicadas mandará usted se me entreguen los originales para el que corresponde en derecho.

Chorrera, veinte y uno de abril de mil ochocientos trece.

*Julián Gutiérrez.*

---

Chorrera, veintitrés de abril de mil ochocientos trece.

Por presentado, hágase como lo pide el Síndico Personero; y para ello, los vecinos más antiguos juren y declaren puntualizando con claridad sus exposiciones, y sea con citación de todos los hacendados de esta Jurisdicción.

*Nevera.*

Testigo:

*Francisco de Paula Olivares.*

---

En dicho día, mes y año hace saber este Decreto a don Julián Gutiérrez, como Procurador de este Ilustre Cabildo de que doy fe.

*Nevera.*

---

En dicho día, mes y año, cité con el Decreto que precede a don José Joaquín Meléndez en su persona de que doy fe.

*Nevera. — Meléndez.*

---

Testigo,

*Francisco de Paula Olivares.*

---

En el mismo día, mes y año, hice saber el Decreto de la vuelta a don Gregorio Gómez Miró, como hacendado de estas inmediaciones, de que doy fe, quien dijo,

Que las declaraciones que sobre esta causa se tomen sea en su presencia y lo firmó.

*Nevera. — Miró.*

---

En el pueblo de La Chorrera y Abril, veinte y cuatro de mil ochocientos trece años hice saber el Decreto que sucede del escrito presentado por el Procurador a doña Josefa Gertrudis Miró en su persona (sic) de que doy fe.

*Nevera.*

Testigo:

*Francisco de Paula Olivares.*

---

En el mismo día, mes y año cité con el Decreto que antecede al escrito presentado por el Procurador a José de los Santos Castillo en su persona de que doy fe.

*Nevera.*

---

### Primera

#### *Declaración del testigo Valentín Meneses*

Chorrera, y Abril quince de mil ochocientos trece.

En dicho día, pareció ante mí y testigos Valentín Meneses, vecino antiguo de este Pueblo, para declarar el

estado en que se hayan las tierras de este pueblo, sin linderos y señales que correspondan a dicho Pueblo como también el dinero que costaron y a quien se le entregó, para cuya declaración le recibí juramento que lo hizo por Dios Nuestro y una señal de cruz según de derecho so cuyo cargo prometió decir verdad según su leal saber y entender: y siendo examinado al tenor del escrito presentado por el Procurador dijo:

Que le consta desde sus antecesores que desde el Paso de "Perequeté Chiquito" pendían las tierras hasta coger a "Martín Sánchez", y por toda su ribera abajo hasta la boca de la quebrada de la "Puente" y por ésta aguas arriba hasta mirar el "Caimito" donde hace sus cabeceras; y que del dicho "Perequeté Chiquito" hasta los "Cerros"; y por lo que mira al importe y plata que se dió por dichas tierras fueron doscientos pesos que éstos se entregaron a José del Barrio quien los pasó a manos de la señora doña María Bautista.

Y es cuanto sabe y puede declarar en fuerza del juramento hecho, en que siéndole leída esta su declaración en ella se afirmó y ratificó y dijo ser mayor de noventa años, que no le tocan las generales de la ley, y no firmó porque dijo no haber y lo hizo uno de los testigos con quienes actúo a falta de Escribano, y en este papel común por no haberlo de ningún sello de que certifico.

*Nevera.*

A ruego de Valentín Meneses y como testigo,

*Fernando de Echeverz.*

Testigo:

*Francisco de Paula Olivares.*

---

## Segunda

*Declaración del testigo Blas Rodríguez*

Incontinenti pareció ante mí Blas Rodríguez vecino antiguo de este Pueblo para dar su declaración para el efecto de las tierras que el Procurador General pide se aclaren los linderos y términos de ellas, y a quien recibí juramento que lo hizo por Dios Nuestro Señor y una señal de cruz según derecho, so cuyo cargo prometió decir verdad, y siendo examinado al tenor de dicho escrito, dijo:

Que desde niño sabe que desde el río “Caimito” que confronta aguas arriba con una quebrada que nombran los “Pedernales” y toca con la “Puente” cuyas aguas abajo hasta su boca que desagua en “Martín Sánchez” toca hasta la “Mata del Bujo” o “Malagueta”, y desde ahí hasta mirar a la montaña, y por lo que mira al importe que se dió por dichas tierras le consta que fueron doscientos pesos, y que este dinero se lo entregaron al señor don Joaquín Cobrejo por mano de los fiadores que lo fueron señor Chepillo del Barrio, señor Eugenio Pérez, señor Pablo Sanromán y señor Eusebio Sanromán, los que fueron unánimes y conformes a dicha entrega, y en efecto lo entregaron.

Que es cuanto sabe y puede declarar en fuerza del juramento hecho, en lo que, siéndole leída esta su declaración en ella se afirmó y ratificó; dijo ser mayor de sesenta años, que no le tocan las generales de la ley y no firmó porque dijo no haber, hícelo yo con los testigos con quienes actúo yo por falta de Escribano, de que certifico.

*Nevera.*

A su ruego del exponente (sic).

Testigo:

*Fernando de Echeverz.*

Testigo:

*Francisco de Paula Olivares.*

---

## Tercera

*Declaración del testigo Trinidad Rodríguez*

Incontinenti pareció ante mí, Trinidad Rodríguez, vecino antiguo de este Pueblo a efecto de tomarle declaración según parecer del escrito presentado y siendo examinado por éste, dijo:

Que desde la boca de la quebrada de la "Puente" desagua en "Martín Sánchez" aguas arriba hasta la quebrada de los "Pedernales" y de esta quebrada aguas abajo hasta derramar el río "Caimito" son los linderos que nombraron para las tierras del Pueblo.

Y que desde la boca de la quebrada de la "Puente" que derrama en "Martín Sánchez" aguas arriba y de ésta hasta la quebrada de la "Malagueta" y la "Mata del Bujo", y de ahí hasta mirar a la montaña.

Y que por lo que respecta al dinero que costaron dichas tierras le consta que costaron doscientos pesos y que éstos se los entregaron a Chepillo del Barrio para entregarlos a don Joaquín Cabrejo, y que le consta que se los entregaron a dicho señor.

Y que es cuanto sabe y puede declarar en fuerza del juramento hecho y siéndole leída esta su declaración en ella se afirmó y ratificó: dijo ser mayor de sesenta años, que no le tocan las generales de la ley y la firmó conmigo y los testigos con quienes actúo a falta de Escribano, de que certifico.

*Nevera.—Manuel Trinidad Rodríguez.*

Testigo:

*Fernando de Echeverz.*

Testigo:

*Francisco de Paula Olivares.*

---

## Cuarta

*Declaración del testigo Mateo del Barrio*

En dicho día, mes y año en seguimiento de estas diligencias y para su prosecución pareció ante mí, Mateo del Barrio a quien recibí juramento, impuesto ya del escrito presentado por el Procurador Personero y lo hizo por Dios Nuestro Señor y una señal de cruz según so cuyo cargo prometió decir verdad y siendo examinado en dicho tenor dijo:

Que le consta que desde el rincón del “Copé” de Martín Sánchez” aguas abajo hasta la boca de la quebrada de la “Puente”, y por estas aguas arriba hasta las cabeceras de la quebrada del “Naranjo” o “Pedernales” y siendo la derecha del “Caimito”, y que del rincón del “Copé” que pega a “Martín Sánchez” aguas arriba, cojiendo los palos de “Sangre” que penden a una quebrada o zanja, ésta sube por la mata de la “Malagueta” hasta el remate de la zanja que es la “Mata del Bujo”, y de ahí mirando al corral de Piñuela en derecha al “Caimito”; y por lo que mira al importe de dichas tierras y que se pagaron, le consta que fueron doscientos pesos que se recogieron entre todos los vecinos, cuya data también contribuyó el exponente, y que este dinero también le consta se le entregó a José del Barrio vecino idem y que éste lo pasó a Panamá y lo entregó a don Joaquín Cabrejo, para que de su mano, del señor don Joaquín Cabrejo pasase a la de la señora doña María Bautista dueña de la hacienda del “Caimito” y que es cuanto sabe y puede declarar en fuerza del juramento que fecho tiene, en que siéndole leída esta su declaración, en ella se afirmó y ratificó.

Dijo ser de edad de sesenta y ocho años y que no le tocan las generales de la ley, y lo firmó conmigo y los testigos de mi actuación por falta de Escribano Público ni Real, de que certifico.

*Nevera.—Mateo del Barrio.*

Testigo:

*Fernando de Echeverz.*

Testigo:

*Francisco de Paula Olivares.*

---

Quinta

*Declaración del testigo Polo del Castillo*

En el mismo día, mes y año pareció ante mí, Polo del Castillo, a efecto de esta declaración a quien habiéndole leído el escrito presentado por el Procurador, e impuesto de su contenido dijo:

Que le consta los linderos de este Pueblo que penden desde el río del “Caimito”, subiendo por la quebrada de los “Pedernales” hasta la “Puente” y de estas aguas abajo hasta “Martín Sánchez”, de éste aguas arriba hasta la “Mata del Bujo” y quebrada de la “Malagueta” y después mirando a la montaña, y que acerca del dinero que costaron dichas tierras le consta que fueron doscientos pesos recogidos entre todo el vecindario y que de oídas oyó (sic) que dicho dinero se lo entregaron al señor Joaquín Cabrejo, y es cuanto sabe y puede declarar en fuerza del juramento hecho en el que siéndole leída su declaración en ella se afirmó y ratificó, dijo ser mayor de setenta años y que no le tocan las generales de la Ley, y no firmó porque dijo no saber, hícelo con los testigos con quienes actúo a falta de Escribano de que certifico.

*Nevera.*

A ruegos de Hipólito del Castillo y como testigo,

*Fernando de Echeverz.*

Testigo:

*Francisco de Paula Olivares.*

---



## Sexta

*Declaración del testigo José Vergara*

En consecuencia del escrito presentado por el Procurador General tomé su declaración a José Vergara e impuesto de la diligencia que antecede dijo:

Que aunque no presencié el deslinde de las tierras y señales las corrientes al Pueblo pero que (está roto) informado los que las presenciaron le consta (está roto) las mojonaduras (está roto) que fueron desde la Cruz de San Francisco mirando al zanjón de la “Malagueta”, “Mata del Bujo” a “Martín Sánchez” abajo hasta la boca de la “Puente” subiendo por ésta hasta las cabeceras y de ahí mirando al “Caimito” y por lo que mira al dinero que se recogió en el Pueblo, le consta que se lo entregaron a José del Barrio, que ignora a quien se lo entregaron en Panamá, y es cuanto sabe y puede declarar bajo el juramento hecho en el que siéndole leída esta su declaración en ella se afirmó y ratificó; dijo ser mayor de sesenta años que no le toca las generales de la Ley, no firmó por no saber, hízolo uno de los testigos con quienes actúo a falta de Escribano de que certifico.

*Nevera.*

A ruegos de José Vergara y como testigo,

*Fernando de Echeverz.*

Testigo:

*Francisco de Paula Olivares.*

---

## Séptima

*Declaración del testigo Manuel Trinidad Sevillano*

En consecuencia de las diligencias practicadas para continuación y remate de ellas pareció ante mí y testigos Manuel Trinidad Sevillano a quien impuesto del escrito

presentado por el Procurador General le recibí juramento que lo hizo por Dios Nuestro Señor y una señal de cruz según derecho so cuyo cargo ofreció decir verdad y siendo examinada dijo:

Que sabe de oídas que sus antecesores han dicho que desde el río "Caimito" a coger la quebrada "Pedregosa" aguas arriba hasta la "Puente" y de éstas aguas abajo hasta a "Martín Sánchez" y de ésta aguas arriba hasta la "Mata de Bujo", y mirando a "Cerro Negro", mirando a la montaña (sic); y por lo que respecta al dinero que se dió por dichas tierras dice el exponente que dió cuatro pesos por su parte para la remisión de dichas tierras, y que hasta la fecha ha estado el Pueblo contando con ellas.

Que de oídas sabe que el primer dinero que se recogió se lo entregaron al señor Joaquín Cabrejo, y de lo demás ignora todo su contenido, y que es cuanto sabe y puede declarar en fuerza del juramento hecho en que siéndole leído esta su declaración en ella se afirmó y ratificó, y dijo ser (está roto) de edad de sesenta años, que no le tocan las generales de la ley, y no firmó por no saber hízolo uno de (está roto) gos por falta de Escribano de que doy fe.

*Nevera.*

A su ruego de (está roto) y como testigo,

*Fernando de Echeverz.*

Testigo:

*Francisco de Paula Olivares.*

Chorrera, veinte y cuatro de Octubre de mil ochocientos trece.

Por cuanto las declaraciones que se han tomado, para el deslinde de estas tierras que corresponde a este dicho pueblo que a petición del Procurador General don Julián Gutiérrez se han verificado, devuélvanse a este dicho Procura-

dor para que use del derecho que le competa; así lo proveí, mandé y firmé yo don Baltazar Nevera, Alcalde Ordinario Constitucional, actuando como testigos de asistencia por falta de Escribano y en este papel común por no haberlo de ningún sello, lo que certifico.

*Baltazar José de Nevera.*

Testigo:

*Fernando de Echevers.*

Testigo,

*Francisco de Paula Olivares.*

---

#### SALA DE SESIONES DEL CONSEJO MUNICIPAL

Chorrera, diez y seis de Febrero de mil ochocientos treinta y nueve.

Pase a la Comisión.

*Miró. —Laso Jiménez.*  
Secretario.

---

*Muy Ilustre Consejo Municipal:*

La Comisión encargada de redactar el proyecto de Decreto que debe recaer en la información que se hizo en años pasados para que declarasen los linderos del terreno que pertenece a esta Parroquia; lo ha visto y examinado detenidamente, y es de opinión que sigan rigiendo dichos linderos en los mismos términos expresados en la información según las declaraciones contestes que aparecen en la referida información.

También es de parecer que por estar tan maltratados y por tener tanto tiempo de hechos, se sirva el Concejo mandarlos testimoniar para remediar la pérdida de ellos y que se comisione al Síndico Personero para que presentándose

con ella ante un Juez competente se consiga la confirmación del derecho de que este Pueblo tiene del terreno demarcado.

Este mi humilde concepto; más Usía con mejor acuerdo dispondrá lo que crea más justo.

Chorrera, diez y seis de Febrero de mil ochocientos treinta y nueve.

*Jenaro Nevera.*

---

*Señor Juez Primero Cantonal.*

Manuel Nevera, Personero Municipal, ante usted con la venia debida digo:

Que habiendo sido comisionado por el Ilustre Concejo para mandar testimoniar las diligencias que sirven de título de la demarcación de los linderos de las tierras de esta Parroquia; y como éste es un bien común para todo el vecindario, se ha de servir usted compulsar testimonio auténtico de dichas diligencias las cuales acompaño con tal objeto en debida forma, y por tanto a usted pido y suplico se sirva decretar como solicito mandando se saque copia de las diligencias que exhibo, quedándose ese juzgado con el original para constancia de ese archivo, devolviéndome el testimonio para los usos que me convengan; pues juro no proceder de malicia con lo demás necesario en derecho.

Chorrera, ocho de Abril de mil ochocientos treinta y nueve.

*Manuel Nevera.*

Como lo pide y para testigos nombra este Juzgado los señores Manuel Ducér y José del Carmen Martínez, los que presentarán el juramento de estilo.

*Miró.*

Proveyóse por el señor Pedro Miró, Juez Primero Cantonal con testigos.

Chorrera, a ocho días del mes de Abril de mil ocho cientos treinta y nueve.

Testigo,

*Manuel Ducér.*

Los testigos que han autorizado el auto anterior, han prestado el juramento (sic) constitucional, de que certifico.

*Pedro Miró (1)*

---

(1) Nota: La copia que se conserva en los Archivos Nacionales es exactamente igual a lo transcrito, excepto en lo siguiente, que aparece después de la firma de Pedro Miró:

“I a pedimento del señor Síndico Municipal i por mandato del Ilustre Consejo Municipal doi esta primer copia en la parroquia de la Chorrera i cabecera del cantón a los dies i ocho días del mes de Abril de mil ochocientos treinta y nueve.

Es igual con los originales a que me remito i existen en el archivo de mi cargo, i a pedimento escrito del señor síndico firmo la primera copia hoi día de la fecha.

*Pedro Miró.*

Testigo:

*Manuel Ducer.*

Testigo:

*José del Carmen Martínez.*

Concuerdá del todo con las diligencias testimoniales a que me remito, i existen en el archivo de la Jefatura política de este cantón; i a pedimento del Sr. Pbro. Pío Babio i por orden del señor Jefe Político, computo este testimonio en la Chorrera a los dies y ocho días del mes de Agosto de mil ochocientos cuarenta y cinco.

El Secretario de la Jefatura Política,

*José de la Rosa Gutiérrez.*

---

Es copia tomada de las diligencias originales que se encuentran en el archivo de esta Notaría, y la expido en nueve hojas de papel sellado para el Honorable Concejo Municipal del Distrito de La Chorrera, a los veintisiete días del mes de Marzo de mil novecientos cinco.

*Rafael P. Márquez.*

Notario Público Número Primero.

(Hay un sello de la Notaría Primera del Circuito de Panamá). (47).

### Número 69

## CORTE SUPERIOR DEL ESTADO DE PANAMA

Panamá, Agosto veinte y seis de mil ochocientos cincuenta y siete.

Vistos: Manuel Meléndez ocurrió al Juez del suprimido circuito de Panamá en veinte y dos (22) de Noviembre de mil ochocientos cincuenta y dos (1852), pidiendo que se le amparase en la posesión de su hacienda las "Tranquillas" o la "Mitra", situada en el Distrito de La Chorrera, porque varios vecinos le perturbaban en ella, y que con citación de los colindantes se restableciesen las mojonaduras y términos de los linderos que se habían destruido.

El Juez accedió a esta solicitud comisionando para el efecto al parroquial de La Chorrera, que practicó varias diligencias hasta el cinco (5) de Marzo de mil ochocientos cincuenta y tres (1853), en cuya fecha dispuso remitirlas a su comitente, para que ante él se ventilasen la oposición que Manuel Lobé y Luis Lasso Jiménez hicieron como colindantes, siendo de advertir que el Personero Parroquial en la diligencia de veinte y seis (26) de Febrero (fs. 13 vta.) manifestó había oído decir que el Pueblo tiene tierras, cuando se trataba de la piedra de la pitahaya como uno de los linderos reclamados por Meléndez, y que Lobé (fs. 15) expresó respecto de ese mismo lindero que hacía notar que ese lindero se hallaba casi dentro del poblado.

Tales diligencias no constan que hubiesen sido remitidas al Juzgado del Circuito como se había dispuesto, sino que más tarde, en siete (7) de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro (1854) el propio Meléndez volvió a presentarse al Juez del Circuito con ellas, pidiendo nuevo amparo en la posesión de su hacienda, expresando ya terminantemente que de dichas diligencias no consta que el Personero se hubiese opuesto a que él (Meléndez) se le considerase como dueño, pues es del terreno que ocupa el poblado de La Chorrera (fs. 25).

Libróse nuevo despacho de conformidad con el pedimento y después de varias actuaciones que se declararon más luego nulas a solicitud del mismo interesado, en diez y siete de Enero de mil ochocientos cuarenta y cinco (1845), el Personero Parroquial dijo categóricamente que se oponía a la posesión que se quería dar a Meléndez de los terrenos reclamados (fs. 35) cuya posesión fue formalizada el veinte y tres (23) del mismo mes; y que después de varios incidentes y reclamaciones no sustanciales al fondo de la cuestión, se recibió la instancia a pruebas el diez y nueve (19) de Septiembre.

Se siguió el juicio por los trámites legales hasta haberse pronunciado la sentencia de doce (12) de Enero de mil ochocientos cincuenta y seis (1856) (fojas 161 a 163 vts.) de que ambas partes apelaron; y como no se han aducido nuevas pruebas en esta segunda instancia, para decidir sobre la alzada hay que considerar el mérito de las de la primera, comparado con el fallo. Las pruebas más importantes de una y otra parte tomadas por el orden de la antigüedad de sus fechas, consisten en los siguientes documentos:

#### Primero:

El testimonio de fojas setenta y cinco (75) a ciento diez y siete (117), que Meléndez recibió con el nombre de

título de la hacienda “La Mitra”, que contiene las diligencias practicadas para el reconocimiento de los linderos de la hacienda “Tranquillas”, a solicitud de don Francisco de Alderete y Ulloa en treinta de Septiembre de mil setecientos treinta y siete (1737) y don José Martínez de Revueletas en veinte y siete de Julio de mil setecientos cuarenta y seis (1746) .

#### Segundo:

El testimonio de fojas treinta y tres (33) a ciento cuarenta y dos (142) que escribió el Personero Parroquial de La Chorrera con el nombre de títulos de las tierras del Pueblo, y contiene las declaraciones de siete testigos todos mayores de sesenta años, rendidas en veinte y tres de Abril de mil ochocientos trece, ante el Alcalde Constitucional de La Chorrera, y a solicitud del Procurador General de dicho Pueblo para comprobar los límites de los terrenos que compraron con dicho dinero del vecindario, y cuánto fue ese dinero.

#### Tercero:

El testimonio de fojas sesenta y cinco (65) a sesenta y ocho (68), recibido por el Personero Parroquial, y contiene la escritura de venta que el señor Antonio Jiménez otorgó a favor del señor Francisco de Paula Ducér de la hacienda “Tranquillas” en once de Octubre de mil ochocientos veinte y cuatro, en cantidad de doce mil pesos.

#### Cuarto:

El testimonio de fojas ciento veinte y dos (122) a ciento veinte y cinco (125) recibido por Meléndez y contiene la escritura de venta de la hacienda “Tranquillas” alias “La Mitra” hecha a su favor por Francisco de Paula Ducér en treinta de Septiembre de mil ochocientos veinte y seis, en cantidad de nueve mil setecientos pesos.



### Quinto:

En fin, la información de fojas treinta y seis a cincuenta, recibida por el Personero Parroquial, y contiene la declaración de nueve testigos mayores de cincuenta años los más y de cuarenta los menos, recibidas por el Juez Parroquial de La Chorrera a petición del Personero en veinte de Enero de mil ochocientos cincuenta y cinco, para acreditar que el Pueblo tiene posesión inmemorial de los terrenos disputados, desde antes que Meléndez fuera dueño de la hacienda “La Mitra”.

Los títulos de Meléndez (número primero) han sido tachados de informales o de no tener el carácter de un documento auténtico por que el Escribano que compulsó esa copia no dijo de donde la extrajo, ni consta cual fue el principio u origen del expediente respectivo, ni que fin tuvieron aquellas diligencias, pues, antes bien, la última de ellas, fojas ciento trece etc., expresa claramente que quedó pendiente una controversia.

A su turno Meléndez tachó los testigos de la información de fojas treinta y seis a cincuenta (número quinto) por reputarlas parciales e interesados en la cuestión como ocupantes actuales de los terrenos disputados.

Tan justa parece la una observación como la otra; pero aun cuando se considera completa validez, aun cuando pusiera absoluta confianza en la expresión de los llamados títulos de la “Mitra”, ellos no pueden justificar la pretensión de Meléndez, desde que se tienen constancias auténticas en contrario, posteriores a su fecha.

Indudable parece que en mil setecientos treinta y siete la hacienda “Tranquillas” o “Mitra” comprendiera toda la extensión que tales títulos demarcan, pero en mil ocho cientos trece ya era asunto antiguo (número segundo) que los vecinos de La Chorrera habían comprado parte de esos

terrenos, como se advierte especialmente del dicho del testigo Valentín Meneses, que en veinte y tres de Abril de mil ocho cientos trece era mayor de noventa años, fojas ciento treinta y seis (136), el cual refiere con más o menos exactitud los mismos sitios que se mencionan en los títulos de mil setecientos treinta y siete; y fue doscientos pesos la suma entregada a la dueña de las tierras doña María Bautista, por conducto de Joaquín Cabrejo, como precio de la compra.

Pero aún hay otra consideración más fuerte contra la subsistencia de los tales títulos y es la de que en mil ocho cientos veinticuatro (Número tercero) al vender Antonio Jiménez a Francisco de Paula Ducér la hacienda "Tranquillas" en calidad de apoderado de los entonces dueños de esa hacienda y la del "Caimito", designó otros linderos con ésta y con el pueblo, distintos de los anotados en dichos títulos expresando que con tal deslinde quedaba dirimida la disputa que en tiempos anteriores tuvieron los propietarios de esas haciendas, por la expresión de los títulos de las tierras del "Caimito", y la del despacho librado para la vista de ojos de las tierras de "Tranquillas"; cuyo despacho parece no ser otro que el mismo inserto en los enunciados títulos de Meléndez.

Este coincide con las constancias de la información de mil ochocientos trece, que no ha sido tachada y corrobora la persuasión de que la hacienda "Tranquillas" o la "Mitra" dejó de ser tan extensa como lo fue en mil setecientos treinta y siete.

Francisco de Paula Ducér comprador a Jiménez en mil ochocientos veinte y cuatro de la mentada hacienda, fue el vendedor de ella a Meléndez en mil ochocientos veinte y seis (número cuatro).

Y aunque en la escritura de venta no especificó los linderos de ella, es necesario decir que no pudo ni debió

vender otra cosa que lo que había comprado, lo cual ya se ha visto no era lo referido en las diligencias de mil setecientos treinta y siete.

Dice Ducér en la escritura fojas ciento veinte y cuatro y vuelta, que había entregado al señor Meléndez todos los papeles que correspondían a la demarcación de linderos de dicha hacienda que existían en su poder; en los mismos términos que los recibió cuando la compró; pero seguramente esos papeles no fueron los de mil setecientos treinta y siete, porque está demostrada la inconformidad de éstos con la escritura de Jiménez, y porque si así hubiera sido, Meléndez no habría tenido necesidad de pedir la copia de tales papeles al Juez de Hacienda de Panamá en diez de Junio de mil ochocientos cuarenta y cinco, como según se registra de fojas ciento trece, vuelta, a ciento catorce, de donde se deduce que Ducér solo vendió a Meléndez lo que compró a Jiménez, y le entregó únicamente los papeles, ni él ni Meléndez han declarado los que fueren; pero que seguramente no eran los de mil setecientos treinta y siete.

Si a estas consideraciones se agrega la de que el Pueblo de La Chorrera no ha sido turbado en la posesión de los terrenos demarcados en la información de mil ochocientos trece, aún desde antes de esa fecha no queda ni motivo alguno para dudar sobre la reducción efectiva que la hacienda “Tranquillas” o “Mitra” sufrió después de mil setecientos treinta y siete, por lo cual es insostenible hoy la subsistencia de sus límites de entonces.

Por estas consideraciones, administrando justicia en nombre del Estado y por autoridad de la Ley, se declara que Manuel Meléndez no ha probado corresponderle los terrenos que ha disputado al Pueblo de La Chorrera y que sólo le pertenece la posesión de la hacienda “Tranquillas” o “Mitra” dentro de los límites señalados en la escritura de

mil ocho cientos veinte y cuatro, que por la parte del Pueblo de La Chorrera, es una línea recta desde la piedra Mitra hasta el río Martín Sánchez, en dirección al sitio que llaman los palos Jobos o Bobos.

Queda reformada la sentencia de primera instancia con costas, que pagará Meléndez con justa tasación de peritos.

Devuélvase dejando la debida constancia en la Secretaría.

*Joaquín Asprilla.—Simón Baldonado.—Agustín Arias.  
Antonio de Alba, Secretario.*

Es copia.

Panamá, Agosto veinte y ocho de mil ochocientos cincuenta y siete.

*Antonio de Alba.*

---

Manuel Escala demanda el deslinde de la hacienda de la "Mitra", con los terrenos del Pueblo de La Chorrera.

### TERCERA PLAZA

Número ciento ochenta y uno

Corte Superior del Estado.—Panamá, Marzo diez y nueve de mil ocho cientos ochenta y cuatro.

Vistos: en diez y siete de Julio de mil ochocientos ochenta, el Sr. José Gobi con poder especial del Sr. Manuel Escala, fojas trece vuelta, formuló demanda de deslinde y amojonamiento de la hacienda nombrada la "Mitra" de propiedad de su instituyente, por el lado que da ésta con los terrenos del Distrito de La Chorrera en cuya jurisdicción se haya establecida en la parte setentrional de dicho Distrito, a su demanda acompañó la escritura de propiedad de la finca rústica mencionada, especificando ser el límite por el lado limítrofe a los terrenos del común del Pueblo, los si-

guientes: Desde la confluencia de la quebrada de la “Caña Brava” con el río “Martín Sánchez”, aguas arriba de dicha quebrada, hasta la cabecera que se haya en la “Mata del Buho” y de aquí una línea diagonal que termina a orilla del monte en dirección a la “Mata de María”, de cuyo punto se sigue hasta llegar a la falda de la montaña más próxima.

De esta demanda se corrió traslado en diez y nueve de Julio de mil ochocientos ochenta al Personero del Distrito de La Chorrera, quien sin contestar la demanda opuso la excepción dilatoria de cosa juzgada, acompañándola de una copia de la sentencia que en veinte y seis de Agosto de mil ochocientos cincuenta y siete, pronunció la Corte Superior del Estado, sobre límites de la hacienda “Mitra”.

El apoderado de Escala rechazó la excepción de cosa juzgada por manifestar que el deslinde y amojonamiento de la hacienda se había pedido no por la parte oriental sino por la setentrional respecto de lo cual no había habido jamás litigio, fojas veinticinco.

El Juez abrió a prueba la excepción propuesta, fojas veinte y seis, por término de nueve días y después de haberla acogido en forma y fallándola en diez y nueve de Noviembre del mismo año, declarándola no probada, foja cuarenta y seis a cuarenta y siete, fue aprobada dicha providencia por la Corte Superior en veinte y cinco de Enero de mil ochocientos ochenta y uno, fojas cuarenta y ocho vuelta a cuarenta y nueve.

Contestado el traslado de la demanda de Escala por el apoderado del representante del Cabildo del Distrito de La Chorrera, el Juez por auto de cinco de Mayo del rol ochocientos ochenta y uno, señaló las nueve del día catorce del mismo mes para la práctica del deslinde y amojonamiento, ordenó el nombramiento por las partes de los peritos, y nombró el tercero en discordia al Ingeniero Oficial señor Ramón Medina, foja cincuenta y ocho.

No habiéndole sido posible al Juez del conocimiento practicar personalmente la diligencia mencionada, comisionó al efecto al Distritorial de La Chorrera el cual asociado de su Secretario, de las partes, de los abogados de éstas y de los peritos pasaron a verificar el deslinde y amojonamiento, fojas setenta y dos, y éstos últimos dijeron que de la parte del Pueblo los Palos Jobos o Bobos (sic) no constituyen una verdadera línea divisoria, sino sólo un punto dado de ella; que respecto de los demás límites entre las tierras que pueden pertenecer al pueblo y a la Mitra no pueden dar una opinión porque sobre el particular no hay más demarcaciones que las que figuran en el título presentado por el señor Escala.

Las partes dijeron que tenían otros documentos que presentar para esclarecer los puntos en disputa, pero no los enviaban por no haberlos obtenido en tiempo.

En virtud de esto el Juez determinó que por cuanto a que no parecían otros límites demarcados que los que figuraron en la escritura presentada por el señor Manuel Escala eran esos los linderos que se debían demarcar; devueltas las diligencias por el Juez Comisionado y corrido traslado a las partes, el apoderado del Personero del Distrito de La Chorrera se presentó en veinte y uno de Abril siguiente contradiciendo el deslinde determinado por el señor Juez Distritorial en virtud de lo cual el Juez de la causa dictó auto el cinco de Mayo de conformidad con el artículo mil doscientos cincuenta y siete (1257), disponiendo, entre otras cosas, el seguimiento del juicio ordinario, el que fue abierto a prueba por treinta días.

Las partes han producido las que han tenido por conveniente, y después de los alegatos respectivos el Juez *aquí* pronunció sentencia con fecha de trece de Julio de mil ochocientos ochenta y tres, fojas noventa y seis a noventa y nueve, señalando a la hacienda "Mitra" los límites de la escritura de once de Octubre de mil ochocientos veinte y cua-

tro por cuya razón la parte que representaba Escala, apeló, para ante esta superioridad y concedida la alzada en ambos efectos, y sustanciada debidamente, para pronunciar sentencia en segunda instancia se considera:

Primero:

La demanda de Escala no ha tenido por objeto, según así lo ha dicho su representante en este litis, fijar el deslinde y amojonamiento de toda la hacienda "Mitra", sino del que por la parte setentrional divide el Pueblo de La Chorrera, foja cuarenta y ocho vuelta.

Segundo:

El título fundamental de la hacienda "Mitra", antes nombrada "Tranquillas" data indudablemente del año de ochocientos treinta y siete según parece acreditado en autos;

Tercero:

Aunque se han presentado otros documentos para disputar a la "Mitra" los límites demarcados, como la sentencia de la Corte de veinte y seis de Agosto de mil ochocientos cincuenta y siete, y la escritura de once de Octubre de mil ochocientos veinte y cuatro, así como parte y parte, las declaraciones de los testigos, tendientes a acreditar cada uno de los límites que sostienen y defienden en la presente controversia, hay un hecho evidente y claro resultantes de esas mismas pruebas a saber:

Que por la parte setentrional de la hacienda "Mitra", los linderos no se hayan claramente establecidos, así también lo dejan comprender los peritos nombrados para practicar la diligencia de deslinde y amojonamiento que se verificó con asistencia de las partes, foja sesenta y dos;

Cuarto:

Que habiendo el Juez *aquo* declarado solamente los límites de la hacienda "Mitra" por la parte oriental no dis-

putada habiéndolos omitido por la parte setentrional u occidental, que es a la que se contrae el litis según la exposición del apoderado de Escala, foja veinte y cinco que así se encuentra deficiente;

#### Quinto:

Que aunque el Juez ha declarado válida la escritura de once de Octubre de mil ochocientos veinte y cuatro, fojas cincuenta y seis y cincuenta y siete, en dicho documento solo se han demarcado los linderos de la hacienda "Mitra" desde el Mar del Sur hasta los Palos Bobos, pero a partir de este punto a la montaña no se mencionan límites probablemente porque consta en los títulos que el vendedor entregó al comprador, títulos que la casualidad o la malicia han hecho desaparecer, y

#### Sexto:

Que en la confusión en que se encuentran los verdaderos límites de la propiedad rústica de Escala, con las tierras del común del Pueblo de La Chorrera, se hace, preciso, en presencia de los documentos aducidos y de las declaraciones recibidas optar por un término medio que en equidad y justicia deje bien establecidos esos límites y aleje para lo venidero disputas como la presente, que afectan indudablemente los derechos de los que la han sostenido, y corte de raíz el mal que pudiera sobrevenir a uno y otro.

Por tales consideraciones la Corte Superior administrando Justicia en nombre del Estado y por autoridad de la Ley, declara para que se fijen como límites de la hacienda "Mitra" con las tierras del Pueblo de La Chorrera, los siguientes: los que declaró este Tribunal en su sentencia de veinte y seis de Agosto de mil ochocientos cincuenta y siete, fojas quince a veinte que fueron hasta los palos "Jobos", y que a partir de este punto siga hasta la "Mata del Buho" y de allí una línea a la montaña de occidente, que tenga el Oeste por punto cardinal.



Queda en estos términos reformada la sentencia de primera instancia; sin especial condenación de costas.

Léase en sesión pública la parte resolutive de esta sentencia.

Regístrese y devuélvase al Juzgado de su origen para su cumplimiento.

*Juan P. Jaén.—O. de la Espriella.—J. P. Ucrós.*

*José B. Villarreal,*  
Secretario.

---

Es fiel copia tomada de sus originales, en atención a lo pedido por el señor Personero Municipal del Distrito de La Chorrera, según comunicación del señor Gobernador de la Provincia de veinte y siete de Marzo último, distinguida con el número doscientos setenta y tres, y en obediencia a lo ordenado por el señor Vicepresidente, el día veinte y ocho del mismo mes de Marzo; las cuales se expiden en siete fojas útiles, hoy diez de Abril de mil novecientos cinco.

Por el Secretario,

*Hermógenes Casís,*  
Oficial Mayor.

(Hay un sello de la Corte Suprema de Justicia)

---

Esta copia concuerda con los documentos que se hayan protocolizados en esta Notaría bajo el número doscientos cuatro (204) con fecha de doce de los corrientes, y la expido en diez y nueve fojas para el Honorable Consejo Municipal de La Chorrera, en Panamá a trece de Abril de mil novecientos cinco.

(Hay un sello).

---

República de Panamá.—Notaría Número 1º del Circuito de Panamá.

*Rafael P. Márquez.*

Notario Público Número 1º.

Es fiel copia sacada de su original a pedimento del Honorable Consejo Municipal de La Chorrera en su fecha.

La Chorrera, Abril 22 de 1905.

El Secretario Municipal,

*Francisco V. Carrasco.*

---

Oficina de Registro.—Panamá, Mayo veinte y nueve de mil novecientos cinco.

Quedan hoy registrados estos títulos en el Libro de Registro número primero, tomo segundo de la página treinta y tres (33) a las cincuenta y siete (57) bajo el número ciento cincuenta y dos (152).

El Registrador,

*Octaviano B. Pérez.*

República de Panamá.—Oficina de Registro de Instrumentos Públicos y Privados del Circuito.

LA  
PRIMERA CONDECORACION NACIONAL:  
“ORDEN DE VASCO NUÑEZ DE BALBOA”

(Ley 27 de 28 de Enero de 1937)



## MENSAJE NUMERO 39

Honorables Diputados:

Tengo el agrado de presentar a vuestra consideración durante las actuales sesiones extraordinarias de la Asamblea Nacional, el adjunto proyecto de ley “por la cual se crea la condecoración nacional de la Orden del Mérito”.

Considero innecesario una extensa exposición de las razones en favor de este proyecto, pues seguramente su sola lectura bastará a vuestro claro criterio y espíritu de comprensión para convencerlos de la necesidad de que le impartáis vuestra aprobación como algo necesario para la República.

Esa condecoración cuya creación os propongo, viene a establecer un instrumento de cortesía para el Estado que en la actualidad no tiene cómo corresponder a las numerosas distinciones de los Gobiernos de los países amigos hacen a funcionarios de la República y a simples particulares connacionales nuestros. Esto en cuanto a los Gobiernos extranjeros se refiere; en cuanto a los nacionales, la condecoración en cuestión vendría a crear un estímulo poderoso para el progreso de la cultura, las letras, las ciencias y las artes, además de exaltar el espíritu cívico y el sentimiento patriótico de los ciudadanos.

La cantidad de dinero que se destina para el cumplimiento de esta Ley (B. 2,000.00) es insignificante y no representa un gasto extraordinario, reportando en cambio grandes y positivos beneficios.

Por las razones expuestas, confío en que impartiréis vuestra aprobación al proyecto de Ley a que este mensaje se refiere.

Aprovecho la oportunidad para reiteraros los sentimientos de mi más alta consideración y aprecio,

Honorables Diputados.

Panamá, Enero 14 de 1937.

J. D. AROSEMENA.

El Secretario de Relaciones Exteriores y Comunicaciones,

J. E. LEFEVRE.

---

## LEY 27 DE 1937

(DE 28 DE ENERO)

por la cual se crea la condecoración de la "ORDEN DE VASCO NÚÑEZ DE BALBOA".

*La Asamblea Nacional de Panamá*

DECRETA:

Artículo 1º Créase una condecoración nacional que se denominará "ORDEN DE VASCO NÚÑEZ DE BALBOA", la cual otorgará el Poder Ejecutivo por conducto de la Secretaría de Relaciones Exteriores y Comunicaciones a los nacionales que hayan prestado servicios importantes al país o que en el campo de las letras, las ciencias y las artes se hayan distinguido por obras o trabajos de reconocido valor y positivo beneficio para la comunidad y el progreso general, a los extranjeros a quienes el Poder Ejecutivo considere acreedores a esta distinción.

Artículo 2º La concesión de la condecoración no se efectuará sin antes someterla a la consideración de un Consejo de la Or-

den, que estudiará cuidadosamente si el que la va a recibir es merecedor a ella e informará al respecto. Este Consejo se compondrá del Secretario de Relaciones Exteriores y Comunicaciones que lo presidirá, del Rector de la Universidad y de los Presidentes de la Sociedad Bolivariana de Panamá, de la Academia Panameña de la Lengua y de la Academia Panameña de la Historia. (1)

Artículo 3º La "ORDEN DE VASCO NUÑEZ DE BALBOA" no se concederá en ningún caso por servicios políticos o personales.

Artículo 4º Autorízase al Poder Ejecutivo para reglamentar ampliamente esta Ley en todos sus detalles.

Artículo 5º Vótase una partida hasta de dos mil balboas (B. 2.000.00), que se incluirá en el Presupuesto de Rentas y Gastos de la actual vigencia para el cumplimiento de esta Ley.

Dada en la ciudad de Panamá, a los veintisiete días del mes de Enero de mil novecientos treinta y siete.

El Presidente,

M. EVERARDO DUQUE.

El Secretario,

*Daniel P. Barrera.*

---

República de Panamá.—Poder Ejecutivo Nacional.—Panamá,  
veinte y ocho de Enero de mil novecientos treinta y siete.

Publíquese y ejecútese.

J. D. AROSEMENA.

El Secretario de Relaciones Exteriores y Comunicaciones,

J. E. LEFEVRE.

---

(1) El Consejo de la Orden, está compuesto en la actualidad así: Presidente, el Secretario de Relaciones Exteriores y Comunicaciones, Dn. José Edgardo Lefevre, miembro Correspondiente de la Academia Panameña

## 130 BOLETIN DE LA ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA

de la Historia; el Rector de la Universidad Nacional, Doctor Octavio Méndez Pereira, Director de la Academia Panameña de la Historia; el Presidente de la Sociedad Bolivariana de Panamá, Profesor Ernesto J. Castilleiro R., miembro de Número de la Academia Panameña de la Historia; el Director de la Academia Panameña de la Lengua, Dn. Samuel Lewis, miembro de Número de la Academia Panameña de la Historia y el Director de la Academia Panameña, Doctor Octavio Méndez Pereira.

El Presidente de la República, Doctor Juan Demóstenes Arosemena, quien presentó esta Ley a la Asamblea Nacional, también es miembro de Número de la Academia Panameña de la Historia.





BOLETIN  
DE LA  
ACADEMIA PANAMEÑA  
DE LA  
HISTORIA



Año V - No. 13  
ABRIL DE 1937

---

PANAMA - 1937  
Imprenta Nacional  
Req. 377



# SUMARIO

---

	Páginas
Advertencia, par Juan Antonio Susto, Secretario Perpetuo de la Academia.....	VII
Dos Vejetes y un Maestrescuela, (1524), por Fernando Romero, Capitán de Corbeta de la marina peruana.....	133
Tentativa de Monarquía en Panamá, (1549), por Máximo Soto Hall, periodista y Diplomático guatemalteco.....	153
El Convento de San José de Agustinos Recoletos en Panamá la Vieja, Respuesta Final, por el Rvdo. Padre Fr. Marcelino Ganuza, Agustino Recoleta.....	165
Un Jurista panameño del siglo XVIII, (1726), por Juan Antonio Susto, Miembro Correspondiente de la Academia de la Historia de Madrid y Miembro de Número de la Academia Panameña de la Historia.....	189
Diplomacia panameña en el siglo XIX; (1841), por Ernesto J. Castillero R., Miembro Correspondiente de la Academia de la Historia de Madrid y Miembro de Número de la Academia Panameña de la Historia.....	199
Informe sobre Justo Arosemena, (1896), por Abraham Moreno, historiador colombiano.....	223



# ADVERTENCIA

Por

JUAN ANTONIO SUSTO

(Miembro correspondiente de la Academia de la Historia de Madrid y Secretario Perpetuo de la Academia Panameña de la Historia).



# BOLETIN DE LA ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA

Director: JUAN ANTONIO SUSTO.

Toda correspondencia deberá dirigirse al Secretario Perpetuo de la Academia Panameña de la Historia  
Apartado 973.—Panamá, República de Panamá.

---

Año V

Panamá, Abril de 1937

Núm. 13

---

*En el número 11 de este “Boletín” publicamos un capítulo de la obra en preparación de don Fernando Romero, Capitán de Corbeta de la marina peruana, que lleva por título “Panamá, Base Naval de la Empresa Peruana”, y hoy damos a conocer otro no menos interesante: “Dos Vejetes y un Maestrescuela” que es el complemento de lo anterior.*

\* \* \*

*El conocido periodista y diplomático, don Máximo Soto Hall, quien es uno de los genuinos representantes de las letras americanas en la Argentina, nos deleita con su trabajo “Tentativa de Monarquía en Panamá”, que publicó hace algunos años en el “Diario de Panamá” y que reproducimos por lo interesante del tema.*

\* \* \*

*“Respuesta Final” es el título del trabajo del Rev. Padre Fr. Marcelino Ganuza, Agustino Recoleta, sobre el Convento de la Orden Agustiniana en la antigua ciudad de Panamá, en contestación al que dió a conocer nuestro colega don Samuel Lewis en el número 12 de este “Boletín”.*

\* \* \*

*Continuamos con la publicación de los “Panameños de Epoca Colonial” con la figura de don Manuel Joseph de Ayala, el único jurista panameño del siglo XVIII.*



\* \* \*

*Seguimos con la segunda parte de la publicación del Profesor y colega don Ernesto J. Castellero R.: "Diplomacia Panameña en el Siglo XIX.—II.—La misión de Guillermo Radcliff", para concluir en el próximo número.*

\* \* \*

*Y terminamos con el Informe que en el año de 1896 presentó a la Cámara de Representantes de Colombia, sobre la excelsa figura del Doctor Justo Arosemena, el distinguido escritor conservador Don Abraham Moreno.*

DOS VEJETES Y UN MAESTRESCUELA  
(1524)

Por

FERNANDO ROMERO

(Capitán de Corbeta de la marina peruana)



Panamá, fue fundada por el Licenciado Espinosa, en nombre de la Reina Doña Juana de Castilla y su hijo el Príncipe Carlos, el 15 de Agosto de 1519 y aunque al comenzar el año 1524, época en que empiezan a realizarse los sucesos de que me voy a ocupar, había ya merecido el título de ciudad y hasta blasón heráldico —escudo en campo de oro partido verticalmente yugo y haz de flechas en la mitad derecha, dos carabelas y una estrella en la izquierda; castillos y leones por orla— solo se había desarrollado dentro de la forma rudimentaria que tuvieran todas estas primeras poblaciones españolas en América. La mayor parte de los conquistadores no consideraban las ciudades coloniales sino como punto de apoyo para seguir avanzando a tierras desconocidas, “no pensando estar en ellas sino cuanto podían hacerse ricos”; de allí que hasta los repartimientos y las adquisiciones territoriales eran para el peninsular propiedades flotantes que se vendían o traspasaban para marchar hacia una inmortal ilusión, revivida cada vez que el arrojo de su Capitán abría nueva ruta.

El raquítrico desarrollo de Panamá se debía a varias de esas empresas; tales las de Hernán Ponce y Bartolomé Hurtado a las tierras de oriente, la de Gil González de Avila y Andrés Niño hacia Nicaragua y de Pascual de Andagoya al Birú. Expediciones de esta clase hicieron que se trasladaran a esta ciudad los aventureros que en las Antillas y la costa Atlántica Norte de América del Sur, perdida la gran oportunidad de México, esperaban nuevas empresas en qué probar fortunas. Sin embargo, no todos permanecieron en Panamá; pronto fueron llevados a morir en luchas con las indómitas tribus autóctonas.

La fundación no ocupaba entonces el sitio que hoy tiene; la abundante pesca que ofrece al litoral había motivado que los primeros pobladores comenzaran a construir sus bohíos cerca de la mar, en un lugar situado al Este del que ocupa hoy la ciudad. Cuando Pedrarias trasladó al Pacífico la Gobernación no se modificó el asiento y continuaba tendida sobre el océano al que miraba por dos frentes: “La Playa”, al Sur, y “El Puerto”, al Oriente. Como las casas blanqueadas con cal, a la manera andaluza— y los solares —“cien pasos en largo y ochenta en ancho”— estaban paralelos a La Playa, y pantanos y ciénagas impedían que se extendiera por el Norte; quedaba la ciudad, larga y estrecha, entre los ríos Algarrobos y Gallinero, orientada de Levante a Poniente. De esta manera el abrasador sol ecuatorial calcinaba las calles que, faltas de sombra, hacíanse difíciles de transitar. A esta incomodidad había que añadir el peligro en que ponían a los pobladores las mortíferas emanaciones palúdicas de las ciénagas del Norte que hacían malsana la ciudad en la que, según el decir de los cronistas, “eran enfermos los aires de tierra”. Media legua más lejos de donde estaba Panamá encontrábanse mejores condiciones de salubridad pero resultaba imposible trasladar su asiento por la oposición que tal idea encontraba entre los propietarios de bohíos, quienes, debido al elevado precio que en América se pagaba por la mano de obra y el material de construcción, obtenían pingües ganancias de los cincuenta o sesenta edificaciones con que en ese tiempo contaban la ciudad.

El puerto, situado al Este, al abrigo de Punta Paitilla, era cómodo y seguro. El mar hace en ese sitio un ancón bastante grande y en el *surgían* las naves que entraban con la marea llena encontrando fondo más o menos de siete brazas, sondaje que se reducía a tres brazas cuando la mar salía. La diferencia en el nivel de las aguas hacía que quedara descubierta más de media legua de playa cuando bajaba la marea, de tal modo que las naves que en pleamar

fondeaban cerca de las casas del puerto quedaban después en seco. Cuando la marea estaba llena las aguas del Pacífico llegaban a besar, los bohíos de La Playa, en el Mediodía de la ciudad.

Dentro de los límites tan estrechos y malsanos movíase la heterogénea población que habitaba estas colonias americanas. Apenas si es posible formarse una idea de lo que a ese respecto era Panamá en aquella época.

Naturalmente, predominaban entre los pobladores el elemento indígena, que habitaba en viviendas con techo cónico —algunas construídas sobre pilotes o en las copas de los árboles, a la orilla de los ríos y el mar— hechas de cañas unidas por bejucos, generalmente cubiertas de barro. Imponíanse entre los indios los *cunas*, autóctonos de lo que después fueran las provincias de Panamá y Darién: pero no faltaban *guaimíes* —originarios de las tierras altas de las actuales provincias de Chiriquí, Bocas del Toro y Coclé— traídos cautivos a la ciudad por los aventureros que excursionaban a Occidente. Ambas razas tenían como características físicas baja estatura —mavor en los costefños,— cara morena y lampiña, de ojos negros y vivos, cabello negro también y liso como cerdas, cuerno musculoso, fuerte. Moralmente eran “muy dados al juego, la carnalidad, hurto y ociosidad” según el decir de de Gómara. Pero los dignificaba la feroz valentía con que a las órdenes de intrépidos caciques —París, Urraca, Dururúa— defendieron palmo a palmo la tierra de sus mayores. Sobre las tribus conquistadas había ya caído en 1524 la ligera capa de esa civilización un poco dudosa del crepúsculo del medioevo europeo. El resultado había sido contraproducente: el indígena solo captó, equivocadamente, el factor religioso de la enseñanza occidental y sobre su culto animista había cuajado el dogma católico, incomprensible y milagroso, dando como producto uno híbrido.

A la esclavitud del aborígen habíase sumado otra: la del negro importado. El desesperado esfuerzo hecho en pro de la liberación del indio por un fraile que fué verdadero discípulo de Cristo pareció dar fruto. Del viaje de Las Casas a España resultó cierto interés de la Corona por remediar la situación del vencido americano. Habíase pretendido salvarlo trayendo al Nuevo Continente el esclavo africano, violentamente arrebatado de su tierra. Pero el resultado había sido nulo ya que el negro no libertaba al indio sino sumaba su esclavitud a la de aquel. Entre un aborígen y un africano —y estos últimos eran ya numerosos en Panamá en 1524— no había más diferencia que el color: ambos eran igualmente despreciables a los ojos del conquistador.

La india ocupaba un lugar intermedio en la escala de pobladores. Por su condición de aborígen era inferior a los ojos del español; pero su sexo la llevaba a éste no en calidad de esclava, sí de compañera.

El conquistador español procedía en sus relaciones sexuales con la americana como hombre de su siglo y hombre de su medio. Las guerras europeas lo habían hecho libertino en Italia. Al salvaje contacto con la naturaleza tropical se desbordó sexualmente, falto de valía social que lo contuviera. La india, hermosa en muchos lugares de de América, especialmente en el Istmo —“las más bellas y hermosas que he visto en las Indias”, dice Cieza—, era víctima que se entregaba gustosa en brazos del aventurero, quien tenía para ella, que en el fondo no era sino mujer, todos los atractivos; refinamiento en el amor, mayor potencia genésica que el indio, aureola de héroe y sabio prestigio de vencedor y maneras de rey. El padre, los hermanos de la americana, protegían y deseaban estas relaciones con los que a sus ojos eran seres superiores; es más, servían con mayor gusto a aquel conquistador con quien los unía relación de parentesco. Así, satisfe-

chas las tres partes —la india, su familia y el español— los entroncamientos y la unión sanguínea entre vencedores y vencidos se desarrollaba pronto y pacíficamente.

Los españoles llevaban a la india a sus bohíos en tres condiciones: mujer legítima, manceba, y combeleza. Los que se casaban lo hacían algunas veces por amor, gratitud a la compañera de varios años de cariño o la progeñie; pero en la mayor parte de los casos por interés: conseguir la alianza con una tribu o, mediante la unión con la descendiente del cacique, compartir con ésta el derecho de herencia que el Estado español reconocía. Cuando ninguno de estos móviles impulsaban al aventurero a legalizar sus relaciones con la americana, ésta vivía con él como manceba o combeleza, según aquel fuera, respectivamente, soltero o casado con española ausente. En los tres casos anteriores la unión producía mestizos y era públicamente consentida en las ciudades. Las indias vivían entregadas a la vida del hogar a la española: el cuidado de la casa, la cocina, el huerto y los animales domésticos.

El elemento español asentado en el Istmo era numeroso y heterogéneo. Ocupaban en primer plano en la escala de orgullo en que se apilaban los aventureros, los descubridores y conquistadores de la tierra. Los que, como Pizarro, los Baracaldo, los Don Benito, Castañeda y otros, habían llegado a *la mar del Sur* con el inolvidable Vasco Núñez de Balboa. Gente de condición inferior, en su mayoría aventureros de oficio, pobres palurdos, hombres de quienes no se conocían antecedentes de su vida en España y que era preciso apellidar por el lugar de nacimiento ya que generalmente no sabían por qué acaso nacieron; codeábanse con la gente de corte que enjoyada y cubierta de sedas y brocados trajo Pedrarias a la Antigua. Colocados estos últimos, en su gran mayoría, en un plano superior a los descubridores en cuanto a linaje, cortesanía y educación, habían sido rebajados de su elevada condición por la



democrática lucha diaria contra la salvaje naturaleza del trópico y la valentía de los aborígenes; estos dos factores imponían que mandara no el más noble e instruído sino el más valiente, astuto y enérgico. No es pues de extrañar que entre los aventureros se extendiese espontáneamente la materialidad en todo sentido. Se vivía con la Naturaleza, los músculos se distendían y trabajaban en esfuerzos desesperados, la sangre era rica en glóbulos rojos, la Vida se manifestaba en forma ruidosa y animal, libre de reflexión y cultura. El héroe, el Capitán de las empresas americanas, era robusto, de elevada estatura, altanero, cruel, vigoroso, hábil en el manejo de las armas y en argucias y tretas: remedo de un Sigfrido o un Cid Campeador. No entraba para nada la calidad de la sangre. Después del abolengo o hacerse una a medida.

Todos los aventureros eran antiguos en el Istmo; más había otros llegados recientemente: Gil González de Avila trajo sus soldados y muchos de ellos se quedaron cuando el Capitán partióse a España. Estos eran los más entusiastas para las empresas ya que eran los que menos bienes de fortuna poseían. Soñaban con expediciones a tierras lejanas donde se adquirieran riquezas fabulosas. Mientras tanto vivían pobremente en la ciudad frecuentando las *cocinas* y armando pependencias por cualquier nimiedad, única forma de distraer el ocioso deambular por La Playa hasta que hubiera un Capitán que los contratase o las fiebres quebraban para siempre su inquietud. Mientras tanto, jactanciosos y *motolíneos*, agrupábanse en animados y altaneros corrillos, la mano en el pomo de la espada, en la Plaza Mayor, cuando el sol se marchaba ya dejando que la tarde refrescase y antes que llegara la incómoda noche de una población que carecía de alumbrado. Elocuentes, hablaban majestuosamente hasta cuando arrojaban una manta, un mal pese a vos, un juramento, una injuria o un vuesa señoría. Más lenguaraces y en mayor número

los andaluces, oíanse, sobre todos, sus términos dialectales: aspiraban la h, omitían r, ll y d finales (señó, doló mercé), convertían la l en r ante consonante (várgame Dios!) hacían de la c, s, y z solamente voz en general (munisipio, teztigo). Enjutos y nerviosos, los castellanos, segundos en número palatizaban los grupos de letras al hablar. Los extremeños, asturianos y leoneses, que hacían también cantidad, convertían en ñ y ll la n y i iniciales (ñariz, llobo). Los navarros y aragoneses diptongaban la e (tiengo), hacían terminar n eron (fisioron, entroron) la tercera persona del plural del perfecto. Los catalanes y valencianos hablaban casi provenzal. Y no faltaba en la reunión uno que otro portugués, griego, flamenco o genovés que se expresaba en incomprensible castellano.

En el lenguaje heroico y campanudo relataban los recién llegados las últimas campañas de Italia y Francia, las heregías que cometían en Europa un endemoniado fraile alemán de nombre Lutero o comentaban con los antiguos las predicciones de Micer Codro y el último disgusto del Obispo con el Gobernador. Quizá un veterano de la entrada a México estaba entre ellos y ponderaba la riqueza de la corte de Montezuma y los trágicos temores de la Noche Triste. Y allí o en cualquier lugar apartado no obstante las prohibiciones, llevados por su fatal codicia y deseo de hacer rápidamente dinero, hurbagan la bolsa, cogían una daga, un par de calzas o un morrión, y la calabridad morisca, el ganapierte romano o el tres y as boloñez se encargaban de hacerlo cambiar de dueño o acompañarse con prendas similar.... Los otros, los conquistadores antiguos, estimables propietarios, hombres de orden, no delinquían tan descaradamente con los dados y la baraja. Pero como dejar de jugar era ser conquistador a medias de herron y bola o promovían juegos de cañas de vez en cuando.

Pero no todo era juego, charla y pendencies en la ciudad, que la gente de leyes le prestaba carácter especial en-

cargándose de dirimir con la pluma lo que con la espada se hacía más presto. Y aunque era la daga que daba verdadera fuerza a los documentos, iban los conquistadores hacia aquellos firmando larguísimos contratos rellenos de "Items" "susodichos", juramentos "sobre una señal de la cruz", etc., o desfilaban una y mil veces ante el Alcalde Mayor y los escribanos prestando declaraciones testimoniales en las informaciones de servicios.

No ha de creerse, sin embargo, que estos bravos soldados solo movían la mano para esgrimir la espada, manejar la rodela y firmar documentos. Todos eran hombres de armas cuando éstas eran necesarias pero sabían también del manejo de la lezna, la aguja, el yunque y el badilejo. Zapateros y alarifes los unos, sastre, albañiles, herreros los otros, físicos algunos, no tenían a menos trabajar en América en esos oficios mediante cuyo ejercicio se obtenían pingües ganancias. Y en las reuniones vespertinas de la Plaza Mayor no era seguramente raro que uno de estos maestros calzados de alpargatas se mezclara, acertadamente, en discusiones de carácter militar con los esmirriados soldados recién venidos de Europa.

Las prácticas religiosas preocupaban también a los pobladores. Porque era menester vivir de acuerdo con los muchos sotanudos que había en la ciudad, quienes tenían suficiente influencia, dinero y poder para conseguir una capitulación o apoyar determinada empresa. Además, el padre Las Casas había revuelto el cotarro y un cura cualquiera podía certificar que el encomendadero endoctrinaba y cuidaba a los indios que tenía a su cargo, evitando así de que ellos se le despojase. De otro carácter era el acercamiento entre la mujer hispánica de la ciudad y el elemento religioso. No entraba allí para nada el interés de una encomienda.

No eran, por cierto, muy numerosas las españolas que en 1524 vivían en Panamá. Indudablemente había una

cantidad mayor del que los lectores suponen. Por que además de las damas llegadas a La Antigua con la esposa del Gobernador, vinieron después de España mujeres de muchos conquistadores ya asentados en la ciudad y algunas, de las mismas España y las Antillas, que acudían a las nuevas tierras en busca de un adinerado malandrín que quisiera contraer matrimonio con mujer de su raza.

En realidad la vida social no había nacido aún en la ciudad con esa característica de estabilidad que después llegó a tener. Faltaban relaciones, compromisos, hogares. Panamá se había poblado para que sirviera de base a expediciones guerreras y la continúa entrada y salida de aventureros que llevados por su característica actividad iban o venían de lugares extraños, rompía el aislamiento que indispensablemente necesita una ciudad para constituirse. La mujer peninsular de la colonia trataba sin embargo de orientar su vida en el sentido del hogar o reposaba de una aventura para salir a otra, élla, como la "mujer llorada" del cronista Oviedo, transformaba a su gusto la fábrica de la casa, cocinaba, hacía traer el agua del cercano riachuelo, curaba las heridas del cruel y valeroso esposo y en la granja vigilaba la molienda del maíz que la india esclava preparaba para el pan, el florecer de la huerta y el crecer de las aves y los puercos en el gallinero y la zahurda. En los ratos de ocio, enseñaba a las indígenas y ayudaba a los hombres de iglesia en su semi-femeninos menesteres.

La española venía generalmente a América a casarse con los aventureros. Si enviudaba, contraía nuevas nupcias, una o más veces, procurando siempre que el esposo fuera conquistador de la tierra, lo que le aseguraba para siempre la subsistencia y la compensaba de soportar por varios años la compañía de un pechero cualquiera, generalmente averiado de resultas de su vida vagabunda. Si se casaba, era buena esposa.

Pero no todas las hembras de la ciudad se preocupaban igualmente de cooperar a la brillantez del culto, la catequización de las indias y sentar las bases de una moral vida de sociedad. Algunas venían a las ciudades recién fundadas a hacer unos dinerillos para retornar con ellos a España. Estas, las “pelanduscas”, como las llamaban sus contemporáneos, se amancebaban con los soldados de la localidad —quienes, a creer a Oviedo, solían tenerlas por pares— y regresábanse a Europa con fortuna. Tal género de vida, por los pobladores, no escandalizaba mucho. Viniendo su esposa en la expedición, Pedrarias consintió que viajaran en ellas dos mujeres de esta clase, amigas de “dos muy nobles y caballeros Capitanes” . . . . .

Presidían todos los actos de ciudad las autoridades designadas por el Rey para el gobierno espiritual y temporal de Tierra Firme, y el Cabildo (elegido por los pobladores a la manera castellana) que estaba encargado de la dirección comunal, Obispo, Cabildo y Gobernador eran tres poderes con amplias atribuciones que al concatenarse producían rozamientos desagradables y dañinos a la paz de la colonia.

Fray Vicente Pedraza nombrado Obispo a la muerte de su antecesor (Quevedo), había trasladado ya la sede de Darién a Panamá, donde residía. Directamente a sus órdenes estaba el Deán, el Arcediano, el Tesorero y el Maestrescuela. El clero oficial tenía carácter consultivo en asuntos de gobierno.

El Cabildo, implantado en 1521 en Panamá, para el gobierno urbano, a la usanza española estaba compuesto por los Regidores llamados Veinticuatro como en Sevilla y Córdoba—, el Aguacil Mayor y demás Aguaciles, el Alfe-rez, el Procurador y el Alcalde Mayor. Correspondía a esta Corporación la guarda del estandarte de la ciudad en el cual lucían además del escudo, las imágenes de Nuestra Señora de la Antigua y de San Pedro Mártir.

Como el Obispo, los oficiales de la Real Hacienda —Tesoro, Contador, Factor y Veedor— eran consultores de Pedrarias. Pero en realidad, sobre ellos y el Prelado, imponía su férrea voluntad el señor Gobernador de Tierra Firme, jefe directo de la fuerza militar, de Maese de Campo y Teniente General a Capitanes, Tenientes, Cabos de Escuadra y Soldados.

Un silencio respetuoso y preñado de temor debía hacerse en los corrillos de los aventureros cuando bajaba a La Playa o cruzaba las calles la figura pequeña, de barbas donde indiscretos se mostraban los años por las canas, de Don Pedro Arias de Avila, Conde de Puñoenrostro y Gobernador General de Tierra Firme. Fastuosamente vestido, según su costumbre, paseaba Pedrarias por Panamá el prestigio que ante los hombres de armas de la ciudad debía tener quien en su juventud no sólo se distinguiera en fiestas cortesanías y torneos hasta recibir los nombres de Galán, Bravo y Justador; sino quien fuera también vencedor en empresas guerreras de la calidad de Granada y la toma de Orán y Bugía. El señor Conde era cruel, avaro, inflexible; por eso le temían los conquistadores. Además, no era poco el recelo que producía en sus supersticiosos espíritus el destino de un hombre que, como el Gobernador, había casi resucitado y llevaba consigo doquiera, morbosos recuerdos de lo que él creía un milagro en su favor, un ataúd en que anualmente se enterraba conmemorando trágicamente su ataque de catalepsia.

De muy distinta condición era el prestigio de la Gobernadora. Doña Isabel de Bobadilla y Peñalosa, a más de bella, era todo una gran señora. En la Corte española Doña Isabel ocupaba destacada posición. Era sobrina de la Marquesa de Moya, quien fuera favorita de la Reina Católica y que influyera cerca de la Soberana en favor de Colón. Además cierta aventura que pudo resultar trá-

gica para ella hízola célebre en el reino y dió popularidad a su casa; en el sitio de Málaga, la Marquesa de Moya fué equivocada con un moro fanático y estuvo a punto de morir a manos del Rey Fernando.

La Gobernadora era, pues, una matrona de limpia cuna y elevada posición. Por el honor de lo primero pospuso lo segundo siguiendo al esposo, con reciedumbre de alma, cuando aquél fue nombrado a Indias. Aventurándose con el marido en el infierno que era entonces América, vino con Pedrarias a La Antigua, lo siguió a Panamá y puso en la naciente ciudad, con su sola presencia, una nota de cordura y serenidad que atemperaba las violentas situaciones que por futilidades promovía el atrabilario esposo. Era Doña Isabel quien daba a saraos y fiestas el encanto y la distinción de las análogas reuniones españolas. Ella representaba en esa ciudad de aventureros y malandrines la moral y el sentimiento del alma española.

Pero las preocupaciones por la religión, la decencia, el orden y el progreso de la ciudad, aún para las mujeres, se subordinaban a la atención prestada a las empresas o expediciones militares que partían de Panamá, única razón de vivir de la población blanca. Cuando sucedía lo que estamos tratando en este capítulo, hacía poco tiempo que Santa María de La Antigua había sido quemada por los indígenas; Gil González de Avila, terminada ya su expedición, habíase partido a España; también Andrés Niño terminada su exploración de la costa del Poniente buscando el paso de la costa del Atlántico al Pacífico a fin de hacer factible una expedición al Maluco, máxima preocupación de la Corona por entonces. Y el Gobernador de la ciudad, quien había hostilizado como él solía y sabía hacerlo a González de Avila, al enterarse de la tierra descubierta por éste, había enviado a Fernández de Córdoba a explorarla. El 10 de Abril de ese año llegaba a Panamá, procedente del poniente, Sebastián de Belalcázar. Las noticias que

traía no podían ser mejores. Inmediatamente toda la atención de los habitantes de la ciudad dirigióse a esa empresa, dejando ya de ocuparse de un personaje que acababa de regresar fracasado: Pascual de Andagoya.

Lo que éste debió contar de su empresa, no fué para animar a otros conquistadores a hacer el viaje al Birú, con lo cual Andagoya parecía haber logrado, astuta maniobra, hacer perder el interés por las tierras de Levante. Pero la sagaz medida resultóle fallida ya que Juan Basurto solicitó permiso para intentar la empresa. Como Pedrarias debía a Basurto la ayuda que en hombres y caballos le prestara para la expedición de la gente del Gobernador a Nicaragua otorgó la licencia. Más el solicitante murió apenas ésta obtenida.

Pero además de Basurto habían tres hombres en la ciudad “cuyos ánimos se ensanchaban a otro nuevo mundo por parecerles corto el sitio de Panamá”. Eran dos vejete y un maestrescuela: Francisco Pizarro y Diego de Almagro y Hernando de Luque.

Los dos soldados eran “de los más antiguos en aquella tierra”. Sus nombres estaban ligados con casi todos los sucesos de importancia que se realizaron en el Istmo desde el arribo de Ojeda en 1510. Pizarro, sobre todo habíase distinguido como Teniente de Ojeda, como compañero de Núñez de Balboa, como Capitán de Pedrarias y Morales. En 1524 como Almagro, era encomendero en Panamá, parecía que el siglo que en edad sumaban entre los dos había apagado sus militares arrestos, ya que vivían alejados de toda empresa guerrera. Perdidos en la vida urbana, vegetaban los antiguos soldados entre la ciudad y la granja interviniendo en las expediciones en el burgués rol de proveedores de “matalotaje” y bastimentos”. No eran diferentes, ni en la fama de pasadas aventuras, de los antiguos conquistadores del Istmo. Muy alto y arrogante Pizarro, menudo y mal parecido Almagro, socialmente eran, como



cualquier aventurero de entonces, tipos olvidados de España, de donde hacía veinticinco o más años que habían salido; como los otros, preocupábanles más el descubrimiento de un trozo de costa americana que las guerras de Italia. Habían hecho de América la nueva patria. Y para que nada faltase a su descastamiento, ambos habíanse unido a mujeres indígenas de quienes tenían Almagro un inteligente rapazuelo —que fuera después Diego de Almagro el Mozo y por quien se ensangrantó el Perú— y Pizarro una hija y un hijo: Francisca y Gonzálo, la primera de las cuales fué su heredera ya que el vástago murió joven.

El del Chagres es uno de los valles más ricos de Panamá. En las riberas del río, a cuatro leguas de la ciudad con granjerías. El clérigo había sido maestrescuela de la catedral de Darién y era señor de la Taboga. Pero también en Tierra Firme tenía propiedades que, siendo más ricas, no quedaban lejos de las de los viejos soldados. En ella, al cuidado de esclavos, crecían los variados productos vegetales y animales que brindaba espontáneo el fértil suelo y aquellos otros que más para satisfacción y regocijo de los sentidos que con fines de colonización, traían de Europa los aventureros: olorosas piñas, y jugosas naranjas, enormes plátanos y sabrosos higos; pulposos mangos, mameyes, guayabos y ágría cidra; pavo y mugidora vaca, gruñones pecaris y puercos. Elegantes los unos y crueles los otros, los caballos y los perros de combate, cotizados a elevado precio. Entre los árboles frutales, algunas especies de madera de valor inestimable para los conquistadores: el palo de lana o de algodón, el hongo y el balso, todos ellos especiales para hacer canoas; el guachapalá y el culuba, como pocos buenos para mástiles.

Ricos Luque, Pizarro y Almagro, no tenían sin embargo la misma influencia. El último era querido entre los colonos por su buen carácter y su desprendimiento; Pizarro era respetado por su reputación de valiente y buen

soldado pero era Luque quien socialmente estaba mejor situado ya que la sotana era entonces para el funcionario español digna de más consideración que la espada. Era la herencia que habían dejado dos reyes que debiendo todo el empuje de sus soldados, a llamarse los Reyes Conquistadores prefirieron decirse Católicos.

Al fracaso de Andagoya, Pizarro expuso su plan a Almagro y Luque. Les hizo conocer la serie de datos que calladamente venía recogiendo desde que llegó con Balboa al mar del Sur, desde que vió perderse al Oriente la costa riquísima de que hablaba el cacique de la isla Taboga, desde que le revelaron sus secretos los vencidos indígenas del Birú. Ahora preguntando astutamente a los soldados de Andagoya, había confirmado sus hipótesis. El, mañoso conquistador, no podía ser engañado por la relación oficial del jefe de la expedición del Sur.

Y al convencerse Almagro y Luque de la posibilidad de ricas tierras, el clérigo se encargó de solicitar para los dos capitanes el permiso que Basurto no había podido hacer efectivo. Fué Luque ante el señor Gobernador e interpuso su influencia.

Pedrarias estaba preocupado con Nicaragua. Creía que al fin había logrado llegar a una región que quizá superase en riqueza al Imperio Azteca que Cortés le había birlado. Y sin preocuparse mucho, concedió. No anduvo, sin embargo, tan distraído que olvidara hacer prometer a los solicitantes que le darían, de la hallado, una parte igual a la que tocara a cada asociado.

El plan primitivo fue marchar por tierra, Pizarro creía que por haber hecho ese recorrido le sería fácil guiar sus tropas. Quizá después de pensarlo más detenidamente, por consejo de Almagro, desistió de su idea y planeó una expedición marítima.

En 1524 la construcción naval estaba en sus albores en la costa del mar del Sur. Después de los buques cons-

truídos por Balboa, solo Andrés Niño armó otros para la expedición de Gil González de Ávila. Supongo que éstos estuvieran sirviendo a Fernández de Córdova en el momento de decidirse la expedición al Perú, de tal manera que no había en el puerto sino una de las embarcaciones de Balboa, de 30 toneladas escasas que, carcomida por la broma y vieja en cinco años, estaba casi deshecha. Como no era cosa de perderla, mientras se hacía otra Luque la pidió al Gobernador. Este, que se la había negado a Gil González de Ávila, dióselo a los expedicionarios a Levante. Era que en la entrada a Peniente Pedrarias no había tenido la promesa de una cuarta parte.

Conseguida la nave, comenzaron los preparativos para la expedición. Presupuestada la empresa los socios vendieron parte de sus pertenencias y los dos soldados dividieron el trabajo. Almagro, más insinuante, simpático, de mejor carácter y mayor genio comercial que Pizarro, se encargaría de concertar los negocios que eran menester para conseguir las mil cosas necesarias para la expedición. Pizarro contrataría los soldados. Luque correría con los trámites oficiales.

Y allá fueron los socios, decididos y entusiastas, a desempeñar las comisiones particulares.

Almagro, semita para negociar pero generoso como un rayo de sol para obsequiar, encontraba allanados todos los caminos por su carácter franco y desinteresado. Sus gestiones eran un éxito apenas comenzadas. Pero con respecto a Pizarro no sucedía igual cosa; el futuro marqués tenía encima una historia no muy limpia. Y los soldados con quienes debió hablar seguramente recordaron la forma vergonzosa en que, por huir, abandonó en Coyba a su subordinado Francisco Hernán en manos de los salvajes. Y también el duro reproche de Vasco Núñez de Balboa al ser apresado por su antiguo y desleal paisano y Teniente: *“No solíades recibirme así otrora, señor don Francisco Pizarro”*.

Antes que todo era necesario pensar en los buques. La primera operación fue, pues, el concierto de las condiciones con los carpinteros de ribera y los calafates que habían de ocuparse de adobar la nave vieja y labrar *una nueva*.

En Panamá no escaseaban los Oficiales de esta clase. Sin contar a los que como Juan Camacho, Juan de Castañeda, Antuño de Baracaldo, Juan García, Juan del Puerto, Juan de Espinosa y Juan Gallego, habían ya trabajado en naves en la mar del Sur —ayudando a Balboa a la construcción de la “Santa María de la Esperanza” y “San Cristóbal”—; debieron encontrarse también en la ciudad muchos de los carpinteros y calafates que como Juan de Trigo, Martín, Esteban y Juan Vizcaíno, Amador de Zabala, Fernández Rodríguez, Diego de Espinosa, Cristóbal de Eslava, Juan Núñez, Melchor de Evora y Pedro de la Calleja, por no citar sino unos cuantos, habían venido a América con la expedición de Pedrarias. Empleados en construir y reparar las pequeñas embarcaciones que se usaban para el tráfico a las islas y las que, como en el caso de Gil González de Avila y Fernández de Córdova, fue necesario labrar, se radicaron en la ciudad frente al puerto, en lo que llegó después a ser la calle de los Calafates.

Los carpinteros, carpinteros de ribera o carpinteros de galeón, como se les llamó más tarde, habían de ser marineros y haber trabajado “en fábrica” antes de recibir su título. Ellos armaban el buque de quilla a perilla, siguiendo las pocas reglas que en ese tiempo habían, en la forma que extensamente vamos a referir en capítulo posterior. Además de la nave misma, comprendiendo árboles, vergas, baos de gavia, etc., habían de saber echar claceces y chupaces, y construir roldanas, cuadernales y chalupas. Sus armas, que no diferían mucho de las actuales, era hachas aceradas y encabadas, azuelas, martillos, taladros, barre-

na, barrote, tillado, sierra grande de dos manos, sierra pequeña, almagre, liñas de lana, escoplos y gubias.

También los “calafates” habían de ser marineros. Ellos completaban la obra del carpintero de ribera, haciéndole impermeable las costuras de la nave. Además, les concernían los aparatos que como las bombas, —ya en uso— se usaban para el salvataje del buque. Cumplían su trabajo con la ayuda de mallos de meter y recirrer, fierros de cortar y calafaetar, magajos, sierras, martillos, azuela, hacha y barrenas, los operarios, marineros generalmente, quienes después tripulaban las embarcaciones para los viajes.

De esta manera comenzó a fines de mayo de ese año 1524, (más exactamente “el primer día de trabajo pasada la Pascua del Espíritu Santo”), en la ribera del río Lagarto, la construcción del buque que había de servir a los expedicionarios al Perú. El contrato con los carpinteros, calafates y demás empleados señalaba como sueldo diario “dos pesos de buen oro y que comer”.

TENTATIVA DE MONARQUIA EN PANAMA  
(1549)

Por

MAXIMO SOTO HALL

(Periodista y Diplomático guatemalteco)



Pedro Arias de Avila, llamado en la historia de América Pedrarias Dávila, y en buen tiempo el “galán” y el “justador”, por su pericia, donaire y bravura en lizas y torneos, llegó al Darién el 21 de julio de 1514. Nunca, hasta entonces, expedición más soberbia que la organizada por él había traspuesto las aguas del Atlántico. Diez y siete naves y mil quinientos españoles salieron de Sanlúcar de Barrameda integrando esta flota, el día 14 de mayo del referido año, con rumbo al Istmo, a decir de López de Gomara; pero otros autores señalan como punto de partida a Sevilla, y hacen ascender la cifra de embarcaciones a veinte, y la de tripulantes a dos mil. De una u otra manera la empresa era considerable, y sobre todo revestía una importancia que no se la daba únicamente el número. La gran mayoría de la gente que la componía, lo mismo que el jefe, eran hombres bien probados que habían hecho armas bajo la bandera gloriosa de Gonzalo Fernández de Córdoba. Los que no tenían presticios adquiridos, venían resueltos a conquistarlos. Capitanes que debían inmortalizar sus nombres formaban filas en aquel equino, como Hernando de Soto, llamado a descubrir el Missisipi; Diego de Almagro, émulo de Pizarro; Sebastián de Belalcázar, dominador de Quito. No faltaban tampoco hombres de letras. Allí venían el historiador soldado Bernal Díaz del Castillo; Martín de Enciso, letrado y geógrafo; Gonzalo Fernández de Oviedo, cronista de Indias. La religión no estaba menos bien representada. A bordo de la nave capitana se encontraba el primer mitrado que vino al Nuevo Mundo, fray don Juan de Quevedo, de la Orden de San Francisco, recientemente consagrado como obispo de Castilla del Oro y del Darién.



*Boda desgraciada.*

Desembarcó Pedrarias Dávila dicen los cronistas, dando el brazo a su gentil esposa, doña Isabel de Bobadilla, linajuda y muy preciada señora. Traía el matrimonio consigo aparte del séquito suntuoso que le acompañaba, a dos hijas, jóvenes doncellas que por su alcurnia, su posición y sus encantos se dirían llamadas a la felicidad, y que, sin embargo, por uno de los raros caprichos de la suerte, se vieron condenadas a trágicos destinos.

La primogénita, que había heredado la distinción y prendas morales de su abuela, la condesa de Moya, dama muy bien quista de Isabel la Católica, casó con el más simpático y, sin duda alguna, el más caballero de los conquistadores: Vasco Núñez de Balboa, aquel varón que en alta mar, como por vía de encantamiento, surgió de un tonel en la expedición de Enciso, se impuso a los que intentaban arrojarlo al mar, haciendo honra al dictado de “esgrimidor” que alcanzara en Cuba, y, una vez en tierra firme, supo trocarse en el árbitro de los destinos del Istmo.

Boda desgraciadísima aquélla. Pedrarias, su padre, cuando llegó al Darién, era ya un octogenario, pero en quien el tiempo no había apaciguado el rescoldo de las pasiones. Era duro y cruel. No conocía escrúpulos, ni medios, si de conservar el poder y guardar la hegemonía propia se trataba. La gente joven, sobre todo si eran verdaderamente ameritados, en su celo senil, adquiría las proporciones de una pesadilla. Balboa, aun siendo su yerno, se trocó a sus ojos en el más terrible de los rivales, y se propuso perderlo, propósito en que le ayudó, de buen grado, fray Juan de Quevedo.

Mediante un proceso que la verdad ha desmentido y la historia repudiado, se acusó a Balboa de “traidor” al rey y fué decapitado en la plaza de Acla. Ni la loca tribulación de la esposa, ni el llanto de la hija que perdía al ama-

do compañero en el alboreo de la luna de miel, lograron impresionar el férreo corazón del veterano de las campañas de Italia. El mismo presenció, sin inmutarse un músculo de su rostro, la injusta ejecución, e hizo aun más: ordenó que por tres días, en lo alto de una pica, y en el lugar más céntrico, permaneciera expuesta la cabeza del gentil mozo y capitán sin tacha. La desesperada viuda, desde su estancia en el palacio de la gobernación por largas setenta y dos horas, tuvo ante su vista el siniestro espectáculo.

Su hermana, la otra hija del “justador”, no se vió arrollada por la tragedia; ella fue quien la engendró en torno suyo, influída por su carácter, herencia de su padre, en el que predominaba una ambición sin dique y una voluntad sin reparos.

Casó esta mujer impulsiva y pasional con Rodrigo de Contreras, gobernador de Nicaragua, puesto en que reemplazó a su padre político después que éste murió, logrando más tarde, gracias a las influencias de la familia en la Corte, pasar de su calidad de interino a la de titular en el desempeño de tan importante cargo.

Eran, como casi en todo el continente, los pobres indios, manantial inagotable de riqueza en aquella provincia, por virtud de los mandamientos que los trocaban en esclavos. Ni su vida tenía valor, ni su trabajo obtenía recompensa, ni sus sufrimientos alcanzaban piedad. Las ordenanzas de Barcelona y Valladolid, fruto precioso de las luchas de Las Casas, que condenaban tales procederes, vinieron a herir hondamente los intereses de la familia Contreras. Fue don Rodrigo separado de su puesto y su esposa e hijos despojados de su encomiendas. En tal guisa, el exgobernador emprendió viaje a España, a fin de poner en juego todos sus posibles para ser restituído en el Gobierno y en el goce de sus privilegios. Infructuosos fueron sus afanes, y dió cuenta a su esposa del resultado adverso que obtuvo en su demanda.

La airada matrona montó en cólera al enterarse del revés y se dió a rumiar proyectos de venganza, entre los cuales figuraba la muerte del obispo fray Antonio Valdivieso, compañero y colaborador de Las Casas y, por lo mismo, causante de las disposiciones tomadas por el rey y que en forma tan grave la perjudicaban. Abrió, así mismo, la idea de reconquistar por la fuerza los que, a su juicio, eran legítimos derechos de que injustamente se le privaba.

Para dar vigor a sus planes se ofreció una feliz casualidad. Llegaron por aquellos días, fugitivos a Granada, algunos de los facciosos que en el Perú habían militado en las filas rebeldes de Gonzalo Pizarro. Entre éstos figuraba un soldado audaz y valiente, zalamero de lengua y vivo de ingenio, que se empeñó en pintar a la descendiente de Pedrarias y a sus hijos lo fácil que era, con algunos elementos apoderarse de Panamá, pasar al Perú, hacer lo mismo en el virreinato y proclamar a Hernando Contreras rey de las vastas regiones que se extendían desde los dominios que fueran del cacique Nicarao hasta las zonas abarcadas por el imperio de los Incas. Puso de manifiesto los errores cometidos por su fracasado jefe, que además sólo había pretendido llamarse gobernador y alzarse en rebelión contra las "Nuevas leyes y contra la corona real que las dictó". El caso era distinto. En primer lugar se llevaba por delante la experiencia adquirida y en segundo —aquí lo principal— se trataba de un nieto de Pedrarias Dávila cuya memoria y la de sus grandes hechos perduraban en todos los ánimos. No había motivo para vacilar.

La ambición de la madre, la no menor de los hijos, aguijoneada por la inexperiencia de la juventud, dió por resultado que los proyectos cedieran a la fantasía para entrar en el terreno de la realidad.

Lo primero era dar muerte al obispo. Al efecto Hernando Contreras y Juan Bermeja se trasladaron a León,

donde residía el prelado. La madre y el hermano menor quedaban en Granada esperando el desarrollo de los sucesos.

Era el día 26 de febrero de 1549. En la casa que poseía el ex-gobernador en la ciudad diocesana so pretexto de oír a un artista cantante, se reunió el primer grupo de los que debían jugar papel principal en las arriesgadas empresas que se fraguaban. El futuro rey hizo, como se decía en aquel entonces, un parlamento en que expuso todos sus planes y con abundancia de razones trató de demostrar la seguridad del éxito. Terminando el discurso, los sediciosos se dirigieron a la mansión del obispo para perpetrar el crimen. Caminaba al frente de ellos Hernando Contreras, y en tal virtud entró el primero en la residencia del prelado. Este, que había recibido oportuno aviso, trató de buscar amparo refugiándose en la alcoba de su señora madre, doña Catalina Alvarez Calvento. Inútil precaución. Su enconado enemigo llegó hasta aquel sagrado recinto y sin respeto a las canas, ni escuchar el ruego, ni conmoverse ante el dolor, atravesó varias veces con su daga al anciano Valdivieso. "Acaba, carnicero; basta ya con lo que has hecho", articuló la víctima, mientras caía sin vida en brazos de la atribulada madre, muda y helada de terror y angustia.

Acto seguido se apoderaron del oro y la plata que contenían las arcas del extinto y se lanzaron a la calle gritando: "Viva el príncipe Contreras, libertad, libertad!"

Inmediatamente y de acuerdo con el plan que se habían trazado, emprendieron viaje al puerto de El Realejo, a fin de apoderarse de unas naves que había surtas en aquel fondeadero. Pero antes de tomar esta resolución hizo el asesino algo que pondría espanto en el ánimo menos sensible. Envío a su madre y a su hermano el ensangrentado acero con que había asesinado al apóstol defensor de los indios, como el más elocuente testimonio de que había cumplido su juramento.

Mientras Hernando, dueño de las embarcaciones que había en el puerto, las alistaba para la expedición, Bermejo se dirigió a Granada a fin de apoderarse de aquella población. Tropezó con alguna resistencia, pero consiguió vencer. Pedro, que astutamente se había puesto del lado de los granadinos, mediante un acto de traición, facilitó el triunfo.

Era llegada la hora de ir sobre Panamá. Los navíos, conduciendo a los dos hermanos y a sus terribles secuaces, se dieron a la vela con rumbo al Sur. Habían transcurrido dos meses desde el primer golpe. Era a mediados del mes de abril.

En la travesía, la suerte propicia siempre, diríase inseparable de los aventureros. Cerca de la Punta de Perlas dieron con dos buques, que tras breves escaramuza, se entregaron a discreción, acrecentando la flota, y ya en la entrada de la bahía de Panamá, cuatro embarcaciones más, que navegaban ajenas a todo peligro, sorprendidas de pronto, se rindieron sin oponer resistencia. Al propio tiempo encontraban la nave, bien tripulada y artillada que la previsora madre había dispuesto que se les uniera en el lugar donde debía darse el primer golpe grande, de cuyo resultado dependería en lo futuro la feliz coronación del audaz atentado.

La escuadra, respetable ya por el número de sus unidades, los elementos de guerra de que disponían y la resolución de la gente que la tripulaba, entró en el puerto donde nada se temía, y procedió al desembarco. Se practicó la maniobra con absoluta precisión marcial y en medio del entusiasta vocerío de los invasores que sin cesar clamaban: "Viva Hernando Contreras, príncipe de la libertad!"

Una vez en tierra, recogieron una nueva que parecía venir a colmar sus deseos y a favorecer su causa. Se hallaba en la ciudad, de paso para España, el licenciado La Gasca que regresaba a dar cuenta de la comisión que lo lle-

vó al Perú, con motivo de la sublevación de los Pizarro. Era la oportunidad de apoderarse de tan conspicuo personaje, arrebatárle los grandes tesoros que llevaba, y si no accedía a otras demandas que se le harían, darle muerte sin contemplación.

Con banderas desplegadas y profiriendo siempre los vítores al príncipe Contreras, los rebeldes se dirigieron a la casa del gobernador, que lo era Sancho Clavijo. Aquí la primera decepción. El alto funcionario se hallaba ausente, con motivo de haber tenido que acompañar al presidente La Gasca, que se dirigía al Darién a embarcarse para la península. Por el momento aquellos altos dignatarios se habían librado de la muerte segura que los amenazaba. Averiguaron, en cambio, que los dineros que conducía el Licenciado se hallaban en poder de un tal Doctor Robles y fácilmente se apoderaron de ellos, cuyo monto ascendía a la suma considerable de ochocientos mil pesos oro.

En su insaciable anhelo de riquezas y como factor el más precioso para hacer efectivos sus propósitos, procedieron a saquear las casas de los comerciantes y personas más acaudaladas no contentándose con hacerse de metálico y objeto de valor, sino hasta de las mismas prendas de vestir, lo que hace que un cronista, refiriéndose al hecho, escriba: “andaban tan lucidos y galanos, que era notable la diferencia que en el parecer se hacían a sí mismos y aun en el ánimo y brío que cobraron”.

Al día siguiente Hernando Contreras, con setenta hombres, salió en persecución de La Gasca, ordenando a Bermejo que una vez asegurados los caudales de que habían hecho presa, tomara camino para ir a reunirse con él. Pedro Contreras quedó encargado de la escuadrilla. En Panamá no permanecieron más que dos soldados que no hicieron viaje por falta de cabalgadura. Tal era la seguridad que tenían de que los panameños, aterrorizados ante su poder, no intentarían ningún movimiento antirrevolu-

cionario. Las mismas naves habían quedado con una mezuquina dotación, que las hacía poco menos que inútiles. La obra para aquellos ilusos estaba consumada. Nada podía impedir su triunfo definitivo.

Mentido ensueño alimentado por los soplos de fortuna que parecían empujarlos! Al quedar la ciudad abandonada, algunos capitanes de la guarnición panameña, encabezados por un tal Martín Ruiz de Marchena, encargado de la custodia de las armas reales, que no quiso entregar a los facciosos ni con amenazas de horca, y por el Obispo, que la víspera había estado a punto de perder la vida por orden de Bermejo, se dispusieron a resistir. Por de pronto echaron las campanas a vuelo, lo que hizo que un buen número de vecinos se unieran a ellos para la defensa.

Pedro Contreras, que desde las naves oyó los repiques, pensó que el bronce cantaba los triunfos de su hermano y mandó gente a tierra para recabar noticias. Bien contrarias fueron estas a sus deseos. Pronto supo que Bermejo, noticioso de lo que pasaba en la ciudad, había vuelto grupos para venir a imponerse, pero tras recios combates, en que probó un vez más el acerado temple de su espíritu, cayó muerto en medio de los suyos, y suerte igual corrió otro caudillo valiente que lo acompañaba, Juan Salguero. Del resto de los amotinados la gran mayoría cayó prisionera y unos pocos llegaron a las embarcaciones. Los que no pudieron escapar padecieron horripilante muerte. El Alguacil mayor Alonso de Villalba los hizo atar a unos postes frente a la casa del gobernador, y mientras esta autoridad, acompañada de los vencedores celebraba la victoria, ordenó que una cuadrilla de negros los acribillaran a puñaladas. A los brindis de sobremesa, se unían los gritos de estos desgraciados, a quienes sus verdugos, obedeciendo órdenes expresas, no daban muerte inmediata, sino que prolongaban su martirio, solazándose en su penar.

Pedro Contreras comprendiendo que estaba perdido, no sólo por la poca gente con que contaba, sino también porque los de la ciudad habían logrado alistar cuatro embarcaciones para atacarlo, se aprestó a la huída. Arboló velas, y, aprovechando viento propio, seguido de sus perseguidores que los encabezaba Nicolás Zamora, buen marino y aguerrido soldado, se dirigió a la Punta de las Higueras, para internarse en el territorio y ver si podía salvar la vida. Sus gentes lo abandonaron, pasándose a las fuerzas reales y él —tal la única versión que se conoce— murió a manos de los indios, que en aquellas regiones eran feroces y estaban muy enconados con los hombres blancos.

Hernando, el rey sin corona, tan criminal y cobarde como su hermano, al saber el fin trágico de su brazo fuerte, el capitán Bermejo, buscó también refugio en los bosques, donde pereció ahogado en una ciénaga. Su cadáver, sin ningún documento que lo identificara, fué reconocido gracias a un "Agnus Dei" de oro, prenda que los soldados de su hermano, que se entregaron, reconocieron como suya. Su cabeza, al igual que la de Balboa en Acla, estuvo expuesta en Panamá, en lo alto de una pica, por el término de tres días.

Y así concluyó la tentativa, que tantas probabilidades tuvo de éxito, de establecer una monarquía independiente en América, más grande que el extinguido imperio de los Incas. Así se hundieron, anegados en sangre, los ambiciosos ensueños de la hija de Pedrarias Dávila.





EL CONVENTO  
DE LOS AGUSTINOS RECOLETOS

Por el Rvdo. Padre Fr.

MARCELINO GANUZA

(Agustino Recoleta)



## RESPUESTA FINAL

Una vez que contesté a la interesante réplica de mi estimado amigo, don Samuel Lewis, que impugnaba mi opinión publicada en el Boletín de la Academia de Historia panameña, sobre la ubicación del convento de San José de Agustinos Recoletos en Panamá la Vieja; hice la firme resolución de guardar riguroso silencio y de no decir una palabra más sobre tema tan oscuro y arduo como ese, y que pasará largo tiempo sin que pueda aclararse ni resolverse.

Porque, al hacerlo, estimé cumplir con un deber de cortesía simplemente y por tratarse de una persona tan distinguida y calificada como es el ilustre académico de la Academia de la Lengua y de la de la Historia panameña, mi amigo don Samuel, aun cuando en su gran modestia no lo crea y le mortifique haya quien se lo diga y reconozca sinceramente. También, a qué ocultarlo? porque mi silencio no se interpretara por desaire y desatención o cobardía, y por reafirmarme en mi leal sentir y apreciación franca y resuelta, pronto a defenderla: que al buen pagador no le duelen prendas, mucho más estando de por medio lo que más estimo y toca directamente a nuestra Orden.

Empero, llenado ese deber y satisfechas esas razones, creía yo que era suficiente, que no había motivo para insistir después de haber manifestado en "Mis puntos de vista" con tanta claridad y llaneza los fundamentos en que me apoyaba para sostener mi opinión contraria a la de mi caro contricante; y porque estaba firmemente persuadido

de que, dada la carencia de datos necesarios que pudieran dirimir satisfactoriamente la cuestión, cuanto se adelantase y añadiera no sería más que golpear en peña viva y machacar en hierro frío.

Sin embargo, mi amable contendor no ha opinado así, sino que enamorado de la historia panameña y convencido como se halla de la verdad y certeza de su tesis, no se ha dado a partido, antes vuelve a la carga con nuevos bríos y lanza en ristre, si bien manejada con mano enguantada de seda y a fuer de noble caballero, conforme es siempre y en todo su peculiar estilo y costumbre.

Al saber yo esto y enterarme de su "Mi último capítulo" donde se lee entre líneas lo muy complacido que se muestra en esa contraréplica, pareciéndole hallar hasta en los argumentos míos la confirmación de lo que viene sosteniendo; y que solamente le ha faltado repetir aquello de "*Conclusum est contra maniqueos*" de las escuelas, y cerrar ese capítulo con el "*causa finita est*" de mi G. P. San Agustín; no pude menos de llevarme las manos a la cabeza y resignarme a la derrota. Porque efectivamente, suponía yo con razón que su complacencia y satisfacción se debería a que, sin duda, había encontrado un nuevo filón histórico, tales y tan luminosos comprobantes en pro de su opinión, que mi vencimiento era seguro.

Pero, grande fue mi sorpresa cuando, analizando mejor y con mayor atención "Mi último capítulo", vi que no hay tal, sino, al contrario la misma matraca, las mismas vueltas al rededor de la noria o del mayal: repetición y machaqueo de lo que ha dicho en todos tonos y formas; sobre mi adhesión a la hipótesis del señor Sosa, sobre las ermitas de Panamá la Vieja, etc., etc., nada de reforzar su tesis con nuevas e irrefutables pruebas. En suma: me he convencido de que no se quiere fijar la atención en el fondo de la cuestión, o de que no he sido aún comprendido, a pesar de intentarlo varias veces sin resultado positivo.

Esto me obliga, en consecuencia, a plantear nuevamente la cuestión en su verdadero terreno, en sus propios términos, aun a riesgo de *machacar*: en hierro frío? sea! pues lo estimo necesario y para poner fin a ella.

---

*El convento de San José de los Agustinos recoletos en Panamá le Vieja, estuvo situado dentro del radio, perímetro o área de la ciudad, o fuera, separado y distante de ella? Si lo primero o lo segundo: en qué sitio preciso y determinado?*

## I

### *Dentro o fuera de la ciudad*

Mi amable contendor y estimado amigo, don Samuel Lewis, viene sosteniendo *pro aris et focis*, a capa y espada, desde tiempo atrás, lo primero, es decir, que el referido convento estuvo emplazado dentro de la ciudad, en el lugar precisamente donde se yerguen aún las ruinas de un antiguo convento, que la conseja popular, en opinión de dicho amigo, atribuye erróneamente al de las monjas de la Concepción.

Además, está tan persuadido y convencido de esto, apoyado en su vasta erudición histórica, y muestra documentos y pruebas tantas y tales, que, a su juicio, son incontrovertibles, concluyentes.

Sin embargo, forzoso es decir que yo no las tengo por tan sólidas ni verdaderas que no den lugar a duda, y duda muy fundada. En efecto, respeto su opinión, y aun quisiera que fuese cierta e irrefutable. Pero, por desgracia o por fortuna, no lo es. Porque, la historia de nuestra Orden demuestra todo lo contrario, esto es, que no estuvo den-

tro de la ciudad sino fuera, separado de ella, y en términos tan claros y precisos, que es una temeridad e inconsecuencia afirmar que estuvo dentro.

Todos nuestros cronistas e historiadores aseguran unánimes y sin discrepancia ninguna que nuestro convento de San José en Panamá la Vieja fue fundado primeramente en la huerta del capitán Lorenzo de Roa, lugar solitario, despoblado y distante de la ciudad como un cuarto de legua. Que más tarde, estando construyéndolo, se cayó la capilla mayor, y tuvieron nuestros religiosos que alquilar cerca de la ciudad una casa donde habitaran mientras "lo caído se reparaba" y pudieran tornar a él. Que además vivieron en ella algunos años con gran contento y edificación de los vecinos; pero que un Decreto de uno de los Ministros de la Real Audiencia los obligó a dejarla y volverse al primitivo, a la huerta referida. Y, finalmente, que calmada la tormenta o contradicción y calmados los ánimos de sus contradictores, a solicitud y empeños hechos por los más adictos y devotos, se trasladaron de nuevo a dicha casa, cercana a la ciudad, en la cual, trasformada en convento, moraron en adelante hasta la toma y saqueo de Morgan.

Así lo refieren todos ellos, cuyos testimonios y pruebas he insertado literalmente en mis anteriores escritos, y excuso, por tanto, repetirlos aquí.

Mas, mi distinguido amigo y contendor se resiste a aceptarlos lisa y llanamente, y echando el resto de su vasta erudición y conocimiento de la historia panameña, ha desplegado todo su arte y habilidad en impugnarlos con toda tenacidad y constancia, en vez de darse a partido y reconocer su gran autoridad y fuerza en punto a dicha fundación. Ciertamente que, por fin, termina por aceptar, aunque a regañadientes y forzado por la evidencia, lo concerniente a la fundación en el sitio primitivo y distante de la ciudad. Pero nada más, sino que respecto del cambio y traslado a

otro más cercano a la ciudad, en la casa alquilada obligados a dejarla y tornando más tarde a ella, este hecho continúa impugnándolo con mayor energía y tesón. Su argumentación consiste en lo siguiente.

“Lejos, muy lejos de mí, dice, dudar de la aseveración del cronista invocado, de que “cesó la calamidad, creciendo la estimación de los nuevos vecinos (moradores). Supieron (los descalzos) grangearse la voluntad de todos con el austero ejemplar modo de vida, no obstante el mal temperamento del país. “Pero se necesita además constancia de que la Real Audiencia de Panamá revocó el consabido Decreto contra la Comunidad obligándolo a salir de la casa alquilada y tornarse a su convento primitivo en la referida huerta; pues sin esa revocatoria no podían hacerlo. “Su revocatoria, la del (Decreto del Ministro) debió proceder del mismo tribunal, (la Real Audiencia,) revestida de solemnidades iguales a las que exhibieron al notificarla en 1620, “son sus palabras”. “Las gestiones, agrega, las diligencias y los empeños desplegados por los vecinos, que “no cesaron hasta lograr tan anhelado y precioso fruto,” necesariamente constataron en actuación escrita. Documentación tan valiosa, reivindicatoria del buen nombre de la Descalcez, en mala hora tiznada por el empecimiento, si se quiere, de un Ministro, no había de faltar, dada su inmensa trascendencia, en los copiosos archivos de la Orden Agustiniana. Sin embargo, concluye, tan esenciales documentos no se mencionan, ni en las crónicas religiosas, ni en las relaciones oficiales que tratan sobre la materia.”

Perfectamente; en buena y recta jurisprudencia, menester es presumir que fue observado tal proceder y se cumplió con esos trámites legales. Pero, en primer lugar, mi ilustre contendier se olvida cuando esto escribe, que nos hallamos caminando por una senda oscurecida por negras sombras y por una vereda llena de invadeables lagunas;



que a no ser así, y si por el contrario estuviera pleno de claridad y sin ningún tropiezo ni obstáculos, no habría ciertamente cuestión, ya estaría ha tiempo resuelta.

Además, quién le ha dicho que no existen tan preciosos documentos en parte alguna? Una cosa es que no los conozcamos y otra muy distinta que no existan en alguna parte, o que los hubo y se han perdido por descuido o por otras causas a lo largo de los tiempos idos entre las guerras y varias vicisitudes que todo lo destruyen y devoran. Y en tal caso, qué se debe hacer? que enseña la lógica? qué prescribe la razón y el buen sentido? atenernos a los pocos datos y testimonios que poseemos; guiarnos por lo que nos consta y sabemos con certeza.

Pues bien; si no dudamos de la aseveración de nuestros cronistas, ni de los historiadores de la Orden Agustiniiana, que nos refieren dicho retorno a la casa que antes alquilaron y de la que se les obligó a salir, a esto nos debemos atener mientras no conste lo contrario. Tanto más cuanto sabemos que el historiador don Juan B. Sosa da por hecho en su "Panamá la Vieja" ese arreglo, y que eso mismo se desprende de lo que dicen nuestros cronistas: porque, si cesó la calamidad y los ánimos fueron apaciguados, tal cosa no pudo acaecer sin que antes fuera revocada la sentencia del tribunal que los condenó a salir de la casa alquilada, y poder volver de nuevo a ella. Por manera que si no nos muestran la revocatoria, nos dan noticia de lo que siguió a ella como consecuencia y fruto natural: su retorno y los bienes y ventajas que tanto la comunidad como los vecinos consiguieron y derivaron.

### *Refuerza el argumento*

Pero, hay más añade aún; no sólo no se nos muestran los susodichos documentos de la revocación del Decreto condenatorio, sino que también lo contradicen los sucesos de ese tiempo. Y en apoyo de esto, inserta íntegra una cita

del señor Juan B. Sosa donde refiere la tirantez que había entre los gobiernos eclesiásticos y civil y la comunidad del convento de San José, amén de las disposiciones draconianas que el Gobernador Enrique Henríquez de Sotomayor dió contra los Agustinos hasta el punto de arrestarlos y expulsarlos a España.

Ciertamente la cita es auténtica, pero que adolece de más inexactitudes que letras tiene, y acusa además la ignorancia supina del autor en la historia de nuestra agustiniana Descalcez, como se comprueba por el siguiente análisis.

El texto literal dice así: "Sujetos los frailes de San José a la primacía de la Orden en Santa Fe, la distancia y la escasez de medios de comunicación con la casa matriz, les permitió cierta independencia en sus procedimientos, que temprano les llevó a dificultades con el gobierno eclesiástico y civil de la colonia."

Esto es inexacto y erróneo completamente. Porque no fue la distancia y la escasez de medios de comunicación con la casa matriz en Santafé de Bogotá lo que les permitió cierta independencia en sus procedimientos, sino otra cosa muy distinta, entendiendo por "esa cierta independencia" la sustracción o exención de aquella jurisdicción; pero en manera alguna ha de entenderse espíritu de libertad y de relajación en la disciplina regular, pues esto sería grave calumnia y falso de toda falsedad. Y la causa que determinó esa exención, no fue el deseo de vivir con más anchura, aprovechándose de la distancia y falta de comunicación con Bogotá, sino el de librarse de los disturbios e inquietudes originados por la disensión y división que surgió entre calzados y descalzos, reformados y no reformados. La prueba está en que lo hicieron con todas las de la ley y observados los trámites canónicos de entonces, y en que además se agregaron a la Provincia de Quito primeramente y luego a la del Perú, juzgando gozar de paz y tranquilidad con esta disposición o unión.

Por consiguiente, probada la falsedad de la premisa, o aserción; tiene que ser falsa también la que de ella se desprende, esto es, lo de "Que temprano los llevó a dificultades con el gobierno eclesiástico y civil de la colonia."

Nó, no se ha de atribuir a eso, a la distancia, ni a la independencia o exención obtenida legalmente, el origen de esas dificultades que en realidad sucedieron; ni a los pobres descalzos de San José, sino a dicha división y contradicción de los enemigos de la Descalcez, verdaderos causantes de ellas, y no siendo los descalzos sino víctimas de esa emulación y disensión.

Si el señor Sosa estuviera al tanto de esta enojosa historia, seguros estamos de que se hubiera expresado de modo muy distinto y no calumniando, sino favoreciendo, ajustándose a la verdad y a la justicia, a los atormentados religiosos de San José.

En su comprobación me basta citar el autorizado testimonio del Padre Pedro Fabo en su Historia de la Candelaria, tomo 1, pág. 107.

"La resonancia, escribe, de los sucesos que acabamos de narrar (los relativos a dicha disensión), fue más alarmadora de lo justo; así tanto, que el convento de San José de Panamá creyó que se zanjaban los óbices, afiliándose a otra Provincia, y en este sentido todos los conventuales de consuno escribieron al Reverendísimo Padre General, manifestándole la inquietud en que vivían y los temores de que se prolongase el disturbio no poco tiempo; por la cual súplica, el prelado general dió licencia a la comunidad para formar parte de la Provincia de Quito. Esta disgregación se verificó el año de 1617.

"Cuando estos religiosos vieron la Descalcez en calma, volvieron a pertenecer a ella (la de Colombia,) y aseguramos que en el tiempo que estuvieron agregados a la otra Provincia, no mitigaron el rigor de vida, ni en el vestua-

rio, ni en los ayunos, ni en el retiro y consagración a los ejercicios de piedad; y luego cuando el incendio de la discordia volvió a vomitar furiosas llamaradas, volvieron a unirse con la Provincia del Perú,” sin mengua ninguna de la observancia, antes con mayor estrechez y florecimiento de ella y con gran edificación de los panameños, añadido yo, según reza el elocuente y respetuoso Memorial que elevaron a S. M. el rey de España varios vecinos devotos agradecidos por haber ordenado esa unión, y participándole los muchos e importantes bienes que de ella se habían derivado en favor de la comunidad religiosa y de la ciudad de Panamá.

*Agrega a continuación la cita:*

“Ya los hemos visto enredados en un pleito con el clero secular, sostenido por el Fiscal de la Audiencia, don Pedro de la Cueva, relativo al solar sobre el cual intentaron levantar el convento contra la voluntad de su fundador y sin licencia de S. M. y del Ordinario.”

Es otro de los cargos que el citado historiador hace a la comunidad de San José, mas debiendo advertir que lo hace desprender como consecuencia y efecto de “la cierta independencia” en sus procedimientos”, lo cual ya se ha visto que es inexacto y del todo erróneo.

Empero, qué tiene de particular ni de reproable que, habiéndoseles caído la capilla mayor y estando apenas incipiente la fábrica del convento en el sitio de la fundación primitiva, alquilen una casa junto a la ciudad, “mientras se reparaba lo caído”, y la habiten transitoriamente, acondicionándola a su modo de vida religiosa? Ah! pues que esto les ocasionó un pleito ruidoso con el clero secular, y teniendo que intervenir nada menos que el Fiscal de la Audiencia, y fallado en contra de la comunidad, se vieron

forzados a desocuparla en virtud de un Decreto de uno de sus Ministros reales y tornarse a su habitación primera con mengua y gran deshonor de su hábito.

Deshonor y mengua de la comunidad por tener que desocupar la casa alquilada para restaurar la fábrica derruida? deshonor y mengua, por ser condenados por la autoridad a tornarse a vivir en su sitio primitivo, entre las ruinas de lo caído y con todas las incomodidades consiguientes? El reato, si lo hubo, debe caer en la injusticia e inhumanidad de sus émulos y malquerientes que promovieron el pleito y, valiéndose de todos los medios y ascendiente de que disponían, no pararon hasta conseguir el Decreto de expulsión y desahucio de la casa, no en los perseguidos religiosos, que no hicieron sino usar primeramente de su derecho, y después obedecer sumisa y respetuosamente la orden que a ello les obligaba.

En todo caso es de advertir que no se trataba de violación o usurpación de propiedad, conforme da a entender el señor Sosa, sino de cuestión muy diferente, como lo explica a continuación el Padre Pedro Fabo en la Historia ya citada. “En estos acontecimientos de Panamá, dice, no dudamos estuviese la mano de Dios con providencial fin. Pero el diablo también la metió, valiéndose de ciertos individuos viciosos para quienes la presencia del religioso es severa reprensión. Fue el caso que los religiosos, con permiso y consejo del Ilmo. Sr. Obispo y de la autoridad civil, (nótese bien), alquilaron una casa en la ciudad (junto a la ciudad), y empezaron a habitar en ella como en un convento, teniendo en oratorio improvisado el Santísimo Sacramento, mientras se reparaba la quiebra del templo derruido. Y aquí de lucifer. Algunos ministros de la corona real sintieron displicencia por la mudanza, y con especiosos escrúpulos sobre la colocación del Santísimo en casa privada, dieron formidable batería a los religiosos, a quienes apoyaba el clero y el pueblo. De soli-

citudes, réplicas y contraréplicas armó Satanás recio tinglyado, desde el cual azuzó las pasiones y sembró a dos manos la semilla de la discordia; de modo que los opositonistas formaron círculo y arrastraron a su bando a los malos cristianos, con lo cual tenían la fuerza del mando y la fuerza del descaro.

“Viendo que la situación empeoraba y que el infierno recogía la ganancia, los recoletos cedieron el campo a la injusticia y obedecieron una orden de la autoridad civil que les mandaba desocupar la referida casa, y habitaron como mejor pudieron cerca de la iglesia caída, en cuya reparación seguían trabajando ahincadamente. El desconuelo de las gentes tocó a su colmo; sus ilusiones estaban perdidas; el alejamiento de los religiosos, de aquellos religiosos tan activos, tan asiduos al confesonario y al púlpito, les privaba de goces incalculables. “Historia de la Candelaria”, t. 1. p. 55.

Sube de punto la inexactitud y alcanza proporciones incalculables lo que añade a continuación: “En 1636 habían llegado a tal extremo las disputas que los religiosos, excitados por su principal, Fray Francisco de la Resurrección, mantenían con el Obispo Fray Cristóbal Martínez de Salas, que el Gobernador, Enrique Henríquez de Sotomayor, intervino en el asunto, arrestó a los frailes y los envió a España, procedimiento que mereció la aprobación real.”

En efecto no es posible escribir tales despropósitos sino es ignorando completamente la historia de la Descalcez agustiniana, o cegado por la pasión y sectarismo. Porque, la verdad, la genuina historia de esos sucesos demuestra evidentemente que los descalzos de San José en Panamá la Vieja, jamás disputaron ni altercaron con los señores Obispos ni tampoco con los Gobernadores y autoridades civiles. Al contrario, que en todo tiempo se distinguieron, a fuer de religiosos reformados, por su respeto, sumisión y obediencia incondicionales a sus prelados y su-

periores eclesiásticos y civiles. De manera que presentarlos como insubordinados, rebeldes, amigos de pleitos y conflictos con las autoridades legítimas eclesiásticas y civil, no solamente es inexacto y erróneo, sino que constituye también la más grave de las injurias y aun calumnias contra los religiosos, pero principalmente incluyendo al ejemplarísimo Padre Francisco de la Resurrección, portaestandarte de la Descalcez agustiniana en América y digno de los mayores elogios por su conducta religiosa intachable.

Si esto es así, se replicará quizás; qué misterio, qué embrollo se oculta aquí que no supo descubrir ni desenredar tan autorizado historiador como el señor Sosa, cuando se expresa de esa manera? Misterio? embrollo? el que se forma casi siempre al abrigo de la ignorancia o a través del prisma velado por la pasión. Y, sin embargo, la explicación es enteramente clara y sencilla. Los desafectos y enemigos acérrimos de la reforma agustiniana en su empeño injustificable de ahogarla en su cuna, a pesar de haber sido establecida con el beneplácito y aprobación de los prelados de la Orden y guardadas las formalidades canónicas, y disgustados por su creciente desarrollo, apelaron a todos los medios, señaladamente al de malquistarlos e indisponerlos con las autoridades, alegando razones especiosas y derechos inadmisibles contra los recoletos.

Ahora bien, al verse éstos despojados violentamente de sus conventos, turbados y atropellados por aquellos en su modo de vivir reformado, qué otro camino les quedaba sino el de acudir también ante los tribunales en demanda de auxilio y protección? Puede darse derecho más sagrado y legítimo que el de la defensa contra el injusto agresor? Hasta del mansísimo San Francisco de Sales se cuenta que dijo: "Cordero soy, pero no para dejarme desollar." Pues esto hacían ni más ni menos nuestros recoletos ante el peligro de ser extinguidos por sus émulos: alegar y presentar los títulos legítimos que les conferían

facultad para habitar en sus conventos y hacer en ellos vida reformada, ante quienes debían oírles y ampararles en sus justas reclamaciones y demandas. Es esto pleitear y molestar sin razón ni motivo, según da a entender el señor Sosa, a las autoridades? Ciertamente, pero en todo caso culpe-se a sus promovedores, no a las víctimas vejadas y atropelladas, pues eso sería el escarnio más grande.

Respecto del ínclito Padre Francisco de la Resurrección es preciso agregar que, constituido por la obediencia en procurador general de la Descalcez agustiniana en América, su deber, que cumplió sabia y heroicamente, era no sólo presentarse ante las cortes de Roma y Madrid, como lo hizo varias ocasiones, y recabar de ellas protección y auxilio contra los enemigos gratuitos de ella, sino visitar los conventos recoletos e instruir a los religiosos en sus derechos y prepararlos para hacerlos valer y conservarse en su vida reformada. Pues bien, esto y no otra cosa practicó en el de Panamá y con sus religiosos privados de su convento, papel muy diferente del que le atribuye dicho historiador con tanta falta de justicia como de reflexión.

Respecto del arresto de los religiosos y de su envío a España, por el Gobernador Henríquez de Sotomayor, como se dice en la cita trascrita, lo rechazo de plano; porque lo que gratuitamente se afirma, de igual modo se niega, y un hecho de esta índole, una disposición tan draconiana y radical como esta, debería ser apoyada con su prueba correspondiente, y no lo está. Lo cierto es que ninguno de nuestros cronistas e historiadores lo consigna, los cuales es de presumir que lo hubieran hecho, si se hubiere verificado, dada su trascendental importancia. Por el contrario, de sus escritos y narraciones dedúcese que no acaeció semejante y ruidoso suceso. Así refieren que en el año de 1630 el P. Fr. Francisco de la Resurrección hizo devolver el convento de Panamá a los recoletos, del que habían sido despojados, sin más que presentar ante las autoridades



respectivas los documentos y Breves pontificios juntamente con las órdenes terminantes de los superiores generales que lo mandaban, tornando a vivir en él en adelante con paz y sosiego. En el de 1633 que se hallan edificando, y mejorándolo tranquilamente, si bien muy despacio por falta de recursos. Y, finalmente, si en el de 1635, se reavivó y encendió de nuevo la hoguera de la discordia y se los echó de su convento por los desafectos a la Descalcez, pudieron librarse de tales atropellos y molestias, refugiándose primeramente en una quinta o casa de campo que generosamente puso a su disposición don Antonio de Heredia, y después uniéndose a la Provincia del Perú, la cual no sólo les sirvió de escudo protector, sino que también la comunidad derivó de tan acertada medida grandes bienes y ventajas, según lo hacen notar destacados panameños en el Memorial elevado y dirigido al rey de España con ese motivo.

Y, finalmente, está muy equivocado cuando pretende explicar por lo anterior el mal éxito de las fundaciones en Portobelo y en la Villa de Los Santos. La verdadera explicación de eso la tenemos en lo que va a continuación: “El Padre Fabo, después de referir lo concerniente a la fundación de conventos en Portobelo y la Villa de Los Santos, las gestiones y diligencias practicadas, etc., termina diciendo: “Para todas estas fundaciones se solicitó permiso y Cédula real que las autorizase, además de la licencia de la Audiencia real y del señor Obispo, que estaban de su lado y entrambos la dieron con agrado, viendo con buenos ojos todo lo que tendía al progreso social y religioso; pero añade a continuación, “si bien no se alcanzaron a realizar por esos días, porque no había dinero ni un Padre desembarazado que pudiera consagrarse a la consecución de estas gracias en la Corte de Madrid, dadas las circunstancias turbulentas por las que atravesaban los conventos americanos.” Hist. cit. p. 300.

Y en verdad, para pensar en nuevos conventos estaban los pobres recoletos en días de tanta aflicción, en que se les arrojaba hasta de los que poseían, y cuando apenas contaban con lo necesario para vivir!

Véase, pues, ahora la autoridad y fuerza que dará a la argumentación y prueba de mi distinguido contendor, un testimonio o relato de hechos tan inexactos y faltos de fundamento, como el que he analizado y explicado.

Empero, *transeat*, diremos de barato, aunque no admitido, que la susodicha revocatoria del Ministro real no se hubiera efectuado, ni que la comunidad agustina recoleta de San José hubiera podido volver a la casa alquilada, cesada la tormenta y con universal aplauso y alegría de los panameños que mucho la estimaban, ni, por fin, que la trasformaran en convento.

Porque, para probar mi opinión de que no estuvo situado *dentro* sino *fuera*, separado de la ciudad, me basta y sobra con el documento auténtico y que reposa en el archivo general de nuestra Orden donde se atestigua taxativamente que en 1633 los religiosos recoletos de San José en Panamá la Vieja, están construyendo su convento, aunque paulatinamente por su gran pobreza y carestía, en sitio más cómodo y saludable y *cercano a la ciudad*.

Testimonio que es corroborado con este otro no menos autorizado de nuestra historia, relativo al convento de Panamá la Vieja también en que con fecha de 1655 a 1660, refiérese que el P. Fr. Alonso de la Magdalena trabajó mucho en mejorar el sitio de este convento, apartándole de la vecindad de las aguas, que le hacían enfermizo y peligroso, *por la inundación del río que junto a él pasa,* "siendo indiscutible que el río al cual alude, no es otro que el que surcaba por cerca de la ciudad y no por el interior de ella.

Luego es evidente por todo lo que antecede que el convento de San José de Agustinos Recoletos en Panamá la

Vieja no estuvo situado dentro del radio de la ciudad, sino separado, aunque junto y cercano a ella. *Quod erat demonstrandum.*

## II

*Pero, si no estaba situado dentro sino fuéramos, separado, de la ciudad: en qué punto preciso y determinado respecto de ella, se hallaba?*

Este es otro cantar más arduo y difícil de aprenderlo; cuestión más pericuda e intrincada de resolverla. En efecto; nuestros cronistas e historiadores se contentan con decirnos que primeramente estuvo distante de la ciudad como un cuarto de legua, y más tarde que se trasladaron y lo fundaron más cercano a ella, en lugar más cómodo y saludable que el primero, y, finalmente, que en 1655 a 1660 lo perfeccionaron notablemente, “apartándole de la vecindad de las aguas, que lo hacían enfermizo y peligroso, por el río que junto a él pasa.” Nada más; no precisan el sitio con respecto a la ciudad, si de este lado, o del otro, ni qué parte de ella era a la cual estaba cercano y próximo. Nos dejan, por consiguiente, en la imposibilidad de saberlo con solos esos datos imprecisos e indeterminados, y mientras no se posean otros que nos den más luz, mayor claridad en el asunto, nos vemos obligados a caminar en su investigación por entre la oscuridad y a tientas y con peligro de extraviarnos y caer en engaño, creyendo haberlo encontrado a nuestro juicio, alucinados por el demasiado apego a nuestra propia opinión, y sin la suficiente reflexión de que podemos estar en error.

Bien conocida es la opinión de don Juan B. Sosa en su “Panamá la Vieja” sobre este punto: no acepta la de mi estimado amigo y contendor, porque, “toda la galana erudición exhibida en demostrarlo, no ha bastado para destruir la *conseja popular*, y así es difícil todavía aceptar

las premisas que asienta, si no llegan a colocarse sobre bases más sólidas de comprobantes fehacientes;" y porque además las ruinas que la "conseja popular" atribuye al convento de Monjas, corresponden sin género de duda a un edificio de mampostería, de cal y canto, según lo demuestra lo que aún subsiste en pie desafiando los siglos. Pero el convento de los Agustinos de San José era de estructura más pobre y modesta. "Muchos años después de su fundación por el Padre Mayol no existía en Panamá el convento de los Agustinos, y lo corrobora el hecho de que no se le menciona entre los edificios de la ciudad, que siendo de piedra, sufrieron las consecuencias mayores del temblor del 2 de mayo de 1621. Nueve años después, en 1640, se habla en la Relación de Juan Requexo Salcedo de la existencia en Panamá del convento de Agustinos. Su construcción debió ser, empero, muy modesta y posiblemente todavía no se habían empleado en ella materiales de piedra. Por esa época, según el citado informante, los vecinos de Panamá sustentaban con sus limosnas "seis conventos, de Santo Domingo, San Francisco, Nuestra Señora de las Mercedes, la Compañía de Jesús, San Joseph, de frailes agustinos descalzos y un hospital de San Sebastián que lo administraban los hermanos de San Juan de Dios; dos ermitas, una de Santa Ana y otra de San Cristóbal; y "hoy todos están acabados, *la mayor parte de mampostería y cantería*, cubiertos con las maderas sobredichas. . . . y un convento de Monjas de la Concepción con cincuenta religiosas y unas cien sirvientas. "Donde se observa que no todos los conventos eran de piedra en 1640; y como se tiene relación de que estaban fabricados de ese material los de San Francisco, Santo Domingo, la Merced, la Compañía de Jesús y las Monjas, hay que convenir en que si alguno había de madera tenía que ser el de los Agustinos".

Y puesto a opinar él también en la tan debatida cuestión sobre la ubicación del convento de los Agustinos en Pa-

namá la Vieja, previas las investigaciones y estudios hechos con toda madurez y reflexión sobre ese punto, determinase a sentar su opinión y a sustentarla con toda decisión, diciendo: “El convento de San José, fue con el de la Merced, los únicos edificios religiosos que escaparon de las llamas en la gran conflagración del 28 de Enero de 1617, razón para suponer que su emplazamiento no fuera al igual de los conventos de la Compañía de Jesús, las Monjas, San Francisco y el del Hospital, frente o espaldas de la calle de la empedrada: edificios todos de cal y canto y ladrillo que, no embargante, consumió aquel incendio, juntamente con las casas de la ciudad. Su localización no había sido posible fijarla, sin embargo, entre las ruinas de la vieja Panamá”. Descarta, por consiguiente, con esto la opinión de don Samuel Lewis, y se coloca justamente del lado de los datos que aportan nuestros historiadores, al situarlo fuera de la ciudad.

Pero aquí sáele al paso la dificultad de señalar el sitio preciso y determinado que ocupó alejado de la ciudad. De qué manera la resuelve? Fijándose en un edificio “de todo punto hermoso, en comparación, de regulares proporciones y apreciable arquitectura, de tres naves, con capillas colaterales rematadas por un artístico techo abovedado, sacristías, arco toral, elegantes puertas que abrían sobre los patios interiores y problemamente adornada por una torre esbelta y una hermosa fachada, desaparecidos hoy, es la ermita de Santa Ana; o si el edificio así descrito no será con mejor fundamento la iglesia del convento de los Agustinos descalzos, salvado de la ola ignea, como se salvó el arrabal de Malambo, en cuya área está localizada la ruina”. Prosigue la investigación, estudia detenidamente con mayor empeño aún dichas ruinas, llama en su ayuda a algunos de sus amigos entendidos y competentes en la materia, y después de conferenciar largamente y compulsar datos y pruebas, se pronuncia en favor del convento,

y declara resueltamente su hipótesis diciendo: las ruinas que se encuentran a unas varas distantes de la que fue ermita de Santa Ana, sita a la entrada actual a la vieja Panamá, corresponden indudablemente al convento de San José de Agustinos Descalzos o Recoletos.

Aquí ahora de la crítica, que no se paga de lirismos ni de teorías que no se fundamenten en argumentos bien sólidos e incontrovertibles. Cuenta con ellos esa opinión? A juicio de mi querido amigo, don Samuel Lewis, bien notorio es que no, y en contra de ella opone tantas pruebas que precisa tener muy en cuenta antes de seguirla con peligro de equivocarse.

Mi leal saber y entender sobre esto es, según lo he manifestado en repetidas ocasiones, que los argumentos en que la apoya el señor Sosa, aparte de su autoridad histórica, no son para despreciarlos, y que si no son tales como se requiere para dirimir la cuestión, las nuevas pesquisas que se practiquen en su busca y resolución, deben tomar nota y orientarse por la luz que arroja, si no se quiere errar en el camino. Sin embargo, por mi parte suspendo el juicio por ahora en espera de que sea confirmada o desechada con los nuevos datos que el correr del tiempo descubre.

### *Remate*

Ahora en contestación al “Remate” de su “Mi último capítulo”, siento mucho no estar de acuerdo con lo que contienen estas sus textuales palabras que transcribo: “Aun cuando para ciertos criterios, respetables, carezco de los altos quilates del “caballero que hace profesión de hidalguía y generosidad”, acopio los escasos remanentes que he logrado salvar de tan doloroso naufragio, con el fin de repudiar el cargo de haber provocado esta polémica”.

“Jamás cometí la imprudencia de sacar de su austera reclusión, para imponerle “esfuerzo de abnegación y sacrificio”, a quien la avanzada edad . . . etc. . . .”

No, mi caro y distinguido amigo, de su caballerosidad e hidalguía he tenido y conservado siempre la más alta idea y estimación. Y aquí lo del dicho de una anciana que, según Luciano Pulgar en sus sueños, repetía muchas veces: “No hay palabra mal dada, sino mal entendida” y que Luciano explica así: “No hay palabra mal dada, si no fuera mal entendida”; ni al estampar esas palabras, ni antes ni después ni nunca, cambié de opinión a ese respecto; no fue ese el sentido de ellas, sino la extrañeza que experimenté al leer su impugnación donde eché de menos esa caballerosidad e hidalguía que en todo lo distingue; mas en manera alguna dudé por eso de ellas. De hombres es el errar, pero se debe juzgarle no por un caso particular, sino por su proceder constante y habitual. En todo caso las retiro de muy buen grado, a fuer de cristiano y amigo, y puede estar seguro que no he cambiado sino que conservo el mismo altísimo concepto de mi contendor a quien tengo por muy caballero y muy hidalgo entre los caballeros e hidalgos.

Cuanto al cargo que repudia de haber provocado esta polémica, no sería mejor “no meneallo? yo únicamente diré que al emprender mi estudio sobre la fundación de nuestro convento en Panamá, ni después cuando vió la luz pública alguno de sus capítulos a solicitud y empeños que no pude rehusar sin descortesía, no tuve tal intención, y ya he contestado y explicado el por qué de mis respuestas a las réplicas de mi ilustrado impugnador y caro amigo.

“Puede mi ilustre contendor, Reverendo Padre Marcelino Ganuza, seguir machacando sin tregua y con brazo herculino, en el convencimiento de que mi voz no turbará el beatífico ambiente de su celda . . .” etc., añade resolución que aplaudo con ambas manos, no tanto por gozar de ese beatífico y puro gozo de la celda, sino porque estoy firmemente persuadido de que cuanto se podía dilucidar la cuestión

está dicho y no resta por agregar más, dados los pocos datos que se han podido salvar del naufragio. De ahí que no esté dispuesto a machacar en hierro frío, y porque, además, es menester dedicar el tiempo con preferencia a otros asuntos más altos y trascendentales que demandan suma atención, pues de ellos depende lo del más allá y que Nuestro Señor lo ha confiado a cada uno al ponerle en esta vida.

Empero aplaudo sobre todo al saber que el silencio voluntario que con resolución irrevocable se impone, no ha de atribuirse a mengua en su veneración por la Orden agustiniana recoleta, ni a desdén para con el suscrito. Lo agradezco con toda la gratitud y afecto sincero que se merece, y de mi parte le he de confesar ingenuamente que lejos de disminuir por estas réplicas y contraréplicas e impugnaciones o torneos y justas polémicas, al contrario, no sólo quedo tan amigo y estimador y admirador como antes, de nuestro viejo amigo y venerador de la comunidad desde “*ab inicio*” y a título de herencia, sino mucho más ahora que nunca, puede contar con que ha de procurar corresponderle con más veras, quien ha procurado hacerlo en la medida de lo posible desde que tuvo el alto honor de conocerle. Porque lo cortés no quita lo valiente, y ninguno que no estimara tanto a nuestra comunidad como mi querido amigo don Samuel, se habría dedicado con tanto interés y empeño al estudio y conocimiento de dichas ruinas, poniendo a contribución sus mayores energías y nobles entusiasmos.

Por esto sentiría mucho que por nuestra polémica se enfriaran sus meritorios trabajos y entusiasmos históricos, y me agradaría más verle continuarlos con igual y mayor empeño hasta poder coronarlos con el anhelado triunfo de ellos; ya que a mi no me sea posible hacer otra cosa que admirarle y aplaudirle, deseándole salud y buena suerte en sus búsquedas e investigaciones: “*Labor vincit omnia*”, el trabajo tesonero y perseverante supera todos los obstáculos y vence las mayores dificultades.





UN JURISTA PANAMEÑO EN EL  
SIGLO XVIII (1726)

Por

JUAN ANTONIO SUSTO

(Miembro correspondiente de la Academia de la Historia  
de Madrid y Secretario Perpetuo de la Academia Panameña  
de la Historia).



MANUEL JOSEPH DE AYALA  
(1726—1805)

El profesor argentino Ricardo Levene en su “Introducción a la Historia del Derecho Indiano”, dice de nuestro compatriota lo siguiente: “El Consejero Ayala resulta ser el más destacado jurista indiano de ésta época (siglo XVIII) no sólo por su paciente labor de revisión y ordenación de materiales sino por su obra preparatoria de una nueva recopilación de las leyes de Indias”.

\* \* \*

EL ABUELO. Don JUAN de AYALA fué un bizarro militar que sirvió al Rey de España tanto en la guerra como en la paz. Fué Alférez, luego Ayudante de Sargento Mayor, más tarde Capitán de Infantería y murió, al finalizar el siglo XVII, ejerciendo las funciones de Gobernador del Fuerte de San Cristóbal, extramuros de la ciudad de Badajoz. Del matrimonio con Doña María Álvarez, hija ésta de una muy ilustre familia ibérica, tuvo tres hijos nacidos en la blanca y patriarcal villa de Fuentemayor en la Provincia de Logroño, que fueron bautizados los nombres de THOMAS, JOSEPH y FRANCISCO.

\* \* \*

EL PADRE. Los tres hermanos AYALA ALVAREZ arribaron a las costas de la que fué Audiencia de Panamá, a principios del siglo XVIII. JOSEPH ejerció las funciones de Castellano del Castillo de Portobelo; FRANCISCO, desde el año de 1720 fué Capitán del se-

gundo Batallón de Infantería de la Plaza de Panamá y THOMAS ocupó con honorabilidad el delicado puesto de Tesorero Oficial Real de las Cajas de Panamá por espacio de 32 años consecutivos (1704 a 1736); por dos veces Alcalde Ordinario de la Ciudad de Panamá tocándole el reparar a su costa el Hospital de San Lázaro. Su admiración y fidelidad hacia la monarquía quedó probada, dando gran cantidad de dinero, para que en esta capital se hiciera, como al efecto se hizo, las fiestas con motivo de la Proclamación de Luis I, y cuando los ingleses tomaron los Castillos de Portobelo y Chagres concurrió con sus hijos y con sus esclavos y aportó gran cantidad en metálico para la defensa del Reino de Tierra Firme. En el año de 1736 entregó su alma al Creador.

\* \* \*

LA MADRE. En esta ciudad de Panamá nació doña Juana Medina Calderón. Hija legítima de Don Luis Medina Calderón, Caballero de la Orden de Santiago, Capitán del Presidio de Panamá y Comandante de la Provincia del Darién, lugar donde murió peleando con singular denuedo contra los indios rebeldes. El padre de Don Luis, don Rodrigo Calderón, sirvió durante 26 años los puestos de Alcalde Justicia Mayor, Capitán de Guerra y Administrador de las Reales Aduanas de San Francisco de Cruces y luego en la ciudad de Panamá, Contador de Resultas y Alguacil Mayor del Santo Oficio. Fué uno de los fundadores del Colegio de San Agustín y San Diego, de Panamá. Hermanos de doña Juana de Medina Calderón fueron don Juan Joseph, Proveedor y Pagador del Reino de Tierra Firme y Don Francisco, Oidor y Alcalde del Crimen de la Real Audiencia de Panamá y luego promovido a la Audiencia de Santa Fé con el mismo cargo.

\* \* \*

EL HIJO. Del legítimo matrimonio de Don Thomas de Ayala Alvarez y doña Juana de Medina Calderón, na-

cieron varios hijos, de los cuales solo interesa mencionar a FELIX JOSEPH, que se distinguió en la milicia, ANTONIO JOSEPH, Abogado de la Real Audiencia de Quito, nacido en 1724 y don MANUEL JOSEPH, nacido en el año de 1726.

Hasta los doce años de edad permaneció MANUEL JOSEPH de AYALA al lado de sus padres dedicado al aprendizaje de las primeras letras y de los elementos necesarios para poder cursar estudios primarios y secundarios a perfecta conciencia.

\* \* \*

SUS ESTUDIOS. En el año de 1738 entró como Colegial de número en el Colegio de San Agustín y San Diego de esta ciudad —que ayudó a fundar su bisabuelo don Rodrigo Calderón— habiendo justificado antes, como fue costumbre de la época, su limpia ascendencia. Allí estudió la Gramática y la Retórica, únicas asignaturas, y con enorme provecho, lo que le valió que el Rector le diera el nombramiento de Prefecto de sus condiscípulos y llegó a suplir muchas veces al Preceptor.

De este sitio pasó a estudiar Artes en el Colegio de San Ignacio de Loyola, de la Compañía de Jesús, en el cual, además de diferentes Sabatinas, tuvo dos Actos públicos de Filosofía, obteniendo el grado de Maestro, luego que en ese Colegio se fundó, gracias a su paisano el Obispo Francisco Javier de Luna y Victoria y Castro, la Universidad de San Javier, Universidad que tuvo corta vida pero que dió excelentes resultados. Allí se dedicó Manuel Joseph al estudio y práctica de la Jurisprudencia bajo la hábil dirección del Rector interino, Agustín Fernández Miñano.

\* \* \*

SUS COMIENZOS. Fuera ya de la Universidad, desempeñó una serie no interrumpida de puestos, sobresa-

liendo como principales, los de Promotor Fiscal del Juzgado Eclesiástico por varios años y el de Agente Fiscal de la Real Audiencia.

\* \* \*

SU VIAJE A ESPAÑA. En la Universidad de Sevilla, en 20 de Noviembre de 1753 se le expide el título de Bachiller en Cánones. Por Real Despacho de 26 de Abril de 1756 fué nombrado para tomar la residencia á Don Francisco Garay, Gobernador de Portobelo, pero no aceptó el cargo, por no regresar a su tierra, a la que no volvió a ver.

\* \* \*

SU VIDA PUBLICA. En el año de 1760, recién llegado a Madrid, con el ánimo de establecerse allí, fue nombrado Archivero y Oficial de la Secretaría del Supremo Consejo de Indias, en cuyo puesto arregló los archivos del mismo Consejo y el de la Secretaría Universal de Indias, éste con los papeles que se salvaron del incendio del Palacio, en 1734.

Por su celo y su inteligencia mereció la admiración y las felicitaciones de su jefe al Baylío Frey Don Julián de Arriaga y de los Secretarios de Estado, Hacienda y Guerra.

Ayala fue quien promovió la creación de los archivos de las Secretarías del Perú y de la Nueva España, que en la actualidad y en la misma forma antigua, forman parte del rico tesoro que guarda el Archivo General de Indias de Sevilla, en su Sección Quinta con un total de 18.395 legajos de documentos.

El 18 de Agosto de 1763 recibió el nombramiento de Archivero de la Secretaría de Indias, cargo que desempeñó con gran acierto hasta el 26 de Marzo del año de 1771. El 26 de Septiembre de 1766 se le concedió el grado de Oficial Cuarto de la misma Secretaría y desde el 17 de Mayo de 1770 y durante 20 años sirvió como Secretario General de la Superintendencia de la Fábrica y Minas de azogue.

\* \* \*

**HOMBRE DE ACCION.** En un memorial fechado el 4 de Junio de 1768, hizo Ayala una brillante exposición de sus méritos, y de sus trabajos, los cuales regaló a Su Majestad, y que hoy forman parte de la Biblioteca Real de Madrid.

Manuel Joseph de Ayala fue uno de los 25 socios que fundaron en el año de 1775 la Sociedad de Amigos del País de Madrid, y ejerció el puesto de Secretario General, habiendo trabajado con fé en el establecimiento de la corporación y tomando parte principalísima en la redacción de sus primeros estatutos. Suya es la conmovedora nota manuscrita que encabeza el primer libro de actas de esa sociedad. Dimitió el cargo para ocuparse de sus múltiples trabajos.

\* \* \*

**RELACION DE SU OBRA.** En el año de 1776, Ayala hace una relación completa de sus obras y las detalla en la forma siguiente: 30 tomos de Cédulas, Decretos etc.; 12 tomos de Consultas y Pareceres; 16 tomos del Diccionario de Gobierno y Legislación de Indias, que son el extracto de los 42 tomos anteriores; 24 tomos de "Miscelánea" con mapas, planos, descripciones etc.; multitud de obras sueltas en folio y en cuarto manuscritas, que tratan de erección de Catedrales; Compendio de Bulas y Breves Pontificios; Sinodales y Estatutos de las Iglesias Catedrales y Concilios Provinciales; Diccionario de Voces Americanas; Descripción General de todos los Dominios de América; Estados de los Comercios de España, Tierra Firme y Nueva España; Relaciones de valores y cargas de rentas de Nueva España; Descripción del Japón; Diario de navegación para costear el seno mejicano; Ordenanzas para los Cajas de Portobelo; Escudos de Armas de las ciudades de Indias; Relación de empleos de Nueva España; Reglas de Media-Annata; Coloquios de la verdad en cuanto a los indios del Perú.



\* \* \*

SUS AFANES. Sirvió Manuel Joseph más de tres años como Secretario de la Junta que se estableció en el año de 1777 para la formación del nuevo código de leyes y el año siguiente, 1778, hizo nueva representación en memorial de 27 de Febrero, sobre sus obras. El Rey nombró a Don José de Gálvez, Secretario del despacho Universal de Indias, para que diera su parecer y éste delegó en don Pedro Muñoz de la Torre, Ministro del Consejo y Cámara de Indias tal encargo. Hallóse de gran utilidad y de enorme valor histórico la obra, y por resolución de 30 de Noviembre de 1778 se le concedió a Ayala pensión vitalicia de 20 de mil reales anuales en las Cajas de Buenos Aires y el 7 de Diciembre de ese mismo año se le declaró libre de los derechos de media-annata. Ayala hizo formal entrega de sus obras y se le comisionó para su custodia y manejo.

\* \* \*

AYALA FUE RECOMPENSADO. En tiempos de Felipe II, se mandó a arreglar todos los documentos referentes a las Indias depositados en el archivo de Simancas, y en el año de 1778 se ordenó proceder a su reconocimiento y matrícula, para lo que fueron comisionados los señores don Juan Echeverría, Don Francisco Ortiz Solórzano y Don Manuel Joseph de Ayala. Dichos documentos se encuentran en el Archivo General de Indias de Sevilla.

Recurrió Ayala, en el año de 1792, al Conde de Aranda, Ministro de Estado, haciéndole presente las obras entregadas y las aumentadas después, según el índice impreso que acompañó. Se nombraron comisionados para su examen a Don Francisco de León y a Don Juan Bautista Muñoz, quienes informaron en sentido favorable. A su mujer se le asignaron 500 pesos fuertes anuales en su viudez en las Cajas de Buenos Aires y a don Manuel Joseph

se le concedió el ser Caballero de la real y distinguida orden de Carlos III y Ministro de Capa y Espada del Supremo Consejo de Indias.

\* \* \*

**SU MUERTE.** Fue Ayala miembro principal de la junta para la formación de ordenanzas del Consejo de Indias, desempeñó la dirección de las temporalidades de la extinguida Compañía de Jesús y ejerció otros muy dignos y ejemplares empleos. Consagró 42 años de su existencia a su vida de austero investigador, gastó más de 24 mil pesos, su patrimonio y sus economías y el día 8 de Marzo de 1805, murió, dejando viuda a doña Mariana Fariña y Senrra, en suma pobreza y llena de deudas. La Real Orden de 18 de Marzo de 1805 señaló a doña Mariana 500 pesos fuertes de pensión vitalicia.

\* \* \*

**LA OBRA DE AYALA.** La obra de Ayala que alcanza más de 600 tomos puede dividirse en cuatro clases, así:

Primera. 130 tomos en folio, manuscritos, de cédulas, consultas, reglamentos sobre el gobierno de Indias. En el Archivo Histórico Nacional sólo existen 42 tomos con el nombre de "Cedulario Indico" (Signatura 684 a 725).

Segunda. 84 tomos en folio, manuscritos, del Diccionario, sólo hay 26 tomos en el Archivo citado arriba. (Signatura 726 b y siguientes).

Tercera. 74 tomos en folio, manuscritos, de "Miscelánea". Descripción de provincias de Indias, mapas, decretos y en cada tomo un índice. En la Biblioteca Real de Madrid, se encuentran algunos tomos. Además 200 tomos en cuarto, manuscritos, de obras sueltas, y

Cuarta. 6200 leyes y recopiladas con más de 5 mil notas.

\* \* \*

**DOCUMENTOS CONSULTADOS.** "Relación de los Méritos y Servicios de Manuel Joseph de Ayala". Impresa en Madrid a 14 de Mayo de 1756 y en el Archivo General de Indias. Estante 145, Cajón 6 Legajo 14.

“Memoriales de Manuel Joseph de Ayala de 1792 a 1803” Archivo General de Indias, Estante 141, Cajón 6, Legajo 3.

\* \* \*

FUENTES PARA EL ESTUDIO DE AYALA. Archivo Histórico Nacional de Madrid; Biblioteca Real de Madrid; Sociedad de Amigos del País, Madrid; Sociedad de Amigos del País, Sevilla; Universidad Literaria, Sevilla; Archivo General de Indias, Sevilla.

\* \* \*

OBRAS SOBRE AYALA. Sevilla Monumental y Artística, por José Gestoso y Pérez, Sevilla 1892; Don Manuel Joseph de Ayala, por Ricardo Fernández Guardia, San José de Costa Rica, 1906; Don Manuel Joseph de Ayala y la Historia de nuestra legislación de Indias, por José María Ots Capdequi, publicado en The Hispanic American Historical Review, número 3 de Agosto de 1920 y en la revista “Estudios, No. 16, Panamá 1926; Introducción a la Historia del Derecho Indiano, por Ricardo Levene, Buenos Aires, 1924; Manuel Joseph Ayala, por Juan Antonio Susto, en el Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, Buenos Aires, Número 29, 1926; Manuel Joseph de Ayala, por Juan Antonio Susto, Estrella de Panamá de 26 de Julio de 1926; Una obra de Manuel Joseph de Ayala, por José Narciso Lasso de la Vega, Estrella de Panamá de 18 de Agosto de 1928; Valor Histórico-Jurídico del Diccionario de Gobierno y Legislación de Indias de Manuel Joseph de Ayala por Laudelino Moreno, Estrella de Panamá de 19 de Noviembre de 1928.

La Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, de Madrid, en su Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Ibero-América, publicó 2 tomos del Diccionario de Gobierno y Legislación de Indias, de Don Manuel Joseph de Ayala.

DIPLOMACIA PANAMEÑA EN EL  
SIGLO XIX (1841)

Por

ERNESTO J. CASTILLERO R.

(Miembro correspondiente de la Academia de la Historia  
de Madrid y Miembro de Número de la Academia  
Panameña de la Historia).



## II. LA MISION DE GUILLERMO RADCLIFF

Para obtener de los Estados Unidos el reconocimiento y las garantías necesarias al mantenimiento de su independencia, el gobierno istmeño acreditó ante la cancillería de Washington, investido de la representación nacional, al señor Guillermo Radcliff en su carácter de Agente Confidencial. (1)

Se trasladó al punto éste a la capital de la Unión pero la circunstancia de encontrarse ausente de ella el ciudadano Presidente, Sr. John Tyler, quien hacía una gira por el país, retardó sus gestiones diplomáticas.

Con todo, con fecha 31 de Diciembre de 1841 dirigió a la Secretaría de Estado, a cargo del señor Daniel Webster, la siguiente comunicación en donde con visión precisa y acertados conceptos describe la situación geográfica, po-

---

(1) Mr. Radcliff comunicó al Departamento de Estado su designación en nota cuyo contenido es el siguiente:

“Washington, Diciembre 18 de 1841.

Señor:

Tengo a honra informar a usted que he recibido un nombramiento del Gobierno del nuevo Estado del Istmo, para actuar en nombre de él en relación con la iniciación de relaciones internacionales entre aquel Estado y los Estados Unidos y me permito inquirir cuándo será conveniente para usted favorecerme con una entrevista en su Despacho para el efecto de exhibir mis credenciales y adelantar las gestiones que ellas tienen en mira.

Con todo respeto, etc.,

*William Radcliff*”.

lítica y económica del Istmo en relación con la Nueva Granada y justifica con razones fundamentales el movimiento secesionista del pueblo panameño. La comunicación en referencia, obtenida gracias al interés patriótico del académico, Dr. Ricardo J. Alfaro, quien la hizo copiar de los archivos del Departamento de Estado, dice así:

Washington, 31 de Diciembre de 1841.

Señor:

Tengo el honor de informar a usted para conocimiento del señor Presidente, que el Gobierno del Istmo, recientemente establecido, me ha nombrado su Agente Confidencial ante los Estados Unidos "con el fin de iniciar las relaciones internacionales que la posición de ambos países exige y las relaciones comerciales que están llamados a cultivar"; en prueba de cuyo nombramiento será usted servido de permitir referirme al documento adjunto, marcado A.

Como el Gobierno del Istmo ha dirigido una comunicación al Gobierno de los Estados Unidos anunciándole su separación de la Nueva Granada y su erección en Estado Independiente, permítame que me refiera a ella en relación con tal hecho y con los principales objetivos del Gobierno del Istmo; y que, siguiendo mis instrucciones como su Agente, someta un informe más detallado de los negocios del Istmo; de las causas de su separación de la Nueva Granada; de su organización y condiciones, y de sus fines y aspiraciones. En cumplimiento de este deber haré un esbozo de algunos hechos y acontecimientos que precedieron y determinaron el actual estado de cosas en el Istmo.

Antes de la emancipación de las Colonias Españolas de este continente, el territorio del Istmo (llamado entonces, en parte, Darién) formado por las dos antiguas provincias de Panamá y Veraguas, erigido ahora en nuevo Estado, estuvo gobernado por España separadamente de sus

otras Colonias y completamente desvinculado de ellas. En el año de 1821, cuando otras provincias y distritos habían proclamado su independencia de España, y había sido creada la República de Colombia bajo los auspicios de Bolívar, las mencionadas provincias de Panamá y Veraguas proclamaron también su independencia, y por invitación de Bolívar, se unieron voluntariamente a Colombia como un Departamento de ella. A tan decisivo paso fueron inducidas por el deseo y la esperanza de disfrutar permanentemente de la seguridad y ventajas que derivarían de formar parte de una gran Nación, bien organizada y eficientemente administrada, capaz de mantener su independencia de España y de brindar todos los beneficios de un buen Gobierno. Pero en muy pocos años surgieron violentas contiendas que se extendieron por toda Colombia, causadas principalmente por la desunión de los distritos componentes y por la falta de comprensión de sus habitantes, las cuales se hallaban neutralizadas por la necesidad de unión para realizar su independencia de España; y aquella gran Nación al fin se desmembró por consentimiento unánime, excepto el del Istmo, y se reorganizó en tres Repúblicas; de acuerdo con los límites naturales y antiguas divisiones, llamadas Nueva Granada, Venezuela y Ecuador.

En aquella disolución y reorganización los pueblos del Istmo no tuvieron participación ni fueron consultados ni dieron su asentimiento. Sin embargo, de acuerdo con los arreglos hechos por los otros colombianos, se les destinó a formar una porción o Departamento de la Nueva Granada, Estado del cual se halla más cerca, pero con el cual no estaba más ligado que con los otros dos. Los pueblos del Istmo, no obstante, fueron forzados a aceptar estos arreglos y a ensayar el experimento de una vinculación con la Nueva Granada como estaba entonces constituida, pero reservándose el privilegio de separarse de ella cuando quiera que su bienestar y felicidad lo requirieran, en la confianza



de que llegaría el momento en que los intereses de otras naciones se identificaran con los suyos en la demanda de una vida independiente y de que cooperarían a su establecimiento.

A pesar de que el derecho de separación a voluntad no fué quizá expresamente reservado y admitido, quedó entonces entendido por todos los interesados que era una justa y necesaria consecuencia de los hechos y circunstancias antecedentes y pasadas. Era aparente que esa deducción y ese derecho quedaron establecidos por la disolución y reorganización de Colombia. Cuando surgió la cuestión de la secesión de cada parte del todo, ella fué discutida y solucionada con el acuerdo de todos. En aquella ocasión la Nueva Granda, la parte central y mayor de Colombia y asiento del Gobierno, pacíficamente accedió a las demandas de separación de las otras porciones de Colombia, y bajo su actual nombre se constituyó ella misma en un estado separado e independiente de acuerdo con los límites acordados. De aquí podía el Istmo derivar consecencialmente, fuera de cualesquiera convenios a ese respecto, un derecho idéntico para separarse de la Nueva Granada y constituirse también en Estado independiente cuando quiera que su bienestar y felicidad lo demandaran.

Pero aun sin ese precedente y sin admisiones implícitas por actos de todos los afectados, se sostuvo por el Gobierno del Istmo que una separación era perfectamente justificable en el momento en que tuvo lugar, con otros fundamentos, a saber:

1º Por razón de la guerra civil que se intensificaba en la mayor parte de la Nueva Granada, que aún continua y que parece interminable sin una disolución del Estado y sin su organización bajo diferente forma. Esa guerra impide a los pueblos del Istmo toda comunicación con Bogotá, asiento del Gobierno, y con el resto del país; los deja aislados, sin protección, indefensos, sin gobierno ni som-

bra de autoridad ejercida sobre ellos, y los obliga a recurrir a una sustitución de la autoridad o a sufrir los males de la anarquía y el caos. En esta situación, la necesidad impulsó a los pueblos a reasumir sus derechos y a crear un Gobierno propio. Deliberadamente hicieron esto y adoptaron por unanimidad su presente forma de Gobierno. Rotos así los lazos sociales, no por su culpa sino por razón de la debilidad, inestabilidad o mala administración del Gobierno de la Nueva Granada, esos lazos no pueden ser renovados ni hacerse obligatorios sin el consentimiento de ambas partes.

2º Por razón de ciertas causas naturales y políticas que obraban en forma altamente perjudicial sobre los pueblos del Istmo durante su vinculación con la Nueva Granada, antes de la guerra civil, hasta el extremo de nulificar todos los beneficios derivables de un buen gobierno y todas las ventajas de su situación desde todo punto de vista. La experiencia de muchos años ha comprobado este humillante y aflictivo resultado. Mientras el mundo entero progresa rápidamente, el Istmo permanece estacionario, a pesar del ilimitado campo y de los poderosos elementos que en él existen para su mejoramiento. Esto se debe, en gran parte, a la inacción e indiferencia o abandono del poder ejecutivo en Bogotá, sin que haya esperanza de cambio al respecto; pero también es el resultado, en gran medida, de la peculiar posición geográfica del Istmo con respecto a la mayor parte del territorio de la Nueva Granada, la cual es de naturaleza que bien vale la pena de describir:

El Istmo está situado en la extremidad o ángulo noroeste de la América del Sur en una esquina de la Nueva Granada, y sobresale de ella hacia el Oeste en una forma sinuosa, irregular; tiene aproximadamente 350 millas de largo y cerca de 60 millas, como promedio, de ancho (en algunos lugares es de 35 millas) alargándose hacia el Oeste; limita con el Océano Atlántico por el Norte, con el Océano

Pacífico por el Sur; con Centro América por el Oeste, y por el Este los elevados Andes lo separan de la Nueva Granada. Abarca aproximadamente 20.000 millas cuadradas; (2) bien provisto de agua y de bosques; muy fértil; escasamente habitado, excepto a lo largo del Pacífico, pero con capacidad para mantener una población mayor en proporción con su extensión. Encierra dentro de sus límites la ruta más conveniente para la comunicación marítima entre los Océanos Atlántico y Pacífico que la naturaleza ha proporcionado a Norte y a Sur América, así como también la ruta que actualmente se usa, o que puede usarse para el transporte de personas y el intercambio mercantil entre aquellos océanos y los países en las distintas costas de este continente, descartada la vía del Cabo de Hornos.

Por razón de estas circunstancias naturales los pueblos del Istmo no pueden tener comunicación con ninguna parte de la Nueva Granada más que por agua. Para llegar a Bogotá, capital y asiento del Gobierno, deben embarcar por el Atlántico o por el Pacífico, y, si siguen la primera vía, (la mejor y más frecuentada) navegar cerca de 270 millas a favor o en contra de los vientos alisios hasta Cartagena; recorrer luego por tierra como 70 millas hasta el río Magdalena; subir después ese río en embarcaciones como 500 millas y, por último, seguir por tierra hasta Bogotá, como 60 o 70 millas; lo cual hace en conjunto cerca de 900 millas y requiere, aproximadamente, entre 50 y 60 días de viaje. Si se sigue la vía del Pacífico, navegar alrededor de 340 millas hasta Buenaventura y luego dirigirse, por tierra, bordeando dos de las más altas cordilleras de los Andes, casi insalvables y muy poco frecuentadas, a través de 500 millas hasta Bogotá, lo cual en conjunto hace alrededor de 800 millas y requiere probablemente menos tiempo que la otra vía pero, con todo, menos usada.

---

(2) El área es de 32.000 millas cuadradas según cálculos recientes.

Así, la comunicación entre el Istmo y el lugar de asiento del gobierno era más difícil, cansada y arriesgada que la del Istmo con los Estados Unidos y aún con Europa. En consecuencia, el Gobierno de la Nueva Granada mal podía conocer las necesidades, aspiraciones y propósitos del Istmo, o sentir el menor interés por su bienestar. No se preocupó de legislar en su beneficio, ni de proveer al mejoramiento de sus ventajas locales y de sus condiciones de vida en todo respecto. Sin embargo, tuvo buen cuidado de ejercitar el poder de cobrar los impuestos sobre su comercio y sobre el tránsito a través de su territorio. Es evidente, desde luego, que el Istmo unido a la Nueva Granada o formando parte de ella, no podía ser adecuadamente gobernado y debía sufrir bajo tal desgobierno males y privaciones intolerables, los cuales también habrían justificado el derecho que ejercitó de separarse de la Nueva Granada y de constituirse en Estado independiente, si los otros motivos alegados no fueran suficientes para justificar tal actitud. “La doctrina y la práctica modernas entre los nuevos Estados de este Continente han justificado, con tales bases, el derecho de separación. Con frecuencia se han unido y separado, disuelto y reorganizado, como mera medida de política o de conveniencia y sin recurrir a la violencia, de lo cual Colombia, incluso la Nueva Granada y el Istmo, son un ejemplo digno de mención, y este ejemplo, por sí solo, podría servir al Istmo como justificación de su conducta”.

Dejando así establecidos los hechos y razones que, como se comprenderá, justificaron al Istmo para separarse de la Nueva Granada y constituirse en Estado Independiente, permítame observarle que esta justificación no se ofrece en el sentido de una obligación contraída, sino sencillamente en el del respecto por el Gobierno de los Estados Unidos y con el deseo de atraerse su buena opinión y amistad. Era conveniente y necesario para el Gobierno del

Istmo decidir por sí mismo lo tocante a la actitud que debía asumir en relación con la Nueva Granada; y, confiando en la rectitud de ese proceder, hacerle frente a todas las consecuencias, fuera o no aprobada tal actitud por otros gobiernos. Sin embargo, sería para el Gobierno del Istmo una gran satisfacción poderlos convencer, y especialmente al Gobierno de los Estados Unidos, de la rectitud de tal proceder mediante una sincera exposición de hechos y motivos.

Con respecto a la organización y condiciones del Istmo, que ya se han dado a conocer en parte en las mencionadas comunicaciones del Gobierno del Istmo para este Gobierno de fechas 2 y 23 de Julio próximo pasado, apenas precisa de mi parte una repetición de lo mismo, y agregar lo siguiente: que en el mes de Noviembre de 1840 una Asamblea de Diputados elegidos por los pueblos de Panamá y Veraguas declaró su independencia de la Nueva Granada; que luego fué elegida una Convención para redactar la Constitución y administrar el Gobierno hasta tanto tal Constitución fuera adoptada; que ésta Constitución fué aprobada el 8 de Junio próximo pasado (copia de la cual fué enviada a ese Gobierno) y se encuentra en vigencia de acuerdo con sus normas; que en cumplimiento de ella, Su Excelencia Tomás Herrera fué nombrado Presidente y Carlos de Ycaza, Vice Presidente del Estado (llamado 'El Estado del Istmo') y se escogió asimismo un cuerpo Legislativo, quienes entraron a ejercer los respectivos deberes de sus cargos; que el ocho de Julio el Presidente dirigió una comunicación al Presidente de la Nueva Granada exponiendo las causas de la separación del Istmo de aquel Estado (3) (copia de la cual fué enviada a ese Gobierno)

---

(3) Esta histórica y trascendental exposición, obra del Dr. Justo Arosemena, está contenida en nuestra obra "DOCUMENTOS HISTORICOS SOBRE LA INDEPENDENCIA DEL ISTMO DE PANAMA", Imprenta Nacional 1930.

y poco después fueron notificados los Gobiernos de Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos; que el Istmo ha venido a ser independiente y desea iniciar con ellos relaciones de amistad y de intercambio comercial; que la Legislatura del Istmo ha venido constantemente ocupándose de la aprobación de leyes y ordenanzas para el país a fin de proveer a sus necesidades y desarrollar sus recursos; que ya le ha prestado atención a los medios de mejorar el tránsito entre los dos Océanos, al fomento de la navegación a vapor hacia un extremo y desde el otro y a la protección y promoción del comercio en general; administrando de esta suerte los beneficios de un buen gobierno a un pueblo agradecido y próspero que goza con las brillantes perspectivas que sobre él alborean.

Bajo tales circunstancias, el Gobierno del Istmo respetuosamente se presenta por sí mismo como candidato para ser admitido en la comunidad de las naciones civilizadas, para ser acogido y tratado como miembro de la misma de acuerdo con la ley de las naciones y aspira a tal reconocimiento con vehemencia, sobre la sola base de su actual independencia y de poseer un gobierno civil de airoso funcionamiento capaz de cumplir los deberes y llenar las obligaciones de una potencia independiente.

Desde luego, es objetivo primordial del Gobierno del Istmo el de ser reconocido como un Estado Independiente por el Gobierno de los Estados Unidos en la forma acostumbrada; el de estrechar con él relaciones diplomáticas y el de cultivar las relaciones comerciales entre los dos países. Se espera que tal reconocimiento por los Estados Unidos sea más breve que el de otros Gobiernos como consecuencia de su conducta general respecto de los nuevos Estados de este Continente, por su proximidad con el Istmo y por su propio interés comprometido en la futura condición de aquél. Es de presumir que habrá muy ligera o ninguna vacilación sobre el asunto, considerando, como queda

dicho, que el Istmo es de hecho independiente y que tiene un Gobierno civil en satisfactorio funcionamiento, capaz de cumplir los deberes y llenar las obligaciones de una potencia independiente.

Tal fué, según es aceptado, la conducta de los Estados Unidos con respecto a Tejas, y también la que mucho antes siguieron con los Estados surgidos de las Colonias Españolas, al separarse y hacerse independientes; y con relación a las tres porciones de Colombia cuando se erigieron en nuevos Estados, siendo la única cuestión la de si cada uno de ellos había venido a ser independiente de hecho y si mantenía en funcionamiento un gobierno civil capaz de desempeñar su cometido en relación con otros gobiernos. Pero en cuanto a Tejas en particular, el ejemplo dado por este Gobierno es más notable y concluyente en favor del reconocimiento del Istmo porque la independencia de Tejas fué desconocida y combatida por México y por esa causa se empenó y aun persiste una guerra precisamente entre las dos naciones. Consecuencialmente, la común conveniencia y la imparcialidad parecen requerir que este Gobierno reconozca la independencia del Istmo bajo todas las circunstancias del caso, sin vacilaciones ni demoras.

Como una más amplia consideración que respalda este objetivo sería conveniente referirse especialmente a las circunstancias naturales del Istmo, antes mencionadas, y a los probables resultados que de ellas puedan dimanar. Comprende dentro de sus fronteras una ruta o paso entre los océanos Atlántico y Pacífico que es la única en uso, o que puede usarse, con excepción de la vía del Cabo de Hornos, para el tránsito de personas o el intercambio comercial entre los países de las dos porciones de este Continente y la cual es asimismo capaz de mejorarse con la construcción de un Canal para naves, que bien puede llegar a ser el canal más importante de comunicación marítima en la Tierra: la más importante vía para el comercio e intercambio en-

tre la humanidad. El control de tal ruta es quizá una de las más altas prerrogativas que una nación o gobierno puede disfrutar; y puede ejercitarlo con incalculables consecuencias para los intereses de las otras naciones, ya para bien ya para mal. Teniendo el Istmo el exclusivo control de tal ruta, naturalmente está ansioso de aprovechar sus ventajas para beneficio de sus conciudadanos hasta donde lo permitan la razón y la equidad; pero dispuesto también a limitar por estipulaciones contractuales el ejercicio de ese control, dentro de los límites que estime conveniente, si otras naciones acometieran las mejoras proyectadas para uso y beneficio del mundo. Desearía asimismo hacer arreglos contractuales con otros Gobiernos mediante los cuales se considerara siempre neutral el territorio del Istmo, excepto por comprometerse en las guerras de otros países, y como un lugar de paz y de seguridad para todos los habitantes del Globo que desearan pasar por él o enviar a través de él sus haberes. Este objetivo deseable podría conseguirse si los Estados Unidos adoptaran oportunamente las medidas del caso, y en gran manera incumbe a éste y a otros gobiernos prestarle a ello atención.

Aparte de este acuerdo general para futuro beneficio en asocio de otros estados, sería un objetivo de importancia para este Gobierno el de asegurarse mediante estipulaciones contractuales, tan pronto como esté en su poder hacerlo, la servidumbre de tránsito o paso a través del Istmo, en su actual o en cualquier estado de tal paso, sobre bases razonables, con fines comerciales o de intercambio con otros países más allá del Istmo y especialmente con nuestro propio territorio en el Pacífico, el territorio de Oregón. La importancia de conseguir una comunicación con éste por la vía del Istmo es cada día mayor y exige atención inmediata. Y en relación con este objetivo sería asimismo importante obtener por ciudadanos de los Estados Unidos los privilegios convenientes para la navegación a vapor hasta y desde cada uno de ambos lados del Istmo, y para el trans-



porte de Correos Públicos a través del mismo, parecidos a los que ha conseguido recientemente Inglaterra. Esta ha solicitado y obtenido, por conducto de un Agente de la Royal Mail Steampacket Company, todos los privilegios y ventajas que podría razonablemente pedir para beneficio de sus vapores que navegan en ambos Océanos, que arriban a sus puertos en ambos lados, y para el transporte de correos, pasajeros y mercaderías a través del Istmo. Lo mismo sería igualmente deseable para los Estados Unidos y podría sin duda conseguirse mediante las medidas apropiadas.

Hay otras consideraciones de algún peso que respaldan este asunto, que pueden reservarse para explicaciones orales o para futuras comunicaciones. Baste sólo agregar que en la actual situación del Istmo otros Gobiernos pueden intentar conseguir importantes ventajas para ellos, incompatibles con los intereses de los Estados Unidos, lo cual exige atención y oposición inmediatas, porque de lo contrario algunos Gobiernos poderosos, o grandes compañías o asociaciones de individuos, pueden obtener por su cuenta el privilegio de construir un Canal para buques a través del Istmo, para su propio beneficio, con el derecho de controlarlo para siempre o por un largo período de años, lo cual sería incompatible con los intereses de los Estados Unidos y de otros países, y también requiere ser previsto e impedido.

Habiendo manifestado, muy imperfectamente, todo cuanto en mi condición de Agente del Gobierno del Istmo considero necesario o provechoso para la consideración del Presidente de los Estados Unidos, me resta sólo expresar la esperanza de que de ellos se derivarán ventajosos resultados para los dos gobiernos interesados.

Tengo el honor, etc., etc.

(Fdo.) WILLIAM RADCLIFF.

A la anterior exposición, el representante panameño obtuvo la siguiente respuesta:

“Washington, Enero 28 de 1842.

Señor;

Su interesante comunicación del 31 de Diciembre último en que expone las causas que han impelido a los Estados de Panamá y Veraguas a declarar su independencia de la República de Nueva Granada y a formar un Gobierno separado bajo el título de “Estado del Istmo”, fue dada a conocer al Presidente, quien me ha ordenado manifestar a usted en respuesta que ella ha sido leída con la respetuosa consideración debida a la fuente de que ella emana y con justo reconocimiento en relación con la invitación que contiene. Pero aunque el Presidente no duda que los hechos mencionados en ella son sustanciales correctos, lo corto del tiempo que ha transcurrido desde la fecha en que tuvo lugar la declaración de independencia, el deber de este Gobierno de evitar hacer nada que pueda dar motivo justo de ofensa a la República de Nueva Granada con la que hasta el presente ha mantenido pacíficas y amistosas relaciones, y esa prudente y al mismo tiempo generosa cautela que hasta el presente ha caracterizado sus proceder en casos semejantes, aconsejan que no hay motivo en este caso para desviarse del procedimiento usual reconociendo el Estado del Istmo en virtud de información menos auténtica y satisfactoria que en otros casos. En consecuencia, se tomarán medidas sin demora a efecto de inquirir la capacidad de los Estados de Panamá y Veraguas para mantener su independencia bajo su nueva forma de Gobierno y para asumir las obligaciones y cumplir los deberes de una nación independiente. Si el resultado de tal investigación fuere favorable, la solicitud que ha sido hecha por conducto

de usted se presume que será despachada de conformidad. El documento acompañado con su nota se devuelve adjunto después de haber sacado copia de él.

Tengo a honra, etc.,

*Daniel Webster*".

El señor Radcliff, dice el mismo Dr. Alfaro, (4) "debía secundar en Washington el plan que tenía el Gobierno de obtener la neutralización permanente del Estado del Istmo, mediante la garantía conjunta de su independencia por los Gobiernos de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, acertada idea de la diplomacia panameña que aspiraba a colocar nuestro territorio en una condición política internacional, análoga a la en que quedaron Suiza y Bélgica después de los Tratados de Viena de 1815. Según palabras del Secretario de Relaciones Exteriores, señor Mariano Arosemena, que cito con placer porque aún hoy son de actualidad, después de sesenta y siete años, *"el mundo comercial está interesadísimo en que el Istmo sea independiente y permanentemente neutral, para que venga a figurar como un punto inaccesible a la guerra y como un lugar de paz para todos los habitantes del globo que quieran atravesarlo o hacer transitar su propiedad de uno a otro mar"*.

Es curioso hacer notar que la fecha 31 de diciembre de 1841 que lleva la exposición transcrita para la Secretaría de Estado de Washington, es la misma en que el Jefe del Estado Libre del Istmo, Coronel Tomás Herrera, engañado por un Convenio de reincorporación y garantía

---

(4) "Vida del General Tomás Herrera".—Barcelona - 1909.

firmado en la misma fecha con Plenipotenciarios granadinos, decretaba el restablecimiento de la soberanía de la Nueva Granada en el territorio patrio.

Informado de este hecho, al fin el señor Radcliff, lo puso en conocimiento del Gobierno americano por la nota que dice:

“Washington, Febrero 12 de 1842.

Señor:

Tengo a honra informar a usted para conocimiento del Presidente, que acabo de recibir una comunicación del señor M. Arosemena, Secretario de Estado del Istmo, fechada el 6 de Enero último, en que expone que se ha llevado a cabo un arreglo por medio de tratado el 31 de diciembre pasado entre las autoridades públicas del Istmo y los Comisionados del Gobierno de Nueva Granada enviado allí con tal objeto, por medio del cual la unión del uno con el otro debía ser renovada amigablemente en términos satisfactorios para el Istmo y que respondan a lo menos a sus presentes objetivos. (5)

Los despachos formales que me han sido remitidos con este motivo no me han llegado todavía, pero espero de un momento a otro.

Tengo a honra suscribirme, etc.,

*William Radcliff*”.

- 
- (5) Los negociadores de la reincorporación del Istmo fueron los señores Anselmo Pineda y Ricardo de la Parra (más tarde éste Presidente de Colombia) quienes representan al Ministro Granadino en Ecuador, Dr. Rufino Cuervo. Parecía éste autorizado por el gobierno nacional para llevar a cabo sus gestiones y contaba con el respaldo del Presidente ecuatoriano, General Juan José Flórez. Pero el Vice-Presidente de la Nueva Granada, Don Domingo Caicedo, por decreto de 15 de marzo de 1842 improbo el Pacto y su Ministro de Guerra y Marina, General José Acevedo, pidió al Congreso severas penas para los separatistas panameños, *considerados* como traidores.

Más tarde, creyendo necesario entrar en consideraciones de mayor detalle, presentó ante el Departamento de Estado la interesante exposición histórica que a continuación se leerá:

“Washington, Febrero 19 de 1842.

Señor:

Tuve el honor de manifestar a usted el 12 de los corrientes que acababa de recibir una carta del Secretario de Estado del Istmo fechada el 6 del mes anterior, por conducto de un pasajero de Chagres que vino a Nueva York, carta en la cual se me expone haberse efectuado un arreglo por medio de tratado firmado el 31 de Diciembre último entre el Istmo y la Nueva Granada, a instancia de ésta, por virtud del cual la unión del uno con la otra debía renovarse en los términos expuestos en los despachos que me fueron enviados por el mismo conducto, a los cuales se me hacía referencia para mi información detallada acerca de aquellos y otros asuntos, pero que estos despachos no habían llegado todavía a mis manos aunque los esperaba día por día.

Habiendo esperado en vano todo este tiempo el recibo de esos despachos y habiendo hecho averiguaciones en Nueva York con el armador, el Capitán y los pasajeros del barco en que vino la carta, sin saber el paradero del paquete de despachos para mí y sin saber más que fue entregado junto con algunos periódicos al cuidado de un pasajero que desembarcó en Cartagena y que puede haberse quedado con ellos por error, estimo mi deber exponer sin más demora la causa de no haber explicado los últimos actos del Istmo, como debía hacerlo a este Gobierno en esta emergencia, para lo cual he estado impedido por falta de informes; y creo asimismo de mi deber indicar la causa probable del reciente acuerdo entre el Istmo y la Nueva Granada, cualesquiera que sean sus términos y condiciones, así como también sus proyecciones futuras.

La guerra civil que ha azotado a la Nueva Granada durante el año o los dos años últimos, tuvo su origen en una diferencia esencial de opinión entre sus ciudadanos principales con respecto a la forma de su gobierno, prefiriendo algunos un Gobierno federal como el de los Estados Unidos y otros un Gobierno unitario como el adoptado por México donde prevalecía una diferencia de opinión semejante. Cuando se redactó la Constitución de Colombia por la Convención elegida con tal objeto, la forma unitaria fue preferida y adoptada después de largo y acalorado debate, pero ella continuó en vigencia sólo por unos diez años, al cabo de los cuales Colombia se disolvió y se reorganizó en tres Estados: a saber, Nueva Granada. Venezuela y Ecuador. Cada uno de esos Estados adoptó entonces la misma forma unitaria, pero no sin mucha divergencia de opinión, especialmente en Nueva Granada, cuyo extenso territorio, alejados Departamentos y difíciles comunicaciones parecían exigir la forma federal de Gobierno, y con mayor razón en los relativo al Istmo, a causa de su situación peculiar. La consecuencia para la Nueva Granada ha sido que después de una administración débil y falta de éxito durante varios años, debido en parte a la forma de Gobierno y en parte a otras causas, la masa popular se manifestó en extremo descontenta y ocurrió insubordinación general.

Primeramente, estallaron insurrecciones parciales y al final tuvo lugar una guerra civil general, para la cual se daba generalmente como motivo que era indispensable cambiar de la forma unitaria de gobierno a la federal. En ese plan manifestó pleno acuerdo el pueblo del Istmo y ello con mayor razón que en cualquier otro departamento, por virtud de su posición geográfica peculiar, su falta de comunicación con la sede del Gobierno central y el consecuente desgobierno bajo el cual había marchado por largo tiempo. Pero el resultado de la guerra no ha sido favo-

rable al cambio de Gobierno, hasta donde se sabe, y especialmente con frecuencia al Istmo, a menos que por el reciente acuerdo, se haya estipulado un nuevo sistema semejante al de la forma federal o algunas excepciones en favor del Istmo. Es muy probable que el Gobierno de Nueva Granada por haber enviado sus comisionados al Istmo, con el propósito de producir la reincorporación, haya hecho concesiones y haya convenido en las principales aspiraciones del Istmo. Esto, sin embargo, es únicamente una presunción, pero pronto se tendrán informes exactos y serán comunicados, en el supuesto de que siempre es deseable para este Gobierno mantenerse informado de todo lo que ocurra en relación con el Istmo. Al someter las explicaciones que considero debo dar como Agente del Istmo, no me parece impropio ni tal vez inútil aprovechar la ocasión para presentar respetuosamente a la consideración del Presidente algunas ideas y opiniones propias como ciudadano de los Estados Unidos relativas al Istmo, en cuanto ellas afectan a éste y a otros países, y espero se me excuse la libertad que me tomo por virtud de mi devoción a los intereses de mi propio país.

Me parece muy evidente y cierto que el tránsito libre, seguro y conveniente a través del Istmo, de uno a otro océano, y para fines públicos y privados, es de gran importancia para el Gobierno y para los ciudadanos de los Estados Unidos, y está destinado a crecer rápidamente y a hacerse dentro de poco de importancia infinitamente mayor para este país y para muchos otros dentro de poco tiempo. Por consiguiente, está dentro de los deberes de nuestro Gobierno considerar bien todo lo que se refiere al derecho y utilidad de ese tránsito y anticipar por medio de atención y de acción tempranas las miras y propósitos que pueden ser promovidas o afectadas por él. Hallándose bajo dominio extranjero el territorio por el cual tiene lugar

ese tránsito, su uso queda desde luego sujeto a los gobernantes de ese territorio, y ya sea el Gobierno de la Nueva Granada, ya sea el Gobierno local del Istmo, el privilegio de usarlo debe ser obtenido del uno o del otro mediante su consentimiento.

Hasta ahora el tránsito ha estado sujeto a la mera voluntad y placer de España durante siglos, hasta el año de 1821, y después al de Colombia y la Nueva Granada sucesivamente. Nunca se han concertado estipulaciones contractuales con relación al mismo. De aquí en adelante quedará sujeto, bien a la Nueva Granada o bien al Gobierno local del Istmo, según los términos de su reciente reunión, y su uso en cualesquiera condiciones que sean dependerá del futuro querer o placer o capricho o codicia de uno de ellos, a no ser que se regule por medio de estipulaciones contractuales que puedan introducirseles a concertar. Es importante, en consecuencia, adquirir por medio de negociaciones los derechos o privilegios deseados y asegurar por tratado, de manera tan permanente como sea posible, lo que ahora se nos dispensa como un favor revocable a voluntad. El derecho o privilegio que se necesita es el de entrar a los puertos del Istmo y usarlos con nuestros buques y cargamentos para fines comerciales allí o más allá con otros países, y el de usar el Istmo como una vía o paso de uno a otro océano para los fines del intercambio personal y comercial con otros países a cada lado del continente, libre y limpio de toda restricción e imposición de cualquiera clase, con excepción de los gastos de transporte necesarios, así como también el permiso de mejorar a nuestras expensas el paso o cruce del Istmo en la medida que ello fuere conveniente. Los beneficios resultantes de allí a nuestro Gobierno serán una comunicación libre, segura y fácil, no sujeta a interrupciones de ninguna clase, con sus Ministros y Agentes residentes en los países que quedan en el lado



occidental de América, así como también con su importante territorio de Oregón, y asimismo con la escuadra que generalmente tiene en el Pacífico para la protección de nuestro comercio, todo lo cual será de importancia cuando se establezca la comunicación por vapor con el Pacífico, como se tiene en mira actualmente: los beneficios resultantes allí para los ciudadanos de los Estados Unidos en general serían un intercambio personal y comercial libre, seguro, rápido e ininterrumpido con todos los países que bordean el Pacífico, con las numerosas islas que allí hay y también con el Asia Oriental, junto con un gran aumento del tráfico que usualmente se efectúa con ellos y un incremento considerable en las utilidades de la industria ballenera, todo lo cual tendría mucho mayor realce con la introducción de la navegación a vapor por cada uno de los lados del Istmo y con un tránsito adecuado a través de éste. Estos son a la verdad objetivos de alta importancia para los Estados Unidos en general y no dudo merecerán la atención del Gobierno federal sin demora.

Pero ruego se me permita referirme también muy brevemente a otros objetivos que son todavía de más alta importancia y que pueden resultar más tarde si se procede en la forma indicada o que pueden ser promovidos simultáneamente dándose en alguna medida los pasos correspondientes. Aludo al grande y sin par proyecto de abrir una comunicación marítima para buques del mayor tamaño entre los océanos Atlántico y Pacífico a través del Istmo, por la ruta que lo cruza actualmente o cerca de ella o donde quiera que se encuentre una ruta mejor. La realización de este proyecto está indudablemente dentro de los límites de esfuerzos humanos razonables, más allá de ellos por su valor y talvez insignificante en proporción a los beneficios que proporcionaría al mundo en general. Pero es de naturaleza tan universalmente benéfica, tan vasta

en sus proyecciones, tan interesante para un gran número de naciones y tan a propósito para la acción concertada, que por toda razón de conveniencia, de política, de equidad, debería ser emprendida y realizada mediante los recursos y esfuerzos unidos de diferentes naciones y destinada al uso y beneficio del mundo en general en términos razonables.

En la creencia de que esta idea es mantenida y acariciada por las mentalidades principales del mundo contemporáneo y que ella gana fuerza en la opinión pública de este país, incluyendo la más distinguida e influyente, permítaseme decir respetuosamente y con diferencia, que ha llegado el momento de que nuestro Gobierno le dé a este asunto seria consideración y tome la iniciativa de las medidas preliminares para la empresa.

Algunas de esas medidas serían las de negociar con el Gobierno que domina el Istmo el privilegio de construir la obra y con otros gobiernos lo relativo a cooperación; determinar por medio de examen científico la mejor ruta para la vía y su probable costo, y tratar con todos los interesados en los resultados la garantía de la independencia del Istmo como un Estado separado y de su neutralidad permanente en caso de que se realice la obra.

Tengo a honra suscribirme, etc.

*William Radcliff*".

Este nuevo intento separatista, el tercero en dos décadas que provocaban los hijos del Istmo, aunque de más duración, fue solo de un año, un mes y trece días. El gobierno de Nueva Granada, fiel a su tradicional política de incomprensión para los panameños, improbó el pacto de reincorporación y desautorizando a sus negociadores que

ofrecieron al Estado rebelde garantías administrativas y derechos especiales dentro de la unión y aseguraron protección personal a su caudillo Coronel Herrera, degradó a éste y le desterró del territorio patrio. Así fue castigado quien había ascendido en el escalafón militar a la brillante posición que ostentaba a fuerza de servicios públicos y en su vida toda había sido, y continuó siéndolo a pesar de las adversidades, espejo de entereza, patriotismo y dignidad cívica. (6)

---

(6) El doctor Ricardo J. Alfaro, miembro fundador de la Academia Panameña de la Historia, y su primer Director, nos escribe desde Washington, lo siguiente:

.....

“He estado buscando datos acerca de Radcliff y he hallado algunos, pero no suficientes para un boceto biográfico. He podido establecer que cuando fue nombrado Agente Confidencial del Estado Libre del Istmo era un prominente hombre de negocios que se había distinguido por su interés en el problema de las comunicaciones interoceánicas. Por un tiempo fue Cónsul de los Estados Unidos en Lima, lo que hace presumir que pasó por Panamá y allí anudó relaciones con los elementos dirigentes istmeños”.

.....

“Otro documento de Radcliff, una carta fechada el 22 de Enero de 1839, indica que por aquel tiempo estaba él tratando de organizar una compañía para el efecto de establecer “comunicación regular, frecuente y rápida entre Nueva York y El Callao”, por medio de buques de vela y de vapor y con trasbordo en el Istmo de Panamá. De allí su interés manifiesto en los destinos de Panamá y en el aseguramiento de la comunicación intermarina a través del mismo. En la dramática historia del canal interoceánico apenas hemos escarbadado la superficie”.

.....

J. A. S.

INFORME SOBRE JUSTO AROSEMENA  
(1896)

**Por**

**ABRAHAM MORENO**

**(Historiador colombiano)**



## INFORME

sobre el proyecto de Ley “por la cual se honra la memoria  
del doctor Justo Arosemena”

Honorables Representantes:

Don Justo Arosemena vino a la vida en el año de 1817, en la ciudad de Panamá, centro y emporio del comercio del mundo, como lo llamó Bolívar, casi al mismo tiempo que, en medio de lo más recio de la guerra magna, nació Colombia, la grande.

Progenitores de Arosemena fueron de aquellos nobles patricios que en 1819 formaron el Club Independiente y el periódico “El Fiscal” y “La Ley”, bajo la cuchilla amenazante de la madre Patria, y que allanaron el camino para llegar al memorable 28 de noviembre de 1821, en que fue proclamada la independencia absoluta de España, por el ilustre prócer José de Fábrega, con otros no menos ilustres, como José Higinio, Ilustrísimo Obispo de Panamá, los Icazas, los Calvos, los Ceballos y los tres Arosemenas, entre éstos el Coronel y Jefe del Escuadrón, don Mariano, padre de don Justo.

Muy joven recibió éste el título de Abogado, que entonces no solía discernirse sino a inteligencias bien cultivadas y a méritos e instrucción comprobados, los cuales le sirvieron más tarde para merecer su incorporación en el gremio de Abogados de Chile. Esta honra debe lisonjear nuestro orgullo nacional, por venir de los dos únicos Esta-

dos latinoamericanos, en donde se ha logrado realizar por completo “consorcio de la libertad y del orden” según expresión del mismo Arosemena.

En 1840, fue, por primera vez, el Dr. Arosemena a los Estados Unidos, y dos años más tarde, al Perú, con el fin de aumentar su caudal de ciencia, aprovechando el mejor libro de educación práctica, como lo son los viajes.

Ya para 1844 redactaba en Lima “El Tiempo”, “El Peruano” y “La Guardia Nacional” guiado por aquel amplio espíritu de americanismo, que lo distinguió en toda su vida.

Por los años de 1846 a 1848 desempeñó el destino de Jefe de Sección en la Secretaría de lo Interior y Relaciones Exteriores, tocándole ejercer las funciones de Secretario del 5 de diciembre de 1841 al 11 de enero de 1849.

Allí, puede creerse, que fue donde inició la carrera diplomática, que tanto brillo le dió más tarde.

Cuando por consecuencia del golpe de cuartel del 17 de abril de 1854, surgió la dictadura militar del General Melo, inconcebiblemente patrocinada por el Presidente de la República, los dos únicos partidos doctrinarios se unieron para combatirla. Entonces ningún joven republicano podía, sin desdoro, negar su contingente a la Patria; cupo el honor al doctor Arosemena de acompañar, como Secretario, al benemérito General Herrán, General en Jefe de los Ejércitos, hasta el vencimiento de la rebelión, con la toma de Bogotá el 4 de diciembre de aquel año, a costa de vidas tan preciosas como la del ilustre panameño, General Herrera, que en esa campaña conquistó imperecedera gloria.

Subsiguióse la administración del doctor M. M. Mallarino—única en este país que ha resuelto el problema, no difícil para un carácter benévolo, recto, justiciero y exen-

to de innoble ambición, como el suyo— de la conciliación de los partidos para trabajar por la prosperidad común, aunque sus ideales políticos fuesen distintos. Durante el memorable Gobierno del ilustre Mallarino, y después, hasta 1857, fue el doctor Arosemena, Senador de la República, y su carácter, en cierto modo análogo al de aquél, debió contribuir al establecimiento de un régimen que, por desgracia, no fue duradero. Fue Presidente de la Convención de Rionegro en 1863, epílogo de la funesta guerra que principió el 8 de mayo de 1860, y que cerró la era de los gobiernos verdaderamente legítimos, cumpliendo la tradición constitucional, aunque es justo reconocer que de aquella guerra no fue partidario el doctor Arosemena. En la Convención trabajó por que las nuevas instituciones no reagrasen la situación creada por la caída del Gobierno legítimo. Redactó un proyecto de Constitución, que no fue aceptado por la mayoría de los convencionales, y tuvo el valor civil y de combatir muchas de las ideas del Supremo Director de la Guerra, quien gozaba entonces de un poder e influencia irresistibles, especialmente para aquéllos que, en tales emergencias, suelen tomar por consejero el éxito y no el deber.

Organizados los Estados Unidos de Colombia por dicha Convención, pasó a desempeñar la Presidencia del Estado Soberano de Panamá, en el primer período Constitucional. Más tarde, como Senador Plenipotenciario, presidió en varios años el Senado de la República.

Con haber brillado, tanto en la Magistratura y en las Legislaturas, con mayores, en el concepto de los hombres más notables del país, los méritos que contrajo como diplomático y como escritor concienzudo e ilustre. El exquisito tacto y maneras distinguidas, no menos que el conocimiento de los hombres y la versación profunda en las ciencias políticas, colocaron al doctor Arosemena en el número



de los poquísimos hombres distinguidos en la verdadera diplomacia. Así fue como pudo prestar importantísimos servicios al país, ya en el Congreso Americano como representante de Colombia, ya en el arreglo de la deuda exterior, ya en las cuestiones de límites de la República con sus vecinos, ya en la terminación de conflictos internacionales, como aquél a que dió su nombre el melón disputado en un mercado de Panamá, en 1855. Para completar este merecido elogio, basta leer la relación de servicios del doctor Arosemena, en el Ramo Diplomático, que es como sigue: Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en el Perú, en 1863 a 1866; Ministro residente en París y Londres, en 1871 a 1872; Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en París y Londres, en 1873 a 1874; Ministro residente en los Estados Unidos de América, de 1879 a 1880. Ministro residente en los Estados Unidos de Venezuela, en 1881, y habiéndosele promovido en septiembre del propio año al puesto de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en el mismo país, funcionó como tal hasta junio de 1882.

Al transmitir estos datos el Ministerio de Relaciones Exteriores a la H. Cámara, termina la nota así:

“Creo de justicia manifestar a usted que el Gobierno reconoce la importancia de los servicios que el señor doctor Arosemena prestó al país en los diversos puestos que le fueron confiados, en consideración a su celo patriótico y demás relevantes prendas personales”.

Los estudios constitucionales, obra escrita con bastante imparcialidad, a pesar de rozarse con la política militante de las Repúblicas americanas es un importantísimo y metódico trabajo comparativo de las Constituciones, y aun costumbres civiles de las naciones que componen nuestro Continente. Campean allí la sobriedad del moralista, el criterio del filósofo y la rectitud del patriota, que honran tanto a su autor como al país a que pertenece.

Y no éste el único fruto de la fecunda inteligencia del doctor Arosemena, pues deja una obra importante, inédita, sobre el sufragio, y han visto ya la luz pública estas obras:

Examen sobre la franca comunicación entre los dos océanos, por el Istmo de Panamá;

Principios de Moral Política;

Apuntamientos para la instrucción a las ciencias morales y políticas;

Límites entre los Estados Unidos de Colombia y Venezuela; y

El matrimonio ante la Ley.

Hay entre otros un incidente sugestivo, por decirlo así que caracteriza al personaje de quien se viene hablando. Debatíase en 1884 la elección de Presidente del Estado de Panamá, y los partidos contendores vinieron a un acomodo conciliatorio, para fijarse en un solo candidato, que lo fue el doctor Arosemena residente a la sazón fuera del país. Con tal motivo, representantes connotados de ambos partidos le dirigieron una patriótica carta, en la cual le ofrecían la candidatura “deseando fundar en el Estado un Gobierno serio y respetable, que corresponda a las exigencias crecientes de la situación, restablezca el saludable imperio de las leyes y la más estricta pureza en el manejo de los caudales públicos”.

Si esta nota es honrosa para el candidato, no lo es menos en su respuesta, muy distinta de la que hubiera dado un aspirante común. Véase el más notable párrafo de esta respuesta:

“Siéndome, pues, doloroso presentar desde luego y sin ulterior reflexión aquella excusa, me reservo tomar una resolución definitiva sobre la aceptación del puesto luégo que las elecciones muestran si la mayoría de mis conciuda-

danos quiere que los sirva, para lo cual consiento en que ustedes propongan mi candidatura . . . Cuando a las elecciones me refiero, las supongo perfectamente libres, como el medio único de conocer la opinión pública, y de obtener representantes legítimos e idóneos de aquella importantísima sección autónoma de la Unión Colombiana”.

Como miembro de un partido político, el doctor Arosemena se mostró siempre tolerante y circunspecto. Sosteniendo sus opiniones por la prensa, empleó un lenguaje franco, especialmente para con sus copartidarios. Puede citarse su estilo, aún hoy, mismo como muestra de corrección y de severo reproche a sectarios apasionados. Si su partido hubiera atendido a los bien intencionados consejos que le dió por la prensa periódica, acaso habría evitado muchos desastres el país. La trasmisión del poder se habría efectuado pacíficamente; las reformas demandadas de una manera imperiosa por la opinión pública, se habrían implantado al favor de una discusión, elevada y patriótica, que es lo que una política previsora y prudente aconseja en todo tiempo. Los siguientes conceptos tomados de un artículo del doctor Arosemena publicado a principios de 1884, confirman estas aserciones a la vez que muestran su rara visión política y la alteza de sus miras.

“Pretender perpetuarse en el poder, sería incurrir una vez más en la insensata ilusión que tan ~~factos~~ ha sido a los partidos injustos y a los dictadores obcecados. Contar con lo natural y probable, y aun lo justo, que también es natural y probable, es pura y simplemente usar del sentido común. El esfuerzo de luchar contra el derecho y el interés legítimo (otro nombre del derecho de nuestros rivales) en cualquiera esfera social, cuesta mucho y vale poco. No tan sólo es precaria la posesión de lo guardado por el fraude y la violencia, sino azarosa, preñada de sacrificios, de sinsabores y aún de remordimientos, cuando la perversión moral no ha ido hasta perder aquel saludable

aguijón. Gozarse del presente, sin pensar en/mañana cu- /yo despertar puede ser muy amargo, es propio de todas las inmoralidades . . .”

“Si, al contrario, resolviese (el partido conservador) o le obligáramos a hacer la reforma, ¿cómo la haría? Naturalmente en el sentido de sus principios; y si su triunfo hubiera sido completo, incurriría, a su turno, en la ceguedad del *absolutismo*. De consiguiente, ya sea que usara de la espada de dos filos, en que se convierten todas armas ofensivas en manos de la imprevisión, ya que la cambiase por otra de su propia hechura, el interés evidente del partido liberal es adelantarse a sus adversarios políticos, invitarlos a revisar de acuerdo la Constitución de la República, nuestra patria común, emprender la reforma con espíritu fraternal y justiciero, dar a todos los partidos interés en mantener las instituciones así formuladas. Entonces, y sólo entonces, podremos dedicarnos con toda confianza al goce de los derechos asegurados y al desarrollo de nuestros grandes recursos industriales . . .”

Las opiniones de los hombres superiores, que han tenido influencia decisiva en los destinos de su patria, merecen acatamiento, y deben ser materia de estudio, puesto que han de servir de pauta, siquiera sea a la posteridad, especialmente cuando han recibido la sanción de una experiencia costosísima para los pueblos. No se extrañe, pues, que aun cite algunos pasajes que puedan llamarse, con verdad, aforismos del doctor Arosemena, para completar su fisonomía moral y política, dando así las pruebas de que puede presentársele como ejemplo de altas virtudes morales, digna de toda veneración, como muy bien lo expresa uno de los considerandos del proyecto de ley que honra su memoria, presentado por 51 honorables representantes. Lo que él enseñó como escritor y practicó como ciudadano, es, en efecto, meritorio y digno de ser imitado por los que se hallan en posesión de medios eficaces

para influir en la marcha de la sociedad. Hé aquí lo que decía a sus copartidarios, tratando de la reforma constitucional que estimaba necesaria para evitar la guerra y la anarquía política que trajo consigo la Constitución de 1863 y en presencia del fraccionamiento del partido liberal:

“Su verdadera causa (la división de los partidos militantes) es la anulación del partido conservador, la proscripción que de consuno habían dictado de aquel partido; de suerte que por una ley providencial recibían el castigo allí mismo donde cometían el delito. Refiérome principalmente a la época transcurrida entre los años de 1869 a 1881. El partido conservador tuvo candidatos propios para funcionarios ejecutivos, mientras creyó que se le permitía, y en efecto, se le permitió, sufragar. Después de 1868 pudo apercibirse de que los liberales, unidos hasta 1875, no le permitían tomar cartas en el juego sino a condición de que perdiese, y desde entonces se abstuvo . . .

“El interés visible de ambos, como de la República, es que la *verdad del sufragio*, preconizada teóricamente por uno y otro, se lleve a efecto; que las *elecciones* no se hagan en las alcobas de los caciques Presidentes de los Estados; que se den garantías a la emisión del sufragio, y se computen los votos y se declare una elección, *aunque sea* en favor de los conservadores. Es decir, que necesitamos pura y llanamente realizar las promesas constitucionales, cumplir las leyes y hacer justicia a todos . . .

“La propaganda legal y razonada, ganará prosélitos, hoy a un partido, mañana a otro. Volviendo alternativamente cada uno a la oposición, evitará por un lado la corrupción inherente a una larga posesión del poder, y por el otro se retemplarará en la humilde pero saludable posición de gobernado censor . . .

“Organicemos las elecciones de manera que expresen la voluntad nacional, que sean vigiladas por la opinión y

que de su pureza responda el Gobierno de la República. Usemos, en fin, de la razón, del patriotismo, por sobre el orgullo individual y de partido. Y aún pueden todavía lucir hermosos días para nuestra patria, de cuya reputación, hoy comprometida, debemos hacernos celosos . . .”

\* \* \*

De más antigua data podemos tomar opiniones del doctor Arosemena en materia de organización fundamental y de orden público, algunas de las cuales están consignadas en la Constitución de 1886. En su ya citada obra de *“Estudios constitucionales”*, se encuentra el siguiente pasaje, que condensa la doctrina netamente conservadora, y que, por lo mismo, es imposible que deje de consignarla aquí:

“Busquemos en el orden constitucional, y sólo allí, la solución de todas las cuestiones ardientes que con tanta facilidad se someten hoy a la decisión de las armas. Sin un propósito firme de los hombres influyentes en la política colombiana, la guerra, convertida en situación normal, y a la que ya se debe harta ruina y harto descrédito, acabará por barbarizarnos. Nada más triste que el círculo vicioso en que giran los aspirantes al poder, empeñados en subsistir, por la guerra, en un tesoro público que la guerra mantiene exhausto. Empiece la paz, la paz a todo trance, a levantar la industria, a minorar los gastos, a organizar la hacienda, a crear el crédito, a formar el tesoro y con estos elementos administren la cosa pública los llamados por sus aptitudes, según la Constitución y las leyes. Fuera de estas nociones, triviales, es verdad, pero olvidadas o desestimadas en Colombia, no tardaremos en tocar la sima a donde lleva con rapidez el ominoso plano inclinado que recorreremos”.

No fue él partidario de la persecución del clero católico, mucho menos por supuestas faltas, o por vía de me-

didadas preventivas, injustas. Su doctrina sobre relaciones de la Iglesia y del Estado, las coloca en dos extremos: o la adopción de una Iglesia nacional, patrocinada eficazmente por el Gobierno, o la absoluta libertad de todas las sectas. “Cuando no se cree —son sus palabras— conveniente u oportuno el primer arbitrio, hay que entregarse confiadamente al segundo. . . .” “Toda medida preventiva y excepcional tomada contra el clero, es odiosa y ocasionada a disturbios que vale la pena evitar”.

Termina la obra ya citada con una plegaria a Dios, después de consignar sus aprehensiones sobre la futura suerte de los países latinoamericanos, por la facilidad con que se elude el cumplimiento de las leyes que se impone como deber moral a gobernantes y gobernados.

Un profundo desaliento parece apoderarse del pensador que, al fin de tantos años de lucha, no sólo desespéra de ver llegar a su patria al colmo de sus sinceras aspiraciones, sino que vislumbra oscuros horizontes para ella. Lo que sigue debe considerarse, en efecto, como cláusula final de un testamento político de grande enseñanza para la posteridad, y que exige serias y profundas reflexiones para el período de vida política que estamos recorriendo, quizás por caminos tortuosos e inusitados.

“Relacionadas entre sí las ciencias, y en especial las que pertenecen a un mismo orden, tocamos necesariamente con la moral, cuando de la política tratemos. Y en efecto, sería incompleto un comentario sobre la marcha constitucional de un país, si no se mostrase, al propio tiempo, cómo la ausencia de la moral política puede frustrar los efectos de las constituciones, que no son, ni pueden serlo, extranjeras. Un país, cuyo gobierno se halla regularmente constituido puede encontrarse en una de estas condiciones político-morales”.

“1º Quedan las leyes sin cumplimiento, y son, por tanto, una hipócrita e impotente manifestación, a falta de opinión pública que las sostenga. Y esto puede nacer de incuria o de atonía moral; fruto de un largo despotismo, o de la multiplicación de razas y sectas que no alcanzan a formar una opinión nacional uniforme sobre los pocos asuntos que a todos conciernen indistintamente.

“2º En la espaciosa región política sobre que la administración pública se ejerce, dentro de la ley, con una gran libertad de acción, cúmplase la ley literalmente, pero con impericia o con miras de favor a individuos, compañías, sectas, partidos o localidades, sacrificando en proporción los intereses comunes.

“3º Cúmplense las leyes por punto general; pero cuando afectan intereses parciales de secta o de partido, se les tuerce en su aplicación, dándoles el sentido que favorezca a la parte dominante, o son infringidas abiertamente, alegándose suprema necesidad, o se las elude con fraude, aparentando cumplirlas . . .”

Después de manifestar que los Estados latinoamericanos han salido yá (aunque dejando algunos vestigios) del primer período y hállanse en plenitud de los otros dos, concluye así:

“Desgraciadamente no es asunto que pueda despacharse con manifestar un deseo. La escala de la civilización tiene que recorrerse por los pueblos, subiendo todas sus gradas sin que la impaciencia mejor intencionada pueda acelerar la ascensión.

“¡Pues dichosos yá los que no pertenecen a la gran mayoría, condenada a fatídico estancamiento, cuando no a la absorción por la conquista! Si estará destinada la América tropical a idéntica condición que las regiones similares del antiguo mundo? Al contemplar la posibilidad de tamaño infortunio para nuestra patria, el espíritu se anu-



bla y el corazón se oprime. Plegue a Dios que antes de cerrar los párpados al sueño eterno, veamos algunos hechos incontrovertibles que disipen nuestras tristes preocupaciones”.

Falleció el doctor Arosemena el 23 de febrero del corriente año en la ciudad de Colón y en el seno de la Iglesia Católica. Sus restos fueron trasladados a su ciudad natal, en donde, suntuosas exequias, numeroso séquito, generales y espontáneas manifestaciones de condolencia, mostraron cómo un pueblo agradecido sabe tributar solemne y merecida ovación a su benefactor.

Deja el eximio hijo de Panamá a su digna esposa enferma y casi en la indigencia, epílogo honrosísimo de 79 años de vida consagrada al servicio desinteresado de la sociedad, al estudio de sus necesidades morales y políticas y a procurar el progreso y la honra de la amada patria. Jamás entró en su noble corazón el cálculo del sórdido interés para obtener medros a favor de las consideraciones que mereció de sus conciudadanos y de los altos puestos que ocupó.

“Los hombres de esta especie, —según Smiles,— son la verdadera savia de la nación a que pertenecen, porque la elevan y la sostienen, la fortifican y la ennoblecen, y esparcen sobre ella la gloria del ejemplo que le han legado. El nombre y la memoria de los grandes hombres, son la dote de una nación . . . Un país no puede perderse cuando siente que tan gloriosos testigos le contemplan. Son ellos como la sal de la tierra, así en la muerte como en la vida. Lo que ellos han hecho, sus descendientes tienen el deber de hacerlo, y su ejemplo sirve a su Patria de estímulo y de incentivo para los que tienen el valor de imitarlos”.

Comprendo, honorables Representantes, que el fin que os propusisteis al adoptar, casi por unanimidad; el proyecto de ley “que honra la memoria del doctor Justo Arosemena” no fue manifestar una estéril generosidad. Pláceme reconocer que están en nuestra mente el sincero propósito de presentar a la República ejemplos que avigoren el sentimiento patrio y eleven el carácter nacional, a fin de que la sociedad no se hunda en el caso de la degeneración de las costumbres, por la pérdida de las virtudes de sinceridad, integridad y justicia, de que se ve amenazada, a causa del exagerado egoísmo individual, y de la desenfrenada inclinación a los goces materiales.

Por mi parte, encuentro en la vida del ilustre panameño, altas dotes que ofrecer como digno ejemplo a sus conciudadanos, a pesar de que las veo desde un campamento distinto al que él ocupó en la arena de la política: y debo declarar aquí que esto mismo es lo que me ha obligado a hacer un estudio detenido de su vida pública, a fin de ilustrar mi juicio y poder dar una opinión consciente e imparcial, en cuanto es posible, acerca del citado proyecto de ley que se me hizo la honra de encomendar para segundo debate.

No obstante, por fortuna para mí, la opinión adversa que he dado a la interpretación de las Cámaras Legislativas, al inciso 5º del artículo 78 de la Constitución, tratándose de la parte del proyecto que se refiere a erogación pecuniaria; pues cursa otro en la Honorable Cámara de Representantes, que de cierto modo, llena la formalidad constitucional. Sobre él me cupo la satisfacción de informar para segundo debate, y a sus disposiciones deben amoldarse la expresada erogación que, en tal concepto, no tengo inconveniente en aceptar.

Es, por tanto, incontestable la justicia que también en esta parte asiste a los autores del proyecto, como es de-

bida y conveniente su adopción en todas sus partes. Al aceptarlo, la respetable viuda del doctor Arosemena no debe considerar que recibe una gracia, sino la más merecida, aunque incompleta, retribución de invaluables servicios de su esposo.

\* \*  
\*

Como resultado de las anteriores consideraciones, cábeme la honra de proponer a la H. Cámara de Representantes, que se sirva adoptar en segundo debate el proyecto de ley “que honra la memoria del doctor Justo Arosemena”.

Bogotá, octubre 24 de 1896.

Honorables Representantes.

ABRAHAM MORENO.

---

Es copia.—El Secretario auxiliar, RUDESINDO GOMEZ A.—Anales de la Cámara de Representantes de 18 de Noviembre de 1896.—Número 66—Página 627.



BOLETIN  
DE LA  
ACADEMIA PANAMENA  
DE LA  
HISTORIA



Año V - No. 14  
JULIO DE 1937

---

PANAMA-1937  
Imprenta Nacional  
Req. 1366



# BOLETIN DE LA ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA

Director: JUAN ANTONIO SUSTO

Toda correspondencia deberá dirigirse al Secretario Perpetuo de la Academia Panameña de a Historia,  
Apartado 973.—Panamá, República de Panamá.

Año V

Panamá, Julio de 1937

Núm. 14

## SUMARIO

	Páginas
Un Jesuita Panameño del siglo XVII, por Enrique J. Arce, Miembro correspondiente de la Academia de la Historia de Madrid y Miembro fundador de la Academia Panameña de la Historia.	239
Diplomacia Panameña en el siglo XIX, por Ernesto J. Castillero R., Miembro correspondiente de la Academia de la Historia de Madrid y Miembro de número de la Academia Panameña de la Historia.....	245
Resumen Histórico.—La cuestión de Castas, por José Domingo Espinar, General de Brigada, Secretario del Libertador, Médico y Gobernante de Panamá.....	261
Documentación inédita del Congreso de Panamá (1826).....	283
Las Bases Navales de América Central, por Francisco Peña Trejo, Doctor en Medicina de las Facultades de El Salvador y París	329
La viuda de Balboa y su trágico destino.—Carta de don Ernesto J. Castillero R. al Director del <i>Boletín</i> .....	395

NOTA.—A partir del presente número no figurará la Advertencia del Director en esta página, sino al comienzo de cada trabajo.





# UN JESUITA PANAMEÑO DEL SIGLO XVII

Por

ENRIQUE J. ARCE

(Miembro correspondiente de la Academia de la Historia  
de Madrid y Miembro fundador de la Academia Panameña  
de la Historia).



Don Enrique J. Arce, académico fundador, nos ofrece en las siguientes páginas una breve biografía del Hermano Hernando de la Cruz.

Ya el señor Arce inició en el primer número de este "Boletín" la publicación de la vida de Don José de Obaldía, la cual dejó sin terminar debido a que dedica, en la actualidad, toda su atención a la impresión del II volumen del "Compendio de Historia de Panamá" (1775 a 1908).

La figura del Hermano Hernando de la Cruz ha sido desconocida entre nosotros y gracias a nuestro profesor de historia, señor Arce, sale a la luz pública por primera vez.

\* \* \*

El istmo de Panamá, a pesar de su pobreza y escasez de población durante la época colonial, produjo algunos hombres notables, de los cuales no pocos ocuparon en el exterior posiciones distinguidas. Entre todos ellos descuelan tres por sus relevantes méritos; un religioso, Francisco de Ribera, poeta teólogo y pintor, un jurisconsulto, Manuel José de Ayala, y un médico, Sebastián José López Ruiz. La cuna de estos tres varones eminentes fue la ciudad de Panamá.

Narremos a grandes rasgos o sea sucintamente la vida del primero por ser completamente desconocida en nuestro país, aun entre la gente estudiosa.

El verdadero nombre y apellido del Hermano Hernando de la Cruz es Francisco de Ribera. Nacido en 1591 de padres nobles y ricos tuvo una esmerada y sólida educación; comenzó sus estudios en Panamá y los terminó en Quito. Desde su niñez se dedicó a la poesía, a la esgrima y a la pintura, artes en las cuales sobresalió. Unas vacaciones de colegio las pasó en su ciudad natal; pero cuando regresó nuevamente a Quito llevó consigo a una hermana que había resuelto entrar de monja al monasterio de Santa Clara. Después de enclaustrarla continuó Ribera

sus estudios universitarios; desgraciadamente el año en que estaba para terminarlos tuvo una molestia con cierto caballero muy pendenciero que lo desafió. Aceptado el reto marcharon los contendientes a las afueras de la ciudad para batirse; el duelo fue a espada y aunque el quiteño era muy diestro en la esgrima recibió del panameño una herida mortal. Este hecho doloroso afectó tan profundamente a Ribera que en el acto abandonó para siempre la vida mundana, quemó todas sus composiciones poéticas, dirigióse al convento de los jesuitas en Quito y le suplicó al jefe de la comunidad que le permitiera entrar como religioso lego a la Compañía de Jesús. Fue admitido con el carácter de simple Hermano Coadjutor temporal.

Francisco de Ribera cambió entonces su nombre y apellido por el de Hernando de la Cruz. Aunque su lira enmudeció, no dejó de manos el pincel; más tarde, cuando llegó a ser un consumado maestro en el arte de la pintura se le permitió abrir la cátedra de dicha materia en el colegio de la Compañía. Atraídos por la fama del panameño acudieron a Quito numerosos jóvenes procedentes de casi toda la América española para recibir sus lecciones. Los resultados fueron tan satisfactorios, que al cabo de pocos lustros logró Hernando de la Cruz formar numerosos discípulos.

A los veintitrés años de estar en la Compañía volvió a escribir versos por orden de sus superiores. Tanto sus poesías como sus cuadros pictóricos versan sobre asuntos religiosos. La mayoría de los cuadros que adornan hoy el templo y el colegio de los jesuitas en Quito son debidos al pincel de Hernando de la Cruz.

Este poeta y pintor era también un consumado teólogo. Con frecuencia lo pedían en los diversos monasterios de religiosas para consultarle las monjas sus dudas.

Las personas más doctas del clero regular y secular de Quito lo visitaban a menudo para departir con él arduos problemas filosóficos y teológicos. A propósito de esto último cuenta el P. Jacinto Morán en su *Vida de la Beata Mariana de Jesús*, virgen quiteña, que a la celda del humilde hermano Hernando de la Cruz acudían no sólo los maestros y teólogos de la Compañía de Jesús sino también los de las otras órdenes religiosas a consultarle los puntos y dudas más arduos de Teología, hallando siempre en las respuestas que les daba la más plena y satisfactoria solución. A pesar de tener Mariana de Jesús por confesores a teólogos de gran fama, fué Hernando de la Cruz—según el Arzobispo González Suárez—“su guía y consultor en el arduo y arriesgado camino de la santificación”. Esta inmaculada mujer falleció en 1645.

El tiempo que a Hernando de la Cruz le dejaba libre su cátedra de pintura lo dedicaba a la oración, al estudio, a la penitencia y a la meditación.

Su muerte acaecida en Quito el año 1646 conmovió dolorosamente a toda la sociedad; pues se le quería se le admiraba y se le respetaba. Los padres mercedarios pidieron permiso para costearle los funerales; y concedido que fue se los hicieron suntuosos.



DIPLOMACIA PANAMEÑA EN EL  
SIGLO XIX (1841)

Por

ERNESTO J. CASTILLERO R.

(Miembro correspondiente de la Academia de la Historia  
de Madrid y Miembro de Número de la Academia  
Panameña de la Historia).





Termina en el presente número el Profesor Ernesto J. Castillero R., su trabajo "Diplomacia Panameña en el Siglo XIX", que ha venido publicándose en los dos números precedentes.

El Profesor Castillero R., miembro de número de esta Academia, es bastante conocido en los campos de la historia, por sus publicaciones, ya hechas en el libro y en este mismo "Boletín". En la actualidad desempeña en la administración pública el delicado cargo de Inspector General de Enseñanza Primaria y Profesor de Historia en varios planteles de enseñanza secundaria.

\* \* \*

### III. EL INCIDENTE DEL REY MOSQUITO

Inglaterra tuvo excelentes oportunidades de asegurarse la posesión del Istmo de Panamá, pero no supo aprovecharlas. Cuando la colonización de *Nueva Caledonia*, por ejemplo, le faltó la visión del futuro y cerró los oídos a las indicaciones prudentes de Guillermo Patterson que sí conoció intuitivamente el porvenir del Istmo; cuando los piratas británicos se enseñorearon del Darién y establecieron el tráfico terrestre entre los dos mares con la ayuda de los indios que les eran muy adictos; cuando Nueva Granada en distintas ocasiones le brindó la protección de esta sección de su territorio, etc. Los tiempos aquellos eran tan remotos en relación con los que corren, en que el desenvolvimiento comercial ha hecho necesario el canal, y el Gobierno de Saint James veía tan corto con respecto a su futura potencialidad naval, que no es de extrañar esta indiferencia por poseer o simplemente controlar el Istmo panameño. Pero las cosas cambiaron, y nuevos hombres sustituyeron a los estadistas de antaño y cuando los políticos ingleses vieron claro y se decidieron a hacerse dueños de la probable vía interoceánica ya otros intereses en relación con esta misma vía se habían interpuesto en su camino y su diplomacia se estrelló contra la aprensión colombiana que los juzgaba ya

un peligro para su integridad. Entonces el *Foreign Office* recurrió a medios poco serios, más bien ridículos, como el del famoso *Rey de los Mosquitos* que no podía darle resultado alguno favorable. Un incidente con este *soberrano* de comedia es el que nos proponemos mencionar aquí al hacer historia de nuestra diplomacia de hace un siglo porque provocó la actitud enérgica de la Cancillería panameña entonces. El Rey Mosquito fue mera patraña inglesa para recibir una pseudo concesión en su territorio enclavado en la costa atlántica de Nicaragua, con el objeto de asegurar derechos de prelación sobre la proyectada vía interoceánica de Centro América. Pero no conforme con esta pantomina que respaldó con su escuadra, puesta en práctica por súbditos suyos y aleccionados desde Londres, pretendió el *Foreign Office* inglés obrar de modo semejante en el Istmo de Panamá y al efecto, alegando extensión hasta acá de los derechos soberanos del degenerado y ridículo reyezuelo, con la farsa del exótico monarca y en su compañía, bajaron funcionarios ingleses de Belice en una expedición hasta Bocas del Toro. Acaeció esto en 1841. Naturalmente, las autoridades panameñas no podían tolerar atropello semejante y protestaron como era de su deber ante el funcionario que en el Istmo representaba los intereses británicos, quien lo era el Vice-Cónsul por ausencia del Cónsul. Panamá no había acreditado representante diplomático en Londres como lo tenía en San José y en Washington.

El documento que transcribimos de nuestra Cancillería fue publicado en la "*Gaceta del Istmo*" N° 12, de 30 de Octubre de 1841, de donde lo tomamos para darlo a conocer a nuestros lectores. Dice así:

#### "ESTADO DEL ISTMO

*Secretaría de Hacienda y Relaciones Exteriores.*

*Panamá, octubre 4 de 1841*

*Señor Procónsul de su Majestad Británica,  
Ciudad.*

*El infrascrito tiene el sentimiento de dirigirse esta vez al señor Procónsul Británico, para instruirlo de ciertas ocurrencias desagradables que han tenido lugar en el mes de agosto próximo pasado en Bocas del Toro, a consecuencia de la llegada a aquel puerto de la corbeta de S. M. B. "Tweed", las cuales se hace necesario poner en conocimiento del gobierno de la Gran Bretaña por la trascendencia de los hechos a las futuras relaciones de entre ambos.*

*El gobierno del Istmo ha considerado de importancia evitar cualquier motivo que perturbe la buena inteligencia con el Gabinete de Saint James, y con este fin el infrascrito ha dirigido una comunicación al Gobernador de Jamaica exponiéndole los hechos a que aludo, y lo hace hoy al señor Procónsul en uso del derecho que conceden los principios internacionales, para que se le esclarezcan las cuestiones de un modo propio de la civilización y de la justicia.*

*Por los documentos oficiales que se han recibido, aparece que el 17 de agosto último se presentó en el puerto de Bocas del Toro la mencionada corbeta "Tweed" mandada por el señor H. D. C. Douglas, y conduciendo a bordo al Superintendente de Belice, Coronel señor Alejandro Mac Donald, el titulado Rey de los Mosquitos, señor Carlos Roberto Federico, y su Secretario señor Tomás Hailly. Desde su llegada comenzó a rugir allí que llevaba por objeto disputar aquel terreno como propiedad mosquito, se comunicó esto mismo en nota y aún se lo manifestó privadamente al señor Pedro S. Esquildsen, Administrador de Aduana de aquel puerto, por el Comandante del buque y demás personas que conducía, asegurándole que bajo el carácter amigable iban a descubrir la deliniación de las antiguas tierras pertenecientes a la Nación Mosquito y llevar a su gobierno una razón cierta para hacer un arreglo con el de*

*Nueva Granada por medio de negociaciones diplomáticas. Si así se hubiera procedido, nada habría hoy que querellar respecto de esto; pero más luego, según los documentos citados, algunos naturales de San Andrés, que se suponen ingleses y que son vecinos de aquellas islas se dirigieron a la corbeta, pidieron la protección de su gobierno, y desobedeciendo en seguida a la autoridad a que estaban sometidos, so pretexto de ser ilegalmente constituídas en virtud de que aquellas tierras no eran del Estado. Con este motivo las autoridades y las leyes han sido ultrajadas como lo verá el señor Procónsul en las copias autorizadas que le adjunto.*

*Extraños han sido para el gobierno del Istmo tales proceder es así como el saber por uno de los documentos que le envió que la misma corbeta hubiera protegido bajo su bandera a una balandra nombrada "Victoria" que se presentó a aquel puerto con el pabellón que se dijo ser del gobierno Mosquito, y que su Capitán, el señor Pedro Shepher, se negó a cumplir con las leyes del país, resistiéndose a la visita del buque y a presentar la patente de navegación.*

*Espera el infrascrito del señor Procónsul que comunicará estos acontecimientos a su gobierno reconociendo la justicia que le asiste al del Istmo y que de su resultado se servirá instruir a esta Secretaría de Relaciones Exteriores. El infrascrito tiene el gusto de ofrecer al señor Procónsul Británico los sentimientos de distinguido aprecio y consideración con que se suscribe su muy atento y seguro servidor.*

(fdo.) *Mariano Arosemena*".

La actitud de descomedimiento del gobierno inglés y su injustificada conducta en Bocas del Toro llamó la atención de quienes tuvieron conocimiento de ella. En los archivos de Quai d' Orseay de París existe un comunicado del Vice-Almirante francés, Sr. Arnous, jefe de la estación

naval de la isla de Martinica, Antillas, en que se relata en detalle el suceso que nos ocupa. Este curioso documento, reservado hasta recientemente en los archivos del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia, por constituir una original página de nuestra historia merece ser conocido en nuestro país. Dice así:

*“Estación Naval de las Antillas.—A bordo de la fragata de Su Majestad “L’Armide”. Rada de Port Royal (Martinica).—12 de diciembre de 1841.*

Señor Ministro: Habiendo recibido de Panamá noticias recientes con fecha 21 de septiembre, cuyo conocimiento puede interesar a la política de Francia, me apresuro a transmitir a V. E. los informes que me han llegado con relación a los sucesos que acaban de cumplirse en la república de la Nueva Granada, los cuales han tenido por teatro principal la Provincia de Bocas del Toro.

Hace algún tiempo circulaba en el puerto de este nombre el rumor de que un barco de guerra inglés debía conducir allí al Rey Mosquito; y en efecto, el 17 de agosto se divisó a cierta distancia del muelle un gran navío cuya presencia despertó sospechas por la demora que ponía en llegar a su destino. Después de un tiempo de discusión las autoridades resolvieron enviar a bordo la visita de la Aduana. Fue ésta bien recibida y se encontró que la nave había encallado en el banco que cierra la entrada del puerto. Se hallaban a bordo: el Coronel de artillería Charles McDonald, Superintendente de Belice, posesión inglesa en la costa de Honduras, con su secretario P. Walker, el pretendido Rey de Mosquitos, Carlos Roberto Federico, acompañado de un señor Hailly, su secretario, y el antiguo traficante de esa comarca, Sr. Shepher. Se trataba de la corbeta “Tweed”, de 26 cañones, comandada por el Capitán D. C. Douglas. El Intendente atrás mencionado previno al administrador de la aduana que al día siguiente tendría

el placer de hacer visita a la primera autoridad del lugar para exigirle el motivo de su venida. Con esta declaración, la visita de aduana se retiró.

Al día siguiente las autoridades inglesas bajaron a tierra y se dirigieron a casa del administrador de la aduana, señor Pedro Esquildsen, a quien rogaron acompañarlos en calidad de intérprete ante el Jefe político. Una vez en presencia de este funcionario, el Superintendente le hizo saber que su venida a ese puerto podía considerarse como una simple visita, ya que no tenía otro fin que ver la localidad y cerciorarse de sus límites verdaderos para entrar luego en negociaciones con el gobierno de la Nueva Granada relativas a la parte del territorio que el Rey de Mosquitos reclama como de su pertenencia y que halla ocupada por dicho gobierno. Manifestado esto, se retiraron y recorrieron los diversos barrios de la ciudad. Al medio día, hallándose el navío a flote se dispararon 21 cañonazos en honor del Rey de Mosquitos, aliado de S. M. Británica y el pabellón mosquito, hasta entonces desconocido, fue enarbolado en el palo de trinquete. Se repitió el mismo saludo el 22 del mismo mes de agosto cuando la corbeta levó anclas para hacerse a la vela.

Antes de su partida se hizo observar al Superintendente que con una simple comunicación verbal no se podía dar cuenta al Gobierno de su venida al puerto ni de las pretensiones del Rey de Mosquitos. Al principio declaró que no le era dable entrar en comunicación oficial con las autoridades del lugar, pero después se decidió a dirigir a los señores Bustamante y Esquildsen la nota siguiente:

*“Bahía de Almirante, Bocas del Toro, 19 de agosto de 1841.—Señor: De conformidad con la solicitud de ustedes, y a fin de ponerlas en posesión de un documento oficial que puedan trasmitir al Gobierno en relación con mi paso por este puerto, debo observar a*

*ustedes que el objeto de mi visita a esta costa ha sido comunicar un mensaje de S. M. B. al Rey de la Nación Mosquitia, su aliado, y reconocer los límites justos de los dominios mosquitos. Las informaciones que he podido tomar serán comunicadas sin demora a quien corresponda, y espero que se llevará a cabo un arreglo de límites tan pronto como la naturaleza del asunto lo permita. Con todo, siendo todavía esta plaza un territorio en litigio, cuyos habitantes son en su mayoría ingleses de origen o por alianza, y habiéndose colocado ellos mismos bajo la protección del Rey Mosquito, estoy perfectamente seguro, dado el candor y la libertad de los sentimientos que ustedes me han expresado que, mientras el punto se decide, ustedes evitarán cuidadosamente todo acto perjudicial a los súbditos británicos que pudieran malquistar al Gobierno de la Nueva Granada con la Gran Bretaña. Tengo el honor de suscribirme, etc.—(fdo.) MACDONALD”.*

Habiendo preguntado el señor Esquildsen por qué esta nota no iba dirigida a la primera autoridad del lugar y por qué si había preferido dirigirla a los destinatarios nombrados, no se hizo con carácter oficial al Jefe Político y al Administrador de la Aduana, la respuesta fue que ello no era posible porque el Gobierno inglés no podía considerar legítimamente constituidas a las autoridades de Bocas del Toro, ya que en la Nueva Granada habían creído conveniente apoderarse del dominio ajeno y establecer allí autoridades; que este era el motivo que tenía el Superintendente para dirigir su nota en forma individual al mencionado señor.

Satisfechos de tales explicaciones, los funcionarios del lugar no dudaron un solo instante de la buena fe que las dictaba; pero después que salió la corbeta quedaron aterrados al saber que los visitantes habían tenido dos juntas populares clandestinas en las cuales lograron seducir a los

habitantes, aconsejándole no jurar la Constitución del *Estado del Istmo*, no respetar a las autoridades establecidas en el país, ni cumplir sus leyes y no pagar a las Cajas públicas ningún derecho o contribución. La población se ha rebelado; todos los habitantes sin excepción declaran que son súbditos del Rey de Mosquitos y cuentan con la garantía de que la corbeta regresará dentro de cuatro meses con el fin de enarbolar el pabellón mosquito en este territorio. Según su Comandante, esta corbeta ha sido recibida del Comandante en Jefe de la estación naval de Jamaica la orden de ponerse a la disposición del Superintendente de Belice para conducirlo junto con su comitiva donde quiera lo juzgue conveniente.

El Rey de Mosquitos era un hombre de unos 25 años: su complexión es la de los indígenas, aunque no tiene en el rostro las manchas que generalmente se observa en el de los naturales de esta costa. Habla un mal inglés y apenas sabe firmar. Cuando alguien le dirigía la palabra, le daba el nombre de King (Rey) sin ningún otro calificativo.

Su Majestad llevaba un traje burgués con cuello rojo y comía en la mesa del Comandante de la corbeta con el Coronel MacDonald. En todas las visitas hechas en tierra, el Rey se mantenía siempre detrás y no tomaba parte alguna en la conversación. Mientras se encuentra un reino y súbditos, Su Majestad Británica ha concedido a su ilustre aliado el Rey de Mosquitos una pensión de veinte libras esterlinas por mes en reemplazo de la lista civil. Su Majestad ha fijado su residencia en los alrededores del Cabo de Gracias a Dios, donde los ingleses le han hecho construir una casita. El pabellón nacional izado a bordo de la "Tweed" cuando la corbeta hizo el saludo real, lo formaban doce fajas horizontales blancas y azules, alternadas y sobre las seis bandas superiores del lado de la driza, destacase el escudo inglés.



No sería tal vez fuera de lugar recordar a V. E. que en los primeros meses de 1840 Inglaterra abrió negociaciones con Méjico para obtener la cesión de las dos Californias a partir del 42º de latitud norte, en una extensión de costas de más de mil millas que incluía la Península de California y todos los puertos del mar Colorado. Los ingleses querían ir, según se decía, hasta más allá del río Grande y no detenerse sino en los confines de las posesiones rusas. Parece que esta negociación no se ha abandonado, y el Cónsul inglés en Panamá, quien salió en uso de licencia para Londres hace unos siete meses, declaraba que la realización de tal compra por Inglaterra, obligaría a esta potencia a tomar al Istmo bajo su protección inmediata. En medio de las dificultades y trastornos producidos por la separación de los Estados que integran el Istmo de la Nueva Granada, y como consecuencia de los hechos que me ha sido honroso señalar, posiblemente V. E. juzgará oportuna la presencia en Panamá de un Agente Consular que pueda proteger nuestros intereses. Sin duda lo determinará así V. E. cuando conozca las pretensiones que abriga Inglaterra y cuando sepa que todos los despachos de los diversos consulados del Mar del Sur para el Ministerio de Negocios Extranjeros llegan a aquella ciudad bajo cubierta de un extranjero, M. A. Moul, que desempeña estas funciones desde hace cuatro años. De otra parte, la influencia de éste como representante del Gobierno francés no puede menos que debilitarse por la circunstancia de tener interés en la empresa fundada para abrir la comunicación con el Mar del Sur.

Dada la situación actual del país, que hace imposible, por así decirlo, las comunicaciones con Cartagena y Bogotá, convendría que el representante que se enviara a Panamá pudiera mantener correspondencia directamente con el Ministerio, quedando independiente hasta

cierto punto del Encargado de Negocios ante el Gobierno de la Nueva Granada, al menos por todo el tiempo que se necesita para al restablecimiento de la tranquilidad.

(fdo.) LE VICE-ALMIRAL, *R. ARNOUS*".

Por su parte, el Gobierno de la Nueva Granada, aunque prácticamente el Istmo formaba por este tiempo una entidad independiente, como antes se dijo, se creyó con derecho a formular por intermedio de su Agente diplomático en Londres, una enérgica protesta por la descarada violación del territorio que juzgaba perteneciente a su entidad nacional. Este incidente diplomático está narrado en la Memoria que el Ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Joaquín Acosta, presentó al Congreso de 1845, de donde tomamos lo pertinente al tema que desarrollamos aquí.

"Entre los asuntos más importantes ventilados en Londres por nuestro Agente diplomático, está el reclamo contra el apoyo que el gobierno de S. M. Británica ha dado a la injusta pretensión de usurpar una grande extensión de la costa de Nueva Granada, que comprende desde las Bocas del Toro o Bahía del Almirante hasta el Cabo de Gracias a Dios. El Gobierno granadino se quejó oportunamente al de S. M. Británica por haberse prestado el Superintendente de Belice y el Comandante de la fragata de guerra de la Marina Real, la "*Tweed*" desde fines de 1841 a llevar bajo el amparo del pabellón británico, y desembarcar ocasionalmente, un mestizo a quien daban el título de Rey de los Mosquitos, haciéndolo tomar posesión nominal de ciertos puntos de aquella costa y desplegar una bandera de reciente invención, que llamaban de los Mosquitos, con otros actos en los cuales pudiera no hacerse alto si el Secretario de Relaciones Exteriores de S. M. Británica no hubiera declarado verbalmente a nuestro Encargado de Negocios en Londres que aunque la nación Mosquito conti-

núe hoy como ha estado desde tiempo remoto, bajo cierta especie de tutela del gobierno británico, éste no pretendía hacer nada contrario a los justos derechos de los Estados vecinos.

Tal declaratoria, y el haberse calificado por primera vez de nación independiente a tribus indígenas dispersas, como las de los guajiros, los darienes y otras que habitan en varias partes de nuestras costas, llamó la atención del gobierno quien la consideró como una invención para manifestar y hacer valer los derechos de la Nueva Granada a aquellos territorios. En esta virtud, nuestro Agente en Londres recibió las instrucciones convenientes, y procedió en consecuencia a presentar los títulos auténticos de la Nueva Granada a la soberanía de aquellas comarcas. Esta soberanía ha sido ejercida respectivamente por España, por Colombia y por Nueva Granada en la Costa de Mosquitos, y reconocida del modo más positivo en diferentes épocas y circunstancias por la Gran Bretaña y por actos solemnes internacionales, como son los Tratados con España de 1763 y 1783, y sobre todo por los artículos 1, 2 y 3 de la Convención de 1786.

A pesar de todo, el gobierno de S. M. Británica ha declarado posteriormente que reconoce la independencia de la nación Mosquito, y ha nombrado un Agente público residente en el país de los Mosquitos.

El Encargado de Negocios de S. M. Británica en Bogotá recibió orden de su gobierno para notificar este nombramiento al de Nueva Granada. En el mismo día en que se recibió esta comunicación se contestó protestando solemnemente contra este acto del gobierno de S. M. Británica.

La residencia del funcionario que acabo de mencionar en aquel territorio, va produciendo ya los efectos perniciosos al comercio extranjero con nuestras costas incul-

tas que se temían, pues acaba de imponerse un gravamen por tonelada a los buques que toquen a uno de los puertos de aquella costa, y por lo mismo ha sido preciso dar aviso a los representantes de las naciones extranjeras en la Nueva Granada, con cuyo objeto se les ha pasado una circular en la cual se vindican los derechos de la República y se advierten los perjuicios que resultan al comercio de las otras naciones, evitando al mismo tiempo todo viso de adquiescencia a actos que el gobierno no podrá consentir ni tolerar sin faltar a sus deberes.

Como esta cuestión va tomando un aspecto de inmensa trascendencia no sólo para la Nueva Granada sino también para la América entera, y como todos los altos poderes nacionales están comprometidos a cumplir la obligación sagrada de conservar inviolable la integridad nacional, e ilessa la dignidad de la República, el Poder Ejecutivo, dispuesto por su parte en todas ocasiones a llenar este deber, ha juzgado que no podía ya prescindir de dar a los representantes del pueblo cabal conocimiento de una cuestión de que ya hoy se ha apoderado la imprenta en otras naciones, y porque creyó que en un sistema de gobierno popular como el nuestro no debía por más tiempo, ni por consideración alguna, mantenerse este negocio fuera de la discusión pública”.....

Por algunos años más mantuvo la Gran Bretaña la comedia del soberano Mosquito en la América Central, donde se sucedieron los reyezuelos indígenas coronados solemnemente en un templo de Belice por un prelado inglés con la asistencia de las altas autoridades coloniales de los alrededores. Pero bajo la presión norteamericana hubo un día la diplomacia de *Saint James* de ceder y acabar con la burda comedia. Dió fin a ella el Tratado Clayton-Bulwer de 1850 celebrado con los Estados Unidos en el cual se especificó que ninguno de los gobiernos signatarios mantendría un control exclusivo sobre el futuro canal centro-americano

ni levantaría defensas militares a lo largo de él, ni ocuparía, fortificaría, colonizaría o dominaría en forma alguna a Nicaragua, Costa Rica, la Costa de Mosquitos, u otra sección de la América Central (Artículo I). De esta manera Inglaterra hizo renuncia a sus pretensiones de dominadora absoluta en el litoral Atlántico del Continente como lo estuvo pretendiendo por muchos años so pretexto de sus supuestos derechos emanados de las concesiones que le hicieron los soberanos mosquitos, los cuales no quiso circunscribir al pequeño territorio ocupado por estas tribus en las costas de Honduras, sino que aspiró a extender hasta el Darién de Panamá.

A partir, pues, del Tratado anglo-americano de 1850, el Istmo pudo ver asegurada la integridad de su territorio porque siempre fue una amenaza para Panamá la constante preocupación del Gobierno británico por controlar y dominar la ruta interoceánica que atravesaba su territorio.

---

NOTA.—En la IIª parte de este trabajo, publicado en el N° 13 del “*Boletín*”, en la llamada (5) que se insertó en la página 213, se dice que el Sr. Ricardo de la Parra fue Presidente de Colombia lo cual es un error que nos apresuramos a rectificar (E. J. C. R.).



# RESUMEN HISTORICO.—LA CUESTION DE CASTAS

Por

JOSE DOMINGO ESPINAR

(General de Brigada, Secretario del Libertador, Médico y  
Gobernante de Panamá)





El General José Domingo de Espinar autor del presente trabajo, nació en Panamá en el año de 1791. Estudió en el Colegio de San Francisco de Quito, ciencias naturales y recibió el título de Doctor en Medicina.

En Lima fue Oficial Mayor de la Tesorería de la Casa de Moneda. Ingresó en el ejército en el Cuerpo de Ingenieros, bajo las órdenes del General San Martín.

Estuvo en Guayaquil, en 1822. Bolívar lo nombró Teniente Coronel y fue destinado a la Secretaría General del Ejército. Pasó con Sucre a Lima como miembro de la Legación de Colombia en el Perú. Fue Secretario General del Libertador y Jefe del Estado Mayor General en la campaña de 1824.

Tomó participación como ingeniero en el sitio y rendición del Callao. Luego estuvo en el Congreso de 1827 (en Tunja) y en 1828 en el Consejo de Estado del General Bolívar. Fue General de Brigada. Secretario del Congreso "admirable" y dos veces rigió los destinos de su patria, Panamá, en 1827 y 1830.

Proclamó la separación del Istmo el 26 de Septiembre de 1830. Desterrado en 1831 volvió a su tierra natal en 1850, en donde ejerció la medicina. Luego regresó al Perú, estuvo en el Cuzco y murió en el año de 1862.



## RESUMEN HISTORICO QUE HACE EL GENERAL JOSE DOMINGO ESPINAR DE LOS ACONTECIMIENTOS POLITICOS OCURRIDOS EN PANAMA EN EL AÑO 1830, APELLIDADOS AHORA REVOLUCION DE CASTAS POR EL GOBERNADOR SEÑOR JOSE DE OBALDIA

---

De sus cavernas hondas i encendidas  
Arrojan los infiernos  
Al jenio que se goza  
Cuando un mortal a otro mortal destroza.  
(Mora)

## PROLOGO

*Habiéndoseme vedado toda contracción literaria por los Profesores que me han asistido en la reciente i grave enfermedad que me ha trabajado: me siento en incapacidad de corregir, moderar i dar mas orden lógico al folleto que me vi en necesidad de redactar un poco antes i publicar por mi propio honor, en impugnación de solo la cláusula que estampó el señor Gobernador Obaldía en el Parte que elevó al Gobierno Supremo por la Secretaría de guerra (sobre la fantasmagoria de la noche del 28 de setiembre de 1850) con fecha 5 de octubre último, i se halla inserto en la Gaceta Oficial de Bogotá del 17 de noviembre, número 1171; que dice así:*

*Innecesario es hablar de Espinar por ser bien conocido en la Nueva Granada como autor de la única revolución de castas que estalló en el antiguo territorio de Colombia.*

*Aunque la vaguedad e indeterminación del anterior aserto presupone un hecho perfectamente clasificado, conocido i notorio, me he propuesto hacer ver:*

*1º Que en el territorio de la antigua Colombia no ha tenido lugar tal fenómeno, por dicha de la humanidad i efecto de la civilización.*

*2º Que aunque se quiere dar tal colorido a los acontecimientos políticos de Panamá el año de 1830; la asonada del 10 de setiembre fué popular, momentánea, circunscrita i no tuvo lugar ningún esceso primitivo ni secundario o producido por degeneración.*

*3º Que el pronunciamiento del 26 de setiembre no tuvo indudablemente el mismo carácter; ni tenerlo pudiera sin que el Istmo se hubiese transformado antes en otro Haití.*

4º *Que ningun escritor ha hablado de los sucesos de Panamá el año de 1830, sino como de uno de los movimientos reaccionarios en favor de la administración Bolívar. Por consiguiente:*

5º *Que ni en la Nueva Granada, ni ninguna otra nación del Orbe es conocido el Jeneral Espinar por la infame marca que ha tratado de imprimirle el mas torpe, el mas necio, el mas incircunspeto de cuantos hombres públicos hai inscritos en la administración Neo-granadina.*

6º *Que si en los acontecimientos de setiembre de 1830 hubo algun crimen político, es el autor de este crimen el que supo de él aprovecharse, queriendo hoi apurar hasta las heces.*

*Mas que todo siento haberme afectado hasta el estremo de romper los diques de mi habitual moderación; pero he pensado que*

*Profano i criminal es el respeto,  
Si impide que la critica destaque  
Sus tiros al que tanto lo merece,  
Solo porque en altura resplandece.*

*Ruego al benévolo lector se penetre de mi situación, i hallará suficiente motivo para serme indulgente.*

J. D. ESPINAR.

\* \* \*

Celui-la fait le crime  
á qui le crime sert.

(CORNEILLE)

“El nombre del pueblo no es aun bastante respetado . . . porque está oscurecido, cubierto con el orin de las preocupaciones; porque nos representa una idea que alarma al orgullo i repugna a la vanidad; porque se pronuncia con menosprecio en los salones de la aristocracia; por

“eso mismo, Señores, quiero yo, i debemos todos nosotros imponernos la obligación, no solo de rehabilitarle, sino de ennoblecerle i hacerle de hoy mas respetable . . . i caro a todos los corazones”. Asi hablaba el célebre Mirabeau a los que se oponían en la tribuna a la calificación de pueblo frances; i asi repito yo a mis ilustrados conciudadanos, para que me ayuden a combatir con los que olvidados de haber nacido en el seno del pueblo istmeño, son los que efectuando desconocer la indescriptible heterogeneidad de su origen, propagación i crecimiento, con los que, émulos de los descendientes de los conquistadores i fundadores de esta antigua colonia castellana, desprovistos de honrosos antecedentes como de méritos i virtudes personales, i henchidos de una insultante soberbia, derraman indistintamente su atrabilis sobre la jeneralidad o sea sobre la mayoría del pueblo al que tuvieron la dicha de pertenecer en no remotos tiempos.

Poco importara la calumnia si ella recayese sobre mí, única i exclusivamente. Decir o dar a entender paladinamente que en el istmo del Darién, o en la ciudad de Panamá estalló alguna vez una revolución de castas, es una solemne i triple impostura, tanto respecto del hecho, como del sujeto a quien se le llama autor, como del pueblo al que se atribuye la malicia de la ejecución. Es además una supina ignorancia de la idea que encierra la palabra revolución, i de la que representa la palabra casta. Es ahora, como sería en todo tiempo, una grosera i torpe calumnia, inventada solo por el inestinguible prurito de zaherir i mortificar a los partidarios del inmortal Bolívar, i emitida con el mas negro intento de difamarme como autor o protagonista del drama de 1830. Bastara empero nombrar mi acusador para medir mentalmente la enorme distancia que nos separa; distancia que no pudiera llenarse sino con el imponderable volumen de su *intelectual nulidad*. Mas por desgracia hai acontecimientos que desde que se les relega al do-

minio de la historia, se les somete involuntariamente cuando no al caballete d'un pintor malévolo, al ménos a la espectacion de un vulgo necio; i asi como juzgamos erróneamente de la magnitud de un astro cuanto mas inmediato se halla este sobre el horizonte, o lo que es lo mismo, cuanto mas léjos está del observador; asi tambien incurrimos inopinadamente en graves errores cuando habemos de juzgar sobre hechos de otra época, referidos al cabo de algunos decenios aun por nuestros mismos contemporáneos. A este jénero pertenece el memorable acontecimiento de 1830 en Panamá, que el Sr. Obaldía ha osado apellidar revolución, i p' mas ennegrecerla, de *castas*. Por cierto que el idioma de Castilla se ha mejorado i enriquecido en los 20 últimos años; mas nadie se persuadirá de que haya sido alterado tan radicalmente que las palabras revolución i castas signifiquen hoi otra cosa distinta de lo que espresaban ahora 20 años. Preciso es pues suponer o que el cerebro del Sr. Obaldía padece recientemente una alteración orgánica profunda, o que sus funciones se hallan en un estado anormal digno de la mas tierna compasión, o que su corazón e higado se han hipertrofiado, causándole un trastorno de sentimientos hasta el punto de convertirle en un monstruo de iniquidad i abominación. Mas no: es que Obaldia no ha llegado aun a ser hombre.

Si queremos pues juzgar con algún acierto sobre ese insignificante (aunque para el Sor. Obaldía, tremebundo) episodio que cerró en el istmo de Panamá la escena del drama trágico de la antigua i gloriosa República de Colombia; es menester, es indispensable formarse préviamente una idea, siquiera aprocsimada, de los actores i del escenario político.

En efecto: la población istmeña, durante el coloniaje, estuvo dividida en tres rangos sociales: 1º el de las familias de los conquistadores, de sus descendientes, de los españoles europeos que venian en clase de empleados de ha-

cienda, de los militares destinados a la guarnición, y de los comerciantes i ricos propietarios; 2º el de las familias del estado-llano que mas se acercaban a la raza europea, i que obtenian destinos subalternos de hacienda, cargos concejiles, i otros, de los artesanos europeos i otros industriales; 3º el de los artesanos criollos, el de los europeos sirvientes domésticos, de los libertos, i demas menestrales de la clase poco cruzada en que predominaba la raza africana. Los esclavos no formaban parte de la asociación istmeña.

Por fruto de la guerra de la independencia se mezclaron de derecho los tres rangos, mas sin confundirse: i por efecto del sistema democrático, paulatina i gradualmente introducido, ha empezado a verificarse la fusión aunque lenta e imperfecta. Estando cometida por la naturaleza la solución de este grande, importante i trascendental problema a la sagacidad, instrucción i tino administrativo; o de otro modo, consistiendo en gran parte el secreto de la fusión en la educación adecuada del pueblo; mientras a las masas (recien salidas o no de la esclavitud) se las deje como hasta hoi crecer en la incultura i en la inmoralidad; tan léjos de obtenerse el fin propuesto, el de formar una República democrática, no debe esperarse fundadamente el ensanche de la ciudadnía, sino temerse un retroceso que arrastre al pueblo a la barbarie. I no se diga q' el sucesivo tránsito de jente civilizada i culta nos producirá el bien de desarrollar los instintos sociales de nuestro pueblo, pues ya le vemos, en dos años de roce, sacudir todo yugo legal i religioso i moral; ya le vemos reclamar el derecho de igualdad fisica tan desmedida que casi no hai dique que oponer al torrente de desmoralizacion que nos amenaza. Tampoco es cierto que vayamos adquiriendo indistintamente el habito del trabajo. Trabaja por ejemplo el peon en un carguio que le deje 4 pesos diarios i cuando le falte esta ocupación no tomará otra que solo le produzca ocho reales al dia.

Se perderá mui en breve entre nosotros el conocimiento i práctica de las artes i oficios: los nativos serán reemplazados en los talleres por extranjeros mas morales e inteligentes, i apenas quedará a nuestra jente del pueblo el miserable recurso de torcer cigarros, i eso miéntras se traigan máquinas para hacerlos mejores i a mas bajo precio. I cuando hayamos descendido aceleradamente por esta escala social, i véamos detenido el pueblo entre las breñas ¿culparémos entónces las leyes? No atribuiremos necesariamente este mal a los que tan estúpidamente nos gobiernan? ¿i nos culparémos a nosotros mismos que, queriendo perpetuar las cadenas i esposas en el pueblo i mantenerlo bajo nuestra añeja coyunda i dependencia, lo hemos mantenido en las calles i plazas en vez de frecuentar las escuelas i talleres, los hemos acostumbrado a perpetuar en sus hábitos los defectos i aun los vicios de sus antepasados?

De qué servian las masas colombianas en la época que terminó el año de 1830? de instrumentos de la demagogia; i demagogos solo los hubo en política. Nadie, jamás ni nunca, pensó en socialismo. Triunfe mi opinión, triunfe mi partido, o caiga el que cayere” era el programa de aquella ominosa época. Panamá no fué la exepción de esta regla. El partido aristocrático, o mas decente en su mayoría, estuvo a la devocion del jeneral Santander, i en oposicion abierta con el jeneral Bolivar (Era por cierto el único departamento que no tuvo la dicha de conocerle personalmente); i a tal extremo de obstinación se llevaban las resistencias, que llegó a formarse una suerte de oligarquía de llamados liberales. La sociedad del “Gran Circulo Istmeño” se habia propagado hasta los niños de escuela, i de ambos secsos. Los oficiales de la guarnicion no estaban escentos de contactos perniciosos: yo mismo fué inscrito, posteriormente a mi llegada, en el Gran Círculo; i la presencia de la fuerza armada dejó de ser imponente.

En estas circunstancias me presento por primera vez en Panamá como comandante jeneral del antiguo departamento del Istmo . . . Debo silenciar los accidentes de mi entrada, porque no escribo para despertar pasiones ajenas, ni para satisfacer las mías propias. . . . . Lo cierto i del caso es que desde entónces empezó a esperimentarse un cambio en la opinion, i que llegó a tal punto que una vez disuelta la Convención de Ocaña, fué el departamento Istmo uno de los primeros en pronunciarse por la necesidad de la dictadura, i el dictador debía ser i fue Bolívar.

Yo tube de ausentarme mui luego de este departamento por tener que concurrir al Consejo de Estado, creado por virtud del decreto organico que sustituyó entónces a la constitucion de la República del año de 1821, i cuya reforma se había declarado necesaria i urgente.

No volví a Panamá la 2a. vez sino despues de publicada i jurada la constitucion del año de 30, dada por el congreso "admirable", del que tambien tube el honor de ser uno de sus secretarios; i vine por cierto, como la vez 1<sup>a</sup>, de comandante jeneral del mismo departamento, cuyo despacho me fué refrendado por el Sor. jeneral Caicedo como vice presidente encargado del P. E.

Permitaseme aquí una lijera digresion para desvanecer en oportunidad la nota de desafecto al nuevo sistema de aquella época, que se me ha gravado por la prensa. Tan satisfecho me hallaba de mi conformidad con el nuevo orden de cosas i de la armonía que reinaba entre el Libertador (desde su retiro) i los modernos presidente J. Mosquera i vice-presidente D. Caicedo, que habiendo yo solicitado i obtenido mis letras de cuartel, con motivo del movimiento que acababan de ejecutar en Bogotá las tropas venezolanas, admití gustoso el mando militar jeneral del Istmo, porque como granadino, me creí en mi propio teatro i me sentí dispuesto a secundar la política del Gobierno Supremo. Contaba por supuesto con que S. E. el Libertador de-



jaría el país, como cordialmente lo había ofrecido, i con que no se me haría el agravio de suponerme capaz de traicionar al Gobierno, ni a mi patria, ni a mí mismo.

Yo podía desde luego contar en aquella época con el batallón Ayacucho, i con la decision del pueblo casi en su totalidad, para verificar un cambio (si necesario fuese); mas en favor de quien? no se había jurado la constitucion reciente? no estaban en ejercicio las autoridades constituídas? no estaba el Libertador próximo a embarcarse para la isla de Jamaica? Es cierto; mas no faltaron quienes se opusiesen al viaje de S. E., i quizá quienes calculasen sobre una jeneral reaccion. Yo estaba inocente. Entretanto Bolivar era el ídolo de la mayoría de la población istmeña, sin faltarle algunos desafectos i aun pronunciados enemigos entre las notabilidades de Panamá. Yo apenas servía de vehículo de la opinion popular. Mas, *jamás* (diré una vez para siempre) se ocurrió a nadie el pensamiento de sojuzgar ni aun de equilibrar las jerarquías sociales (como actualmente sucede, sin intervención); la política en jeneral absorvía casi todas las facultades mentales de mis conciudadanos, dejando al corazón la menor parte en sus afecciones. Las masas no consentían en la ausencia indefinida de Bolivar: le miraban como el representante del heroico pueblo de Colombia, mientras que Santander, llamado el hombre de las leyes, era solo la esperanza de un pequeño pero intelijente partido político aun después de estrañamiento a que había sido condenado.

Habia llegado de tránsito para el Ecuador un oficial de Cartajena, i en carta particular me decía una persona respetable que el Sor. José Vallarino, nombrado entónces Prefecto de este departamento, traía las prevenciones mas adversas contra el Sor. jeneral Fábrega i contra mí. Yo deduje de allí que, en tales circunstancias, de lo que se trataba era de impedir que se entregase el mando político del departamento al Sor. Vallarino. Este sujeto era para mí,

persona mui estimable, aunque de diverso color político; i el aviso precedente (que tube que trasmitir al jeneral Fábrega) me causó un verdadero i penoso conflicto. Adelante.

El 6 de setiembre (1830) pusieron en mis manos una carta oficial de la secretaria de guerra de Colombia, que había venido extravagante i apertoria, con el número en blanco, i toda ella indicante de haber sido escrita fuera de la respectiva oficina del despacho. En dicha nota oficial se me prevenía entregase la comandancia jeneral al Sor. coronel C. Robledo (que había fallecido un año antes en la provincia de Manabí) i por su ausencia al comandante de milicias (entónces retirado) J. de la C. Pérez: todo esto decía en dos renglones de letra menuda que ocupaba el lugar de uno solo que venía en blanco.

Suplico a los Sres. que esto lean por 2ª vez (porque en aquel mismo año se publicó, de mi órden, por la prensa de esta ciudad) que no deduzcan que intento renovar cosas olvidadas ni tildar a persona viva ni muerta. Juro por mi honor, que refiero con repugnancia parte de un hecho histórico, i de él solo lo que pueda conducir al objeto que me he propuesto, el de esculparme de un cargo que a ser cierto me habria ahorrado hoí la pena de contarlo. Siento se me haya puesto en la necesidad de exhumar esos vejestorios q' solo pueden alimentar la curiosidad de jente ociosa, la famélica ambicion de algun parásito, mas, no ocupar el tiempo de hombres que se honran de serlo. Al jeneral Fábrega se le llamaba al Consejo de Estado, a mí se me destinaba a la gobernación de Veraguas, i creo que el jefe que debió subrogarme era el Sor. jeneral López, actual Presidente de la República.

Hice tocar llamada de honor; i reunidos en casa los Sres. jefes i oficiales, se impusieron del contenido de la precitada comunicación oficial; la desaprobaron fuertemente, i protestaron que no la obedecerian por ser contraria a or-

denanza; empero que si yo entregaba el mando jeneral de armas al jefe veterano de mas graduacion, se someterian, a ménos, que yo lo retubiese hasta que, consultado el gobierno supremo, resolviese éste con mejor acuerdo. Dicha resolución se estampó en una acta que se elevó tambien por la secretaría de guerra al supremo P. E.

El 2º extremo de la medida propuesta por los militares i adoptada por mí: la de retener por poco tiempo el mando de armas fue pésimamente acogida por los Sres. oposicionistas (quienes quiera que fuesen) los que, como era natural, no se descuidaron en socabar los delesnables cimientos de mi precaria posición. Yo mismo me sentía mal parado, porque en ningun caso habria de emplear la fuerza pública contra ninguno de mis conciudadanos. Resuelto pues a dejar el pais por la via de Chágres, mas bien que continuar en un mando que ya no me pertenecía, me dirigí a una de las casas de mi familia en la Quebrada, a pretesto de mudar de aires. Préviamente encargué del mando de Panamá al coronel J. E. Alzuru, quien hallándose de tránsito para Venezuela, se detuvo aquí a pretesto de enfermedad &c, (Alzuru i yo no éramos amigos, ni yo lo retuve en esta ciudad por miras malas ni buenas, sino lo toleré por respeto a sus ultimos importantes servicios en la jornada del Portete de Tarqui).

Alzuru, al encargarse del mando militar, reunió el batallon Ayacucho para revistarlo, e hizo tales monerías, que inspiró temores al Sor. jeneral Fábrega, Prefecto aun. Dicho jeneral i varias personas respetables se dirijieron a mi llamándome i haciéndome regresar a la ciudad para que impidiese cualquier desman que pudiera causar Alzuru. Les complací volviéndome a casa al anoecer del día 10 de setiembre. Cerca de la puerta de tierra me encontré con los Sres. Dr. Cabárcas gobernador del Obispado, i jeneral Fábrega: subí con ellos a mi alojamiento, e informado de los temores que habia concebido el jeneral Fábrega

ga, hice comparecer a Alzuru. Reunidos los cuatro conferenciábamos en casa; i a eso de las 7 (minutos mas o ménos) sentimos en la calle de la Merced (a la que hacia esquina mi casa) un pequeño tropel que derribaba los bancos de las puertas de tiendas, i gritos de muera el jeneral Espinar. Nos asomamos al balcon para informarnos de la verdad de la ocurrencia; y cada uno de los cuatro tomó el partido que creyó mas prudente. El gobernador del Obispado se hizo invisible; el jeneral F. bajó a la puerta de la calle; el coronel A. hizo poner sobre las armas la guardia de honor alojada en dicha puerta; i yo bajé con algunas dificultades (porque a la verdad fué para mí una completa sorpresa) hasta la misma puerta. Quiso entónces el jeneral F. que le acompañase para ir a disipar la pequeña asonada; pero A. oponiéndose le dijo: "perdone U. mi jeneral, que esta vez me oponga a esa medida: si U. cree que sola su presencia basta para contener un movimiento popular, váyase solo"; i dirijiéndose a mí, i asiéndome del brazo me dijo: "no vaya U. mi jral., porque lo sacrifican: vámonos a unir al batallón Ayacucho." Parecióme la única medida prudente i debida, aun para restablecer el órden, si fuese enteramente perturbado. Nos encaminamos entónces al estinguido convento de San Francisco, en donde estaba acuartelado el batallón Ayacucho, i nos reunimos a él. El jeneral F. también nos acompañaba. Formado el batallon en la calle i delante de la puerta del cuartel, i descansando sobre las armas, se nos vino encima, hasta dar con las bayonetas, el pueblo del arrabal en masa, cada individuo armado indistintamente de palo o de arma blanca, i haciendo un ruido bronco i asordante. Les interrogué acerca del motivo que los había tumultuado, i del objeto que se propusieran; i declararon que solo trataban de oponerse a los enemigos de la República, que lo eran (segun ellos) los de S. E. el Libertador, i a los del jeneral E. contra quien se habian pro-

nunciado en la calle de la Merced unos perversos; i que su objeto era humillar a los blancos que se oponian a cuanto dependia del Libertador, tales como . . . (aqui los nombres de ciertas i determinadas personas entre las que figuraban algunos pardos) i también el jeneral F. Contestéles que se equivocaban que habria ciertamente entre los nombrados algunos desafectos; mas que eso no consistia sino en sus personales opiniones, a cuya franca manifestación tenian derecho perfecto; i que era tan al contrario de lo que decian sobre el jeneral F., que yo le acataba como a uno de los amigos mas decididos del Libertador, así como le apreciaba como al mas fiel i consecuente de los personales mios. “Pues si es así (gritaron viva el jeneral F! viva S. E. el Libertador! viva la república de Colombia! viva el istmo de Panamá! viva el jral. E. &.”

Con ménos prontitud se despeja la atmósfera después de una tempestad, i reaparece la serenidad i la calma, que sucedió a la asonada (poco ha descrita) el mas ordenado contentamiento i regocijo. Parecia el pueblo mas bien interesado en uniformar la opinion que en obtener un triunfo sobre la minoria aristocrática. Así fué que nadie cantó victoria. Retiróse pues el pueblo arrabaleño en mejor sentido del en que había entrado en la ciudad; pero antes hicieron alto a las inmediaciones de la casa del Dr. Beliz. Este Sor. (creo que era entónces jefe político) les obsequió con un lijero refresco, el que aceptaron mui pocos de los concurrentes por temor (decian) de que se atribuyese a beodez lo que emanaba solo de patriotismo. Retiraronse finalmente al arrabal, i los seguí en persona con mi escolta hasta el rebellín, en donde les di mi despedida reencargándoles el órden, i haciéndoles responsables de la tranquilidad publica en lo sucesivo.

Nada de particular ocurrió en aquella noche: mas sin embargo, el ensayo que acababa de preceder, me infundió recelos de que pudieran presentarse nuevos o mas ominosos

sintomas, a cuyas tendencias debia oponerme. Supe tambien que algunos individuos de la ciudad (bien conocidos entónces por sus opiniones exajeradas) se habian ausentado de sus casas, recelosos de ser acometidos o ultrajados por algunos indiscretos del pueblo: i así creí de un imperioso deber mio declarar (como declararé al dia siguiente, 11 de setiembre 1830) el pais en asamblea, para poder en uso de la plena autoridad que me otorgaba la lei, enfrenar al mismo pueblo, cuyas demasias recayeran de otro modo sobre mí inevitablemente. Hicelo así; i la tranquilidad i el orden fueron restablecidos, sin que ninguna otra vez hubiese vuelto el —llamado— populacho a alzar la voz, ni a injerirse en negocios políticos, ni a tomar siquiera parte en la cosa pública. Hablo precisamente contraido al año de 30 i principios del 31, en que dejé de mandar el país. I tanto es esto, que la acta de 26 de setiembre del mismo año de 30 (16 dias despues de la asonada) por la cual se separó el Istmo provisionalmente del gobierno de la República, tan solo por no participar de las contiendas civiles, que tenian lugar entonces en la capital de Colombia, no se encontrará abultada con las firmas suplantadas de esa parte del pueblo que ni leer ni escribir sabia, sino que solo fue suscrita libre i espontáneamente por todos los ciudadanos dignos de este nombre. Por eso fué sin duda que el Sor. Vallarino dijo al Libertador que dicha acta había sido impopular. I yo añadido, tanto mejor en mi defensa.

Probable i mui probable es q' entre los mismos q' firmaron la acta, a que hago referencia, habria algunos que se prestaron a hacerlo por no incurrir en mi desagrado: i no faltará quien añada haberlo hecho por temor de que yo tuviese que apelar al pueblo, que tan adicto a mí se manifestaba. Empero sobre q' tal salida tiene mas de pueril i de ridícula que de varonil i decente, seria manifestar una supina ignorancia del progreso social. Vivimos en el siglo de las mayorias; i quien no se conforme con sus sobe-

ranas deciciones, debe dejar el pais para siempre. Por otra parte ¿quien ha dado a estos pocos pseudo-caballeros a estos improvisados politicos el derecho de tomar la palabra por esos buenos ciudadanos, resto de nuestra antigua aristocracia, que tan moderada como civil i noblemente se han comportado en medio de nuestras agitaciones intestinas? Asco, náusea, mas bien que pena, da el observar que las cuestiones de cuna se promueven ordinariamente nó por los aristócratas nobiliarios, nó por los descendientes de conquistadores, no por hombres de pro &c. sino por un Obaldia enrolado velis nolis entre los aristócratas hechizos, recién alzados del polvo por un accidente casual, o por un capricho de la ciega fortuna. ¡Qué verguenza, que en la presente era democrática, esos mismos que visten sus harapos i que debieran respetar el pueblo i a la humanidad, sean los acusadores, los calumniadores, los jueces, los verdugos, de esas pobres víctimas de una facción impostora i sacrilega!

Habrà persona (no lo dudo) a quien se le ocurra decir que el pronunciamiento del 26 de setiembre estuvo contenido en el pensamiento de la asonada del 10, i que siendo yo entonces el bien amado del pueblo, yo debí ser el autor de uno i otro. Aunque toda esta jerga no la repute por mui lójica, yo admito, sin conceder, el honor de suponerme el hombre que supiese calcular los elementos necesarios en aquella época para una revolución; pero para una revolución reaccionaria en favor del Libertador. No ciertamente en favor mío; porque ella no me era honrosa, o no me añadía honra. No en provecho mío; porque hasta hoy me hallo insoluto de los sueldos que me correspondieron desde que entré de comandante jeneral. Nó en satisfacción mía; porque demasiadas pruebas di entónces de mi repugnancia al mando. Citaré en apoyo 1º lo poco que mandé en los tres meses que estuve de jefe civil militar; 2º la prontitud con dejé dicho mando, rebajándome a mi clase primi-

tiva i sometiendo el departamento (por mandato de su ilustre protector) al gobierno de hecho del jeneral R. Ur-  
daneta; 3º la firme resolución con que me separé de la vi-  
da pública, por el fallecimiento del Libertador, entregando  
el mando civil al Asesor o Auditor de guerra, i el militar  
al coronel A. que en seguida me trató como merece ser tra-  
tado el que no ha sabido mandar, sino por medio de la dul-  
zura, de la moderación, i aun de la clemencia. Mas exa-  
minemos entre tanto porqué actos de mi administración  
ha podido llamármese *autor de una revolución de castas*.  
Yo no destitui a ninguno de los empleados constituciona-  
les. Yo no creé ningunos nuevos destinos para colocar en  
ellos a mis paniaguados ni a la *jente de color* (como im-  
propiamente suele decirse, teniendo cada cual de entre no-  
sotros el suyo propio, el que nos cupo en suerte al nacer).  
Yo confié los primeros mandos a las personas mas decen-  
tes, o a los mejor educados, i recuerdo haber reusado po-  
sesionar a cierto jefe de la comandancia de artilleria por  
no gozar de la mejor reputación, o por tener ciertos desfa-  
vorables antecedentes a este respecto, i eso, no obstante  
de profesarme una decidida i particular adhesion a toda  
prueba. Aun los cuerpos de milicias fueron encomendados  
a personas dignas de respeto por sus personales i morales  
circunstancias. La fuerza maritima, aunque en miniatu-  
ra, no pudo estar depositada en manos mas decentes, ni  
mas espertas. Los mandos civiles no pudieron distribuir-  
se de mejor modo, ni en sujetos mas idóneos. Panamá,  
entonces la capital del Istmo, hizo alarde el 28 de octubre  
de 1830 de su propia dignidad; i recuerdo con noble orgu-  
llo que la decencia civica se ostentó aquel solemne día de  
tal modo que solo encontré en ella dos lunares inevitables,  
i estos lunares eran el Sr. José de Obaldía i yo, que a mi  
pesar me hallaba al frente de la administración istmeña.

Si este relato es de todo punto conforme con la verdad  
histórica: si viven i están presentes los hombres de aquella



época: Cual es pues el dia infando i de eterna maldicion en que las castas (la jente de color quiso decir) osaron convertir el istmo de Panamá en otro Santo Domingo? Desengañémenos: “miéntras el amor a la verdad (ha dicho Laromiguere) no sea el 1º de nuestros intereses; miéntras exista el vano deseo de figurar i reinen las pasiones en la tierra, se decidirá sin conocimiento i se afirmará a la aventura: el orgullo, principalmente, ama las afirmaciones decisivas, pues si titubease un momento, daria lugar a creerse que ignoraba alguna cosa”, i el Señor de Obaldía, inepto para conocerse i estudiarse, no consciente en dejarse descubrir la hilasa de su burdo i adventicio ropaje. Gobernador de provincia, senador, vicepresidente i cuanto quiera será, mas nunca un hombre de estado, nunca un filósofo, jamas un caballero.

Por otra parte, ¿podiera concebirse no diré una revolucion sino una simple revuelta de *jente de color* en Panamá sin haberse acuartelado un solo dia la milicia urbana o de cualquiera otra denominación? Por cierto que posteriormente al 26 de setiembre las guardias nacionales de infanteria i caballeria recibian las mas esmerada instruccion, i que para ello se acuartelaban por compañías, nada mas que durante los dias o semanas de disciplina. Tambien de Panamá salió una columna miliciana sobre Santiago de Veraguas con motivo de haberse negado el gobernador de aquella provincia a desconocer el gobierno provisorio de la capital de la República. Mas no habrá un solo istmeño que se atreva a decir, ni ménos a sostener, que en el istmo se azuzara ni un solo dia a los ciudadanos de cierta i determinada esfera, para que solicitase el abatimiento i depresion de los rangos superiores.

Al mismo tiempo ¿quien, que haya sabido el constante i filial respeto que yo profesaba al Libertador, seria capaz de imaginarse ni aun en sueño que yo jeneral i granadino, con hermosos i alhagüenos precedentes, bien quiso i esti-

mado por los que valian entonces mas que valen hoy todos mis enemigos juntos i congregados en un bando político, que yo (repito) quisiera desmerecerlo todo, atraer sobre mi la maldicion del mundo civilizado, irritar al mismo Libertador hartado apesadumbrado por la suerte de la desgarrada Colombia? i con miras? con la de mandar? . . . No he dado repetidas pruebas de no ser esta mi vocación, ni mi destino? . . . No preferi ser victima a ser el sacrificador de mis conciudadanos? . . .

¡Fui alguna vez conspirador, revolucionario . . . !  
¿Quien no lo ha sido habiendo militado en la guerra d' independencia? No lo serán con razon los que nazcan despues de cimentada la República sobre las eternas bases de comunidad de derechos, intereses i opiniones de cuantas personas asienten el pié sobre el suelo de la patria.

Mas no es este el lugar en que deba ocuparme de sincerar mi conducta respecto de la imaginaria conspiracion, que en adelante será apellidada "de las viñetas". La revolucion de castas que me imputa con tanto descaro el Sor. Obaldía es mi tema. I si la asonada del 10 de setiembre de 1830 enjendró la acta revolucionaria del 26 del mismo mes i año, i si los signatarios de ella eran individuos de castas, convendremos en que todo cuanto entonces se hizo i cuanto despues se ha hecho en Panamá ha sido siempre i por siempre obra de las castas porque ellas (la jente de color, o sea tumbaga Istmeña) predominan sobre las pocas personas capaces de hacer alarde de sus abolengos, i en cuyo escaso número no se encuentra por cierto el Sor. José de Obaldía.

Mas, atended: la revolucion del año de 30, que tanto eco ha encontrado allá en lo intimo de vuestro corazón, os lo repito, Sor. Obaldía, no tuvo el tinte que habeis querido darle, calumniándome al cabo de 20 años del modo mas maligno i trascendental. He pisado recientemente el umbral de la eternidad; i nada me remuerde a este respecto. Si siento que vos os hayais querido convertir en prisma,

a cuyo traves hubiese de mirar todo el mundo (empezando por el gobierno de nuestra patria) los cuadros históricos de la gloriosa Colombia. Mas, tenedlo entendido: no pertenecéis a la familia (hablo en historia natural) de las piedras preciosas, tales como el opalo. Sabeis donde os hallais colocado espontáneamente? entre los aerolitos: nada de transparencia, mucho fierro, i decidida tendencia a negrificarlo todo, tanto los liquidos mas diáfanos i puros como los hechos si no los mas nobles, siquiera los mas inocentes.

Os diré aun mas: desde la revolucion del año de 30, os habeis esclarecido, i encumbrado hasta el pináculo puede ser del poder, no de la gloria. I si olvidado de que en politica no hai crímenes sino errores, insistis en confirmar de *revolucion de castas* la espresión de aquella época: vos que datais desde entonces vuestros servicios, vuestra carrera i . . . todo; vos que sois el único que ha medrado a merced de aquel cambiamiento, oid.

De aquel el crimen es insigne hechura  
Que el crimen convirtiera en su ventura.

Por último, como la cuestion de castas mas atañe al pueblo sobre quien recae el peso de la inculpacion, i no es una cuestion personal entre Obaldía i yo; debo alzar la pluma sobre esta asquerosa materia, para dar lugar a la consideración del lazo que trata de formarse entre todas las clases de la sociedad.

“Los libros sagrados (dice el humanitario Raspail) i entre ellos el mas sublime cual es el testamento de Jesucristo, habian realizado el prodigio de reunir al rico i al pobre, al amo i al criado en un mismo concierto de plegarias, sobre el mármol del mismo altar, en presencia del mismo Dios, indicándoles la misma tumba como símbolo de la igualdad que existe en el cielo. El espíritu del siglo, egoísta i corruptor por naturaleza, habia llegado a divi-

dirnos nuevamente, arrojando los recelos del miedo en el alma de los unos i los rencores del hambre en el corazón de los otros.” Sosiéguese, pues, Obaldía, que no haya miedo que le desconozcan los mismos cuya sangre rápida circula por su corazón i por sus venas.

“Os he visto odiaros i detestáros cordialmente (prosigue Raspail); pero asisto hoy a un bello espectáculo”. Yo no le he visto del todo, pero la democracia acelera su exhibición: i “Dios quiera que ilusión no sea.”

“La política que divide, no emana de Dios, que es la unidad.

“Tras tantos siglos de odios i de partidos civiles . . . es tiempo ya de que dejando a un lado las diverjencias de opinión, las interesadas animosidades, nos reunamos todos ante el pensamiento común de dirigir el ánimo ácia todo lo grande, el corazón ácia todo lo noble, el cuerpo ácia todo lo moral i saludable. Como rico i como pobre, alternativamente, he experimentado las delicias de la beneficencia i las emociones de la gratitud. Secundadme conciudadanos en esta obra de conciliación entre los hijos grandes i pequeños de la gran familia, de la que Dios es el apoyo i el padre.”

Panamá, a 25 de febrero de 1851.

DOCUMENTACION INEDITA  
DEL CONGRESO DE PANAMA (1826)



Don José Edgardo Lefevre, actual Secretario de Relaciones y Comunicaciones, miembro Correspondiente de esta Academia, nos remitió desde la ciudad de México, cuando ejercía las funciones de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Panamá ante el Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos, la documentación inédita que damos a conocer hoy a nuestros lectores.

El Congreso de Panamá fué inaugurado el 22 de Junio de 1826 y sus sesiones se continuaron en la Villa de Tacubaya, a una legua de la ciudad de México. Los documentos que aquí se publican forman parte de la actuación que tuvo México en ambos Congresos.

\* \* \*

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS  
PALACIO NACIONAL DE MEXICO.

A 31 de Mayo de 1826.

PRIMERA SECRETARIA  
DE ESTADO

y del Despacho de  
Relaciones Interiores  
y Exteriores.

Sección de Estado.

Nro. 1.

EXMOS. SRES.

P.

Con fecha 28 de Abril del presente año me dice desde Nueva York nuestro Ministro Plenipotenciario en Washington lo que copio.

“Exmo. Sr. El día 22 del corriente se terminó en la Cámara de Representantes, después de un mes de discusión, el asunto de la misión a Panamá en la parte de la asignación de sueldos y gastos para ella; y para cuyo objeto tubo conocimiento de esta medida. Mas como por insidencia se ha tratado o hecho el asunto principal para otra reso-

lución, la conveniencia de la comisión, es de bastante interés el imponerse de la disención, como verá V. E. por los periódicos en que era impresa y remito al Ministerio. Todo lo ocurrido con motivo de la concurrencia de los representantes americanos al Congreso de Panamá, es necesario examinarlo bajo el punto de vista de los intereses y política del Continente de América; así como de la respectiva de cada una de sus Potencias, de lo q' resultará el conocimiento positivo de la de EE. que no es en verdad la que han querido sus agentes hacer aparecer, ya en Europa ya en América para apoyar o favorecer en esta sus intereses particulares. Trataré en Washington de saber cuales son las instrucciones de los Ministros Americanos y de todo daré cuenta a V. E., pero es preciso desde ahora obrar en el Congreso de Panamá en el concepto de que EE. no se obligarán de ningún modo a cooperar en la defensa de los daños de las naciones y del Continente, atacados en la presente guerra de España y las antes sus posesiones de América, en caso de que tomare parte en ella una potencia neutral; aunque si harán tal vez iguales protestas a las que anteriormente tienen hechas; no concurriendo a dicha Asamblea sino para sacar las ventajas que puedan, ganando mucho en su importancia política solo con asistir a ella. El Presidente en su mensaje dirigido a la Cámara de Representantes, dice que Colombia había invitado al Gobierno Inglés para mandar un agente al Congreso de Panamá, según tenía noticia por comunicación oficial del Ministro en esa M. Poinsett. El Ministro de Colombia nada me había dicho de esto y ahora habiéndole yo preguntado si era cierto me lo ha confirmado, diciéndome que su gobierno lo creyó conveniente por haberle insinuado el Inglés que juzgaba necesario a sus intereses el que hubiese un agente de su nación, que no tomaría parte en las anteriores del Continente a igual cosa indica este Presidente en dicho mensaje. Todo lo que participo a V. E. para su conocimiento."



Y de orden del Exmo. Sr. Presidente los traslado a V. E. E. para los fines que puedan convenir a la comisión del cargo de V. E. E.

Dios guarde a V. E. E. muchos años.

(firmado y rubricado) *Camacho*.

Exmos. Sres. D. José Mariano Michelena  
y D. José Domínguez.

---

‘MENSAJE EN CLAVE PARA NUESTRO GOBIERNO’

872 46 557 1062 47 87 871 163 364 27 187 76 262 573 764  
Se g un he mo s sa bi do l os P le ni po

962 57 263 177 3 487 362 27 487 2. 56. 363 27  
te n ci ar i os de l os E. U: de l

57 96 771 257 357 87 96 775 263 457 887  
N. t ra en in s t ru ci on es

362 875 464 163 257 574 364 357 762 363 77  
de su Go bi er no de im pe di r

362 964 364 87 474 364 87 865 2 871  
de to do s mo do s qu e la

387 271 362 265 161 872 1 1 961  
Is la de Cu ba se a a ta

261 363 761 77 574 874 96 774 87  
ca da po r no so t ro s

## CLAVE

## C O N V I N A C I O N E S

1.	2.	3.	4.	5.	6.	7.	8.	9.	10.	
a	a	a	a	a	a	a	a	a	a	1.
e	e	e	e	e	e	e	e	e	e	2.
i	i	i	i	i	i	i	i	i	i	3.
o	o	o	o	o	o	o	o	o	o	4.
u	u	u	u	u	u	u	u	u	u	5.
b	c	d	g	r	j	p	g	t	h	6.
f	i	u	m	n	ñ	x	s	x	z	7.

(iniciales rubricadas)

## EXPLICACION

La clave adjunta contiene siete renglones numerados al margen de la derecha y diez convinaciones en columnas numeradas arriba del primer renglón.

Para cifrar con otra clave deben dividirse las palabras del texto en tantas fracciones cuantas permita el número de las vocales, de manera que a la vocal se junte la letra anterior o posterior y nunca la fracción se componga de mas letras que dos. Estas fracciones se llamarán compuestas a diferencia de las simples que solo se compondrán de aquellas letras sueltas que en la palabra no puedan con-  
vinarse con vocal.

Hechas estas fracciones compuestas y simples se procederá a cifrarlas como se demostrará en el siguiente

## EXEMPLO

sa	n	ti	ag	o
871	57	936	416	4

La primera fracción *sa* como que tiene *s* la hallaré en la 8a. convinación de la clave, y por lo mismo pondré en la cifra el número 8, y como que la *s* está en el séptimo renglón pondré en seguida del 8 un 7: y viendo que la *a* pertenece al primer renglón, pondré después del 8 y del 7 el No. 1, con lo que aparecerá un guarismo que dice 871. Sigue la fracción simple *n*. Esta consonante está en la convinación 5ª pues este número lo pongo debajo de la *n*, y por que esta letra está en el séptimo renglón, pondré un 7 a continuación del 5 con lo que dirá 57 esta partida. Sigue la fracción *ti*, cuya consonante *t* está en la novena convinación, por lo que pondré un 9, y por que esta letra se halla en el sexto renglón pondré a continuación un 6, y tocando la *i* al tercer renglón, pondré un 3, con lo que dirá un guarismo 963. Sigue la fracción *ag* que está a la cuarta convinación y con lo pondré un 4, tocando la *a* al primer renglón pondré después el N° 1, y concluiré el guarismo.

---

AVISANDO LA LLEGADA DE LA LEGACION A ACA-  
PULCO Y HABERSE DECIDIDO SU EMBARQUE EN  
EL BERGANTIN "CONSTANTE"

Nro. 1.

Exmo. Sr.

El día de ayer hemos llegado a este Puerto y desde luego comenzamos a imponernos de la disposición en que se hallaba el Navío Congreso para hacerse a la vela con esta Legación con la brevedad que es tan necesaria e instruídos por su Comandante de la dilación que ha de sufrir aun esta bahía así porque falta que meter a su bordo noventa mil pesos, que no llegarán sino pasados muchos días, como por no hallarse completa su tripulación, de lo que el espresado Comandante ha dado al Gobierno el correspondiente parte, nos hemos decidido a embarcarnos en el Ber-

gartín Constante, reflexionando que hallándose dispuesto este Buque con todo lo preciso para dar la vela el 14 por la mañana a lo más, se va a ganar por esta disposición un tiempo considerable que es preciosísimo para la felicidad de la República a efecto de que sus grandes intereses se traten lo más pronto posible que es lo que consideramos muy importante en nuestro encargo.

A efecto pues de realizar esta idea hemos avisado al Sr. Comandante de Marina para que se aumenten inmediatamente los víveres del Constante a medio mes para que se halle habilitado para tres meses completos. Tenemos el honor de participar a V. E. para que se sirva ponerlo en noticia de Excmo. Sr. Presidente a fin de que con su conocimiento pueda dictar las providencias que juzgue convenientes a esta variación.

Dios guarde a V. E. m. a.      Acapulco, Mayo 9 de 1826.

*José Mariano Michelena.—José Domínguez.*

Excmo. Sr. Ministro de Relaciones E.

---

## AVISANDO LA LLEGADA DE LA LEGACION A PANAMA

Nro. 2.

EXMO. SR.

Según el cálculo que participamos a V. E. con fecha 9 de Mayo último zarpó al fin del Puerto de Acapulco el Bergantín Constante el 14 del mismo mes y hemos llegado sin novedad a los 22 días de navegación, a pesar del tiempo calmoso, a este Puerto de Panamá el 4 del corriente. Hemos creído conveniente y aun necesario detener en esta habia al espresado buque, sin embargo de que carece de

velamen, xarcia y otros utensilios precisos, hasta ver el aspecto que ofrezcan los negocios de que se ocupará la Asamblea; pues para el caso que necesitásemos una embarcación no la conseguiríamos aquí, porque los del tráfico son muy pequeños y hacen únicamente navegaciones a punto fijos y cercanos en estas Costas.

No podemos asegurar a V. E. el día que hayan de reunirse los Sres. Ministros Plenipotenciarios para dar principio a los trabajos del Congreso; pero nos parece por lo que hemos hablado particularmente que será del 12 al 15 de este mes. En el día se hallan aquí los Sres. Ministros de esta República Dn. Pedro Gual y el Gral. Dn. Pedro Briseño, los de la del Perú Dn. Manuel Vidaterre y Dr. Dn. Manuel Fudela, los de la de Guatemala Dr. Dn. Antonio Larrazabal y Dn. Pedro Molina.

Ha llegado a esta Ciudad el Enviado especial de Inglaterra, Mr. Dankins, cuyo encargo está reducido según sabemos a residir en el lugar de la reunión del Congreso.

Dios guarde a V. E. m. a. Panamá, junio de 1826.

*José Mariano Michelena.—José Domínguez.*

Exmo. Sr. Ministro de Relaciones E.

---

AVISANDO LA INSTALACION DE LA ASAMBLEA,  
Y REMITIENDOSE COPIA DE LOS DOS  
PROTOCOLOS

Nro. 3.

EXMO. SR.

Las enfermedades de uno de los Plenipotenciarios del Perú difirieron la apertura de la Asamblea y se ha veri-

ficado por el 22 del corriente, como V. E. verá por la copia del Protocolo de la conferencia de ese día, que tenemos el honor de acompañarle.

La Asamblea tubo su 2da. conferencia el 25 por la noche, de que se impondrá V. E. por la copia adjunta del Protocolo, aunque no está aprobado por no haber habido hasta la fecha otra sesión. Desde la noche expresada del 23, tan luego que concluimos en la Asamblea, hemos trabajado diaria y constantemente en conferencias privadas con los Plenipotenciarios de Colombia y Centro América formando el proyecto de contraproyecto de tratado, y sin duda que se ha avanzado bastante, de manera que desde la primera reunión que se cite para Asamblea hará conferencias internacionales y se hará mucho de provecho.

El Gobierno del Brasil ha nombrado un Ministro cerca del Congreso de Panamá. Hasta ahora no han llegado a éste punto los Plenipotenciarios de los E. U. del N. pero se esperaban pronto por que uno de ellos estaba en Bogotá y su compañero ha desembarcado en Cartagena.

Están a la vista de ese mismo Puerto el Navío Guerrero, cuatro Fragatas y dos buques menores de guerra españoles, así es que no consideramos segura la correspondencia que dirigimos por la vía de Jamayca.

Nos hemos ocupado en solicitar recursos para las comunicaciones y apenas se ha ofrecido un buquesito muy pequeño y miserable para llevar la correspondencia hasta Realejo nada más, por cuyo servicio pedía su dueño \$20.00 y no nos resolvimos por supuesto a erogar esa cantidad tan exorbitante. Esta experiencia nos ha asegurado más en nuestro propósito de detener al Bergantín Constante; nos hallamos verdaderamente en un saco, sin relación, sin recursos, sin auxilios, sin arbitrio alguno: parece pues prudente que conservemos pues el único que tenemos en las manos para hacer uso de él en el caso de más necesidad.

Lo que tenemos el honor de decir a V. E. para que lo eleve al conocimiento del E. S. Presidente.

Dios Guarde a usted. Panamá, Junio 30 de 1926.

*J. M. Michelena.—José Domínguez.*

E. S. M. de Relaciones.

---

SE LE AVISA LA LLEGADA DE LA LEGACION A PANAMA EL DIA DE SU SALIDA DE MEXICO Y EL ESTADO EN QUE QUEDO AQUELLA REPUBLICA

Junio 10 de 1826

Nro. 1

EXCMOS. SEÑORES

He tenido el honor de recibir hoy la comunicación de VV. EE. de 10 de junio ppdo. por la que se sirvieron participarme su llegada sin novedad a ese lugar designado para la reunión de la asamblea de los Nuevos Estados Americanos, y me congratulo con VV. EE. tanto por esa su feliz llegada, como por los grandes resultados que ya puede anticiparse nuestra República de las distinguidas luces y demás relevantes cualidades de VV. EE.

Suponiendo que por la Secretaría de Relaciones Exteriores de nuestra República se habrá manifestado a VV. EE. todo lo que yo he comunicado que tiene relación con los negocios que se hayan de tratar en esa Asamblea; me reservo para los sucesivos comunicar a VV. EE. directamente (según me lo exigen) lo que vaya ocurriendo de nuevo con respecto a otros negocios; y como tal vez podría llegar el caso de que fuere necesario hacerlo de un modo reservado, desearía saber si VV. EE. tienen la misma cifra que esta Legación para corresponder con México: en cuyo caso podré usar de la misma; o en caso contrario de otra que VV. EE. me designe.

No me queda tiempo para incluir a VV. EE. copia de un decreto de este gobierno sobre los acontecimientos de Venezuela que se me ha comunicado oficialmente; pero lo hará por el correo próximo, añadiendo lo que halla nuevo sobre otros acontecimientos, de que supongo a VV. EE. ya instruídos.

Dios guarde a VV. EE.—Bogotá 19 de julio de 1826.

(Firmado y rubricado) JOSE A. TORRENS.

Exmos. Señores D. J. M. Michelena y D. José Domínguez  
Ministro Plenipotenciario de  
México en la Asamblea de los  
Nuevos Estados Americanos.

---

#### Nro. 1

Habiendo salido de México como Ministro Plenipotenciario al Congreso del Istmo de Panamá el 25 de Abril llegué al Puerto de Acapulco el 14 de Mayo siguiente haciéndonos a la vela para este en el Bergantín de guerra de nuestra República el Constante, hemos llegado a este punto, designando para la reunión de la Asamblea, el 4 del corriente sin novedad alguna. Lo ponemos en noticia de US. para que podamos recibir las comunicaciones que tenga a bien dirigirnos para el mejor desempeño del importante encargo que se nos ha confiado, como nosotros lo ejecutaremos exactamente respecto a las que puedan servir a V. S. para su gobierno.

Nuestra República disfruta de la más completa tranquilidad, y su estado próspero presenta perspectivas basantemente lisonjera, según estará V. S. informado por papeles oficiales.



Nuestro Gobierno estaba tomando sus providencias de resultas de las ocurrencias de arribo de buques españoles a las Islas de Cuba con tropas de desembarque: nada se sabía a nuestra salida de la llegada a la Habana del Navío Guerrero con más tropas que aquí se nos ha asegurado, y en lo que parece ya no cabe duda.

Dios G. Panamá, Junio 1º de 1826.

*José Mariano Michelena.—José Domínguez.*

Sr. D. José Anastacio Torrens.

---

Nro. 2.

### EXCELENTISIMOS SEÑORES

He tenido el honor de recibir la comunicación de VV. EE. fecha 30 de junio por la que tuvieron la bondad de comunicarme la inntalación de la Asamblea de Plenipotenciarios de los Estados de América el 22 del mismo, y de anunciarme que esperan concluir en breve los arduos negocios de su comisión.

Por mi Nº 1º prometí a VV. EE. una copia del decreto de este Estado sobre los acontecimientos de Henezna la que por indisposición no envié por el correo pasado; ni creo ya necesario, habiéndose impreso en los periódicos de esta capital, que supongo habrán VV. EE. visto. Si me queda tiempo para solicitar algunos de otros periódicos irán por este correo; mas en lo sucesivo pienso enviar regularmente los mejores, para que VV. EE. no estén atendidos a recibir las noticias de otros.

El día 23 del pasado se esparció la noticia de que el Presidente de la República estaba ya en este departamento, y que debía entrar en la capital el 3 del corriente con cuyo

motivo se han hecho preparativos para recibirle, que han sido inútiles, habiendo resultado que la noticia fué dada por un oficial que para pasarlo bien y tener bagajes se impuso su Edecán.

Dios guarde a VV. EE.—Bogotá, 3 de agosto de 1826.

(Firma y rúbrica) *José A. Torrens.*

Excmos. Sres. D. J. M. Michelena y D.  
José Domínguez, Ministro Plenipoten-  
ciario de México en la Asamblea de  
los N. E. Americanos.

---

## SE LE AVISA EL DIA EN QUE SE VERIFICO LA APERTURA DE LA ASAMBLEA

Junio, 30 de 1826.

Nro. 2.

LEGACION DE MEXICO  
en la Asamblea de  
los N. E. Americanos.

El 22 del corriente se procedió en esta ciudad a la apertura de la Asamblea de Plenipotenciarios de los Estados de América, y desde entonces nos hemos ocupado constantemente en el importante negocio de nuestro encargo, de suerte que muy en breve nos parece que tendremos la satisfacción de haber concluido los arduos y graves obgetos de nuestra comisión.

Tenemos el honor de participarlo a V. S. para su gobierno.

Dios guarde a V. S. muchos años. Panamá, Junio 30 de 1826.

*José Mariano Michelena.—José Domínguez.*

Señor Encargado de negocios de los  
Estados Unidos Mexicanos cerca del  
Gobierno de Colombia.  
Exmo. Sr. D. Pablo Obregón.

---

Nro. 3.

Julio 16 de 1826.

SE LE AVISA QUEDAN CONCLUIDOS Y FIRMADOS  
LOS TRATADOS, Y QUE LA ASAMBLEA SE TRAS-  
LADA A CONTINUAR SUS NEGOCIACIONES A LA  
VILLA DE TACUBAYA

El día de ayer se han firmado los tratados concluidos entre los Plenipotenciarios de las Repúblicas de los E. U. Mexicanos, Colombia, Centro América y Perú en esta ciudad; y como la Asamblea se traslada a continuar sus negociaciones a la Villa de Tacubaya una legua distante de la Ciudad de México, debemos salir de aquí para esa misma Capital el 19 o 20 de este mes. Lo que comunicamos a V. S. para que pueda servirle de gobierno.

Dios guarde a V. S. m. a.—Panamá, Julio 16 de 1826.

*J. M. Michelena.—José Domínguez.*

Sr. Encargado de negocios de los Estados Unidos  
Mexicanos cerca del Gobierno de Colombia Dn. Anastacio  
Torrens.

Exmo. Sr. D. Pablo Obregón.

---

ECSMOS SRES. D. MARIANO MICHELENA Y D. JOSE DOMINGUEZ MINISTROS PLENIPOTENCIARIOS  
DE LOS E. U. DE MEXICO EN EL CONGRESO DE  
LOS NUEVOS ESTADOS AMERICANOS

LEGACION MEXICANA CERCA DEL GOBIERNO DE  
LOS E. U. DE AMERICA. WASHINGTON NOVIEM-  
BRE 12 DE 1826.

EXCMOS. SEÑORES

Tengo el honor de contestar la Nota de VV. EE. as número 1º, en que me participan su llegada a Panamá, con el carácter de Ministros por el Gobierno de la República para el Congreso de los Nuevos Estados de América, que debía reunirse en aquella ciudad; lo que ya me había comunicado el Ministro de Relaciones Exteriores.

Participe a VV. EE. as todo lo que separa relativo al objeto de la Misión Americana, al mismo Congreso, carácter de las personas enviadas a él, y demás cosas que pueda saber interesantes al servicio de la República en la misión de VV. EE. as.

Soy de VV. EE. as con la más alta consideración su atento servidor,

(Firmado y fábrica) *Pablo Obregón.*

---

ECSMOS SRES. D. MARIANO MICHELENA Y D. JOSE DOMINGUEZ MINISTROS PLENIPOTENCIARIOS DE LOS E. U. DE MEXICO EN EL CONGRESO DE LOS NUEVOS ESTADOS AMERICANOS

LEGACION MEXICANA CERCA DEL GOBIERNO DE LOS E. U. DE AMERICA. WASHINGTON, NOVIEMBRE 12 DE 1826.

Nro. 2.

EXCMOS SEÑORES

He recibido la nota de VV. EE. as Número 2, en que me comunican el haber comenzado ya sus trabajos y la esperanza que tienen de concluirlos pronto y satisfactoriamente.

Celebro, como es debido, el buen resultado de la misión de VV. EE. as y con todo respeto presento a VV. EE. as mi más alta consideración.

(Firmado y rúbrica) *Pablo Obregón.*

---

Junio 9 de 1826.

Nro. 1.

SE LE AVISA LA LLEGADA DE LA LEGACION A PANAMA, Y QUE AUN NO HAN LLEGADO LOS MINEROS DE LA REPUBLICA DEL NORTE QUE DESIGNEN LOS OBJETOS CON QUE VIENEN Y DEMAS QUE SEA DIGNO DE SABERSE

LEGACION DE MEXICO  
en la Asamblea de  
los N. E. Americanos.

Hemos llegado el 4 del corriente a este puerto de Panamá en el Bergantín de guerra de nuestra República el

Constanza que zarpó en Acapulco el 11 del mes anterior y como V. E. estará instruido por documentos oficiales venimos con el carácter de Ministros Plenipotenciarios a la Asamblea de las Repúblicas de América. Lo ponemos en noticia de V. E. para que se sirva darnos las que crea ser convenientes al buen desempeño de nuestra comisión como lo haremos igualmente con V. E. con lo que ocurra de importante.

Aun no han llegado los Ministros de esos Estados, pero aquí se esperan de un día a otro: deseamos que en la primera oportunidad nos designe V. E., si lo hubiese penetrado los objetos con que vienen; del carácter personal de los objetos; y todo lo demás que haya digno de saberse en el particular.

Dios guarde a V. E.—Panamá, Junio 9 de 1826.

(Firmado y rúbrica) *José Domínguez.*

Exmo. D. Pablo Obregón.

---

S. E. espera que con la mayor brevedad tendrá el especial placer de recibir de manos de V. EE. las piezas concluidas de que hacen mención en su nota, y los informes extensos de sus apreciables trabajos.

Dios guarde a V. EE. muchos años.

(Firmado y rubricado) *Juan José Espinosa de los Monteros.*

Exmos. Sres. Ministros Plenipotenciarios  
D. J. Mariano Michelena y D. José Domínguez.

---

Nro. 4.

Agosto 15 1826.

## POR EXTRAORDINARIO

AVISANDO LA LLEGADA DE LA LEGACION A ACAPULCO DE REGRESO DE PANAMA, HABER QUEDADO CONCLUIDOS LOS TRATADOS, LA LLEGADA DE OTROS PLENIPOTENCIARIOS, Y LOS QUE SE ESPERAN

## ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

PRIMERA SECRETARIA  
DE ESTADO

y del Despacho de  
Relaciones interiores  
y exteriores.  
Sección de Estado.

Palacio Nacional de México  
a 19 de Agosto de 1826.

## EXMOS. SRES.

Con muy particular satisfacción ha leído el Exmo. Sr. Presidente la comunicación de V. EE. de 15 del corriente recibida hoy por extraordinario, en que avisan de su llegada a Acapulco y del plausible éxito de su misión a la Asamblea que venturosamente se reunió en Panamá, y se ha acordado trasladar a la Villa de Tacubaya.

Me manda que al avisar a V. EE. el recibo de su nota, encomiende a su esmero el felicitar cordilamente a nombre de S. E. a los Exmos. Sres. Plenipotenciarios que han llegado y que tal vez lleguen oportunamente a ese Puerto; y que al mismo tiempo participe a V. EE. que con el objeto de que los frutos inestimables que la causa común de la Independencia de los nuevos Estados del Continente

Americano ha debido esperar de la espresada Asamblea se anuncien con la misma rapidez con que su celo, actividad y tino ha logrado prepararlos, ha tenido a bien disponer, que por la gazeta extraordinaria, de que acompañó doscientos ejemplares, se dé publicidad a la nota oficial de V. EE.

Ha mandado también se hagan a los Exmos. Sres. Gobernador del Estado de México y Ministro de Guerra y hacienda las comunicaciones de que es adjunta copia, para que los a Exmos. Sres. Plenipotenciarios nuestros huéspedes, se les franqueen en su tránsito hasta esta Capital los auxilios necesarios, proporcionándoseles las comodidades y atenciones honoríficas posibles.

---

Nro. 6.

Septiembre 25 de 1826.

## ACOMPANANDO LOS TRATADOS CELEBRADOS EN PANAMA

Exmo. Sr. Tenemos el honor de presentar a V. E. para que se sirva elevarlo al conocimiento del E. S. Presidente un tratado de amistad liga y confederación perpetua en paz y guerra entre las Repúblicas concurrentes en el Congreso de Panamá, una Convención sobre contingente de hombres y dinero, un concierto reservado, cuyo objeto es la convinación de las operaciones que deben ejecutar los Gobiernos respectivos para el acierto y logro de la empresa y un convenio en que se desembuelben las facultades económicas de la Asamblea, a cuyos tratados concluidos y firmados el 15 de Julio de este año acompañamos los protocolos en que se hallan redactadas las conferencias formales en la expresada Ciudad y otros documentos relativos al negociado para mejor instrucción.



Si estos trabajos llegan a ser del agrado del Supremo Gobierno será cumplida nuestra satisfacción; en nuestro concepto se ha consultado en los tratados a los grandiosos intereses de las Américas y sobre todo a la utilidad y ventajas de nuestra República, se han llenado las instrucciones que se nos dieron y hemos tenido presente el tratado y leyes existentes, de todo lo que V. E. se persuadirá por el ilustrado examen que le merezcan y por el siguiente cotejo y explicación.

El artículo 1ro. del tratado de Panamá es conforme con el Preámbulo y art. 1ro. del tratado entre Colombia y México de 3 de Octubre de 823 y el 1ro. de la 1ra. parte de las instrucciones.

Art. 2do. id. id.

Art. 3ro. id. y 2do. e id. de las instrucciones.

Art. 4to. Para facilitar la ejecución de los Artes. Admvos.

Art. 5to. Consecuencia de la liga ofensiva y defensiva.

Art. 6to. El 6º.

Art. 7mo. Mas ceñido y aclarado.

Art. 8vo. El 5to.

Art. 9no. El llavo. en la parte que el Congreso lo aprobó.

Art. 10mo. Ultima parte del 17avo. mas contrahida y especificada y conforme a la ley que se expidió al tiempo del tratado.

Art. llavo. Art. 12avo.

Art. 12avo. El 15avo. y 16avo. en substancia.

Art. 13avo. El 14avo. y excluido el arbitraje que no aprobó el Congreso y especificadas las consecuencias con más estención.

Art. 14avo. Para precaver las inconsecuencias que podrían resultar de que acaso se contrajeron por los aliados ligas que estuviesen en contradicción bien fuese en si misma, o bien con los intereses de los mismos aliados, y es la decisión dada en el artículo 3ro. de la 2da. parte de las instrucciones.

Art. 15avo. Consecuencia del anterior.

Art. 16avo. id. de la confederación establecimiento y objeto de la Asamblea conservando la libertad soberana por la que las naciones no se sujetaron al arbitrio de otra.

Art. 17avo. Consecuencia necesaria de lo ya citado.

Art. 18avo. id.

Art. 19avo. Este artículo es para dar subsistencia y valor a los ya dichos.

Art. 20avo. Consecuencia de los objetos de la Asamblea.

Art. 21avo. El 8avo. desenvuelto con toda claridad y el 20avo. de la 1ra. parte de las instrucciones.

Art. 22avo. El 8avo. y el 9no. corregidos.

Art. 23avo. Fué concedido a propuesta de Colombia por ser recíproco y no contrariar en tenor nuestras leyes.

Art. 24avo. Recíproco y conforme al espíritu de nuestras leyes.

Art. 25avo. No contiene obligación alguna y dexa expedito el sistema que México quiera guardar en lo sucesivo así respecto de los extranjeros, como de los aliados; y la decisión que se dió en el art. 2do. de la 2da. parte de la instrucción.

Art. 26avo. Ejecución del artículo 13avo. del Tratado de Colombia.

Art. 27avo. Conforme a la ley de la materia ampliificada y con sujeción a las modificaciones que se tenga a bien hacer en ellas al tiempo de formar el convenio a que se refiere este artículo.

Art. 28avo. Primera parte del artículo 17avo.

Art. 29avo. Conforme al encargo hecho en la última parte de la respuesta 4ta. de las instrucciones en aclaración del artículo 3ro. de la 1ra. de las mismas instrucciones.

Art. 30avo. Consecuencia del objeto de la confederación y decisión encargada en el artículo 1ro. de la 2da. parte de las instrucciones.

Art. Adicional. Conforme a los objetos de la Asamblea.

La convención sobre contingentes en consecuencia del artículo 3ro. del Tratado de confederación arreglado a las bases dadas en la 9na., 6ta., 7ma. y 8ava. respuestas de las instrucciones.

La comisión directiva de Marina es consecuencia de las respuesta 8tava. atendiendo a que la marina debe obrar en la ofensiva en cuyo caso los Gobiernos conforme a nuestra respuesta deben ponerse de acuerdo y era necesario entrar desde luego en él. Este pareció más prudente que las razones particulares que reservadamente explican al Gobierno y para evitar todo zelo que pueda ser funesto.

El concierto reservado todo se dirige a facilitar la ejecución del Tratado de confederación y proporcionar la economía a fin de que sin aumentar nuestros presupuestos, la ejecución sea fácil y segura: en reserva se encarga a los Gobiernos por la suma importancia de que el enemigo ignore el orden y medios de nuestra posición y solo sepa por los tratados públicos la masa que tiene que combatir además de las fuerzas interiores del país, lo cual no puede perjudicarnos, y antes bien impondrá al enemigo ver a donde llega el mínimun de nuestros esfuerzos: este convenio está

enteramente dentro del círculo de las facultades del Gobierno y de consiguiente no tiene necesidad de la ratificación y aprobación del Poder Legislativo.

El último convenio es en ejecución de los artículos del Tratado que estableció la Asamblea y no contiene de nuevo sino lo que es absolutamente económico a la Asamblea, y arreglado a las instrucciones dadas a nosotros aunque en punto al lugar de la traslación fuera de la 4ta. proposición hecha antes por Colombia al Perú y Guatemala por la cual se ciñe la facultad de escoger sitio a solo el Istmo de Panamá.

Si además de estas reflexiones fuese necesario mayor amplificación si otras diferentes esplicaciones para la completa inteligencia de los tratados, estamos dispuestos a darla por escrito o de palabra, conforme V. S. lo juzgare más conveniente.

Dios gde a V. S. m. a. México, Septiembre 25 de 1826.

*J. M. Michelena.—José Domínguez.*

Sr. Oficial Mayor encargado del  
Ministerio de Relaciones E.

---

Nro. 8.

Octubre 1. de 1926.

ACOMPAÑANDO COPIA DE LA NOTA DIRIGIDA  
POR EL PLENIPOTENCIARIO DEL PERU A LOS  
DEMÁS MINISTROS DE LA ASAMBLEA SOBRE SU  
SALIDA DE PANAMA Y ARRIBO AL MISMO  
PUERTO

Nota: Véase la letra 2 del legajo de protocolos y tratados pertenecientes a la Legación Mexicana.

Tengo el honor de pasar a V. S. para su conocimiento copia de la nota recibida por la vía de Veracruz del E. S. Ministro de la República del Perú en la Asamblea de los H. E. de A. relativa a su embarque en Panamá a bordo de el Bergantín Tres Hermanos y de su arribo al mismo Puerto y que ha dirigido a los EE. SS. Ministros Plenipotenciarios de la misma Asamblea.

Dios Guarde a S. Octubre 1ro. de 1826.

*José Domínguez.*

Sr. Oficial Mayor encargado del  
Ministerio de Relaciones E.

---

PRIMERA SECRETARIA  
DE ESTADO  
DEPARTAMENTO EXTERIOR

SECCION 1ra.

Papeles oficiales. Los documentos de México—Comunicado al Congreso por la Secretaría de Estado por medio del Ejecutivo el martes último. Los primeros papeles son notas de Mr. Poinsett, transmitiendo noticias que ya saben nuestros lectores de la reunión y suspensión del Congreso. Entre estos papeles está el discurso de D. Manuel Lorenzo Vidaurre a los Plenipotenciarios de los Estados Americanos en Panamá, que han publicado casi todos nuestros periódicos. Luego siguen los siguientes que son los que contienen algo nuevo sobre el Congreso de Panamá. Extracto de una carta Nro. 56 de Mr. Poinsett a Mr. Clay fcha. en la Legación de los E. U. en México 6 de Noviembre de 1826. Esta mañana por la primera vez después de su vuelta, ví a los Diputados Mexicanos al Congreso de Panamá. Uno de los artículos de convenio entre los nuevos

Estados es que siempre que la seguridad de América exija una gran fuerza permanente, pagarán todos su costo. Los Plenipotenciarios de las Repúblicas aliadas deben reunirse una vez al año en Septiembre mientras continúe la guerra común, y cada dos años en tiempo de paz. Los Plenipotenciarios deben permanecer en el lugar convenido tres meses, término que puede prolongarse dos meses más, a cuya expiración pueden renovarse las sesiones; pero durante la guerra estos Plenipotenciarios no pueden salir del territorio de la República en que se juntan, para poderse reunir inmediatamente, si lo requiere alguna circunstancia extraordinaria. El Congreso continuará sin negociaciones en Tacubaya al punto que lleguen los Ministros que llevaron los Tratados de Panamá a sus gobiernos respectivos (Ocho meses es el término prefijado para cambiar estas ratificaciones, y probablemente pasarán seis antes que estos Plenipotenciarios lleguen a México). Lo que sigue es la sustancia de un artículo adicional tratados de unión, liga y confederación perpetua concluido y firmado en Panamá. “Por cuanto las partes contratantes, deseando ardentemente vivir en Paz con todas las naciones del Universo, evitando todos los motivos de mala inteligencia que pudiesen nacer del ejercicio de los derechos legítimos de paz y guerra, han convenido, y convienen por la presente, en que inmediatamente después de la ratificación del presente tratado, fijarán por común convenio todos los puntos, reglas y principios que deben regir su conducta en ambos casos, para cuyo objeto renovarán su invitación a las potencias amigas y neutrales, para que, si lo tienen por conveniente, tomar parte activa en estas negociaciones, y estar presentes por medio de sus Plenipotenciarios, a fin de apuntar, concluir y firmar el tratado, o tratados que se hagan para tan importante objeto.” Por este artículo parece que aunque se han trasladado a Tacubaya las sesiones del Congreso de Panamá, debe renovarse la invitación

a las potencias neutrales y amigas. De todos modos nuestros Plenipotenciarios no necesitan estar aquí antes de Febrero próximo. Los Plenipotenciarios Mexicanos me dijeron que no les fué difícil inducir a la mayoría de los diputados del Congreso de Panamá. El Istmo es tan enfermizo que todos se alegraron de salir de Panamá. En la conversación noté las extraordinarias opiniones contenidas en el discurso de Vidaurre al abrir el Congreso. Me aseguraron que Vidaurre no pronunció tal discurso, sino lo publicó sin conocimiento de su Colegas; que al día siguiente, ellos, los Plenipotenciarios mexicanos, reclamaron verbalmente tanto contra la publicación de aquel discurso, como contra sus ideas, y al mismo efecto protestaron por escrito los Plenipotenciarios de Colombia. Yo les sugerí que convendría publicar una noticia de lo que había pasado, pues todo el tono del discurso de Viadaurre debe producir una impresión desfavorable. Creo que se hará así. No convendría que también lo hiciesen nuestros papeles? Probablemente sabré dentro de pocos días todo lo que pasó en Panamá, y enviaré las noticias según las adquiera. Mr. Poinsett a Mr. Clay. Número 58. Legación de los E. U. en México a 23 de Septiembre de 1826. Señor: me han asegurado que aunque los Plenipotenciarios Americanos de Panamá consideraron que el estado actual de las islas de Cuba y Puerto Rico era incompatible con la seguridad de estos Países, y la conveniencia de subyugarlos por fuerza era un obgeto frecuente de conversación en aquella Asamblea, no se resolvieron medidas respecto de ellas, ni se mencionan en la convención secreta concluida entre los Estados Hispano Americanos. Los Plenipotenciarios desistieron probablemente de obrar sobre este asunto importante por el lenguaje del Presidente sobre esas islas, y la impotencia actual de los Gobiernos de México y Colombia para emprender expedición alguna contra. Los Plenipotenciarios Americanos en Panamá siguieron en sus discusiones el or-

den de materias establecido en la proclama del General Bolívar. La defensa de estos países formó el primero y más importante objeto de sus liberaciones y fundaron la base de su sistema en que España haba perdido los medios de proteger o conservar sus colonias americanas en S. Vicente y Trafalgar, donde sus escuadras fueron batidas y destruidas; que estas derrotas desastrosas y los acaecimientos subsiguientes de sus revoluciones han aniquilado casi enteramente su poder marítimo; por lo que el método mas obvio de defender las Américas, será aumentar sus fuerzas navales, para interceptar y destruir en el océano cualquiera expedición que España pueda enviar contra ellas. Sobre este raciocinio se formó el tratado ofensivo y defensivo entre los Estados Hispano Americanos; y abraza dos objetos; primero, el ostensible, referido ya, y 2o. que por este arreglo los Gobiernos interesados puedan disminuir gradualmente sus fuerzas de tierra. Parece que los Plenipotenciarios reunidos en Panamá miran estos grandes ejércitos permanentes con bien fundado temor, y entró en sus ideas que esta convención obligase a los Gobiernos interesados a devolver sus intenciones sobre el particular. Por Gobiernos se entiende aquí los caudillos militares que dirigen los negocios tanto civiles como militares de los Gobiernos respectivos. Como se entendió que México y Colombia debían pagar los costos de construir y equipar la propuesta fuerza naval, se dispone que los otros Estados paguen su contingente para sostenerla. Aquí ha llegado el Agente enviado a Panamá por S. M. el Rey de los Países Bajos, pero el comisionado de S. M. B. Mr. Dankuy, se volvió a Inglaterra. Estos caballeros no asistieron a las deliberaciones del Congreso. Los Plenipotenciarios Americanos les comunicaban de cuando en cuando sus procedimientos, mas interesantes, o según lo creían conveniente. He recogido estos particulares conversando con los Plenipotenciarios pero aun no he visto los tratados; en cuanto los vea,



inmediatamente daré a V. una relación mas detallada de su contenido. Tengo el honor de ser muy respetuosamente de V. el mas obediente servidor.

(Firmado y rubricado) *J. R. Poinsett.*

(Al margen la palabra corregida) Copia. México, 15 de Febrero de 1827.

(Firmado y rubricado) *Espinosa.*

---

A sus Excelencias los Plenipotenciarios de la República de México al Congreso de Tacubaya. México, Febrero 28 de 1827. Exmos. Sres. Una pequeña indisposición que he tenido por algunos días me ha impedido contestar antes la nota de V. EE. de 17 del corriente. A dicha nota son adjuntas copias de dos cartas que he dirigido al Hb. Henrique Clay Secretario de Estado en Washington y contienen las instrucciones que adquirí con respecto a los procedimientos del Congreso de Panamá. Como en ellas se dice, que la instrucción fué adquirida en conversaciones tenidas con los Plenipotenciarios que asistieron al referido Congreso V. EE. comprenden que una tal narración puede sujetarlos a la nota de débiles, por haber hecho comunicaciones sin orden, y sin motivo, y de falta de verdad, como que contienen inexactitudes. V. EE. siguen manifestando la precisa naturaleza y de la instrucción que cada uno en particular me comunicó en las diversas conversaciones que hemos tenido sobre este objeto, y en conclusión, me suplican que haga las esplicaciones que juzgue mas propias, asegurándome que el objeto de V. EE. en hacerme esta comunicación, es quitar toda desagradable impresión que pueda haberse levantado contra el honor, delicadeza y dignidad de su representación. Apreciando completamente estos motivos suplico se me permita observar que apenas

me impuse de la suspensión del Congreso de Panamá y que por la inesperada muerte de Mr. Anderson, los E. U. de América no fueron representados allí, estaba ansioso por instruirme de cuales habían sido los procedimientos de aquel Cuerpo así como asegurarme del preciso tiempo en que se esperaba volvería a reunirse en Tacubaya. He pretendido pues inquirir, y conversando libremente con todos los personajes que hay en México que asistieron a aquella Asamblea y ciertamente no puede decirse que las comunicaciones que V. EE. me han hecho en sus conversaciones sobre este objeto fueron hechas sin un motivo cuando se recuerde que mi Gobierno debió ser representado en Panamá a no ser por la casual ocurrencia referida. Mucho menos pueden V. EE. ser notado de débiles por haber comunicado libremente sobre una materia de interés general para la América con el representante de un Gobierno que siempre ha manifestado un tan vivo interés en lo concerniente a los N. E. Americanos. Con respecto al cargo de falta de veracidad que puede resultar contra V. E. por las inexactitudes, que mis narraciones puedan contener, seguramente yo estoy en que si las hay son mas bien imputables a mí por no haber entendido correctamente el sentido de las espresiones de aquellos sugetos con quienes he conversado, que a una intención por su parte de engañarme. Como yo he conversado mas de una vez con V. EE. y tenia conversaciones también con otras personas sobre los puntos relativos a los procedimientos del Congreso de Panamá no es de suponerse que después de pasados seis meses me atreva a manifestar de memoria la particular instrucción que he recibido de cada individuo. Por el bien conocido carácter de V. EE. yo debo creer que manifiestan la precisa instrucción que entonces me proporcionaron según su memoria. Al referir las fuentes de que he obtenido esta instrucción no he intentado limitar la referencia exclusiva a V. EE., sin embargo es inegable que

el todo de la instrucción que he comunicado a mi Gobierno en las cartas la adquiriré en las fuerzas mencionadas, y habiéndola escrito tan pronto después de la fecha, es igualmente inegable que las cartas transmitieron la exacta impresión que dejaron en mi mente las conversaciones referidas. Aprovecho la oportunidad de asegurar a V. EE. mi profundo respeto y distinguida consideración.

*J. R. Poinsett.*

Es copia. México 29 de Marzo de 1827.

(Rubricado y firmado) *F. Z. Guerra.*

---

18 de Agosto de 1827.

Nro. 14.

LEGACION MEXICANA A LA  
ASAMBLEA DE LOS N. E.  
DE AMERICA.

EL SUPREMO GOBIERNO INSERTANDO LA ORDEN  
QUE SE PASO AL VENERABLE CABILDO DE ESTA  
SANTA IGLESIA PARA QUE EL ENCARGADO DEL  
PALACIO DE TACUBAYA FRANQUEE LA PARTE  
DE HABITACION QUE SE NECESITE PARA SALON  
Y OFICINAS DEL CONGRESO GENERAL

PRIMERA SECRETARIA  
DE ESTADO  
DEPARTAMENTO EXTE-  
RIOR.

Sección 1ra.

EXMOS. SRES.

El Sr. Ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos  
con fecha de ayer me dice lo que copio.

“Con esta fecha digo al Ilustrísimo y Venerable Cabildo Eclesiástico Gobernador de este Arzobispado lo que sigue. El Exmo. Sr. Presidente me manda diga a V. S. I, como lo hago, que estando próxima la apertura de las sesiones del Congreso de Panamá trasladado a Tacubaya, se sirva prevenir al nuevo encargado del Palacio arzobispal de aquella Villa D. Juan Manuel Irizarri que poniéndose previamente de acuerdo con los Sres. Ministros nombrados por nuestra República para otro Congreso D. Mariano Michelena y D. José Domínguez, franquee la parte de habitación que se necesita de dicha finca para preparar el Salón y oficinas del referido Congreso. Y lo traslado a V. S. para su inteligencia y fines consiguientes.”

Y de suprema orden tengo el honor de insertarlo a V. EE. para que tomen las disposiciones correspondientes a la preparación del Salón y manifiesten las que para el mismo efecto deban emanar de este Supremo Gobierno.

Dios y Libertad.      México, 18 de Agosto de 1827.

(Firmado y rubricado) *Juan José Espinosa de los Monteros.*

Exmos. Sres. D. Mariano Michelena  
y D. José Domínguez.

---

Nro. 15.

LEGACION MEXICANA A LA  
ASAMBLEA GENERAL DE  
LOS N. E. AMERICANOS  
30 de Mayo de 1827.

EL GOBIERNO PIDIENDO INFORME SOBRE SI LOS  
MINISTROS RESIDEN EN ESTA CAPITAL SE CON-  
SIDERAN HABILITADOS PARA CONTINUAR SUS  
SESIONES EN TACUBAYA

PRIMERA SECRETARIA  
DE ESTADO  
DEPARTAMENTO EXTE-  
RIOR.

Sección 1ra.

EXMOS. SRES.

Se ha enterado el Exmo. Sr. Presidente de lo que V. EE. manifiestan en su nota de 31 de Mayo último contestando lo de este ministerio del día próximo anterior en que que se le pide informe sobre varios puntos relativos a los tres Plenipotenciarios a la Asamblea de los Nuevos Estados Americanos.

En consecuencia, me manda decir a V. EE. como tengo el honor de hacerlo, que debiendo considerarse indispensable previo a la reunión de los Ministros que han de concurrir a la Asamblea el conocimiento en general de que se hallan con la investidura y autorización necesaria para aquel acto, procuren V. EE. informarse de este y los demás puntos que insinúan en la manera que consideren mas propia para fixar el concepto de las causas que detengan la reunión de la Asamblea y la continuación de sus sesiones, exponiendo sobre esto todo lo que se les ofrezca con el celo que deben tener por el honor y buen nombre de la República, cuyo territorio ha sido designado para los grandes expresados objetos.

Dios y Libertad. México, 13 de Junio de 1827.

(Firmado y rubricado) *Juan José Espinosa de los Monteros.*

Exmos. Sres. D. José Mariano Michelena  
y D. José Domínguez.

---

“En la parte superior al centro un círculo formado por las palabras “República Federal de Centro América”, mismas que encierran un escudo formado por un triángulo que encierra una cadena de montañas con un sol al centro, abajo del triángulo pero dentro del dicho escudo las palabras, Cuerpo Diplomático.”

A los Exmos. SS. Dn. J. M. Michelena y Dn. José Domínguez Ministros Plenipotenciarios de la República de los Estados Unidos Mexicanos al Congreso de Tacubaya

México, 23 de Junio de 1823.

Tengo el honor de contestar la respetable nota de VV. EE. del día de ayer que con el debido aprecio he recibido hoy.

Como Ministro Plenipotenciario de la República federal de Centro América al Congreso General Americano, estoy suficientemente habilitado, i en disposición de concurrir a la reunión, i continuar las conferencias en la Asamblea, mediante los poderes que se me confirieron en 12 de Febrero de 1826 los que después de reconocidos i calificados en buena i debida forma, fueron cangeados con los U. U. E. E. i los de los demás Plenipotenciarios reunidos en Panamá, a 22 de Junio, i quedaron en el archivo del Congreso.

Aunque dichos poderes se me confirieron en consorcio del Ciudadano Doctor Pedro Molina Ministro Plenipotenciario igualmente nombrado por aquella República, i residente hasta el día en ella por los motivos que se publicó i notorio son constantes a V. V. EE. es artículo expreso en las instrucciones que a ambos nos dieron en la citada fecha de 12 de Febrero, que estos poderes se entenderán conferidos a uno solo en caso de muerte o imposibilidad, como aparece de la adjunta certificación del Secretario de

mi legación Ciudadano Rafael del Barrio. En este concepto, suspendidas que fueron las conferencias del Congreso en la expresada Ciudad de Panamá para *trasladarse a continuar sus negociaciones a la villa de Tacubaya*, según se expresa en el artículo 1.º del convenio sobre traslación de la Asamblea, i en el protocolo de la décima conferencia de los Ministros, he permanecido en esta Capital desde el 2 de Septiembre del año procsimo pasado recibiendo de mi Gobierno las demás instrucciones correspondientes para cuando llegara el caso de la reunión en Tacubaya con arreglo al convenio celebrado en Panamá.

Con lo expuesto me parece queda satisfecha la explicación que VV. EE. se sirven pedirme en su citada nota, i siempre estaré pronto i dispuesto a manifestar con la misma franqueza, i sinceridad de que VV. EE. se hallan animados cualquiera otro punto que pueda convenir al fin que VV. EE. se han propuesto.

Esta ocasión me proporciona la satisfacción de ratificar a VV. EE. los sentimientos de la alta consideración y profundo respeto con que soy.

Su mas atento  
humilde servidor.

(Firmado y rubricado) *Antonio Larrazabal*.

---

La Asamblea de Plenipotenciarios de los N. E. de América que se formó en el Istmo de Panamá, determinó trasladarse a la Villa de Tacubaya, una legua distante de México, a continuar sus sesiones, en consecuencia han llegado ya a este Puerto los Exmos. Sres. Dn. Pedro Gual Ministro Plenipotenciario por la República de Colombia, Dr. Dn. Antonio Larrazabal por la de Centro América, Gral. D. José Mariano Michelena y D. José Domínguez con

su comitiva por los E. U. Mexicanos, y deben llegar muy en breve el Exmo. Sr. Manuel Pérez Fudela por la del Perú y los Sres. Secretarios de la Legación del mismo Perú y de la Centro América, todos los cuales han de pasar a México para reunirse en la espresada Villa de Tacubaya.

Por el tratado concluído en México el 3 de Octubre de 1823 se obligó a la Nación a prestar en este caso los auxilios que demandase la hospitalidad y buena correspondencia de los aliados; y las Autoridades celosas siempre por el buen nombre de la República a que pertenecen, se esmerarán sin duda en desempeñar aquel compromiso. Por esto han dispuesto los EE. SS. Ministros Plenipotenciarios de México que por esta Secretaría se avise a V. S. el espresado acuerdo de la Asamblea y la llegada sucesiva de los Ministros a fin de que tanto en su residencia en este Puerto como en su transito hasta la Capital de la Federación reciban los auxilios, se les faciliten las comodidades y presten las consideraciones que son debidas a su elevado carácter y dignidad de su representación y cual corresponde al alto concepto que se ha formado de nuestra República, en cuya gloria debemos interesarnos.

Tengo el honor y la satisfacción de poner todo esto en noticia de V. S. para que pueda tomar oportunamente sus providencias y los EE. SS. Ministros esperimenten el mejor acogimiento y hallen los recursos posibles en este Puerto y en los Pueblos y Ríos del camino.

Dios Guarde a usted.      Acapulco, Agosto 16 de 1826.

(Firmado) *J. B. Guerra.*

Sr. Prefecto del distrito de Acapulco.

---



AL EXMO. SR. MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE  
COLOMBIA AL CONGRESO DE TACUBAYA, D. PE-  
DRO GUAL

México, a 10 de Julio de 1827.

Señor.

Contrahidas las dificultades que V. E. tubo a bien explicarnos en sus atentas notas de 23 y 28 del mes ppdo. a la no aprobación de las estipulaciones de Panamá relativas a las prerrogativas de sus Ministros y lugar de su reunión, tenemos el honor de allanarlos según desea, asegurándole franca e ingenuamente como que nos hallamos autorizados para ello, que nuestro Gobierno observará las garantías e inmunidades contenidas en el convenio de Panamá, y que V. E. estima justamente necesarias para el decoro de los Plenipotenciarios y desempeño de sus importantes funciones.

Pues que removido este tropiezo V. S. se hallaba dispuesto a darnos las explicaciones que tendiesen a manifestar el vivo interés que ha animado y constantemente animará a la República de Colombia por ver realizada la gran confederación Americana, tenemos el honor de reproducir a V. E. la súplica de nuestra comunicación del veinte y dos del mes anterior, a fin de que se sirva instruirnos sobre su competente habilitación y disposición para reunirse y continuar las conferencias de la Asamblea en la Villa de Tacubaya, teniendo presente el recomendable zelo e ilustración de V. E. los motivos que nos indujeron entonces a recabar de los Plenipotenciarios ésta explicación.

Dígnese V. E. aceptar los sentimientos sinceros emitidos por la respetuosa y distinguida consideración con que tenemos el honor de repetirnos de V. E.

Atentos servidores.

---

“En una nota escrita en inglés el E. S. J. R. Poinsett notifica al E. S. M. Michelena, haber sido nombrado por el Gobierno de los Estados Unidos de América, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario al Congreso de Panamá, en cooperación con Mr. Sergeant, al Congreso General de Tacubaya; el E. S. M. Michelena le contesta una carta felicitándolo y dándose por enterado de la designación hecha en su favor por su Gobierno.”

---

#### EL SR. SERGEANT PREGUNTANDO SI LLEGARA A REUNIRSE LA ASAMBLEA EN TACUBAYA

El E. S. J. Sergeant pide información al E. S. M. Michelena y al E. S. J. Domínguez acerca de la posibilidad y seguridad de las reuniones del Congreso en la Villa de Tacubaya; el E. S. M. Michelena contesta diciendo que no cree haya motivo para que se suspenda dicha asamblea y que el personalmente cree que se reunirá en Asamblea dicho Congreso tan pronto como lleguen a esta Ciudad de México todos los Ministros acreditados por sus países y con sus tratados ratificados; que no puede asegurar esto mas que de un modo extra-oficial que es cuanto puede hacer para satisfacer al E. S. J. Sergeant; el E. S. J. Domínguez contesta al propio Sr. Sergeant que no tiene nada que añadir a la información personal del E. S. M. Michelena.

---

EL MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE SOBRE QUE SE LE INFORME DEL TIEMPO EN QUE HA DE REUNIRSE EL CONGRESO Y LAS GESTIONES PRACTICADAS AL INTENTO

México, a 23 de Agosto de 1827.

Exmo. Sr.

Deseando instruirse V. E. acerca del tiempo en que ha de reunirse la Asamblea de Tacubaya y las gestiones que se han practicado al efecto, debemos en contestación reproducir lo mismo que tuvimos el honor de explicar confidencialmente al E. S. D. J. Sergeant con igual motivo en Marzo de este año, diciéndole que a pesar de haber transcurrido el término prefixado para la ratificación de los tratados de Panamá, no tenemos fundamento para creer que no se instale la Asamblea en la referida Villa de Tacubaya, conforme se había convenido en las estipulaciones del Istmo, entendiendo que habría de realizarse esa augusta reunión tan luego que los Ministros signatarios se presenten aquí con los tratados ratificados por sus respectivos Gobierno.

Sabida es la posición crítica que ha apurado la atención de los Nuevos Estados americanos, y ella regularmente ha influido en retardar el verificativo de aquellas circunstancias de que dependen la reunión.

Sin embargo por nuestra presente se ha manifestado de varios modos nuestra disposición y deseos a que se verifique, como que en nuestro concepto es la que ha de obrar eficazmente en fortalecer nuestra independencia.

Esperábamos adquirir algunas noticias sobre este importante asunto para tener la satisfacción de trasmitirlas a V. E. pero al fin no hemos logrado saber más que la que consta en papeles públicos relativa a la llegada a Lima de

los Plenipotenciarios de Chile y Buenos Ayres al Congreso de Tacubaya quienes no deben dilatar mucho en venir a México, no obstante que el conducto por donde ha llegado a nuestro conocimiento ésta ocurrencia, no es oficial, es digno de crédito a nuestro parecer.

Suplicamos a V. E. se sirva aceptar nuestra más cumplida, y alta consideración con que tenemos el honor de ser

De V. E.

Obedientes servidores. (rúbrica) .

---

EL SR. GUAL PLENIPOTENCIARIO DE COLOMBIA  
INVITANDO A LOS MINISTROS MEXICANOS A UNA  
ENTREVISTA, SU DESPEDIDA Y DISOLUCION DE  
LA ASAMBLEA

México, Noviembre 24 1827.

El infrascrito Ministro Plenipotenciario de la República de Colombia tiene la honra de informar a Sus Ecce-lencias los Ministros Plenipotenciarios de los Estados Unidos Mexicanos que creyendo de su deber hacerles personalmente una comunicación importante, desea se sirvan proporcionar-le una entrevista, y al efecto ruega a Sus Ecce-lencias tengan la bondad de designarle hora, día, y lugar en que poderlo verificar.

Con este motivo, el infrascrito renueva a sus Ecce-lencias los Ministros Plenipotenciarios de México las segun-dades de su muy distinguida consideración.

(Firma y rúbrica) *P. Gual.*

---

México a 2 de Noviembre de 1827.

Los infrascritos, Ministros Plenipotenciarios de los E. U. Mexicanos al Congreso de Tacubaya tienen la honra de corresponder a la invitación, que S. Exa. el Ministro Plenipotenciario de Colombia se sirve hacerles para una entrevista importante, manifestándole que tendrán la mayor complacencia en concurrir a la casa de su habitación mañana veinte y cinco a las doce del día para llenar los deseos de S. E.

Los infrascritos reproducen con esta oportunidad a S. E. el Ministro Plenipotenciario de Colombia las protestas sinceras de su cumplida consideración.

---

Para que pueda instruirse el E. S. Presidente de la Conferencia habida el 29 del corriente entre el E. S. Plenipotenciario de Colombia al Congreso de Tacubaya Dn. Pedro Gual y nosotros a virtud de invitación que nos dirigió por escrito el día anterior, tenemos el honor de remitir a V. S. el memorándum de lo que pasó en esa entrevista.

Dios G.    Noviembre 29 de 1827.

(Rúbrica)

Sr. Encargado de la 1ra. Sria. de Estado y del despacho de Relaciones interiores y exteriores.

---

México, Diciembre 17 de 1827.

El infrascrito Ministro Plenipotenciario de Colombia a la gran Asamblea Americana tiene la honra de informar a Sus Excelencias los Ministros Plenipotenciarios de los

Estados Unidos Mexicanos a la misma, que hallándose convencido de la inutilidad de su residencia aquí por más tiempo después de lo que tubo el honor de exponer a Sus Excelencias en la conferencia del 25 de Noviembre último, ha resuelto regresar a su país.

En consecuencia, el infrascrito ruega a Sus Excelencias se sirvan porporcionarle en atención a las circunstancias actuales las órdenes correspondientes a las autoridades del tránsito hasta el puerto de su embarque con su familia, Secretarios de la Legación, y criados, a fin de que se le trate con las consideraciones debidas a su carácter público.

El infrascrito al tomar esta resolución cree de su deber declarar a sus Excelencias, que si en el curso de los acontecimientos futuros el Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos estimase conveniente propender a la renovación de las conferencias interrumpidas desde Panamá, el de Colombia prestará gustoso su cooperación a tan grande obra, interponiendo a efecto sus buenos oficios con sus amigos y aliados de América, en cuanto sea compatible con sus obligaciones ulteriores, y que si en virtud de las estipulaciones vigentes la Asamblea Americana se estableciese otra vez en cualquiera parte del territorio Colombiano encontrará allí una acogida fraternal, y repetuosa, cual conviene a los Representantes de unos Estados unidos naturalmente por los vínculos de la Sangre, y las simpatías de un origen común.

El infrascrito se abstiene de agregar aquí ninguna especie de comentario sobre no haberse aprobado, ni desaprobado aquí en más de año, y medio las estipulaciones pendientes de Panamá, cuyas ratificaciones debieron cangearse dentro de ocho meses contados desde el 15 de Junio del año pasado. Bastale por ahora la satisfacción de haber

cumplido con los deberes que le impuso su Gobierno durante la negociación que produjo aquellas estipulaciones y conduciéndose después, como lo había hecho antes, de una manera la más franca, y amistosa. Empero ya que los principios de una política siempre imparcial, y moderada no han podido producir los efectos benéficos que le había propuesto, parece llegado el caso en que los amigos del género humano, y particularmente de este continente sepan muy pronto que no es al Gobierno de la República de Colombia a quien deben imputar tan inesperado resultado.

El infrascrito se vale con placer de una oportunidad para ofrecer a sus Excelencias los Ministros Plenipotenciarios de México el homenaje de su profundo reconocimiento por sus bondades mientras ha residido en este país junto con las seguridades de su muy distinguida consideración, y respeto hacia sus personas.

(Firmado y rubricado) *P. Gual.*

---

LEGACION DE MEXICO  
de la Asamblea de  
los N. E. Americanos.

Con el más profundo sentimiento hemos recibido en la tarde de ayer la nota de despedida del E. S. Ministro Plenipotenciario de Colombia al Congreso general de los N. E. de América D. Pedro Gual, y nos hemos apresurado antes de contestarla a trasmitirla en copia a manos de VS. para que teniendo a bien elevarla desde luego al conocimiento del E.S. Presidente, se sirva decirnos sobre los

particulares que contiene con la brevedad que sea posible, pues que nos la ha recomendado verbalmente Su Excelencia el S. Gual.

Dios guarde a V. S. muchos años. México, Diciembre 18 de 1827.

(Firmado y rubricado) *José Domínguez.*

Sr. Encargado de la 1ra. Secretaría de Estado y del despacho de Relaciones interiores y exteriores.

---

México a 3 de Enero de 1828.

Señor.

Hemos dado cuenta con el contenido de la nota de V. E. fecha 17 del mes próximo pasado a nuestro Gobierno y nos ha espresado en contestación sus vivos deseos de que permanezca V. E. mas tiempo en México, siquiera por este mes; pues esta persuadido como nosotros que dependiendo la existencia de la Asamblea de los Tratados anteriores a los celebrados en el Istmo, no podría lograrse la reunión de Plenipotenciarios si se disolviese la mayoría con el regreso de V. E. a su país, pero además cree nuestro Gobierno poder asegurar en todo este mes de enero si las estipulaciones de Panamá se ratifican o no.

Asimismo nos ha manifestado nuestro Gobierno su decidido interés por la pronta apertura de la Asamblea y la disposición en que se halla de facilitar los auxilios que sean necesarios para las comunicaciones con las Repúblicas aliadas a fin de que vengan los Ministros que faltan y se practique cuanto sea conducente a una obra de conocida importancia.



Tenemos el honor de invitar a V. E. a que coadyube por su parte a tan importante objeto, con dilatar su viaje por el espresado periodo para que no se fustre una empresa, en cuyo favor no debemos perdonar medio alguno de los que se hallen a nuestro alcance.

Dígnese V. E. aceptar las consideraciones de nuestro profundo respeto con que tenemos la honra de reproducirnos de V. E.

(Rubricado)

Atentos servidores.

Excmo. Sr. Ministro Plenipotenciario de Colombia al Congreso de los Nuevos Estados de América Dn. Pedro Gual.



# LAS BASES NAVALES DE AMERICA CENTRAL

Por

FRANCISCO PEÑA TREJO

(Doctor en Medicina de las Facultades de El Salvador y  
París)



El doctor Francisco Peña Trejo, de la Facultad de Medicina de El Salvador (Centro América), Médico Colonial de la Universidad de París, quien es un ferviente cultivador de los estudios históricos, ha dedicado a nuestra Academia el interesante trabajo, que publicamos a continuación.

\* \* \*

Una base naval es una base de operaciones en el mar; y una base de operaciones es una zona de territorio limitada y protegida por obstáculos naturales, ríos, alturas, bosques, y artificiales, como plazas fuertes o campos atrincherados donde se establece y dispone el material de guerra, se reúnen los víveres, se concentran las fuerzas, en suma donde se prepara todo cuanto es necesario para comenzar y continuar las operaciones.

La existencia de una base naval implica, pues, la existencia de puntos estratégicos fortificados que la resguarden y protejan; implica la existencia de grandes depósitos de municiones y pertrechos de guerra, carbón, víveres, aceite, y la construcción de fortalezas y puestos militares, que protegiendo el fondeadero de las naves, las pongan a cubierto de cualquier ataque de una escuadra enemiga.

Esta definición de las bases navales, es necesaria a mi juicio para entrar en el estudio histórico de tan importante materia.

\* \* \*

*ACAJUTLA (El Salvador, América Central), Base Naval de la Empresa de Don Pedro de Alvarado, a las Islas Molucas de Extremo Oriente, en el mes de Junio de 1540.*

Don Pedro de Alvarado hizo un viaje al Perú, en 1534, para disputar a Almagro y a Pizarro los provechos de la conquista del rico imperio de los Incas. Escaso bene-

ficio obtuvo de aquella atrevida incursión en tierra peruana, en la que él y los soldados que llevaba experimentaron no pocos padecimientos y regresó a fines de 1535 a la ciudad de Guatemala, la que desde noviembre de 1527 había sido ya trasladada por Jorge de Alvarado al valle de Almolonga, al sitio que se denominaba Bulbuxyá.

Algunos meses después llegó también allí fray Bartolomé de Las Casas, ilustrado y ejemplar eclesiástico, que ayudó a la conquista pacífica de varios pueblos de Guatemala, y que se mostró siempre defensor de los desgraciados aborígenes y enemigo de los españoles que los explotaban cruelmente. Es imperecedero el recuerdo del virtuoso padre Las Casas, a quien, si hay algo que reprochar, es tan sólo el excesivo celo con que favorecía a los indios, celo que a veces fué causa de discordias en los puntos en que le tocó residir. Fray Bartolomé de Las Casas fué Obispo de Chiapa, y murió ya anciano, en España.

La situación de Honduras era cada día peor, con motivo del cruel comportamiento de Cereceda; y los colonos, exasperados, dirigieron súplicas al conquistador de Guatemala, Don Pedro de Alvarado, para que interviniese en favor de ellos. Atendió Don Pedro la solicitud, y resolvió ir personalmente a auxiliarlos. Llegado a Naco, encargóse del mando de la provincia, por renuncia que en él hizo Cereceda. Envió parte de la gente que llevaba, al mando del capitán Juan de Chávez, a buscar sitio adecuado para establecer una población; y cuando después de muchos días de recorrer aquella quebrada tierra se encontraron Chávez y los suyos en una planicie por la cual corría un río, detuviéronse y fundaron una villa, que es la ciudad que hoy se conoce con el nombre de "GRACIAS" o "Gracias a Dios". Don Pedro, por su parte, fundó otra en territorio hondureño, denominándola San Pedro Sula. Hecho esto, se dispuso pasar a Castilla, y se embarcó en Puerto Caballos a fines de julio o principios de agosto de 1536.

Volvió de España Don Pedro de Alvarado en 1539, desembarcó en Puerto Caballos, y de la gente que traía destinó una parte a abrir un camino hasta San Pedro Sula. Dirigióse a Gracias, y trató de arreglar con Montejo el negocio relativo a la gobernación de la provincia. Conferenciaron uno y otro, y al fin convino Montejo en ceder a Don Pedro el mando, en cambio del gobierno de Chiapa, quedando así por entonces unidas Honduras y Guatemala.

Luego que llegó Alvarado a la ciudad de Guatemala, se ocupó en preparar buques y gente para ir a las islas MOLUCAS (o islas de la Especiería) a entablar el comercio con la China, sin que para decidirse a esta nueva empresa marítima le detuviese el amor que profesaba a su segunda mujer, doña Beatriz de la Cueva, con quien se había casado en España y con quien vino al país en 1539; Doña Beatriz era hermana de su primera esposa que murió en Veracruz en octubre de 1528.

Listas las naves en Acajutla, se embarcó allí llevando más de ochocientos soldados españoles, en junio de 1540 con rumbo al puerto de La Purificación, de la provincia de Jalisco, de Nueva España. Detúvose allí, y requerido su auxilio para someter a los indios de Nochistlán, que se habían alzado, fué con su gente a atacarlos; batióse con su habitual denuedo, sin conseguir el triunfo, y ordenó la retirada; pero al retroceder peleando con los indios que lo perseguían, y yendo él a pié, sucedió que un escribano de apellido Montoya, que huía acobardado, cayó del caballo que montaba, y el caballo rodó por la cuesta abajo, llevándose de encuentro a Alvarado, y dejándolo contuso, sin que pudiera ya moverse: murió el 4 de julio de 1541, por consecuencia de aquellos golpes, y fué sepultado en Guadalajara.

Fué Don Pedro hombre de valor a toda prueba, activo y de pericia militar, pero muy dado a abusar de sus facultades en el ejercicio del gobierno y a cometer actos de

crueldad como guerrero y conquistador; víctimas fueron a menudo, de su violento carácter los aborígenes de México y Guatemala. (A. Gómez Carrillo Historia de América Central. 1906. Págs. 71-72-73).

Este recito histórico, que se refiere a la empresa de Don Pedro de Alvarado a las Islas Molucas de Extremo Oriente, es relatado por los historiadores —el Doctor Barberena entre ellos— con mayores detalles, por el mérito de la expedición que se llevó a cabo. Es muy semejante a la empresa peruana que hicieron en Panamá, Almagro, Pizarro y Luque, en unión del célebre piloto del mar del sur, Hernando Penate, pero revela una capacidad y experiencia marítima mucho mayor.

Como esta empresa del conquistador de Guatemala, Don Pedro de Alvarado, es la más famosa en los fastos históricos de la base naval de Acajutla; he creído conveniente, en esta ocasión, recordar su origen y fechas, para hacer una investigación histórica de mayor amplitud, en el sitio mismo de la empresa, acopiando los datos textuales relativos, si necesario fuere en los Archivos Coloniales de Indias, haciendo el recuerdo conmemorativo de ella. Bien pueden las bellas artes, es decir, la pintura y la estatuaría, hacer la figura memorable de aquellos capitanes de nuestra historia, haciéndose a la mar, en ruta hacia el Extremo Oriente, partiendo de nuestra base naval de Acajutla; con el infausto suceso de tierras mexicanas, que ocasionó la muerte de Don Pedro de Alvarado, y con ello, la suerte de tan famosa expedición naval.

\* \* \*

### *La Base Naval Centroamericana en la COSTA ATLANTICA DE NICARAGUA*

Nota Geográfica. El Lago de Nicaragua (o de Granada) llamado en otro tiempo Cocibolca, es el más grande e interesante de la América Central. Tiene una forma



elíptica cuyo eje mayor se extiende de Noroeste a Sudeste, en una extensión de 166.5 kilómetros, siendo su anchura mayor de 71 kilómetros y su profundidad considerable. Está el lago a 32.2 m. sobre el nivel del Pacífico y tiene 7.700 km.2 de superficie. Recibe muchos ríos, siendo los principales por el Norte, el Tipitapa; por el Este, el Tule, el Acoyapa, el Mayales y el Tecoloste; por el Occidente, Ochomogo y el San Gil; y por el Sur, el Sapoá, el Niño y el Frío. Sus puertos principales son: Granada, Ochomogo, San Jorge y la Virgen, en la ribera occidental: San Carlos, San Miguelito, San Ubaldo y los Cocos, en la Oriental. En este lago hay muchas islas, siendo las principales: la Zapatera de 22 kilómetros de largo, y la de Ometepe, encontrándose en la última los volcanes de Madera y Ometepe. En ella se encuentra la población de Alta Gracia. Además existe en este lago el archipiélago de Solentiname frente a San Carlos. Se proyecta aprovechar ese depósito de agua en la apertura de un canal interoceánico, entre el Atlántico y el Pacífico.

Desagua el lago de Nicaragua por el río de San Juan llamado también Desaguadero, que es la corriente más importante de Centro-América, como vía fluvial para el comercio. Sale ese río del lago de Nicaragua entre el puerto de San Carlos y la desembocadura del río Frío, y siguiendo hacia el Sudeste se dirige al Atlántico. Para estudiarlo se le puede considerar dividido en dos secciones: la de San Carlos al cuello del Castillo con 68 kilómetros de longitud, y la de este lugar al Océano con 55 kilómetros de largo. Recibe el San Juan como tributarios principales, por la derecha: el San Carlos y Sarapiquí, y por la izquierda algunos ríos sin importancia provenientes de la Sierra de Yolaina.

Es también notable el San Juan por los estudios que fué objeto, para el trazo del canal de Nicaragua. La vía interoceánica de Nicaragua, se completa con el trazo del

canal que pasa al sur de la ciudad de Rivas, en el istmo del mismo nombre. (Licdo. J. Antonio Villacorta C. *Geografía de la América Central*. Guatemala. 1928. Pags. 48-50).

El 30 de junio (1665), a las dos de la mañana, sorprendió Eduardo David (Davis, dicen otros), en compañía de 120 corsarios ingleses, a los habitantes de Granada de Nicaragua, robando todo el oro, la plata y las mercaderías que pudieron, y cometiendo, además, cuantos excesos se les ocurrieron. Esta fué la primera invasión pirática realizada por el río de San Juan, y no les faltó audacia y valor a quienes la llevaron a cabo, pues antes de ella recordábanse como grandes hazañas las de Alonso de Calero y Diego de Artieda que en los tiempos de la conquista hicieron la navegación de dicho río.

A consecuencia de la invasión a Granada, las autoridades, tanto de la provincia como de la Capitanía General, se preocuparon de la construcción de una defensa en sustitución del fuerte de Santa Cruz, que había sido destruído por los invasores; y a vueltas de varios informes y de muchísimas discusiones, el Gobernador de Nicaragua, don Juan Fernández de Salinas y de la Cerda, Caballero de Calatrava y Adelantado de Costa Rica, título éste que obtuvo por cesión que le hizo de él su suegro don Diego Vásquez de Coronado, último conquistador de Costa Rica, a quien correspondió en su origen dicho título; construyó el fuerte de San Carlos (de Austria) "a la izquierda del río San Juan, a un tiro de arcabuz, al este de la boca del río Sarapiquí".

Esta construcción, en que el señor de Salinas empeñó toda su energía valió a éste ruidosas persecuciones de parte del irascible Capitán General don Sebastián Alvarez Alfonso Rosica de Caldas y de sus allegados, y habiendo ido dicho Capitán General a Nicaragua, y aconsejado, según

él, dijo al Rey, del “capitán Martín de Andújar, persona de toda satisfacción, ingeniero y con celo del servicio de S. M.”, hizo cambiar el sitio del fuerte que se construía; todo lo cual consta en un voluminoso proceso que existe en Managua, y que don León Fernández no pudo consultar por prohibición del entonces Presidente don Pedro Joaquín Chamorro, ni en el Archivo de Indias de Sevilla, donde también existe, por haberle sorprendido la muerte. .

Con el fuerte de San Carlos se pensó que se había asegurado la tranquilidad de las costas atlánticas; al menos tal fué la creencia del Presidente Alvarez Alfonso Rosica, quien atribuyó a su viaje a Nicaragua trascendentalísima importancia; pero he aquí que casi al propio tiempo que él hacía grandes ponderaciones ( a fines de 1666) los bucaneros se encargaron de demostrar lo contrario; pues subiendo por el Río Dulce llegaron hasta el Castillo de San Felipe, el que tomaron y redujeron a cenizas, dejando además en otros lugares huellas indelebles de su paso.

Tampoco por el río San Juan desaparecieron los peligros, y en 1670 ocurrió por sus aguas una segunda invasión a Granada. Esta segunda invasión parece que fué encabezada por el ex-lugarteniente de Mánsfield, Juan Morgan, quien trajo como lugarteniente suyo al famoso “Gallardillo”. El fuerte de San Carlos les fué entregado por un tal Rebolledo, y para verse libre de cuidados y amenazas por su presencia, dispusieron destruirlo, procediendo a continuación a realizar “muchos ultrajes, así en los templos como en las casas particulares y se retiraron sin que nadie los molestara”.

Al tenerse en España la noticia de estas nuevas y más graves exacciones, se dictó en 1671 una real cédula mandando fortificar en toda forma el río de San Juan, y se nombró a don Fernando Francisco de Escobedo, general de artillería, gran cruz de San Juan, etc., etc., Presidente de

la Capitanía General de Guatemala, con encargo especialísimo de atender a la construcción de las defensas respectivas.

En efecto: apenas llegado a la capital en febrero de 1672, el señor de Escobedo se dirigió a Nicaragua. Después de inspeccionar personalmente los sitios, fijó el que debía ocupar el nuevo castillo. Este fué construído a 12 leguas del Lago de Granada y a 28 del mar, en la ribera izquierda del río San Juan, frente al raudal de Santa Cruz y "en una montaña de peña viva". Tres años después de empezados los trabajos, es decir en 1675, quedó terminado el castillo, al que se le dió el nombre de *Castillo de la Concepción*, primero, y el de *Castillo de San Juan*, después (ahora se llama *Castillo Viejo*). Su forma era cuadrilonga, con un caballeo y cuatro baluartes con 36 cañones de grueso calibre; tenía foso y estacada, etc. etc., y el mismo señor de Escobedo, antes de regresar a Guatemala, firmó en 1673, las ordenanzas a que debía estar sujeto el fuerte.

No obstante lo formal de la construcción del Castillo de la Concepción, las costas del norte continuaron seriamente amenazadas, particularmente las de Guatemala y Costa Rica; razón por la cual el sucesor de don Juan López de la Flor, don Francisco Sáenz insistió en la gobernación de la segunda, en que se le autorizara para la construcción de dos pequeños fuertes, uno en Matina y otro en el Portete; proyecto aprobado por el Rey de España desde 1677, pero que no se vió realizado sino años después, siendo ya Gobernador de Costa Rica don Miguel Gómez de Lara.

Entre tanto, ya construídos el fuerte de la Concepción en el río San Juan (1675) y el de San Fernando en Matina (1742), y bastante avanzados los trabajos del de San Fernando de Omoa, las expediciones piráticas no cesaban en

el territorio centroamericano, concordando sus alternativas, o sea su mayor o menor frecuencia, con las vicisitudes seguidas por las relaciones de España con los demás países de Europa, y dando origen en su escandaloso desarrollo a hechos dignos de ser recordados por nuestra historia, y cuya narración ocupa gran número de sus páginas. Uno de los hechos, y de los más sensacionales, es la hazaña de la señorita nicaragüense Rafaela Herrera, de 19 años de edad, durante la invasión que en 1762 mandó hacer el Gobernador de Jamaica al Castillo de la Concepción. El padre de aquella heroína —Pedro Herrera— castellano de la fortaleza, se encontraba tan gravemente enfermo cuando la invasión comenzó, que a las pocas horas falleció. Enterado de esto los invasores, intimaron la rendición del fuerte, a la que estaban anuentes algunos de sus guardadores; más la señorita Herrera, sobreponiéndose a todo, y queriendo salvar el honor de su padre, todavía insepulto, se opuso a tal rendición; y tomando la dirección de la defensa, realizó proezas de valor inaudito, haciendo fuego ella misma y sosteniendo el combate durante dos días, hasta alcanzar la victoria, y logrando por último que los ingleses “se retirasen dejando muchos muertos, varias embarcaciones perdidas, algunos útiles, y, sobre todo, el triunfo de una mujer”. “Diez y nueve años después —concluye diciendo el señor Gámez, en su *Historia de Nicaragua*— el gobierno español expidió una real cédula, otorgando a la señorita Rafaela Herrera una pensión vitalicia, en premio de la heroica defensa que hizo del Castillo de la Concepción en 1762”.

Recuperado y reorganizado el Castillo de Omoa, y teniendo noticia de que el de la Concepción, en Nicaragua, era objeto de serias amenazas por parte de otra expedición inglesa, el señor de Gálvez, después de recibir en San Pedro Sula 10,000 fusiles que se le mandaron de la isla de Cuba, tomó camino para aquella provincia, pasando por Comayagua.

La expedición pirática anunciada se realizó en los meses de marzo y abril de 1780. Sus proporciones superaron a toda ponderación, como que sus preparativos habían sido ultimados por el Ministro de Relaciones, Lord George Germain, a quien habían suministrado planos e informes sobre el río de San Juan los coroneles Hodgsdón y Lee, y, según cálculos de entonces, costó a Inglaterra la vida de 5.000 hombres y más de 1.000.000 de libras esterlinas. En esa expedición figuró como jefe de la corbeta *Hinchinbrook* el oficial Horacio Nelson, cuyo arrojo pudo hacer prever en tal ocasión hasta donde llegaría después de sus hazañas marítimas.

Al cabo de 22 o más días de repetidos y encarnizados combates, en que don Juan de Ayssa y demás defensores del castillo dieron pruebas de indomable valor, los ingleses tomaron la fortaleza. Dueños de ella, y debilitados por el hambre, la peste y los estragos del clima; imposibilitados para avanzar antes la amenaza de las fuerzas centro-americanas, encabezadas por el señor de Gálvez, que estaba en Granada, los ingleses abandonaron el Castillo de la Concepción en noviembre del mismo año de 1780, dejando, en su retirada, en vez de adquirir, muchos elementos de guerra y de vida. “Vista la inutilidad del Castillo de la Concepción, para ser defendido con éxito, ordenó el Gobierno de España que fuera demolido; pero no se llevó a efecto esta orden, no se sabe por qué motivo, y las autoridades de la provincia, tan solamente se limitaron a reducir la guarnición que lo custodiaba y a robustecer la de la fortaleza de San Carlos, que se creyó inexpugnable” (Gámez).

Respecto a los fuertes del río San Juan de Nicaragua, aparte del papel más o menos importante que desempeñaron durante los desembarcos hechos en favor de los pretendidos derechos del Rey Mosco, tan ardientemente apoyado por el Cónsul inglés Mr. Chatfield (1841-1847), de los que

se originó el célebre tratado Clayton-Bulwer, las hazañas de que fueron teatro contra los filibusteros de Walker son bastante para consagrar su celebridad en los anales de la libertad centro-americana. En efecto, apoderados los filibusteros de estos fuertes y del Lago de Granada, por allí les entraban toda clase de elementos con que combatir el patriotismo nacional, que los tenía a raya. Con el dominio del río San Juan pudieron, sin duda, continuar y sostener por mucho tiempo su criminal empresa, y acaso ens señorearse definitivamente en el suelo patrio.

Ante tan graves peligros, el Gobierno de Costa Rica determinó, a fines de 1856, abrir campaña contra aquellos por el río San Juan, y en pocos días alcanzó el más completo triunfo, preparando con él la próxima caída de Walker y los suyos. Los primeros párrafos de la proclama que con fecha 11 de enero de 1857 dirigió a sus compatriotas el Presidente don Juan Rafael Mora, lo expresan así: “La gran arteria del filibusterismo —dijo— está dividida para siempre: la espada de Costa Rica la ha cortado. En veinte días de campaña al través de desiertos cuajados de víboras, de selvas espesísimas, de pantanos y ciénagas detestables, de ríos caudalosos, nuestros soldados han marchado a paso de vencedores, apoderándose de la Trinidad, Castillo Viejo, Fuerte de San Carlos, ocho vapores y otras embarcaciones, diez cañones, tres obuses, quinientos rifles, multitud de espadas, revólveres y pertrechos de guerra, y más de cien enemigos, que hemos puesto en generosa libertad. Sobre el río de San Juan y del gran Lago no iluminan los rayos del sol otra bandera que la costarricense”.....

La bandera costarricense, al triunfar sobre los filibusteros, simbolizaba en aquellos momentos la causa de Centro-América; pues al expulsarlos en su territorio en 1857, se realizó para ésta una verdadera segunda inde-

pendencia. (Señor Francisco Castañeda. Nuevos Estudios. Tomo Segundo. San Salvador. 1919. Págs. 110 y siguientes, 125 y 126).

\* \* \*

*La Base Naval Centroamericana del GOLFO de FONSECA en el Pacífico*

El señor Licenciado J. Antonio Villacorta C., geógrafo guatemalteco, estudiando el desarrollo del litoral del Pacífico en América Central, escribe así: “al litoral del Pacífico se extiende desde Tehuantepec a Panamá, y forman el guatemalteco playas o arenales separados de la fértil costa por médanos y canales naturales, algunos navegables y todos pintorescos. Se continúa el litoral salvadoreño por una sucesión de puntas rocosas, separadas por pequeñas bahías, que terminan en el Golfo de Fonseca en acantilados rojizos minados por gran número de cavernas. En este hermoso golfo la costa describe una curva de concavidad Norte, orlada por recortes irregulares que forman ensenadas magníficas. Se hallan distribuídas en él varias islas e islotes; Bocas de Goas, Perico, Punta Zacate, Martín Pérez, Conchagua, Meanguera y Meanguerita, que pertenecen a El Salvador; Zacate Grande, Tigre, Exposición y Gueguensi, a Honduras; distribución de agua y tierra que hace de tal golfo una maravilla natural para el asiento de una estación naval de primer orden. (Loc. cit. pág. 13).

El señor Castañeda en la obra citada, escribe que en el siglo XVII, era Amapala, en el Golfo de Fonseca, la guarida principal de los piratas ingleses en el Pacífico y que en el año de 1687, la Audiencia de Panamá envió una escuadrilla a desalojarlos, lo que se logró fácilmente con la aglomeración de elementos que con el propio objeto acudieron de varios puntos de la Capitanía General; existiendo desde ese año, sin duda, algunos de los viejos cañones



que se conservan en aquel puerto hondureño, y que los piratas dejaron en su precipitada fuga. (Loc. cit. pág. 113).

El Golfo de Fonseca, escribe el ilustre Doctor Salvador Rodríguez González, es una bahía histórica. Fué descubierta en 1522 por Andrés Niño, piloto de una de las naves de Gil González Dávila. La entrada se fija por una recta que va de Punta Cosiguina, en Nicaragua, a Punta Amapala, en El Salvador, línea que tiene una extensión de 19-1|3 millas geográficas, igual a 35 kilómetros y fracción.

Sus ensenadas o bahías con las de Cosiguina, San Lorenzo y La Unión, y sus principales islas, El Tigre, Zacate Grande, Gueguensi, Exposición, islotes de Sirena, Verde, Violín, Garrobo, Coyote, Vaca, Pájaros y Almejas, pertenecientes a Honduras; Meanguera, Conchaguita, Meanguerita, Punta Zacate, Matín Pérez y otros islotes, pertenecen a El Salvador. Farallones corresponde a Nicaragua, y entre El Salvador y Honduras no se ha suscrito un tratado definitivo que marque la jurisdicción verdadera en las aguas de este golfo.

Para consignar las distancias entre los lugares que interesan al presente estudio, tomamos como base, sin perjuicio de otras consultas, el mapa levantado y publicado en 1884 por oficiales de la marina americana, bajo el mando del Comandante E. C. Clark, que está casi conforme con el de Sonnestern y con el de Nicaragua de 1905, de la Oficina Internacional Panamericana. El publicado en Honduras en 1909, por el ingeniero E. C. Fiallos, tiene insignificantes diferencias con el que se toma por base. El ancho de las aguas en la ensenada de Cosiguina, en la línea limítrofe con Nicaragua, trazada por la comisión mixta de 1894, es de 10 y 1|3 millas marinas, igual a 19 kilómetros. Su medianía es de 5-1|6 millas, o sean 9,5 kilómetros. De la costa al Amatillo hay una distancia

aproximada de 17,5 kilómetros. De Punta Rosario o Mony Penny, hacia el punto más meridional de la Isla del Tigre, la distancia es de 11-1|3 millas o sean 21 kilómetros, de Punta Rosario a Meanguerita 8-2|3 millas. De Punta Amapala a Punta Rosario, 19-1|5. Su mitad 9-3|4 millas. De Punta Amapala a Farallones, 15-5|6 millas y de estos últimos islotes a Punta Rosario, 6 millas. De Meanguerita a Farallones 15 kilómetros. La costa septentrional y oriental de este golfo, pertenecen a Honduras, siendo la extensión de estas costas mayor de 60 millas geográficas o marinas. La extensión de las que pertenecen a Nicaragua, al Sur, es de 57 millas, desde el Amatillo a Punta Cosiguina; y las que pertenecen al Salvador, al Oeste, miden 25 millas. Hay, pues, en las aguas del Golfo de Fonseca, empalme de jurisdicción de los Estados de Honduras, Nicaragua y El Salvador.

La profundidad de las aguas del golfo varía entre 14 y 25 pies de su entrada. En el interior hay algunos lugares profundos y otros que no pasan de tres pies. La línea de navegación para las naves de alta mar, pasa entre Meanguerita y la Costa de Cosiguina, aunque la profundidad de 10 y 15 pies entre Meanguera y Conchaguita permite también el tránsito de naves de regular calado. Estas son las únicas entradas hacia Amapala. A La Unión se hace la entrada por el canal que queda entre la Costa de Conchagua y las islas de Conchaguita y Punta Zacate, por las naves de alta mar. Fuera de las rutas mencionadas, la navegación es peligrosa, por la poca profundidad y la existencia de numerosos bancos de arena. Los fondeaderos actuales más seguros son el de Amapala y La Unión. Las ensenadas de San Lorenzo y Cosiguina tienen una profundidad media de 7 pies que solo permite la navegación a embarcaciones menores; y en la parte más ancha del golfo, que es de la Isla del Tigre a Estero Real, en Nicaragua, la profundidad media es de 6 o 7 pies.

La división de las aguas del golfo, entre Honduras y Nicaragua, se determinó por una convención. La comisión respectiva que hizo los estudios fijó la línea siguiente, que tiene validez legal: “Desde el punto conocido con el nombre de Amatillo, en la parte inferior del Río Negro, la línea limítrofe es una recta trazada en dirección al Volcán de Cosiguina, con rumbo astronómico Sur 860,50; y distancia aproximada de 57 kilómetros hasta el punto medio equidistante de las costas de una y otra República por este lado; y de este punto, sigue la división de las aguas de la bahía por una línea también equidistante de las mencionadas costas, hasta llegar al centro de la distancia que hay entre la parte septentrional de la Punta de Cosiguina y la meridional en la Isla del Tigre”.

(Dr. Salvador Rodríguez González. El Golfo de Fonseca en el Derecho Público Centroamericano. San Salvador. 1918. Págs. 5-7).

Conforme el Artículo II del Tratado Chamorro-Bryan, hecho en Washington a 5 de agosto de 1914, que dice: “Para facilitar al Gobierno de los Estados Unidos la protección del Canal de Panamá y el ejercicio de los derechos de propiedad cedidos al mismo Gobierno por el artículo anterior, y para facilitarle también la adopción de cualquier medida necesaria para los fines aquí previstos, el Gobierno de Nicaragua por la presente le da en arriendo por noventa y nueve años las islas del mar Caribe conocidas por Great Island y Little Corn Island; y le concede además por igual lapso de noventa y nueve años el derecho de establecer, explotar y mantener una base naval en el punto del territorio de Nicaragua, sobre el Golfo de Fonseca, que el Gobierno de los Estados Unidos quiera elegir. El Gobierno de los Estados Unidos tendrá la opción de renovar por otro lapso de noventa y nueve años el arriendo y concesiones referidos, a la expiración de los respectivos términos, siendo expresamente convenido que el territorio

ahora arrendado y la base naval que puede ser establecida en virtud de la concesión arriba pactada, estarán sujetos exclusivamente a las leyes y soberana autoridad de los Estados Unidos durante los plazos del arriendo y la concesión y de cualquiera prórroga de éstos”.

La base naval del Golfo de Fonseca, está destinada conforme el texto del Tratado Chamorro-Bryan, a facilitar la protección del Canal de Panamá; refiriéndose principalmente este famoso documento internacional, a la construcción, operación y mantenimiento de un Canal Interoceánico por la vía del río San Juan y el Gran Lago de Nicaragua, o por cualquier ruta sobre el territorio de Nicaragua, conforme los términos expresados en el Artículo I del Tratado.

Declarada solemnemente la situación jurídica internacional del Golfo de Fonseca, como una bahía histórica con caracteres de mar cerrado, conforme la decisión de la Cancillería Salvadoreña, en el juicio seguido sobre la cuestión de la base naval del golfo, en la Corte de Justicia Centroamericana, en San José de Costa Rica, el 9 de marzo de 1917, fecha en que fué sentenciado; el Tratado Chamorro-Bryan careció de fuerza ejecutiva por las altas partes interesadas y no pudo tener efectos consiguientes.

Además, la porción del mar nicaragüense y la topografía de ese mar en el golfo de Fonseca, no reúnen las condiciones necesarias para fondeadero de naves de gran calado, ni constituye un lugar apropiado y suficiente para el establecimiento de una base naval. La extensión de mar territorial nicaragüense en el golfo es pequeña, y prescindiendo del canal de Farallones, donde las aguas son profundas, el resto de las aguas presenta serios obstáculos por los bancos de arena y la poca profundidad, que hacen imposible la navegación de los buques, no digamos de gran calado, pero ni siquiera de regular calado.

Esa porción de mar no tiene una profundidad uniforme, siendo muy accidentada por causa de los mismos bancos, hasta el grado de que cerca de una profundidad de ocho o diez pies, se encuentran lugares que apenas tienen tres o cinco pies de agua, según aparece en el mapa levantado por ingenieros americanos. La parte nicaragüense del golfo no bastaría para resguardar la armada americana y garantizar la base naval. Para estos objetos habría necesidad de minar toda la entrada de la bahía, en la línea de Punta Cosiguina a Punta Amapala, quedando entonces completamente cerrado el golfo, para El Salvador y Honduras, y convertidas las aguas de estos países en puntos de abrigo de los vapores de guerra de Norte América, con lo que se viola y desaparece de hecho la soberanía de estos Estados en la extensión de mar que les corresponde. (Loc. cit. págs. 22-23).

\* \* \*

*La Base Naval Centroamericana de San Francisco de OMOA de la Costa Atlántica de Honduras*

El historiador señor Castañeda escribe, que en notable informe que acerca de las provincias y de las fortalezas del reino, rindió en 1745 el coronel Díez de Navarro, éste aconsejó que se fortificaran los puertos de Omoa y Trujillo. En consecuencia, se construyó, sin que se pueda precisar en que fecha, y acaso por la tercera vez, el fuerte de "Santa Bárbara", que en estado ruinoso existía todavía en Trujillo. Procedióse al propio tiempo a practicar los reconocimientos y los estudios previos para la construcción del *Castillo de San Fernando de Omoa*, que fué la obra más costosa y más importante de cuantas en el ramo realizaron las autoridades coloniales.

Después de los detallados informes del caso, el gobierno de la metrópoli ordenó al Capitán General de estas provincias que emprendiera la construcción del fuerte, enca-

reciéndole la celeridad para llevarla pronto a cabo. Era a la sazón Capitán General de Guatemala don José Vásquez Prego, quien en cumplimiento de la orden recibida, se encaminó a Omoa a principios de 1753. Desde el año anterior, y en el mismo 1753, se remitieron de España elementos bélicos para la conveniente dotación de la fortaleza; envió que indicaba el interés con que se veía el asunto, y la prisa que se tenía en la realización de la obra.

Omoa, situado entre los actuales Puerto Barrios y Puerto Cortés, está como éste en el departamento de "Cortés" y dista poco de la pequeña población de su nombre. Además de las excelentes condiciones que como puerto le atribuyó Díez de Navarro, que Alcedo confirmó y amplió en su diccionario, Omoa mereció a Mr. Squier en su libro *Honduras*, la siguiente descripción (hacia 1853): "*Omoa*. El puerto de Omoa está en la latitud 15° 47'N., longitud 88° 3'W. Es pequeño, pero seguro, y defendido por un buen fuerte, llamado "Castillo de San Fernando". Su anclaje es bueno y de dos a seis brazas. El pueblo está situado a un cuarto de milla detrás de la costa, y tiene de mil quinientos a dos mil habitantes. Su configuración es plana, pero a su falda se eleva una cadena de altas montañas que, comenzando en Puerto Caballos sigue al W., y se une con la Sierra Madre, en el departamento de Gracias. Por esta razón, la agricultura de las inmediaciones de Omoa, es muy poca, y de los pueblos de indios de cerca de Puerto Caballos y de Choloma, en el plano de Sula, es donde se le provee de todo". . . . "Omoa, por su posición recibe toda la ventilación de los monzones, y su clima generalmente hablando, es saludable. Rara vez lo han visitado aquellas epidemias que frecuentemente desolan las islas Caribes y los puertos mexicanos, en el Golfo de México. Esta excepción no hay duda la debe, en gran parte a su proximidad a las montañas y a que no existen lagunatos en sus inme-

diaciones. Omoa recibe una abundante provisión de pescado, tortugas y aves silvestres de los cayos y de la costa y de las aguas de las cercanías”.

Otra publicación —Coggeshall's Voyages— dice respecto a Omoa: “El puerto de Omoa lo forma una pequeña bahía, con unos estrechos bajos de arena de media milla hacia el norte, cubiertos de mangles y arbustos, que lo guardan de los fuertes vientos del norte. El castillo está en la cabeza de la bahía, cerca de la cual hay el mejor anclaje, de 4 a 16 brazas de agua. A medida que uno se aproxima a la costa, puede escoger el fondo, desde 16 hasta 4 brazas, siendo todo bueno y limpio. En resumen, es un excelente y seguro puerto. El castillo es ancho y, como todas las fortificaciones de los españoles, fuerte. Cuando la provincia estaba bajo el dominio de España, servía de prisión. La población está casi a una milla al este del castillo. Al presente es pequeña, conteniendo solamente como doscientas casas. El pueblo, en general, es honrado y bondadoso, y desea siempre complacer a los extranjeros que visitan el puerto”.

El señor Vásquez Prego designó en 1753 el sitio que ocuparía en Omoa el castillo, y por disposición superior, dejó los trabajos a cargo del ingeniero don Francisco Alvarez, quien los dirigió desde mayo de 1754. De regreso de Omoa el señor Vásquez Prego enfermó y murió en Guatemala en junio del mismo año de 1754. En 1759, habiendo ido a Omoa el Capitán General don Alfonso de Arcos y Moreno, encontró que nada o casi nada se había hecho en el castillo; negligencia que fué mayor durante el período de mando de don Alfonso Fernández de Heredia, suspendiéndose los trabajos en los años de 1760 a 1763, a pesar de que en el primero de esos años se dispuso gravar con 4 pesos cada zurrón de añil que se exportara del reino, a favor de dicho castillo.

En 1764, en viaje para Guatemala el nuevo Capitán General don Joaquín de Aguirre y Oquendo, estuvo en Omoa. Contrajo allí la enfermedad que, sin darle tiempo de llegar a la capital, le causó la muerte en Zacapa, dejando de poner en práctica las instrucciones que traía para hacer avanzar la construcción del castillo. En 1768 informó acerca del estado de los trabajos el Capitán General don Pedro Salazar, y habiéndosele prevenido que los activara, lo logró a tal grado, que poco faltó para que alcanzara verlos terminados. El señor de Salazar fué quien inició y emprendió la construcción del torreón, que queda al norte del castillo, y queriendo cumplir las órdenes que recibiera, y estimulado por el reciente ascenso a Mariscal de Campo, fué a Omoa, y de regreso de allá murió de fiebre en Guatemala el 20 de mayo de 1771.

Al Mariscal don Martín de Mayorga, de grata memoria como fundador de la nueva Guatemala, tocóle también la satisfacción y la gloria de dar término a los trabajos del “Castillo de San Fernando”, en 1775, siendo ya director de ellos el ingeniero don José Firminor. Al cabo de 22 años de reiteradas recomendaciones de parte del Rey de España, y de laudables esfuerzos y sensibles sacrificios de las autoridades coloniales encargadas inmediatamente de la obra, se vió ésta por fin concluída, quedando como un monumento que, a través de los siglos, sería un timbre de honor para Centro América.

Difícil sino imposible sería hacer ahora una descripción exacta y completa del castillo al tiempo de su terminación, y apenas se puede hacer, dice el señor Castañeda, un apunte de la distribución de sus departamentos que hizo el señor Gómez Carrillo, al ser recuperado en 1779. “El interior del edificio estaba dividido en “piezas abovedadas” y se les daba el nombre de “bóvedas”. La señalada con el número 1 era la cocina; la del 2 servía de fragua, y contaba con todos sus aperos de metal y de madera; la del 3



era almacén de herramientas de carpintería y agricultura; la del 4 y otras muchas contenían fusiles y otras armas, pólvora, salitre, balas, etc., etc., las demás, hasta la vigésimanona, estaban destinadas a diferentes objetos, como capilla, hospital, talleres, alojamiento de tropas, etc. En la parte exterior del edificio había 10 cañones, en el carenero seis, en el baluarte del lado de tierra cinco, en la cortina de la parte del mar siete, y unos quince en otros lugares; total cuarenta y tres, incluyéndose en ese número algunos morteros y culebrinas”.

Tocante a la suma invertida en los trabajos del castillo, tampoco es posible precisarla, según el mismo autor; “pero si se atiende a los buenos materiales empleados (piedra granítica en grandes bloques), a las dimensiones que al castillo se dieron a lo insalubre del lugar, circunstancias que obliga a retribuir libremente a los ingenieros y operarios, debió ser considerable el gasto de la obra: un manuscrito de aquel tiempo, inédito y anónimo (que existía entre los papeles del letrado don Manuel Zebadúa) lo hace subir a más de dos millones de pesos, agregándose que el real erario consumía anualmente en esa fábrica cerca de sesenta mil, que se remitían de la ciudad de Guatemala y alguna vez de la de Comayagua”. Hecho un corte de caja en 1766, se vió que sólo durante ese año se invirtieron en gastos para los trabajos del castillo \$ 111,952; cifra harto sugestiva respecto al importe total de la obra, durante los 22 años que duró su construcción. A este importe, naturalmente se deben agregar las sumas otorgadas por el Tesoro para la conveniente dotación y sostenimiento de la fortaleza, en la que, por su rango e importancia fueron establecidos todos los servicios de primer orden.

Los hechos que mayor notoriedad dieron durante la época colonial a los fuertes de Omoa y de la Concepción; fueron los ataques y toma de ellos por fuerzas inglesas que,

respectivamente, tuvieron lugar en los años de 1779 y 1780, y los heroicos esfuerzos, merecedores de eterna loa, del Capitán General don Matías de Gálvez para recuperarlos.

En abril de 1779 entró al ejercicio de la presidencia este celoso funcionario, y cuando él se preocupaba de mejorar la administración de la colonia, el 20 de octubre del mismo año, como consecuencia del estado de guerra existente entre Inglaterra y España, derivado del famoso *pacto de familia*, fuerzas navales inglesas, procedentes de Jamaica, se posesionaron de Omoa, tomando por sorpresa el Castillo de San Fernando, y apoderándose de cuantos valores y mercaderías había en los buques surtos en la bahía, cuyo monto se calculó en más de tres millones de pesos, pertenecientes al comercio de Guatemala. A la noticia de lo ocurrido, y con las tropas que le fué dado organizar, salió de Guatemala el señor de Gálvez, y desde el 21 de octubre se encontró en el pueblo hondureño de Quesailica (al presente aldea del municipio de San José del departamento de Copán, en Honduras), y allí se ocupó en preparar convenientemente el ejército y los elementos con que debía atacar a los invasores del territorio centroamericano. El señor de Gálvez hizo prodigios de actividad e inteligencia, y ya apercebido para el ataque, se dirigió a Omoa, llevando como segundo al coronel don Manuel Francisco Panigo; pasó por San Pedro Sula y llegó a Choloma el 24 de noviembre, y al día siguiente, 25 al frente del Castillo, desde donde se le recibió con nutrido fuego. Pasado ese día de combate, y reanudando éste el 26, el Capitán General envió al jefe de las fuerzas invasoras la siguiente carta, en cuyos términos se retrata la nobleza y valor de tan insigne peninsular: “Señor Comandante y Gobernador del Castillo de San Fernando de Omoa. Muy señor mío:—Como las leyes de la guerra enseñan en primer lugar la política y la humanidad, hago a usted presente mi propósito de no abandonar el cerco que tengo puesto en esta plaza sin to-

marla como prenda del Rey mi Amo; así pues, si usted quiere entregármela, estoy pronto a dar a usted los partidos que parezcan regulares y quepan dentro de mis facultades. Suplico a usted que me mande desde luego todos los prisioneros que se hallan en su poder y que considero no le sirven más que de embarazo; y, de todos modos, siempre que usted crea que puedo serle útil en algo, me tiene a su disposición, y en ello no dude que tendré gran complacencia. Espero que, si le fuese dable, me conteste en castellano o en francés, porque, aunque tengo quien hable el inglés, no hay quien lo sepa leer y construir. Cuartel General en el campo de Omoa, 26 de noviembre de 1779. Matías de Gálvez”.

Esta carta fué contestada en francés en sentido negativo el mismo día por el jefe inglés Sene Huelhe, lo mismo que otra análoga del 27 sin que dicha correspondencia hiciera cesar las hostilidades. Por fin, acosados los ingleses por las fuerzas nacionales, preparadas para el asalto, y, más que todo, amedrentados por la idea exagerada que se les hizo concebir respecto al número de ellas, abandonaron el Castillo el 28 por la noche, no sin llevarse consigo cuanto pudieron del armamento y elementos bélicos que en él había. El 29 se posesionaron de nuevo de la fortaleza las tropas centroamericanas.

“El 30, dice Gómez Carrillo, fué desclavada toda la artillería en presencia del Capitán General, y luego pasó este jefe a reconocer las ruinas del Real, donde estaban los almacenes que fueron quemados por los ingleses; no se encontró allí más que alguna herramienta; y como los zambos y mosquitos hubiesen incendiado el arrabal de los negros, y las tropas centroamericanas las casas de los demás vecinos, ofrecía la población un triste aspecto, reducida a cenizas; sólo el magnífico Castillo de San Fernando quedaba en pie en aquel montuoso y desapacible lugar”.

Recuperado y reorganizado el Castillo de Omoa, y teniendo noticia de que el de la Concepción, en Nicaragua, era objeto de serias amenazas de parte de otra expedición inglesa, el señor de Gálvez, después de recibir en San Pedro Sula 10,000 fusiles que se le mandaron de la isla de Cuba, tomó camino para aquella provincia, pasando por Comayagua. Esta expedición británica, la más grande y atrevida de Inglaterra, en los anales de América Central, se hizo en los meses de marzo y abril de 1780, sobre el río San Juan, en la Base Naval de la Costa Atlántica de Nicaragua. Costó a Inglaterra la vida de 5.000 hombres y más de 1.000,000 de libras esterlinas, tomándose el fuerte de la Concepción en el río San Juan, que abandonaron en noviembre del mismo año, ante la amenaza de las fuerzas centroamericanas encabezadas por el señor de Gálvez.

Vuelto a Guatemala el señor de Gálvez, fué recibido con los honores del vencedor y alentado por ellos, el año siguiente, en 1782, emprendió su segunda campaña, para desalojar a los ingleses de las Islas de la Bahía, que habían vuelto a ocupar. En marzo de ese año salió el señor de Gálvez con una numerosa escuadra, aumentada con las embarcaciones que en auxilio de su empresa se le enviaron de la Habana y Bacalar. Atacados los ingleses, abandonaron la isla de Roatán, donde fueron demolidos los fuertes que habían construído, y desmontado 39 cañones, los que fueron traídos a Trujillo, punto de partida de la expedición. De Trujillo siguió esta por las costas hondureñas y nicaragüenses, hasta las de Matina en Costa Rica, tomando y destruyendo las defensas que los ingleses habían levantado para sostenerse contra todo derecho en sus usurpadas posesiones de Río Tinto, Quepriva, La Criba, etc. etc.

Durante el régimen colonial y después de proclamada la independencia, los fuertes construídos en América Central, han servido de presidios, sujetos antes a las ordenan-

zas españolas, y después a los reglamentos de los respectivos gobiernos, juntamente con otros establecimientos especiales, como los del Coco y San Lucas en Costa Rica, y el Cardón en Nicaragua.

\* \* \*

*Bases Navales Centroamericanas Secundarias, de San Felipe de Lara en el Golfo Dulce de Guatemala, y de San Fernando de Matina en Costa Rica*

El creciente número y la frecuencia de las invasiones piráticas, escribe el historiador señor Castañeda, demostraron la ineficacia de las defensas construídas de modo tan incipiente, por lo cual el Oidor en ejercicio de la Presidencia, don Antonio de Lara y Mogrovejo, se empeñó en 1651 en dar mayores seguridades al comercio de Guatemala, construyendo al efecto el fuerte del Golfo Dulce, que desde dicho año se denominó Castillo de San Felipe de Lara, en honor del Presidente, y nombrando "castellano" de la fortaleza al Alcaide Mayor de Amatique, Juan de Veraza. Este castillo fué tomado por los piratas a fines de 1666, reduciéndolo a cenizas y dejando además huellas indelebles de su paso.

Respecto del Fuerte de San Fernando de Matina, el señor Castañeda, en la obra citada, escribe así: "Reanudados por los piratas, con el eficaz auxilio de los *zambos* y *moscos*, las terribles correrías con que aniquilaron a Costa Rica, a donde por largos años penetraron hasta el valle de Matina, por los ríos Jiménez y Reventazón, llevándose centenares de miles de hijos del país para venderlos como esclavos en Jamaica; amenazada Nicaragua por los mismos piratas por el río Coco, los habitantes de Segovia, con el recuerdo de la invasión de 1689, y sin medios de defensa, resolvieron en 1711 dispersarse por los campos; resolución de que no se pudo hacerles desistir por entonces, a pesar de las multas y demás medidas de que se valieron las auto-

ridades. La insolencia de los moscos y zambos, alentada y apoyada por los ingleses, fué tal, que en 1721, habiendo llegado a Matina el jefe de ellos, Anibel, al mando de 26 piraguas en son de guerra, para desistir de ésta propuso hacer amistad con el Rey de España, con tal que le nombrara “capitán de tierra y mar”; proposición que el Gobernador don Diego de la Haya Fernández aceptó, y el Rey aprobó, en busca de la paz y la tranquilidad de la provincia”.

A favor de esa paz se pudo por algún tiempo atender a varios importantes asuntos de progreso, y hacer el reconocimiento necesario para la construcción de las defensas que la seguridad de la provincia reclamaba. El celoso Gobernador don Francisco Antonio de Carrandi y Menán practicó ese reconocimiento en 1737, y en virtud de su informe, al cabo de dos años, en 1739, se dictó la cédula por la cual se ordenó que se construyera el fuerte de Matina; y el 18 de febrero de 1741, bajo la gobernación de don Juan Gemmir y Lleonart, se principiaron los trabajos, quedando concluídos en abril de 1742, recibiendo el castillo el nombre de “Fuerte de San Fernando”. Costó la construcción, según apareció de las planillas respectivas, 39,500 pesos. En mayo de 1774 fué visitado el fuerte por el coronel don Luis Díez de Navarro, ingeniero de los ejércitos y visitador de las fortalezas del *reino*, y tan afamado experto informó desfavorablemente acerca de él, viéndose justificadas sus opiniones cuando en 1747 volvieron los moscos e ingleses y tomaron y destruyeron el fuerte. Este era, según escribe don León Fernández, “de figura de un hornabeque sencillo, mal construído, con estacas de madera la mayor parte redondas y ya podridas; las defensas eran irregulares y tenía dos baluartes; su artillería consistía en 4 cañones de bronce y dos de fierro”.

Por esos mismos años, en 1737, vino de la provincia de Yucatán una armada al mando del Gobernador don

Manuel Salcedo, para expulsar como lo hizo, a los ingleses que ocupaban Belice y otros puntos de las costas de Guatemala, Honduras y Nicaragua, lo mismo que de Roatán y demás islas de la Bahía, en confirmación de la orden que desde 1647 había dictado el Presidente Avendaño, que sólo se había podido poner en práctica, mediante el concurso de fuerzas enviadas de Cuba, en 1650, ejerciendo la presidencia el señor de Lara y Mongrovejo.

Como quiera que fuese, la piratería desarrollada a fines del siglo XVI y continuada durante el resto de la vida colonial, creó para Centro América, como escribe el señor Castañeda, "gravísimos males, no siendo el menor de éstos, el fraccionamiento de su territorio con la pérdida de importantes porciones de él, verbigracia la faja en que actualmente se desarrolla la colonia inglesa de Belice, cuya sola posición geográfica está indicando la ilegitimidad de su procedencia.

Dió margen también a ciertos *establecimientos* que, poblados por numerosos núcleos de las razas autóctonas, fueron agitados por aventureros de todas partes, y se convirtieron en eficaces auxiliares de las sucesivas expediciones piráticas, constituyéndose a la vez en seria amenaza de la civilización y la independencia de los pueblos del istmo. Tales fueron los *establecimientos* de Bluefields, Laguna de Perlas, Greytown, Roatán, Guanaja, etc., de cuyos restos, con el transcurso de los años y el considerable aumento de la población de color, se formó en los tres primeros la Mosquitia (nicaragüense y hondureña), por la cual tantas cuestiones internacionales han tenido que sostener los gobiernos de Nicaragua, Honduras y hasta el de Costa Rica.

Afortunadamente, por el triunfo en esas cuestiones del derecho centroamericano, y depurada la población por la acción benéfica de la libertad y de las leyes, esos *estable-*

*cimientos* están muy lejos ahora de ser lo que fueran en su origen histórico, y su condición social y moral ha mejorado notablemente, a tal grado que se hace cada vez más íntima su fusión con los demás elementos de las respectivas repúblicas.

(Francisco Castañeda. Nuevos Estudios. Tomo Segundo. San Salvador. 1919.—Págs. 97-126).

\* \* \*

*Antecedentes Históricos de las Bases Navales de América Central.—Protección a la Navegación y al Comercio de la Colonia y de los Estados Centroamericanos*

Para hacer memoria de los antecedentes históricos de las Bases Navales de América Central, y de su protección a la navegación y al comercio de la Colonia y de los Estados Centroamericanos, he creído conveniente seguir la relación que hace al respecto, el historiador señor don Agustín Gómez Carrillo, en su importante obra (Historia de América Central. Guatemala. 1906. Cap. VIII. Págs. 77-89); bien que los principales hechos históricos apuntados en su relación, hayan sido explicados con detalles en los párrafos anteriores, dedicados a cada base naval en particular.

El 20 de noviembre de 1542 se expidieron en la capital de Cataluña unas leyes u ordenanzas, que prevenían, entre otras cosas, el establecimiento de una Audiencia para administrar lo que se llamó reino de Guatemala. Debía ese cuerpo funcionar en un punto fronterizo de las provincias de Guatemala, Honduras y Nicaragua; y por eso se le dió el nombre de "Audiencia de los Confines", que al principio tuvo; y correspondíale ejercer en lo general el gobierno, y decidir, en vista y revista, las causas criminales y los negocios civiles; tomar residencia a los gobernadores, oficiales y justicias, cuidar de que fuesen bien tratados los in-



dios, los que no podían ya ser reducidos a la esclavitud, ni dados en encomienda en lo de adelante; evitar los abusos en los nuevos descubrimientos de tierras, etc. etc.

A principios de 1544 encontrábanse ya en Comayagua los tres letrados, que con el presidente señor Maldonado, venían a organizar la Audiencia. Dirigiéronse después a Gracias, donde estaban, además del mismo Maldonado, el obispo de Guatemala señor Marroquín y don Francisco de Montejo; este último había ya vuelto a encargarse de la gobernación de Honduras. Inauguróse solemnemente en Gracias la Audiencia, cuyo distrito jurisdiccional se extendía por entonces desde Yucatán hasta el istmo de Darién, aunque más tarde se circunscribió a Chiapa, Guatemala, San Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, provincias todas gobernadas por ese respetable cuerpo, del que era presidente el mismo funcionario que servía los cargos de gobernador y capitán general. La creación de ese centro de abogados trajo grandes beneficios, pues fué quien comenzó a regularizar el régimen de estas colonias, no sólo en materia de gobierno y administración, sino en lo que se refiere a la justicia en lo civil y en lo criminal. Apenas había entrado en el ejercicio de su mandato la Audiencia, notificó ésta a Montejo una real orden en la que prevenía el monarca a ese sujeto que dejara la gobernación de Honduras, Chiapa, Yucatán y Cozumel, que en la misma Audiencia debía recaer, según las nuevas leyes, es decir, según las citadas ordenanzas de Barcelona.

Mas adelante vino desde España a Gracias, para reemplazar a Maldonado, el licenciado Alonso López Cerrato; y al hacerse cargo de su empleo este último, empezó a tratar de que el alto cuerpo por él presidido se trasladase a la ciudad de Guatemala; hizo gestiones al efecto, y alcanzado el real permiso, verificóse en 1549 la solicitada traslación de la Audiencia. En 1560 se expidió real cédula

encomendando exclusivamente el gobierno al capitán general, presidente de la dicha Audiencia; de suerte que a esta última quedaba reservada la justicia civil y criminal, además del deber de asesorar al gobernador y capitán general en los negocios arduos de la administración pública.

Los colonos, que se servían arbitrariamente de los aborígenes, aprovechándose de las encomiendas que les habían sido concedidas, recibieron con disgusto las ordenanzas de Barcelona, y censuraban el comportamiento del padre Las Casas, quien, en su afán de proteger a los naturales, tanto trabajó por emisión de dichas leyes. Verdaderos conflictos ocasionaron éstas en las provincias de Chiapa, Guatemala y Nicaragua. En esta última alteróse en 1549 la tranquilidad con motivo de haberse despojado del cargo de gobernador de esa parte del país a don Rodrigo de Contreras. La Audiencia fué quien dispuso ese despojo, en razón de que, con arreglo a las citadas ordenanzas, a ella correspondía ejercer el gobierno de Nicaragua, y como ese alto cuerpo privara también a la familia de aquel funcionario de los indios que en repartimiento tenía, subleváronse los hijos de Contreras, asesinaron al obispo señor Valdivieso, haciéndole injustamente responsable de los males que sufrían; cometieron robos en León y Granada, y dirigieron después con alguna gente a Panamá, donde se batieron con los vecinos; pero al fin fueron derrotados y escarmentados. El plan de los rebeldes consistía en proporcionarse recursos en Nicaragua y Panamá, para pasar después al Perú y proclamar allí rey absoluto de ese rico país al caudillo Hernando de Contreras, hijo del gobernador despojado.

Como se ha dicho, eran muchas las atenciones del Capitán general y de la Audiencia, de quienes respectivamente dependían los funcionarios y empleados del vasto territorio que su distrito jurisdiccional abrazaba; y su compleja labor aumentábase de cuando en cuando, por la necesidad de re-

chazar a los corsarios y piratas, que en el largo período de la colonia no dejaron de inquietar a estas provincias. Aquellos enemigos del rey de España eran extranjeros, ya franceses, ya ingleses u holandeses, estimulados por la ambición del lucro y el afán de hostilizar al reino de Guatemala, por causa de las guerras que la nación española sostenía con los países europeos de que eran súbditos los dichos corsarios. Y debe saberse que también los otros dominios de Castilla en América eran objeto de ataques de esa índole, si bien el reino de Guatemala, por sus escasos medios de defensa, fué acaso el que más sufrió en ese sentido, sin que cesaran las agresiones y las consiguientes inquietudes sino pocos años antes de que desapareciera el gobierno español en esta parte del Nuevo Mundo. En comparación de lo dicho sobre el particular, importa que se expliquen algunas, al menos, de las hostilidades que tanto daño causaron a estas regiones, en las que sirvieron de obstáculos a la paz y al progreso. En enero de 1572 alarmóse la ciudad de Guatemala con la noticia de haber llegado a Puerto Caballos varios buques con corsarios franceses: reunióse el cabildo, y dispusieron los concejales acudir a la defensa del país; pero el gobernador manifestó que no era ya necesaria la expedición, porque los enemigos se habían retirado sin saltar a tierra. En los primeros días del gobierno del licenciado Valverde (1578), se tuvo noticia en la misma ciudad capital de que el corsario inglés Guillermo Parker, que había asaltado la isla de Santo Domingo, se encontraba en las costas de Honduras, con el propósito, probablemente, de apoderarse, de las naves que, procedentes de España, estaban para llegar a las dichas costas y traían mercaderías para el reino de Guatemala. Antes de que se pusiesen en estado de resistencia los lugares amenazados, llegó Parker a Trujillo, y lo saqueó. Tres meses después de aquel hecho, ocurrido en el litoral del Norte, presentóse en el del Sur, el valiente marino Francisco Drake, quien, odiando a los españoles y

provisto de varios buques que le fueron proporcionados por la reina Isabel de Inglaterra, saqueó muchas poblaciones de Chile y del Perú, y encaminóse en seguida a nuestras playas. El capitán general de este país, la Audiencia, el Ayuntamiento y los principales vecinos de la ciudad capital tomaron activamente providencias para castigar al célebre marino inglés, mostrándose animosos y resueltos, a pesar de la falta de buques y de milicias organizadas. Improvisáronse éstas, fundiéronse varias piezas de artillería, colocáronse doscientos soldados en tres navíos y una lancha, y se dió el mando de la expedición a don Diego de Herrera, español, que había sido gobernador de Honduras. Navegaron los expedicionarios hacia el puerto de Acapulco, y como no encontraran al enemigo, volviéronse a la costa de Guatemala; pero el capitán general Valverde desaprobó el regreso, diciendo que el jefe de la escuadrilla debió seguir hasta la ensenada de California, donde el dicho Valverde suponía que estaban los ingleses, y por tal razón dispuso que Herrera fuese preso y encausado.

Hubo además otro pirata de importancia, llamado Mansfield, que desembarcó en Matina (1666), y se internó hasta Turrialba con ochocientos hombres. Salióle al encuentro con alguna gente el sargento mayor don Alonso de Bonilla, por orden del maestre de campo don Juan López de la Flor, gobernador de Costa Rica, y los invasores se reembarcaron, quedando de ellos dos prisioneros en tierra. En 1684 fué atacado por piratas el partido de Nicoya; y los vecinos de esos pueblos, aborígenes casi en su totalidad, se esforzaron en la defensa, hasta poner en fuga al enemigo, causándole la muerte de algunos hombres, sin que por parte de los de Nicoya hubiese otras desgracias que lamentar que la muerte de un indio y las heridas recibidas por otro. El capitán general, con presencia de ese servicio, exoneró a los defensores del pago de los tributos por un año, y el rey hizo una manifestación de aprecio al alcalde mayor don Diego

de Pantoza y al funcionario de igual título don José de Albelda, a quienes tanta parte cupo en el triunfo obtenido. Reuniéronse en 1688 muchos piratas en territorio de la provincia de Honduras, procedentes unos del Atlántico y otros del Pacífico; estos últimos habían pasado por el río Segovia, aproximándose a Trujillo, y todos juntos subieron después por el Aguán, cuya posibilidad para la navegación era entonces desconocida. Desembarcaron cuatrocientos hombres en el interior, donde se dividieron en dos secciones; una de éstas se encaminó a Olancho, y, perdida en las montañas, no pudo lograr su dañado intento; pero la otra llegó a Trujillo, cometiendo en ese lugar atrocidades sin número y llevándose al teniente del puerto y a muchas personas más, cuyo rescate se estimaba en cinco mil pesos. Apenas informado de lo ocurrido el capitán general de Guatemala, envió armas y otros pertrechos de guerra a Trujillo.

Las amenazas, invasiones y robos de tan osados aventureros inquietaban de tiempo en tiempo a estas provincias, pues también las de San Salvador y Nicaragua pasaron por tan rudas pruebas. Pero, la falta de tranquilidad en el reino de Guatemala no procedió sólo de esa causa, sino de otras varias; de suerte que el reposo y el concierto no eran bienes de que se disfrutara sin cesar. Sintióse en Chiapa espantosas insurrecciones de indios, de las que debe recordarse la de los zendales, que en los primeros años del siglo XVIII impuso sacrificio a aquella provincia, y obligó al capitán general señor de Cosío a ir allá con fuerza armada para someter a los sublevados aborígenes; esa rebelión fué principalmente debida a los abusos de que los dichos indios fueron objeto por parte del alcalde mayor y de algunos vecinos seglares y eclesiásticos de Ciudad Real; y contribuyeron a restablecer en esa región la paz y el imperio de la ley los padres dominicos con prudencia muy digna de alabanza. En cuanto a Honduras, fué más frecuente el desasosiego, ocasionado, como en Nicaragua a veces, por ataques de los

indios y negros de las costas, que penetraban al interior, instigados por los ingleses que hacían el comercio de contrabando y se enseñoreaban de algunos puntos del litoral, ejerciendo autoridad en Belice, Roatán, Río Tinto y otros parajes de la Mosquitia. Para expulsar de esos sitios a los súbditos británicos fué menester a veces el empleo de la fuerza. En 1783 pudieron establecerse formalmente los ingleses en Belice, en virtud de concesión que para el usufructo de los bosques de ese lugar les hizo el rey don Carlos III.

Al hacerse mención de los trastornos que en estas provincias se sintieron en la época del régimen colonial, hay que citar el experimentado en la ciudad de Guatemala en 1700, por causa de la venida de un turbulento visitador. Era éste don Francisco Gómez de la Madriz, que trajo el encargo de investigar la conducta de algunos de los oidores y el origen de varios hechos punibles. El manejo de aquel funcionario fué tan escandaloso que la ciudad se dividió en dos bandos armados, que tuvieron a punto de batirse; uno de ellos apoyaba a la Madriz, y el otro a la Audiencia, hostilizada por ese sujeto. Consiguióse al fin que el visitador saliera del país con dirección a México; pero al año subsiguiente invadió el territorio de Chiapa, donde pudo reunir gran número de aborígenes, con ánimo de volver a hacerse dueño del gobierno de Guatemala. El capitán general hizo salir gente para atacarlo en sus atrincheramientos, y así se consiguió poner en fuga a la Madriz y dispersar su tropa. El ambicioso y mal aconsejado visitador fué después aprehendido, y se le llevó a España, donde estuvo preso por mucho tiempo, expiando de ese modo sus graves faltas. En el indigno comportamiento observado por él en estas provincias, había encontrado importantes auxiliares en algunos clérigos de Guatemala y de Chiapa.

Para el sostén de la tranquilidad frecuentemente turbada por los aventureros que del exterior venían y saqueaban poblaciones, construyéronse varias fortalezas en el li-

toral del Norte: la del Golfo Dulce, levantada en 1665, si bien no fué más que un reducto; la del río San Juan de Nicaragua, terminada en 1675; la de las bocas del río Matina, que tuvo escasa importancia, y se fabricó en 1743; la de Trujillo, que se edificó en 1744, siendo gobernador de Honduras el capitán don Tomás Hermenegildo de Arana; finalmente, la de San Fernando de Omoa, cuya magnífica fábrica fué comenzada por el general Vásquez Prego en 1751, concluyéndose en 1775; entre los fondos destinados a la construcción de ese castillo figuraban los productos del gravamen impuesto al añil exportado por los varios puertos del reino de Guatemala. No puede citarse la fortaleza de Omoa sin recordar al capitán general don Matías de Gálvez, benéfico funcionario y militar entendido, que con tropas guatemaltecas y hondureñas la recobró en 1779, lanzando de ella a los ingleses que por asalto la habían tomado. El mismo general Gálvez fué a Roatán en 1782, con soldados de Guatemala y de otras de estas provincias, y logró expulsar a los ingleses que se habían apoderado de esa isla. El año anterior, 1781, los ingleses fueron también desalojados del castillo del río San Juan por tropas de Nicaragua.

Otro de los medios empleados a fines del siglo XVIII por el gobierno de España para rechazar a los enemigos procedentes del exterior, fué el de aumentar la población blanca en la costa del Norte, y a ese efecto enviáronse de la Península a Trujillo (año de 1787) más de seiscientas personas de ambos sexos, las que se establecieron, mezcladas con la gente del país, en Roatán, Río Tinto y otros puntos del litoral de Honduras y Nicaragua. Esos colonos eran labradores en su mayoría, venidos también con el objeto de ensanchar la agricultura, introduciendo nuevos cultivos.

La defensa de este país y de los otros de América era uno de los asuntos que más preocupaban a los monarcas de Castilla; y para facilitar aquel importante fin, expidió-

se en 1686 la real cédula que ordenaba que los cargos de gobernadores, alcalde mayores y corregidores de lugares próximos a las costas del mar se proveyesen en individuos acreditados como soldados valerosos, y que a todos los vecinos de esos pueblos se les proporcionarían lanzas, arcabuce, balas y pólvora; en el concepto de que, en los juicios de residencia, debían responder de la conservación y buen uso de esos artículos de guerra los funcionarios dichos.

Así fueron formándose las milicias; y se fomentó el amor a los intereses públicos, habituándose a los hombres a mirar por el bien común y no atender tan sólo al individual medro. Esos cuerpos de milicianos habían empezado a establecerse desde muy atrás, aunque sin la regularidad que después se les dió, siempre con el objeto de apoyar la causa de la paz y el orden; pero la organización definitiva no se introdujo sino mucho después de expedirse la cédula de 1686; y en 1755 mejoró ese ramo del servicio el capitán general don Alonso de Arcos y Moreno, formando compañías de infantería y confiriendo despachos de capitanes y tenientes a sujetos de importancia en las diversas poblaciones. No siempre fueron muy subordinadas esas milicias; a veces promovieron disturbios muy lamentables, particularmente en León de Nicaragua. No faltaron, sin embargo, personas que llevaron su abnegación hasta sostener con fondos de su peculio esas tropas, sobre todo en Guatemala, Nicaragua y San Salvador, cuando las cajas reales estaban tan exhaustas que no podían cubrir los gastos necesarios al sostén de las milicias reunidas para atacar a los extranjeros invasores del país. Esos rasgos de generosidad merecen el aplauso del historiador y la simpatía de las almas levantadas.

Como estaba prohibido a esta colonia el tráfico con extranjeros, y aún para hacerlo con el Perú y Nueva España se requirió, por largo tiempo, especial permiso pues



sólo de la Península se mandaban acá mercaderías y sólo allá tenían consumo los frutos coloniales, los ingleses, holandeses y franceses se empeñaban a traficar con el reino de Guatemala, introduciendo fraudulentamente sus artefactos y llevándose en cambio oro, plata, añil y otros productos de este suelo. Los ingleses eran principalmente, como ya se ha dicho, los interesados en el comercio de contrabando, y los que más hostilizaban al reino de Guatemala, no sólo por conseguir ese fin, sino también por apoyar la guerra en que el gobierno británico se encontraba de tiempo en tiempo con la nación española. Llegaba a veces a suceder que durante un año entero no venía de España un solo buque, y esto con motivo de estar nuestros mares cruzados por naves enemigas, y bien se comprende la escasez que de ciertos artículos se experimentaba aquí por tal causa. Para salvar esa dificultad era entonces menester que fuesen llevados por tierra hasta Veracruz los frutos de estas provincias, para embarcarlos en aquel puerto con destino al de Cádiz, y desde Veracruz venían, también por tierra, las mercaderías procedentes de España. Reinando Carlos III, se autorizó a las colonias (año de 1774) para traficar libremente entre sí, aunque sólo por el mar del Sur y únicamente para el cambio recíproco de sus productos naturales e industriales.

Crecidos impuestos pesaban sobre la industria. Los artículos que a España se remitían y los venidos de allá estaban sujetos a gravámenes que motivaban constantes quejas. No fué sino en 1707 cuando el rey dispuso rebajar los correspondientes a la entrada de los frutos de América en la Península. La reglamentación propia de aquella época en Europa fué otra de las causas del escaso adelanto de estos países, pues la industria no era libre: estaba sometida a diversas trabas, con arreglo al espíritu de los tiempos. En virtud de real cédula de 6 de junio del año antes mencionado, sobre reducción de los dichos gravámenes, quedó establecido el pago de seis por ciento sobre la

plata que a la Península llegara en reales y barras quintadas; dos por ciento sobre el oro acuñado y en barretones quintados, y seis por ciento sobre todos los demás productos. Reguláronse al efecto los precios del modo que sigue: libra de añil, a razón de diez reales de plata antiguos; grana fina, ciento diez pesos, escudos de plata por arroba; vainilla, cinco pesos, escudos de plata, por cada ciento; zarzaparrilla de Honduras, quince pesos, escudos de plata la arroba; palo del Brasil, seis pesos el quintal; pieles curtidas, cinco pesos cada una, y sin curtir, cuatro pesos; tabaco en polvo, tres reales de vellón la libra, y en hoja, dos reales libra; azúcar blanca, cuatro pesos arroba, y dos pesos y medio la quebrada, etc., etc. Debe saberse, en lo que hace al añil que cada zurrón que se exportaba, tenía que pagar aquí, antes del embarque, cuatro pesos, según el impuesto establecido, y que se cobraba en 1782.

Como queda indicado, estaba sujeta la industria a la reglamentación que en pasados siglos se estimó útil en Europa para su desenvolvimiento, y que también prevaleció en el reino de Guatemala durante casi todo el período del gobierno colonial. Con ese sistema se liga la institución de los gremios de artes y oficios, favorables en la Edad Media a los artesanos, porque, reunidos éstos en corporaciones privilegiadas, dirigidas por alcaldes o jueces propios, encontrábanse a cubierto de los disturbios ocasionados por los nobles. Hubo, pues, una jerarquía industrial de maestros, oficiales y aprendices; y así, el obrero no era libre y no podía trabajar como oficial, ni ponerse al frente de un taller sin el previo aprendizaje para pasar de uno a otro grado, desde el de aprendiz hasta el de maestro. Pero cuando la industria pudo disfrutar de libertad sin el peligro a que antes estaba expuesta, los gremios la entorpecieron privándola de la desembarazada acción que para prosperar le era menester. En tal virtud, conviene hacer notar que existieron en el reino de Guatemala, sobre todo

en la ciudad capital, los gremios de artes y oficios, conservándose casi hasta que desapareció el régimen de la colonia y vino el del gobierno propio. En marzo de 1556 principió a iniciarse la reglamentación de la industria en las ordenanzas expedidas por el cabildo de Guatemala para que los regidores fijaran precio a los comestibles, y para que se nombrasen individuos encargados de examinar a los que quisiesen ejercer ciertas artes mecánicas. En junio de 1624 intervino en esta clase de asuntos el capitán general señor de Peraza y Ayala, librando despacho de maestro guarnicionero a un tal Lázaro Hernández; pero esa intervención de la autoridad superior no era arreglada a derecho, porque a los Ayuntamientos correspondía organizar y vigilar los gremios, librando títulos y haciendo exámenes. Todavía en noviembre de 1810 tratóse en Quezaltenango de restablecerlos allá, porque estaban disueltos, e hiciéronse diligencias para el arreglo del de labradores, a fin de cuidar de las siembras y cosechas del maíz y del trigo: así se ve por el expediente número 4,045, legajo número 56, archivo colonial de Guatemala. Las Cortes de Cádiz, que tanto bien hicieron a España y a sus colonias, dieron muerte a los gremios al decretar la libertad del trabajo, condición esencial del progreso de las artes. Estos datos históricos forman parte de un resumen de la reglamentación en materia de industria, de la época colonial que se estudia.

\* \* \*

*Desarrollo Geográfico de los Litorales Centroamericanos protegidos por las Bases Navales.—Estado de los Puertos marítimos, fluviales y lacustres de América Central.—La vía Interoceánica de Nicaragua.—Consideraciones Generales*

La América Central, geográficamente considerada, es la porción del Nuevo Continente limitada al Norte por el Mar de las Antillas; al Oriente por el mismo mar y la Re-

pública de Colombia; al Sur por el Océano Pacífico; y al Oeste por la parte más angosta de la República de México. El territorio se continúa con la América Septentrional por el Istmo de Tehuantepec y con la Meridional por el de Darién; de tal manera que en la región así limitada quedan comprendidos varios Estados mexicanos, seis Repúblicas independientes y una Colonia inglesa.

La posición astronómica de las seis Repúblicas centroamericanas, consideradas en conjunto y en sus puntos y líneas extremas, es la siguiente:

Norte: Límite de Guatemala y México, 17° 49' L. N.

Sur: Punta Mariato, Península de Azuero, Panamá, 7° 10' L. N.

Este: Cima de los Montes de Turgandí, en Panamá, 77° 15' L. O. G.

Oeste: Barra del Suchiate, entre México y Guatemala, 92° 13' L. O. G.

Si sobre un mapa de la comarca se traza una línea que coincide con el paralelo 16° latitud Norte, y al tocar el 83° longitud Oeste de Greenwich la continuamos hacia el Sur hasta tocar el grado 8°, y unimos este punto con el de inserción de los 94° longitud Oeste y 16° latitud Norte, resulta un triángulo dentro del cual queda comprendida, casi en su totalidad, la América Central políticamente considerada, pues sólo quedan fuera de él la parte Norte de Guatemala, Belice y la República de Panamá. Esa figura geométrica sirva para trazar con facilidad los contornos de la región privilegiada de la tierra que es nuestra patria. Este triángulo rectángulo que ha sido trazado y calculado por el geógrafo guatemalteco señor Licenciado Villacorta, es prácticamente útil para el estudio histórico que nos ocupa, puesto que dentro de él se hallan comprendidos justamente, tanto las Bases Navales, como los litorales completos de América Central.

Sería pues, un detalle perfecto de su dominio marítimo. Actualmente, el enlace que estos puntos importantes de las costas centroamericanas, tienen con las de la República de Panamá, obligan a cambiar la forma triangular del área geográfica de América Central, por otra figura poligonal que comprende el territorio de Panamá, con sus dos litorales del Atlántico y del Pacífico, que tiene por límites la línea que sigue de Norte a Sur sobre las altas cumbres de los montes Gandí y Turgandí, pasando por el cerro de Baudó, ya cerca del Pacífico, límites entre Panamá y Colombia, cuya posición astronómica en la cima de los montes Turgandí es de 77° 15' L. O. G.

Siguiendo el desarrollo del litoral del Norte de América Central, se observa que al Norte del paralelo 18° latitud septentrional se desprende del continente americano una masa cuadrilátera; la península de Yucatán de 73.000 km<sup>2</sup>, que se prolonga en insensible declive entre el Golfo de México y el Mar de las Antillas, a una altura media de 30 metros sobre el nivel del mar. La costa oriental de esa península se continúa hacia el Sur con la de Belice, y se encuentran bañadas por aguas profundas que se mueven sobre un lecho de acantilados, describiendo en su desarrollo dichas costas, la figura de una S alargada, cuya parte inferior termina en el Golfo de Amatique, sobre los 15° 54' latitud Norte.

De este lugar geográfico se continúa el litoral guatemalteco-hondureño, hacia el Este, formando el Golfo de Honduras y la Bahía de Trujillo, cuyas aguas son navegables a corta distancia de la tierra y alcanzan profundidades de cien metros, que aumentan bruscamente a una distancia media de treinta kilómetros de la costa, elevándose sobre el zócalo submarino bancos coralíferos, escollos y varias islas, entre las cuales llaman la atención Utila, que ocupa el extremo occidental, Guanaja el oriental, siendo

intermedias Roatán, Elena, Barbereta y Morat, de las que Roatán es la mayor, pues tiene cincuenta kilómetros de longitud.

En el desarrollo del litoral Este de América Central, se encuentra en el continente, frente a Guatemala, Punta Caxinas o Punta Castilla, y luego hacia el Este el Cabo Camarón. La costa sigue hacia el Sudeste hasta el Cabo Gracias a Dios, donde violentamente se quiebra hacia el Sur, para continuarse por el litoral nicaragüense en una costa llena de lagunas, entre otras, las de Tuapi, Wava, Waunta, las Perlas y Bluefields, hasta la barra del Río San Juan; en donde la costa se perfila hacia el Sudeste en una suave curva, para formar el litoral costarricense, que con el de Panamá limitan por el Oeste y el Sur al turbulento Mar de las Antillas. En la costa de Panamá se hallan, la Bahía del Almirante, la Laguna de Chiriquí y el Golfo de San Blas, pues ya el de Urabá pertenece a Colombia.

En el litoral del Pacífico, al dejar la costa el Golfo de Fonseca por la punta de Cosiguina, como se ha explicado antes, se continúa por la costa de Nicaragua casi en línea recta hacia el Sudeste, hasta el Golfo de Papagayo; comenzando en la Bahía de Salinas el sinuoso litoral costarricense-panameño, de donde se desprenden las penínsulas de Nicoya, Osa, Burica, las Palmas y Azuero, que resguardan respectivamente el Golfo de Nicoya, el Dulce, la Bahía de David, el Golfo de Montijo, el de Parita y el de Panamá, hasta el lugar oriental de donde se divisa el Monte Baudó, en el límite de Panamá y Colombia.

\* \* \*

### *Los Puertos Marítimos Fluviales y Lacustres de América Central*

REPUBLICA DE GUATEMALA. Los puertos marítimos habilitados al comercio exterior en Guatemala, son: Puerto Barrios y Livingston en el Atlántico y San José,

Champerico y Ocós en el Pacífico. Puerto Barrios fué fundado en 1884, al iniciarse los trabajos del Ferrocarril del Norte, en la banda oriental de la Bahía de Santo Tomás, frente, a Punta Palma, en el departamento de Izabal, a los 15° 38'3" latitud Norte y 88° 43'6" longitud Occidental del Meridiano de Greenwich. Las aguas de su bahía son tranquilas y están abrigadas de los vientos del Norte.

La población de Livingston fué fundada en 1834, por unos cien o ciento cincuenta caribes, procedentes de la costa de Honduras, en la desembocadura del río Dulce, y adquirió alguna importancia en 1844, con motivo del intento de colonizar, con ingleses y belgas, Boca Nueva, entre Panzós y Telamán, y Santo Tomás en el Atlántico, empresas que fracasaron, quedando solo Livingston en buena situación. El puerto fué habilitado al comercio de exportación e importación, en noviembre de 1878.

El puerto de San José en el Pacífico, situado en el litoral de Escuintla, a los 13° 56' latitud Norte y 90° 49' longitud Oeste del Meridiano de Greenwich, es una rada abierta y sin abrigo, para los vapores que arriban a él; tiene un muelle de hierro inaugurado en 1869, que facilita el embarque y desembarque, operación que antes se hacía por medio de andarivel.

Champerico, está situado en una playa abierta, en el departamento de Retalhuleu, y es el puerto principal de la zona del Occidente de Guatemala. Fué habilitado al comercio exterior, por Decreto dado en Quezaltenango el 10 de Junio de 1871. La "Compañía del Muelle de Champerico", cuya concesión data de 1875 fué organizada con capitalistas nacionales. El muelle fué puesto al servicio el 1° de Enero de 1878 y tiene 1,250 pies de largo.

El puerto de Ocós, está situado en la playa estrecha de la costa de San Marcos, en el Océano Pacífico, cerca de la desembocadura del río Naranjo. Desde 1887 se trató

del establecimiento de un muelle en este puerto, pero hasta el año de 1896 en que se contrató su construcción por la Compañía del Ferrocarril de Ocos, se construyó para el servicio público. Con motivo de la erupción del volcán Santa María en 1902, el muelle sufrió desperfectos tan considerables, que ha quedado enteramente en seco, por lo que las Compañías de Muelle y Agencias, hacen sus operaciones desde 1904 en el lugar cercano llamado la Tasca, en donde se construirá otro muelle.

Los puertos marítimos no habilitados de Guatemala, son: en el Atlántico, Santo Tomás, situado en el departamento de Izabal; en el Pacífico, Ixtán y San Luis en el departamento de Retalhuleu; Tecojate, San Jerónimo e Iztapa, en el Escuintla; Monterico y Curvina, en el de Santa Rosa; y Boca Vieja en el de Jutiapa. Agréganse a estos, como puertos fluviales de Guatemala, el de Ixcán, sobre el río Ixcán en el departamento de Huehuetenango; Panzós, que es el más importante para el comercio, sobre el río Polochic, en el Departamento de Alta Verapaz, situado a 88 millas de Livingston, servido por los vapores de la "Compañía del Ferrocarril de Verapaz y Agencia del Norte Limitada"; Gualán, sobre el río Motagua, en el de Zacapa; y los puertos lacustres de Izabal, en la ribera meridional del Lago de Izabal, en el departamento de este nombre; Tzanjuyú y San Lucas Tolimán, en el lago de Atitlán, en el departamento de Sololá.

---

REPUBLICA DE EL SALVADOR. Los puertos marítimos habilitados de la República de El Salvador, son: Acajutla, La Libertad, El Triunfo y La Unión. El primero en importancia comercial es el de Acajutla, situado en el litoral del departamento de Sonsonate, a los 13° 31' latitud Norte y 89° 51' longitud Oeste del Meridiano de Greenwich, en



una rada abrigada por la Punta Remedios. Era puerto de mucha importancia en la época de la Colonia y allí preparó Don Pedro de Alvarado, Conquistador de Guatemala, sus dos grandes empresas marítimas, al Perú en 1534 y a las Islas Molucas de Extremo Oriente en 1540. Dista el puerto 20 kilómetros de la ciudad de Sonsonate, que es cabecera del departamento. Su faro tiene una luz blanca intermitente, de 25 segundos de luz por 6 segundos de oscuridad.

El puerto de la Libertad, está situado en el departamento de este nombre, sobre una rada abierta entre las puntas de Peña Partida y Chilama, a los 13° 20' latitud Norte, y 89° 19' longitud Oeste del meridiano de Greenwich; fué habilitado por decreto del Congreso Federal de 6 de febrero de 1824 y tiene la Oficina del cable submarino principal.

El puerto del Triunfo está situado en el seno de la bahía de Jiquilisco, en el departamento de Usulután, y se entra a él por un canal abierto entre las puntas de San Juan del Gozo y San Sebastián, que tiene una profundidad media de 4,2 metros. Su posición geográfica es: 13° 17' latitud Norte y 88° 29' longitud Oeste del Meridiano de Greenwich, a 15 kilómetros al nordeste de la boca de la bahía.

El puerto de La Unión, fué habilitado por decreto de la Asamblea Nacional Constituyente, el 13 de Junio de 1824, ratificado por el Congreso de El Salvador en 1854 y está situado en el departamento de La Unión. De Punta Cutuco, distante tres kilómetros al sudeste de La Unión, arranca el Ferrocarril de Oriente y allí se ha construído un muelle de hormigón armado, a donde atracan los vapores para la carga y descarga. Este muelle tiene 265 metros de longitud por 28 metros de anchura sobre el mar.

La Concordia, es un importante puerto no habilitado, en el estero de Jaltepeque, que por sus condiciones geográficas puede ser abierto al comercio extranjero, y se encuentra en el litoral del departamento de La Paz.

---

REPUBLICA DE HONDURAS. Los puertos marítimos más importantes de la República de Honduras, son: Omoa, Puerto Cortés, La Ceiba y Trujillo sobre el Atlántico; y Amapala en el Golfo de Fonseca. El puerto de Omoa, se halla en el departamento de Cortés, en el lugar más a propósito para levantar un fuerte que defendiera el litoral de los ataques continuos de los piratas en el siglo XVIII. En efecto, el entonces Capitán General de Guatemala, Mariscal José Vásquez Prego, inició la construcción del Castillo de Omoa (1753) que fué concluído en 1775, y cayó en poder de los ingleses años más tarde, recobrándolo el General Matías de Gálvez, Gobernador de Guatemala, en 1779. El puerto actual es pequeño y ha perdido mucho de la importancia que adquirió durante la colonia y en el siglo XIX, porque la parte construída del Ferrocarril Nacional de Honduras, lleva el comercio a Puerto Cortés situado a muy corta distancia del de Omoa.

---

Puerto Cortés está situado en una bahía de gran capacidad, pues tiene 17 kilómetros, que se abre en el departamento de su nombre, amplia y profunda, cuyas aguas tienen un flujo y reflujo casi imperceptible, y que mediante trabajos a propósito y no muy costosos podrá unirse con el Lago de Alvarado, situado en sus cercanías, con sólo ensanchar el canal que les pone en estrecha comunicación. Puerto Cortés, llamado en otra época Puerto Caballos y Navidad, está situado a los 15° 49' latitud Norte y a los 87° 57' longitud Oeste del Meridiano de Greenwich.

El puerto de La Ceiba, situado en el departamento de Atlántida, sobre el Mar Caribe, entre Punta Salada y Pun-

ta Cangrejo, es una ciudad muy reciente, de más de 30 años, que en 1914 sufrió un desastroso incendio, pero actualmente es una de las ciudades más importantes de Honduras.

Puerto Trujillo está situado en una espléndida bahía, defendida de las tempestades del Atlántico por la península de Castilla, la antigua Punta Caxinas, enorme malecón natural que se desprende de la costa y se inclina hacia el Oeste en una extensión aproximada de 25 kilómetros. Esta ciudad fué fundada en 1524, en los primeros años de la conquista por los españoles, adquiriendo una grande importancia durante la Colonia. Actualmente es uno de los mejores puertos de América Central.

Los puertos secundarios de Honduras sobre el Mar Caribe son: Cuyamel, cerca de la desembocadura del río de su nombre; Puerto Sal, al Este de Puerto Cortés, notable por sus grandes bosques de cocoteros; Triunfo de la Cruz, en una ancha bahía que se abre hasta Punta Izopo; Tela situado en medio de los anteriores, en el centro de las grandes plantaciones de banano; Iriona, cerca del cabo Camarón, en el litoral de la Mosquitia hondureña; Roatán, en la isla de su nombre y Puerto Oriental en la isla de Utila.

En el Golfo de Fonseca, posee Honduras el Puerto Libre de Amapala, situado en la parte Norte de la isla del Tigre. El anclaje o fondeadero de este puerto, considerado como el más importante de América Central, por su posición geográfica, tiene más de 50 kilómetros cuadrados de superficie y en la vecindad del remanso terminal, las aguas alcanzaban una profundidad de 10 a 15 metros lo que permite la entrada de naves de gran calado. Del Puerto Libre de Amapala, cuya fundación data de 1838, se llevan las mercaderías, por medio de pequeñas embarcaciones que tocan en los puertos menores del litoral, lla-

mados: El Aceituno, El Pedregal, La Brea y San Lorenzo, y luego por camiones automóviles que recorren la carretera de Tegucigalpa.

---

REPUBLICA DE NICARAGUA. Los puertos marítimos habilitados en la República de Nicaragua, en el Pacífico, son: Corinto y San Juan del Sur. Corinto está situado en la entrada del estuario del Realejo, en el departamento de Chinandega, sobre la extremidad meridional de la isla de Corinto, llamada también Punta Icaco, sobre la cual corre el primer tramo del ferrocarril del Pacífico, que llega al continente por el puente de Paso Caballos. Protege al puerto otra isla, la de Cardón, que puede ser fortificada para la defensa del puerto. Corinto es de los puertos más seguros sobre el Pacífico y tiene un faro de luz rotatoria en la isla de Cardón. La bahía es de aguas tranquilas y el fondeadero de siete a doce metros de profundidad, con las mareas.

San Juan del Sur, se halla situado en el departamento de Rivas, en una bahía poco abrigada. Un camino macadamizado pone en comunicación este puerto con el de La Virgen sobre el Lago de Nicaragua. Tiene un faro de luz fija que se eleva a 150 metros de altura y es visible a ocho millas de distancia. Es una estación del cable submarino que va por La Libertad a la América del Norte, y por Panamá a la del Sur. En este litoral son también importantes los puertos de Brito y Nacascolo, situados al Norte de San Juan; sobre todo Brito, que será el terminal del Canal de Nicaragua y uno de los más frecuentados del mundo.

Los puertos marítimos sobre el Atlántico son: San Juan del Norte, llamado por los ingleses Greytown, situado en la bahía de San Juan, a los 10° 55' longitud Norte y 83° 40' longitud Oeste del Meridiano de Greenwich. Co-

mo no era un lugar a propósito para las operaciones de puerto, se construyó una obra artificial al Noroeste del delta del San Juan, en donde se puso un muelle paralelo a la corrientes del río, donde se ha formado un canal de dos metros de profundidad. El puerto de San Juan había perdido mucho de su importancia de otra época, por la obstrucción de la bahía y se pensaba en sustituirlo por el cercano de Harbour Head, pero recientes obras le pusieron de nuevo en buenas condiciones de servicio.

Bluefields está situado en el departamento del mismo nombre, y a orillas de las lagunas de Bluefields, que se hallan separadas del mar por la isla Deer, que circunscribe la entrada principal del puerto, que dista cinco kilómetros de la ciudad de Bluefields.

El Puerto de Cabo Gracias a Dios, ha adquirido importancia últimamente. En los grandes lagos de Nicaragua, existen puertos lacustres, que sirven de puntos de escala a los vapores que hacen la navegación de los lagos. En el lago de Managua se hallan los puertos de Momotombo, El Refugio, Managua y San Francisco del Carnicero.

Momotombo y Managua, como términos de los ferrocarriles occidental y oriental, servían de enlace entre ellos; pero el trasbordo de mercaderías obligó a la construcción de la vía férrea de Nagarote a Managua, que completó el ferrocarril de Nicaragua.

En el Gran Lago de Nicaragua, se hallan: San Jorge y La Virgen, en la ribera occidental; Los Cocos, San Ubaldo, San Miguelito y San Carlos en la oriental. San Carlos se halla situado al Norte del sitio donde empieza el río San Juan, y estuvo defendido por el fuerte del mismo nombre. Frente a él se hallan las islas de Solentiname y de los Corales, cubiertas de plantas tropicales.

---

REPUBLICA DE COSTA RICA. En la República de Costa Rica, están habilitados al comercio, los puertos de Puntarenas en el Golfo de Nicoya y Puerto Limón en el Mar Caribe. Limón es el puerto más importante de Costa Rica. Se halla situado en el fondo de una magnífica rada, al sur del antiguo establecimiento de Matina, a los 10° latitud Norte y 83° longitud Oeste del Meridiano de Greenwich, y en él principia el ferrocarril, que pasando por la capital de la República, llega a Puntarenas en el Océano Pacífico. Cerca se halla el islote llamado la Ubita, en donde se encuentran los edificios de cuarentena, un buen faro y un muelle de 60 metros de longitud.

Puntarenas está situado en la otra extremidad de la línea férrea del río Barranca, a los 9° 59' de latitud Norte y 84° 50' longitud Oeste del Meridiano de Greenwich. A la bahía cuyo fondo ocupa el puerto, entran con dificultad las embarcaciones de gran calado, por las enormes cantidades de cenizas volcánicas que el río ha depositado en ella y se dispuso cuando estaba para terminar el ferrocarril, construir el puerto en la villa Tárcoles, cerca de la desembocadura del río de este nombre, pero se desistió del proyecto, porque el sitio es malsano. Puntarenas fué puesto al servicio, desde 1814, pues antes de esta fecha se hacía el tráfico de mar por Puerto Caldera, situado a unos doce kilómetros al Sur de Puntarenas, entre Barranca y Jesús María; pero no prosperaba este puerto por lo malsano del lugar. Puerto Caldera fué establecido en 1562 por el conquistador Francisco Vásquez de Coronado, con el nombre de Puerto Landecho, en honor del Presidente y Capitán General de Guatemala, don Juan Núñez de Landecho. También están los puertos no habilitados de Matina, sobre el río Matina, muy cerca del Atlántico, y Puerto Elena, en una ensenada de la bahía de su nombre, en el Pacífico.

Nómina de los Puertos Marítimos, Fluviales y Lacustres de América Central.

## REPUBLICA DE GUATEMALA

## ATLANTICÓ

Puerto Barrios.

Livingston.

NO HABILITADOS

Santo Tomás

PUERTOS FLUVIALES

Panzós

Gualán

Ixcán

PUERTOS LACUSTRES

Izabal

Tzanjuyú

San Lucas Tolimán

## PACIFICO

San José

Champerico

Ocós

NO HABILITADOS

Ixtán

San Luis

Tecoate

San Jerónimo

Iztapa

Monterico

Curvina

Boca Vieja

## REPUBLICA DE EL SALVADOR

## PACIFICO

Acacjutla

La Libertad

El Triunfo

## PACIFICO

La Unión

NO HABILITADOS

La Concordia

## REPUBLICA DE HONDURAS

## ATLANTICO

Omoa

Puerto Cortés

La Ceiba

Trujillo

SECUNDARIOS

Cuyamel

## ATLANTICO

Puerto Sal

Triunfo de la Cruz

Tela

Iriona

Roatán

Puerto Oriental

## PACIFICO

Amapala

## REPUBLICA DE NICARAGUA

## ATLANTICO

San Juan del Norte  
 Harbour Head  
 Bluefields  
 Cabo Gracias a Dios  
 PUERTOS LACUSTRES  
 Lago de Nicaragua  
 Momotombo  
 El Refugio  
 Managua

## PACIFICO

Corinto  
 San Juan del Sur

## ATLANTICO

San Francisco del  
 Carnicero  
 Lago de Nicaragua  
 San Jorge  
 La Virgen  
 Los Cocos  
 San Ubaldo  
 San Miguelito  
 San Carlos

## PACIFICO

NO HABILITADOS  
 Brito  
 Nacascolo

## REPUBLICA DE COSTA RICA

## ATLANTICO

Puerto Limón  
 NO HABILITADOS  
 Matina

## PACIFICO

Puntarenas  
 NO HABILITADOS  
 Puerto Elena

Nota.—Sobre los Puertos Centroamericanos, consultar: Licdo. J. A. Villacorta C. Geografía de la América Central. Guatemala. 1928. Págs. 209-222.

\* \* \*

El geógrafo guatemalteco, señor Licenciado Villacorta, escribe, que a mediados del siglo pasado, se disputaban la posesión de las Islas del Golfo de Fonseca, Inglaterra y los Estados Unidos de Norte América; pero que por fin fueron restituídas a Honduras, en virtud del Tratado



CLAYTON-BULWER, en 1850, Tratado que por entonces garantizó la independencia de los países en que se había dividido la antigua República Federal de Centro América.

El señor Castañeda escribe en su obra citada, que el papel más o menos importante que desempeñaron los fuertes del río San Juan de Nicaragua, durante los desembarcos hechos en favor de los pretendidos derechos del Rey Mosco, ardientemente apoyado por el cónsul inglés Mr. Chatfield (1841-1847), fueron el origen del célebre Tratado CLAYTON-BULWER. Este criterio histórico, que hace derivar dicho Tratado de la cuestión internacional de la Mosquitia centroamericana, ha sido explicado extensamente por el erudito historiador panameño señor Ernesto J. Castillero R., en su magistral estudio sobre la Emancipación de Panamá, y hemos creído conveniente recordarlos, para apreciar la forma en que dicho Tratado, se refiere a la posesión de las Islas del Golfo de Fonseca y a su restitución a la República de Honduras, a que hace mención el señor Licenciado Villacorta.

Un ciudadano inglés, escribe el señor Castillero, Sir Gregorio MacGregor, escocés y general de la independencia de Colombia, se hizo conceder en la Costa Mosquitos de Nicaragua, por Jorge Federico, Jefe de los indios *Poyais*, un territorio y fundó una nación denominada "*Namville Neustrie*". En 1824 se presentó a Londres como Rey de los Poyais o Emperador de los Mosquitos y de allí envió buques y colonos a la bahía de Honduras, de lo cual protestó ante la Cancillería Británica, la Nueva Granada. Pero este intento de dominación inglesa en el Istmo centroamericano no fué el único. Deseosas de tener en su poder la llave de la futura vía interoceánica, en 1825 fingían las autoridades inglesas de Jamaica y Honduras Británica reconocer la soberanía de otro *Rey Mosquito*, un zambo llamado Régulo Roberto Carlos, que fué proclamado jefe de la costa atlántica de Nicaragua. Su dominio, determinado por la

ocupación de los de su raza, era un pequeño territorio enclavado entre el Río San Juan, en los límites de Costa Rica, y el Cabo Gracias a Dios, habitado por unas pocas familias pobres y bárbaras que no cultivaban el suelo ni tenían industrias, pero con el objeto de estar lo más cerca posible del Istmo panameño, hizo bajar hasta el litoral de éste donde al amparo de los cañones de las fragatas de guerra inglesas "*Tweed*" y "*Charybdis*" y secundados por el Superintendente de Belice, enarbolaron los ingleses un pabellón mosquito en la propia población de Bocas del Toro, estableciendo así una imaginaria soberanía de aquel Rey sobre parte del suelo panameño. Régulo Roberto Carlos, primer monarca mosquito, fué consagrado en el mejor templo de Belice, con arreglo a la liturgia y el ceremonial de la Corte Británica el 23 de abril de 1825. Los títulos de su reino le fueron dados por el Duque de Abermale, Gobernador de Jamaica. Como consecuencia de todo este aparato, el gobierno inglés, se hizo ceder por el Rey Mosquito, los derechos de dominio del territorio que gobernaba éste y en virtud de tal acto se propuso establecer factorías en el puerto de San Juan del Norte y en otros puntos de la costa nicaragüense.

La Mosquitia desde su descubrimiento por Colón en 1502, fué parte de Tierra Firme (Panamá) y en seguida del Virreinato de la Nueva Granada: dependió en ocasiones de Cuba o Guatemala, hasta 1803 en que, a solicitud de las islas de San Andrés y los vecinos, elevada el año anterior, quedó la costa dependiendo definitivamente del Virreinato. Después de esa época, bajo España y bajo la República, hubo diversos actos en épocas distintas demostrativos de la jurisdicción granadina. Durante la administración del General Santander, el Secretario señor Pombo hizo valer los derechos de Panamá, que pretendía conculcar Costa Rica, en nota del 2 de marzo de 1837 al Secretario de Relaciones Exteriores de Centro América.

Hacia el año 1839, cuando comenzaba la rebelión en la República con los disturbios de Pasto, un capitán de la marina británica aconsejó, según parece, que se apoderase de Chiriquí, punto estratégico para dominar el Caribe y las entradas de los proyectados canales interoceánicos. Inmediatamente se formó en Londres una empresa denominada "Compañía Británica de Tierras de Centro América" de carácter comercial, para fomentar la inmigración en la Costa de Mosquitos, el Cabo Gracias a Dios y otros puntos, cultivar relaciones con los indios y efectuar transacciones con el interior. El Superintendente inglés de Belice y el Comandante de Fragata de la Marina de Guerra Británica "Tweed" se comprometieron a llevar bajo el amparo del pabellón británico y desembarcar ocasionalmente en la costa que Nueva Granada reconocía como suya, entre la Bahía de Almirante y el Cabo Gracias a Dios, a un mestizo a quien daban el título de Rey de los Mosquitos, haciéndole tomar posesión nominal de varios puntos de aquella costa, y desplegando una bandera de reciente invención que llamaban también de los mosquitos. El Ministerio de Relaciones Exteriores de su Majestad Británica, declaró al Encargado de Negocios de Nueva Granada en Londres, que la nación mosquita estaba bajo una especie de tutela de la Gran Bretaña desde tiempos remotos, pero que el Gobierno inglés no pretendía ir contra los derechos de Estados vecinos. La declaración de *nación independiente* para tribus indígenas, motivó la protesta del representante diplomático Don Manuel M. Mosquera, en Londres; luego un aviso del Ministro O'Leary de que la Gran Bretaña había acreditado un Agente Público en la Mosquitia; otra protesta del Secretario de Relaciones Exteriores, Coronel Acosta, el cual dirigió el 20 de enero de 1845 una circular a los representantes de las naciones amigas acreditados en Bogotá poniendo a salvo los derechos granadinos en aquella costa y haciendo ver los perjuicios que resulta-

rían de la intervención inglesa para el comercio de los demás Estados; y por influjo del Agente Británico que era Patricio Walker, Secretario del establecimiento inglés de Belice, se había empezado a cobrar por los subalternos del Rey Mosco un impuesto de cuatro reales por tonelada de todos los buques que atracaban en un punto llamado "*Laguna de las Perlas*", que algunos colonos ingleses desautorizados dieron el nombre de Bluefields.

El señor Mosquera, obtuvo en 1845, la declaración de que la Gran Bretaña reconocía la independencia de los Mosquitos y del territorio que les pertenecía. El titulado Rey Mosco había aprovechado la situación política anómala y enarboló su pabellón, primero en el puerto de Mosquitos y más tarde en San Luis de Mangle, isla de San Andrés. El diplomático granadino volvió a protestar en Londres en 1846 y el Congreso Nacional de este año, organizó el territorio de Bocas del Toro que abarca la Mosquitia. La protesta y la creación del Territorio, fueron en junio; el 7 de mayo había sido coronado en Belice el famoso Rey actuando un eclesiástico comisionado por el Obispo de Jamaica, con intervención de las autoridades británicas de la colonia. El hecho no pasó inadvertido para el Gobierno de Nueva Granada. El Ministro señor Mosquera, protestó por instrucciones de Bogotá y recapituló los numerosos actos en que Inglaterra había reconocido el dominio de España, de Colombia y de la Nueva Granada sobre la costa mosquita, protesta que le valió especiales felicitaciones del Secretario señor Borrero. El lord Aberdeen, cuando el Ministro señor Mosquera le anunció que presentaría la protesta, declaró que ella no alteraría en nada las cosas con tal que permanecieran en *statu quo*.

El General Pedro Alcántara Herrán, se esforzó desde su llegada a Washington, a defender los derechos sobre la Costa de Mosquitos, y logró interesar a la prensa y al Go-

bierno de los Estados Unidos en favor de la Nueva Granada. Nicaragua, en vista de estos actos de usurpación cometidos por súbditos británicos en nombre del titulado Rey Mosco, dirigió a Bogotá una nota el 4 de diciembre de 1847, para informar al Gobierno de tales hechos e impetrar la protección de la Nueva Granada, como amiga y aliada de las Repúblicas de Centro América, de acuerdo con un Tratado suscrito en 1825. El Gobierno de Nueva Granada respondió ofreciendo cooperación a la defensa de los derechos hollados y que con tal objeto oficiaría a los agentes neogranadinos en Europa y los Estados Unidos, para que cooperasen a la vindicación de los agravios inferidos. Pidió el Secretario en su nota respuesta que Nicaragua, Honduras y Costa Rica, acreditaran un representante en Bogotá para arreglar los límites entre las tres y la Nueva Granada, como actuales ocupantes, los cuatro de la parte de la Mosquitia que la cédula ya citada agregó a la Nueva Granada en 1803. Este representante debería también arreglar las relaciones con los tres Estados citados. Un buque inglés ocupó de manera formal el 1º de enero de 1848 el puerto de San Juan del Norte en nombre del Rey Mosco y Nicaragua volvió a acudir a la Nueva Granada en demanda de apoyo moral y hasta material para rechazar tales ataques a su soberanía. Con este motivo, el Gobierno neogranadino renovó sus instrucciones a los Agentes en Londres y en Washington para que activasen la defensa de sus derechos proindivisos con Centro América.

El Ministro señor Mosquera, elevó una nueva protesta al Lord Palmerson el 20 de abril y el Jefe del Gobierno Británico le dijo que no entraba a discutir la existencia legal de la nación mosca, que según él había existido desde dos siglos antes de que la Nueva Granada dejase de ser provincia española. Por su parte, el Prefecto Doctor de la Parra se trasladó penosamente a San Juan, atravesando toda la

costa, para enterarse personalmente de todo y comunicarlo al Gobierno granadino, lo que hizo en nota de 5 de mayo. Quince días más tarde aceptó el Secretario señor Mallarino la redacción hecha por el Subsecretario señor Ancizar, de una enérgica protesta contra la ocupación de San Juan que fué enviada al Ministro granadino en Londres. La actitud favorable de los Estados Unidos a los derechos granadinos y centroamericanos en la Costa Mosquita, decidió a Nicaragua a enviar un Agente diplomático a Washington y por lo pronto resolvió acreditar como tal al General Herrán, quien no tuvo tiempo de ejercer la Legación nicaragüense porque antes de que el Congreso le concediese el permiso del caso, en 1849, la expiración del Gobierno de Mosquera hizo cambiar radicalmente el giro de los negocios internacionales, y no se adelantó nada en Washington, ni se llegó a iniciar el arreglo de los límites con las tres naciones centroamericanas antes citadas.

La segunda toma de San Juan, cuyo nombre había sido cambiado por los ingleses, por el de "Greytown", provocó la indignación del pueblo americano y bajo la presión de la opinión pública, y ante el peligro de las ambiciones inglesas, el Gobierno de los Estados Unidos inició la forma de dar término a la farsa que Inglaterra representaba en Centro América y mediante gestiones diplomáticas logró celebrar con aquella potencia el Tratado CLAYTON-BULWER de 1850. (Boletín de la Academia Panameña de la Historia. Año 1º Nº 3—Julio 1933. Págs. 259-264).

El disgusto que causó a Gran Bretaña, dice el historiador Castellero, en la obra citada, el Tratado Bidlach-Mallarino de 1846 entre los Estados Unidos y Nueva Granada, por el control que a aquellos se le otorgaban del tránsito por el Istmo de Panamá, se tradujo inmediatamente en una labor de afirmación de su dominio en Nicaragua. Abandonó el recurso poco seguro de los reyes indígenas que

le cedieran por licor o barajitas concesiones hipotéticas, para sostener las cuales su escuadra no bastaba. Para traer a los Estados Unidos a un convenio de participación en los derechos adquiridos sobre el ideado canal, el *Foreign Office* se fué a las vías de hecho en Centro América y ocupó definitivamente San Juan del Norte, a la vez que trató de establecer factorías en otros puntos de la costa, con lo cual el Departamento de Estado americano se alarmó, y para contrarrestar tal labor, ordenó el traslado a Nicaragua del señor Elijah Hise, su Ministro en Guatemala, para que estudiara la situación y aconsejara el procedimiento a adoptar en este caso. Este se adelantó a conseguir del gobierno nicaragüense la celebración de un Tratado en 1849, por el cual, a cambio de la preferencia a los Estados Unidos en el uso de la vía interoceánica que se abriera por su territorio, y la facultad para fortificarse y hasta cerrarla a las naciones en guerra con los países respectivos, éstos se comprometían a proteger y defender la nación cessionaria en la *posesión y completo dominio de su territorio*.

Como tal convenio era muy comprometedor y podía resultar, al ser aprobado por el Gobierno, el motivo de una guerra con Inglaterra que alegaba con razones, —aunque discutibles, que ella tenía interés en hacer aceptables,— derechos de dominio sobre una sección de Nicaragua, y por otra parte el Ministro Hise no se atuvo a las instrucciones precisas que le fueron dadas, el Presidente americano, Sr. Zacarías Taylor, no lo sometió a la aprobación del Senado. Igual suerte cupo al Tratado que el año siguiente —septiembre de 1850— celebró el nuevo representante Sr. Ephraim George Squier, porque implicaba el mismo peligro de atraer un choque también con Inglaterra:

La pertinacia de esta nación de tener derecho a hacer un canal propio en Centro América, y sobre todo de des-

arrollar su sistema de colonización por toda la América Central, no se avenía con el espíritu de la *Doctrina Monroe* sustentada por los Estados Unidos. La guerra entre ambos países parecía inminente, pues Norte América quería el exclusivo control de ambas rutas, la de Nicaragua y la de Panamá, y aún la de Méjico o de cualquiera otra región americana que afreciera condiciones para hacer un canal. Pero deseoso de evitarla, el Secretario de Estado, Sr. John M. Clayton, propuso un acuerdo equitativo entre ambas potencias que aceptó su rival, representada por Sir Henry Litton Bulwer, Enviado Extraordinario de su Majestad Británica, y así nació el Tratado CLAYTON-BULWER por el cual se establecía que el Canal que se abriese, quedaría colocado bajo la salvaguardia de las dos naciones. De esta manera Inglaterra no haría ni dominaría sola el canal por Nicaragua, con lo que los Estados Unidos se sentían satisfechos. Gran Bretaña, por su parte había obtenido la participación anhelada en la posible ruta de Panamá donde habían obtenido los Estados Unidos las garantías que en 1846 le otorgara espontáneamente la Nueva Granada.

Las principales estipulaciones del Tratado CLAYTON-BULWER pueden resumirse en los siguientes puntos:

1º Ninguna de las dos naciones, en ningún tiempo adquiriría autoridad, ofrecería protección o ejercería vigilancia exclusiva sobre la comunicación interoceánica que se abriese, ni obtendría ventaja especial, territorial o económica, ni trataría de fortificarla.

2º No permitirían que ninguna otra nación hiciese lo que ellas se habían comprometido a no hacer.

3º En cambio, ambas naciones se ofrecerían a favorecer y proteger la construcción del canal, cualquiera que



fuese la nación o empresa que intentase abrirlo; una vez construído, se obligaban a defenderlo contra toda interrupción o confiscación injusta, garantizando su neutralidad para que dicho canal estuviese siempre abierto y libre, con derechos de paso razonables o iguales para todos.

4º Invitaban a todas las naciones para que ofreciesen la misma protección a cambio de disfrutar de los mismos beneficios y del honor de tan colosal empresa.

5º Finalmente, declaran entre ambas potencias que al firmar aquella convención, no trataban de realizar ningún objetivo particular, sino establecer un principio general, extensivo a todo el mundo, para que dichos canales y ferrocarriles fuesen abiertos a los ciudadanos de los Estados Unidos y de Inglaterra en análogos términos que a los de cualquier otro Estado que fuese gustoso en conocer la protección que los Estados Unidos e Inglaterra habían acordado ofrecer.

Aunque este Tratado no correspondía a la política que la nación americana se habían trazado y que expresara Monroe en su célebre *Doctrina*, pues la asociaba a una potencia europea, por añadidura rival en sus intereses en América, el Presidente Taylor, bajo cuya administración se celebró, lo recomendó al Senado en los siguientes términos: “El objeto de este Tratado es establecer una alianza comercial con todos los grandes Estados marítimos para la protección de un proyectado canal de navegación al través del territorio de Nicaragua, que junte el Océano Atlántico con el Pacífico, y al mismo tiempo, asegure la misma protección a los proyectados ferrocarriles o canales por la vía de Tehuantepec o la de Panamá, como también cualquier otra comunicación interoceánica”.

La suprema corporación americana lo aprobó con la esperanza de que la Gran Bretaña dejaría luego de seguir

imponiéndose en la comarca centroamericana. Error fué éste, porque usando un criterio contrario, el gobierno británico consideró que se le reconocían sus derechos adquiridos en Centro América y, aún más, se le extendían tales derechos a Panamá donde antes no tuvo oportunidad de adquirirlos.

La controversia sobre la interpretación del Tratado se presentó al pedir los Estados Unidos a su rival que no insistiese en la protección de los Indios Mosquitos. No pudiendo Inglaterra mantenerse firme en sus pretensiones que resultaban ridículas, como la realeza del indígena mosco, Carlos Roberto Federico, celebró Honduras en 1859 el Convenio de Comayagua por el cual reconoció la soberanía de este país sobre una parte de la Costa mosquita, y luego otro con Nicaragua en iguales condiciones sobre otro sector del mismo litoral, excepto un distrito que fué reservado a los indios. El 1894, al fin, éstos se sometieron definitivamente al gobierno nicaragüense.

El historiador señor Gómez Carrillo, escribe en la obra citada, que fué el Presidente señor José Santos Zelaya, a quien cupo en suerte que en su primer período se restableciera en 1895 la soberanía nicaragüense en el territorio que se denominaba "Reserva Mosquitia"; ardua empresa que llevó a cabo el General Rigoberto Cabezas, produciendo al país entre otros beneficios, el acercamiento de las rentas públicas al suspenderse el comercio clandestino que se hacía por ese rumbo en grande escala.

Recientemente, en 1928, la República de Colombia, renunció a sus pretensiones de soberanía sobre aquella comarca centroamericana, terminando así el proceso histórico secular a que nos hemos referido. Conforme los antecedentes y estipulaciones del Tratado CLAYTON-BULWER que hemos reseñado, bien puede suceder que la cita

histórica textual del geógrafo guatemalteco, señor Licenciado Villacorta, a que hemos dedicado especial mención en el principio de este relato, corresponda no a las Islas del Golfo de Fonseca, sino a las Islas de la Bahía y territorios de la Mosquitia hondureña que fueron restituidos a Honduras, por la Convención celebrada entre la Gran Bretaña y el Presidente de aquella República, General don Santos Guardiola, el 28 de Noviembre de 1859, como los resultados del Tratado CLAYTON-BULWER.

Chalatenango. El Salvador. C. A.

Enero de 1937.



# LA VIUDA DE BALBOA Y SU TRAGICO DESTINO

(Carta de Don Ernesto J. Castellero R. al Director del  
“Boletín”).



Señor Don

Juan A. Susto,

Secretario Perpetuo de la Academia Panameña  
de la Historia,

Ciudad.

Señor Secretario:

En el interesante órgano de la Academia cuya publicación Ud. dirige, el "Boletín" N° 12 correspondiente a abril de este año, ha insertado Ud. un ameno trabajo histórico del periodista y diplomático guatemalteco, Dn. Máximo Soto Hall, titulado "*Tentativa de Monarquía en Panamá. (1549)*" donde se exponen hechos y apreciaciones erróneas acerca de los sucesos en que fueron actores Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Océano Pacífico, su prometida doña María de Peñalosa, el Obispo Fray Juan de Quevedo, etc.

Núñez de Balboa, como se sabe, es nuestro héroe racial de la época de la Colonia. Los historiadores antiguos o modernos que retratan la figura gentil del jerezano inmortal, escriben con admiración de sus hazañas legendarias y elogian su conducta de conquistador que se caracterizó por la magnanimidad. Y todos están contestes en considerarlo la personalidad más caballerosa y simpática de aquella época en que España quiso con un puñado de valientes someter a su dominación un continente muchas veces más grande que ella, dominar una raza que defendía

con desesperación su libertad, y ser dueña y señora del globo terráqueo con subordinación a su voluntad omnimoda de todas las potencias del universo. Y no podía ser de otro modo un caudillo a quien los cronistas de la época, severos en sus juicios, no hallaron tacha y antes elogiaron por sus múltiples virtudes. De él dice el historiador Herrera: "Era muy entendido y sufrido en trabajos, hombre de mucho ánimo, prudente en sus relaciones, muy generoso con todos; discreto para obrar, hábil para mandar a los soldados como intrépido para conducirlos a la pelea y nunca vaciló en ocupar el puesto de mayor peligro".

Vasco Núñez de Balboa, pues, a quien la República de Panamá venera hasta haberle erigido un magnífico y bello monumento, tomarlo como símbolo de su moneda y consagrarle la primera condecoración oficial del país, debe ser conocido por los panameños en toda su grandeza y estudiado hasta en los mínimos detalles de su interesante y efímera vida pública.

Aunque el escritor a quien me refiero no demerita la personalidad del héroe, antes bien la exalta en su artículo objeto de estos comentarios, en él expone episodios equivocados que se relacionan con personajes que intervinieron en los sucesos trágicos que tuvieron por teatro el Istmo de Panamá.

Con el fin único de establecer la verdad histórica sobre ellos y no con propósitos de causar contrariedad al insigne escritor a quien admiro por su talento, voy a hacer algunas acotaciones a ciertos pasajes de la vida del descubridor por él expuestos y que considero equivocados.

Dice el señor Soto Hall: "Desembarcó Pedrarias Dávila, dicen los cronistas, dando el brazo a su gentil esposa, doña Isabel de Bobadilla, linajuda y muy apreciada señora. Traía el matrimonio consigo aparte del séquito



suntuoso que le acompañaba, a *dos hijas, jóvenes doncellas que por su alcurnia, su posición y sus encantos se dirían llamadas a la felicidad*, y que, sin embargo, por uno de los raros caprichos de la suerte, se vieron condenados a trágicos destinos.

“La primogénita, que había heredado la distinción y prendas morales de *su abuela, la Condesa del Moya*, dama muy bien quista de Isabel la Católica, casó con el más simpático y, sin duda alguna, el más caballero de los conquistadores: Vasco Núñez de Balboa. aquel varón que en alta mar, como por vía de encantamiento, surgió de un tonel en la expedición de Enciso, se impuso a los que intentaban arrojarlo al mar, haciendo honra al dictado de “esgrimidor” que alcanzara en Cuba, y una vez en tierra firme, supo trocarse en el árbitro de los destinos del Istmo”.

Cuando Pedrarias vino a Panamá, entonces llamado “Castilla del Oro”, traio. en efecto. un brillante séquito y con él vino su esposa doña Isabel de Bobadilla. sobrina (y no hija) de la Marquesa (no condesa) de Moya. la que con las llaves de la fortaleza de Segovia hizo entrega a los Reyes Católicos de los tesoros que en ella se guardaban pertenecientes al rey don Enrique. Entre los acompañantes del Gobernador Pedrarias vinieron varios personajes más tarde célebres, como Gaspar de Espinosa cuyo nombre está íntimamente vinculado a la colonización de Panamá; el Padre Hernando de Luque que intervino en la realización de la conquista del Perú; Gaspar de Morales, primo de Pedrarias: Pedrarias, sobrino de éste, y el primer Obispo de Tierra Firme, Fray Juan de Quevedo, quien fue amigo de Balboa, su defensor y socio en las haciendas, laboreo de minas y explotación de las encomiendas pues, según el cronista Oviedo, el prelado “pensó ser muy rico por

la industria de Vasco Núñez". Por eso no puede afirmarse que el Obispo Quevedo ayudase a Pedrarias a perder a Balboa como asegura el señor Soto Hall. Por lo contrario, siempre se manifestó su amigo e hizo cuanto pudo por avenir al cruel Gobernador con el insigne Adelantado. Y cuando aquel en un raptó de enojo contra éste le tomó preso y le metió en una jaula de madera que construyó dentro de su propia casa, para castigar el deseo de Balboa de explorar el Mar del Sur que había descubierto, fue "a ruego grande del Obispo Fray Juan de Quevedo, según observa Andagoya en su "Relación", que no le metieron en la jaula". Del Obispo fue asimismo la idea de efectuar la reconciliación de los dos rivales hidalgos españoles mediante el matrimonio de Balboa con la hija mayor de Pedrarias, doña María de Peñalosa, residente en España, pues consideraba que vinculándolos con lazos de familia, la obra de coloniaje que les había encomendado la Corona en "Tierra Firme" sería realizada sin trastornos y así estaría mejor servida la voluntad de los soberanos.

"Movieron en apariencia sus palabras de tal modo a Pedrarias, dice el historiador chileno Toribio Medina en su monumental obra "El Descubrimiento del Océano Pacífico", que tanto él como su mujer, a quien Balboa había tratado siempre de servir, aceptaron el temperamento que les proponía el Prelado y se convino que *la mayor de las hijas, que tenía y estaba por entonces en España, llamada doña María se casase con Balboa. Celebráronse las capitulaciones con las firmezas que les pareció y se hizo el desposorio, dando la mano Pedrarias por su hija y con las demás ceremonias de estilo autorizadas con intervención del Obispo. No sabemos el plazo que se señaló para que la desposada se trasladase al Darién, pero sí, que en todo caso el matrimonio se verificaría "con tanto que sus altezas fuesen dello servidos"*.

Se calcula que este desposorio tuvo lugar entre Marzo y Abril de 1516.

Y agrega Medina: “Por todo esto, nos decidimos porque en aquel desposorio solo medió de parte de Pedrarias el interés y su conveniencia. En cuanto a Balboa, su casamiento con la hija de Pedrarias era también en absoluto secundario, un mero incidente en su vida, fijos como tenía los ojos, en esas circunstancias, en un proyecto de trascendencia imponderable. Lo aceptó de buena fe hasta lo último y, llegado el caso, habría cumplido su palabra empeñada, si bien tampoco tendría que importarle mucho el que no se celebrase. El único, en verdad, engañado en todo fue el bueno del Obispo, que creyó de ese modo asegurada una perpetua concordia entre el Gobernador y su protegido. . . . .”

Luego vino la tragedia de Acla. Calumniado, envidiado, perseguido e indefenso, Vasco Núñez de Balboa entregó su cabeza a la justicia del presunto suegro que inmisericorde y sin motivo se deshizo así del odiado descubridor del Océano Pacífico.

“Ni la loca tribulación de la esposa, *ni el llanto de la hija que perdía el amado compañero en el alboreo de la luna de miel* lograron impresionar el férreo corazón de veterano de las campañas de Italia”, dice Soto Hall. Y agrega: “El mismo presencié, sin inmutarse un músculo de su rostro, la injusta ejecución, e hizo aún más: ordenó que por tres días, en lo alto de una pica y en el lugar más céntrico, permaneciera expuesta la cabeza del gentil mozo y Capitán sin tacha. *La desesperada viuda, desde su estancia en el palacio de la Gobernación por largas setenta y dos horas, tuvo ante su vista el siniestro espectáculo*”.

Hecho constar ya, que doña María, casada por poder con Balboa, a quien jamás conoció, no vino al Darién,

mal pudo presenciar la decapitación de su prometido por el progenitor sin entrañas. Por otro lado, lo de *palacios* en Acla o en Santa María la Antigua del Darién, capital entonces ésta población de la provincia de “Castilla del Oro” y sede del Gobierno, es figurativo, porque la mejor casa existente en esas localidades eran las que Balboa hizo para su uso personal y no pasaban de ser bohíos grandes con alguna mayor comodidad que los de sus soldados. De la mejor, hecha en Santa María y que Pedrarias se cogió para vivir hay descripciones en las crónicas de la época que la pintan muy inferior a las humildes dependencias de un palacio por modesto que este sea.

Daría por terminadas aquí mis acotaciones a este interesante artículo en lo que se refiere a las relaciones de doña María de Peñalosa con el desventurado Adelantado del Mar del Sur si el historiador cuyo relato comento no confundiera a la misma dama con una de sus hermanas atribuyendo a ésta la maternidad de los hermanos Contreras, los desleales mancebos, nietos de Pedrarias, protagonistas de su narración. Dice el señor Soto Hall: “Su hermana, la otra hija del “Justador”, no se vió arrollada por la tragedia; ella fue quien la engendró en torno suyo, influida por su carácter, herencia de su padre, en el que predominaba una ambición sin diques y una voluntad sin reparos.

“Casó esta mujer impulsiva y pasional con Rodrigo de Contreras, Gobernador de Nicaragua, puesto en que reemplazó a su padre político después que este murió, logrando más tarde, gracias a la influencia de la familia en la Corte, pasar de su calidad de interino a la de titular en el desempeño de tan importante cargo”.

Para desvanecer el error del escritor guatemalteco hasta citar aquí la autoridad incuestionable del Marqués de Lozoya, quien en su libro *“Vida del Segoviano Ro-*

*drigo de Contreras, Gobernador de Nicaragua*".—(Toledo-MCMXX), al referirse al matrimonio de Dn. Rodrigo, padre de los Contreras, escribe: "Doña María, escogida para mujer de Rodrigo de Contreras, *había estado destinada a participar de las glorias y peligros de la colonización, como prometida que estuvo por Pedrarias al gran Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Océano Pacífico*, hasta que el proceso injusto y la muerte despiadada dada al valeroso extremeño por quien le llamaba su yerno, cortaron de un modo sangriento los destinos de la doncella".

Ratifica esta información de por sí autorizada por ser el escritor que la dá persona de reputación en las letras hispanas, don Salvador Calderón Ramírez, ameno cronista salvadoreño, quien anota en su leído librito "*Caciques y Conquistadores*": "Por una disposición real, expedida en Mayo de 1534, el emperador nombró gobernador y capitán general de la provincia de Nicaragua a Rodrigo de Contreras, *quien en 1523 había celebrado capitulaciones matrimoniales con doña María de Peñalosa, hija de Pedrarias*. Era ella capacitada para ser digna esposa de un conquistador, y aunaba en su alma las gracias físicas y las prendas espirituales, envueltas en un respaldo ideal de virtud, templada en el fuego del viejo solar castellano. *Era ella la que en 1516, por sugerencias del Obispo Quevedo había estado comprometida con Balboa*".

El hado inclemente de la ilustre dama hispana había señalado el suelo istmeño como teatro de históricos sucesos donde su nombre quedase envuelto en bahos de sangre y su corazón de mujer sufriese el martirio de tragedias a que fue del todo ajena su persona. Viuda sin ser esposa del más famoso de los descubridores después de Colón, hubo de llorar la desaparición prematura de sus hijos deshonrados con el asesinato y estigmatizados con el apodo de traidores a su Rey que tantas mercedes derramó sobre sus

progenitores. No podían los desventurados mancebos negar que a través de la madre distinguida y buena que sufrió sin merecerlo su trágico destino, llevaban la sangre corrompida y los perversos sentimientos del cruel abuelo que manchó el suelo del Istmo con el asesinato injusto del descubridor del Mar del Sur y se formó con sus depredaciones sin cuento una aureola de perversidad y crímenes.

Soy de Ud. Atto. S. S.,

E. J. CASTILLERO R.

Panamá, Julio de 1937.



BOLETIN  
DE LA  
ACADEMIA PANAMEÑA  
DE LA  
HISTORIA



Año V - No. 15  
OCTUBRE DE 1937

---

PANAMA - 1937  
Imprenta Nacional  
Req. 1745





# BOLETIN DE LA ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA

Director: JUAN ANTONIO SUSTO.

Toda correspondencia deberá dirigirse al Secretario Perpetuo de la Academia Panameña de la Historia, Apartado 973.—Panamá, República de Panamá.

Año V

Panamá, Octubre de 1937

Núm. 15

## SUMARIO

	Páginas
Acuerdo N° 1 de la Academia Panameña de la Historia, con motivo de la muerte del académico fundador, don Antonio Burgos....	405
En la muerte de Antonio Burgos, por Guillermo Andreve, académico de número.....	411
Decreto N° 84 del Poder Ejecutivo, por el cual se lamenta el fallecimiento de don Antonio Burgos.....	419
Resolución N° 29 del Consejo Municipal de Chitré, dictada con motivo de la muerte de don Antonio Burgos.....	423
Resolución del Partido Nacional Conservador, lamentando el fallecimiento de don Antonio Burgos.....	427
Origen del apellido Arosemena en Panamá, por Juan Antonio Susto, Secretario perpetuo de la Academia.....	431
Justo Arosemena, por Octavio Méndez Pereira, Director de la Academia.....	439
El Estado Federal de Panamá, por Justo Arosemena, jurisconsulto panameño. (1817-1896).....	447
Indices del Año V del Boletín.....	I



# ACUERDO NUMERO 1

De la

ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA,

por el cual se lamenta la muerte del miembro fundador  
don Antonio Burgos.



Don ANTONIO BURGOS



ACADEMICO FUNDADOR

Nació en Chitré (Panamá) el 11 de  
Febrero de 1873

Murió en Roma (Italia) el 1º de Agosto  
de 1937



## ACUERDO N° 1 DE 1937

(DE 2 DE AGOSTO)

por el cual se lamenta la muerte de Don Antonio Burgos, miembro fundador de la Academia.

*La Academia Panameña de la Historia,*

### CONSIDERANDO:

Que en el día de ayer falleció en la ciudad de Roma, a la edad de 64 años, mientras desempeñaba las funciones de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Panamá en Italia, el señor Antonio Burgos, Miembro fundador de la Academia;

Que el extinto ocupó desde el año de 1921, uno de los sillones de la Academia como miembro de número;

Que el señor Burgos desempeñó cargos públicos de importancia en la época de nuestra unión a Colombia, tales como Inspector de Instrucción Pública en la Provincia de Los Santos (1894); Representante a la Cámara de Representantes del Congreso Colombiano (1896); Diputado a la Asamblea Departamental y Presidente de la misma (1898); Representante al Congreso Colombiano (1898); Secretario Privado del General Casabianca, en Santander (1900); Jefe civil y Militar en la Provincia de Colón (1900-1); Jefe de Operaciones en la Costa Atlántica en la guerra (1901);



Que asimismo ocupó puestos de relieve en nuestra emancipación y después de ella: Visitador General de la República (1903); Miembro Principal de la Convención Constituyente (1904); Cónsul de Panamá en Génova (1904-1908); Diputado a la Asamblea Nacional y Presidente de ella (1908-1909); Cónsul General de Panamá en Génova (1909-1914); Encargo de Negocios, Ministro Residente y Enviado Extraordinario, y Ministro Plenipotenciario de Panamá en España (1914-1921); Delegado a la Conferencia de la Paz (París) (1919); Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Panamá en el Brasil (1921); Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Italia y Suiza (1922-1931); Delegado a la 3ª, 4ª, 5ª y 8ª Asamblea de la Liga de Naciones (1922, 1923, 1924 y 1927); Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Cuba (1931-1936); Embajador en la toma de posesión del Presidente de Cuba don M. M. Gómez (1936) y Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Italia y Bélgica (1936-1937);

Que como ciudadano puso al servicio de la Nación su pluma de escritor en "El Porvenir", de Cartagena; "Unidad Nacional" de Bogotá; "El Mercurio" de Panamá; en "El Herald del Istmo" de Panamá, etc. y en "El Boletín" de la Academia.

Que dejó escritos los libros siguientes: "Panamá y Su Inmigración" (1913); Historias Antiguas de Roma, Grecia y Oriente (3 volúmenes) 1923; y Contrastes Europeos y Orientación Americana (dos ediciones) 1925, y en prensa, tres volúmenes de sus "Memorias" y dos libros más,

#### ACUERDA:

Deplorar la desaparición del señor Antonio Burgos, y rendir a su memoria el tributo a que sus méritos lo hicieron acreedor.

Hacer constar en el presente Acuerdo que a las exequias del señor Burgos, concurrirán en cuerpo los académicos de número y correspondientes residentes en la Capital, como testimonio de afecto al compañero.

Recordar en el próximo número del "Boletín", la vida y la obra del señor Burgos, con un juicio acerca de su personalidad.

Este acuerdo será enviado, con nota de estilo, a la familia del señor Burgos.

Dado en la ciudad de Panamá, a los dos días del mes de Agosto del año de mil novecientos treinta y siete.

El Director,

OCTAVIO MENDEZ P.

El Secretario,

*Juan Antonio Susto.*



# EN LA MUERTE DE ANTONIO BURGOS

**Por**

**GUILLERMO ANDREVE**

(Miembro de número de la Academia Panameña de la Historia y miembro correspondiente de la Academia de la Historia de Madrid).



Don Guillermo Andreve, miembro de número de esta Academia, ha escrito con motivo de la muerte de nuestro inolvidable compañero don Antonio Burgos, las líneas que siguen a continuación.

El académico Andreve, como Burgos, ha representado a Panamá como diplomático en Francia, España y Cuba.

\* \* \*

## I

Quiero dedicar un recuerdo a ANTONIO BURGOS, quien fue un buen amigo, un leal servidor público y un hombre cuya vida se deslizó por diversos cauces; que libró reñidos combates, conoció horas alegres y horas sombrías, pero no causó daño alguno a sus semejantes y al extinguirse no deja ni odios ni recuerdos ingratos.

## II

Producto típico de nuestro medio tropical y de nuestra época llena de inquietudes de toda clase, su vida zigzagueó en sus albores y trató de desarrollarse en varias direcciones. De actividad polifacética, fue en sus años mozos industrial y periodista; luego se empleó en el manejo escrupuloso de los caudales públicos de su provincia; pasó en seguida a ser legislador y más tarde se transformó en guerrero durante la guerra de los tres años en Colombia al fin de la pasada centuria; figuró en los días de nuestra secesión en plano visible como militar y como organizador de la República; luego estuvo por algunos años enrolado en nuestro servicio consular y por fin ocupó un puesto en la carrera diplomática, carrera que siguió por veinte años llegando a ser el decano de los diplomáticos panameños.

## III

Viajó mucho y asimiló cultura y costumbres de pueblos avanzados. Se amplió su horizonte mental y libre del estrecho círculo de la parroquia, se aquilató y depuró su ideal político en virtud de un proceso de adaptación, comprobación y rectificación, lo que dió por resultado un conflicto ideológico entre lo que él estimaba que debía ser por tradición familiar y compañerismo político y lo que se sentía ser en virtud de su más amplia comprensión de los medios y fines del gobierno, conflicto que venció procediendo por transacción y contemporización para consigo mismo, evitando alardes bullangueros de independencia y eludiendo angustias de sumisión mal aceptada.

## IV

BURGOS provenía del Partido Conservador y esto me presta oportunidad para poner de manifiesto una observación política que por cierto no es muy grata para los liberales panameños, y es la de que en la marcha del tiempo, en un tercio de siglo, los conservadores de mi país han evolucionado en términos generales; han ido hacia adelante; han modernizado sus principios y ampliado su programa, como lo demostró el ilustrado periodista conservador licenciado José Isaac Fábrega en una controversia con el Dr. Octavio Méndez Pereira mantenida en las columnas de la "Estrella de Panamá". Comparados los principios que sustenta o mejor dicha práctica la mayoría de nuestros liberales con los que Fábrega nos hizo conocer como los de los conservadores modernos, la línea divisoria aparece muy débil y a veces desaparece con peligro para el necesario equilibrio político. Débese esto a que mientras los conservadores han comprendido que hoy no es posible aplicar a la política ni a la administración, en todo su rigorismo, los principios conservadores de moda en la España de Fernan-

do VII y en la Colombia de don Mariano Ospina, y tratan de adaptarse a los usos y costumbres de una sociedad distinta en todo a la de aquellos tiempos, los liberales no solo no hemos adelantado un paso a este respecto sino que más bien hemos retrocedido, pues el liberalismo panameño de 1937 puesto en la balanza con el de 1899 pesaría menos.

Es claro que esto tiene sus excepciones y así como hay liberales, aunque muy pocos en verdad, que han avanzado y algunas veces demasiado, hay conservadores que consideran el tiempo pasado como el mejor. Son la excepción desde luego, y la forman por una parte los que consecuentes con las ideas de su juventud o con la tradición familiar no admiten cambios en lo que para ellos es ideología política veneranda e inmutable, y por la otra sujetos gregarios como los hay en los fondos de todos los partidos, que tienen llena de cemento la cavidad craneana y son por ello felices pues están libres del tormento de pensar.

## V

ANTONIO BURGOS vivió casi siempre fuera de la Patria, en el servicio exterior de la República; y tal cosa, en la solución de su conflicto ideológico, le permitió seguir depurando el contenido de la vasija sin necesidad de cambiar el rótulo de ella. Esto es corriente entre los hombres que han viajado mucho y saben asimilar, y más de un ejemplo podría citar si fuere preciso de panameños de ideas conservadoras cuya residencia en el exterior y el estudio de los sistemas políticos de otros países han cambiado radicalmente sus principios. Y no significa esto en modo alguno que BURGOS se tornase liberal, no; él más bien estaba por un nacionalismo en que tuvieran cabida como directores de la cosa pública los más destacados elementos de las ciencias y las letras, el comercio y las artes: una especie de república ateniense depurada y modernizada.



## VI

Contaba BURGOS al morir más o menos sesenta y cuatro años, pero lucía fuerte y activo a pesar de sentirse aquejado por una dolencia al hígado diagnosticada como mal grave y que no fue sin embargo la que le abrió las puertas del más allá.

Como si él presintiera su próximo fin, sentía casi desde el momento de su última partida a Europa, en este año, el vivo deseo de regresar a su tierra, de abandonar la carrera diplomática, y se ocupaba activamente cuando enfermó en arreglar sus asuntos, tanto privados como oficiales para luego emprender el viaje de regreso. Pero no debían cumplirse estos deseos suyos y sucumbió en Roma, a causa de una congestión cerebral, el día primero de agosto recién transcurrido, teniendo junto a él a dos seres dilectos: su hijo adorado y su esposa abnegada. Roble herido por el rayo, se abatió sin queja, como correspondía a su espíritu viril.

## VII

Fue BURGOS un hombre de bien, y por esta razón aún cuando se mezcló en todas nuestras contiendas políticas de los últimos cuarenta años, no causó a nadie agravios profundos y a ello se debe el que no dejase a la hora de su alejamiento del escenario terrenal arriba de una media docena de malquerientes que de seguro habrán dado ya, con hidalguía, por cancelados sus resentimientos. De naturaleza nerviosa, era amante de la discusión y tenía irresistible tendencia a exagerar los hechos. De imaginación viva, palabra fácil y memoria excelente, le gustaba salpicar la conversación con brillantes metáforas. Cuando, y era lo más corriente, exageraba demasiado en la pintura de una cosa o en la afirmación de alguna idea, daba la impresión de que

él era el primer convencido de esa exageración y lo confirmaba muy pronto al estallar en una sonora carcajada que venía a poner discretamente las cosas en su punto y a dar la medida exacta de ellas.

## VIII

Creemos que de haber residido frecuentemente en el país, en vez de estar ausente por largas temporadas que quizás sumadas lleguen a una treintena de años, habría podido tener BURGOS una actuación más destacada en la vida política nacional. Pero una vez que cruzó el océano y visitó la vieja Europa, ésta lo sedujo irresistiblemente y lo ató con fuertes lazos. En 1905 fue a Italia como Cónsul en Génova, recién casado, y allí transcurrió su luna de miel a la que puso fin la inesperada muerte de su bella y amante compañera. Allí, junto al mar latino, el Mediterráneo azul de historia intensa y teñida de sangre, nació su hijo; y allí mismo conoció su segunda esposa, una gentil dama italiana, una dulce genovesa, que ahora ha recogido su último suspiro y fue una segunda madre, abnegada y cariñosa, para el hijo del primer matrimonio. Por todo esto, por la fruición que le producía el arte, por la admiración que le causaba la historia de la Roma de los Césares y los Papas, por la emoción que en su ser producían los paisajes, las ruinas, los monumentos, BURGOS amaba a Italia intensamente y le reservaba con cariño un lugar preferente en su corazón, el primero después del que Panamá tenía en él.

## IX

Y ahora ya se fue, llevándose en sus pupilas la visión de la Italia cercana y de su Panamá lejano. La visión de su Panamá cuyo porvenir le preocupaba; cuya crisis de hombres representativos, hombres cuya número es cada

día menor, avivaba su inquietud; cuyo panorama político lo llevaba a considerar necesaria una reorganización de los partidos con objetivos diferentes a los de las transitorias coaliciones electorales, para mantener la tranquilidad moral y material del país, de modo que se estableciera un estado de comprensión y mútua confianza entre gobernantes y gobernados, con el consiguiente resultado de mayores facilidades para el desarrollo industrial, comercial y cultural del país.

Todo esto estaba ante su vista y en su pensamiento. Era la visión de una Patria mejor, que lo seducía. Pero se fue antes de contemplar su realización. Ojalá que desde la otra orilla nos aliente y nos guíe, cuando llegue el momento de emprender la tarea.

Panamá, 1º de Septiembre de 1937.

## DECRETO NUMERO 84

Del

PODER EJECUTIVO

por el cual se lamenta el fallecimiento de su Excelencia  
don Antonio Burgos, Enviado Extraordinario y Ministro  
Plenipotenciario de la República de Panamá ante el  
Gobierno de Italia.



## DECRETO NUMERO 84 DE 1937

(DE 2 DE AGOSTO)

por el cual se lamenta el fallecimiento de su Excelencia Dn. Antonio Burgos, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Panamá ante el Gobierno de Italia.

*El Presidente de la República,*

en uso de sus facultades legales, y

### CONSIDERANDO:

Que en el día de ayer falleció en la ciudad de Roma su Excelencia Dn. Antonio Burgos, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Panamá ante el Gobierno de Italia;

Que el señor Dn. Antonio Burgos durante su larga y brillante carrera pública prestó valiosos servicios a la Nación, desde la fundación de la República hasta la fecha; y que desempeñó tan importantes cargos como los de Miembro Principal de la Convención Nacional Constituyente, por la Provincia de Los Santos; Diputado a la Asamblea Nacional Legislativa por la misma Provincia; Cónsul General en Génova; Ministro en España, Italia y Cuba; y que actualmente desempeñaba el alto Cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Panamá ante el Gobierno de Italia.

DECRETA :

Artículo 1º    Laméntase la muerte del distinguido ciudadano Dn. Antonio Burgos, la cual se declara duelo nacional.

Artículo 2º    El pabellón Nacional se mantendrá izado a media asta, por tres días, en los edificios públicos.

Artículo 3º    Los gastos que ocasionen el traslado de sus restos y los funerales serán por cuenta del Estado.

Artículo 4º    Copia de este Decreto con las firmas auténticas y nota de estilo, se enviará al Dr. Edgardo Burgos, hijo del extinto.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Panamá, a los dos días del mes de Agosto de mil novecientos treinta y siete.

J. D. AROSEMENA.

El Secretario de Relaciones Exteriores y Comunicaciones,

J. E. LEFEVRE.

# RESOLUCION NUMERO 29

**Del**

CONSEJO MUNICIPAL DE CHITRE

por la cual se lamenta la muerte de don Antonio Burgos.





## RESOLUCION N° 29

(DE 3 DE AGOSTO DE 1937)

*El Consejo Municipal de Chitré,*

en uso de sus facultades legales,

### CONSIDERANDO:

a) Que el día 1º falleció en Roma, capital del imperio italiano el señor Dn. Antonio Burgos;

b) Que el extinto era hijo distinguido de Chitré, a quien por sus lucidas actuaciones como diplomático, orador y escritor, le dió lustre y prestigio,

c) Que es deber de los pueblos civilizados y agradecidos, reconocer los méritos de sus hijos y lamentar sus desgracias,

### RESUELVE:

1º Dejar constancia del sentimiento de condolencia que le embarga a causa de la muerte de ese esclarecido chitreano;

2º Recomendar a las generaciones presente y futuras las virtudes del extinto; y,

3º Enviar con nota de estilo, copia de esta resolución a los deudos del Sr. Burgos.

Dada en el Salón de Actos del Consejo Municipal de Chitré, a los tres días del mes de Agosto de mil novecientos treinta y siete.

El Presidente,

JOSE A. MENDOZA R.

El Secretario,

*V. Tello.*

# RESOLUCION

Del

PARTIDO NACIONAL CONSERVADOR DE  
PANAMA

por la cual se lamenta el fallecimiento de don Antonio  
Burgos.



## RESOLUCION DEL PARTIDO CONSERVADOR

(DE 2 DE AGOSTO DE 1937)

*El Directorio Nacional del Partido Conservador,*

### CONSIDERANDO:

Que según noticias recibidas, acaba de fallecer en Roma, Italia, el muy distinguido y apreciado coopartidario Excelentísimo Sr. Dn. Antonio Burgos;

Que durante su larga y meritoria existencia, el coopartidario Sr. Antonio Burgos, se distinguió como un apóstol de la causa conservadora a la cual le dedicó todos sus desvelos, y por la cual expuso su existencia en los campos de batalla durante los tiempos de la dominación colombiana, peleando en defensa de los principios conservadores;

Que una vez declarada la República, se distinguió durante los primeros días de nuestra separación de Colombia desempeñando importantes y difícil comisiones, que cumplió de una manera sobresaliente;

Que luego tuvo destacada actuación en diferentes cargos públicos, tanto en lo administrativo, legislativo y diplomático y desempeñando el cargo de Ministro de Panamá en Italia y Bélgica, acaba de sorprenderlo la muerte,

### RESUELVE:

El Directorio Nacional del Partido Conservador considera pérdida importante e irreparable el infausto acon-

tecimiento de la muerte del apreciable y distinguido coopartidario Sr. Dn. Antonio Burgos y le rinde por este medio el homenaje sincero a su memoria como un tributo a sus virtudes cívicas de meritorio y distinguido ciudadano y de fiel coopartidario.

Recomiéndase a los conservadores el recuerdo de su persona y el ejemplo de sus relevantes prendas personales y patrióticas;

Copia de esta Resolución con nota de estilo será enviada a los familiares del extinto coopartidario, como una demostración de que el Partido Conservador por medio de su Directorio Nacional se asocia a su muy sentido duelo.

Dada en Panamá a los dos días del mes de Agosto del año de mil novecientos treinta y siete.

VICTOR MANUEL ALVARADO, (Presidente); *R. Adolfo de la Guardia, Eduardo Chiari, Emiliano Ponce J., Carlos Manuel de la Ossa, Pedro Moreno Correa, Eduardo Vallarino, Pablo Pérez B., Daniel Salcedo G.,* Director-Secretario.

ORIGEN DEL  
APELLIDO AROSEMENA EN PANAMA

Por

JUAN ANTONIO SUSTO

(Secretario perpetuo de la Academia Panameña de la  
Historia y miembro correspondiente de la Academia de la  
Historia de Madrid).





Del libro "PANAMENOS DE LA EPOCA COLONIAL" que publicará en esta ciudad el Secretario perpetuo de esta Academia, señor don Juan Antonio Susto, hemos escogido lo que se refiere a los Arosemena, que dice:

\* \* \*

Apenas fundada la nueva Panamá, vino a ser —en sustitución de la antigua capital del Reino de Tierra Firme— el mismo emporio de comercio. Colocada en sitio excelente, con un puerto de inmejorables condiciones y rodeada de islas cercanas que le sirvieron de defensa y de oficinas aduaneras, atrajo la muy noble y muy leal ciudad las miradas del mundo entero. Fué el paso obligado de personas y cosas que iban y venían del Sur; el principio y término de las armadas del Perú, que muchas veces cargadas de oro para la Corona de España, dejaron parte insignificante para el "situado" de la Plaza, y en fin, los terribles y fieros piratas intentaron asaltarla para apoderarse de las riquezas que del antiguo imperio de los Incas subía con destino a la Península. Albergó en su seno a familias de muy rancia nobleza; otras de reconocida distinción y méritos; los más, compusieron la clase media en la cual figuraron muchos extranjeros, y la capa inferior de esta escala social, la formaron los mulatos, zambos, negros libres, negros esclavos, y algunos bandoleros portugueses y europeos que vinieron escondidos en las flotas anuales o en las armadas que acudían a la feria de Portobelo. Los medios de vida de las clases menesterosas fueron el comercio en pequeño, los rudos trabajos de carga y descarga, el arreo de mulas, etc.

Al negocio en grande escala prestaron muy singular atención parte no despreciable de esas personas de reco-

nocida reputación y buena fama que figuraron en el amplio escenario del coloniaje como dueños y señores de vidas y haciendas.

Atraído sin duda por la resonancia que en España se dió de Tierra Firme, de sus innumerables riquezas y de sus excelentes medios de vida, don JOSEF GREGORIO DE AROSSEMENA, llegó a estas playas en el año de 1681. Aquí estableció su residencia y sembró la semilla del ilustre apellido que fué siempre timbre de orgullo para la nacionalidad panameña. El apellido Arosemena es originario de Navarra; al principio fué AROZEMENA, luego AROSSEMENA, (todavía en uso en algunos sitios del Norte de España) y así firmaron don Gaspar y don Mariano Arosemena el Acta de Independencia de 1821, para quedar convertido en el siglo XIX en el que conocemos en la actualidad.

Don JOSEF GREGORIO fué uno de los comerciantes más acaudalados de su época, en la cual gozó de un inmenso prestigio y ocupó una posición social excelente. Al calor de su hogar, formado con distinguida dama panameña, vino al mundo el fruto de esa unión, el primer AROSSEMENA de esta tierra, que recibió el nombre de FELIPE, tronco de las venerables familias Arosemena del Molino, Arosemena Alvarez, Arosemena Martínez Carrillo, Arosemena González de Villafranca, Arosemena Lombardo, Arosemena Lasso de la Vega, Arosemena de la Barrera, Arosemena Quezada y Arosemena de Alba, que durante y después de la colonia nos dieron hombres de singular valía. Por factores de diversos órdenes se dispersaron esas familias y formaron nuevos hogares en Santiago de Veraguas, en San Francisco de la Montaña, en Chepo y en Portobelo, dejando a donde fueron la estela de sus honorables apellidos. El asiento habitual de la familia Arosemena fué la ciudad de Panamá.

El primer Arosemena panameño, don FELIPE, casó con doña Margarita del Molino Zaldívar, natural como él de la ciudad de Panamá y tuvieron dos hijos nacidos también aquí: FRANCISCO XAVIER DE AROSSEMENA e IGNACIO DE AROSSEMENA.

Don FRANCISCO XAVIER DE AROSSEMENA contrajo matrimonio con doña Margarita Martínez Carrillo, (hija legítima de don José Martínez Carrillo y de doña Juana de Segura) y fueron sus hijos Francisco Josef, María Josefa Teresa, (casada con el Coronel don Francisco Romero, residente en Cádiz) y don Domingo María Arosemena. Este último Domingo María, casó con doña María Eduarda González de Villafranca, natural de Natá, (hija legítima de don Agustín González de Villafranca, nacido en la Villa de Los Santos y de doña Lorenza Tuñón de Ortega, natural de Natá), y tuvieron dos hijas: María Magdalena, esposa de don José de Matos Patiño, y doña María del Carmen, esposa del doctor don Thomas de Paz Soldán y Gálvez.

Don IGNACIO DE AROSSEMENA, segundo hijo de don Felipe, casó dos veces: con doña María de Castro, natural de Panamá, tuvo a Francisco de Borja Arosemena, que abrazó la carrera eclesiástica; y con doña María Alvarez, natural de Portobelo, a MARCOS DE AROSSEMENA, que al igual que su hermano nacieron en esta ciudad.

Don MARCOS DE AROSSEMENA, contrajo matrimonio con doña Josefa María Lombardo, nacida en Santiago de Veraguas, y en San Francisco de la Montaña, nació de este matrimonio don PABLO DE AROSSEMENA Y LOMBARDO coronel que fué de Milicias de Veragua, luego ocupó el mismo cargo de Coronel en Panamá en las Milicias Disciplinadas. Hombre de cuantiosa fortuna, de un

gran talento y de educación esmerada mereció que se le otorgara el alto honor de ser Caballero de la distinguida Orden de Carlos III, (en la cual ingresó el 22 de Marzo de 1806); y en Santiago de Veraguas nació su hermano MANUEL ANTONIO DE AROSSEMENA y LOMBARDO, que casó con Nicolasa del Aguila Ycaza, nacida también en Santiago de Veraguas (hija legítima de don Joaquín del Aguila y de doña Sebastiana de Ycaza, (naturales de Lima), los cuales dejaron una larga descendencia.

Del primer matrimonio del Coronel de Milicias don PABLO DE AROSSEMENA y LOMBARDO, con su parienta Da. Rosalía Lasso de la Vega, (hija legítima de don Nicolás Lasso de la Vega y de doña Estefana Josefa de la Rosa Lombardo), nacieron Domingo (1779), Manuel (1782), Juan (1784), y Antonio (1786) y del segundo matrimonio efectuado el 2 de Marzo de 1788 con doña Martina Rafaela de la Barrera, nacida en esta ciudad, (hija legítima del Capitán don Luis de la Barrera y Dávila y de doña Isabel de Negreiros), tuvieron trece hijos: BLAS (1789); SILVESTRE, (1790); MIGUEL, (1792); GASPAS, (1793); MARIANO, (1794); PABLO, (1796); EDUARDO, DOMINGO, DIEGO, VICENTE, JUAN, ANA y DOMINGA.

BLAS, GASPAS y MARIANO AROSSEMENA de la BARRERA, casaron, en el orden en que están colocados, con Manuela, Vicenta y Dolores Quezada, (hijas legítimas de don Miguel Quezada y de doña Catalina Velarde), cuyos descendientes los Arosemena Quezada brillaron con luz propia como astros de primera magnitud en el período de nuestra unión a Colombia.

Los datos sobre los Arosemena que actuaron y vivieron después de la independencia de 1821 —asunto que no entra en el campo de nuestras investigaciones— podrá el

lector consultarlos en el libro "*Justo Arosemena*" del Dr. Octavio Méndez Pereira o en "*La vida de Justo Arosemena*" obra en preparación de los señores Enrique J. Arce y Dr. José Dolores Moscote.

El Archivo Histórico Nacional, de Madrid y el Archivo General de Indias, de Sevilla proporcionan al erudito todos los documentos que juzgue necesarios para hacer un estudio más digno que el nuestro, del apellido de Arosemena. Damos las asignaturas de los legajos del Archivo General de Indias, que nos han servido en esta investigación: Estante 69, Cajón 5, Legajo 33; Estante 109, Cajón 5, Legajos 18 y 19; Estante 117, Cajón 1, Legajos 12, 13, 15, 18, 24 y 25; Estante 117, Cajón 2, Legajo 6; Estante 117, Cajón 3, Legajos 15 y 16 y Estante 128, Cajón 3, Legajo 12.



JUSTO AROSEMENA

**Por**

OCTAVIO MENDEZ PEREIRA

(Director de la Academia Panameña de la Historia y  
miembro correspondiente de la Academia de la Historia de  
Madrid).





Doctor JUSTO AROSEMENA



JURISCONSULTO PANAMEÑO

Nació en Panamá el 9 de Agosto de 1817

Murió en Colón el 23 de Febrero de 1896



Con motivo de celebrarse en el año de 1917 el centenario del nacimiento del doctor Justo Arosemena, el doctor Octavio Méndez Pereira escribió un libro contentivo de la biografía de este patriota inmaculado, el cual libro mereció el primer premio y fue editado por el Gobierno Nacional en 1919.

De este trabajo ha hecho el propio doctor Méndez Pereira el extracto que insertamos a continuación.

El doctor Méndez Pereira es el actual Director de esta Academia.

\* \* \*

Justo Arosemena es uno de los hombres de más relieve moral e intelectual que ha producido América. Perteneció a la prosapia de Sarmiento y de Alberdi, de Tocqueville y de Spencer. Precisamente un trabajo suyo publicado en inglés con el seudónimo de "Philantropus", "The Institution of Marriage in the United Kingdom", fué atribuido en Londres a este último gran pensador, por lo sólido y avanzado de las ideas, por la seguridad de la expresión, por el valor con que aquéllas fueron expuestas. Desempeñaba entonces Arosemena el puesto de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia en Inglaterra y acababa de arreglar allá de una manera muy favorable la deuda externa de su país.

Entonces formaba parte Panamá, como es sabido, de la República de Colombia y a ésta había consagrado Justo Arosemena su inteligencia y sus servicios. No hubo problema social de su época que no estudiara y tratara, ni hubo cuestión de algún interés para su patria a la cual no prestara su concurso decidido e ilustrado. Fué un gran cerebro luminoso, robusto y espontáneo que ha dejado huella brillantísima en las letras, en la historia, en las instituciones y en la diplomacia de América.

Nació este grande hombre en la ciudad de Panamá el 9 de Agosto de 1817, de padres que brillaron igualmente por su clara inteligencia: Don Mariano Arosemena, prócer de la Independencia del Istmo y doña Dolores Quesada, ambos de encumbrada estirpe, noble por la sangre y por el talento. La familia Arosemena ha dado, en efecto, muchas inteligencias y muchas libertades al suelo istmeño: Blas Arosemena, Pablo Arosemena, Justo Arosemena entre otros, ocupan puestos de gran relieve en la historia del Istmo.

Da una idea de los estudios emprendidos por Arosemena e indica su futura orientación en el campo de la moral práctica su discurso sobre los delitos, escrito entre los 20 y 21 años y pronunciado en un certamen de legislación penal en 1838. Ya entonces, influído por las obras de Bentham, su amor por el pueblo, cuya regeneración y libertad constituyeron la constante preocupación de su vida, le hizo odiar todo organismo arcaico, todo dogmatismo, toda tiranía de la autoridad y acudir animoso a las disciplinas del derecho positivo y del racionalismo moderado. Sigueron a esta obra, en etapas sucesivas de su vida, los "Apuntes para la introducción a las ciencias morales y políticas", donde se muestra ya el político que había de ser después, que no quiere pagarse de meras palabras, y el liberal de temple seguro y genuino contra el cual se han de mellar las utopías exaltadas y las nebulosidades de las teorías suggestionantes; "Principios de Moral Política", "Materias Económicas", que forman parte de su obra inédita "Sociología aplicada", "Estudio sobre Moral", donde plantea asuntos que a fines del siglo decían en son de novedad sociólogos como Guyau, Le Bon y Gabriel Tarde, donde la fórmula tan decantada del primero, "el máximum de defensa social con el mínimum de sufrimiento individual", la había ya lanzado él y desarrollado, donde lo que decían después Lom-

broso, Ferri y Garófalo sobre el castigo como mera precaución social, lo había dicho él sin las exageraciones que ha producido la reacción de nuestros días; "Examen sobre la franca comunicación entre los dos océanos por el Istmo de Panamá", el más sólido alegato en favor del Canal de Panamá, que habían de construir más tarde franceses y norteamericanos; "El Estado federal", alegato muy sólido también, el más sólido de cuantos se escribieron en favor de la independencia de Panamá, que le sirvió de base para obtener en el Congreso de Colombia en 1855 la creación del Estado Federal, que él mismo presidió en el istmo como Jefe Provisional; "Código de moral fundado en la naturaleza del hombre", estudio sintético en forma de apotegmas, del carácter de la moral, de su campo y sus poderes, en donde se nota, más que en ninguna otra de sus obras sobre moral, un esfuerzo consciente por romper la unión de ésta a la metafísica y reivindicar para el sociólogo y el psicólogo el derecho de proporcionar exclusivamente al moralista los fundamentos de su doctrina ética; "Estudio sobre la idea de una Liga Americana", presentado al Congreso Internacional Americano de Lima en 1864, donde Arosemena propuso la extensión de la ciudadanía política a los naturales de los demás países de América, es decir, la ciudadanía americana, que es hoy uno de los ideales que comprenden y patrocinan un patriotismo continental; "El Matrimonio ante la ley", tesis avanzada sobre el matrimonio civil desarrollada ante la Corte Suprema de Chile para poder ejercer en aquel país la abogacía; "Estudios Constitucionales sobre los Gobiernos de América Latina", acaso su obra cumbre, donde está comprendido todo su pensamiento político y constitucional, todo su programa de sociología americana en armazón sólida, que todavía hoy es nueva y avanzada en muchos de sus puntos de vista; "La revolución en Colombia", ensayo político que pudiera servir de modelo a los li-

berales de América; “Límites entre los Estados Unidos de Colombia y los Estados Unidos de Venezuela”, que al doctor Arosemena como Ministro en este último país le tocó arreglar sobre las bases firmes de derecho, etc., etc.

Justo Arosemena desempeñó en Colombia los cargos públicos de mayor importancia, miembro del Cabildo, Catedrático, Juez, Diputado, Diplomático en Europa, Estados Unidos y Sur América, Senador, Secretario de Estado, y no fué Presidente porque no lo quiso. Una vez el Presidente de Colombia, don Rafael Núñez, cuando estaba en el apogeo de su poderío político, le ofreció la candidatura presidencial y don Justo la rechazó porque, como lo dijo, “no concebía cómo podía gobernar a Colombia un hombre honrado con una constitución anárquica y un partido corrompido en el cual no predominaban sino los peores elementos”. No necesitaba el grande hombre del mando supremo para la plenitud de la gloria que le habían labrado ya su sabiduría, su carácter, su honradez integérrima y su patriotismo a toda prueba. Cuando murió en Febrero de 1896, como Abogado de la Compañía del Ferrocarril de Panamá, y su cadáver fué envuelto en una bandera nacional que ofreció el coronel Shaler, Superintendente de este ferrocarril, dijo estas palabras solemnes el norteamericano: “Hombres como éste quedan pocos en mi tierra”.

Decía yo al terminar un libro mío sobre Justo Arosemena, que es el que me ha servido para estos apuntes, las siguientes palabras, con que quiero terminar también ahora:

“La misma causa de la muerte del doctor Arosemena es como simbólica de su vida: murió de habersele agrandado el corazón, una noche en que las olas daban lamentos insondables al quebrarse contra las rocas de Cristóbal y cada

estrella era en el cielo una nota de luz y de misterio. Se hundía en ese misterio, en busca de luz, de más luz, un pensador fecundo de la América Hispana, un sabio “simétricamente igual en inteligencia y en corazón”, un apóstol que con la clarividencia del genio supo adelantarse a los tiempos y anticipar la solución de muchos problemas que ahora preocupan a la humanidad, que con las virtudes de un gran cerebro consagrado al bien de la Patria, supo prolongarse en los tiempos con proyecciones incontenibles de gloria. Se hundía para siempre el más grande de los hijos del Istmo, el patriota inmaculado “que rendía culto sagrado a la justicia sobre todas las cosas, respetaba el Derecho, amaba la Libertad con el mismo puro y santo amor que un Temístocles, que un Bruto, o mejor todavía, que un Catón de Utica, y cuyas virtudes principales, desinterés, amor a la paz, humanidad, respeto profundo a las leyes, son plantas de escaso y delicado cultivo y desde luego de inapreciable valor”.

Puso Arosemena como nadie, al servicio de su equilibrio intelectual el empeño sin tregua de su amor a la acción, “desafiando y venciendo prejuicios, defendiendo sin debilidades sus convicciones y sus deberes en pugna con todas las reversiones y todos los convencionalismos de las cátedras caducas, en nombre de la libertad y de la justicia, postulados fundamentales de su religión sin dogmas”.

Jurisconsulto de criterio propio y fundamental, constitucionalista profundo, político sincero y honrado, sociólogo y moralista penetrante, periodista sesudo, escritor sentencioso, estadista de altas miras y vastos alcances, son innumerables las facetas de su espíritu multiforme, cuya obra fué un florecimiento de nobles ideales y su pluma un instrumento de sembrador a lo largo de todos los surcos y al través de todas las sementeras.



En el apostolado de las ideas Arosemena —como lo dijo de Hostos, Carlos Arturos Torres— “es en nuestro mundo americano una cumbre; su vida como pensador y como propagador tiene la tersura, la resistencia y la unidad de un mármol pentélico; cumbre es por la triple aptitud mental, moral y funcional y por la triple excelsitud de la razón, de la intención y de la misión, por la potencialidad de su obra y por su finalidad”.

# EL ESTADO FEDERAL DE PANAMA

**Por**

**JUSTO AROSEMENA**

**(Jurisconsulto panameño 1817-1896).**



Doctor JUSTO AROSEMENA



(Cuadro al óleo existente en la Presidencia de la República de Panamá, obra del pintor colombiano don Epifanio Garay).

Jefe Superior y Gobernador del Estado de  
Panamá del 16 de Julio al 3 de  
Octubre de 1855

En esta época escribió el "*Estado  
Federal de Panamá*"



Este trabajo del doctor Justo Arosemena fue publicado en Bogotá (Colombia) en el año de 1855, por la imprenta de Echeverri Hermanos y reproducido en Panamá en la Biblioteca Cultura Nacional, dirigida por don Guillermo Andreve, números 4 y 5, año de 1918 y en los "Documentos Históricos sobre la Independencia del Istmo de Panamá", de don Ernesto J. Castillero R., páginas 37 a 125, Imprenta Nacional, año de 1930.

Sobre la personalidad del doctor Arosemena escribe en este mismo número el Director de la Academia, doctor Octavio Méndez Pereira.

\* \* \*

## I

Entre los males causados por el funesto levantamiento del 17 de Abril, debemos contar la paralización de varios proyectos legislativos importantes que seguían su curso en las Cámaras. Uno de esos proyectos es el de reforma constitucional, que erige el Estado de Panamá.

Después de aprobado por los Senadores con una aceptación muy pocas veces vista en el Congreso, iba a pasarse a la Cámara de Representantes en el mismo día en que José María Melo, abusando de la fuerza puesta en sus manos para sostener la Constitución y los altos poderes nacionales, echó por tierra en la capital de la República esa misma Constitución y esos mismos poderes. El Congreso se disolvió de hecho, y sus miembros buscaron en la fuga seguridad para sus personas, y medios de empezar la grande obra de la restauración de las leyes, que tuvo fin glorioso el memorable 4 de Diciembre.

A no ser por el atentado del 17 de Abril, el acto reformatorio se habría discutido y aprobado en la Cámara de Representantes, y sancionado como parte de la Consti-

tución, habría evitado a las provincias de Azuero y de Veraguas los graves conflictos en que se han encontrado por falta de un gobierno superior inmediato. La Providencia se complace, en su infinita bondad, en suministrar pruebas espléndidas de los asertos que la ciencia contiene, que la meditación sugiere, y que el amor a la patria anima a proferir cuando la duda, la rutina y el disculpable temor a grandes innovaciones, hacen más necesaria la demostración de la verdad. Así es como los acontecimientos de que he hecho mención, vinieron como a presentarse por sí mismos en calidad de poderoso ejemplo, del mismo modo que los sucesos de Abril a Diciembre, en toda la República, ocurrieron en apoyo de los que defendían lo peligroso e innecesario del ejército permanente.

Quiso el Congreso de Ibagué continuar la discusión del proyecto de Estado de Panamá; pero ni los espíritus se hallaban dispuestos a ocuparse en asuntos que no tendiesen inmediatamente a la destrucción del poder intruso, ni había probablemente en la Cámara de Representantes todo el cúmulo de informes necesarios para desvanecer algunas dudas que despertaba el debate. Lo cierto es que el proyecto, después de algunas modificaciones, se suspendió hasta la reunión ordinaria del presente año, y se mandó publicar por la imprenta.

Las modificaciones introducidas por la Cámara de Representantes me persuaden de que, o no se ha comprendido bien la idea cardinal del proyecto, o no hay fe completa en su justicia y conveniencia. La publicación ordenada no puede tener otro objeto que excitar a la discusión, y no vacilo en corresponder a ese llamamiento, cuando se trata de esclarecer una idea que concebí hace cuatro años, que he perseguido casi constantemente desde entonces, y en cuyo triunfo veo fincado el bienestar posible de la tierra de mi nacimiento.

No juzgo indispensables a mi objeto muchas de las consideraciones en que voy a entrar; pero ya que el asunto va a tratarse quizá por la última vez, quiero ensayar una demostración que lleve, si es posible, al ánimo de los otros, la profunda fe, la misma apreciación de la idea, que abriga el mío: fe y apreciación que no sólo ahorrarían muchos momentos preciosos en el debate parlamentario, que no sólo contribuirían al más pronto y feliz éxito del proyecto en discusión, sino que acaso podrían ayudar a la de otros análogos, que indudablemente ocuparán al Congreso de la Nueva Granada.

Para ello necesito pedir a mis lectores se sirvan disculpar algunas reflexiones históricas, poco amenas, pero muy conducentes; y que suspendan las deducciones a que se sientan inclinados, hasta el fin de este escrito, no sea que me atribuyan, aunque por un momento, ideas y propósitos que están lejos de mí.

Uno de los hechos más constantes en la historia antigua, es la tendencia de los pueblos a mantenerse constituidos en pequeñas nacionalidades, y este hecho nos llama tanto más la atención, cuanto que al leer esa historia vamos prevenidos en favor de las grandes naciones que conocemos en la actualidad. Se necesita empaparse de todos aquellos grandes rasgos de heroísmo, de amor a la patria y de otras raras virtudes, que nos muestran el Atica, Lacedemonia, Tebas, Roma en su principio, y otros muchos pueblos antiguos, para interesarnos en su favor, y para que la estimación y el respeto sucedan al sentimiento de compasión y despego, que habíamos concebido al echar en el mapa una ojeda sobre la superficie que ocupaban.

Y no se diga que esta limitación de territorio era efecto de la infancia de la humanidad; porque sin contar con la China, que desde luego se nos presenta grande como haciendo excepción al principio, pero cuya primitiva historia



no nos es bastante conocida para fallar, tenemos que en épocas ya muy avanzadas se observa el mismo fenómeno. No hablemos si se quiere de Troya, ni de la Media, ni de la Asiria, ni de Fenicia, ni de Judea, si se cree que sus tiempos son demasiado remotos, y que como principio de la éra civilizada del mundo, no pueden servir de suficiente ejemplo a mi aseveración. Vengamos a la Grecia, a Cartago, a Roma en tiempo de Numa, y a las colonias del Asia Menor: siempre veremos que una gran ciudad y sus contornos eran lo que más comúnmente formaba una nacionalidad.

Cuando tiene lugar una aglomeración voluntaria de pueblos con algún fin político, su objeto y su duración no son permanentes, y aun puede asegurarse que no son sino ligas transitorias, que terminan pasado su móvil principal. Así se observa en las dos confederaciones más notables de la antigüedad: la de los griegos antes de Alejandro, y la de las ciudades del Asia Menor. De resto, cuantas aglomeraciones de pueblos se ejecutan para constituir una gran nacionalidad, son el efecto de la conquista, de la violencia, y nunca de la voluntad deliberada de las partes componentes. El Imperio Griego bajo Alejandro, el Imperio Romano, y después los Imperios de Oriente y Occidente, lo demuestran a no dejar duda: la fuerza o el engaño del déspota, la corrupción o el cansancio de los esclavos, como únicos o principales elementos de la política de entonces, adicionaban o sustraían, por medio de la guerra o de la usurpación, al territorio de las naciones que esos mismos elementos habían formado de partes heterogéneas, discordantes y mal avenidas.

La invasión de los bárbaros del Norte, rompiendo aquellas artificiales ligaduras que el despotismo mantenía desde Constantinopla y desde Roma, disolvió las dos grandes masas de hombres en que la política de los Césares te-

nía dividido el mundo civilizado. Y cuando en la tenebrosa y larga noche que sucedió a la lucha de la barbarie y la civilización, se mezclaron y equilibraron las dos fuerzas; cuando la semi-civilización que resultó de aquel caos volvió a dar vida política a las poblaciones, ¿qué es lo que se ofrece a nuestra vista? ¿Son acaso inmensos agregados de seres humanos, unidos por la voluntad y la conveniencia, para formar grandes y respetables nacionalidades? ¿Son siquiera confederaciones de pueblos independientes, ligados por débiles lazos para resistir a un peligro común, participar de una común gloria, o emprender juntos obras de común provecho? Nada de eso. Los señores feudales habían fraccionado hasta lo infinito las comarcas que un día habían obedecido a un solo señor; y aunque es verdad que siendo la violencia y el fraude sus títulos y sus elementos de gobierno, las pequeñas nacionalidades que dominaban no eran el resultado de la voluntad de los pueblos, nótese que las ciudades, los comunes, en donde el régimen feudal no tenía cabida, presentan la misma limitación. ¿Qué fueron las Repúblicas de Italia, qué la de Holanda, y qué las ciudades libres de Alemania? Venecia misma, la más poderosa de todas esas nacionalidades, tuvo que suplir con puentes y con góndolas el terreno que le negaba el Adriático.

Pero los pueblos cansados de sufrir la brutal tiranía de los barones encastillados, favorecieron el acrecentamiento del poder real, que combatiendo primero y halagando después a los nobles, refundió los Estados feudales en Naciones más considerables. La guerra, las alianzas matrimoniales y otras causas que residían enteramente en los monarcas, acrecentaron esas nacionalidades que hoy nos admiran por su poder, y que han llegado a tener una extensión relativamente grande.

En muchos casos, sin embargo, aun las causas enunciadas han sido insuficientes para vencer la repugnancia

de los pueblos a perder su independencia, ni aun a trueque del esplendor y de la gloria que van anexos a las grandes nacionalidades. Portugal, que parece llamado a hacer un todo con España, dándose por únicos límites los mares y los Pirineos, ha resistido la unión, y aunque alguna vez compuso una sola nación con su hermana y vecina, procuró y obtuvo su independencia, como si la raza ibera fuese tan opuesta a la lusitana, cual el anglo sajón al godo, o el lombardo al esclavón. Bélgica ha roto la unión en que se quiso mantenerla con Holanda, aunque tienen intereses comunes, aunque lindan estrechamente, y aunque su población y su extensión no les permiten parangonarse con las naciones de primer orden, ni aun hacer valer su derecho el día en que el interés de un grande imperio sea más fuerte que el sentimiento de la justicia. Por último, los numerosos y diminutos Estados alemanes, de todos los cuales podrían muy bien formarse dos o tres naciones como la Francia, permanecen separados y prefiriendo una humilde y precaria nacionalidad, pendiente de la voluntad de los Czares, a confundirse en un gran cuerpo, de que apenas serían miembros los que antes eran individuos.

No es por tanto aventurado asegurar, que la unión de las pequeñas para formar grandes nacionalidades, ha sido las más veces obra de la fuerza: la unidad nacional no ha sido otra cosa que la unidad real. En efecto, los dos únicos ejemplos que nos ofrece la historia moderna, de repúblicas confederadas, muestran ese mismo espíritu de libertad e independencia que anima a todos los pueblos pequeños. La Suiza y los Estados Unidos de América, al unirse en obsequio de su común seguridad, han reservado siempre a las partes componentes la plenitud de sus fueros, la soberanía en su esencia, y la inviolabilidad de sus derechos cardinales como verdaderas entidades políticas, o Estados simplemente ligados sin fusión ni unidad.

De aquí el sistema moderno conocido con el nombre de *federal*: sistema propio de las Repúblicas, sistema opuesto al central, que es inherente a la monarquía y al despotismo. Porque la monarquía y el despotismo necesitan una fuerza extraña, enemiga de la fuerza popular, y esa fuerza la encuentran en el centralismo, no menos que en los ejércitos permanentes. ¿Cuáles, si no, han sido las épocas en que el centralismo ha levantado la cabeza, y en que se han creado los ejércitos permanentes? La del despotismo romano, cuando las legiones quitaban y ponían emperadores sin dejar de oprimir al pueblo, y la del renacimiento del poder real en la Edad Media, cuando los monarcas necesitaban sostenerse contra los nobles primeramente, y después apoyar su autoridad absoluta contra el pueblo mismo.

Así que, centralismo, ejército y autoridad absoluta, han sido ideas correlativas, inseparables, hermanas como las Furias, destinadas a labrar la ruina y la humillación de los pueblos.

Cómo nace el despotismo del poder centralizado, me parece que no es difícil explicarlo. El poder tiende siempre a ensancharse y a abusar de su fuerza cuando no está dividido, y esa división no consiste únicamente en separar los diferentes ramos del Gobierno, organizándolos de diverso modo y encargándolos a distintas personas: también consiste en compartir el poder en cada uno de esos mismos ramos, tronchando, si así puede decirse, las atribuciones de la soberanía; y esto es lo que se logra con el pleno ejercicio del régimen o gobierno municipal.

En los Estados pequeños el gobierno municipal y el nacional casi se confunden. Todos los intereses pueden consultarse al mismo tiempo con igual eficacia. Pero supóngase que varios Estados, con un gobierno conocedor de las necesidades que fácilmente podía estudiar, son ensar-

tados por la espada de un conquistador, y condenados a formar una gran nacionalidad que le tribute adoración a trueque de una falsa gloria. La propensión del poder a ensancharse llevará a las manos del monarca el gobierno de todos los pueblos reunidos, y la eficaz administración de cada pequeño Estado, será reemplazada por un gobierno general, cuya vida se mostrará en el corazón del gran cuerpo, pero que en las extremidades no ofrecerá sino debilidad y muerte.

Esto explica la propensión de los Estados pequeños a mantener su independencia, que envuelve también su libertad. Las grandes nacionalidades, lo repito, han sido casi siempre obra de la violencia en beneficio de los déspotas ambiciosos, y cuando los numerosos Estados de la Europa feudal iban refundiéndose por el poder de los reyes, las libertades municipales iban también desapareciendo, agostadas por el maléfico influjo de los grandes poderes centralizados.

La historia moderna ofrece muy pocas excepciones a este hecho constante. La raza anglo-sajona es acaso la única que, aun cediendo al poder real, ha sabido conservar en mucha parte sus libertades municipales. De resto, sólo vemos apariencias de gobierno local en los parlamentos franceses, y en las diputaciones de las provincias españolas del norte. En general, la raza latina, más apegada a sus hábitos y preocupaciones de origen romano, ha tenido menos disposición a disputar a los reyes sus fueros locales, que la raza tudesca, más arrogante, más independiente y más indomable, porque fué la raza conquistadora, y porque nunca abandonó del todo la altivez que sacó de sus selvas.

Los pueblos de este último origen han podido, por tanto, plantear con mayor facilidad que nosotros el sistema federal moderno. Los españoles, al conquistar la Améri-

ca, trajeron consigo sus hábitos y preocupaciones de todo género, entre ellas su manera de gobernar. A medida que iban formando colonias, en vez de mantener en cada pequeño grupo de habitantes el gobierno local, que al principio les era indispensable formaban luego de las pequeñas colonias independientes, grandes virreynatos, cuya autoridad superior casi absorbía la de los primitivos establecimientos. Pero este sistema unitario y centralizador no era dictado por la conveniencia. Ella, al contrario, aconsejaba que en tan dilatadas regiones, cada pequeña colonia se gobernase libre y ampliamente, sin más lazos entre sí que los muy precisos para conservar la común nacionalidad, prenda de la seguridad exterior.

Cuando el sistema de gobierno español procedía de aquel modo sintético, sacrificando en beneficio del poder monárquico las libertades de las nuevas colonias a medida que se fundaban, nos infería un agravio, una violencia, que el tiempo no ha podido justificar ni convertir en bien de estos países. Lo que no se hizo antes, puede y debe hacerse ahora: procedamos por el sistema inverso, el sistema analítico, resolviendo en sus verdaderos elementos la nacionalidad, cuyo conjunto no debe marchitar las partes lozanas y provistas de grandes recursos naturales, que no pueden ser desarrollados sino por un gobierno propio e inmediato.

Cuando he manifestado la superioridad del gobierno en las pequeñas nacionalidades, y llamado la atención al hecho de que nunca se han desprendido voluntariamente de su independencia los pequeños Estados, no pretendo probar que convenga decididamente formar esos pequeños Estados independientes, más bien que conservar los grandes, en que están refundidos sus pueblos. La moral internacional no ha hecho suficientes progresos en el mundo civilizado, y las naciones débiles no lo-

gran siempre hacer respetar sus derechos. Parece que hubiera dos justicias, una para los iguales y otra para los inferiores. Mientras no haya una sola para todos los individuos y para todas las entidades políticas, sin reparar en su fuerza física; mientras la idea del deber y su correlativa del derecho, no alcancen cierta elevación y supremacía divina, que los ponga a cubierto de las circunstancias terrestres y accidentales, nada más prudente y aun necesario que buscar en la fuerza física el complemento del derecho, para cuando tengamos precisión de hacerlo valer. Si todas las nacionalidades fueran reducidas, en su común debilidad encontrarían la garantía de la justicia, como la encuentran las grandes nacionalidades en su común pujanza. Busquemos pues, en buena hora, por medio de asociaciones de pueblos, los medios de acercarnos en lo posible al grado de fuerza que admiramos y tememos en las grandes naciones, pero dejando a los asociados su gobierno propio, en toda la extensión compatible con el poder general indispensable para la seguridad común.

Tal es el sistema federal moderno: fuerza exterior, buen gobierno interior; soltura en los miembros, y fortaleza en el conjunto del cuerpo que se llama Nación.

Siempre que se ha propuesto entre nosotros el establecimiento de ese sistema, y cuando para demostrar su utilidad práctica se ha citado el ejemplo de la Unión Norteamericana, se ha hecho la siguiente objeción: "Los norteamericanos apenas tuvieron necesidad de unir lo que estaba separado; mientras que nosotros tendríamos que separar lo que está unido: aquello es propiamente *federación*, esto sería *disolución*". Al razonar así se olvida, que la unión que se trata de romper es esa unión efectuada por la violencia y sostenida por los hábitos de mal gobierno, que he mencionado antes; unión que jamás se habría realizado espontáneamente por los pueblos, como que envuelve el sa-

crificio de sus libertades municipales, en las que se hallan comprendidos los principales beneficios que el gobierno está destinado a procurar.

Pasando del centralismo a la federación, no se hace sino emancipar los municipios, y admitirlos en seguida en el pacto, que se habría celebrado voluntariamente, si nunca hubieran sido forzados a confundirse en una sola entidad, sacrificando sus gobiernos especiales. El municipio es la verdadera sociedad: la Nación no es sino una pura idealidad, una abstracción, a la cual no deben subordinarse los intereses de la *ciudad* o del *común*. Emancipemos pues las ciudades, o grupos de poblaciones dependientes entre sí por igualdad de situación y de necesidades. Dondequiera que hay una comarca de regular extensión, de clima y producciones análogas en toda ella, bien demarcada por la naturaleza y homogénea en su fisonomía, en sus costumbres, en sus intereses, allí está el *común*, pidiendo de derecho su emancipación, que no debemos negarle. Emancipado, vuelve a la Unión en su calidad de miembro libre y soberano, que sacrifica parte de su soberanía en obsequio de la seguridad general, y que no recibe un favor sino un derecho, que no obtiene una concesión, sino la libertad de que había sido despojado. Y no se arguya que este proceder es una mera ficción. ¿No tiene el padre que emancipar a su hijo, cuando quiere admitirlo como su compañero en una sociedad mercantil? Este doble procedimiento es el mismo que emplea una nación regida por un sistema central, si quiere adoptar el federativo. Libertad del municipio, restauración de los derechos perdidos, confederación de pueblos libres *sui juris*, para formar una gran nacionalidad: tales son los hechos verdaderos que pasan, analizando el procedimiento.

Hasta ahora sólo se había propuesto la federación como cuestión de conveniencia, y algunos de sus enemigos



han visto en los desastres de varios países hispano-americanos la consecuencia necesaria de su establecimiento. De aquí han partido para condenarla, sin examinar más profundamente el enlace de los efectos y las causas, y sin averiguar la posibilidad de corregir los malos resultados de una aplicación empírica, por medio de instituciones graduales y preparatorias. No se emancipa al hijo sin educarle, de miedo que su emancipación le conduzca al libertinaje o la miseria.

Hay tanta razón para atribuir al sistema federal los desórdenes políticos de Hispano-América, como para buscarlos en el sistema de gobierno central. Así los países que han adoptado el uno, como los que se rigen por el otro, son víctimas de frecuentes y violentas convulsiones. Dada una causa, ¿deben adjudicársele todos los efectos posteriores, sin demostrar su necesario enlace? *Post hoc, ergo propter hoc*: es un sofisma muy conocido, que basta enunciar para desacreditarlo. ¿Ni cómo podrían dos causas opuestas producir iguales resultados? Concluyamos, por tanto, que los desórdenes que nos aquejan no nacen de la federación más que del centralismo. Nacen de otras causas, que van perdiendo su poder en la Nueva Granada, y que espero ver completamente destruídas dentro de poco.

Reconozco que una vez hecho el mal, una vez que los países españoles han sufrido, entre otros linajes de tiranía, la que centralizó constantemente el gobierno, sería acaso imprudente emanciparlos de ella de un modo súbito; y no me resisto a atribuir, en mucha parte, a falta de preparación, el mal éxito del sistema federativo en Méjico, Centro-América y Buenos Aires. La familia se había sustraído del despotismo común, con las mismas desventajas de la falta de preparación para su nuevo género de vida independiente; pero éste era un mal necesario por el cual tenía que pasar. Una vez independiente la familia (conti-

nuando la metáfora), los hijos debían ser educados para su ulterior emancipación, y esto es lo que no ha hecho convenientemente ninguna de las nuevas Repúblicas, con excepción de la Nueva Granada. Desde 1832 comenzó nuestra educación municipal, y hoy, después de muchas y prudentes gradaciones, podemos mirarla como concluída. La preparación no ha podido ser mejor, y tengo plena fe en el éxito que obtendría ya en este país el admirable sistema, que circunstancias más propicias permitieron plantear inmediatamente a los afortunados hijos del Norte.

## II

Al conquistar el territorio de esta parte del mundo, que luego recibió el nombre de Nuevo Reino de Granada, los españoles hallaron el país poblado por muchas tribus independientes. Aun las comarcas en donde los indígenas eran más numerosos y formaban pueblos más considerables, estaban divididas en diferentes nacionalidades, que con frecuencia se hacían cruda guerra. Si en tales circunstancias la codicia y la crueldad de los conquistadores no hubiesen llevado el exterminio por todas partes, sujetando las diversas naciones a un despotismo común; si en vez de abarcar y ceñir con un anillo de hierro las grandes masas de los Muisca y Tundamas, Muzos, Paeces, Andaquíes, Turbacos y tantos otros pueblos distintos, se hubiesen limitado a reducirlos por la dulzura al suave yugo de la civilización, respetando sus diferencias locales, habrían iniciado desde entonces un sistema federal, que no era desconocido en otras regiones de América, como se observó en Méjico.

Pero ya que su desprecio por la raza indígena condujo a los conquistadores españoles a destrozarla, más bien que a aprovecharse justa y cristianamente de aquella sana y sencilla población, el giro mismo de la conquista les pre-

sentaba la mejor oportunidad para fundar las libertades municipales, si ellos las hubieran estimado. Los establecimientos de Ojeda y Nicuesa, Balboa y Pedrarias, Bastidas y Heredia, Vadillo y Robledo, Quesada, Lugo, Belalcázar y demás Capitanes de la conquista, fueron al principio independientes unos de otros sin más sujeción que la común a los monarcas españoles. Pero andando el tiempo, los desórdenes y excesos de aquellos mismos Capitanes, la distancia de España, y la incuria de su gobierno, que insistiendo en su sistema centralizador, necesitaba simplificar el despotismo entendiéndose con un corto número de poderosos sátrapas, fueron causa de aquella grande aglomeración de pueblos españoles e indígenas, cuyos sucesores componen hoy la República Neo-Granadina, y que debía hacer juego con otras muchas aglomeraciones semejantes, llamadas entonces Nueva España, Guatemala, Perú, Chile, &.

No es mi ánimo sostener ahora la conveniencia de restaurar nuestras primitivas libertades en toda la extensión de la República, pasando una esponja por todos los hechos, que aunque injustos y violentos, han amoldado viciosamente la población, y que piden sin duda precauciones para destruir su maléfico influjo. Respeto los temores de aquéllos que no se deciden por la pronta e inmediata adopción del sistema federal en toda la Nueva Granada; pero si se demuestra que la situación del Istmo de Panamá es tan especial, que exige urgentemente un gobierno amplio y propio, espero que nadie pretenderá uncirle al carro lento de las otras secciones, cuya posición geográfica, social y económica puede admitir dilaciones en su marcha política, sin el mismo peligro que aquélla corre hace algún tiempo. Demás de esto, la erección del Estado de Panamá servirá de limitado ensayo, que no puede comprometer la suerte de la República, ni causará alarma a los centralistas, si es que alguno tiene confianza en que la actual organiza-

ción sea más propia que una diferente, para obtener paz, industria y moralidad, elementos de prosperidad interior y de respetabilidad entre los extranjeros.

Circunscribiendo así mi objeto, y sin perjuicio de tocar algunas cuestiones generales que pueda encontrar en mi camino, y que se rocen con la materia de esta publicación, trazaré ante todo la marcha política del Istmo desde su adquisición por la corona de España hasta el presente. Esa reseña histórica mostrará la injusticia con que se le ha mantenido sujeto al yugo central, y la indudable conveniencia de restablecerle en sus derechos usurpados, sin daño de la comunidad nacional a que pertenece.

La primera tierra de Nueva Granada, y aun de todo el continente, descubierta y poblada por los españoles, fué la del Istmo que más tarde recibió el nombre de Panamá o del Darién. En 14 de Setiembre de 1502 Cristóbal Colón descubrió el Cabo de Gracias a Dios, extremidad occidental de nuestras costas, y poco después tocó en las de Mosquitos y Veragua. La fama de las minas en esta última región le hizo intentar un establecimiento, que se fundó y encargó al Adelantado Bartolomé Colón en el siguiente año. La colonia española se estableció a orillas del río Belén, cuyo nombre aún se conserva. “Resolvió el Almirante de acuerdo con su hermano (dice nuestro historiador el General J. Acosta), que se fundase la población en las orillas del río de Belén, a poca distancia de su embocadura en el mar, y comenzó a trabajarse activamente en cortar la madera para levantar casas, y la palma para cubrirlas. Fabricaron diez casas grandes para habitaciones, y una mayor que debía servir de almacén de guerra y de boca. Entre los ciento cuarenta hombres que tripulaban los cuatro buques, se escogieron ochenta para fundar la primera colonia que se intentó establecer en la tierra firme de Nuevo Continente, y que un acto inaudito de violencia y de in-

justicia debía hacer abortar". En efecto, los españoles atacaron traidoramente a los indígenas, de quienes hasta entonces no habían recibido sino muestras de benevolencia y hospitalidad; pero encontraron que tenían que habérselas con un pueblo valiente a par que bondadoso, y después de algunos desastres se vieron obligados a abandonar el establecimiento, que de otro modo habría prosperado con rapidez en una tierra como aquélla, bien provista de mantenimiento y abundante en el codiciado metal.

Escarmentados los aventureros, no se pensó de nuevo en colonizar la tierra firme hasta algunos años después. En el de 1508 Alonso de Ojeda y Diego Nicuesa proyectaron una expedición sobre nuestro litoral del Atlántico. La Corte confirió a Ojeda el gobierno de la parte comprendida entre el Cabo de la Vela y el golfo de Urabá, y a Nicuesa el de la que sigue desde aquí hasta el Cabo de Gracias a Dios. Por donde se ve, que el Istmo quedó íntegramente comprendido en la segunda porción, y que por consiguiente formó desde entonces una sola colonia, independiente de las demás.

No era Nicuesa el hombre calculado para la empresa que acometía. Así fué que, debido a su ineptitud, malogró una expedición compuesta de setecientos ochenta hombres, más numerosa que aquélla con que Hernán Cortés se hizo dueño del vasto Imperio Mejicano. Sin embargo, fundó en 1510 a Nombre de Dios y la ciudad de Portobelo, poco después que el bachiller Enciso había fundado a la Antigua del Darién en la orilla occidental del golfo de Urabá, término del Istmo y de la jurisdicción de Nicuesa.

Todas tres poblaciones duraron algún tiempo. Aún subsiste Portobelo, bien que casi arruinada. La Antigua desapareció antes que Nombre de Dios, punto de partida para los viajes al Océano Pacífico. Nombre de Dios tomó importancia bajo el gobierno del desgraciado Vasco Núñez

de Balboa. De allí partió cuando en 25 de Setiembre de 1513 descubrió el mar del Sur, añadiendo así gloria a su nombre y celebridad a las regiones del Darién.

Las primeras noticias que llegaron a España sobre la riqueza del Istmo, llamado entonces Castilla de Oro, y sobre el descubrimiento del Pacífico, determinaron el envío de una grande expedición, cuya magnitud puede apreciarse por el siguiente fragmento del historiador antes citado. "Mientras estas cosas pasaban en el Darién (año 1514), toda España resonaba con el ruido de las riquezas de Castilla de Oro . . . Una poderosa expedición de mil quinientos hombres (sin contar las mujeres y tripulaciones) a las órdenes del Coronel de infantería española Pedro Arias Dávila, hermano del Conde de Puñonrostro se preparaba para salir de la Península con destino al Darién. Parece conveniente describir el orden, aprestos e instrucciones que trajo esta expedición, por haber sido la primera hecha en grande escala, a costa del real erario, a Tierra-firme. (Su costo fue de más de 50,000 ducados, u 300,000 pesos fuertes). A Pedro Arias, primer jefe y gobernador de Castilla de Oro, se le asignaban 366 mil maravedises de sueldo anual, y 200,000 para ayuda de costo. Al maese de campo, Hernando de Fuenmayor, 100,000 maravedises por año. Un médico con 50,000, un cirujano y un boticario, cada uno con 30 mil. Treinta guardas para los fuertes, o peones de fortificación, con 11,433 maravedises cada uno. A los capitanes 4,000 maravedises por año. A los soldados a dos pesos por mes, y tres a los cabos de escuadra. Venían además cuatro oficiales reales con sueldo eventual . . . Estos cuatro oficiales reales, con el Obispo Fray Juan de Quevedo, debían componer el consejo del Gobernador, con obligación de dar su dictamen en todos los casos graves. Fué Fray Juan de Quevedo el primer Obispo de Tierra-firme, religioso de mucha prudencia

y piedad, y trajo algunos eclesiásticos, que junto con el pastor vinieron a ser testigos, aunque no partícipes, de las violencias y rapiñas con que destruyeron aquella tierra Pedrarias y sus oficiales . . . Sabias fueron las instrucciones escritas que el Consejo de Indias, a nombre del monarca, dió al nuevo Gobernador, y al haberse cumplido, el Istmo del Darién hubiera podido ser una comarca floreciente; mas Pedrarias hizo todo lo contrario de lo que se le ordenó, como aconteció con todos los que pasan a Indias, alentados con la esperanza de la impunidad e impulsados por la codicia”.

Muy poco después de su llegada al Darién, Pedrarias, celoso de Vasco Núñez de Balboa, comenzó a perseguirle, hasta que al fin suponiéndole traidor al Rey, le promovió una causa y le aplicó la pena de muerte. Semejante asesinato en un hombre tan meritorio y tan popular como Vasco, suscitó mucha odiosidad contra Pedrarias, y habiéndose hecho responsable de otros muchos atentados, se le acusó a la Corte, y se ordenó su residencia, aunque sin fruto, pues eran grandes sus relaciones y su influencia cerca del monarca. Los Padres Jerónimos, que tenían por entonces la superior dirección de todos los negocios de América, obligaron a Pedrarias a consultar todas sus providencias con el Cabildo del Darién, y él, disgustado de esta sujeción, resolvió hacer nuevos establecimientos en la Costa del Pacífico. Tal fué el origen de la fundación de Panamá en 1519; pero ya en el anterior el licenciado Espinosa había fundado la villa de Natá, que aun hoy es una ciudad importante.

Sucesivamente se fueron conquistando y poblando las diversas partes del Istmo: los valientes caciques Ponca, Pocorosa, Comagre, Chepo y Tumanamá al Este, y los de Pariza, Natá, Chame, Chirú y otros al Oeste, perdieron su libertad y vieron sus tribus aniquiladas. Las poblaciones

españolas sucedieron a las indígenas, y muchas de ellas conservan aún hoy, ya puros, ya modificados, los nombres de los jefes indígenas que mandaron en el suelo que las sostienen.

Las tribus de Veragua, con excepción de las del Darién propiamente dicho, fueron las más belicosas y las que más trabajo costó reducir. Creo que no carece de interés el siguiente trozo de Acosta, por el que aparece que Veragua fué la porción que más tarde recibió la coyunda española. “Crecía entretanto Panamá en población y plantíos en las márgenes de un río inmediato. El único suceso digno de consignarse en este compendio, fué la guerra con el cacique Urracá, el más poderoso señor de Veragua, que resistió varonilmente diversos ataques de los oficiales de Pedrarias y del mismo Gobernador, rechazando la primera vez al bachiller Espinosa con pérdida, y combatiendo todo un día a Pedrarias, sin dejarle ganar un palmo de terreno. Ayudábanle Musá y Bulabá, caciques vecinos, y a pesar de la artillería, como los indios habían aprendido a aprovechar el terreno para defenderse, hostilizaban de continuo a los pobladores de Natá. Urracá sostuvo por nueve años la guerra, y mantuvo su independencia hasta la muerte. Ya era entrado el año de 1521, y se había despachado título de ciudad a Panamá, dándole por escudo *un yugo*, y un haz de flechas en campo dorado en la parte superior, y dos carabelas navegando, en la inferior, con una estrella y orla de castillos y leones. Por muerte del primer Obispo, Fray Juan de Quevedo, se proveyó la silla en Fray Vicente Pedraza, de la Orden de Santo Domingo. Francisco Compañón recorrió la provincia de Chiriquí, los Varclos y la de Burica . . .”

De Panamá salieron en 1522 y 1525 las expediciones conquistadoras del Chocó, y las que del Perú debían invadir a Popayán y el Cauca. Por la parte del norte, Rodri-



go de Bastidas fundó a Santamarta en 1525, y Pedro de Heredia a Cartagena en 1533. Partió de Santamarta en 1536 Gonzalo Jiménez de Quesada, para subir después de mil penalidades y hechos heroicos, a las hermosas planicies de Tunja y de Cundinamarca, y fundar en 1538 la ciudad de Santafé, hoy Bogotá. Natural de Granada, en España, y hallando en la sabana de Bogotá gran semejanza con la campiña de su país, dió a la comarca el nombre de Nueva Granada, que aún conserva, y que por consecuencia del régimen central de la colonia se hizo extensivo a todo el reino. ¿Quién hubiera dicho a Panamá en 1521, que habría de pertenecer a una entidad política, cuyo nombre puramente local y propio de ciertas regiones andinas aún no descubiertas, se impondría quince años después a todo el país, incluso las riberas de ambos mares? ¿Quién hubiera dicho a Portobelo en 1510, que cuando se echaban sus cimientos nacía un hombre, destinado a fundar veintiocho años después en comarcas desconocidas entonces, una ciudad capital que habría de dominarla? ¿Y quién hubiera sospechado en el Istmo durante la primera mitad del siglo XVI, que la legislación de un pueblo esencialmente marítimo y mercantil, se dictaría desde el corazón de los Andes a más de doscientas leguas distante del mar? Pero por extraño que todo esto sea, ha sucedido, lo palpamos, y así como otros males con que uno se familiariza a fuerza de sentirlos, la estrecha dependencia del istmo de Panamá al centro de la Nueva Granada es un hecho que hoy a nadie admira.

Debemos sin embargo creer, que si la colonia del Darién no conservó su primitiva importancia, fué por efecto de su despoblación, a que contribuyó más que todo la absurda política de lo españoles. Prescindiendo de la población originaria de España, el Istmo pudo en dos épocas distintas llegar a un alto grado de prosperidad y poder,

con un número considerable de habitantes. Estas épocas, que llamaré *época indígena* y *época británica*, son muy notables en la historia de aquel país, y merecen que se haga de ellas alguna mención. En cuanto a la primera, nada puede dar una idea más precisa que el siguiente pasaje del General Acosta.

“Carecemos respecto de la población del Istmo a la época del descubrimiento, de datos seguros, y sólo puede inferirse el número de habitantes por el de las tribus independientes, de las cuales he recogido como sesenta nombres en las diversas relaciones. Algunas presentaron a los españoles más de cuatro mil combatientes, y aunque en ello es de suponerse alguna exageración, no deja de ser cierto que para detener y perseguir por días enteros, tropas de castellanos bien armados, y de más de doscientos hombres algunas veces, eran ciertamente menester millares de indios desnudos y desprovistos de armas eficaces, y sin flechas envenenadas, ni otra defensa que macanas y dardos con puntas de piedra o de madera endurecida al fuego. Y aunque también es verdad que había tribus que no contaban sino doscientos o trescientos hombres de armas, otras como las de Natá, Pariza y Urracá tenían cerca de diez mil, lo que supone más de treinta mil entre mujeres y muchachos. No parece pues aventurado pensar, que la población del territorio que hoy comprende las provincias de Panamá y Veragua, pasaba de trescientas mil almas, y era muy superior a la que actualmente existe, después de un trascurso de tres siglos y de habersé introducido el abrigo y las comodidades de la civilización. Si en lugar de destruir la raza indígena ya aclimatada, y que durante la lucha dió tantas muestras de ingenio, valor y humanidad, se hubiera propendido a instruirla y civilizarla, los recursos del Istmo se habrían explotado, descubiértose y trabajado sus ricas minas, y las preciosas producciones del

reino vegetal que su afortunada posición le permite llevar a los mercados que sean más favorables, con la mayor oportunidad. Sin población suficiente, ha dependido hasta aquí su suerte del giro del comercio, y de los acontecimientos que han modificado o alterado la ruta de las mercancías de un mar a otro. Pocos años bastaron, como hemos visto, para devastar este país; los galeones y el tránsito de las mercaderías y del oro del Perú, dieron lustre y prosperidad efímeras a una pequeña parte del territorio; pero se necesita la mano del tiempo y de *una sabia legislación* para desarrollar los elementos inagotables de riqueza y prosperidad, que esta hermosa porción de la Nueva Granada encierra en su seno”.

La segunda época, que he llamado *británica*, y que pudiera también denominarse *filibustera*, es la del siglo XVII, cuando Morgan, Drake, Laurence y otros célebres piratas, esparcían el terror por los mares, y las costas de América, seguros casi de obtener la aprobación, honores y recompensas de su gobierno. Porque en aquel siglo se iniciaba una gran alteración en la balanza política de Europa. El poderío de España comenzaba a declinar, y el de Inglaterra empezaba a tomar ese vuelo, que desde entonces no ha cesado de remontar hasta hoy; que mañana quedará estacionario, y que al día siguiente principiará a decaer. Parecería increíble si no fuera un hecho histórico, que Morgan, saqueando a Portobelo y Panamá, Drake a Cartagena y Portobelo, y Laurence a Mérida de Yucatán, recibiesen como premio altos empleos y títulos nobiliarios. El primero y el último fueron en efecto nombrados gobernadores de dos de las Antillas, y el segundo tuvo entrada en la nobleza como caballero, titulándose Sir Francis Drake. Todo lo que tendía a debilitar el imperio español era entonces lícito, y tenía la protección de las naciones rivales.

Fué en esa época cuando se organizó en Escocia una expedición para colonizar el Darién, bajo la inmediata dirección de Patterson, hombre de genio, y el mismo que echó las bases del banco de Inglaterra. Grande fue el entusiasmo que este proyecto causó en la Gran Bretaña. Muchísimas personas notables contribuyeron con su bolsa al apresto de buques y al enganchamiento de hombres. Individuos de familias distinguidas se alistaron, y aun la misma Reina empeñó sus alhajas para tomar acciones en aquella empresa, que en nuestros días ha dado asunto a una hermosa novela del desgraciado Warburton. La expedición se realizó, (año de 1698); los colonos se establecieron en las costas del Darién, y como tres mil de ellos tomaron por patria el Istmo que hoy pertenece a la Nueva Granada. Pero el Rey Guillermo, cuya moralidad no era su mayor recomendación, después de haber protegido un proyecto a que todos daban la mayor importancia, como que se refería íntimamente a la comunicación de los dos mares, celoso de la influencia que esto iba a dar a la Escocia y a los Puritanos, hostilizó a la colonia prohibiendo que se la socorriese de sus dominios, y cohonestó su procedimiento con los reclamos intentados por España. El hambre, la guerra, el clima, la peste y el desamparo destruyeron aquel establecimiento floreciente, y con él murieron las grandes esperanzas que había hecho concebir.

Empero, prescindiendo del derecho que el Gobierno español tuviera para oponerse a la colonización británica del Darién, consideremos simplemente lo que ella habría sido, si el Gobierno inglés, que protegió los atentados de los filibusteros hubiera sólo dejado obrar el genio de sus súbditos; y hallaremos probable que la colonia escocesa del Darién hubiese progresado, quizás absorbido la población española, y ahorrado al Istmo el pavoroso reinado de los Borbones. Castilla de Oro se habría poblado de hombres

pertenecientes a la raza anglo-sajona, y hoy, ya fuese o no independiente, seguro es que no haría parte de la Nueva Granada. El río Atrato parecería un límite mucho más natural entre ésta y aquella entidad política, que lo es el cabo Gracias a Dios y el golfo Dulce entre el istmo de Panamá, y el Estado de Costa Rica. No comunicándonos por tierra con las provincias granadinas limítrofes, y así con nuestros vecinos de Occidente ¿parecía más racional que el Istmo hiciese parte de la Nueva Granada que de Centro-América, o que fuese tan independiente como cualquiera otra de las actuales naciones de la América española? Tal es nuestro aislamiento, que toda suposición es igualmente natural, y si una gran catástrofe del globo sepultase al Istmo en el océano, y franquease así la navegación de norte a sur, el hecho no se haría notorio en Cartagena y el Chocó, sino cuando los marinos viesan sorprendidos que sus cartas hidrográficas no correspondían con la nueva configuración de las costas. Hoy mismo, cuando los volcanes de Centro-América sacuden fuertemente la tierra, la conmoción se hace sentir en todas las provincias istmeñas, pero rara vez atraviesa los ríos y las montañas que nos separan de las demás que siguen hacia el oriente. La naturaleza dice que allí comienza otro país, otro pueblo, otra entidad, y la política no debe contrariar sus poderosas e inescrutables manifestaciones.

### III

La colonia española que en tiempo de Nicuesa se llamó Castilla de Oro, que más tarde se conoció por el nombre de Darién, y que en nuestros días se denomina generalmente Istmo de Panamá, no se gobernó siempre con estrecha dependencia del Nuevo Reino de Granada. Su situación aislada, y el haber sido la primera colonia del continente, hicieron que continuase gobernándose por mucho tiempo

con sujeción directa de la metrópoli. Muy gradualmente se convirtió en provincia del Nuevo Reino, y acaso no sería aventurado sostener, que hasta 1805 no fué cuando en realidad se le incorporó, por la real cédula que fijó los límites occidentales del Virreinato en el cabo Gracias a Dios.

Cierto es que vemos a los Presidentes y Virreyes ejercer algunos actos, que probarían jurisdicción o mando sobre el territorio del Istmo, si el sistema colonial no ofreciese frecuentes ejemplos de invasiones ejecutadas por los mandatarios de primer orden respecto de los de segundo, aun correspondientes a ajeno circuito. Así que, no deben tenerse por prueba de la dependencia del Nuevo Reino, ciertas medidas tomadas por sus jefes sobre los gobernantes de inferior categoría situados en el Istmo; porque iguales operaciones vemos practicadas sobre el mismo territorio por los Virreyes del Perú.

Demuéstrase lo dicho, entre otras ilustraciones, con los dos siguientes pasajes del Dr. José Antonio de Plaza, en sus "Memorias para la Historia de la Nueva Granada" A la página 282 dice: "En medio del desorden y confusión que reinaba en los campos gubernativos, se confirió el precario nombramiento de Presidente de la Nueva Granada a Don Diego Córdoba Lasso de la Vega, quien únicamente se contrajo a terminar las diferencias suscitadas en Panamá, con motivo de las causas formadas en 1708 al Marqués de Villa-Rocha, Gobernador de allí, y el cual estaba preso en el fuerte de Chepo . . ." Y a la 273, después de referir los pormenores del ataque y destrucción de Panamá por el pirata Morgan, en Enero de 1671, se expresa de este modo: "El Gobernador de Panamá, Don Juan Pérez de Guzmán, después de estos lamentables sucesos, fué depuesto de su empleo y llevado preso a Lima por orden del Virrey del Perú, sucediéndole en el mando Don

Antonio Fernández de Córdoba, con el encargado de trasladar a mejor sitio la ciudad, y de conducir un cuerpo de guarnición respetable, que llamaron Chamberga . . .”

Sea como fuere, lo que no admite duda es, que la administración del territorio del Istmo nunca fué tan dependiente de los Presidentes o Virreyes de Nueva Granada como la de las otras provincias que le pertenecían, pues aun en tiempos no muy lejanos, como a fines del siglo anterior y principios del actual, la mayor parte de los negocios graves de Panamá y Veragua se consultaban directamente a la Corte. Otros hechos que voy a exponer confirman la aserción de que el Gobierno superior del Istmo no era exactamente igual al de las otras provincias granadinas.

Ya en 1539 se había establecido en Panamá una Audiencia y es sabido el grado de poder político de estas corporaciones, que no sólo administraban justicia, sino ejercían funciones ejecutivas, y aun deponían a los gobernadores. La Audiencia de Panamá extendió al principio su jurisdicción a toda la colonia, cuyo origen había sido el Istmo, pues la de Santafé no se estableció sino diez años después, en 1549, y aun comprendió en su distrito otras regiones independientes de Nueva Granada, como Nicaragua, Río de la Plata, Nueva Castilla, &. Prueba de que la Audiencia de Panamá tenía bajo su jurisdicción todo el país descubierto y conquistado hasta la instalación de la Audiencia de Santafé, la tenemos en el juzgamiento del Adelantado Don Pedro Heredia, a quien Belalcázar envió preso a Panamá, por haber querido en Marzo de 1542 usurpar la conquista de Antioquia.

La Audiencia de Panamá se suprimió y restableció diferentes veces, hasta que por los años de 1749, dos siglos después de su primera instalación, se eliminó definitivamente. Pero esa supresión no fué efecto de mayor cen-

tralismo en el gobierno del Darién, sino de los desórdenes a que habían dado lugar los Oidores. Por los siguientes fragmentos del Dr. Plaza, (página 207) se acredita la indicada causal, y el poder que habían llegado a tener las Audiencias: “Este mal de las residencias asomó desde el año siguiente al del establecimiento de la Audiencia en la capital, y se prolongó por mucho tiempo como lo veremos. La fundación de la Audiencia en Panamá fué de peores resultados, pues gente más moza, más inexperta y más viciada la que ocupaba aquellas sillas, sólo presentaba una escena de escándalos diarios, hasta que la Corte amputó la gangrena; pero cuando ya había echado hondas raíces e inficionado el cuerpo social, paralizando el progreso de los lugares, cuyos habitantes se connaturalizaron con las ideas y pasiones más mezquinas y perversas, acostumbrándose a un estado de indolencia, que sólo daba señales de vida para los sentimientos de codicia, de venganza, de envidia y de egoísmo.”

“Conferidas a las Audiencias funciones tan graves como las que se les habían atribuído, confundiendo en éstas los negocios políticos, eclesiásticos, militares, económicos, gubernativos y judiciales, no es de extrañar que la omnipotencia de esta autoridad causase tantas alteraciones y desórdenes al lado de muy pequeños bienes. Aun la misma respetabilidad de los Virreyes tenía que cejar ante estas exóticas corporaciones . . . Nada hay pues de extraño en todo lo que refiere la historia con respecto a las demasías de la Audiencia y a sus continuas disputas con los jueces de residencia, visitadores y Presidentes; pues llena de privilegios, y rodeada de atribuciones omnímodas en un país que se hallaba aún en el caos gubernativo y administrativo, ella cometió todos los excesos que un déspota puede perpetrar, y llevando sus pasiones hasta hacerse guerra atroz entre ellos mismos”.



Después de un gobierno desarreglado bajo los primeros mandatarios, la administración del Nuevo Reino de Granada mejoró algún tanto bajo la Presidencia y Capitanía General desde 1563; pero no se regularizó hasta la creación del Virreinato en 1719, y todavía más en 1740, en que se restableció, después de suprimido por malos informes algunos años antes. He aquí un trozo del Dr. Plaza, que merece insertarse, porque corrobora algunas de las ideas que dejo emitidas sobre la dependencia del Darién. “La vasta extensión del territorio de la Nueva Granada, su inmensa distancia aun a la ciudad de Lima, asiento de uno de los dos Virreinos que existían en América, las frecuentes colisiones entre el Presidente de la Nueva Granada con la Audiencia de Panamá, la de Quito, y el Presidente de este territorio, que revestidos poco más o menos de iguales funciones se embarazaban mutuamente en todos los negocios de gobierno, y otras causas, movieron a la Corte a tomar esta medida. No porque la categoría de Virreinato le diese más importancia a la colonia en el orden jerárquico colonial es que debe considerarse importante esta resolución de la Corte, sino porque aparte de las razones expresadas, la autoridad de los Presidentes era mezquina y limitada, a tiempo que la de los Virreyes era más cumplida; y con buenas intenciones, con inteligencia y firmeza, podían contribuir estos últimos Magistrados a hacer progresar el país de una manera rápida y más positiva”.

✓ Así pasaron las cosas de 1740 a 1810, y en esta época, de sólo setenta años, es cuando el Istmo de Panamá figura principalmente como parte del Virreinato.

No así desde entonces, cuando proclamada la independencia de la Nueva Granada, las provincias del interior comenzaron la gran lucha que había de dar por resultado

nuestra nacionalidad. El grito unísono que entonces lanzó todo el continente hispa-americano, resonó armonioso en las playas del Istmo de Panamá; pero se hallaba en impotencia de secundarlo. La reconocida importancia de aquel territorio redobló los cuidados del Gobierno español, y en cierto modo reconcentró allí la dirección gubernativa del Virreinato. Sámano, el último y el más cruel de los Virreyes, buscó allí asilo en la esperanza de recobrar para la España la conquista de tres siglos, y el Dios de América quiso darle eterno descanso en aquel débil resto del imperio que se desmoronaba.

Algunas circunstancias influyeron en hacer más llevadera la suerte del Istmo durante los diez años que, con ligera interrupción permaneció separado del resto de Nueva Granada, comunicándose sola y directamente con la Corte de España; y a ellas también se debe que su deseo de independencia de la metrópoli no hubiese sido tan pronunciado como lo había sido antes y como lo fué después. La liberal Constitución española de 1812 extendió al Istmo su benéfico influjo, y aun a las Cortes de aquellos tiempos fué un diputado del Istmo, el Dr. Juan J. Cabarcas, más tarde Obispo de Panamá. Hubo asimismo algunos buenos gobernadores, que como Hore y Murgeón, reconociendo tarde que la pésima política de España le había enajenado la simpatía de sus súbditos de ultramar, desplegaron ideas liberales, y permitieron a la prensa de Panamá cierta soltura que nos admiraba por su novedad. Pero el contento relativo no podía durar. La independencia de la vieja monarquía, la libertad republicana, la gloria de los triunfos americanos llamaba a nuestra puerta, y era preciso abrísela, porque el Istmo, más que ninguno otro pueblo, había sido hecho para la independencia, la libertad y la gloria.

Colombia pretendía adjudicarse el Istmo de Panamá por el principio de *uti possidetis*, bueno para evitar que-

rellas entre las varias nacionalidades que surgieron de la catástrofe colonial, pero insignificante comparado con el principio de la soberanía popular, que en todo país recién libertado de la soberanía de la fuerza, impera de una manera absoluta. Como si la Providencia quisiese privar a Colombia de todo derecho para poseer el Istmo, que no se fundase en la libre voluntad de sus moradores, hizo fracasar la expedición que a órdenes de Mac-Gregor fué destinada en 1819 a combatir en aquel territorio las fuerzas españolas. Estas quedaron victoriosas en el combate de Portobelo, y nuestras esperanzas de libertad se difirieron por entonces.

Era el año de 1821. El poder español había llevado un terrible escarmiento en Boyacá, Nueva Granada; pero aún no había sucumbido en Puertocabello, Venezuela, ni en Pichincha, Ecuador. Colombia no había consumado su independencia. El Perú, convertido en último pero poderoso baluarte de las armas españolas, era una grande amenaza para la libertad hispano-americana. Bolívar y Sucre no habían coronado su gloriosa carrera en los campos de Junín y Ayacucho; y en esas circunstancias, el Istmo de Panamá osada y voluntariamente proclama su independencia de la España. En 28 de Noviembre todas las corporaciones y personas notables, después de maduras deliberaciones, como lo expresa el acta, se reunieron y declararon en 12 artículos su querer soberano. Copiaré los tres de ellos que más hacen a mi propósito. “1º Panamá *espontáneamente* y conforme al *voto* general de los pueblos de su comprensión, se declara libre e independiente del Gobierno español. 2º El territorio de las provincias del Istmo pertenece al Estado republicano de Colombia, a cuyo Congreso irá a representar oportunamente su Diputado. 9º El Istmo, *por medio de sus Representantes*, formará los reglamentos económicos convenientes para su go-

*bierno interior*, y en interin gobernarán las leyes vigentes en aquella parte que no digan contradicción con su actual estado”.

Colombia no contribuyó, pues, de ningún modo directo, a la independencia del Istmo, y éste, además de ver burlada su esperanza de reconocimiento de su deuda especial por el Gobierno de la República, según el artículo 10 del acta citada tuvo que llevar su parte de la enorme deuda general contraída en el interior y en el extranjero, de cuyo producto no utilizó un centavo. Ciertamente es que sin las armas colombianas el Istmo no hubiera podido sostener su independencia; pero tampoco la hubiera sostenido sin las armas mejicanas, peruanas, chilenas y argentinas. Bravo, Gamarra, Lamar, Sanmartín y tantos otros campeones de Hispano-América, contribuyeron sin pensarlo a hacer efectivos nuestros votos, ni más ni menos que Bolívar, Santander y Páez; porque unos y otros limpiaron el suelo de la planta goda, que ya no pudo retoñar. Todos combatieron por nosotros al combatir por la América, y el interés de esa lucha era tan solidario, que ningún combatiente lo fué sólo por su país natal, sino por todo el país desde Tejas hasta el Cabo de Hornos. ¿Qué hubiera sido del Istmo sin la independencia de Méjico? qué sin la del Perú y Guatemala? Ni se crea que faltaban tropas para combatir en el territorio del Istmo. Uno o dos batallones españoles guarnecían a Panamá, y en los fuertes de Chagres y Portobelo había su competente dotación. Pero la diplomacia y el espíritu mercantil nos fueron de tanta utilidad como las lanzas y fusiles a nuestros hermanos de coloniaje. Intrigas y oro fueron nuestras armas; con ellas derrotamos a los españoles, y esa derrota cuyos efectos fueron tan positivos como los del cañón, tuvo la inapreciable ventaja de ser incruenta.

Una opinión intachable, la opinión del General Simón Bolívar, viene en mi ayuda, para mostrar que el Istmo obtuvo su independencia libremente, y sin apoyo de ningún poder extraño a su propia voluntad o a sus propios esfuerzos. Contestando al Coronel José de Fábrega, Gobernador de Panamá, que le envió el acta de nuestra redención, dijo entre otras cosas: “No me es posible expresar el sentimiento de gozo y de admiración que he experimentado al saber que Panamá, el centro del universo, *es regenerado por sí mismo, y libre por su propia virtud*. La acta de independencia de Panamá es el monumento más glorioso que puede ofrecer a la historia ninguna provincia americana. Todo está allí consultado: justicia, generosidad, política e interés nacional. Trasmita pues US. a esos beneméritos colombianos el tributo de mi entusiasmo por su acendrado patriotismo y *verdadero desprendimiento*”.

Quede pues para nosotros solos la gloria de nuestra emancipación; quede la de habernos unido a Colombia, cuyo esplendor nos deslumbró, y cuyo derecho sobre el Istmo era ninguno. Al declarar que nos incorporábamos a aquella República, no fué por sentimiento de deber sino por reflexión, por cálculo y previo un detenido debate, que conocen muy bien los contemporáneos de nuestra independencia. Si en vez de unirnos a Colombia, hubiéramos tenido por conveniente constituírnos aparte, ¿nos habría hecho la guerra aquella República? Puede ser que los mismos a quienes parecía insoportable el derecho de la fuerza cuando lo ejercía España, lo hubiese encontrado muy racional cuando lo hacía valer Colombia; pero no es la cuestión si había en América un pueblo bastante poderoso y bastante injusto para vencernos y anexarnos con la elocuente demostración del pirata: es la cuestión si el derecho independiente de la violencia, la facultad incuestionable de disponer de nuestra suerte, la soberanía conquistada el 28 de

Noviembre de 1821, estaban o no de nuestra parte. Pero tal es la inconsecuencia de los hombres, que una simple alteración de fechas, de personas, o de lugares, cambia sus juicios, trastorna sus sentimientos, y desfigura en su alma los principios constitutivos de la moral y de la justicia.

Por lo demás, creo que no podrá cuestionárenos el derecho de poner condiciones a la incorporación a Colombia; las impusimos, y una de ellas fue que tendría el *Istmo* su gobierno propio. En el lenguaje imperfecto de aquel tiempo, los términos en que se halla concebido el artículo 9º del acta de independencia, manifiestan bien a las claras, que se trataba de un gobierno distinto del nacional, y también del local ejercido entonces por los Ayuntamientos: era en efecto la federación lo que se significaba. Desde entonces empezó una lucha constante entre nuestros intereses políticos y la indiferencia de los altos poderes nacionales, entre el *federalismo* de aquella porción tan excepcional y el *centralismo* que dominaba en toda la República.

Cuando el funesto centralismo disolvió a Colombia, el Istmo cuyo derecho a constituirse separadamente era tan positivo como el de Venezuela y el Ecuador, y a quien el sistema a que había estado sujeto perjudicaba inmensamente, se contentó con declarar su voluntad de formar un Estado federal de la gran República, a la par con Nueva Granada y los otros dos arriba mencionados: entonces era muy común la persuasión de que Colombia se reorganizaría bajo la forma federal. Oigamos cómo se expresaron los principales vecinos de Panamá, al declarar su voluntad soberana, en circunstancias de haber cesado todo vínculo político que los ligara a la República de Colombia, y aún no haberse creado los que más tarde les unieron a la de Nueva Granada.

“En la ciudad de Panamá, capital del Istmo, a los nueve días del mes Julio de mil ochocientos treinta y uno, con-

gregados en la Casa consistorial gran número de padres de familia, personas notables, corporaciones y un inmenso pueblo, presidido por el señor Jefe político municipal, a efecto de discutir en perfecta calma los intereses precisos del país, y asegurar las grandes ventajas que debe reportar el Istmo del nuevo pacto bajo el cual intentan confederarse Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, separados entre sí por los sucesos extraordinarios que han tenido lugar en la República; y considerando: 1º Que convocada una Convención granadina para constituir los departamentos centrales, el Istmo en tiempo debe poner de manifiesto al mundo entero los graves daños que sufriría si fuese *enrollado* en la Nueva Granada, con la cual no mantiene relaciones comerciales ni es posible que existan; 2º Que si Venezuela, el Ecuador y el Centro, consultando su dicha y prosperidad, se han erigido los dos primeros en Estados soberanos e independientes, y el último se traza esta misma línea de conducta para proveer a sus urgencias locales, el Istmo que ocupa un punto importante en la América del Sur, debe a imitación de los otros departamentos de la República, procurar también los inmensos bienes a que está llamado por la naturaleza y por la sociedad; (3º,- 4º,- 5º.) 6º En fin, que sin contrariar notablemente la Constitución y leyes de la República, ni subvertir el orden, los hijos del Istmo, autorizados por las circunstancias actuales, pueden y deben ver por su futura felicidad, *haciendo uso de la soberanía que han reasumido*, y de que no han dispuesto después de la rotura del antiguo pacto colombiano; acordaron: 1º Panamá se declara en territorio de la Confederación Colombiana, y tendrá una administración propia, por medio de la cual se eleve al rango político a que está llamado naturalmente. (2º) 3º Los tres grandes Estados de Colombia disfrutarán de todas las inmunidades comerciales que se conceden a los istmeños por el nuevo arreglo mercantil, y en compensación éstos deberán gozar en

las tres secciones confederadas los derechos que se acuerden a aquellos moradores, siendo como colombianos idénticos en derechos y deberes. (4º, 5º.) 6º. Panamá enviará Diputados a Venezuela, Ecuador y Nueva Granada, para que instruídos sus gobiernos de nuestra transformación política, se logren los objetos consignados en esta acta. 7º Panamá conserva provisionalmente la Constitución y leyes de la República, en cuanto no se opongan a este libre pronunciamiento, así como sus armas y pabellón, en prueba de amor y amistad a la nación a que espontáneamente se unió en 28 de Noviembre de 1821. 8º Panamá nombra y reconoce como Jefe superior militar, hasta la instalación de la Dieta territorial, al Sr. Coronel J. E. Alzuru, y por Jefe superior civil Sr. José de Fábrega; estableciéndose por regla invariable, que jamás ni por pretexto alguno, los mandos civil y militar puedan ser ejercidos simultáneamente por una misma persona. (9º.-10.-11) 12. El Jefe superior civil convocará para el 15 del próximo Agosto una Dieta territorial constituyente, compuesta de tantos miembros cuantos son los cantones que forman las dos provincias de Panamá y Veragua, y sancionará un reglamento particular de elecciones. (13.-14.) El Jefe superior civil accidental, *Justo Paredes*.—El Jefe superior militar, *Juan E. Alzuru*. (Siguen muchísimas firmas de personas notables).

Tal fué el pronunciamiento de Panamá en 1831, que tanto dió que decir. En la lógica de aquellos tiempos, se hizo delito de lo que no era sino el perfecto uso de un derecho popular, el derecho incontrovertible de la soberanía. Verdad es que los pronunciamientos comenzaban a desacreditarse; pero también lo que en ciertos casos no hay otro modo de expresar la voluntad del pueblo, ni otra base de legitimidad que esa voluntad misma. ¿Qué otra cosa fué el acta de nuestra independencia, el acta de Bogotá en 1810,



y todas las actas de las diversas provincias granadinas en las mismas épocas, sino pronunciamientos populares? Si se duda que hubiese habido espontaneidad en aquel acto, su mismo tenor responderá por la afirmativa, no menos que cuantas personas de aquel tiempo sean consultadas en Panamá. Ni siquiera hubo rebelión, en el sentido más lato que se quiera dar a la palabra; porque Colombia había desaparecido, y la Nueva Granada aún no existía como nación. Venezuela rechazando la Constitución de 1830, y el Ecuador apartándose también poco después de la comunidad colombiana, habían hecho nugatoria la legitimidad representada por el Vice-presidente Caicedo, aun después de la destrucción del gobierno intruso encabezado por Urdaneta. La Convención neogranadina estaba convocada; pero aún no se había reunido, y los istmeños podían enviar o no a ella sus diputados; y caso de enviarlos, darles instrucción de no aceptar para el Istmo una Constitución que no estuviese fundada en el sistema federativo.

Júzguese pues con qué injusticia fueron molestados los señores José de Obaldía y Mariano Arosemena por su participación, poca o mucha, real o imaginaria, en el pronunciamiento de Panamá. Ellos han debido, en mi concepto, dar por toda contestación, que el uso de la soberanía y de la voluntad popular es un derecho perfecto, y que cuando al usarla se procura el bien del país donde se ha nacido, lejos de cometer un delito, se ejerce un acto de virtud, la virtud del patriotismo, porque la patria es esencialmente la tierra natal.

Empero la revolución del Istmo en 1831 tenía en su propio seno un germen de muerte. Habíase visto en la necesidad de conferir por derecho el mando de las armas, al mismo jefe que lo tenía de hecho. Era el Coronel Alzuru uno de esos militares colombianos, que habían adquirido sus ideas de ciencia constitucional en los campos de bata-

lla, y que por consiguiente no podían reconocer otra soberanía que la del sable. A poco de haberse hecho el pronunciamiento popular, viéndose apoyado por las poderosas razones de quinientas o más bayonetas, se declaró Jefe único civil y militar, y entronizó uno de los más odiosos despotismos que soldado alguno llegó jamás a ejercer. Por ese tiempo el Coronel Tomás Herrera había sido nombrado Comandante general del Istmo por el Gobierno del General Caicedo, que ignoraba lo que estaba pasando en aquel territorio. Todas las personas de alguna importancia en Panamá se declararon contra la tiranía de Alzuru, y de acuerdo con el Coronel Herrera se propusieron derrocarlo por medio de las armas. El señor Obaldía hizo la campaña en unión del Coronel Herrera, y con arrojo y estrategia dignos del mejor militar, tomó el Castillo de Chagres. El señor Mariano Arosemena se incorporó a la División que mandaba contra Alzuru el General José de Fábrega. Así, cualquiera que hubiese sido la opinión de estos señores sobre el pronunciamiento popular del 9 de Julio, demostraron prácticamente que si eran respetuosos a la voluntad del único soberano en las democracias, que es el pueblo, jamás transigirían con la usurpación ni el despotismo.

Vencido Alzuru por las fuerzas de Herrera y Fábrega en Agosto del mismo año, la revolución quedó implícitamente cortada, no porque Herrera disintiese de los principios proclamados, como se verá después, sino porque nombrado Jefe militar del Istmo por el Gobierno que existía en Nueva Granada, hubiera considerado traición llevar adelante ideas políticas que pudieran chocar con los actos de la Convención granadina. El dió naturalmente dirección a los negocios, en el sentido de la sujeción del Istmo a Nueva Granada en los términos que se fijasen por todas las secciones de la República. Además, nadie sentía ya sino el placer del triunfo obtenido sobre el tirano como Alzuru,

que había llenado de espanto el territorio del Istmo; y por una confusión mental naturalísima en semejantes casos, la revolución quedó personificada en Alzuru, lo que equivale a decir, que fue generalmente condenada.

Vengamos ahora a otra época más reciente y no menos interesante para el Istmo. Corría el año de 1840, y con él la furiosa tempestad política en que estuvo a punto de naufragar el principio de la legitimidad del Gobierno. Esa revolución, injusta en su origen, había esparcido el desorden por todas partes. La mayoría de las provincias habían negado su obediencia al Gobierno constitucional, y erigido Gobiernos de hecho. La acción de la Polonia había puesto en los mayores apuros al Poder Ejecutivo quien por circular a los gobernadores fieles, había declarado su impotencia de salvar la Constitución, y aconsejaba tomar el partido que pareciese más conveniente. Insurreccionado el Sur y la Costa del Atlántico, el Istmo no podía comunicarse con la capital de la República. Hízose pues lo que siempre en circunstancias extremas. Reuniéronse los padres de familia en Panamá a mediados de Noviembre, y el resultado de esa reunión fue proclamar un gobierno propio y la convocatoria de una convención constituyente. Pero aun entonces no se trató sino de un sistema federal, sin romper del todo con la Nueva Granada. Así lo aconsejó a la Convención el Coronel Tomás Herrera, jefe superior nombrado, en su mensaje de 1º de Marzo, y así se hizo por la ley fundamental, cuyos artículos principales voy a transcribir:

“La Convención del Estado del Istmo, considerando:  
 1º Que la mayoría de las provincias de la Nueva Granada se ha pronunciado expresamente en contra del Gobierno central, separándose de él y proclamado la federación, rompiendo así completamente el pacto social de 1832; (2º) Decreta: Art. 1º Los cantones de las antiguas provincias

Panamá y Veraguas compondrán un Estado independiente y soberano que será constituido como tal por la presente Convención, bajo el nombre de *Estado del Istmo*. Art. 2º Si la organización que se diere la Nueva Granada fuese federal y conveniente a los pueblos del Istmo, éste formará un Estado de la Federación. Parágrafo único. En ningún caso se incorporará el Istmo a la República de la Nueva Granada bajo el sistema central. (Artículos 3º, 4º y 5º.) Panamá, 18 de Marzo de 1841—El Presidente, *José de Obaldía*.—El Vicepresidente, *Mariano Arosemena & &*.) 20 de Marzo—Cúmplase, circúlese y publíquese—*Tomás Herrera*.—Por S. E. el Jefe superior del Estado, *Agustín Arango*".

No se limitaron a esto los trabajos de la Convención, que en realidad llenó cumplidamente su objeto, dando una Constitución y muchas leyes importantes. Un año entero duró el Estado del Istmo. Las atenciones del Gobierno nacional en aquella cruda guerra, no le habían permitido excitar formalmente a las provincias de Panamá y Veraguas a reincorporarse a la Nueva Granada bajo la bandera constitucional de 1832. Pero en Diciembre de 1841, cuando ya todo el resto de la República había vuelto al punto de partida de 1839, el Istmo pobre, débil y amenazado con todas las fuerzas victoriosas en Huilquipamba, Arato-ca, Tescua y la Chanca, mal de su grado renunció a un estado de cosas que había sido siempre su gran *desideratum*, y que había demostrado la posibilidad de marchar útil y airoosamente por el camino emprendido. Las provincias istmeñas volvieron, como la cola de un cometa, a girar por fuerza tras el cuerpo del astro, que se extendía de Riohacha, a Túquerres, y del Chocó a Casanare.

Resumiendo la historia del Istmo, desde su descubrimiento y colonización por los españoles, tenemos que ha sido alguna vez independiente de Nueva Granada, tanto

bajo el dominio español, como bajo el de la República: en aquél, al principio y al fin del coloniaje; en ésta, cuando se disolvió Colombia, y cuando estuvo en riesgo de disolverse la Nueva Granada.

La voluntad de aquel país de tener un gobierno propio y completo, con el menor sacrificio posible en obsequio de una gran nacionalidad, no puede ser más clara. ¿Merece o no esa voluntad que se la consulte? No hay en política otros principios de razonamiento que el filo del sable, la presunta voluntad de Dios, el respeto a la tradición y la voluntad del pueblo; es decir, fuerza brutal, teocracia, aristocracia y soberanía popular. Todos aquéllos que condenen las indudables manifestaciones del pueblo, condenan su soberanía, y más o menos implícitamente arguyen con alguno de los otros principios.

La opinión, las costumbres y las instituciones tienen condenadas entre nosotros la aristocracia y la teocracia, el poder civil de los pergaminos y de las sotanas; pero no han condenado todavía enteramente la fuerza brutal, el sable. En las naciones europeas hay frecuentes ejemplos que muestran el predominio de ciertas consideraciones superiores a la fuerza física. ¿Qué sería de la Suiza, de la Bélgica, de la Holanda, Módena, San Marino y tantas otras nacionalidades pequeñas, si aún reinasen de lleno en Europa las ideas que presidieron al repartimiento de Polonia? Entre nosotros, aún tienen poco influjo las consideraciones tomadas de la moral y de la soberanía del pueblo. Pero han progresado algo en estos últimos tiempos, y gozando ya de la más amplia libertad de imprenta, tocà a su inmenso poder interponerse en la lucha que han sostenido con la fuerza, prestarle su decidido apoyo, y sacarlas triunfantes, conquistándoles para siempre el absoluto dominio en el pensamiento y en las acciones de los hombres.

## IV

Palpando esa voluntad constante y esa necesidad imperiosa del Istmo de Panamá de constituir un Estado soberano, aunque no independiente, cuyo gobierno satisfaga sus exigencias de un carácter tan particular, propuse al Congreso desde 1852, en que por primera vez tuve la honra de ocupar un asiento en las Cámaras como Representante por mi provincia, el proyecto cuya discusión aún no ha terminado.

Si hubiese sólo de juzgar por el éxito que tuvo en las dos Cámaras legislativas, y por el voto de personas notables fuera de su seno, apenas tendrá la menor aprehensión por su final resultado; porque la Cámara de Representantes lo adoptó por más de los cuatro quintos de sus miembros en los tres debates, la del Senado en 1854 le dió una aprobación unánime en casi todos ellos, y personas tan competentes y autorizadas como los señores Obaldía, Plata y Pombo, miembros de la Administración, acogieron la idea con aplauso desde que fué iniciada. Por lo que hace a la provincia que me envió a representarla su aprobación a mi conducta se inferiría ya de la reelección para el Senado, con que me honró en 1853, si no tuviese signos más explícitos de que mis opiniones se hallaban perfectamente de acuerdo con su voluntad.

Muy agradable fué mi sorpresa en 1852, al ver el cambio favorable de las ideas en un asunto tan importante. La federación, cuyo solo nombre espantaba algunos años atrás, era acogida sin recelo para el Istmo, y aun por muchos para toda la Nueva Granada. Consuela verdaderamente el observar la marcha expedita que entre nosotros llevan las ideas civilizadoras, muchas de las cuales encuentran al principio la natural oposición que engendra el hábito, y la desconfianza de ensayos sobre los que no se han

formado opiniones fijas; pero cuyo éxito definitivo es indudable en el país donde la discusión es más libre y por lo mismo más provechosa.

No obstante las favorables presunciones que rodean al proyecto de Estado federal, tengo razones para tratar de nuevo esa cuestión vital, extendiéndome todo lo que sea posible en el corto tiempo de que puedo disponer. Después de las tremendas crisis como aquélla que acabamos de atravesar, es muy frecuente caer en la duda y en el desaliento: falta la fe en el porvenir y en el buen éxito de los proyectos; témense nuevos trastornos de la menor innovación, y en vez de atribuir los males a la situación presente, la desconfianza ciega hasta el punto de atribuirlos a todo y en especial a las reformas. Pudiera preguntarse a los meticolosos y pesimistas si los efectos no tienen causa, y si las causas de lo sucedido deben buscarse en lo futuro o en lo pasado. Semejantes cuestiones parecen ofensivas al buen sentido, y con todo, muchas personas obran como si tuviesen necesidad de resolverlas.

En estas circunstancias de escepticismo y de vacilación, he podido apercibirme de dos objeciones que se susurran contra el proyecto de Estado federal, con esa misma desconfianza propia de la época y de toda objeción débil hecha de buena fe. 1º Táchase el proyecto de anómalo, porque establece para una sección de la República una organización política especial, distinta de la general y común a las otras secciones. 2º Témesese que la reforma de la Constitución justifique en cierto modo el atentado del 17 de Abril, fundado aparentemente en los defectos de nuestro Código político.

Aquéllos que piden simetría en las instituciones y en el gobierno, debieran considerar, que si ella se tiene como perfección en ciertos trabajos del arte, la naturaleza la re-

chaza en todas sus obras, y que las leyes, retrato fiel de las necesidades y de la naturaleza humana, no son más útiles cuando lo arreglan todo a guisa de jardín francés, que cuando, a imitación de los sistemas planetarios, aparentan desorden, pero ocultan grandes miras, a los ojos de sabios superficiales como el Rey Don Alfonso. Nívelense primero las situaciones topográficas, los climas, las producciones, las industrias, las relaciones mercantiles, y por consecuencia los intereses de todos los pueblos, y podrán entonces fabricarse, como si fuese en molde, leyes idénticas para todos ellos.

Pretender que una región marítima, distante, aislada, sin punto alguno de contacto en su naturaleza física, moral e industrial con el resto de la Nueva Granada, como sucede al Istmo de Panamá, se rija por un gobierno idéntico al de las otras secciones, prueba, cuando no ignorancia de su especialidad, espíritu mezquino y desconfiado.

Ya he tenido antes ocasión de decirlo. Abrase el mapa de la América, póngase en manos de un extranjero poco versado en la geografía americana, márquese el Istmo de Panamá, y pregúntesele a qué nación pertenece, o si más bien no cree que constituya un Estado independiente. Es muy probable que al observar su singular posición, piense que no hace parte de los Estados vecinos, pero a lo menos es seguro que no verá razón para conjeturar que corresponde a la Nueva Granada, si no son los colores que el artífice, más versado en el asunto, puso en el mapa con el designio de separar sobre el papel las diferentes nacionalidades.

Si la República quiere, pues, como no hay duda, conservar la posesión del Istmo, se halla en el deber estricto de darle instituciones políticas, que le permitan marchar con desembarazo, sin obligarle a dirigir frecuentes solici-



tudes, que muchas veces no son atendidas, o lo son muy tarde, a medias, y desvirtuadas por restricciones y cortapisas.

Puede creerse por algunos que la especialidad del Istmo exige con efecto una legislación secundaria particular, mas no gobierno, instituciones políticas, distintas de las del resto de la Nueva Granada. Pero ¿quién expide esa legislación? Desde que se admite la necesidad de leyes especiales para un pueblo, está implícitamente reconocida la necesidad del sistema federal, o se incurre en los mayores absurdos. Contrayéndonos al Istmo, ¿quíerese que el Congreso de Nueva Granada le dé sus leyes particulares? Véanse las consecuencias, que sólo se esconderán a los que rehusen descender al terreno de los hechos, o tengan poca experiencia de nuestra maquinaria legislativa.

1º El Congreso carece de interés en consagrarse a leyes de carácter local. Cualquier que haya asistido a la Legislatura nacional, sabe muy bien cuántos esfuerzos cuesta vencer la repugnancia que inspiran semejantes proyectos, y fijar la atención de los Diputados, que de ordinario los miran, cuando no con prevención, con la mayor indiferencia.

2º Carece asimismo de los conocimientos indispensables para legislar sobre un país, que pocos de los que toman asiento en las Cámaras han visitado, y mucho menos estudiado. Si quieren todos los Diputados juzgar por sí mismos, cometerán errores crasos e inevitables. Si descansan en los Representantes de las provincias interesadas, la sanción de las leyes por la autoridad del Congreso es una pura farsa, pues que en realidad viene a ser obra de unos pocos. ¿Y cuánto mejor no sería que ese tremendo poder residiese en una legislatura seccional, en la legislatura del *Estado*, compuesta de varios miembros, que por su número y por el teatro de sus operaciones, a la vista de sus comitentes, darían mayor garantía de honradez y de luces?

3º Los reglamentos de las Cámaras sólo conceden una hora cada día para discusión de los negocios particulares, entre los cuales se enumeran los que sólo atañen a una localidad. Si se tratase de códigos extensos para el Istmo, que tanta urgencia tiene de cambiar toda su legislación, ¿cuánto tiempo sería preciso para expedirlos?

4º Aun los informes de los Diputados del Istmo faltarán, pues pronto llegará el día en que ninguna persona capaz de representar aquellas provincias acepte ese difícil encargo. Su enorme distancia a la capital hace perder la mitad del año en viajes y sesiones, y los negocios personales sufren con el abandono perjuicios que la remuneración de los fondos públicos no recompensa. Háblese si se quiere de patriotismo; siempre creeré que esa virtud es rara cuando entra en lucha con el interés individual. Pero aunque combatiere ventajosamente la propensión a adquirir, no saldría tan airosa en pugna con el sentimiento de la propia conservación. La variedad y el rigor de los climas que un Diputado del Istmo tiene que arrostrar en su penegrinación al santuario de las leyes, le amenazan de muerte; y así no debe extrañarse, que cinco miembros del Congreso enviados por aquellas provincias, hayan perecido desde que se constituyó la Nueva Granada, ya en vía, ya en la capital, ora de enfermedades, ora de accidentes ocasionados por semejante viaje (\*)

De la indiferencia, falta de conocimientos, o escasa consagración, que hemos visto ser inseparables del manejo de asuntos locales en el Congreso, nacen las negativas, demoras o desaciertos, que no tendrían lugar en una legislatura seccional. Un solo ejemplo manifestará lo que puede esperar el Istmo del Congreso nacional, en materia de legislación secundaria. La gran reforma financiera que

---

(\*) Estos Señores han sido: Pablo José López, Agustín Arango, Luis G. de Paredes, José María Castro y Tiburcio A. León Narváez.

tuvo lugar en 1849, y que solicitó del Congreso para las provincias del Istmo el Presidente Mosquera, se había pedido en vano por sus Diputados durante quince años! Aunque muy joven entonces, recuerdo bien los afanes, esfuerzos y disgustos de los Representantes del Istmo por los años de 1835, cuando después de haber hecho adoptar un proyecto de franquicias comerciales, fué convertido en objeto de burla por su artículo final, que difería sus efectos hasta la época en que se construyese un camino de carriles de hierro. Hoy mismo la legislación fiscal requiere allí medidas urgentes para reparar la bancarrota de las rentas provinciales de Panamá. ¿Cuándo y cómo se dictarán esas medidas por el Congreso, cuyo concurso desgraciadamente se necesita para la exacción de contribuciones reservadas al gobierno general, y que allí no se cobran?

Deduzco de lo expuesto, que la objeción cifrada en la *anomalía*, no expresando *inconvenientes*, queda reducida a puro sentimentalismo: bienes o males, en una o en otra forma, es lo único que puede alegarse con fundamento en favor o en contra de una institución; lo demás puede expresar inclinación o repugnancia, pero como estos motivos son esencialmente personales, los argumentos o las palabras que dictan a nadie convencen. Veamos si la otra objeción es más sólida.

¿Quién está persuadido de que el levantamiento de Abril tuvo por verdadera causa los defectos de la Constitución? ¿Quién sostendría que los defectos reales o supuestos de una Constitución, obra libre de la Representación Nacional, autorizan ni aun disculpan la rebelión en un país donde todo puede discutirse, y donde la verdad, o a lo menos la voluntad del pueblo, tiene que triunfar definitivamente?

La rebelión de Abril tuvo estas causas muy conocidas: 1ª el menoscabo de las facultades ejecutivas, que permitían

al Presidente corromper al Poder Legislativo y falsear el sufragio popular; 2ª la ley de pie de fuerza, que daba un número inferior al que pedía el Ejecutivo, y que excluía del servicio activo la clase de generales; 3ª el juicio promovido por el asesinato del cabo Quirós, imputado al General José María Melo, Jefe de la guarnición de Bogotá. Las dos últimas causales determinaron el momento de la rebelión; pero la primera estuvo obrando desde Mayo de 1853, y había ya en realidad producido grandes males ofendiendo la dignidad del Congreso. Pudiera extenderme sobre esta materia, si no temiese apartarme de mi principal objeto, y lo que es peor, anticipar un fallo que como Senador debo dar en el juicio contra el Presidente de 1853. Pero lo dicho basta para encontrar la clave del motín militar del 17 de Abril. Que los revoltosos buscasen o adujesen éstos o aquellos pretextos, nada significa. La Nación conoce sus motivos, y poco importa lo demás.

Sabido es también, que la reforma apetecida por los amotinados, y que ellos se habían arrogado el derecho de hacer por sí mismos, nada tenía que ver con el régimen municipal, y menos con el Estado federal del Istmo, pues este proyecto tuvo su nacimiento desde 1852, antes de la actual Constitución, y él es una necesidad de todos los tiempos, que no arguye más contra la Constitución de 53, que contra la de 43 o la de 32. ¿En qué forma podría pues debilitar la criminalidad del atentado cometido por Melo y compañía, la erección del Estado federal de Panamá? Por lo que a mí hace, declaro que no lo comprendo.

Quiero no obstante dar más ensanche a la objeción, y suponer que se tratase de una una reforma general o sustancial de la Constitución. Ni aun entonces pudiera temerse dar con ello armas a los rebeldes. Que la Constitución se altere o no, será igualmente defectuosa. La infalibilidad no ha sido dada al Congreso como a la Iglesia católica.

ca, y si al rehusar toda reforma de la Constitución vigente quiere el Congreso persuadir que són leves sus defectos, cada hombre de sano juicio pensará siempre lo que su razón le dicte; pero aunque hallare que la Constitución es monstruosa, jamás deducirá que el motín militar de Abril es justo ni aun excusable. Estos principios afortunadamente han hecho su camino entre nosotros, y aun las personas que prostituyen el lenguaje para fingar sinceridad y justicia, saben muy bien que las vías de hecho no son aceptables en los países constituídos por los delegados del pueblo, y en donde hay fácil y seguro remedio para los males públicos, cuando son reales y no la invención de tiranuelos ambiciosos.

Si algo pudiera justificar la insurrección en un país constituído y libre, sería precisamente el capricho en los legisladores de no hacer reformas necesarias, después de probados los grandes defectos de la Constitución. Ni hay plazos acordados para efectuar una reforma. El respeto que con justicia se quiere conciliar a las instituciones políticas, procede más de su excelencia que de su antigüedad. Mientras más dure una mala Constitución mayores serán los males que ocasione. Dejémonos pues de sostener ficciones; estudiemos el Código de 1853, y si encontramos que adolece de graves errores, apliquémonos con calma, franqueza y circunspección a corregirlos, sin renunciar a las gloriosas conquistas que ha consumado y que debemos conservar a todo trance.

Casi todas nuestras constituciones han sido obra de un partido victorioso, y por lo mismo han tenido por antagonista en el cuerpo constituyente un partido en minoría. Esta circunstancia, que las ha hecho reaccionarias, les ha comunicado también cierta armonía y unidad de plan. Tan sólo la de 1853 forma excepción, y ofrece la singularidad de ser el resultado de tres partidos luchando sobre la

misma arena. El *radical* quería que la reforma fuese del todo acorde con sus ideas, y de éstas unas se referían al Poder Ejecutivo, y otras eran ajenas de esta rama del Gobierno. El partido *conservador* hasta 1849, era ahora de oposición, y pretendía: 1º reducir a justos límites las grandes facultades del Poder Ejecutivo, que se ingería demasiado en el Legislativo y en el sistema electoral; 2º Recobrar su ascendiente por medio de una nueva organización del sufragio. En su primer objeto tenía por colaboradores a los radicales; en el segundo no le hostilizaban, porque, sinceros y consecuentes, querían la República, quienquiera que gobernase. El partido *ministerial* defendía las prerrogativas del Poder Ejecutivo, y en el fondo era adverso a la reforma; contrariaba al conservador en sus dos pretensiones, y se le unía contra el radical en ciertas cuestiones subalternas en que ambos eran estacionarios. De este palenque salió la Constitución de 1853. . .

Unidos en un solo objeto los partidos conservador y radical, fijaron en él de preferencia su atención, y descuidaron hasta cierto punto lo demás. De aquí que la Constitución no haya sido perfecta, sino en cuanto garantiza la independencia del Poder Legislativo y de la urna electoral. Todo lo que eso no sea, abunda en vacíos, errores y contradicciones. Porque los dos partidos generadores de la Constitución, aunque por distintos motivos, no han visto su obra sino como de transición. El uno esperaba subir al poder para retocarla según los principios conservadores. El otro franquear la discusión, y garantizar la conciencia de los legisladores, para arribar gradual y completamente a las ideas radicales. Puede ser que los ministeriales considerasen duradera y definitiva la reforma, y por eso los que de ellos preferían sus medros personales al predominio de la legitimidad, se lanzaron en la rebelión; pero los otros dos partidos nunca han mirado sino como el preludio de sus

designios la famosa Constitución, que tantas novedades introdujo, que sin embargo de sus defectos abundaba en positivos e inmediatos beneficios, y que bajo todo respecto debía sostenerse. En esta magna y heroica lucha han visto engrosar sus filas por los ministeriales honrados, que no defendiendo su obra, han comprobado por lo mismo una rara moralidad, digna de los mayores encomios.

No conduce a mi propósito hacer aquí el juicio crítico de nuestra Constitución actual; pero no puedo prescindir de anotar los defectos relacionados con el asunto que me ha puesto la pluma en la mano.

Era muy común la persuasión de que este Código había fundado el regimen municipal, dándole una amplitud que no tenía y lo que es más, vida propia tomada de la fuente de los otros poderes. Pero el Congreso de Bogotá en 1854 ha venido a quitar la venda, y a mostrar, después de muchos e interesantes debates, principalmente en el Senado, que lejos de haber dado un solo paso adelante, hemos retrocedido.

No puede negarse que hoy el Poder Municipal se halla definido por la Constitución del mismo modo que los poderes nacionales; pero una atenta observación convencerá de que aunque se ha tomado otro camino, el camino recto, no se ha llegado, sino cuando más al mismo punto en que estábamos en 1852. Esto depende de que no hay medio entre el centralismo y la federación, pues aunque en cierto documento del Presidente Obando, en uno de los dos años anteriores, dijo que Nueva Granada podía jactarse de haber hecho un descubrimiento en política combinando los dos sistemas, los que se habían tomado el trabajo de estudiar con detención esas materias colocaron el descubrimiento entre aquéllos que, como la cuadratura del círculo, o el movimiento perpetuo, implican contradicción.

Bajo un gobierno central la legislatura constituida no puede hacer cosa alguna en favor del régimen municipal, sin delegarle una parte de sus atribuciones, o en otros términos, sin erigirse en poder constituyente. El exclusivo ejercicio por la legislatura de las funciones que le son propias, es una de las primeras garantías de la libertad. Desde el momento en que se admita la facultad de delegar su atribuciones, empieza el peligro de que por incuria, o por asechanza de los otros poderes, vaya desprendiéndose de sus prerrogativas, que nadie sino el Poder Legislativo puede y debe ejercer, porque su origen, su organización, su inmunidad, todo en una palabra, se ha dispuesto de la manera más propia para que se haga con acierto. Por eso la Constitución de 1843, y sus predecesoras, prohibieron de una manera expresa a la Legislatura que delegase sus atribuciones, y a pesar de eso *autorizaba* constantemente a las Cámaras provinciales y al Poder Ejecutivo para hacer lo que no estaba en sus facultades ordinarias, lo que envolvía una doble violación constitucional; la del artículo citado que prohibía delegar, y la del que prescribía a cada poder mantenerse dentro de sus límites respectivos. El Congreso de la Nueva Granada estuvo por consiguiente infringiendo la Constitución, o de otro modo, adicionándola y erigiéndose en poder constituyente cada vez que le agradaba, durante la existencia de la República hasta 1853.

Convencidos los constituyentes de este último año de que el régimen municipal no podía, rigurosamente hablando, fundarse por la ley, ni quedaba suficientemente garantizado sino creándose y definiéndose por la Constitución, dijeron en el artículo 10: "La República de la Nueva Granada establece para su régimen y administración general un gobierno popular, representativo, alternativo y responsable. Reserva a las provincias, o secciones territoriales, el Poder municipal en toda su amplitud, *quedando* al Gobierno general las facultades y funciones siguientes:"



Pero en seguida enumera como atribuciones propias y exclusivas de ese Gobierno general todas las que tenía antes, reduciéndose por consiguiente las *reservadas* al Gobierno municipal, a las mismas que le habían sido dadas por la ley durante el régimen que se creyó mucho más central. Y no sólo eso, sino que como efecto inevitable del nuevo procedimiento, se restringió aun más que antes el Gobierno municipal, porque correspondía ya de lleno al general el ejercicio de ciertas funciones que había graciosamente compartido con las corporaciones seccionales. Es que se quiso resolver el problema de la cuadratura del círculo y preocupados los constituyentes con la idea de haberlo conseguido, despreciaron los ángulos imperceptibles que tenazmente resistían fundirse en una línea curva.

No puede ser efectivo el Gobierno municipal, si no se le independiza de los otros poderes; y al darle vida propia la Constitución ha debido asegurársela, y no dejarle a merced de los Poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial, como lo ha hecho. El primero, por medio de interpretaciones arbitrarias de la Constitución, puede quitarle cuanto guste y adjudicárselo al Congreso, declarando de una función determinada se halla comprendida en cualquiera de las 13 enumeradas en el artículo 10, cuya laxitud y vaguedad se presta a cualquier inteligencia. El Ejecutivo suspende a los Gobernadores, y esta suspensión se extiende a todo el tiempo que agrade a la Corte Suprema, que ordinariamente marchará de acuerdo con aquél; pero basta que llegue a un año el término para que se tenga por vacante el destino, y como no están obligados aquellos poderes a expresar causal de la suspensión, resulta que en realidad tienen la atribución de remover libremente a los Gobernadores, jefes del Gobierno municipal en las provincias.

Tiene además la Corte Suprema la facultad de anular las ordenanzas de las Legislaturas provinciales sin ape-

lación al Congreso, y no podía haberse ocurrido un medio más calculado para hacer ilusorio el Gobierno de las localidades. Siendo el caso de la anulación aquél en que una ordenanza se supone contraria a la Constitución general; ¿quién sino el poder a quien ya se había dado la atribución exclusiva de interpretar esa Constitución, era el llamado a resolver si una ordenanza la contrariaba o no? El Congreso además, compuesto de numerosos Diputados de todas las provincias, recién llegados de sus localidades, y residentes en ellas todo el año, tiene mayor interés que la Corte Suprema en conservar las libertades municipales. Ese Tribunal se forma comúnmente de hombres eminentes en el foro, pero de ideas antiguas, y por lo mismo adictos al centralismo. Su residencia es la Capital, aún antes de su elección, porque es en la gran capital de un país regido centralmente donde se hallan los mejores letrados, y sin notarlo se inclinan preferentemente a todo lo que enrobustece a los altos poderes, aumentando sus funciones con detrimento del Poder Municipal, cuya amplitud no se echa de menos sino en las provincias, y sobre todo en las provincias distantes.

El corto tiempo que he mediado de 1853 al presente nos suministra ya muchos ejemplos de la propensión de la Corte Suprema a restringir el Poder Municipal, por medio de interpretaciones de la Constitución, que con el mismo fundamento podrían haberse hecho en sentido opuesto. Según sus decisiones, una Legislatura provincial no puede variar el nombre de la provincia, ni ordenar que se levante el censo de su población. No cito otros ejemplos, de los que resulta notablemente disminuído el poder de las Legislaturas en virtud de la actual Constitución, porque respecto de ellas la culpa está más bien en el Código mismo, como vamos a verlo. Por el inciso 4º del artículo 10, toca al Gobierno general todo lo relativo a "la legislación civil y penal, así en cuanto crea derechos y obligaciones entre los in-

dividuos, califica las acciones punibles y establece los castigos correspondientes; como también en cuanto a la organización de las autoridades y funcionarios públicos que han de hacer efectivos esos derechos y obligaciones, e imponer las penas, y al procedimiento uniforme que sobre la materia debe observarse en toda la República". Según este artículo, una Legislatura provincial no puede dar un reglamento de policía sobre el modo de proveerse de agua en las fuentes públicas, estableciendo la prelación de los concurrentes, porque *crearía derechos y obligaciones entre los individuos*; no puede imponer ninguna pena correccional por la infracción de sus ordenanzas o acuerdos, porque sería *calificar acciones de punibles y establecer los castigos correspondientes*; no puede crear o suprimir un circuito judicial, separar en él los asuntos civiles de los criminales, ni disminuir o aumentar los jueces de una parroquia según lo exige la población, porque sería estatuir sobre *la organización de las autoridades y funcionarios públicos que han de hacer efectivos los derechos y obligaciones e imponer las penas*.

Pues bien: todas esas facultades tenían las corporaciones municipales antes de la liberal Constitución de 1853, y todas esas facultades deben tener siempre, si no se quiere encadenar a las secciones hasta un grado a que jamás había venido la tirantez del aciago centralismo. Dígase ahora si el Gobierno municipal ha ganado o perdido con la nueva Constitución, que parecía ser su mejor y más ancho fundamento. Dígase si es posible marchar con ella mucho tiempo, sin hacer palmaria e insoportable la retrogradación que ha inducido en uno de los más importantes asuntos relacionados con la vida pública del ciudadano.

No ignoro que algunos hallan muy fácil remediar aquellos inconvenientes constitucionales por medio de explicaciones o delegaciones de la ley; pero una interpreta-

ción arbitraria es una violación, y el delegar las facultades del Congreso no es más lícito, pues que le vienen del poder constituyente, que ha deslindado todos los poderes constituidos, y echado una valla entre ellos en obsequio de la libertad. Los abusos cometidos por el Congreso a fuer de inmune e irresponsable, hollando la Constitución, que es la primera de las leyes, y que no es obra sino autor del Cuerpo Legislativo ordinario, tienden muchísimo más a enajenarle el respeto y la obediencia, que una reforma concienzuda y franca hecha por los trámites establecidos. Hoy menos que nunca puede suplirse con leyes la deficiencia constitucional del gobierno de las localidades, porque no es hoy la ley quien ha dado nacimiento ni desarrollo al Poder Municipal, y porque según los términos expresos de la Constitución, lo que no corresponde al gobierno general toca al primero. El sistema de delegación no sólo hace nugatorio el deslinde de los Poderes general y municipal, sino que llevado a cierto extremo, burlaría también en algún caso las precauciones tomadas para la reforma de la Constitución. Si el Congreso, después de una división conveniente del territorio de la República diese a grandes provincias todas sus facultades, reservándose las muy precisas para mantener la nacionalidad, ¿no habría por medio de leyes, establecido la federación? ¿Y acaso la reforma constitucional sería menos positiva, porque un Congreso arbitrario e impudente, de miedo de hacerla por los trámites lícitos y honrosos, la practicase por caminos reprobados y arteros?

Parece pues evidente, que el régimen municipal como hoy se halla concebido, no satisface a las necesidades de las provincias; porque tratándose de resolver un problema insoluble, se ha temido reconocer abiertamente la soberanía de las secciones, y se las ha restringido queriendo libertarlas. Lo repito, entre la federación y el centralismo no hay término medio. Escójase con sinceridad, pero

no nos engañemos por más tiempo, ni engañemos a la Nación, cayendo todos en una red tejida por nuestras mismas manos. A nadie culpemos sino a nuestra inexperiencia política; pero si hay perdón para los errores del entendimiento, no lo hay para los de la voluntad, para la obstinación que sigue por el mal camino, después que se ha mostrado el precipicio a donde conduce.

## V

Ha podido ya comprenderse que la Constitución de 1853 no ha sido el resultado de un plan armonioso, bien desenvuelto, practicable, que trajese consigo una mejora notable en el régimen municipal. Pero aún puedo presentar nuevos ejemplos, que persuadan de aquella verdad, sirviendo de demostración a estas tres proposiciones:

1ª En la combinación municipal se ha pretendido un imposible;

2ª El Congreso, mal penetrado de la nueva base dada al gobierno municipal, quiere desarrollarlo por los medios antiguos;

3ª Ha sido también inconsecuente en las leyes secundarias que exigía la nueva Constitución.

1º Una de las circunstancias que más ha alucinado en favor de la nueva combinación municipal, es la facultad conferida a las provincias para *constituírse*. Darse una constitución es en efecto ejercer la soberanía, es pasar al rango de entidad política con derecho propio, con representación propia; y la entidad que puede constituírse tiene por el mismo hecho la libertad de organizar su gobierno como a bien tenga. Todo eso significa la facultad de constituírse, o no significa nada, y no habiéndose querido lo primero al darla a nuestras provincias, hemos venido a parar en lo segundo.

¿Qué es en efecto, lo que puede estatuir una provincia en su constitución? No la distribución y definición de los poderes provinciales, que se hallan destruidos y definidos en la Constitución general; no la suma de poder reservado a la Legislatura, que lo recibe de la citada Constitución, y lo que es peor, que le mira constante y arbitrariamente restringido por las leyes del Congreso y por las resoluciones de la Corte Suprema; no el modo de conferir las funciones ejecutivas, que se confieren según la ley de elecciones; no, en fin, la creación siquiera del Poder Judicial, complemento indispensable, por no decir elemento principal, de todo gobierno.

La constitución provincial apenas puede: organizar la legislatura en su parte material; determinar cómo se llenan las faltas temporales del gobernador, y crear corporaciones o empleados inferiores para que compartan con la Legislatura las funciones dejadas al Poder Municipal. En la esencia esto no significa nada, y si no hubiese la plena convicción de que se ha incurrido involuntariamente en un grave error, pudiera sospecharse que el pueblo granadino había sido víctima de una funesta decepción, ejercida por los legisladores constituyentes en la ocasión solemne en que le brindan con el sagrado paladion de sus libertades.

Como consecuencia necesaria e importante de la constitución propiamente dicha, la entidad constituída es árbitra soberana para decidir todas las cuestiones relacionadas con la legitimidad de su gobierno. ¿Y tiene hoy semejante poder la entidad provincial? ¿Le es lícito resolver sobre la legitimidad de un gobernador, que aunque jefe del gobierno municipal en la provincia, es también agente del Poder Ejecutivo nacional? ¿Y si la ambición ayudada del fraude o de la violencia, establece un gobierno de hecho en la provincia, violando su constitución, a quién corresponde el derecho de juzgar sobre la usurpación y res-

taurar el imperio de las instituciones provinciales? ¿El pueblo, el soberano dondequiera, tendrá en la provincia los últimos poderes que se reservan para el caso extremo en que la voz de las autoridades constituídas no llega a hacerse oír? Bajo la influencia de una verdadera constitución, todas esas cuestiones desaparecen, porque no tiene sino una solución posible.

Voy a presentar varias cuestiones prácticas, cuya solución creo que será embarazosa para el Poder Ejecutivo. La provincia de Chiriquí ha elegido de Gobernador a un extranjero no naturalizado, a un individuo, que prescindiendo de su mérito personal, carece de los derechos de ciudadano granadino. ¿Reconoce el Poder Ejecutivo la legitimidad de esa elección? Caso negativo, ataca la independencia del Poder Municipal; caso afirmativo, falta a la Constitución general, que le impone el deber de cuidar de su observancia, que exige la cualidad de ciudadano para ser gobernador, y que le da este funcionario como agente de la administración nacional.

La Legislatura provincial de Azuero, convocada extraordinariamente por el Gobernador, que estaba a punto de morir, remueve al Vice-gobernador, mucho antes de terminar su período de dos años, y nombra otro, sin que la Constitución municipal autorizase tal remoción. La distancia a que se halla aquella provincia de la capital dió tiempo a que el nuevo Vice-gobernador, habiendo entrado al mando por fallecimiento del Gobernador, y siendo el autor de todo aquello, se hiciese elegir para la plaza vacante, auxiliado por ciertos asesinos que eran el terror de la provincia. Suponiendo que ella gozase del beneficio que tienen las cercanas, recibiendo prontamente una resolución suprema en casos graves, ¿cuál hubiera sido la del Poder Ejecutivo en el de que se trata? Por lo que entiendo, ni él ni la Corte Suprema se creen con facultad para improbar aque-

llos atentados, que consideran pertenecientes al orden municipal, y que no tienen el carácter de ordenanzas; pero lo cierto es que por tales medios, aparte de la violencia inferida, y de la irregularidad ejecutada, se da y se quita discrecionalmente al Poder Ejecutivo un agente suyo, sin observar los preceptos constitucionales.

La legislatura provincial de Cartagena ha desconocido al Gobernador Dr. Rafael Núñez, considerándole ilegítimo. El Poder Ejecutivo le tiene por constitucional, y algunos concejos municipales y ciudadanos particulares le han ofrecido obediencia y respeto, no obstante la resolución de la Legislatura. ¿Despreciará el Poder Ejecutivo esta resolución? Si lo hace, coarta la independencia municipal, y desvirtúa el carácter de la Gobernación, que es esencialmente popular. Si no lo hace, tiene que recibir de la provincia un agente quizás ilegítimo, y autoriza a la Legislatura para cometer cuantos abusos quiera discurrir una corporación irresponsable.

Han sido suspendido por más de un año los gobernadores de Cartagena, Azuero y alguna otra provincia. El destino se ha declarado vacante, y van a hacerse nuevas elecciones. Supóngase, lo que es posible, que resultasen otra vez electos los mismos individuos suspensos. ¿Reconocería el Poder Ejecutivo la legalidad de ese acto? Si la reconoce, anula los efectos de la suspensión, causa los males que con ella quiso evitar, y es burlado por las provincias electoras. Si no la reconoce, contraría la libertad de las elecciones y la independencia del régimen municipal, y no podrá fundar su desconocimiento en falta de requisitos en el candidato, porque la cualidad de suspenso no inhabilita según la ley. Pudiera conciliarse la dificultad admitiendo la validez de la elección para la época en que hubiese terminado el período por el cual se suspendió al funcionario. Pero ¿quién quitaría que la provincia conside-



rase la nueva elección como independiente de la primera y de todos sus efectos? ¿Quién negará, que en todo caso habría habido pugna, y aun escarnio de las funciones ejecutivas?

2º En las sesiones de 1854 hemos visto proyectos legislativos, por los que el Congreso se proponía atribuir ciertos negociados a las legislaturas provinciales, y al mismo tiempo fijarles base, condiciones o reglas de que no debían apartarse. Tal sucedió con el establecimiento de guardias o milicias provinciales. Se admitía la conveniencia de adscribir esta institución al régimen municipal, se dudaba si constitucionalmente le pertenecía, y a la vez se recelaba de que las legislaturas procediesen acertadamente sin las reservas y restricciones del tutor. Todo quería conciliarse diciendo: “corresponde a las legislaturas provinciales el establecimiento de una milicia o guardia municipal, sobre las bases y condiciones que prefija esta ley”.

Era esto volver sin advertirlo al sistema anterior a la Constitución de 1853, el sistema que fundaba el Poder Municipal en concesiones de la Legislatura nacional. Porque si no se trataba de conceder un favor, de hacer una delegación, se incurría en una contradicción manifiesta. ¿Resolvía el Congreso, interpretando la Constitución, que era propio y natural de las provincias, conforme al artículo 10 de esa misma Constitución, el establecimiento de guardias municipales? No ha debido ni podido entonces restringir sus facultades, imponiéndoles condiciones y fijándoles bases. Decidía el Congreso que la atribución de que se trata le era propia y exclusiva según el mismo artículo 10? No ha podido constitucionalmente delegarla a las provincias, porque al reservársela el código político general, ha manifestado muy claramente su voluntad de que no la tuviese sino el mismo Congreso.

3º Cuando una reforma tan premeditada, tan largo tiempo ofrecida, tan seria y trascendental como la que se inició en 1851 y tuvo fin en 1853, se emprende concienzuda y sistemáticamente, no se limita a expedir un folleto de unos cuantos artículos, denominado Constitución: la *reforma* se extiende a todas las partes de la legislación que se enlazan, y no se dejan en pie instituciones contradictorias, que comprometen el éxito de la alteración cardinal, echando sobre ella la responsabilidad que no debiera adjudicarse sino a la inconsecuencia de los legisladores. De los actos legislativos que como complemento o desarrollo de la Constitución debía inmediatamente sancionar el Congreso, unos fueron acordados desde 1853, con la festinación que imprimían los acontecimientos de Mayo y Junio, y otros no han merecido la atención o las simpatías de ambas Cámaras ni aun en el año siguiente. A los primeros pertenece la ley de elecciones y la de emancipación religiosa; a los segundos la de enganchamiento para el servicio militar y la de nueva división del territorio de la República.

Sancionar el principio del *habeas corpus* inglés, declarar que no se puede prender o detener a un hombre sino por motivo puramente criminal, y al mismo tiempo dejar subsistente el ejército sin nuevas reglas para su reemplazo, era desconocer la naturaleza de la reforma o la extensión de sus consecuencias, y poner en conflicto al Poder Ejecutivo, que teniendo a la vista disposiciones encontradas, debía naturalmente decidirse por las que estaba acostumbrado a cumplir y por las que daban mayor fuerza a su poder. Siguió el reclutamiento, y aunque él no pueda sostenerse, hoy después de los principios admitidos en el país, tampoco sería justo hacer responsable al Poder Ejecutivo por haber continuado administrando el ramo militar según las únicas leyes que todavía lo arreglan.

Del mismo modo, hacer electivo el empleo de Gobernador en las provincias, darle mayor importancia y menor dependencia del Poder Ejecutivo dificultando su separación aun en los casos de ineptitud o culpabilidad, y sin embargo dejar la elección a cargo de pequeñas provincias, sin suficiente libertad, sin bastante caudal de conocimientos, y sin considerable número de candidatos, era anular los buenos efectos que del sistema electivo aplicado a los funcionarios municipales debieran esperarse.

En efecto, cualesquiera que sean por otra parte las ventajas o los inconvenientes de las grandes provincias, ellas venían a ser lógica consecuencia del ensanche que se había *intentado* dar al régimen municipal, y de la elección popular de los Gobernadores. Así creo que lo persuaden las consideraciones siguientes:

1ª El régimen municipal es ilusorio si las provincias carecen de recursos para mantener su categoría pagando sus gastos necesarios, y para emprender algunas obras de común utilidad. Las provincias grandes traen consigo un aumento en sus rentas particulares, y una economía en los gastos públicos que haría esa misma población, dividida en dos, tres o más provincias pequeñas.

2ª Mientras mayor es el número de electores, mayor caudal de luces, y por consiguiente mayores probabilidades de acierto, se reúnen en su favor. Son también menos susceptibles de ceder a influencias perniciosas, que con frecuencia se ponen en juego durante las elecciones. Una provincia pequeña se halla por lo mismo menos apta y menos libre para hacer su designación de Gobernador, que una provincia grande, en la cual las ambiciones maléficas no pueden extender mucho su influencia, ni ahogar las nobles ambiciones o la influencia del mérito, cuya modestia misma le da esa gran extensión llamada popularidad.

3ª Las provincias se inclinan siempre a elegir sus Gobernadores de entre sus mismos prohombres, que son los más conocidos y los más influyentes. El círculo de candidatos es por lo mismo mucho mayor, y mayor también es la probabilidad de una acertada elección, a medida que la provincia es más poblada.

En el curso del último año han tenido lugar en el Istmo graves desórdenes, cuya relación omito por no hacerme demasiado difuso, y porque eso no tendría interés para la generalidad de los lectores de este artículo. Sus causas son la pequeñez de aquellas provincias, la falta de imprenta y de opinión ilustrada en algunas, y más que todo la enorme distancia a que se hallan del *centro* de la República, a donde tienen en definitiva que ocurrir por remedio para muchos de sus males. Las providencias del Poder Ejecutivo, que antes de ahora no siempre han sido oportunas en los negocios de las citadas provincias, llegan muy tarde en todo caso, y aun aquéllas que, como las de la actual Administración, han sido cuidadosas, prontas y enérgicas, no pueden surtir su efecto con la presteza que convendría. Mas la erección del Estado de Panamá equivaldría a acercar el Poder Ejecutivo, como también acercaría el judicial en la última instancia, que hoy aumenta considerablemente la proverbial lentitud de nuestros juicios.

Ahora pues, si los males que hoy proceden de la corta extensión de las provincias istmeñas acabarían formándolas mayores, no así otros inseparables de la distancia y de la falta de ciertas leyes, que en vano espera de la Legislatura nacional, y sin las cuales no puede pasarse por más tiempo.

Entre los negocios reservados al Congreso se halla toda la legislación civil y penal, y ya hemos visto una de las graves y perniciosas consecuencias que para el régimen municipal se siguen de esta disposición, mucho más pre-

cisa hoy de lo que era antes. Pues bien, esa legislación que sólo el Congreso general puede expedir, es insufrible según su estado actual, y no se ve ninguna probabilidad de un cambio pronto y completo.

Bien mirado, la administración de justicia es el fin cardinal del gobierno que han establecido los hombres; porque si ellos vivieran en paz, el gobierno sería innecesario. Las combinaciones políticas no tienen otro objeto que hacer positivas y duraderas las garantías individuales, y éstas no se aseguran sino por medio de un buen sistema judicial. La excelencia de las leyes sustantivas, la rectitud y presteza de su aplicación por las adjetivas, la responsabilidad de los funcionarios públicos de todo género; he aquí lo que interesa al hombre social, y he aquí el único objeto con que sostienen y pagan a las autoridades que dirigen una buena parte de sus acciones. Veamos ahora cuál es el estado de esa legislación sustantiva y abjetiva en la Nueva Granada, y qué esperanza podemos abrigar de su reforma mientras esté reservada al Congreso.

Nuestra legislación civil sustantiva tiene hoy la misma base que seis siglos atrás. Las leyes de Partida son todavía la fuente principal de donde se toman las reglas de conducta de nuestra sociedad moderna, y esas leyes están en perfecto desacuerdo con nuestras costumbres, con nuestros conocimientos, con nuestra civilización y hasta con nuestro lenguaje. De aquí que muchas sean del todo ininteligibles aun para los hombres más dedicados a su estudio. Posteriormente y en distintas épocas ese código magnífico en su tiempo, pero monstruoso en el nuestro, se ha adicionado, interpretado y alterado por multitud de actos, en que cien reyes han impuesto su voluntad, sus opiniones, sus caprichos, o los caprichos, las opiniones y la voluntad de sus favoritos, a un pueblo dócil y supersticioso regido por la férrea mano de un monarca absoluto.

En el procedimiento para aplicar esas leyes se ha logrado una pequeña mejora; pero por actos parciales y aislados, cuyo punto de partida aún debe buscarse en la legislación española. Multitud de prácticas autorizadas carecen de fundamento en la ley escrita, y no tienen más apoyo que la opinión de un rancio expositor convertida en uso general. Puede concebirse la dificultad de estudiar esa parte consuetudinaria y tradicional de la legislación, patrimonio de pocos, y cuya oscuridad y embrollo es el terror de los litigantes honrados, como hace el mejor arsenal, de donde la perversidad saca armas para cometer todos los delitos, al amparo del juez que la ley había establecido para castigarlos.

Toda persona debe conocer las leyes y a nadie excusa su ignorancia; es un principio que ellas mismas han establecido, y que se ha convertido en un absurdo, siendo imposible su realización. Cómo! ¿Sería posible que un infeliz agricultor, un pobre artesano, un tendero ocupado en su comercio, tuviesen dinero para comprar, ni tiempo para estudiar, ni inteligencia para comprender, los enormes volúmenes de las Partidas, los Fueros Real y Juzgo, las Recopilaciones Nueva, Novísimas y de Indias, con nuestra Recopilación y Apéndice por añadidura? El libro de la ley, como el de la Biblia, debe hallarse siempre en el aposento de todo ciudadano; pero no será sino cuando aquél, lo mismo que éste, pueda consistir en un solo volumen, lo que es más hacedero de lo que se piensa. Pasaron por fortuna los tiempos en que la ley determinaba el número de potajes que un hombre podía colocar sobre su mesa, y el número de hilos que debían entrar en la tela de sus vestidos. Pasaron para no volver, y hoy la legislación, reducida al limitado espacio que le dejan y que constantemente le aminoran las costumbres y la opinión pública, puede concebirse toda en un volumen mucho menor que la Biblia. Sólo entonces po-

drá obligarse a su conocimiento; entonces no será cruel, como hoy, echar sobre un pobre campesino las deudas de su padre difunto, porque ignoraba el deber de practicar inventarios dentro de cierto tiempo; ni será injusto que un acreedor pierda su derecho a perseguir una hipoteca, porque no había llegado a su conocimiento la necesidad de constituirla por escritura pública, anotada y registrada en cierta oficina.

Cuando el ejercicio de la judicatura era privativo de ciertos hombres que habían empleado largo tiempo en el estudio de ese caos que constituye nuestra legislación civil, era algo menos difícil que le conociesen hasta donde él se deja conocer. Pero hoy no se requiere ningún estudio especial y previo para ser Juez de derecho, y puedo asegurar que ninguno o casi ninguno de los actuales jueces de circuito en el Istmo son abogados recibidos. La administración de justicia se ha democratizado, y por una de esas inconsecuencias tan comunes en nuestras reformas, la legislación general que deben aplicar los jueces populares no se ha puesto a su alcance. Y para convencerse de la utilidad, de la justicia, de la necesidad de sancionar todos los códigos que deben formar el cuerpo de nuestro derecho, obsérvese cuánto mejor y más generalmente conocidas son las leyes acordadas por el Congreso, que las vetustas registradas en los volúmenes en folio que cubre el polvo de algunas bibliotecas. Si la justicia ha de ser popular tengamos leyes populares, y cese el monopolio de esos pocos iniciados en los misterios forenses, que han sido siempre los más dispuestos a embarazar la expedición de códigos sencillos al alcance de todo el mundo.

Nuestra legislación criminal ha merecido, y con razón, mayores atenciones del Congreso, que la legislación civil; pero ¿cuál es su estado? Tenemos un código penal suma-

mente severo, y en que parece que las penas se hubiesen derramado al acaso sobre los delitos: tal es su falta de proporción. Y como gusto siempre de comprobar lo que digo, citaré un ejemplo, entre otros muchos que pudiera citar. Por el artículo 605 se impone la pena de cuatro a diez años de trabajos forzados al reo de homicidio voluntario, y por el 800 se establece la de diez y seis años de los mismos trabajos y destierro perpetuo, para el que haya cometido un robo calificado y otro simple, sin haber sido condenado por ninguno de ellos. No sólo es desproporcionada la pena en el segundo caso, en que el delito es menor, sino que se hace de la impunidad, o sea de la ineficacia de las leyes, una circunstancia agravante. El robo tiene mayor pena que el homicidio; por qué? Dos robos no castigados tienen mayor pena que uno; por qué? Si se tratase de coincidencia, comprendería el aumento de pena; mas no se trata de semejante cosa, trátase de castigar en el ladrón la falta del juez o de la ley.

Demás de eso, el sistema penal es más propio para empeorar que para corregir a un delincuente. Nuestros presidios son focos de infección física y moral, escuelas de perversidad, en donde el hombre todavía sano se corrompe, y el malvado se perfecciona en el criminal perdiendo el último resto de pudor. Esas condenas a ocho, doce, diez y seis años de presidio, no consultan la naturaleza humana ni los principios de legislación penal. ¿Y qué diremos de la abominable pena de muerte, que para muchos casos aún se mantiene en nuestro código?

En el enjuiciamiento criminal se hicieron algunas mejoras importantes por el código de 1848; pero adoptado el juicio por jurados en 1851 y 52 por leyes diminutas, no hay ya plan ni concierto, y el código primitivo se halla en muchos puntos en contradicción con el nuevo sistema. Un



código completo fundado en el juicio por jurados, y conforme también con un nuevo sistema penal, se ha hecho necesario; y mientras no se trabajen y expidan al mismo tiempo todos los códigos, guardando entre sí armonía y correspondencia, las reformas parciales mantendrán siempre la heterogenidad y discordancia que hoy se experimentan en el conjunto de nuestra legislación.

Vista la urgencia, ¿cuál es la esperanza de una reforma completa, general y concienzuda de nuestro cuerpo de derecho? El código penal estuvo discutiéndose cuatro años, el de enjuiciamiento dos o tres, y sólo el de comercio se expidió en una reunión del Congreso, debido al vivo empeño de su autor, que era miembro de las Cámaras, y a una gran suma de favor y deferencia con que sus colegas le honraron, adoptando el proyecto con muy poca discusión. Toda proporción guardada, ¿cuántos años serían necesarios para dar cabo a una obra cuya magnitud corre parejas con su importancia? Desde 1823 se pensó en preparar códigos civil y penal. Por algún tiempo se dificultó la redacción, que exigiendo un gran trabajo y pérdida de tiempo, demandaba una amplia recompensa. Por fin en 1853 y 1854 se presentaron a las Cámaras legislativas juegos completos de códigos para ser discutidos, y aun algunos, como los judiciales, se tuvieron por duplicado, de diversos autores. Apenas se aprobó en la Cámara de Representantes el nuevo código penal, y todos los demás proyectos quedaron intactos.

Resulta, pues, que el Congreso se ha reservado una atribución que no ejerce, y esto nace de dos causas poderosas, a saber: 1ª El gran cúmulo de negocios que tiene a su cargo, mucho de los cuales exigen larguísimas discusiones, como los presupuestos, el pie de fuerza, las cuestiones diplomáticas, &c. 2ª La rémora opuesta con artificio por muchos abogados de los que asisten al Congreso, y cuyo in-

terés personal les aconseja mantener, nuevas Sibilas, el privilegio de descifrar los misterios de su depósito enigmático y sagrado.

Una legislatura seccional, o de otro modo, la legislatura de un pequeño Estado, sin grandes pretensiones de sabiduría y prurito de discusión, sin muchas atenciones graves, y compuesta de hombres comunes que palpan más la necesidad de una nueva legislación clara y sencilla, tiene mayor facilidad y disposición para sancionarla. Si a eso se agrega que el pueblo representado por tal legislatura tiene por su especial condición mayor urgencia de buenas leyes civiles y penales, no puede dudarse que las dará inmediatamente. Y esa condición es la del Istmo de Panamá, en donde las costumbres han variado, acercándose a las de los pueblos extranjeros con quienes está en contacto, y que no aciertan a comprender los numerosos absurdos de nuestras leyes judiciales.

Que las circunstancias particulares de una sección pueden exigir leyes distintas de las de otra sección, es un hecho que no hemos advertido, porque bajo el carácter de leyes generales se nos han dado algunas que no eran realmente destinadas sino a cierta localidad. Citaré unas cuantas. La ley de 1826, sobre hurto y robo, que estableció una tramitación rapidísima, y se contentó con un testigo para probar plenamente, tuvo su origen en los frecuentes robos que por aquel tiempo se habían suscitado en Bogotá. El monstruoso decreto sobre conspiradores dado en 1833, se adelantó a la conspiración de Sardá, que tuvo lugar aquí mismo, y que se presumió antes de estallar. Las leyes sobre juicio ejecutivo y concurso de acreedores expedidas en 1842, lo fueron a consecuencia de algunas quiebras ruidosas ocurridas en Bogotá. Por último, el decreto legislativo que en 1851, creó un juzgado especial del

crimen en Bogotá, y la ley sobre jurados del mismo año, se dictaron con motivo de los muchos delitos de hurto y robo cometidos en esta ciudad por una compañía de bandoleros. ¡Quién sabe cuántas otras leyes habrán tenido su causa en necesidades puramente locales, y se han impuesto a todas las provincias, contra su voluntad, o a lo menos contra sus intereses!

No tengo noticia de que se hayan dado leyes semejantes (en materia civil o penal) para otra localidad que Bogotá, con excepción de dos acordadas para la provincia de Panamá. Fué la primera una ley de 1850, por la que se autorizó a la Cámara provincial para establecer el juicio por jurados en aquella provincia, y la otra la que desde 1852 creó los Tribunales de comercio. La cámara provincial de Panamá no pudo hacer uso de aquella autorización; porque, como lo declaró en una resolución expresa, se oponía abiertamente a la Constitución de la República, que prohibía al Congreso delegar sus atribuciones. Había habido pereza de discutir la ley para Panamá y como medio más expeditivo, se había dado una autorización inconstitucional, que demostraba la necesidad de despojar al Congreso de una atribución exclusiva, que en muchos casos debían ejercer ciertas secciones para sí solas. En 1853 estuvo a punto de derogarse la ley sobre Tribunales de comercio, sancionada en el año anterior a virtud de un proyecto enviado de Panamá desde 1850 por el Dr. Florentino González, que había palpado su necesidad. Quiso derogarse, porque el limitado comercio de las provincias interiores no había exigido en ellas semejante ley, ni demostrado su utilidad después de acordada, y fué preciso un grande esfuerzo del representante por Panamá para que la ley no se derogase. Como si los comerciantes de aquella plaza hubiesen temido que se les privase del beneficio de que gozaban, habían tenido la previsión de escribir al dicho representan-

te una carta suscrita por más de ciento de ellos, en que le pedían procurase la conservación de la ley, sin alterarle un ápice.

Otro ejemplo palpable de la diferencia que aun en materia de legislación civil trae consigo la diferencia de localidades, tenemos en la célebre ley sobre matrimonio sancionada en 1853. Ese acto, que en las provincias del Interior y del Sur ha encontrado tantos opositores, en la Costa se ha recibido con agrado, y en el Istmo particularmente casi todos reconocen que ha llenado una gran necesidad. Cuando ella se expidió no había ya en la Curia, o juzgado de sólitas, facultad de dispensar el impedimento de disparidad de cultos, porque el número de casos permitidos se había agotado, y por lo mismo estaban en suspenso, muy a pesar de los interesados, los matrimonios entre istmeñas y extranjeros, que tan frecuentes son. Dada la ley, pudieron practicarse, y la moral ganó lo que iban a perder las costumbres. En Bogotá no se experimenta igual necesidad de una ley que arregle el matrimonio prescindiendo de la religión, y de ahí esos clamores contra la actual, que en tanto riesgo se halla de ser virtualmente derogada. ¿Pero hay justicia en sacrificar los intereses de una sección a los caprichos, las preocupaciones, o si se quiere los intereses de otra?

El centralismo atrae por consecuencia la capitalidad de una gran población, a donde convergen multitud de empleados, estudiantes, hombres de negocios y aun simples visitantes, que forman allí sus relaciones, que adquieren amor por el lugar, y entre quienes se hace, generalmente hablando, la elección de diputados al Congreso. A medida que las provincias se alejan, y en razón directa de esa distancia, disminuyen los conocimientos, las simpatías y la predilección por sus negocios. Hay menor número de personas que las hayan visitado, y que puedan informar

sobre sus exigencias, lo que constituye una gran desventaja para sus diputados, que luchan solos, y en cuya palabra solitaria y aislada no se tiene plena confianza.

Por su parte, las grandes capitales de los países gobernados centralmente, cuyo influjo acabamos de ver, oponen una gran resistencia a un cambio de sistema, que en su concepto rebajaría su preponderancia; y de este modo la grande influencia de esas capitales, es simultáneamente causa y efecto del centralismo: efecto de su establecimiento, y causa de su conservación. El centralismo viene a ser un enfermo pletórico, lleno de peligrosa vida en el cerebro, y falto de ella en las extremidades; un enfermo cuya cabeza obstruída, ebria y delirante rehusa la curación, que no puede venirle sino del curso lento y oficioso de la naturaleza.

En ocasiones anteriores he manifestado mis temores de que el Istmo de Panamá se pierda para la Nueva Granada si ésta no vuelve en sí, estudia atentamente la condición de aquel país interesante, y asegura su posesión dándole un buen gobierno inmediato, de que ha carecido hasta ahora. Sólo la mala administración de la cosa pública pudiera inspirarnos el deseo de buscar en otras asociaciones, o lo que es más probable, en nuestra independencia, una mejora que la Nueva Granada nos rehusase. Pero, obtenida, nuestras simpaías y nuestra gratitud debían forzosamente acrecer. El Istmo no puede mirar sino como honroso pertenecer a una nación heroica aunque pobre, noble aunque débil; una nación que tantas y tan sublimes pruebas ha dado de su amor a la libertad, y la única, entre las hispano-americanas, que puede jactarse de no ser jamás el patrimonio de los déspotas ni el juguete de los ambiciosos.

Otro peligro he apuntado ya antes, que corre el Istmo, si no se cuida mucho y prontamente de organizar un go-

bierno tan completo y eficaz como sea compatible con la nacionalidad granadina. Grandes y numerosos intereses extranjeros se están acumulando en su territorio. Dentro de pocos días el ferrocarril interoceánico habrá puesto en fácil comunicación el Norte con el Sur de América, la Europa con el Asia, la Oceanía y la Australia. No es presumible que consientan los interesados en tantos negocios, en ver, como hasta aquí, comprometidas sus personas y propiedades por falta de policía y de justicia, necesario efecto de la impotencia física, económica y política de la provincia de Panamá. Para evitar, por consiguiente, que con pretexto de darse la seguridad que nosotros le negamos, quisieran adueñarse de un país tan codiciable para cualquier nación poderosa y mercantil, planteemos en el Istmo de Panamá un gobierno, que siendo liberal, tenga igualmente la eficacia que le daría el concurso de todos los istmeños, y el poder anexo a una sólida organización.

Un resultado no despreciable sería el que voy a exponer con brevedad. La soberanía que trae consigo la independencia judicial, convertiría al Estado de Panamá en un lugar de asilo para todos los proscritos políticos de Sur-América, sin exceptuar la Nueva Granada; y en casos desgraciados, que ojalá nunca vengan, de que la legitimidad o los buenos principios sucumbiesen en este país, allí tendrían seguro refugio. Cual el cristianismo y la nacionalidad española se salvaron con Pelayo en las montañas de Aragón, o cual la causa de nuestra independencia se salvó con Santander en Casanare, así se salvarían en el Istmo de Panamá los principios legales y humanitarios, cuando un Melo u otros representantes de la fuerza o del fraude, los ahogasen en la tierra de Azuero, Soto y Gómez.

Ni sería menor la utilidad de tener en aquel Estado un campo virgen y accesible para plantear todos los en-

sayos que viejas preocupaciones y poderosos intereses combaten en el interior de la República. Parece que el Istmo se hallase especialmente destinado a ese objeto, porque su estado infantil y su contacto con todos los pueblos, le han librado aun de aquellas preocupaciones y esos intereses, cuya victoria es casi segura en el resto de la Nueva Granada. Ya hemos visto allí suprimidas las aduanas, y con el mismo resultado veríamos la federación misma, el impuesto único directo y proporcional, el sistema penitenciario, y la reorganización de la fuerza pública de modo que asegure y no amenace el orden constitucional y los derechos del ciudadano.

Es muy posible que en mis observaciones haya juzgado con preocupación algún punto de los que he recorrido; pero mi convicción es íntima de que sólo con la erección del Estado de Panamá puede tenerse allí un gobierno cual jamás lo habido. Creo demostrado que el Istmo tiene derecho a organizarse como le convenga; cuánto más no lo tendrá para ser miembro de la familia granadina, en términos liberales para el Estado istmeño y útiles también para la República! No se pretenda pues regatearle poder ni recursos: todo es suyo, y es él quien debe dar y no recibir. Lo que existe en el Istmo no es de la Nueva Granada sino porque el Istmo hace parte de ella. Toda concesión que no sea, por lo mismo, de objeto o beneficios correspondientes a otras secciones, es simplemente una devolución. Bajo este punto de vista quisiera que se mirase el proyecto pendiente en la Cámara de Representantes. En el siguiente y último artículo procuraré expresar las alteraciones que en mi concepto pide para corresponder a su objeto, y no empeorar nuestra ya triste situación. Tampoco olvidaré los intereses generales de la República, que a la verdad no son incompatibles con los nuestros, si se hacen consistir, no en mantener aquella región en un ridículo pupillage, ni esca-

timarle sus pequeños recursos; sino en asegurarle bienestar, y asegurar a todos los granadinos los beneficios de la *libertad* industrial, de la *igualdad* política, y de la *fraternidad* social y humanitaria.

## VI

Si se atiende a las necesidades y a la voluntad de los habitantes del Istmo, será forzoso concebir el proyecto de Estado federal en términos mucho más liberales que aquéllos en que fué adoptado en Ibagué por la Cámara de Representantes, y se publicó en el *Boletín Oficial* número 31, correspondiente al 23 de Octubre.

Afortunadamente los tiempos van cambiando, y con ellos los principios dominantes en la política de estos países. La Cámara de Representantes de 1854 adoptó en tercer debate un artículo del nuevo Código penal, cuyo tenor era el siguiente: “No hay rebelión cuando una parte considerable de la República, con elementos bastantes para existir por sí sola, declara su voluntad de hacerse independiente. Se entiende declarada esa voluntad, cuando la manifiestan todas o la mayor parte de las corporaciones municipales de la respectiva sección”.

Es esto mucho más de lo que el Istmo apetece, y no hay duda de que si debe acatarse la voluntad de una sección respetable cuando aspira a la independencia, mucho más cuando sólo quiere tener un gobierno propio para sus asuntos especiales, sin romper los vínculos de la nacionalidad. En la federación rigurosa hay un pacto de pueblos soberanos, que sacrifican parte de esa soberanía en obsequio de la fuerza y de la respetabilidad nacional, así como los miembros de cada Estado sacrifican una parte de su soberanía individual en gracia de la común seguridad, o de otro modo, para hacer más efectiva la porción que se



reservan. ¿Cuáles son los sacrificios de que los pueblos soberanos federados demanda el principio de la nacionalidad? Tal es la cuestión cardinal que debe resolverse, antes de proceder al desarrollo de un acto constitucional que tenga por objeto crear un gobierno federativo.

Lo que en la esencia constituye nacionalidad, es la obediencia de ciertos hombres establecidos sobre determinado territorio, a un gobierno común, separado de todo otro gobierno. De suerte que el negociado de relaciones exteriores es el único que rigurosamente debiera reservarse el gobierno general en un pacto federativo. Pero dejando a un lado la teoría aplicable a una federación de muchos pueblos diversos, y algunas consideraciones secundarias que aun para ese caso modificarían el principio asentado, la Nueva Granada no podría contentarse con tener sólo intervención en las relaciones exteriores del Istmo de Panamá, y ninguna otra en su gobierno. Porque además de que ese vínculo sería sobrado débil entre aquella región y el resto de la República, echaría sobre ésta una responsabilidad, una carga que no tendría compensación. Es por lo mismo indispensable pagar ese servicio, contribuir de algún modo a los gastos generales de la Nación, y ya tenemos aquí otro negociado que corresponde naturalmente al gobierno general: la hacienda pública de la Nueva Granada con relación al territorio del Istmo. El pabellón y las armas de la República son el signo de su nacionalidad ante los pueblos extranjeros, y se hallan comprendidos en el primer negociado. La fuerza pública destinada a la guerra es el alma de la nacionalidad, y por lo mismo debe adscribirse también al gobierno general.

No hay ningún otro negociado que necesite reservarse el gobierno de la República; pero por las razones que expondré, debe también enumerarse entre los asuntos generales todo lo relativo al Ferrocarril de Panamá. 1º Ese

camino se ha hecho en virtud de un contrato con el Gobierno de la Nueva Granada, y es él quien debe cumplirlo en lo que está obligado, así como usar de los derechos que le declara. 2º El Istmo se halla en absoluta incapacidad de contribuir para los gastos nacionales con otra cosa que las utilidades provenientes del ferrocarril, que por lo mismo debe reservárselas en su mayor parte el gobierno nacional. Pero este punto exige algunas explicaciones, que dejo para después.

Toca ahora examinar si el artículo 3º del proyecto publicado en el número 31 del Boletín Oficial, se halla de acuerdo con las observaciones anteriores. Los negociados que menciona en los incisos 1º, 2º y 6º son algunos de los mismos que he considerado propios y naturales del gobierno general. El 3º (crédito nacional) forma uno solo con el del 5º (rentas y gastos nacionales), denominándose *hacienda nacional*.

La naturalización de extranjeros, a que se refiere el 4º, es un asunto propio de los Estados federales, y así se halla establecido en los de la Unión Norteamericana. Cada Estado tiene sus reglas particulares de naturalización, que yo llamaría mejor *nacionalización*; y consiste en que los miembros de la Unión lo son primero de los Estados, y no pertenecen a aquélla sino porque hacen parte de éstos. Un extranjero se radica en el Istmo de Panamá, y declara que quiere ser istmeño, o sea granadino de aquella sección. ¿Qué inconveniente hay para que las leyes de aquel Estado fijen las reglas de su nacionalización? Es muy de presumir que su deseo principal sea el de incorporarse a aquella entidad política, pues de lo contrario habría venido a radicarse a otra sección de la República, y sólo porque dicha entidad es parte integrante de la Nueva Granada, se convierte por el mismo hecho en granadino. Por otro lado, y descendiendo a consideraciones puramente

prácticas, el Istmo se halla tan distante del sitio del Gobierno general, que muchas veces el despacho de la carta de naturaleza tardaría más de lo que el deseo o el interés del candidato lo pidiesen.

Por el inciso 7º se incluye entre los negocios reservados al Gobierno nacional: "las causas de responsabilidad cuyo conocimiento está atribuído por la Constitución general al Senado y a la Corte Suprema de Justicia". Pero es del todo innecesario hacer esta declaratoria. Las causas de que conoce el Senado son las que se siguen contra el Encargado del Poder Ejecutivo o contra los magistrados de la Corte Suprema, y de ellas seguiría siempre conociendo, bien se erigiese en Estado federal el Istmo, o bien continuase como está; porque este punto no tiene relación alguna con el proyecto. Aquéllas en que conoce la Corte Suprema, y que pueden referirse al Estado de Panamá, no son otras que las que se siguen contra los Gobernadores o contra los magistrados de los tribunales de Distrito. Como el Estado tendría su legislación civil y penal propia y sus tribunales organizados en virtud de esa legislación, la Corte Suprema no podría exigir la responsabilidad de esos tribunales; porque para eso sería necesario saber de antemano su carácter, su denominación, sus funciones; y porque para resolver las cuestiones que se ventilasen, tendría que estudiar la Corte Suprema de la Nueva Granada la legislación particular del Estado de Panamá, lo que no sólo es imposible, sobre todo en la federación de muchos Estados, sino enteramente opuesto al sistema, que pide por precisión la independencia judicial. La responsabilidad de los tribunales inferiores se exige, en tal forma de gobierno, por la Corte Suprema del Estado, y la de los magistrados de ella por la Legislatura, ni más ni menos que sucede en la Nación respecto de la Corte Suprema general. Pero otra cosa puede decirse sobre

el Gobernador del Estado, si como lo expresa el proyecto, se le hace agente del Poder Ejecutivo nacional en los asuntos que la nación se reserva. Dicho Gobernador sería responsable ante la Corte Suprema nacional por el manejo de tales asuntos, como lo son los Gobernadores de provincia; pero se ve que el inciso desaparece casi en su totalidad, y que lo que de él puede conservarse debe concebirse de otra manera: basta en efecto, al hablar del Gobernador del Estado, declararle responsable en los términos que dejo referidos.

También se dan al Gobierno nacional las tierras baldías, según el inciso 8º; pero tengo poderosas razones para sostener que deben adjudicarse al Estado de Panamá todas las propiedades raíces que allí existan y que pertenecieron al gobierno español. Cuando el Istmo se emancipó de España, quedó por el mismo hecho dueño de todas las cosas que habían pertenecido al gobierno peninsular, y al recobrar su soberanía, bien que con leves restricciones, (\*) debe asimismo recobrar todo lo que hace parte de aquel territorio. No ignoro que en los Estados Unidos la nación tiene como arbitrio rentístico el producto de las ventas de tierras baldías; mas creo que la incumbencia del Gobierno general en el territorio de los Estados, es tan anómala en el sistema federativo, como lo es en una República la subsistencia de la esclavitud, y la desigualdad de derechos políticos, aun en los hombres libres, por razón de la raza a que pertenecen o de que tienen un ligero tinte. No hay en el mundo un solo pueblo que haya procedido siempre ajustado al rigor de los principios de la justicia, ya en política

---

(\*) Algunos publicistas sostienen como axioma que la soberanía es ilimitada, y es así cuando se trata de un gobierno central; pero en el federal la soberanía de los Estados se halla restringida por la de la nación, y la de ésta por aquéllos. Tocqueville lo demuestra muy bien en su excelente obra sobre la Democracia en los Estados Unidos; pero sin ir allá a buscar la demostración, es cosa que se concibe fácilmente.

interna, ya en diplomacia como no hay hombre que no haya infringido e infrinja diariamente alguno de los preceptos de la moral.

Mirada la cuestión bajo el aspecto fiscal, aún son más poderosas las razones que aconsejan dejar al Estado de Panamá la posesión y propiedad de sus tierras baldías, con sólo la excepción de aquéllas de que ya se ha dispuesto. Hay en el interior de la República ideas muy erróneas sobre la riqueza del Istmo, y sobre el partido que puede el Gobierno nacional sacar de aquellas tierras. Pero si demuestro que aquellas provincias son pobres; que por consiguiente debe dejárseles todo recurso que pueda acrecentar su erario, y al mismo tiempo que el provecho derivado de las tierras baldías sería insignificante para la Nueva Granada, creo que no se vacilará en hacer al Estado de Panamá la concesión de que se trata.

Cuando en 1849 tuvo principio la emigración a California por consecuencia del oro allí descubierto, las provincias del Istmo habían llegado al más lamentable estado de postración. Algunos años antes, el ilustrado granadino Dr. Rufino Cuervo decía, en vista de las ruinas y de la miseria que por todas partes se le presentaban al atravesar el Istmo: "Quien quiera conocer a Panamá, corra, porque se acaba". Durante los primeros años de la emigración por aquel territorio, se derramó en él mucho oro: pero desgraciadamente esos capitales no pudieron destinarse a la producción, a la industria agrícola, única que puede tener gran desarrollo en el Istmo, sea por incuria de los que hacían aquellas fuertes ganancias inopinadas y deslumbradoras, sea porque empleados con provecho en el acarreo todos los brazos disponibles, ninguno había que por un jornal conveniente quisiese aplicarse a trabajos campestres, mucho más penosos y menos productivos que los de arriero o boga. El hecho es, que la industria, la producción lejos

de aumentar decayó, y muchos de los objetos que antes se creaban en el Istmo, se introdujeron de fuera, y se pagaron con el oro desembolsado por el extranjero en recompensa de servicios consumidos en el momento de prestarse.

Posteriormente el Istmo de Panamá tuvo un rival formidable en el de Nicaragua; la emigración a El Dorado se dividió y aun la que conservamos por nuestro territorio tuvo tales facilidades, que poco se detenía sobre él, y poco era lo que dejaba al país. Vinieron a menos las ganancias metálicas, y como los valores de esta especie ya colectados salían en busca de todo, aun de los alimentos, esa riqueza artificial y precaria sufrió un gran descalabro, y nos ha colocado en una situación lamentable. Porque no sólo ha escaseado la riqueza metálica, sino que han quedado malos hábitos en la población, hábitos de semi-ociosidad y de despilfarro, que impiden la restauración de nuestra pequeña industria, y mucho más el gran desarrollo que una población numerosa, activa y económica pudiera indudablemente imprimirle.

Por los años de 1850 hubo además una falaz circunstancia, que tuvo su buena parte en la ilusión obrada sobre muchos al reputar ricas las provincias del Istmo, en especial Panamá. Las rentas provinciales eran pingües, y como el estado del tesoro público en todo país es un signo de la riqueza privada, la consecuencia era clara y favorable a las fortunas individuales. Pero por falta de suficiente observación, se daba entrada al sofisma que los escolásticos llamaron *non causa pro causa*: tomábase por causa del buen estado del tesoro, lo que no era, y la venda no cayó sino cuando, desapareciendo la verdadera causa, cesó con ella su necesario efecto. Era que se había impuesto una contribución sobre los pasajeros, o sobre los buques por razón de los pasajeros; y que los obligados a pagarla cumplieron, mientras llegaron a caer en la cuenta de que

podían resistirla con buen éxito. Cayeron en la cuenta, como sucede siempre mediando el interés, de que el gobierno en Panamá carecía de poder suficiente para hacerse obedecer, y rehusaron pagar la contribución. Da vergüenza decirlo; pero entonces vino a descubrirse lo que no queríamos ver, o nos fijaba muy poco, a saber, que la contribución sobre los extranjeros, formaba las cuatro quintas partes del erario provincial; y faltando ella, faltó en la misma proporción el activo del tesoro, sin que el pasivo hubiese disminuído en un peso.

Cuál sea el estado de las rentas provinciales de Panamá, lo dice bien el siguiente fragmento del informe presentado en 15 de Setiembre por el Gobernador a la Legislatura provincial: “El presupuesto de rentas ha fallado en su mayor parte. Los establecimientos de comercio que debieran haber producido en los ocho meses transcurridos del año natural 24.000 pesos, sólo han dado 8,614 pésos. La contribución de buques, calculada por igual tiempo en 44,800 pesos, ha rendido únicamente \$10,208.64 centavos. En orden a crías de ganado, y propiedades urbanas, aunque no es posible saber su resultado por falta de colectores, tampoco llegan ni aproximadaemnte al presupuesto. De aquí inferiréis cuáles habrán sido los apuros de la Gobernación para satisfacer el presupuesto de gastos. Fué necesario disponer que se abonaran de preferencia ciertos objetos con los cortos ingresos al Tesoro, tales como la manutención de los presos de las cárceles, los empleados de policía, los sobresueldos militares, la capitanía de puerto, los alguaciles y porteros, la manumisión y los gastos de obras públicas, de imprenta, de locales y materiales de las oficinas. Los empleados en común han recibido buenas cuentas, no estando todava cubiertos en su totalidad sino por Enero y Febrero (siete meses de atraso). Sin embargo de la *bancarrota* proveniente por la deficiencia de las dos

principales rentas, la Administración ha marchado a mérito del patriotismo de los empleados (\*) quienes han continuado prestando sus servicios, en la esperanza de que arbitraréis los medios de solventar sus pagos, para cubrir los compromisos particulares a que han tenido que ocurrir . . .”

Esos arbitrios en que se tenía esperanza, y que el mismo Gobernador propuso a la Legislatura, no eran por cierto nuevas contribuciones sobre la *riqueza* del país, cuyo estancamiento, a lo menos, reconoce el Gobernador en este período con que termina la sección titulada *Hacienda provincial*. “En las contribuciones existentes hallo que no debe hacerse ningún recargo, cuando no acrece por ahora la riqueza del país para sustentar el nuevo gravamen”. Redúcense los arbitrios a subrogar la contribución de pasajeros con otras sobre los buques (solicitada al Congreso por no reputarse su imposición en las facultades de la Legislatura) ; a negociar un empréstito, medida ruinosa cuando no hay probabilidad de que mejore la condición fiscal; y a vender un hermoso edificio que el Congreso de 1854 dió a la provincia en pago de una deuda, y que siendo muy útil para el servicio público, jamás debiera enajenarse sino por necesidad extrema, a que sin duda ha llegado aquel Tesoro.

¿Piensa alguno que esa angustiada situación cesará cuando se termine el ferrocarril, que tantas esperanzas de riqueza hace concebir a ciertos espíritus visionarios? Pues modere sus cálculos; porque hoy ya los hombres reflexivos creen que el ferrocarril, aunque sera una obra muy productiva para los empresarios, no traerá al Istmo esa estu-

---

(\*) Cuando esto se expresaba, faltaban de la Secretaría y de la Contaduría de la Gobernación la mayor parte de los empleados, por abandono o renuncia de sus destinos, después de una larga lucha entre el patriotismo y el hambre.... Hay en Bogotá más de un testigo del hecho.



Gobierno nacional. En esto ha procedido como lo ha hecho con Cipaquirá privándola de sus minas de sal, y con Muzo quitándole sus esmeraldas; y como lo habría hecho con el Chocó y Antioquia, si en vez de abandonar a los particulares las minas de oro, hubiese monopolizado su explotación. Es, con efecto, la topografía del Istmo una mina, cuyos productos son más seguros que los de las demás, y que sobre éstas lleva la ventaja de dar el metal amonedado . . . Nada más justo, por consiguiente, que exonerar a los istmeños de toda otra contribución para el erario nacional, o en otros términos, abandonar los actuales productos al tesoro particular del Estado de Panamá, y contentarse aquél con las grandes utilidades que el ferrocarril ha de reportarle dentro de muy poco tiempo.

Dije que es una quimera el alto precio que muchos dan a las tierras baldías en el Istmo, y que por tanto, el sacrificio que hace la Nación dejándolas al Estado de Panamá, es casi nulo. Los habitantes de las provincias de Panamá, Azuero, Veraguas y Chiriquí poseen hoy en común, por compra al Gobierno español, las mejores tierras de pastos y labrantías que existen en ellas, y a que se refieren las leyes 12, parte 2ª, tratado 1º de la Recopilación Granadina, y 16 de Mayo de 1850. La cantidad de esas tierras, que ocupan casi toda la porción del Istmo comprendida desde la punta Burica hasta el río Bayano, y de la cordillera al Pacífico, pasa con mucho de 3.000,000 de fanegadas. Tienen asimismo derecho las cuatro provincias istmeñas a 25,000 fanegadas cada una, conforme a la ley general, que da ese número a todas las de la República. Por último la Compañía del ferrocarril tiene derecho a 150,000 fanegadas; lo que hace un total como de tres millones y medio de fanegadas de tierras en el Istmo, que no pertenecen al Gobierno nacional, y que competirán en el mercado con las tierras que dicho Gobierno conserve allí y trate de enajenar. Aún pu-

penda prosperidad que se imagina. La rapidez con que se hará el tránsito de viajeros y mercancías, el monopolio que naturalmente ejercerá la empresa en almacenes y aun en hoteles a las extremidades del camino, la facilidad que tendrán los cargamentos para llegar a su mercado sin quedar depositados en el Istmo; la falta de industria doméstica que exporte por el ferrocarril y reciba por el mismo en cambio artefactos extranjeros; éstas y otras circunstancias mantendrán aquel territorio en cierto estado económico, que aunque no llegue a la miseria ni al abatimiento de 1848, tampoco será muy lisonjero para el que quiera ver desenvuelta la riqueza, como pudiera ser en el Istmo con sus feraces tierras, y un millón de habitantes que bien puede contener.

Dedúcese que siendo pobres las fuentes de la riqueza pública en el Istmo, debe el Gobierno general abandonarle todos los recursos que pueda, incluso las tierras baldías, y reservarse únicamente lo que baste para indemnizarse de los cuidados y de la responsabilidad internacional que aún le quedan. Las rentas de correos y de papel sellado son las únicas nacionales que hay hoy en el Istmo, y bien pudieran cederse al Estado, en cambio de otra renta nueva y pingüe que allí tendrá la Nación, a saber, los proventos del ferrocarril según el artículo 55 del convenio con la compañía, que no bajarán de 100,000 pesos anuales durante el privilegio, y diez veces más en adelante.

Pero juzgando superficialmente, se creará que esa suma no sale de los granadinos del Istmo, y que aquella sección no contribuirá para los gastos nacionales. El Gobierno Supremo se ha reservado desde el principio la propiedad y las utilidades provenientes de las vías interoceánicas, privando así al gobierno local del Istmo de las ventajas que pudiera darle su posición, esto es, de celebrar por su cuenta un contrato como el que hoy tiene celebrado el

dicaciones hechas a los poseedores, según se ve por el informe del Gobernador presentado a la última Legislatura. Hoy no tienen aquellas tierras que sostener en el mercado la competencia de las del Gobierno, porque éste se halla en incapacidad legal de enajenar las del continente, mientras no escoja las suyas la Compañía del ferrocarril; ni las 100,000 fanegadas de las provincias, que por la misma razón del bajo precio no han pedido su adjudicación; ni en fin, las de la Compañía del ferrocarril, cuya indiferencia hasta ahora por adquirirlas, prueba que no las estima en mucho.

¿Cuál será el valor de las tierras en el Istmo, cuando todas esas grandes porciones se hallen adjudicadas y entren en circulación? Fácil es concebirlo, como también lo es, que ninguna causa visible puede dar mayor valor a las tierras en el Istmo de Panamá, que el que tengan en la misma época las de igual calidad, situadas entre los trópicos, a orillas del mar o de un río navegable. Porque, ¿de dónde podría venir el gran valor que se supone, sino de la facilidad para exportar los productos de las tierras? Todo nuestro litoral del Atlántico y del Pacífico, todas las orillas del bajo Magdalena y del Arato, poseen tierras tan buenas y tan ventajosamente situadas como las del Istmo: ¿por qué valdrían éstas más? no lo comprendo. Véase por tanto a qué se reduce el sacrificio que hará la Nación cediendo al Estado de Panamá las tierras baldías comprendidas en su territorio.

Por último, si la Nación se reserva la propiedad de las tierras baldías del Estado de Panamá, puede haber colisión entre las leyes mineras de las dos entidades. Supóngase, en efecto, que el Estado expide su legislación bajo el principio, hoy reconocido en la Nueva Granada, de que la mina es del denunciante; y que la República dispone luego que las que se hallen en sus tierras pertenecen al dueño de éstas. Hay un positivo conflicto entre las dos legislacio-

diera agregar a la suma otras porciones, que como las de particulares situadas ventajosamente, aunque más caras, y las de aquellos empresarios de caminos que tienen derecho a pedir tierras baldías donde les convenga, entrarán también en competencia con las del Gobierno nacional. La Compañía del ferrocarril no hace consistir sus ganancias en las tierras que se le han dado, puesto que aún no pretende la adjudicación, y por lo mismo es muy probable que prefiera llamar a ellas la inmigración extranjera vendiéndolas a un precio baladí. Las provincias del Istmo, y todos los otros poseedores que he citado, pueden bajar y bajarán sus precios más allá del que por regla general y común a toda la República tienen las tierras baldías; de suerte que el Gobierno nacional no podrá sostener la competencia. Pero aun cuando la sostenga, ¿no es evidente que no podrá sacar de sus tierras sino un producto insignificante?

Admira que hombres de la época, hombres públicos que debieran hacer entrar en sus cálculos todos los hechos indispensables, consulten de preferencia a su imaginación, o se dejan llevar de informes poéticos también, y también inexactos. ¿Cuál es hoy el valor de las tierras en el Istmo de Panamá? cuál será en adelante? Las únicas tierras que hoy podrían venderse allí son las ya apropiadas a particulares, y las comunes de las provincias, previa adjudicación a sus vecinos. De las primeras, pocas enajenaciones se hacen, aunque se anuncian a menudo por el mismo valor que tenían diez años atrás. De las segundas, cualquiera puede pedir que se le adjudiquen gratuitamente, en propiedad, las que quiera, con sólo avecindarse en la respectiva provincia. Sin embargo, hay tan poca disposición a apropiarse esas tierras, que sólo la Legislatura de Veraguas ha dictado reglas para su repartimiento en virtud de las leyes antes citadas, porque las otras provincias no lo desean; y aun allí no hay sino dos ejemplares de adju-

y en seguida establecerse las necesarias restricciones en obsequio de la nacionalidad. Esas restricciones consisten en reservar al Gobierno nacional ciertos negociados, que no deben ser sino los siguientes: 1º las relaciones exteriores; 2º la hacienda nacional (como se ha definido); 3º el pabellón y el escudo de armas; 4º lo relativo al ferrocarril de Panamá; 5º la fuerza pública empleada en la guerra; y 6º la metrología oficial.

Otros artículos del proyecto requieren examen. El 5º me parece inútil, porque lo es prohibir todo aquello que está juzgado y condenado. El sistema de aduanas no tiene hoy muchos partidarios, y en el Istmo puede asegurarse que no tiene ninguno. También es inútil su primera parte, si, como lo he propuesto, se declara que no haya en aquel territorio otra renta nacional que el beneficio proveniente del producto del ferrocarril; y la última tiene un grave inconveniente. Pudiera la Legislatura del Estado imponer una contribución marítima que no tuviese los inconvenientes del derecho de importación, y cuyo cobro no exigiese en rigor una oficina organizada como las aduanas: la frase "sistema de aduanas", es oscura y vaga, y puede dar lugar a muchas cuestiones. Creo en definitiva que vale más suprimir el artículo.

El número de diputados que según el artículo 7º deben formar la Asamblea constituyente, es muy crecido, y el modo de elegir esos diputados es defectuoso. Para elegir cuarenta y un miembros conforme al método que allí se indica, sería preciso que en cada distrito parroquial se votase por ochenta y dos personas. Ahora, no sólo es difícil hallar en todo el Istmo ochenta y dos personas aptas para ocupar un asiento en la Asamblea; sino que aun cuando las hubiera, no serían conocidas en cada distrito. Sucedería pues, que o la elección se haría por un cortísimo número de personas, que enviarían sus listas a cada localidad, lo que

nes, con respecto a las minas que se descubran en las tierras baldías del Istmo. No sucede eso en los Estados Unidos, porque allí está generalmente admitido el principio inglés, de que el dueño de la tierra lo es de su contenido, y la legislación de los Estados, que reconoce ese principio, no coarta el dominio que en las tierras baldías tiene la Unión. Aquí encontramos segunda vez razones suficientes para apartarnos de la Constitución Norteamericana en este negociado.

Por los incisos 9º y 10 del artículo 3º del proyecto que examino, se atribuyen al gobierno nacional estos dos negociados: los pesos, pesas y medidas oficiales, y el censo de población. Nada tengo que observar sobre el primero, porque ningún perjuicio resulta de obligar al Estado de Panamá a seguir el sistema métrico de la República en los asuntos oficiales, y tanto menos, cuanto que ese sistema es hoy el decimal francés, que no se variará por hallarse fundado en principios científicos. Pero respecto del censo, que no es sino una parte de la estadística, ¿qué conveniencia resulta de levantarlo conforme a reglas uniformes en toda la República? ¿qué importaría que el Estado de Panamá formase su censo en virtud de reglas especiales? ni qué seguridad de que el Estado estableciese por sus leyes los mismos empleados a quienes las leyes generales de la Nueva Granada encomendasen esa operación? Pero este punto no es de aquéllos en que se deba insistir mucho; las consecuencias son de poca monta cualquiera que sea la parte a que se adjudique, y si he preferido atribuirlo al gobierno particular del Estado, es porque no hay suficientes razones para lo contrario: las excepciones, no la regla, necesitan de justificación.

Resumiendo lo expuesto; al erigir el Estado federal, debe declararse su soberanía a que tiene perfecto derecho,

ahora y para siempre, la intervención en las vías interoceánicas, y los provechos que de ellas puedan derivarse. Hoy que, a costa de algunas desgracias, hemos tenido la triste convicción de que la naturaleza prohíbe la comunicación acuática entre los dos océanos por nuestro Istmo, será fácil reconocer que el artículo es innecesario, una vez declarado como negocio del gobierno general todo lo relativo al ferrocarril; porque en el contrato que ha dado origen a la obra se ha concedido privilegio para toda otra semejante, y aquel camino será la única vía interoceánica por el territorio del Estado. La segunda parte es no sólo inútil sino inoportuna. Porque el destino que se dé a los productos y beneficios de las vías interoceánicas, es una operación muy secundaria, muy extraña al acto constitucional, y que puede establecerse como y cuando a bien lo tenga el Gobierno general, por leyes conexas con el asunto.

El artículo 12 y último contiene dos ideas, de las cuales la primera es demasiado lata, y puede contrariar el principio mismo en que se funda la creación del Estado federal; y la segunda, aunque justa, se halla mal concebida. Prohibir, como lo hace la primera parte del artículo, que el Estado de Panamá altere en ningún caso los derechos garantizados a los granadinos por la Constitución general, es limitar considerablemente el poder del Estado: es invertir el orden del sistema federal, y anularlo casi; pues según ese sistema, la constitución general no limita las particulares, sino recibe de ellas lo que le ceden en obsequio de la nacionalidad. Quizá no hay un artículo de la Constitución general que no dé algún derecho a los granadinos, y dejarlos todos en pie es hacer imposible la Constitución del Estado de Panamá. No haya miedo que él deje de garantizar por su parte todos los que no redunden en perjuicio público; pero si la especial condición de aquel país exigiese algunas pocas alteraciones en los derechos civiles, esto es, los que

quitando la libertad y el conocimiento desvirtuaría la elección popular; o se emitirían los sufragios en cada lugar por los vecinos de él, lo que daría el triunfo al más populoso, según el principio de la mayoría relativa, y nunca serían los elegidos verdaderos representantes de todo el Estado. Parece preferible que la Asamblea no conste sino de treinta y un miembros, y que ellos se elijan por la provincias en proporción a la población. De esta manera habrá quien haga el escrutinio, que en el otro caso sería impracticable, y las provincias serán representadas mientras subsistan como entidad política.

No debe ser asunto del Gobierno general, como lo declara el artículo 9º, la elección de los Senadores y Representantes que por el Estado de Panamá hayan de concurrir al Congreso nacional. Siendo ellos propiamente apoderados de aquella entidad soberana, su elección toca al poderdante, quien los envía, calificados ya, a tomar su asiento en la corporación a que van a representar su Estado. ¿Ni cómo pudiera hacerse la elección de conformidad con las leyes generales, si los empleados y corporaciones que la manejan en las provincias no existiesen en el Estado de Panamá? Las reglas de elección de los Representantes al Congreso norte-americano varían en cada Estado de la Unión, porque ésta es una prerrogativa inseparable de su soberanía. La de los Senadores se hace generalmente por las Legislaturas, según lo han establecido sus constituciones.

Cuando se aprobaba el artículo 11, aún no se tenía probablemente en Ibagué noticia del mal éxito de la exploración del Darién; y se esperaba hallar muy practicable por allí un gran canal marítimo, en virtud de los falsos informes de Cullen y Gisborne. Por eso se concibió aquella disposición en que con tanto calor se reserva el Gobierno general,



La cuestión que agito ha llamado la atención dentro y fuera de la Nueva Granada, y no es de éstas que se resuelven de cualquier modo sin que nadie se aperciba de ello. Las provincias del Istmo esperan la erección del Estado como medida vital para ellas, y aun los extranjeros allí residentes la miran como salvadora de sus garantías y de los beneficios sociales que tienen derecho a gozar. En meses pasados se organizó una especie de gobierno de hecho por los extranjeros residentes en la ciudad de Colón, a falta del gobierno granadino, que desapareció por la renuncia o abandono de casi todos los empleos. Esperanzados luego los descontentos de que la reforma creando el Estado de Panamá satisfaría todas sus necesidades públicas, se resignaron a aguardar, y aguardan . . . Así lo confirma el *Panameño* número 548 por el período que sigue: “El *Sun* de Nueva York se ocupa de este Istmo de Panamá. Dice que los movimientos por un nuevo gobierno en Aspinwall (Colón) estaban en *statu quo*, y que esto proviene de la esperanza de un mejor orden de cosas, con la proclamación de un Estado, soberano por el Congreso neo-granadino, que se aguardaba”.

Una súplica a los Representantes, y concluyo.

Al resolver esta cuestión, de cuyo resultado están pendientes tantos granadinos y extranjeros, no se mire sino como esencialmente istmeña. Dar entrada a consideraciones ajenas de la suerte del Istmo, sujetar a un mismo paso al buey y al ciervo, rehusar la necesaria emancipación de aquel territorio por temor de que su ejemplo seduzca a las otras secciones, que se desea mantener uncidas al yugo central, envuelve una doble injusticia, que no sería excusable en los *representantes* de la Nueva Granada: la de perjudicar inútilmente a una sección, que no es sino miembro libre de una sociedad política, y ahogar por medios tortíceros la voz de la nación, de que no deben ser sino ecos. Si-

proviene de la legislación secundaria ¿no se dictaría ésta en parte por el Gobierno general, contra el principio cardinal del sistema federativo? Y en cuanto a los derechos políticos, ¿no pudiera ser que conviniesen en el Istmo imponer al ejercicio del sufragio algunas condiciones saludables de que hoy carece? Admitido, como de razón, que el sistema electoral es un asunto propio del Estado, los derechos políticos que no consistan en la elegibilidad para destinos nacionales, deben establecerse y definirse libremente por el mismo Estado.

Que **no haya diferencia** entre los granadinos nacidos en el Istmo y los no nacidos residentes, por lo que hace al goce de todos los derechos, es no sólo justo y conveniente, sino un timbre de honor para el Estado de Panamá. Pero que se establezca la igualdad de derechos entre los *habitantes* del Istmo y *los demás* de la República que no residan allí, es cosa que a nada conduce, y debo añadir, que no puede practicarse. La Constitución del Estado de Panamá no extiende su influencia fuera de aquel territorio: ¿cómo podrían pues alcanzar sus beneficios a los granadinos residentes en otras provincias? Hay evidentemente en la segunda parte del artículo un vicio de redacción, aunque la idea, que es otra diferente de la expresada, se comprende y merece que se la consagre.

Tales son las observaciones que me ocurre hacer al proyecto de que la Cámara de Representantes va a disponer definitivamente. Sus miembros en el presente año son los mismos que en el anterior declararon que una sección de la República se halla en libertad de proclamar su independencia cuando así lo quiera. ¿Cómo serían tan inconsecuentes, que le rehusasen hacer parte de la Nueva Granada, reservándose su gobierno interior por entero, sin gravar a la República, y antes bien cediéndole pingües beneficios que podría mantener para sí?

ga enhorabuena la combinación centro-federal, que para mí no tiene las ventajas del uno ni del otro sistema, y que como todas las transacciones, sacrifica los derechos de ambas partes; siga para el resto de la Nueva Granada, si le conviene y lo desea. Pero el Istmo de Panamá, que en nada se parece a las otras comarcas granadinas, quiere porque lo necesita, que su territorio reciba una organización distinta, una organización netamente federal, que no le haga por más tiempo onerosa la dependencia al Gobierno Supremo de otro país: dependencia aceptable, útil y honrosa, si no ataca sus derechos y sus intereses; pero altamente injusta e intolerable, si compromete los beneficios que el Gobierno está destinado a producir, en dondequiera que un puñado de hombres se reúnan para llenar sus grandiosos destinos sobre la tierra.

Bogotá, Febrero 1º de 1855.

# LEY 62 DE 1934

(DE 28 DE DICIEMBRE)

por la cual se patrocina, y se le señalan funciones a la Academia Panameña de la Historia.

## *La Asamblea Nacional de Panamá,*

DECRETA:

Artículo 1º—El Estado patrocinará la Academia Panameña de la Historia, correspondiente de la Academia de la Historia de Madrid, España.

Artículo 2º—El Gobierno Nacional suministrará el local que ha de ser la sede de la Academia Panameña de la Historia.

Artículo 3º—Serán funciones de la Academia Panameña de la Historia hacer investigaciones en archivos y bibliotecas, de carácter histórico, para ser publicadas en el “Boletín” y en forma de folletos y libros; coleccionar documentos que puedan ser fuentes de conocimientos históricos, sobre todo si son nacionales; cuidar de los documentos nacionales de que tratan las Leyes 41 de 1924, 35 y 66 de 1926 y 56 de 1928 y todos los que designen con tal carácter leyes posteriores.

Artículo 4º—El “Boletín” a que se refiere el artículo anterior, será una publicación trimestral y tanto él como las obras históricas que considere la Academia dignas de reproducción, se editarán en los talleres de la Imprenta Nacional, la cual considerará aquél, como una de sus publicaciones obligadas, y éstas si han merecido la aprobación del Consejo Técnico de la Enseñanza Pública.

Artículo 5º—De las ediciones que se hagan de las obras históricas de autores nacionales, la Academia tiene derecho a reservarse el 60% para ser distribuidas gratis entre las bibliotecas y entidades culturales del país y del extranjero. El 40% restante puede ser entregado sin cargo alguno a los autores, los cuales, si lo desean, pueden reservarse sus derechos para nuevas ediciones.

Artículo 6º—La Academia queda facultada para hacer sugerencias al Gobierno sobre las medidas que debe adoptar para la mejor conservación y cuidado de los monumentos históricos.

Artículo 7º—Todos los establecimientos tipográficos de la República remitirán un ejemplar de cada una de las publicaciones que en ellos se editen a la Biblioteca de la Academia Panameña de la Historia, con el fin de enriquecer la Sección de Bibliografía Nacional, que en ella funciona.

Artículo 8º—Esta Ley comenzará a regir desde su sanción.

Dada en la ciudad de Panamá a los veintiséis días del mes de Diciembre de mil novecientos treinta y cuatro.

El Presidente,

OCTAVIO A. VALLARINO.

El Secretario,

Arcadio Aguilera O.

---

República de Panamá.—Poder Ejecutivo Nacional.—Panamá, Diciembre, veintiocho de mil novecientos treinta y cuatro.

Publíquese y ejecútese.

HARMODIO ARIAS.

El Subsecretario de Instrucción Pública,

JOSE PEZET.



INDICES  
del Año V del Boletín



## INDICE DE AUTORES

---

	Boletín	No.	Página
<b>ANDREVE, GUILLERMO</b>			
"En la muerte de Antonio Burgos".....	15		411
<b>ARCE, ENRIQUE J.</b>			
"Un Jesuita panameño del siglo XVII. (Francisco de Ribera)" .....	14		239
<b>AROSEMENA, JUSTO</b>			
"El Estado Federal de Panamá".....	15		447
<b>BELUCHE, ISIDRO A.</b>			
"Un patrimonio comunal".....	12		81
<b>CASTILLERO R, ERNESTO J.</b>			
"Diplomacia panameña en el siglo XIX. (La Misión de don Pedro de Obarrio)".....	12		57
"Diplomacia panameña en el siglo XIX. (La Misión de Mr. Guillermo Radcliff)".....	13		199
"Diplomacia panameña en el siglo XIX. (El Incidente del Rey Mosquito)".....	14		245
"La viuda de Balboa y su trágico destino".....	14		395
<b>CONTE BERMUDEZ, HECTOR</b>			
"Los Feos de Venezuela y los de Panamá".....	12		395
<b>ESPINAR, JOSE DOMINGO</b>			
"Resumen Histórico — La cuestión de Castas".....	14		261
<b>GANUZA, Fr. MARCELINO</b>			
"El Convento de San José de Agustinos Recoletos de Panamá" .....	13		165



# IV      BOLETIN DE LA ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA

	Boletín No.	Página
LEWIS, SAMUEL		
"El Convento de los Agustinos Recoletos".....	12	11
MENDEZ PEREIRA, OCTAVIO		
"Justo Arosemena" .....	15	439
MORENO, ABRAHAM		
"Informe sobre Justo Arosemena". (1896).....	13	223
PEÑA TREJO, FRANCISCO		
"Las Bases Navales de América Central".....	14	329
PORRAS BERRENECHEA, RAUL		
"El Testamento de Francisco Pizarro".....	12	3
ROMERO, FERNANDO		
"Dos Vejetes y un Maestrescuela". (1524).....	13	133
SOTO HALL, MAXIMO		
"Tentativa de Monarquía en Panamá" (1549).....	13	153
SUSTO, JUAN ANTONIO		
"Advertencia" .....	12	XIX
"Advertencia" .....	13	VII
"Origen del apellido Arosemena en Panamá".....	15	431
"Un Arzobispo panameño. (Dr. Francisco Javier de Luna y Victoria y Castro)".....	12	29
"Un Jurista panameño del siglo XVIII (1726) (Don Manuel Joseph de Ayala)".....	13	139

## INDICE DE MATERIAS

---

	Boletín	No.	Página
<b>ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA</b>			
"Académicos de Número.....	12		XI
"Académicos Correspondientes" .....	12		XV
"Junta de Gobierno".....	12		VII
<b>ACUERDO DE LA ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA</b>			
"sobre la muerte de Dn. Antonio Burgos".....	15		405
<b>ADVERTENCIA</b>			
por Juan Antonio Susto.....	12		XIX
por Juan Antonio Susto.....	13		VII
<b>DECRETO DEL PODER EJECUTIVO NACIONAL</b>			
"sobre la muerte de Dn. Antonio Burgos".....	15		419
<b>DIPLOMACIA PANAMEÑA EN EL SIGLO XIX</b>			
"La Misión de don Pedro de Obarrio"			
por Ernesto J. Castellero R. ....	12		57
"La Misión de Mr. Guillermo Radcliff"			
por Ernesto J. Castellero A. ....	13		199
"El Incidente del Rey Mosquito"			
por Ernesto J. Castellero R. ....	14		254
<b>DOCUMENTACION INEDITA DEL CONGRESO DE PANAMA (1826) .. . . .</b>			
	14		283
<b>DOS VEJETES Y UN MESTRESCUELA</b>			
por Fernando Romero.....	13		133
<b>EN LA MUERTE DE ANTONIO BURGOS</b>			
por Guillermo Andreve.....	15		411
<b>EL CONVENTO DE LOS AGUSTINOS RECOLETOS</b>			
por Samuel Lewis.....	12		11
<b>EL CONVENTO DE SAN JOSE DE LOS AGUSTINOS RECOLETOS DE PANAMA</b>			
por Fr. Marcelino Ganuza.....	13		165

## VI BOLETIN DE LA ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA

	Boletín No.	Página
EL ESTADO FEDERAL DE PANAMA		
por Justo Arosemena .....	15	447
INFORME SOBRE DON JUSTO AROSEMENA		
por Abraham Moreno.....	12	223
JUSTO AROSEMENA		
por Octavio Méndez Pereira.....	15	439
LA ORDEN DE VASCO NUÑEZ DE BALBOA.....	12	127
LA VIUDA DE BALBOA Y SU TRAGICO DESTINO		
por Ernesto J. Castellero R. ....	14	395
LAS BASES NAVALES DE AMERICA CENTRAL		
Por Francisco Peña Trejo.....	14	329
LOS FEOS DE VENEZUELA Y LOS DE PANAMA		
Por Héctor Conte Bermúdez.....	12	37
ORIGEN DEL APELLIDO AROSEMENA EN PANAMA		
por Juan Antonio Susto.....	15	431
RESOLUCION DEL CONSEJO MUNICIPAL DE CHITRE		
"sobre la muerte de Dn. Antonio Burgos".....	15	423
RESOLUCION DEL PARTIDO NACIONAL CONSER-		
VADOR		
"sobre la muerte de Dn. Antonio Burgos".....	15	427
RESUMEN HISTORICO — LA CUESTION DE CASTAS		
por José Domingo Espinar.....	14	261
TENTATIVA DE MONARQUIA EN PANAMA. (1549)		
por Máximo Soto Hall.....	13	153
TESTAMENTO DE FRANCISCO PIZARRO.....	12	3
UN ARZOBISPO PANAMEÑO (DR. FRANCISCO JAVIER		
DE LUNA Y VICTORIA Y CASTRO)		
por Juan Antonio Susto.....	12	29
UN JESUITA PANAMEÑO DEL SIGLO XVII. (FRANCIS-		
CO DE RIBERA)		
por Enrique J. Arce.....	14	239
UN JURISTA PANAMEÑO DEL SIGLO XVIII. (MANUEL		
JOSEPH DE AYALA)		
por Juan Antonio Susto.....	13	189
UN PATRIMONIO COMUNAL		
por Isidro A. Beluche.....	12	81



